

ISSN 0716-2510

N° 59

Primer Semestre de 2006

MAPOCHO

REVISTA DE HUMANIDADES

DIRECCIÓN
dibam
BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

MAPOCHO

REVISTA DE HUMANIDADES

HUMANIDADES

La República como mujer en los periódicos de Juan Rafael Allende:
un discurso político en caricaturas (1875-1902)
José Tomás Cornejo C./Pág. 11

Aparición de un nuevo sujeto discursivo en el Perú del novecientos:
la escritora ilustrada
Lucía Stecher Guzmán/Pág. 47

Pensamiento militar en Chile a comienzos del siglo xx:
el *Memorial del Ejército* (1906-1924)
Alejandro San Francisco/Pág. 59

Honestidad documental, revisionismo historiográfico y debate profesional:
comentarios al *Salvador Allende* de Víctor Farías
Marcos Fernández Labbé/Pág. 81

El silencio de Dios o la perpleja condición del hombre
Daniela Jara/Pág. 91

Confusión de confusiones: identidad y cultura
Claudio Guillén/Pág. 99

Lengua e identidad nacional: políticas lingüísticas en América Latina
M. Teresa Johansson M./Pág. 109

Actores sociales y sociedad de la información: ¿hacia una sociedad sin sujetos?
Carolina Gaínza Cortés/Pág. 127

Panorama del teatro breve español del Siglo de Oro
Carlos Mata Induráin/Pág. 143

Idealismo y realismo en "el Quijote"
Ambrosio Rabanales/Pág. 165

Carlos George Nascimento: pionero de la edición nacional
Felipe Reyes F./Pág. 179

De angelitos y plañideras: notas para un folclor de la muerte
Jorge Núñez Pinto/Pág. 197

Relectura testimonial de *María*
Pedro Lastra/Pág. 217

Tres miradas a *Tridente* de Tomás Harris
María Inés Zaldívar/Pág. 223

2010-1810: peinar la historia a contrapelo
Marcos García de la Huerta/Pág. 231

Leer a Sartre en el fin del mundo
Carla Cordua/Pág. 241

Taken for a ride. Escritura de paso de Luis Oyarzún
Mimí Marinovic/Pág. 245

BIBLIOGRAFÍAS

Bibliografía selecta de Carlos Germán Belli
Richard Cacchione Amendola/Pág. 253

TESTIMONIOS

Dos cartas de Pablo Neruda a Joaquín Edwards Bello
/Pág. 295

Mi niñez y adolescencia en La Serena 1871-1888
Julio Montebruno López/Pág. 301

Iván Jaksic: "La ceremonia del adiós" el lanzamiento de *Chile: la construcción de una República 1830-1865. Política e ideas* es la culminación de la pasión intelectual que el historiador inglés Simon Collier tuvo por Chile
Mario Rodríguez Órdenes/Pág. 377

Armando Romero o las estaciones de un diálogo y una ruta:
Cali, Caracas, Cincinnati
Arturo Gutiérrez Plaza/Pág. 383

Liquidación por cambio de temporada. Exposición de Lila Calderón
Palabras de la Subdirectora de la Biblioteca Nacional
en la ceremonia de inauguración de la muestra
Ximena Cruzat Amunátegui/Pág. 403

El drama de la liquidación por cambio de temporada
Lila Calderón G./Pág. 403

Liquidación por cambio de temporada

Mauricio Vico/Pág. 407

Liquidación por cambio de temporada de Lila Carderón

Veróniva Watt/Pág. 407

Escaparate de libros

Hernán del Solar/Pág. 411

Sesgos: novela de la pequeña historia

Ximena Cruzat Amunátegui/Pág. 413

Presentación de la *Historia general de Chile* de Diego Barros Arana

Alfonso Calderón/Pág. 417

RESEÑAS

ALEJANDRA CASTILLO, La república masculina y la promesa igualitaria

Carlos Ossandón B./Pág. 423

CARLOS OSSANDÓN B./EDUARDO SANTA CRUZ A., CON LA COLABORACIÓN
DE PABLA ÁVILA F./LUIS E. SANTA CRUZ GRAU, El estallido de las formas.

Chile en los albores de la "cultura de masas"

Álvaro Cuadra /Pág. 428

FRANCISCO JAVIER VÉJAR P., Bitácora del Emboscado

Dave Oliphant/Pág. 433

THOMAS FISCHER/ANNELIESE SITARZ (eds.), Als Geschäftsmann in Kolumbien
(1911-1929). Autobiographische Aufzeichnungen von Hans Sitarz

Carlos Sanhueza /Pág. 435

INÉS ECHEVERRÍA BELLO, *Memorias de Iris: 1899-1925*

Santiago Aránguiz Pinto/Pág. 437

EDICIONES DE LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS



AUTORIDADES

Ministro de Educación

Sr. *Martín Zilić Hrepic*

Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos

Sra. *Nivia Palma Manríquez*

Director Responsable

Sr. *Alfonso Calderón Squadritto*

BIBLIOTECA NACIONAL

Archivo del Escritor

Secretarios de Redacción

Sr. *Pedro Pablo Zegers Blachet*

Sr. *Thomas Harris Espinosa*

Secretaria de Redacción Adjunta

Srta. *Daniela Schütte González*

CONSEJO EDITORIAL

Sr. *Santiago Aránguiz Pinto*

Sr. *Alfonso Calderón Squadritto*

Sra. *Soledad Falabella Luco*

Sr. *Marcos García de la Huerta Izquierdo*

Sr. *Eduardo Godoy Gallardo*

Sr. *Pedro Lastra Salazar*

Sr. *José Ricardo Morales Malva*

Sr. *Carlos Ossandón Buljevic*

Sr. *Manuel Vicuña Urrutia*

Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos

Av. Libertador Bernardo O'Higgins 651. Teléfonos (56-2) 3605407 - 3605335

E-mail: pedro.zegers@bndechile.cl

HUMANIDADES

LA REPÚBLICA COMO MUJER
EN LOS PERIÓDICOS DE JUAN RAFAEL ALLENDE:
UN DISCURSO POLÍTICO EN CARICATURAS (1875-1902)

José Tomás Cornejo C.*

La labor periodística de Juan Rafael Allende mostró permanentemente una preocupación por el tema del republicanismo. Identificado con los principios liberales republicanos, el célebre escritor satírico no pudo dejar pasar sus observaciones sobre la práctica del sistema de gobierno que se había establecido en el Chile independiente. En 1887 señaló: “Es cosa de reirse a dos mandíbulas, hasta caérsele a uno la baba, cuando oye hablar de la *República* de Chile. ¡Famosa República! Es éste el país mas monárquico, mas oligárquico, mas aristocrático, mas autocrático, mas flemático, mas automático i mas... qué se yo qué del mundo. (...) Gobiernan en Chile unas cuantas familias de orgullosa estirpe. Para ellas, los honores, los puestos públicos, las consideraciones i la plata. Para los demás... chuparse el dedo. Fuera de esa inflada aristocracia, la mayor parte de nuevo cuño, todo lo demás es siutiquería, pijería i rotería...”¹.

En la visión de Allende, el carácter de popular y representativo de la República no era aplicable en nuestro país, donde los derechos políticos eran ejercidos por una minoría². Sin embargo, su interés vino mucho más acá de la alta y desencarnada teoría política, de las nociones abstractas o de la filosofía del buen gobierno. El suyo, como el de muchos de sus contemporáneos, fue un “liberalismo popular”, el que si bien partía de ciertos elementos propios de la doctrina liberal clásica, enfatizaba aquellos puntos que podían mejorar la participación política y la obtención de derechos civiles por parte de las clases populares. De tal manera, desde fines de la década de 1870 se diferenció de aquel liberalismo que sustentaron los partidos políticos de la elite que entonces se encontraban en el gobierno³. Lugares de sociabilidad y discusión política como la Sociedad Escuela Republicana, los clubes liberales formados por artesanos y obreros o, a partir de 1887, el Partido Democrático –del cual

* Este artículo forma parte del Proyecto Fondecyt N° 1030092, del cual el autor es coinvestigador.

¹ El *Padre Padilla*, 20/08/1887.

² Desde posiciones diametralmente opuestas a Allende y hablando por los grupos sociales de la elite, los representantes de la “prensa seria” argüían algo similar, aunque con grandes matices. El diario conservador católico *El Independiente* se refería a Chile como una “monarquía adoptiva”, en la que era imposible que un “candidato popular” se opusiera a aquel designado por el mandatario saliente. (*El Independiente*, 24/06/1886). Similar preocupación mostraba el diario liberal *El Ferrocarril*, señalando en su editorial que “...no tenemos de la República mas que el nombre y un solo poder efectivo, el del Presidente de la República, sustituido por completo a la soberanía nacional...” (*El Ferrocarril*, 26/06/1886).

³ Sobre la noción de liberalismo popular y sus actores, ver los trabajos de Sergio Grez T., entre otros: “Balmaceda y el movimiento popular”, en A.A.V.V., *La época de Balmaceda*, Centro de Investigaciones D. Barros Arana, Dibam, Santiago, 1992, págs. 71-101.

Allende fue miembro fundador—, dan cuenta de un interés creciente en grupos sociales medios y populares por el real funcionamiento de un sistema político que sólo beneficiaba a unos pocos⁴. En dichas instancias se expresó la necesidad de volver operativos los ideales republicanos. La enunciación de estos se había vuelto mero formulismo, excluyendo del ejercicio ciudadano a la gran mayoría de la población por su pertenencia social y cultural. Al contrario, una verdadera república democrática y no una oligárquica era lo que buscaban construir quienes adherían a estas nuevas agrupaciones.

En este sentido, los diversos periódicos satíricos que Juan Rafael Allende publicó, desde *El Padre Cobos* (1875) hasta *El Sacristán* (1902) fueron un vehículo para expresar dicho sentir⁵. El medio privilegiado, en tanto, fue la caricatura. Esta, por su capacidad de reunir en un dibujo fácil de comprender para sus contemporáneos una serie de símbolos, alusiones y referencias contextuales, permite conocer cuáles fueron las vicisitudes por las que pasó la República chilena, cuáles sus transformaciones, con quién se emparentaba y quiénes eran tanto sus enemigos como sus principales aliados.

Emplear la caricatura para representar a la República no fue algo privativo de la prensa de Allende. Tanto en Europa como en América Latina existía una larga tradición de imágenes satíricas que, arrancando de la Revolución Francesa, habían tenido a la República (o sus familiares: la Libertad, la Razón, la Patria) como protagonista. En el caso particular de Chile, las alegorías del imaginario republicano pueden rastrearse en la prensa de caricaturas desde sus inicios con *El Correo Literario* (1858). Isabel Cruz ha puesto de relieve que, a diferencia de otros países, la imagería oficial chilena no utilizó las representaciones alegóricas que tenía a la mano para asentar en el espacio público el nuevo régimen político. Así, a falta de estatuas o pinturas, fueron en gran medida los dibujantes y grabadores de caricaturas quienes hicieron visibles y populares las encarnaciones de los principios republicanos⁶.

Lo que vuelve interesante el caso de la producción artística de los periódicos de Allende, es que su trayectoria de más de 25 años permite constatar la permanencia de una problemática y sus variaciones. Si esto es así respecto al contenido del mensaje gráfico, en cuanto a su forma puede observarse una serie de motivos que se repiten, de composiciones que se reutilizan, de per-

⁴ Ídem.

⁵ Sobre el impacto de la producción satírica de Allende y el conjunto de sus publicaciones, puede consultarse: Maximiliano Salinas, Daniel Palma, Christian Báez y Marina Donoso, *El que vive último... Caricaturas y poesías en la prensa humorística chilena del siglo XIX*, Ed. Universitaria - Centro D. Barros Arana, Santiago, 2001.

⁶ Isabel Cruz, "Diosas atribuladas: alegorías cívicas, caricatura y política en Chile durante el siglo XIX", *Historia*, 30, 1997, pág. 137 y ss. Sobre los usos oficiales de la monumentalidad en las primeras décadas independientes: Liisa Flora Voionmaa, "Construcción simbólica de la nación chilena vista desde la iconografía. Una propuesta comparativa", en Fernando Guzmán (comp.), *Iconografía, identidad nacional y cambio de siglo (XIX-XX). Jornadas de Historia del Arte en Chile*, U. Adolfo Ibáñez - RIL Editores, Santiago, 2003, págs. 121-138.

sonajes que adquieren matices y van cambiando su significado. La trayectoria que abarca el último cuarto del siglo XIX y los primeros años del XX describe la evolución del discurso político del propio Allende. Dentro de éste, los medios de acción preferidos parecen ir de una posición extrema a una más moderada. Al contrario, sus objetivos se radicalizaron, apuntando a la construcción de un país realmente democrático. Por último, a través del conjunto de imágenes de la prensa de Allende referidos a la República, podemos acercarnos también a los ecos y repercusiones que su mensaje pudo tener en otros medios y otros circuitos culturales contemporáneos.

1. EL DILEMA DE LA ABSTRACCIÓN:

LA REPÚBLICA, DEL OLIMPO FRANCÉS A LOS ANDES CHILENOS

Todo comenzó con la Revolución Francesa. El cambio abrupto de la monarquía al sistema republicano que finalmente se impuso –con muchas vacilaciones y regresiones a lo largo del siglo XIX–, obligó a los franceses a replantearse los términos de la representación visual de los elementos característicos del nuevo régimen⁷. La figura del rey (su cuerpo, su rostro, sus escudos y emblemas) había facilitado durante siglos la propaganda política y la mantención de un sistema de dominación y privilegios a lo largo de Europa, así como en los territorios coloniales: el rey *era* el Estado, los cuadros donde figuraba su persona *mostraban* al país en su conjunto, su efigie *significaba* Francia, España o Inglaterra. El hecho de derribar estatuas y símbolos públicos, o de destruir cuadros a la caída de la monarquía, evidencia tanto el poder de dichas imágenes como el problema de fondo implícito en esa furia iconoclasta⁸.

A todo período vivido como nacimiento de un tiempo nuevo le es dado representar visualmente sus aspiraciones y sus ideales. En el caso de la Revolución Francesa, la primera imagen que surgió con fuerza fue la Libertad. Utilizando una retórica visual greco-latina, se la personificó como una mujer que se asimilaba a la figura de una diosa griega. Sobre la cabeza llevaba siempre un gorro frigio que, de acuerdo al lenguaje pictórico clásico,

⁷ Seguimos aquí el estudio ya clásico de Maurice Agulhon, *Marianne au Combat. L'imagerie et la symbolique républicaines de 1789 à 1880*, Flammarion, Paris, 2001 (1979). Sobre el tema ver también: Ernst Gombrich, *Los usos de las imágenes. Estudios sobre la función social del arte y la comunicación visual*, F.C.E., México, 2003, págs. 162-183.

⁸ En Chile se produjo algo similar en los años de la Independencia. Los retratos de los gobernadores coloniales del país, que se encontraban en el "Salón de Honor de los antiguos Presidentes", fueron destruidos por "la plebe enfurecida" luego de la Batalla de Chacabuco. Cfr. Luis Álvarez Urquieta, *La pintura en Chile durante el período colonial*, Academia Chilena de la Historia, Santiago, 1933, pág. 59. Eugenio Pereira Salas señala que también fueron saqueados el Cabildo y el Palacio Arzobispal, donde había retratos de los dignatarios civiles y eclesiásticos de la Colonia. Eugenio Pereira Salas, *Historia del arte en el Reino de Chile*, Eds. de la U. de Chile, Santiago, 1965, pág. 75. La gran mayoría de los retratos que hoy conocemos de los gobernadores coloniales fueron mandados pintar por Benjamín Vicuña Mackenna, cuando ocupaba la Intendencia de Santiago en la década de 1870.

representaba la liberación de la esclavitud. Al poco tiempo, sin embargo, se presentó a los revolucionarios franceses el problema de cómo dar forma, de cómo volver visible, un sistema de principios políticos nuevo, como era el republicano. “En lugar del sello o del retrato del monarca, ese Estado personalizado, hubo que introducir un símbolo visual de la República, como Estado anónimo y abstracto. Es entonces, momento decisivo, que la alegoría femenina de la Libertad deviene de oficiosa en oficial”⁹. Como consecuencia, la mujer con el gorro frigio quedó en un primer momento como una doble alegoría, representando tanto a la Libertad como a la República Francesa. En 1792, por primera vez, se establecía un icono representativo para un valor nuevo. La República, de su versión francesa (bajo el nombre de Marianne), pasó luego a tener un valor universal, más allá de un país o un pueblo en particular, para significar al nuevo régimen político como idea.

En realidad, la implantación y la mantención del republicanismo buscó concitar el mayor apoyo popular posible. La difusión de los lemas de “libertad, igualdad y fraternidad” no era tan ardua como el de soberanía popular o ciudadanía, abstracciones tan poco corpóreas como la recién creada República. En ese sentido, la utilización de la imagen de la mujer con el gorro frigio (que se multiplicó hasta el infinito en pinturas, monumentos, afiches y panfletos) fue un medio muy eficaz para lograr expandir la idea. Por otra parte, no se podían esperar comprensiones cabales ni disquisiciones iconográficas o de teoría política con las imágenes. La recepción del mensaje oficial (cifrado con referencias mitológicas, textos clásicos y citas artísticas) no siempre era la misma. Para la gran mayoría del pueblo francés, “Marianne” y sus hermanas, junto a las que a veces era representada (la Igualdad, la Justicia, la Libertad), no eran más que una sola y bella mujer, las que en su propia percepción asociaba a los valores republicanos y, más aun, democráticos, que evocaba la Revolución, desde la caída de la Bastilla¹⁰.

Habría que agregar que dicha evocación no se limitó a Francia, ni a los años inmediatos a 1789. La imagen de la República cruzó los mares y se instaló también en América, donde cada país que se independizó durante el siglo XIX e intentó implementar el sistema republicano, adoptó la representación alegórica añadiéndole un elemento propio, tomado por lo general de los “símbolos patrios”. La República Chilena, así, lució sobre el gorro frigio la estrella solitaria de la bandera¹¹.

Los alcances políticos y sociales de la caída de la monarquía también fueron un recuerdo constante a lo largo de ese siglo. En Chile, para quienes se

⁹ Maurice Agulhon, *Marianne au combat...*, pág. 28.

¹⁰ Maurice Agulhon, *Marianne au combat...*, págs. 33-34.

¹¹ Sobre la representación visual de la República Chilena y sus vecinas del continente: Isabel Cruz y Trinidad Zaldívar, “El trazado fronterizo de la caricatura. Confrontación y cohesión en el proceso limítrofe chileno. 1879-1902”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 106, 1996, págs. 105-158.

identificaban con los principios liberales, el 14 de julio fue siempre una fecha para celebrar y conmemorar, cuando no un ejemplo claro a seguir, en especial considerando que en la década de 1880 se libró una ardua batalla por secularizar la sociedad. Por el contrario, para los conservadores, la evocación de 1789 era necesaria sólo para alertar ante el peligro y el ejemplo máximo de desquiciamiento social y moral¹². Así, el periódico conservador católico *El Chileno* se refería casi un siglo después a la “pesadilla de la historia”, ocurrido en uno de los períodos “mas monstruosamente reformadores”, muy similar al “vértigo” que arrebató a los legisladores chilenos de 1884. Para la visión conservadora, la entronización de la Razón y de la Libertad como diosas—de carácter femenino, contrariando la divinidad católica masculina—, no había sido más que la prueba palpable del derrumbe completo del ordenamiento patriarcal, con su correlato en la sociedad: “Una revolucion comenzada por el espíritu de reforma i que acabó lanzándose desbordada en todos los delirios del ateismo, tuvo que ejercer necesariamente sobre la mujer un influjo depravador, harto mas sensible que sobre el hombre. Un[a] moral sin Dios debía dar por resultado mujeres sin virtudes i sin entrañas, que llevasen la corrupción de las costumbres al último grado de exaltacion i de delirio”¹³.

En el caso particular de la prensa de Juan Rafael Allende, la Revolución Francesa aparece como un hito importantísimo, el claro ejemplo del inicio de un proceso democratizador en el cual el pueblo francés había actuado según sus propias convicciones. En la construcción de su discurso personal sobre el problema del republicanismo en Chile, las citas sobre Francia fueron recurrentes. Como se aprecia en un grabado de 1893, la República Francesa, ya liberada, es una suerte de hermana mayor de la República Chilena (fig. 1). Esta, angustiada, ve cómo el Vaticano se ha convertido en su propia Bastilla. Sólo el pueblo chileno, representado por un hombre popular con el puño amenazador, parece estar dispuesto a librarse de la tutela política y cultural que los “clericales”, ejercían aún en el país: “...el pueblo francés no aguanta/El ignominioso sello del esclavo, ni en su cuello/De los tiranos la planta./ Por eso se levanta/ Altanero,

¹² Con motivo de la elección de Balmaceda, *El Estandarte Católico* anotó en su editorial: “En vano repasamos en nuestra memoria los peores tiempos de Chile para ver si lo que hoy está pasando tiene algun precedente en la historia de los crímenes políticos y sociales; y no lo hallamos. Es preciso ir a buscar ejemplos en otras naciones envejecidas en la maldad y en tiempos que la historia recuerda como excepcionales. Es preciso ir a buscarlos en la Francia del *Terror* en 1793 o en la Francia de la *Comuna* en 1870. Solo falta que se ponga en manos de las turbas el petróleo y las teas incendiarias”. *El Estandarte Católico*, 18/06/1886.

¹³ C. Suárez Bravo, “Las diosas Razón i Libertad”, en *El Chileno*, 07/01/1884. En su horrorizada descripción de las “pompas del paganismo degenerado” instauradas en Francia, el autor del texto también se escandaliza por la falta de pudor del nuevo ceremonial republicano, que, al contrario del incorpóreo Dios masculino católico, lucía sus atributos: “...En la Catedral se encargó de representar a la diosa Razon una actriz muy hermosa llamada la Maillard, Chaumette, orador del ayuntamiento i principal pontífice del nuevo culto, mostró en un discurso erótico las perfecciones de aquella belleza, que se presentaba descaradamente a la multitud casi desnuda, proclamándola el bello ideal de la perfección i adorándola sobre el altar en medio de nubes de incienso...” *Ibid.*

majestuoso, / I, al puñal sin dar reposo, /Sangre noble hace correr /... /¡Cuánto os envidio, franceses,/vuestra altivez i valor!/Vuestro i nuestro tricolor / Tienen los mismos colores, / I aún sufrimos los horrores, / Con alma poco patriótica,/ De una tiranía exótica / I de exóticos señores!.../14.



Fig. 1: “Las dos Bastillas”, Poncio Pilatos, 13/07/1893.

Las referencias a Francia incluyeron una llamativa preocupación por los vaivenes de la política francesa y europea en general, en un fin de siglo marcado por la pugna entre el sistema republicano y una reacción monárquica¹⁵. Al respecto, el texto que acompañaba al grabado “Europa Antigua –Europa Moderna”, haciendo alusión al mito de la violación de Europa por Zeus, y a la influencia actual del Papa León XIII, señalaba: “(...) Si la Europa antigua, pues/ Con un Toro en relacion/ Entró, ¿por qué admiración/ Mostrar, si la moderna es/La concubina de un Leon?”¹⁶.

¹⁴ “Las dos Bastillas”, Poncio Pilatos, 13/07/1893. En la caricatura “14 de Julio de 1882”, en tanto, era la propia República Chilena la que se elevaba por los aires, dejando atrás a una Bastilla en llamas, mostrando un optimismo que una década después era relativo. *El Padre Cobos*, 13/07/1882.

¹⁵ Sobre el tema, Maurice Agulhon, *Marianne au Pouvoir. L'imagerie et la symbolique républicaines de 1880 à 1914*, Flammarion, Paris, 1989.

¹⁶ *El Padre Padilla*, 25/02/1888. La lucha republicana en Italia era también una preocupación: “El principal acontecimiento del nuevo siglo será indudablemente la proclamación de la República

Los periódicos de Allende fueron incluso más lejos. Reinterpretaron el célebre cuadro de Eugène Delacroix, “La Libertad conduciendo al pueblo”, que conmemora los hechos de la sublevación de París de 1830, recogiendo el ideario de la Revolución de 1789. *El Padre Padilla* publicó una versión local, donde era una Libertad chilena, inconfundible de la misma República, la que guiaba al pueblo a través de las barricadas (fig. 2). En este caso, los personajes ubicados a la izquierda fueron adecuadamente caracterizados como patriotas independendistas. Sobre la Bastilla, al fondo, la leyenda “Coloniaje” completa el sentido de la imagen, a la vez que vuelve más compleja la identificación de los adversarios de la República y la Libertad. En Chile, 1810 habría sido la primera lucha victoriosa contra un sistema de dominación política, pero también contra la ignorancia, el atraso y la preponderancia de la religión católica que, para los liberales del siglo XIX, representaba el período colonial.



Fig. 2: “1810...1888” *El Padre Padilla*, 21/09/1888.

Italiana, i nosotros los chilenos todos desde el Pacífico, saludaremos a esa nueva hermana el día en que enarbole la bandera de la Libertad, no solamente en el Quirinal, sino en el mismo Vaticano...”, *El Jeneral Pililo*, 17/05/1898. Mientras, en el *Poncio Pilatos* del 29/04/1899, se hace un llamado “A los americanos”, y en particular a la prensa de nuestro continente, a devolverle la mano a los franceses, antiguos partidarios de la emancipación colonial, que veían peligrar su república por el “caso Dreyfus”. Por los mismos años, se expresó una inquietud por la política de nuestro continente y de manera especial con respecto a Cuba: “La América, ¿para quiénes?”, *Poncio Pilatos*, 09/05/1895.

En la década anterior, *El Padre Cobos* ya había expresado dicha idea, aludiendo al adelanto material y el “progreso” con que contaba una gloriosa República en 1875, contrastada con su situación de sometimiento y de precariedad de la economía y las comunicaciones antes de la Independencia¹⁷. En tanto, en 1901, *El Sin Vergüenza*, uno de los últimos periódicos publicados regularmente por Allende, afirmó: “Sí, gracias a la Francia somos independientes, i el himno americano debe ser la Marsellesa, i nó otro que la Marsellesa!...”¹⁸.

2. LAS MUCHAS CARAS DE LA REPÚBLICA

Dentro de los códigos visuales, la alegoría de la República fue siempre caracterizada vistiendo una túnica y llevando un bonete frigio coronado por una estrella. Sin embargo, a veces se mostró también con otros rostros. Esto, porque la imaginaria republicana dio asimismo cuerpo a otras nociones abstractas que formaban parte de sus ideales políticos. La Libertad –como recién vimos– tuvo aquí un lugar preponderante. Sin la estrella solitaria en la frente, apareció más desembozada y triunfante sobre la opresión de sus enemigos. Otro tanto podría decirse de la Justicia, que en los periódicos satíricos siguió el patrón de representación clásico, que la muestra como una diosa provista de una espada y una balanza. En algunas ocasiones, Allende la mostró también en acción, defendiendo sus prerrogativas de la misma forma en que velaba por el cumplimiento de los derechos del pueblo (fig. 3).



Fig. 3: “La Justicia en el templo de las leyes”, *El Recluta* 21/04/1891.

Tanto o más importante que esas encarnaciones alegóricas lo fue la representación de la Libertad Electoral. Las elecciones y su viciado sistema fueron un problema sin solución a lo largo del siglo XIX. Mientras la oposición acusaba al

¹⁷ “Contrastes del progreso”, *El Padre Cobos*, 18/09/1875.

¹⁸ *El Sin Vergüenza*, 05/01/1901.

Ejecutivo de intervencionista, aquella se dedicaba a la compra de votos. Los grupos conservadores y liberales disidentes que estuvieron en la oposición durante las presidencias de Domingo Santa María y de José Manuel Balmaceda, llevaron adelante una campaña para erradicar la influencia del aparato gubernativo. Recurriendo también a la caricatura, dichos sectores mostraron, por ejemplo, cómo en Chile se estaba rematando a la Libertad Electoral, o bien, la forma en que quienes habían jurado defenderla no hacían más que ultrajarla¹⁹.

Desde una posición mucho más independiente, Juan Rafael Allende se permitió mostrar a los liberales gobiernistas y a los partidos de la oposición como unos simples interesados en el poder por el poder. En su óptica, tanto unos como otros clamaban por unas elecciones libres que les permitirían mayor control político y beneficios personales, pero sin interesarse en la cuestión de fondo, lograr un real funcionamiento del sistema electoral. Los versos que acompañaban una caricatura de 1886, señalaban: “Libertad Electoral/ Antes de las votaciones/ Hasta los mismos ladrones/ Te dedican ipesia tall/ Antifonas i oraciones./ I todos, sin escepcion,/ Hacen su ídolo de ti,/.../ Levantan por ti alborotos/ Los pechoños i masones,/ I los ricos i los *rotos*,/ Antes de las votaciones,/ Son tus mas fieles devotos.// Después de las votaciones,/ Ni los mas grandes santones/ Te dedican ipesia tall/ Antifonas ni oraciones.// I todos, sin escepcion,/ Te retiran sus regalos,/ I en infernal confusión/ A golpes, piedras i palos/ Te dan un buen zamarron...”²⁰.

La coyuntura de la Guerra Civil de 1891 dio pie a una agudización de los conflictos políticos. La oposición al Presidente Balmaceda lo acusó de querer imponer como su sucesor en el cargo a uno de sus colaboradores, Enrique Salvador Sanfuentes. Como la intervención podría asegurarle fácilmente el triunfo, los partidos opositores, agrupados en el “Cuadrilátero”, tomaron a la libertad electoral como bandera de lucha, obviando diferencias políticas y sociales más de fondo.

Presionada, demandada e invocada a gritos, la Libertad Electoral fue mostrada por uno de los periódicos de Allende como una crucificada (fig. 4). Los llamados de la oposición, aquí, fueron denunciados como falsos, encubriendo un interés mayor. Los políticos y empresarios Agustín Edwards, Pedro Montt, Augusto Matte, Carlos Walker Martínez y Enrique Mac-Iver (prácticamente los mismos que figuran arrojados del Congreso por la furibunda Justicia en la imagen anterior) son expuestos como profanadores de la diosa, que han invocado su nombre en vano. Cercada por bayonetas, parece raptada y anunciando el conflicto bélico que se desataría meses después²¹.

¹⁹ *Diógenes*, 04/06/1884 y 14/07/1884.

²⁰ “Antes de las votaciones-Después de las votaciones”, *El Padre Padilla*, 13/05/1886. En “La Libertad Electoral”, en tanto, eran los clericales y “pechoños”, comandados por el vicario capitular de Santiago, Joaquín Larraín Gandarillas, quienes ahogaban con inmundicias a una Libertad Electoral moribunda. *El Padre Padilla*, 23/12/1884. El diseño de esta caricatura parece seguir el modelo de una antigua ilustración que criticaba la intervención en las elecciones por parte del montt-varismo, llamada “Un programa que se cumple”. *El Charivari*, 20/11/1869.

²¹ “La procesión de Mayo”, *Don Cristóbal*, 13/05/1890. La utilización de la metáfora bíblica es recurrente en esos años en los periódicos de Allende. En una imagen muy célebre, en que se ataca

Algo similar es lo que ocurre con una caricatura posterior a 1891 (fig. 5). Casi dando razón a la imagen previa, se constata en ella que los partidos oligárquicos conservadores y liberales que resultaron vencedores, estuvieron lejos de cumplir su promesa sobre las elecciones. Al contrario, sólo tres años después de la Guerra Civil, la alianza de clericales y montt-varistas significó una dura prueba para los ideales republicanos. En esta caricatura sin texto, la Libertad, la República y la Libertad Electoral parecen fusionadas en una sola persona. Medio desnuda, atada y a merced de sus captores, el proyectil de la “intervención clerical” promete destruirla para siempre²².

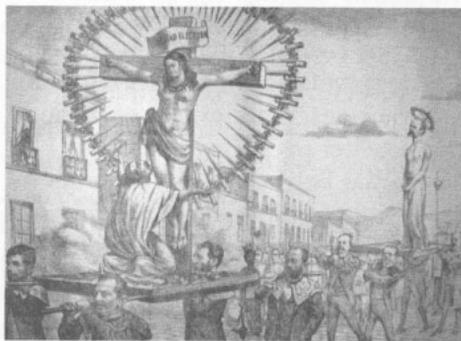


Fig. 4: “La procesión de Mayo”, *Don Cristóbal*, 13/05/1890.

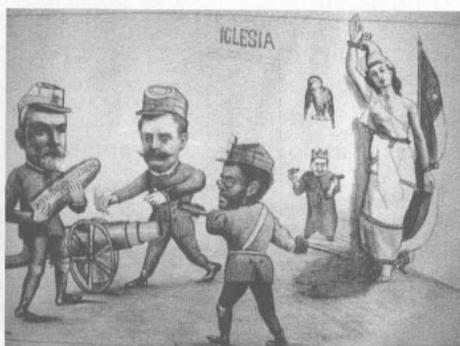


Fig. 5: “¿Apuntarán?”, *Poncio Pilatos*, 20/01/1894.

3. LA REPÚBLICA EN PRESENCIA DE SUS ENEMIGOS

El Padre Padilla se preguntaba en 1887: “¿Hai monarquistas en Chile?”, en lo que podría verse como algo más propio de las polémicas de la primera mitad del siglo. Contra todo pronóstico, su respuesta era que sí, “...i tan monarquistas, que muchos de ellos llegan a soñar con un monarca de origen tan divino i mas absoluto que Neron”. Estos no eran otros que los conservadores, quienes con el “...pretexto de atacar al liberalismo impío como ellos le llaman, solo se curan de minar las bases de la República, desacreditándola i calumniándola de mil maneras, i llegarían, si el pueblo les prestara su concurso, hasta la guerra civil

a Balmaceda, se representa a la República crucificada, teniendo a un lado al mandatario y al otro al “rey del salitre”, John North, formulando la pregunta: “¿Cuál será el mejor ladrón?”, *El Padre Padilla*, 18/04/1889.

²² “¿Apuntarán?”, *Poncio Pilatos*, 20/01/1894. Entre las encarnaciones divinas de los ideales republicanos y liberales, se incluyó también a la Instrucción. Representada como una mujer portando un silabario, *El Jeneral Pítilo* salió en su defensa cuando los intelectuales conservadores Carlos Walker M. y Augusto Orrego Luco intentaban derribar “...Esa estútua que irradiaba/ Luz i ciencia sobre el pueblo...” “En bien del pueblo chileno”, *El Jeneral Pítilo*, 04/06/1898; el motivo se repite en el número siguiente, del 07/06/1898.

para entronizarse en el poder, i una vez allí, entregar al país maniatado a un monarca cesante como don Cárlos de Borbon”²³.

Recordemos brevemente que Juan Rafael Allende no estructuró un discurso político unitario, acabado, sin fisuras. El conjunto de sus periódicos y obras literarias desplegaron su pensamiento político, con todos sus aciertos y condicionamientos, sus vacilaciones, sus cambios de estrategia, sus anhelos y esperanzas. Una de las constantes, con todo, fue su célebre anticlericalismo. Las imágenes donde la República Chilena era protagonista permitían mostrar una y otra vez quiénes eran sus principales enemigos. Los curas y los “pechoños” tenían aquí una posición de privilegio, lo que fue dicho a veces utilizando el humor y la risa. Así lo atestigua una caricatura de 1881, donde la cabeza de la República, sin su gorro frigio, deja ver una enorme cantidad de parásitos con forma de sacerdotes: los curas-piojos (fig. 6). El Presidente Domingo Santa María, ayudado por un joven José Manuel Balmaceda, es el encargado de removerlos, provocando la alegría del Padre Cobos²⁴.



Fig. 6: “El mejor remedio para la caspa”, *El Padre Cobos*, 08/09/1881. “...Ya muchos *laucis* al suelo/ Pernirotos han caido;/ Otros, a brazo partido/ Se defienden entre el pelo.// Empero, no habrá *distingo*/ Para esos *laucis*-garduñas,/ Pues todos entre las uñas/ Morirán de don Domingo”.

²³ *El Padre Padilla*, 23/08/1887. La referencia a Carlos de Borbón nace de los lazos afectivos con España, que han caracterizado a los sectores más conservadores del país, que la siguen considerando la “madre patria”, pero, además, por una publicitada visita que el aspirante al trono español realizó por esos años a Chile. Toda la clase política (incluidos los liberales, que estaban en el gobierno) corrió a festejar su venida, lo que fue objeto de constantes burlas por parte de Allende.

²⁴ “El mejor remedio para la caspa”, *El Padre Cobos*, 08/09/1881. Casi quince años después, el motivo de los parásitos que atacan a la República se repitió, escenificándose en un ataque de triquina. Claro que ya parecía ser un peligro menor, porque los microbios (“...Qué vichos tan horribles!/ ¡I algunos con cerquillo!/ Parece un frailecillo/ El que ha salido aquí...”), eran removidos con pasmosa prolijidad por el Padre Padilla y su ayudante el Negro, del cuerpo de una coqueta y bella República desnuda. “La triquina en Chile”, *El Padre Padilla*, 02/11/1895.

El optimismo que transmitía esta imagen de comienzos de la administración Santa María, se volvió algo más moderado al acercarse la nueva elección presidencial. A regañadientes, Allende adhirió a la candidatura de Balmaceda. Éste había tenido una labor destacada como ministro, implementando las “reformas liberales” que iban minando el poder del clero. En opinión de Allende, sólo la continuidad de un gobierno liberal podría asegurar que se siguiera adelante con ese programa reformista.

El Padre Padilla representó tal idea en el respeto reverencial del Presidente Santa María hacia la República, contrastada con la humillación que la haría pasar un triunfo clerical (fig. 7): el político conservador Carlos Walker Martínez, enarbolando la bandera del Vaticano, pisotea los emblemas republicanos. De todas formas, en el texto que acompañaba a la imagen el editor del periódico hacía notar su disgusto con los liberales. El presidente era “...Un badulaque, un tunante/ El dios de la picardía...”, que, sin embargo, tenía a su favor haberle “puesto jáquima al clero”. Los gobiernistas merecían la crítica tanto por su intervencionismo electoral como por la difícil situación económica que vivía el país, frente a lo cual, con todo, se estipulaba: “...Estar pobre yo prefiero/ A nadar en rios de oro/ I ver a jente de coro/ Llevar en Chile el pandero...”. En efecto, la propuesta contraria se advertía como nefasta. Las promesas electorales de los clericales eran sólo un engaño que traerían más miseria al pueblo: “...Si al poder se encaramara/ el bando de Satanás/ Que sus armas hoi prepara,/ Libertad, ya por jamás/ Te veríamos la cara;/ Pero,/ En cambio, yo considero/ Que, si aquello sucediera,/ Nuestra querida bandera/ Iría al estercolero!...”²⁵.

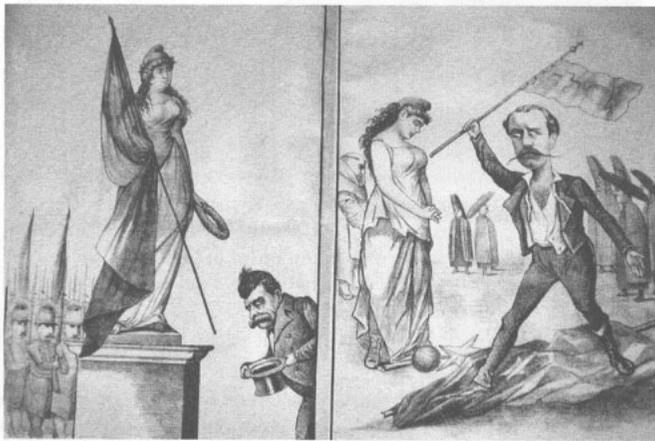


Fig. 7: “Las dos autonomías”, *El Padre Padilla*, 06/02/1886.

La discusión de una reforma electoral en 1890, que hubiera permitido a los conservadores recuperar parte de su influencia política, motivó otra carica-

²⁵ “Las dos autonomías”, *El Padre Padilla*, 06/02/1886.

tura que siguió desarrollando la idea anterior. En ella, como una maquinación terrorífica, se muestra a una hierática República que ya no representa a Chile (fig. 8). Despojada de su estrella, su frente la corona el emblema Vaticano. Tal era el pronóstico de Allende sobre la proyectada ley de elecciones, que convertiría la intervención clerical y la compra de votos en una “fortaleza conservadora” inexpugnable. Los únicos que en la imagen figuran indignados ante tal situación, y prestos al asalto, son los miembros del Partido Democrático: obreros y artesanos son representados como totalmente conscientes de las amenazas que se fraguaban en la víspera de la Guerra Civil de 1891²⁶. Años después diría que “...el Gobierno con que ellos [los clericales] sueñan es el Gobierno teocrático universal, el Gobierno del papa, como rei i señor absoluto de todos los pueblos de la cristiandad!”²⁷.

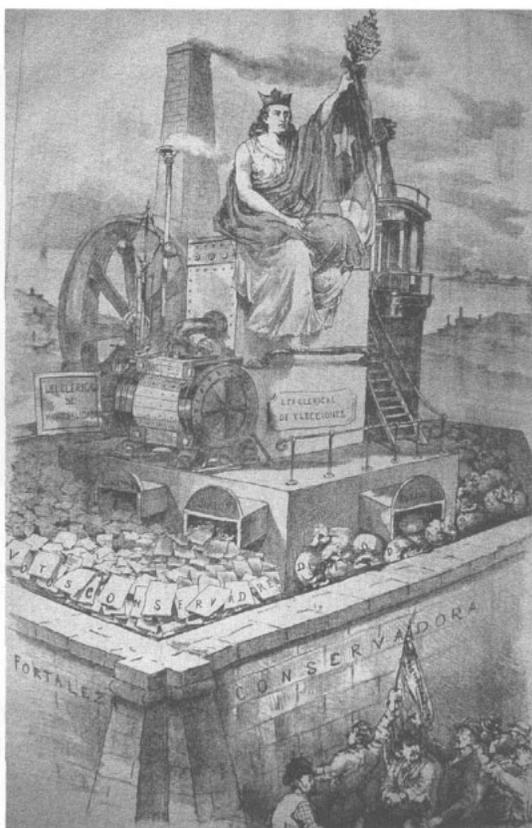


Fig. 8: “Dentro de poco”, *Don Cristóbal*, 16/09/1890.

²⁶ “Dentro de poco”, *Don Cristóbal*, 16/09/1890.

²⁷ *La Beata*, 05/08/1897.

De acuerdo con el sentir de Allende, sin embargo, los clericales no eran los únicos enemigos declarados de la República. Tanto o más daño causaban a ésta otro tipo de parásitos: los empresarios. La oligarquía financiera fue expuesta en 1882 en *El Padre Cobos* como un grupo de sanguijuelas o “hambrientos vampiros/ de purísimo linaje” que chupaban insaciables la sangre de una atribulada y todavía bien alimentada República (fig. 9). La política monetaria del país era controlada por un pequeño grupo de banqueros y empresarios (quienes además eran connotados políticos) que era su principal beneficiario, en detrimento absoluto de la mayoría del país. De tal forma, el libre cambio defendido por personajes como Augusto Matte o Agustín Edwards –representados en la imagen– a comienzos de la década de 1880, era algo inaceptable para los grupos medios y populares –al fondo, asomados a la puerta–, que veían con rabia cómo iba desapareciendo un tesoro que en teoría era propiedad de todos los chilenos²⁸.

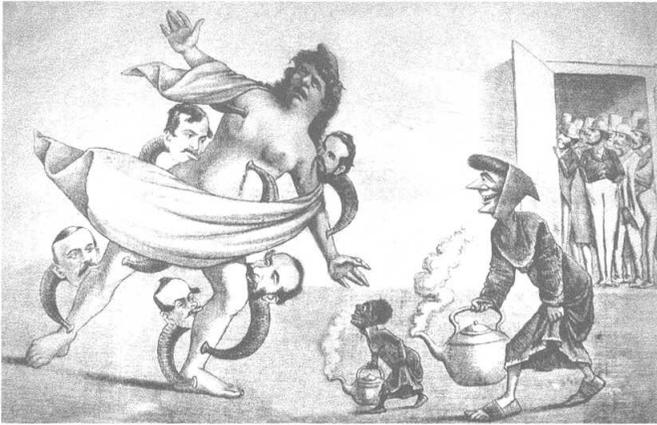


Fig. 9: “Los libre-cambistas protegen a la República”, *El Padre Cobos*, 03/08/1882: “...quieren que se cambie/ El oro que gana el pobre/ Por los billetes que invaden/ A la república toda/ Desde Lima a Magallanes,/ Enriqueciendo a los ricos/ Que enormes fortunas hacen/ A costa de las fatigas/ I del sudor de las clases/ Trabajadoras...”.

Esta sensación se hizo más aguda cuando estalló la Guerra Civil. Juan Rafael Allende fue decidido partidario de Balmaceda, después de haber sido opositor al mandatario. En los meses cercanos al inicio de la guerra, se advierte en los periódicos de aquél que el conflicto es interpretado como una lucha entre ricos

²⁸ *El Padre Cobos*, 03/08/1882. Una idea similar en “Los salitreros robando a la Nación”, *El Padre Padilla*, 09/01/1886, donde los mismos personajes –entre otros– se enriquecen a costa del trabajo de los pobres que han conquistado en la guerra la región salitrera, ante una acongojada República. Cit. en Maximiliano Salinas et al., *El que vive último...*, pág. 152.

y pobres. La oposición, en términos del mismo Allende, estuvo conformada por una aristocracia retrógrada y una burguesía conservadora y egoísta. Ambas, como hemos visto, eran los grandes enemigos de la República, socavando todo intento de secularizar el país a la vez que demoliendo los esfuerzos por lograr un mejor vivir para todos.

Recurriendo de nuevo a motivos bíblicos, *El Recluta* –“órgano del Ejército”, publicado durante la guerra– presentó una caricatura (fig. 10) donde figuraban los principales líderes del bando congresista (Pedro Montt, Waldo Silva, Carlos Walker Martínez, Agustín Edwards, Augusto Matte, Ramón Barros Luco) como los “judíos” que maniataban y humillaban a quien habría de pasar por los mismos sufrimientos que Cristo, “...castigo/ Que, según ellos, merece/ Quien no ayuda sus designios,/ Que otros no son que entregarte/ Aherrojada a los gringos...”²⁹. En esta ocasión, “judíos” tenía el doble significado de quienes habían entregado a Cristo a los romanos; pero, además, aludía la designación con que en el habla popular chilena se motejaba a los empresarios y banqueros.



Fig. 10: “La Patria i los judíos”,
El Recluta, 06/06/1891.

²⁹ “La Patria i los judíos”, *El Recluta*, 06/06/1891. Una composición muy similar sigue el grabado “La Justicia en Chile”, posterior a la guerra, para aludir a las presiones del bando vencedor sobre los tribunales, para juzgar a los balmacedistas presos. *Poncio Pilatos*, 17/07/1894. Por otra parte, en plena guerra, la labor de los miembros de la Junta de Iquique fue mostrada como “La obra de los traidores”, por sus supuestas tratativas con los países limítrofes para obtener apoyo bélico contra el ejército gobiernista. En dicha caricatura, la República –vestida con cota de mallas y armada de una espada– es defendida por un altivo Balmaceda, ante el gesto amenazador de las Repúblicas de Argentina, Bolivia y Perú. *El Recluta*, 13/06/1891.

4. LA REPÚBLICA DESEADA

Durante los años posteriores a la Guerra Civil, las caricaturas de los periódicos de Juan Rafael Allende presentaron un nuevo motivo en relación a la República. Ésta o las encarnaciones que le eran cercanas aparecieron como objeto –nunca como sujeto– de deseo. Representando una bizarra erotización de la escena política, comenzaron a abundar los coqueteos, las insinuaciones y, en especial, los acosos sexuales entre figuras públicas concretas y la República Chilena³⁰.

Se trataba de un recurso gráfico ampliamente utilizado por los caricaturistas europeos y americanos³¹. Cortejos, noviazgos y matrimonios eran una forma habitual de aludir a las intenciones o las posibilidades de acceder al poder y a la primera magistratura. Los propios dibujantes al servicio de Allende habían incursionado en este tópico desde 1875³². Sin embargo, llama la atención que las formas de representación cambiaron hacia escenas más decididamente sexuales, en las que los antiguos líderes de la oposición a Balmaceda, ya instalados en el poder, observan con ojos lascivos a una República hermosa y esquiva. Tal es lo que sucede en una caricatura de julio de 1894 (fig. 11), donde Carlos Walker Martínez (el conservador que lideró los saqueos contra los balmacedistas, entre ellos el propio Allende) y Pedro Montt (el verdadero poder tras bambalinas, de acuerdo al periodista satírico), acechan a una joven e indefensa República, mientras un chino (en alusión a los “café chinos”, suerte de casas de cita de la época) ofrece sus servicios al fondo. El texto correspondiente interpela al lector, para que ayude a la “...jóven pudorosa,/ del Liberalismo esposa,/ De estirpe republicana. /.../ Pues la acechan con lujuria/ Un vejete de la curia [Walker]/ I un negrucho del Decenio [Montt]...”³³.

El acecho se había mostrado como franca persecución en una imagen aparecida en el mismo periódico un par de meses antes. “Amor por fuerza” (fig. 12) utilizó la mitología clásica greco-latina para ello. En esa ocasión no era la República la que se encontraba en peligro, sino una mujer que, guardando un gran parecido físico con la anterior, representaba al “Liberalismo”. Un sátiro con gorro sacerdotal –el “Clericalismo”– era quien la perseguía, ante la mirada

³⁰ Por ejemplo, el grabado “Para el gusto i para el gasto”, presenta a una coqueta República (o “Patria”) que no se decide entre dos pretendientes: los candidatos presidenciales Federico Errázuriz y Vicente Reyes. *El Jeneral Pililo*, 25/08/1896.

³¹ Isabel Cruz cita caricaturas con esta temática desde del inicio mismo de la prensa satírica ilustrada en Chile, en 1858. “Diosas atribuladas...”, pág. 148 y ss.

³² En “Baile de inauguración de la Filarmónica”, Benjamín Vicuña Mackenna (ya perfilado como candidato presidencial) se presentaba casi desnudo ante la República, quien lo rechazaba. *El Padre Cobos*, 26/06/1875.

³³ “Una Susana que no es la Caballero”, *Poncio Pilatos*, 12/07/1894. En “El paraíso chileno”, la caricatura sitúa a la República como Eva, mientras que el Presidente Jorge Montt es Adán y Pedro Montt, la serpiente. Al contrario de la escena bíblica, es Eva quien es tentada por Adán, con uno de los frutos del árbol de la “Lei de conversión metálica”. Al fondo, un anciano representando a Dios, se identifica como “Liberalismo democrático”. *Poncio Pilatos*, 13/12/1894.

estupefacta de una Diana, representante de la “Democracia” (presta a defender a la joven), y a Hermes –el “Radicalismo”–, quien se quedaba más atrás. Cansada, la joven ninfa amenazaba al sátiro diciendo: “¡Calla, hipócrita Tartufo,/ Si no quieres que en mi amparo/ Vengan rojos [los radicales], liberales/ I hasta el pueblo soberano,/ I tu pasión asquerosa/ Castiguen con buenos palos!.../ Seré todo lo que quieras,/ Méños de tus vicios pasto...”³⁴.

Por más que estuvieran en el poder, los monttvaristas y los clericales, ya de por sí una alianza espuria, no lograban acercarse al ideal republicano. Según lo que mostraron las caricaturas de la primera mitad de la década del 90 en los periódicos de Allende, la conquista del poder no se condecía con una conquista amorosa donde el amor fuera correspondido. Por el contrario, el deseo enfermizo o la violencia caracterizaron a los políticos del nuevo régimen parlamentario. Pero la República nada quería con ellos, dadas sus prácticas antidemocráticas y las penurias que hacían pasar al pueblo chileno. En estos escarceos, así, las jóvenes parecen adivinar las intenciones falsas de quienes las acechan, ya que “...Si ella creyese que amor/ Alguno de ellos sentía,/ Luego que llorar tendría/ Su engaño i su deshonor...”³⁵.



Fig. 11: “Una Susana que no es la Caballero”, Poncio Pilatos, 12/07/1894.

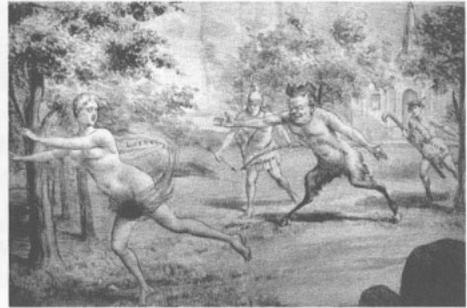


Fig. 12: “Amor por fuerza”, Poncio Pilatos, 24/05/1894.

Otro aspecto importante que se constata en estos años es la progresiva identificación de la imagen de la República con la del Liberalismo y con aquella de la Democracia. Además de su parecido gráfico, las tres sufren un acecho sexual constante en las caricaturas del Poncio Pilatos o de *El Jeneral Pililo*, dos de las principales publicaciones de la década en cuestión. En un caso notable, “Ebner de actualidad” se reinterpreta un aviso de propaganda de la popular cerveza Ebner (fig. 13). En éste, dos hombres departen animadamente con una mujer joven en una taberna al aire libre. La caricatura, por su parte, muestra a la joven como la República, quien es acosada por el clericalismo, mientras el liberalismo

³⁴ “Amor por fuerza”, Poncio Pilatos, 24/05/1894.

³⁵ “Una Susana que no es la Caballero”, Poncio Pilatos, 12/07/1894.

(el padre de ella) se emborracha, lo que podría facilitar las oscuras intenciones de aquél. En una vuelta de tuerca del tema, una joven y bella “Democracia” es quien golpea a la puerta del Presidente Jorge Montt en otra caricatura. Sin embargo, el mandatario la expulsa indignado, ya que se encuentra coqueteando con dos alegres muchachas, “Liberalismo” y “Radicalismo”, mientras que su esposa es el “Monttvarismo”³⁶.



Fig. 13: “Ebner de actualidad”, *El Jeneral Pililo*, 18/02/1897. El Clericalismo dice: “Vente a mis brazos, hermosa./ No te me hagas de rogar./ Que con tanto que ha bebido/ Ya está ciego tu papá”, a lo que la República contesta: “Ea! No quiera tentarme/ El Demonio clerical./ Que, aunque mi padre se duerma/ En brazos de la ebriedad./ Yo cuidarme sabré sola/ Como me supe cuidar/ De todos mis tentadores/ Desde mi mas tierna edad...”.

Son varios niveles de significado los que operan en esta visión erotizada de la política. De partida, la seducción –violenta o consentida– pone en escena un sistema de relaciones de género que los emisores y los receptores de la sátira en gran medida compartían. Lo que se buscaba no era cuestionar dicho sistema que pone a la mujer como objeto, sino a ciertos hombres concretos –los más visibles en su momento: líderes políticos, aspirantes a la presidencia–, quienes estaban en plena lucha por el poder. Era un mensaje contra ellos, contra sus malas artes y sus ambiciones desaforadas, que fácilmente revelaban su verdadera naturaleza, a despecho de como se presentaban en público. Hipersexuados, animalescos, quedaban descalificados moralmente. En ese sentido, los verdaderos republicanos –hijos, hermanos o amantes de la República– según apuntaban

³⁶ “¿Se puede entrar? – ¡Estoy ocupado!”, *Poncio Pilatos*, 24/05/1894.

estas imágenes, eran quienes obraban con la razón y no con los instintos, eran quienes mantenían el control de sus conciencias y de sus cuerpos³⁷.

Por otro lado, el conjunto de caricaturas de cortejos y noviazgos aluden también a una concepción general de la política. Si la República es la novia, es consecuentemente la esposa y la madre. Sus pretendientes aspiran al puesto de marido-padre del país. El cargo de primer mandatario, así, aparece inequívocamente ligado a la autoridad paterna y al modelo familiar patriarcal³⁸. En un sugerente estudio, la historiadora Lynn Hunt ha llamado la atención sobre los intentos de los revolucionarios franceses por cambiar la cultura política de su país. Al derrocar –y decapitar– a la pareja de “padres monárquicos”, los franceses habrían tratado de establecer un nuevo modelo político no patriarcal, basado en una igualdad de hermanos (por ello era importante la “fraternidad” de la consigna revolucionaria)³⁹. La asociación directa entre las relaciones al interior de la familia y en la conformación del Estado, de tal forma, ofrecen un correlato que aflora en diversas manifestaciones culturales, una de las cuales son las caricaturas. De acuerdo a lo que éstas indican, en Chile la autoridad estuvo lejos de concebirse en otros términos que no fueran los de la organización patriarcal, incluso a fines del siglo XIX.

Ahora bien, en la prensa editada por Allende sí se advierten ciertos matices. Primero, como hemos visto, sin cuestionar la naturaleza de la actividad política, entrega una opinión sobre la legitimidad de algunos “pretendientes” por sobre otros. Tal fue el mensaje, por ejemplo, en las elecciones de 1876, 1886 y 1896, en que Aníbal Pinto, José Manuel Balmaceda y Vicente Reyes fueron –respectivamente– los “novios” aspirantes a la mano de la República que contaron con la simpatía más o menos explícita del editor. Sus contrincantes en las elecciones fueron descalificados por sus intenciones libidinosas o poco honrosas para con la novia. La nota de humor no podía faltar aquí, y Allende aprovechó para burlarse de unos y otros. En términos gráficos, la fealdad, torpeza o vejez de todos los pretendientes (con todo, muy fieles a sus retratos oficiales) contrastaba con la belleza idealizada de la República, volviendo más patético el cortejo o la persecución⁴⁰.

Junto con esta visión matrimonial y familiar, la figura de la República adquirió para Allende el carácter de una madre de los chilenos. Muy cercana a la

³⁷ La irracionalidad también fue mostrada en caricaturas que denunciaban la violencia con que los políticos desarrollaban su actividad (en especial en tiempos de elecciones), lo que los deslegitimaba como “hombres republicanos”. Cfr. Daniela Cuadros G., “La compétence politique à travers la caricature. A propos de la mise en images de la citoyenneté électorale au Chili 1880-1890”, texto de trabajo grupo de investigación ECOS-CONICYT C01H02, 2004, pág. 15.

³⁸ En dicha concepción, por lo demás, el forzamiento sexual de la esposa por el marido es algo socialmente aceptado.

³⁹ Lynn Hunt, *The family romance of the French Revolution*, University of California Press, Berkeley, 1992.

⁴⁰ Michael Siebe, “Je vous baise la main, belle dame...”. Quelques aspects de la fonction des allégories féminines dans les caricatures relatives à la guerre de 1870 et à la Commune”, en Philippe Régner (dir.), *La Caricature entre République et Censure. L'imagerie satirique en France de 1830 à 1880: un discours de résistance?*, Presses Universitaires de Lyon, Lyon, 1992, pág. 417.

idea de “patria”, la mujer de la estrella solitaria fue puesta por encima de las peleas políticas contingentes, para significar a la gran dadora de vida y afecto para todos quienes la querían bien⁴¹. Con todo, la identificación con la madre no supuso una imparcialidad total. Era una progenitora que quería más a algunos de sus hijos, ya que los otros se mostraban ingratos. Así se establecía en un diálogo entre la República y el Jeneral Pililo, en que la primera se quejaba diciendo: “...hoi que me veo en peligro, a mi grito de alerta no ha contestado ninguno de tus hermanos, que se ocupan en hacer política i en hacer fortuna”. El representante del pueblo respondía: “-Pero yo te escuché, madre mia (...). Soi el mas pobre, el mas desgraciado de todos los chilenos; pero soi tambien el mas patriota de todos ellos, i por ti, madre mia, derramaré toda mi sangre, i empararé en ella los laureles que mi espada haya de segar para tus sienes!”⁴².

De tal forma, el discurso de Allende se apropió de dicha idea no para intentar una imagen ecuánime e integradora de la República, sino parcial⁴³. Contra la tentación de fijar una identidad nacional a través de dicha figura, pasando por alto las graves disputas políticas, o las casi insalvables diferencias sociales y culturales de su tiempo, Allende siempre apuntó a acercarse a las posiciones de los sectores populares y sus necesidades. En tal sentido, tendió lazos hacia la realización efectiva de los ideales republicanos en una futura democracia. Afirmó que “...en Chile no existe ni ha existido jamas el gobierno democrático. El pueblo salió de la tutela del señor coronado de España para pasar a manos de una madrastra hipócrita i cruel, que se llama la Iglesia, apellidándose otras veces la Usura, i no pocas, la Tiranía”⁴⁴. Agregó que en la historia de la humanidad todos los sistemas de gobierno podían reducirse a sólo dos, la monarquía y la democracia. A ese respecto, “...el gobierno monárquico no es para éste [el pueblo] sino el padre i señor absoluto, temido siempre, respetado a veces, jamas amado. (...) El gobierno verdaderamente democrático representa, por el contrario, a una madre cariñosa, preocupada a todas horas del bienestar i felicidad de sus gobernados, a quienes mira como si fueran sus hijos”⁴⁵. Muchas veces, sin embargo, la madre se vio en los mismos aprietos que sus retoños.

⁴¹ “Esa madre, con su amor infinito i eterno, es la Patria. (...) La Patria es el rincón en que se nace, el hogar en que se crece, la madre que nos arrulla, la mujer que nos ama; todo lo que forma la cadena de nuestros goces, nuestras desgracias, nuestras alegrías, nuestras lágrimas...”. *Poncio Pilatos*, 26/02/1898.

⁴² *El Jeneral Pililo*, 12/03/1896. Por el contrario, los políticos de la elite fueron expuestos en los versos que acompañaban a una caricatura, como “...Los que se llaman patriarcas/ Del pueblo, como la historia/ Nos lo relata i enseña...”. “La situación”, *Don Cristóbal*, 08/07/1890.

⁴³ Ejemplo de dicha estrategia integradora sólo en apariencia son estas palabras del *José Peluca*, periódico de caricaturas conservador, rival de Allende en la década del 80: “...a fin de que el espíritu de fraternidad i unión que nos dio, en mejores tiempos, patria i libertad, vuelva a todos los hogares de la familia chilena i no sea como hoi el legado cuantioso que solo gozan cuatro descamisados...”. *José Peluca*, 20/04/1884.

⁴⁴ *Poncio Pilatos*, 02/01/1894.

⁴⁵ *Ibid.*

5. LA REPÚBLICA Y EL PUEBLO CHILENO, LADO A LADO

Uno de los mayores logros de la prensa satírica de Juan Rafael Allende, fue el haber bajado a la República y sus diversas encarnaciones de su pedestal⁴⁶. Sí, porque junto a los grabados serios y trágicos que hacían referencia a las dificultades para lograr un sistema republicano real, un gran número de ilustraciones expresaron un interés similar, pero en un tono más mundano.

Dichas imágenes presentaron a la República viviendo codo a codo con el pueblo chileno, contristándose con él y alegrándose o alegrándolo cuando la ocasión lo ameritaba. Éste parece ser el uso casi natural de las representaciones alegóricas en un lenguaje satírico, donde la humanización de las deidades contradice al arte “serio” que busca idealizarlas⁴⁷. En consecuencia, la extensa obra periodística de Allende logró una efectiva propaganda de los ideales republicanos entre sus lectores, los grupos sociales medios y populares, alejados de la abstrusa teoría política⁴⁸; pero, con más fuerza, permitieron vehiculizar un conjunto de elementos del discurso político del propio editor. De tal forma, fue más allá de su rol de periodista como intermediario o “pasador de ideas”⁴⁹. Las páginas ilustradas que van desde *El Padre Cobos* a *El Sacristán* delinearon el pensamiento de Allende, siendo una red interpretativa de la vida política que compartió con sus lectores⁵⁰. El recurso a determinadas composiciones, motivos, situaciones y personajes, permite atisbar también cómo fue cambiando dicho pensamiento, al tiempo que se afinaba la comunicación con su público.

La progresiva identificación de la República chilena con los sectores populares, llevó a que en muchas caricaturas ambos fueran representados pasando por las mismas vicisitudes. En gran medida, estas ilustraciones ofrecen un registro visual cotidiano sobre las condiciones materiales de vida, las alegrías y penas del pueblo chileno⁵¹. Cuando el panorama se auguraba más duro para éste, la República apareció compartiendo su dolor. Así lo hizo en *Don Cristóbal* en julio de 1890, con motivo de la negativa de la oposición parlamentaria al Presidente Balmaceda para tramitar la ley de contribuciones (fig. 14). En la imagen, eran mostrados los líderes opositores como “...los ajiotistas,/ Banqueros i salitreros,/ Ya sueltos, ya monttvaristas,/ Impúdicos usureros,/ Que, a costa del pueblo, piensan/ Tan sólo en hacer dineros...” Sus figuras lozanas eran lo opuesto de los cuerpos famélicos y harapientos que mostraban los miembros de una familia perteneciente al “...pueblo hambriento,/ Que a la Patria pide pan,/.../ Pero inútil es su afán/ Porque a esa Patria harapienta/ Los ricos nada le dan”. Volviendo

⁴⁶ Isabel Cruz, “Diosas atribuladas...”, ya citado.

⁴⁷ Michaele Siebe, “Je vous baise la main, belle dame...”, pág. 422.

⁴⁸ Isabel Cruz, “Diosas atribuladas...”, pág. 143.

⁴⁹ Daniela Cuadros G., “La compétence politique...”, pág. 4.

⁵⁰ Ídem, pág. 6.

⁵¹ Respecto a la sociabilidad popular en torno al comer y el beber, que oscilaba “entre el hambre y el goce”: Daniel Palma A., “De apetitos y de cañas: El consumo de alimentos y bebidas en Santiago a fines del siglo XIX”, *Historia*, 37, Vol. II, 2004, págs. 391-417.

sobre la idea de la maternidad, el texto se interrogaba a continuación, respecto a la Patria: “Ella, pues, ¿cómo sustenta/ A sus hijos desgraciados/ Si con recursos no cuenta?...”⁵².



Fig. 14: “La situación”, *Don Cristóbal*, 08/07/1890.

A nivel del discurso gráfico, los cercanos destinos del pueblo y la República se evidenciaron una y otra vez en la prensa satírica de Allende. La analogía, en este sentido, fue una forma de expresar dicha proximidad y de volverla memorable para quienes eran los lectores-espectadores del periódico.

Los cuerpos de los personajes que encarnaban al pueblo chileno y a la República sufrieron una decadencia parecida con los años. Los “vampiros” (o zancudos, entre quienes se repiten Agustín Edwards y Julio Zegers, con respecto a quienes figuran en la recién citada “La situación”) que extraen la sangre al pueblo –llamativamente similar a Cristo moribundo– en 1894 (fig. 15), son similares a aquellas “sanguijuelas” que, como vimos anteriormente (fig. 9), en la década del 80 chupaban la sangre de la República⁵³. Ésta, por su parte, podía exhibir en aquel entonces una belleza rozagante, un cuerpo firme y relleno. No por nada acababan de conquistarse en la guerra territorios con enormes riquezas, que auguraban prosperidad para Chile. Una realidad opuesta es la que se observa en 1895 (fig. 16), cuando la República se está quedando “en los puros huesos”: “Esa que ahí ves, escuálida/ I flaca como esqueleto,/ Es ivergüenza da decirlo!/ La madre de los chilenos!...”⁵⁴. El aspecto macilento de ambos nuevamente contrasta con quienes se han alimentado de la vitalidad popular

⁵² “La situación”, *Don Cristóbal*, 08/07/1890.

⁵³ “Vampiros del pueblo”, *Poncio Pilatos*, 15/05/1894 y “Los libre-cambistas protejen a la República”, *El Padre Cobos* 03/08/1882.

⁵⁴ “¡La tiene en los puros huesos!”, *Poncio Pilatos*, 23/07/1895.

y republicana. En un caso, la oligarquía financiera, y en el otro, tocado con la tiara papal, “...el clero/ Que en ese rollizo nene/ Representado ahí veo...”⁵⁵.

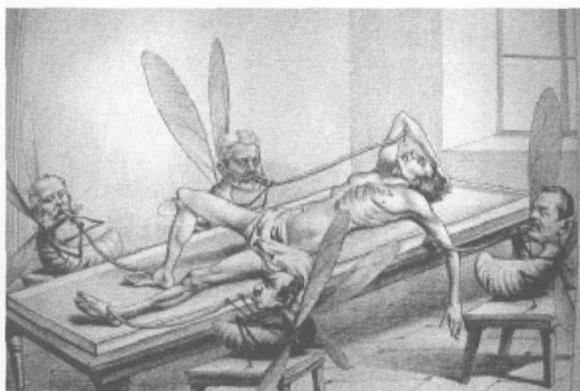


Fig. 15: “Vampiros del pueblo”, 15/05/1894.



Fig. 16: “¡La tiene en los puros huesos!”, 23/07/1895.

Los grandes enemigos del republicanismo figuraron en las caricaturas de Allende aplicando otro tipo de suplicio a la República y al pueblo. En 1887, *El Padre Padilla* mostró a la primera sufriendo en un “Asado a la parrilla” (fig. 17), donde las brasas eran alimentadas por la influencia que el clero y la “política conservadora” todavía dejaban sentir en el país⁵⁶. En primer plano, sonrío el Papa León XIII, quien atrapa “el juguito que se escapa/ De asado tan sustancioso./.../ ¡Maldito sea el gloton!/ Que no deja en paz el diente,/ Royendo nuestra nación!/ ¡Permita Dios que reviente/ De una brava indigestión!”⁵⁷.

Tres años más tarde se repitió la idea, pero esta vez fue el pueblo chileno el protagonista (fig. 18). Encarnado por un tigre (que pese a su bravura ha podido ser momentáneamente atrapado), la oligarquía parlamentaria –en las figuras de Ramón Barros Luco y de Augusto Matte– fue la que apareció “Asándolo vivo”. Dirigiéndose a su público, el editor preguntaba: “¿Sabeis, queridos lectores,/ Lo que los legisladores/ Ponen como combustible?// La privacion del trabajo/ Para que el pobre gañán,/ Sin techo, abrigo, ni pan,/ Hecho un inmundo estropajo,/ De la caridad en pos,/ Vaya con afan tremendo,/ De puerta en puerta, pidiendo/ Una limosna por Dios.// Pero el tigre se debate/ Entre bárbaros dolores.../ ¡Ai! de los legisladores/ Cuando el tigre se desate!”⁵⁸.

⁵⁵ *Ibid.*

⁵⁶ En el texto correspondiente, se explica que “...Mantienen la pira inmensa/ Las misas, los jubileos,/ I la católica prensa,/ Los óleos i los oléos,/ I esta i aquella dispensa.// I soplan la horrible pira/ Los pechoños i los jotes,/ Que viven de la mentira...” “Asado a la parrilla”, *El Padre Padilla*, 23/08/1887.

⁵⁷ *Ibid.*

⁵⁸ “Asándolo vivo”, *Don Cristóbal*, 21/06/1890.



Fig. 17: "Asado a la parrilla", *El Padre Padilla*, 23/08/1887.



Fig. 18: "Asándolo vivo", *Don Cristóbal*, 21/06/1890.

La carga que significaba el trabajo, en un contexto de relaciones laborales durísimo en la ciudad, en el campo y en los enclaves mineros, fue una preocupación graficada varias veces por Allende. En una caricatura de 1888, *El Padre Padilla* mostró a un colosal "Prometeo" (fig. 19), que representaba al pueblo, encadenado a la roca del "trabajo". Siguiendo el mito griego, un enorme buitre "...Que se llama aristocracia..." aparece royéndole las entrañas y alimentándose con su sangre, con la que "...riega el suelo/ De su dominio feudal...". La figura de Prometeo no deja de ser titánica: pese a las cadenas y pese al gigantesco buitre, su cuerpo es vigoroso y sus músculos parecen estarse tensando para liberarse. Acorde con ello, el texto correspondiente termina increpándolo: "...Al verdugo que abominas/ Día a día el buche llenas./ Pueblo que la frente inclinas,/ ¿Cuándo rompes tus cadenas/ I a tu verdugo esterminas?"⁵⁹.

Cinco años después, *Poncio Pilatos* volvió a reinterpretar la escena mítica. "El nuevo Prometeo" (fig. 20) se trata de un comentario político donde la víctima no es el pueblo chileno, sino el Liberalismo. Su situación es todavía más desesperada y parece enarbolar la bandera tricolor como último gesto de resistencia. El pequeño loro con la banda presidencial terciada que hiere la frente de Prometeo fue el icono utilizado por los caricaturistas al servicio de Allende para representar a Jorge Montt⁶⁰. Durante su mandato comenzó –de acuerdo al discurso de aquél– un período fatal para los intereses populares y los principios republicanos. El empuje liberal de la década del 80 se cortó abruptamente con la caída de Balmaceda, comenzando un retroceso en la difícil democratización del país. La iglesia católica y los sectores conservadores reco-

⁵⁹ "Prometeo", *El Padre Padilla*, 03/03/1888. Una idea similar se encuentra en la caricatura "El Pueblo...¡Soberano!!". En ella, un jefe de familia popular se encuentra encadenado por el "trabajo", a un poste de la "oligarquía", del "préstamo" y de la "usura". *Poncio Pilatos*, 08/05/1894.

⁶⁰ La ineptitud e indolencia del mandatario fue graficada en una caricatura de 1894, donde la República sale a su encuentro y lo increpa diciéndole: "Don Jorje, imui bien!/ Yo de hambre me muero/ Por culpa de usted,/ I usted en paseos...". *Poncio Pilatos*, 06/10/1894.

braron así gran parte de su poder. En la caricatura, el buitre ya no lleva una corona de la “aristocracia”, sino una corona papal, mientras que en una de sus garras sostiene los símbolos vaticanos: “Te haces la humilde paloma/ De Jesús en el santuario,/ I eres buitre sanguinario/ Que tienes tu nido en Roma./.../ Ni al miserable gañan/ Guardas consideraciones,/ Mandando al Papa millones,/ Dejando al roto sin pan...”⁶¹.

A los pocos meses, el mismo periódico publicó una caricatura que, si bien no hace referencia en su título al mito de Prometeo, es de una composición y un significado similar. En “Al borde del abismo” (fig. 21), se muestra a la República desfalleciente sobre un alto peñón, acechada por un buitre, un loro (aves ya conocidas) y otros pájaros carroñeros: “Acéchante con furia/ El fraile i el banquero,/ Que están de enero a enero/ Minando tu existir./ Los buhos de la Curia/ Y de la Sinagoga/ Apriétante la soga.../ ¡Qué negro porvenir!...”⁶².

Se observa así que las variaciones y repeticiones del discurso gráfico identifican y casi (con)funden las representaciones del pueblo y de la República. Son dos entidades tan cercanas en el pensamiento de Allende, que sus enemigos son los mismos, que las trabas para su desarrollo son similares y que la forma de compartir dicha idea con su público pueden re-significarse. Tal como años atrás, en 1893 la situación de los sectores populares era difícil: “I, en tanto que te acecha,/ Fatídico ese enjambre,/ Tus hijos mueren de hambre./ I nadie un pan les da!...”. Sin embargo, ya no era la madre República la invocada para la salvación; al contrario, el llamado de Allende es cada vez más directo a la acción popular. Pese a que el pueblo pudo en alguna ocasión sentir que “...siempre mi madrastra,/ I madre nunca fue...”, a él correspondía salvarla, aunque fuera sacrificándose: “...Pueblo agradecido,/ Recuerdo que me amó,/ I vuelo sin encono/ Mi vida a dar por ella:/ Si el clero me degüella,/ ¡Con gusto muero yo!”⁶³.

6. DE LA REPÚBLICA A LA DEMOCRACIA: LOS DESPLAZAMIENTOS ICONOGRÁFICOS Y POLÍTICOS

La caricatura “Sed bien venido” celebraba la llegada del año 1894 –encarnado por un bebé– en el *Poncio Pilatos*. El texto alusivo expresaba la esperanza que ese fuera un año más venturoso que el anterior, que habiendo nacido con cara de liberal, pronto se volviera beato. Dirigiéndose al recién nacido, el editor del periódico añadía: “...en ti confianza abrigo./ ¿Nos traes dicha o desgracia?/ ¿Nos traes pan o la ruina?/ Si a obrar el bien Dios te inclina,/ La virtuosa

⁶¹ “El nuevo Prometeo”, *Poncio Pilatos*, 22/07/1893.

⁶² “Al borde del abismo”, *Poncio Pilatos*, 12/12/1893.

⁶³ *Ibid.* En un motivo similar, casi un año después, la caricatura “La situación” puso a la República como un cordero pequeño e indefenso. Acechado por numerosos cuervos clericales, un imponente carnero, representando a la “democracia”, era quien lo defendía. *Poncio Pilatos*, 10/11/1894.



Fig. 19: "Prometeo", 03/03/1888.



Fig. 20: "El nuevo Prometeo", 22/07/1893.



Fig. 21: "Al borde del abismo", 12/12/1893.

Democracia/ Te serviré de madrina..."⁶⁴. Esta última figura era representada por un personaje que resultaba indistinguible de la República.

Como ya señaláramos, la mujer del gorro frigio cambiaba de significado según el contexto de la caricatura. Lo usual era que representara a la República, pero podía ser también la Libertad, la Justicia y la Patria. En términos políticos más contingentes, si en la década del 80 había hecho referencia constantemente a la Libertad Electoral, los periódicos publicados por Allende, de 1893 en adelante, dan paso a la figuración cada vez mayor de la Democracia.

Éste resulta ser un término algo equívoco en el pensamiento político de Juan Rafael Allende. A veces lo utilizaba para aludir al grupo social opuesto a la aristocracia y, por extensión, a quienes eran sus representantes organizados políticamente (el Partido Democrático)⁶⁵. Aunque, por lo general, se refiere a la Democracia como el sistema de gobierno popular y representativo al que –según se dice– todo el mundo aspira hoy en día. Siguiendo a Allende, éste debía darse como consecuencia lógica del funcionamiento real del republicanismo, donde la soberanía popular se transforma en voluntad política y gobierno efectivo. Su preocupación por las trabas, las cortapisas y la presencia de los que él consideraba “monárquicos”, verdaderos enemigos del republicanismo –y, por lo tanto, anti-demócratas–, fueron parte de su discurso hasta la Guerra Civil de 1891. Allende fue un ferviente defensor de Balmaceda (y editor del gobiernista *El Recluta*, durante los meses de la guerra), una vez que interpretó el conflicto que se venía arrastrando desde hacía años al interior de la clase política, como una lucha entre ricos y pobres. La férrea oposición que lo más rancio de los sectores conservadores chilenos, unido a lo más pujante de la nueva oligarquía financiera, hizo al gobierno de Balmaceda –llevando a la inédita alianza de católicos ultramontanos con masones–, significó para Allende una oportunidad única. Aliados quienes él había identificado como los enemigos jurados de la República, su derrota podría dar paso por fin al establecimiento del republicanismo y la democracia⁶⁶.

En plena guerra, *El Recluta* señalaba: “Los aristócratas de Chile han sido los que han preparado el advenimiento de la Democracia (...) No más nobles heredándose la banda presidencial, i con ella, todos los destinos públicos de la Nación! No más oligarquías avasallando a las clases trabajadoras, legislando para sí i nunca para el Pueblo! No más Aristocracia mirando con altivez a los que llevan vida honrada i laboriosa, a los que con el brazo i el cerebro conquistan territorios, riquezas i glorias para la Patria!”⁶⁷. Aun a pocos días de Concón y Placilla, y replicando al discurso oligárquico sobre la “dictadura” de Balmaceda,

⁶⁴ “Sed bien venido”, *Poncio Pilatos*, 02/01/1894.

⁶⁵ En una ocasión, el elitismo rampante de la curia católica lo motivó a apropiarse de la figura de Cristo, diciendo que “...Fué demócrata como cualquier *roto* lo es entre nosotros...”. *La Beata*, 05/08/1897.

⁶⁶ Sobre el particular: Maximiliano Salinas, Tomás Cornejo y Catalina Saldaña, *¿Quiénes fueron los vencedores? Elite, pueblo y prensa humorística de la Guerra Civil de 1891*, Centro D. Barros Arana –Lom, Santiago, 2005, págs. 157-183.

⁶⁷ *El Recluta*, 30/04/1891.

añadía que antes “...éramos sumisos esclavos de una orgullosa cuanto ignorante oligarquía; hoy somos ciudadanos libres de una República democrática”⁶⁸. El triunfo congregista, sin embargo, echó por tierra todo lo que se reveló como un canto de victoria anticipado.

Los años posteriores a la derrota del balmacedismo significaron una dura prueba para Allende a nivel personal, llevándolo también a reformular sus concepciones políticas⁶⁹. Uno de los cambios que se observa en sus periódicos desde 1893, es el encarnizamiento de la crítica hacia partidos y dirigentes políticos. Las componendas, las falsas promesas, la falta de un programa claro, fueron jalones que marcaron su decepción con un sistema republicano a medias que había mostrado su verdadera cara, la más cruel⁷⁰. Por otra parte, el papel del pueblo se volvió cada vez más protagonista.

Junto a la mencionada práctica de denuncia, mostrando cómo pueblo y República sufrían los rigores del hambre, comenzó una interpelación directa hacia aquél. Casi contradiciéndose, *Poncio Pilatos* afirmaba: “...El verdadero tirano/ De su patria es sólo el Pueblo!...”, pero explicando a continuación que se trataba de “...Ese pueblo que, impasible,/ Sin inmutarse está viendo/ Cómo a la Nación desangran/ Los frailes i los banqueros,// I no toma luego un palo/ I, sin ningun miramiento,/ Al nene del Vaticano/ Lo revienta contra el suelo!”⁷¹.

Este registro discursivo de Allende, que apela a la acción popular directa, había sido una constante hasta 1891, tendiendo a disminuir o matizarse en los años siguientes. De hecho, en la década anterior ya se había mostrado con facetas distintas: una, más simbólica, utilizaba los códigos del lenguaje carnavalesco para proponer una inversión del mundo y su ordenamiento social⁷². Podía conllevar algún grado de violencia y, ante todo, violencia contra los símbolos del orden constituido⁷³. La acción directa también había sido promovida por Allende en

⁶⁸ *El Recluta*, 04/08/1891. En dicha ocasión, se explayaba diciendo: “En el cambio de una forma de Gobierno a otra diametralmente opuesta, como son la del Gobierno oligárquico i la del Gobierno democrático, el cuerpo social no siempre queda exento del contagio de un pasado a que ha debido habituarse en fuerza de la costumbre.

Un pasado de ochenta años de oligarquía i de despotismo aristocrático tiene que dejar reliquias difíciles de borrar de nuestras costumbres sociales i de nuestros hábitos políticos... debemos darnos por satisfechos con haber operado una evolución política i social de la trascendencia de la que hemos ejecutado, reservando para los días de la fructífera paz el depurarla i perfeccionarla. Esta será la obra del Pueblo...” *Ibid.*

⁶⁹ Sobre sus penurias que incluyeron la cárcel y el destierro, ver: Arturo Blanco, “Juan Rafael Allende”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, LII, Nº 55, 1925-26 y Nº 56, 1927.

⁷⁰ Al respecto, es ilustrativa la caricatura “Mementote”, en la cual autoridades políticas, militares y eclesiásticas levantan un monumento a una horrible arpía –contracara de la bella República–, elevada sobre las calaveras de los muertos durante la Guerra Civil. *Poncio Pilatos*, 07/01/1899.

⁷¹ “¡La tiene en los puros huesos!”, *Poncio Pilatos*, 23/07/1895.

⁷² Sobre los múltiples alcances del lenguaje del carnaval en Allende: Maximiliano Salinas C., “Juan Rafael Allende, ‘El Pequén’, y los rasgos carnavalescos de la literatura popular chilena del siglo XIX”, *Historia*, Nº 37, Vol. 1, 2004, págs. 207-236.

⁷³ Cfr. las caricaturas “El pueblo se hará justicia”, *El Padre Padilla*, 05/01/1887, “Por antipatriota”, *El Padre Padilla*, 21/01/1888, “Corriendo a Pan”, *El Padre Padilla*, 10/07/1888, “Terminación del conflicto”, *Don Cristóbal*, 05/07/1890.

términos más radicales y reales, como lo atestiguan sus llamados –no puramente retóricos– a apedrear los carros urbanos por el alza del pasaje en 1885 y 1888, lo que luego del motín urbano del último año le significó la cárcel, junto a los otros miembros del directorio del Partido Democrático⁷⁴.

Lo que se evidencia en la década siguiente es una confianza creciente, por parte de Allende, en la transformación de los sectores populares en sujetos políticos. Él mismo, a través de su vasta labor periodística, se sentía partícipe de esa transformación⁷⁵. Los principios republicanos que había defendido, le daban pie para reivindicar los derechos que como chilenos tenían hasta los hijos más pobres del país. Sin embargo, su cambio en ciudadanos y actores políticos concretos, se produciría de la mano de la (auto)educación, de la organización y la toma de conciencia política. En este sentido, es posible advertir un cierto desfase entre las secciones escritas (sobre todo, la nota editorial) y el conjunto de caricaturas del período 1893-1902. Los textos del *Poncio Pilatos*, *El Jeneral Pililo* y los demás periódicos de estos años, parecen oscilar entre la amargura de la derrota y el éxtasis de la pronta victoria. Determinados por la contingencia, cualquier paso en falso del liberalismo, cualquier derrota electoral del Partido Democrático (incluida la candidatura a diputado del mismo Allende), lo hicieron criticar amargamente al pueblo por su falta de conciencia⁷⁶. Por el contrario, una pequeña derrota del clericalismo o de la burguesía financiera, eran para Allende claro índice que el pueblo sí sabía con certeza quiénes eran sus enemigos y que pronto se emanciparía de ellos⁷⁷.

Este vaivén anímico está ausente del discurso gráfico. En las caricaturas contemporáneas, al contrario, se observa una certeza sobre la actitud popular. Como se aprecia en la bíblica escena de “La resurrección” (fig. 22), es el obrero, como representante del conjunto de los sectores populares, el encargado de preparar la venida de la Democracia. En la imagen, ésta yacía junto a los mártires de 1891 –Balmaceda, Barbosa–, custodiada por los “...ruines mercaderes de la Curia...” (José Besa, Julio Zegers, Carlos Walker Martínez, el arzobispo Mariano Casanova y Joaquín Walker Martínez), quienes: “...se tuercen furibundos, impotentes,/ I destilando venenosa baba,/ Contemplan con espanto que la

⁷⁴ Catalina Saldaña L., “*Por un pan para un hijo de obrero: la reivindicación de los derechos del pueblo por Juan Rafael Allende. 1886-1890*”. Manuscrito proyecto Fondecyt N° 1030092. Cada cierto tiempo, en los textos de Allende se detecta todavía esa intención. En 1896, afirmaba que el “...poder popular está dispuesto a hacerse respetar aún a costa de la última gota de sangre de los hijos del pueblo...”. *El Jeneral Pililo*, 04/08/1896.

⁷⁵ *Poncio Pilatos*, 04/04/1899 y 06/05/1899.

⁷⁶ “...este pueblo imbecil, con su nunca desmentida indolencia musulmana, ha tragado la píldora que le han dorado los oligarcas de que *el pobre no debe hacer política*, i aguanta todo, hasta los latigazos con que diariamente le cruzan el rostro!”. *Poncio Pilatos*, 15/12/1898.

⁷⁷ “El siglo XX pertenecerá al Pueblo, que se redimirá por sí mismo, como quiera que el Pueblo nunca tuvo redentores que no salieran de sus filas. Lo que es en Chile, urje esa redención, en el Sur, para que el Pueblo alguna vez vea rotas las cadenas del inquilinaje; i en el Norte, para que ese mismo Pueblo destruya ese yugo infamante que le han echado al cuello los ingleses i demás adoradores de la Libra Esterlina!...” *El Sin Vergüenza*, 05/01/1901.

diosa/ Del sepulcro, triunfante, se levanta.// I con espanto miran que el obrero/
Es quien remueve la grosera lápida/ Que nos cubría al ídolo del pueblo,/ Que,
loco, grita: “¡Ya tenemos Patria!”⁷⁸.



Fig. 22: “La resurrección”, *Poncio Pilatos*, 15/03/1894.

A diferencia de otras estrategias argumentativas del discurso de Allende, donde la imagen y el texto se refuerzan mutuamente, aquí la imagen cobra una cierta autonomía. Llegamos casi a contradecir el momentáneo y esporádico pesimismo del editor. A lo largo de los años, el conjunto de ilustraciones referidas al lugar que le cabe al pueblo en la construcción –o “advenimiento”– de la Democracia va en alza sostenida. ¿Rebelión de los dibujantes? ¿Traición del inconsciente, que expresa más a través de un dibujo que de un texto? Recordemos que no era Allende quien hacía los grabados, sino que los encargaba a distintos caricaturistas, mientras él redactaba los versos correspondientes a la escena. De todas formas, la concepción de la idea, los personajes y los motivos

⁷⁸ “La resurrección”, *Poncio Pilatos*, 15/03/1894.

que integraban la caricatura, sí corrían por parte del editor. Así, más que un discurso autorial independiente, parece estar operando un mensaje paralelo, destinado a dos públicos específicos distintos. En efecto, podríamos conjeturar que si un gran número de personas compraba la prensa editada por Allende (que tenía una tirada promedio de 7.000 ejemplares, llegando a los 22.000 en casos extraordinarios), no todos *la leían*. Las bajas tasas de alfabetización del país, el público al cual estaban dirigidos sus periódicos, y la calidad de las caricaturas –que ocupaban la mitad de la superficie de cada número–, nos aseguran que eran numerosos quienes sólo *la veían*.

La repercusión del mensaje gráfico pudo entonces ser mayor incluso que la del escrito. La imagen tiene la ventaja de poder ser recordada con más facilidad, además de poder ser observada una y otra vez, sin las demandas de tiempo o de competencias que tiene la lectura. En el caso particular de las caricaturas, éstas funcionan sobre la base de la repetición y de pequeñas modificaciones o alusiones contingentes que van transformándose, por lo que sus “lectores” participan activamente en el funcionamiento de ellas. Repetir una idea, un personaje o una composición a lo largo del tiempo, implicaba en este tipo de prensa ir afinando el propio discurso del emisor⁷⁹.

En el caso de Allende, además, la intención de este conjunto de mensajes dibujados era doble. Junto con afirmar “sí, el pueblo chileno está listo para construir la democracia”, el autor expresaba un anhelo, un pronóstico optimista. En suma, se trataba de una interpelación a quienes él esperaba que fueran sus receptores. Con los años, la función que cumplió el personaje de la Democracia (o la República) triunfante en sus caricaturas fue modificándose. En 1884, elevada por los aires, al igual que en la imagen anterior, y portando también la bandera y una corona de olivo en alusión a los triunfos guerreros (diez años después será sólo una rama), está, sin embargo, triste (fig. 25). No podía ser de otra forma, si los rotos-soldados que habían luchado por ella, se encontraban con “el pago de Chile” y más pobres que antes, aunque con gloria, disfrutando de “medallas sin pan”⁸⁰. Con excepción de las alas, sin embargo, la composición aquí y en “La resurrección” es muy similar, siendo reutilizada en la década siguiente.

Llama la atención encontrar semejanzas más allá del espacio de la prensa satírica, como lo es la literatura de cordel. La Lira Popular, que correspondía a otro circuito cultural, más popular y menos letrado que la prensa “joco-seria”, compartía, sin embargo con esta algunas de sus preocupaciones así como parte de su público. Los grabados que se incluían en cada pliego, ya fueran de carácter popular o reproducciones de motivos académicos, tuvieron a veces como tema la iconografía republicana. Con mucho, es el escudo nacional el motivo más abundante en las hojas de la poesía popular, pero no está ausente la figura de la

⁷⁹ Raimund Rütten, “Un art politique interactif: le discours de l’image satirique”, en Philippe Régner (dir.), *La caricature entre République et censure...*, pág. 116 y ss.

⁸⁰ “Medallas sin pan”, *El Padre Padilla*, 20/09/1894.

República en sus diversas manifestaciones. Ellas dejan de manifiesto el mismo tipo de desplazamientos y variaciones de significado que se dio en la prensa de Allende. La República, la Democracia (fig. 23) y la encarnación del Liberalismo (fig. 24) confunden también sus contornos. Dichas similitudes, más que coincidencia, parecen un préstamo de ciertas ideas visuales de la prensa satírica. Esta, a su vez, tomaba algunos de sus motivos de ilustraciones o composiciones clásicas, que se pueden rastrear tanto en nuestro continente como en Europa⁸¹.



Fig. 23: "La venganza de la democracia", Lira Popular, Col. Amunátegui, s/f.Col. Lenz, c. 1894.



Fig. 24: "Triunfo del Partido Liberal", Lira Popular, Col. Amunátegui, s/f.Col. Lenz, c. 1894.

⁸¹ Las divinidades republicanas aladas y gloriosas figuran en la placa que conmemora la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*. Otro diseño largamente compartido es aquel que se refiere al saqueo empresarial, escenificado por la nación o el pueblo puesto en una prensa por la burguesía. Esta imagen, repetida con algunas variaciones en la prensa de Allende (*El Padre Padilla*, 20/04/1886, *Poncio Pilatos*, 27/10/1894), se encuentra también en países como México y Argentina en los mismos años, pudiendo ser en realidad un modelo europeo. Cfr. Artemio Rodríguez (ed.), *José Guadalupe Posada 150 años*. La Mano Press, Los Ángeles, 2003, p. 39, y Andrea Mattalana, *Del noventa al Centenario. La política y el humor gráfico en Argentina (1898-1910)*, U. de Buenos Aires, Buenos Aires, s/f, p. 6. Una variación del motivo anterior fue mostrar a la clase dominante colgando de una horca tanto a la República como al pueblo, lo que compartió Allende (*El Padre Cobos*, 13/05/1881, *Poncio Pilatos*, 18/05/1899, *El Tinterillo*, 04/09/1901) con la Lira Popular (cfr. el grabado "La aristocracia ahorcando a la República", Col. Amunátegui, 186, 1893).

Las poesías de la Lira Popular también ponen de manifiesto la preocupación por la construcción activa de los ideales republicanos y, más aún, democráticos. Los pliegos contemporáneos del poeta Daniel Meneses, por ejemplo, muestran cómo el interés por las votaciones se fue extendiendo entre los grupos populares urbanos. En sus composiciones, entregó una serie de informaciones respecto de la elección presidencial entre Federico Errázuriz y Vicente Reyes en 1896, señalando que "...Mientras Chile sea Chile/ ¡Viva el liberalismo!/ Ya no mas oscurantismo/ Habrá en mi patria naciente..."⁸².

Su lenguaje empalmó a la perfección con las designaciones que por años había utilizado Allende en su prensa. En el mismo pliego, el poeta llamaba al pueblo diciendo: "...Al fin, pueblo soberano,/ Ataca a los Iscariotes,/ Que no gobiernen los jotes/ Del *leon* del Vaticano..."⁸³ A los conservadores los llamó —como Allende— "Partido cantorberiano", "hijos de Loyola" y "cuervos"⁸⁴, mientras que al obrero le pedía: "...Cúmpleme lo que yo quiero/ Como ciudadano bueno,/ Pueblo liberal chileno,/ No te le rindas al clero"⁸⁵. En los versos de la Lira Popular se expresó también el convencimiento respecto a la necesaria participación popular en los procesos electorales. Tal como Juan Rafael Allende, Meneses llamaba "...A las urnas, ciudadanos,/ Sin parecer unos rotos;/ Corran i dejen sus votos,/ Valientes, grandes i ufanos,/ I lleven limpias sus manos,/ Con alma pura i contenta..."⁸⁶. La transformación de "roto" en ciudadano, así, podría asegurar que fuera el pueblo quien cambiara la política nacional: "...A los toques de clarín/ Dí hasta el último fin,/ ¡Que viva la Democracia!"⁸⁷.

Pese a sus reparos previos, según se desprende de las propias caricaturas, Juan Rafael Allende coincidió en abocarse a la vía electoral. Fue ahí, a fin de cuentas, donde privilegió la acción política. La soberanía popular no tenía otra alternativa que las urnas para su realización —en una posición que concuerda con lo que años después será la estrategia de los movimientos populares—⁸⁸. Fue

⁸² Col. Amunátegui, I, 33, 1896.

⁸³ *Ibid.* Conociéndose el triunfo liberal en otra elección, arengó nuevamente a los sectores populares: "...Pueblo, con tu voz de rei/ I con sana i justa idea,/ Haced que en Chile se vea/ La igualdad ante la lei./ Dejad la inercia i no estei/ Yéndote solo al abismo!/ Mira, pues, que el servilismo/ Te combate con vigor/ ¡Abajo el conservador!/ Arriba el liberalismo!..." Col. Amunátegui, I, 37, s/f.

⁸⁴ *Ibid.*

⁸⁵ *Ibid.* Meneses llamó también al "pueblo obrero", a que no se dejara gobernar por "los señoritos de la aristocracia" (otra expresión de Allende), al tiempo que veía como cierta la idea de soberanía popular: "...Partido republicano,/ Trabaja en buen arreglo/ Ilustrando bien al pueblo/ I que se haga soberano..." Col. Amunátegui, I, 40, s/f.

⁸⁶ Col. Amunátegui, I, 66, 1896.

⁸⁷ *Ibid.* Esta composición se repite con la excepción de un verso en un pliego de la poeta Rosa Araneda. Col. Amunátegui, II, 314. Sobre la Lira Popular: Micaela Navarrete A. (comp.), *Aunque no soy literaria. Rosa Araneda en la poesía popular del siglo XIX*, Archivo de Literatura Oral y Tradiciones Populares, Dibam, Santiago, 1998. Respecto de la creciente "conciencia política" de los grupos populares urbanos que se expresa en estas fuentes, de la misma autora: *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896*, Centro de Investigaciones D. Barros Arana, Dibam, Santiago, 1993.

⁸⁸ Proponía al pueblo "...no ser mas en adelante carne de elecciones, sino hombres de independencia, hombres de libertad, verdaderos demócratas de un pueblo republicano". *Poncio Pilatos*, 15/01/1895.

por este convencimiento que los llamados a votar se hicieron cada vez más frecuentes⁸⁹. En 1896, ponderó positivamente el papel desarrollado por el Partido Democrático en tal sentido, ya que antes de su fundación en 1887, durante las elecciones, los “sufragios de la clase obrera” se dispersaban, “...aprovechando éstos la mayor parte de las veces a los peores enemigos de la Democracia i del Liberalismo”. En cambio, desde aquel año, “...la voluntad popular tuvo su cauce, por el cual debía marchar a la realización de los mas hermosos ideales republicanos”⁹⁰. Para Allende, ya era el tiempo de darse cuenta que el pueblo era en realidad “el gran elector” (como antes lo había sido el gobierno o el dinero), al que se atrevió a decir: “...si aun no habeis implantado en Chile el Gobierno del pueblo por el pueblo i para el pueblo, que es el único que puede llamarse republicano i democrático, es sólo debido al desconocimiento de vuestras fuerzas, de vuestro poder i de vuestro derecho”⁹¹.

Animando al pueblo, los periódicos de Allende utilizaron una y otra vez la presencia de la deidad republicana en todo su esplendor. A la vuelta del siglo, en una inversión de los papeles, fue la República-Democracia quien sacó de su tumba al General Pililo, “encarnación del roto-soldado”⁹². Durante los años previos, se mostró altiva y combatiente para llamar al pueblo en su defensa ante el peligro extranjero⁹³. Con todo, no llegó a identificarse con la totalidad de los habitantes del país, ya que como afirmó Allende, “Chile es el pueblo chileno”, distinguiéndolo así del Estado y de los gobernantes de turno⁹⁴.

La República gloriosa, entre 1896 y 1899, se identificó por sobre todo con la Alianza Liberal, conglomerado por el cual Allende tomó partido circunstancialmente. En las ilustraciones de sus periódicos, la belleza y juventud de esta

⁸⁹ En 1894, “Medite el pueblo, después escoja”, empujaba a los electores liberales y demócratas de Renca a derrotar al ubicuo Julio Zegers. *Poncio Pilatos*, 22/09/1894. Por medio de la imagen Allende trató al parecer de influir sobre los propios candidatos, como lo demuestra “Mis dos mejores amigos”. En esta caricatura, Germán Riesco, próximo a asumir la presidencia, estrecha la mano de un obrero y un soldado, protegido por la República alada. *El Tinterillo*, 17/08/1901. Cinco años atrás, una imagen similar se refería al candidato presidencial de la Alianza Liberal, Vicente Reyes. *El Jeneral Pililo*, 16/07/1896.

⁹⁰ *El Jeneral Pililo*, 28/07/1896. Al año siguiente, arengó a los trabajadores por su escasa presencia en las votaciones, diciéndoles: “Obreros de Chile, ¿os parece largo i escabroso el camino de la Democracia?” *El Jeneral Pililo*, 16/03/1897.

⁹¹ *El Jeneral Pililo*, 08/10/1896. Pocos días después, señaló que resultaba “...aterrador para el clero i la aristocracia el espectáculo de ese pueblo que formaba en todo Chile más de doscientas sociedades de obreros, que engrosaba las filas del Partido Democrático, que abría i sostenía escuelas con sus propios recursos, que adquiría el mas perfecto conocimiento de sus deberes cívicos, que no vendía su voto ni al cura ni al patron, que en las elecciones del 94 como en las de este año sufragó en masa por los representantes del credo liberal o democrático”. *El Jeneral Pililo*, 27/10/1896.

⁹² “Resurrección de El Pililo”, *El Tinterillo*, 10/07/1901. En la imagen, la vuelta a la vida del representante del pueblo provoca el terror de Pedro Montt y Carlos Walker Martínez.

⁹³ “¡Viva Chile!”, *El Jeneral Pililo*, 01/03/1898. La ciudadanía, en la concepción de Allende, pasaba también por un nacionalismo exacerbado: “Aquí no necesitamos, para tener un invencible ejército, predicarle al pueblo día a día sus deberes cívicos, porque el *roto chileno* los conoce al dedillo desde el vientre de nuestras madres espartanas”. *El Jeneral Pililo*, 17/03/1898.

⁹⁴ *El Jeneral Pililo*, 15/01/1898.

nueva y contingente encarnación republicana se opuso a la fealdad y vejez de la Coalición Liberal-Conservadora⁹⁵. La adhesión por una y el rechazo a la otra no podía ser más evidente en dicha contraposición⁹⁶, pero lo que resulta más relevante es que hubiera seguido utilizando composiciones y motivos anteriores. La caricatura “La redentora de Chile” (fig. 26) es clara al respecto⁹⁷. Es una reactualización de “La Resurrección”, en la que se reemplaza la identidad de los personajes principales. Claudio Vicuña, como un ángel, es quien saca de su tumba a la “Alianza Liberal”. Su significación inmediata por cierto que varía, pero lo hace sobre un significado ya establecido en la caricatura original y unas relaciones de afecto con quienes la habían visto años antes. Si la imagen de 1894 era enaltecendoramente optimista, ¿cómo negar la aprobación al mensaje de 1899? En términos electorales más concretos, ¿cómo rebatir la fuerza de la identificación propuesta entre la Alianza Liberal y la República-Democracia? ¿Y entre Claudio Vicuña, líder del liberalismo democrático y el pueblo chileno (que era llamado a las urnas)?

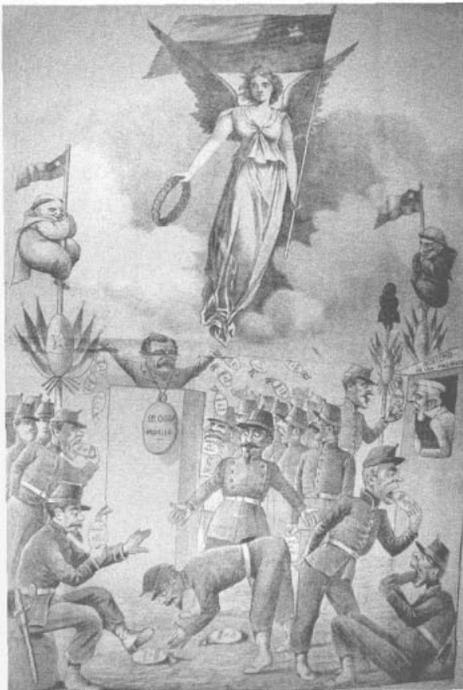


Fig. 25: “Medallas sin pan”, *El Padre Padilla*, 20/09/1884.

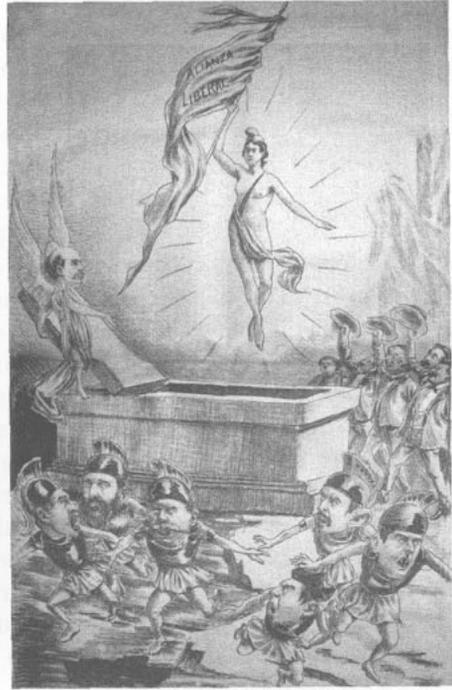


Fig. 26: “La redentora de Chile”, *P. Pilatos*, 30/03/1899.

⁹⁵ “Al desnudo”, *El Jeneral Pilato*, 21/07/1896; “¿Quién vencerá?”, *Poncio Pilatos*, 08/06/1899.

⁹⁶ Bertrand Tillier, *La République. La caricature politique en France 1870-1914*, CNRS Éditions, Paris, 2002 (1997), pág. 34 y ss.

⁹⁷ *Poncio Pilatos*, 30/03/1899.

La idea de la redención y el motivo de la luz ya había figurado en la caricatura “El sol de la democracia”, cuyo texto añadía: “Hoi el esclavo de ayer/ Lucha por su redención;/ Jura morir o vencer/ Contra la antigua opresión/.../ I vencerá, lo presiento/ I por su propia virtud...”⁹⁸. Con más fuerza que nunca, Allende se apropió de la figura de la República para volcar y difundir su propio mensaje. A través de los años, la había vuelto una madre querida y querible, terrenal, poseedora de un cuerpo, cercana al pueblo. Tan cercana, que la había bajado de su sitio de ente abstracto para que conviviera lado a lado con obreros y artesanos, con rotos y soldados. Esta madre desafiaba así la escasa simbología oficial republicana, que no caló hondo en el imaginario popular en el largo plazo (sus rastros se pierden al avanzar las primeras décadas del siglo XX). Extendiendo su alcance, el discurso gráfico desarrollado por Allende la había vuelto más Democracia que República, convencido de que la organización y la educación iban de la mano para construir una sociedad más justa, formada por ciudadanos con derechos plenos.

⁹⁸ *El Jeneral Piloto*, 06/03/1897.

APARICIÓN DE UN NUEVO SUJETO DISCURSIVO EN EL PERÚ DEL NOVECIENTOS: LA ESCRITORA ILUSTRADA

*Lucía Stecher Guzmán**

MUJERES EN LA NUEVA NACIÓN PERUANA: ENTRE LA DOMESTICACIÓN Y LA EMANCIPACIÓN

A lo largo del siglo XIX la intelectualidad peruana, y la latinoamericana en general, se vio confrontada con la necesidad de aportar nuevos discursos, imaginarios y propuestas que contribuyeran a la constitución de las naciones recientemente independizadas, liberándolas de sus lastres coloniales. En este contexto se producen importantes debates en torno al papel que habrá de jugar la mujer en las jóvenes repúblicas, resaltándose principalmente su rol de productora y educadora de nuevos ciudadanos. Se trata de lo que Mary Louise Pratt llama la maternidad republicana, es decir, de la definición de la identidad de la mujer a propósito de la maternidad. La importancia asignada a la tarea formadora de la mujer va a dar lugar a importantes y cada vez más frecuentes debates y reflexiones en torno a la educación que ésta debe recibir para poder contribuir, desde su rol maternal, a los ideales de progreso y civilización.

La participación cada vez mayor de las mujeres de las clases altas y medias en la educación les significó el acceso a nuevas herramientas y recursos para reflexionar, escribir e intercambiar opiniones en torno a su situación. Y, aunque se sumen al discurso hegemónico con respecto a la centralidad del rol maternal, también van abriendo vetas, mostrando las brechas de ese mismo discurso y planteando demandas, exigencias, que las van llevando más allá de esa maternidad republicana a las que se las quiere confinar.

En este trabajo me interesa principalmente analizar el aporte de las mujeres al debate sobre su educación y el rol que han de jugar en la nueva sociedad peruana. Para ello analizaré una serie de ensayos escritos en la segunda mitad del siglo XIX por lo que Francesca Denegri (1996) ha llamado "la primera generación de mujeres ilustradas en el Perú".

Para las mujeres de esta generación, la escritura de ensayos y su publicación o lectura pública constituyeron significativos medios para participar en el debate en torno a su situación y para articular demandas de educación superior, trabajo y reconocimiento social de la mujer. Además, la escritura y la publicación de sus ideas permitió a estas literatas entrar en un circuito de intercambio intelectual y de difusión de ideas, que les permitía establecer nuevos tipos de relaciones sociales que trascienden la inmediatez de la relación cara a cara en las que se encuentran inmersas la mayoría de las mujeres en sus roles definidos en función de relaciones familiares.

* Universidad de Chile.

La mayor parte de los artículos de los que me ocupo en este trabajo fueron leídos en las Veladas Literarias organizadas por la escritora argentina Juana Manuela Gorriti, quien a lo largo de los años 1876 y 1877 reunió en su casa limeña a un importante grupo de escritores, intelectuales y artistas peruanos. En la Lima finisecular las veladas literarias se habían convertido en importantes centros de encuentro intelectual, de reflexión, debate e intercambio de nuevas ideas y proyectos. A medio camino entre el mundo de lo privado –ya que se realizaban en casas particulares– y lo público –por su estrecha conexión con la prensa local que promovía sus actividades y ofrecía cada semana una reseña detallada de las mismas, así como por la relevancia de los debates que en ellas tenían lugar– las tertulias constituían un espacio privilegiado para la expresión y una más amplia difusión de las ideas y demandas de las mujeres.

Mi análisis de los ensayos reunidos en el libro *Las Veladas Literarias de Lima*, y de otros artículos de mujeres de la época, parte de la consideración del contexto socioeconómico y cultural en que estos textos fueron escritos, sin lo cual no es posible comprender el carácter interpelante y el potencial de cambio que tienen muchas de las ideas ahí expuestas. Me interesa especialmente detenerme en las estrategias discursivas utilizadas por las mujeres para plantear sus demandas emancipatorias, las cuales, entre otras cosas, se orientan a ser legitimadas en función del aporte que pueden hacer las mujeres ilustradas a la sociedad desde sus tradicionales roles de hijas, esposas y madres.

Por otra parte, quiero comparar las distintas posiciones de hombres y mujeres ilustradas con respecto a estas temáticas, cuya importancia es relevada desde ópticas distintas. Un aspecto crucial en estos debates está dado por la pregunta de para qué y hasta dónde otorgarle derechos a las mujeres. Es este el punto en que los escritores hombres y las mujeres de posiciones más conservadoras suelen frenar tajantemente las aspiraciones femeninas, negándose a aceptar sus derechos a la participación en la vida civil y política.

CONDICIONES EN QUE SURGE UN NUEVO SUJETO DISCURSIVO: LA MUJER ILUSTRADA

Para Francesca Denegri (1996), el surgimiento de un grupo de mujeres literatas a mediados del siglo XIX fue posible, en gran parte, por la “feminización” de los discursos sobre la literatura impulsada por la poética romántica en las décadas de 1850 a 1870. Esta “feminización” del movimiento romántico –el cual formó parte del proceso de renovación cultural impulsado por el gobierno de Ramón Castilla en los favorables tiempos del auge guanero– se produce a partir de la decepción que sufren los escritores peruanos de mediados del siglo decimonónico al verse excluidos por la elite política de la conducción de los procesos modernizadores del país. Frente a esta marginación, los escritores románticos reaccionaron apartándose del debate ideológico y desarrollando un lenguaje sentimental que “coincidía en sus planteamientos y lenguaje con las imágenes femeninas creadas por la ideología de género de la Europa moderna que circulaba en la prensa periódica de la época” (Denegri 1996, pág. 20). Se

conció así la literatura como un refugio frente a la inestabilidad y los riesgos de la vida pública, como un espacio de recreación y deleite ajeno a los avatares del contexto político y social. De esta manera, la literatura dejó de ser concebida como una actividad eminentemente masculina y pública para transformarse en un arte del que también podían participar las mujeres.

Esta redefinición de la literatura como espacio de “bellos y nobles ideales” se dio paralelamente a un proceso de reconceptualización de la familia y la femineidad que se orientaba por el modelo de la familia burguesa europea. Tal como la literatura, la familia empezó a ser considerada como “un territorio inmune, dotado de un poder especial para funcionar como un espacio de refugio donde el cansado varón podía darle la espalda al mundo” (*Ibid.*, pág. 79). Dentro de la familia, la mujer pasó a ocupar el papel de garante de la tranquilidad, de defensora del mundo privado, siendo, además, considerada como la principal influencia en la formación de los hombres del futuro. Por otro lado, también se empiezan a repensar las relaciones conyugales, produciéndose una valorización de las relaciones de compañerismo entre marido y mujer, y una crítica cada vez mayor a los matrimonios por conveniencia.

Para poder cumplir con las nuevas exigencias planteadas por los anhelos de modernidad del Perú decimonónico, era necesario elevar el nivel educativo de quienes estaban llamadas a contribuir decisivamente al progreso de la nación: las mujeres, sobre todo, en su rol de madres y esposas. Su educación permitiría superar lo que cada vez era más criticado entre los círculos ilustrados: la frivolidad y coquetería de las mujeres de clase alta, que preferían dedicarse a las charlas triviales de los salones que a cuidar de sus hijos.

A partir de los años 50, y con mayor fuerza en las tres últimas décadas del siglo XIX, se publica una serie de artículos de pensadores liberales en los que se argumenta a favor de la educación de la mujer. En 1858, Francisco de Paula González Vigil publica el ensayo “Importancia de la educación del bello sexo”, en el que defiende su derecho a acceder a la educación superior. Una de las ideas fuerza de este ensayo es que “a medida que los pueblos se han civilizado, la mujer ha sido más respetada. Que el trato que se da a la mujer es una de las señales para conocer la diferencia entre un pueblo civilizado y uno bárbaro” (González Vigil, citado en Villavicencio, 1992, pág. 39).

La asociación entre ilustración de la mujer y civilización se convertirá en un argumento central de muchos de los pensadores que abogan por la ilustración de la mujer. Así, casi medio siglo más tarde, Clorinda Matto de Turner (1896) escribirá que los “espíritus retemplados con el vigor de los cuerpos sanos (...) han comprendido que postergar la ilustración de la mujer es retardar la ilustración de la humanidad” (pág. 6).

LOS LÍMITES DE LA EDUCACIÓN

Paralelamente al establecimiento de una suerte de consenso en torno a la necesidad de educar a la mujer, afloran los temores e inseguridades con respecto

a las trasgresiones a que puede conducir ese incipiente paso hacia la emancipación femenina. Es por eso que en casi todos los escritos, principalmente de hombres pero también de mujeres, la demanda por el derecho de la mujer a la enseñanza es matizada casi inmediatamente con manifestaciones como:

“Lejos de nosotros el pensamiento de vindicar a la mujer el ejercicio de los derechos políticos, o de hacerla aparecer prestando su sufragio en las elecciones populares, y *disputando al hombre los empleos y las magistraturas*. No: todo esto pertenece a los varones; suya es la fuerza y el manejo de los negocios públicos, en todas sus formas (...) a la mujer cumplen otros oficios (...) Haría mucho mal a la mujer quien pretendiera darle lugar en los destinos políticos y sacarla del hogar doméstico, que es su recinto propio” (González Vigil, citado en Villavicencio 1992, pág. 41; el énfasis es mío).

En el libro *Veladas Literarias de Lima*, dos ensayos escritos por hombres se leen como verdaderas arengas a las mujeres para que luchen por su derecho a la educación superior. Tanto Benicio Alamos González, en su artículo “Enseñanza superior de la mujer”, como Abel de la Encarnación Delgado con “La educación social de la mujer”, despliegan una serie de argumentos favorables al desarrollo del espíritu y la mente de las mujeres que contribuirá al ennoblecimiento y prosperidad de la nación. Abogan claramente por la realización de cambios importantes en la situación de la mujer: acceso a la enseñanza superior, establecimiento de una relación de compañerismo y no de servidumbre con el hombre, desarrollo de las potencialidades intelectuales de la mujer. Pero pese a sus posiciones claramente progresistas para su época, estos hombres se cuidan de enfatizar que no es deseable que las mujeres participen directamente en política, ya sea porque no es estratégicamente razonable plantear tan pronto ese tipo de exigencias (Alamos González) o porque se considera que ésta no es adecuada para la “sensibilidad y ternura” de la mujer (Delgado). Por lo general, se consideraba que era necesario que primero se produjera una emancipación social de la mujer antes de pensar en su participación política (ver Villavicencio 1992, cap. IV).

ESTRATEGIAS DISCURSIVAS DE LAS MUJERES ILUSTRADAS

También muchas de las escritoras ilustradas expresaron posiciones contrarias a la participación plena de las mujeres en la vida política de la nación. Pero en el caso de muchas de estas letradas, esta posición parece formar parte de una serie de estrategias discursivas desplegadas para poder plantear sus demandas sin generar demasiadas resistencias. Estas estrategias discursivas que reconozco en los textos analizados no necesariamente son expresión de una posición estratégica consciente por parte de sus autoras. En algunos casos –por ejemplo en el uso reiterado de una retórica de la modestia– más que de una estrategia puede tratarse de la manifestación de una situación de subordinación inter-

nalizada por las escritoras. Pero pese a esta salvedad, y recalcando que lo que llamo aquí estrategias no necesariamente implica que su uso sea siempre consciente y deliberado, es posible reconocer en los textos de las mujeres ilustradas determinados patrones discursivos –de forma y de contenido– que atemperan la fuerza de sus demandas.

En prácticamente todos los textos de mujeres que he analizado se encuentra una introducción en la que la autora se excusa por osar transmitir sus ideas en forma escrita, al mismo tiempo que desdeña la calidad y pertinencia de las mismas¹. Esta misma actitud vuelve a aparecer, pero con menos fuerza, en los siguientes segmentos de los ensayos. Ni siquiera una intelectual tan reconocida como Mercedes Cabello se permite pasar por alto este tipo de excusas retóricas:

“Cediendo a las bondadosas y repetidas instancias de la amiga querida, y deseando, por otra parte, contribuir con mis *débiles esfuerzos* al noble propósito con que la eminente escritora ha llevado a cabo estas veladas literarias, he preparado este *pequeño y desaliñado* trabajo que tengo el honor de leerlos. En él me propongo manifestar, *aunque sea ligera e imperfectamente*, de cuanta importancia y utilidad es para un país el cultivo de las letras y el progreso de su literatura” (“Importancia de la literatura”, pág. 144, énfasis mío).

Basta una superficial lectura del texto de Cabello para darse cuenta de que este no es ni “pequeño y desaliñado” ni su argumentación es “ligera” e “imperfecta”. Pero su autora sabe de las resistencias que generan las mujeres que escriben, sobre todo cuando, como en el caso de este artículo, el tema elegido ni siquiera puede ser considerado femenino o circunscrito al interés particular de las mujeres. Mercedes Cabello elige, para su primera presentación en las Veladas de Gorriti, un tema central en la discusión intelectual de los años 70: el rol de los intelectuales y de las letras en el momento de conformación de las naciones. Aquí Cabello habla desde su posición de intelectual que busca legitimar y reivindicar el rol civilizatorio de quienes se dedican a las letras.

Si bien es cierto que en el momento que estamos estudiando se da una hasta entonces inédita participación femenina en el debate público y la reflexión intelectual, también lo es que las mujeres que se embarcaban en ese camino solían ser criticadas y tratadas de “marisabidillas”, pedantes y poco femeninas. Muchas de las escritoras de la época se refieren al temor de los hombres a casarse con una mujer ilustrada, es decir, a los riesgos que ésta corría de quedar en la ignominiosa condición de solterona. Entre las muchas dificultades que tienen

¹ Para Gilbert y Gubar (1979), quienes hacen referencia a trabajos de Elaine Showalter, hasta fines del S. XIX “se esperaba que la escritora mujer ocupara un lugar secundario con respecto a sus hermanos y padres literarios. Si se rehusaba a ser modesta, despectiva consigo mismo, servil; si rehusaba a presentar sus producciones artísticas como meras nimiedades destinadas a divertir y distraer a los lectores en sus momentos de ocio, corría el riesgo de ser ignorada o atacada (a veces en forma insidiosa)”. (pp. 61-62, traducción mía).

que atravesar las “obreras del pensamiento” en América del Sur, Clorinda Matto (1896) menciona el “peligro de quedarse para tías, porque, si algunos hombres de talento procuran acercarse a la mujer ilustrada, los tontos le tienen miedo”. (“Las obreras del pensamiento”, pág. 13).

La utilización de una retórica de la modestia en los escritos de las mujeres ilustradas respondería entonces al temor de las mujeres de que su actividad letrada resultara amenazante para sus colegas hombres, generando resistencias a la aceptación de las ideas reformistas que buscaban transmitir. La gran mayoría de estas mujeres plantea explícitamente la inconveniencia de demandar la igualdad en todos los campos de la vida pública, así como la necesidad de concentrar las energías en la prosecución de derechos más puntuales y concretos.

Este es el caso de Teresa González de Fanning, quien inicia su artículo “Trabajo para la mujer” afirmando que va a pedir para la mujer “no la emancipación, no el ejercicio de los derechos políticos, sino pura y simplemente el ejercicio del santo derecho del trabajo” (pág. 194). Esto no se expresa como una demanda, sino como una apelación a “todos los corazones generosos” para que se pongan “de parte nuestra y en favor de esa pobre esclava de su propia ignorancia y de antiguas y arraigadas preocupaciones”. Continúa diciendo González de Fanning:

“Mucho se ha escrito ya y reconocemos que con algún fruto sobre la necesidad y conveniencia de acrecentar la ilustración de la mujer. Abundando en las mismas líneas nos limitamos, *por hoy*, a pedir para ella que lo mismo que al hombre se le enseñe algún arte, profesión u oficio proporcionados a su sexo y posición social, que, a la vez que ocupen y desarrollen su inteligencia, le proporcionase *cierto grado de independencia a que tiene derecho a aspirar*, sobre todo cuando carece del apoyo del ser fuerte que debiera acompañarla en la penosa peregrinación de la vida” (pág. 196, énfasis mío).

En este fragmento se activan varias de las estrategias discursivas con las que se formulan muchas de las demandas de las mujeres de esta época: primero se ubica el argumento dentro de un contexto más amplio que lo respalda (“mucho se ha escrito ya...”). Luego se formula la demanda en tono de petición moderada, que considera las restricciones de sexo y posición social, para en un siguiente paso radicalizar ligeramente el tono: la mujer no sólo debe aprender un oficio, profesión o arte para ocupar y desarrollar su inteligencia, sino también para adquirir cierto grado de independencia al que tiene derecho. Luego se vuelve a moderar el tono, priorizando en esta demanda a aquellas mujeres que carecen de apoyo masculino. Se restablece así el honor masculino y el rol protector del hombre, pero en un movimiento que refuerza la posición de la autora: “Si al hombre fuerte se cree necesario darle armas para combatir en la penosa campaña de la vida, ¿con cuánta mayor razón la débil mujer ha de necesitarlas para que no sucumba y desfallezca?” (pág. 199).

Otra de las grandes preocupaciones expresadas por los hombres –y también por mujeres– era que la actividad intelectual llevara a las mujeres a descuidar sus obligaciones domésticas. Para apaciguar este temor, las mujeres literatas pusieron gran énfasis en la perfecta compatibilidad de ambas ocupaciones:

“La reforma que quisiéramos ver realizada en la educación de la mujer no la aleja del hogar doméstico, sino, por el contrario, le agrega un atractivo más, rodeándola del encanto del saber, que la hace inaccesible al hastío, esa enfermedad, esa nostalgia del alma, que esteriliza la vida” (Mercedes Cabello de Carbonera, “Influencia de la mujer en la civilización”, 1874).

“Para estos críticos intransigentes, la mujer que se permite ocuparse de algún trabajo intelectual, desatiende forzosamente el zurcido, el cuidado de los hijos y el gobierno de su casa, que son sus principales y positivas incumbencias... A la verdad que, si tal cosa sucediera, razón les sobraría para anatemizar a las literatas, y nosotras seríamos las primeras en ponernos de su parte”. (Teresa González de Fanning (seud. María de la Luz), “Las literatas”, citada en Villavicencio, 1992, pág. 71).

Así, se reclaman la educación y el progreso intelectual de la mujer no para que pueda asumir las mismas ocupaciones que los hombres, sino para que pueda cumplir mejor con sus roles de madre, esposa y conductora del hogar. Las mujeres aceptan así el lugar asignado, pero transformando desde ahí “no sólo el sentido de ese lugar, sino el sentido mismo de lo que se instaura en él” (Ludmer 1985, pág. 53). Las mujeres permanecerían en el ámbito de lo privado, pero resemantizándolo y transformándolo con sus prácticas literarias y filosóficas.

A lo largo de este apartado he presentado una serie de ejemplos textuales concretos de las principales y más frecuentes estrategias discursivas utilizadas por las mujeres letradas en el Perú finisecular. Entre estas estrategias discursivas destacan: el uso de una retórica de la modestia –que si bien constituye un rasgo distintivo de la escritura de la época en general, en los textos de los hombres tiene menor presencia y relevancia–; la preferencia de plantear demandas más concretas e inmediatas que grandes reivindicaciones más abstractas; el recalcar que la entrega de derechos a las mujeres redundará favorablemente en la sociedad; la reiterada afirmación de que son compatibles las labores domésticas y los roles de madre y esposa con la actividad intelectual; el apelar a la comprensión y apertura de mente y espíritu de los hombres para que las apoyen en su causa.

HACIA EL DESARROLLO DE UNA CONCIENCIA DE GÉNERO

En su interesante estudio sobre la situación de la mujer en la Grecia del siglo XIX, Eleni Varikas (s/f) destaca que, a partir de la segunda mitad de ese

siglo, “se puede reconocer entre las filas de la clase media urbana la expresión del afán de las mujeres por afirmarse como personas, opinando acerca del lugar que se les destina en la sociedad griega” (s/p).

Esta búsqueda de afirmación de las mujeres griegas constituye, para Varikas, una manifestación de la gestación de una conciencia de género, la cual comprendería las siguientes características: la conciencia de pertenecer a una categoría tanto biológica como social; la conciencia de compartir destinos e intereses comunes con el resto de las mujeres; el sentimiento de ser objeto de discriminaciones y/o descontento con respecto a la condición femenina, y la voluntad de mejorar esa condición.

La conciencia de género se ubica, para Varikas, a medio camino entre una percepción tradicional de la condición femenina considerada natural, y un cuestionamiento del carácter construido de los roles de género, que, por lo tanto, se consideran susceptibles de ser transformados. El siguiente paso en la toma de conciencia de las mujeres estaría dado por el surgimiento de una conciencia feminista.

El concepto de conciencia de género tal como lo desarrolla Varikas contribuye a la comprensión de los procesos de cambio impulsados y vividos por las literatas peruanas de la segunda mitad del siglo XIX. El artículo “Las obreras del pensamiento en la América del Sur” de Clorinda Matto de Turner (1896) constituye un valioso documento en el que se articula una serie de ideas que revelan la gestación de una conciencia de género en su autora y sus compañeras de oficio.

En “Las obreras del pensamiento en la América del Sur”, Clorinda Matto de Turner manifiesta su compromiso con los temas que conciernen a las mujeres: “Mujer, e interesada en todo lo que atañe a mi sexo, he de consagrarle el contingente de mis esfuerzos...” (1896, pág. 6), es decir, expresa su “conciencia de pertenecer a una categoría, tanto biológica como social” (Varikas, s/p).

En la sección introductoria de su ensayo, Clorinda Matto de Turner (1896) realza la importancia de la escritura de las mujeres para romper con la situación de dominación en la que viven. La mujer, hasta el momento de la enunciación, considerado un tiempo de cambio y transición, había vivido “silenciosa y resignada (...) repitiendo, apenas, con miedoso sigilo, las mágicas palabras: libertad, derecho” (pág. 6).

Matto inscribe las luchas de las mujeres por su emancipación en dos grandes movimientos liberadores de la humanidad: en las doctrinas de Jesús sobre la igualdad entre el hombre y la mujer y en las luchas igualitarias inspiradas por la Revolución Francesa. Asimismo, la autora sitúa la lucha que la convoca dentro del universo de intereses de los peruanos y latinoamericanos abocados a la construcción de sus nuevas naciones. Los valores ilustrados de igualdad y fraternidad, que orientan estos proyectos republicanos, permitirán entonces que “de entre las ruinas del pasado oprobioso [aparezca] la figura de la mujer con los arreos de la victoria, alta la frente, alumbrada por los resplandores de la inteligencia consciente; fuerte el brazo por el deber y la personería” (pág. 7).

Sin embargo, en lo que probablemente tiene tanto de estrategia como de expresión de una posición de subordinación interiorizada, a continuación Clorinda Matto modera su entusiasmo por la fuerza e inteligencia de la nueva mujer, recordando su situación de natural debilidad. Apelando a la ley de la naturaleza, según la cual el débil busca siempre la protección del fuerte, la autora busca ganar el apoyo de los hombres para su causa: "La mujer necesitaba el concurso del cerebro masculino para que, sirviéndole de guía, la condujera a la meta anhelada". Esto sugiere que las estrategias discursivas utilizadas por las mujeres ilustradas estaban dirigidas a debilitar las resistencias masculinas y suscitar su comprensión. Los discursos entre las mujeres pueden haber enfatizado más los aspectos de valoración que facilitan la identificación entre ellas.

Pese a esta apelación al hombre a que actúe como guía en la ilustración de la mujer, los argumentos desarrollados en este artículo muestran claramente que las verdaderas artífices de esta revolución no sangrienta son las mismas mujeres: "Sólo la causa de la ilustración de la mujer no ha necesitado más que paciencia, con el heroísmo (*sic*) del silencio, y después, audacia sobre el pedestal de la perseverancia". (*Ibid.*). Las mujeres que escriben son, en esta lucha, las "portaestandartes de la legión empeñada en la gran evolución social, (que) han desafiado, desde la ira alta hasta el ridículo bajo, para ir siempre adelante con la enseña civilizadora". (*Ibid.*, pág. 8) Estas mujeres escritoras son las "obreras del pensamiento" que "no sólo dan hijos a la patria, sino prosperidad y gloria" (*Ibid.*, pág. 7).

Después de esta primera parte, Clorinda Matto dedica su artículo a nombrar y homenajear a las escritoras de lo que ella llama América del Sur, que abarca desde México hasta Chile. Rinde así un homenaje a las escritoras que luchan por el progreso femenino, aunque este les traiga más sinsabores y perjuicios que gloria y reconocimiento. Hace así un gesto muy significativo: visibiliza la labor de estas escritoras latinoamericanas, unidas por "nuestra raza y nuestro idioma" y las integra en una causa común: "el ideal del progreso femenino".

En este último apartado del artículo de Matto se reconoce la necesidad de muchas mujeres que escriben de establecer una genealogía con las escritoras que las precedieron y una relación de complicidad con sus contemporáneas.

CONCLUSIONES

Las características del momento histórico y cultural del Perú de las últimas décadas del siglo XIX facilitaron la emergencia de un grupo de mujeres escritoras que adquirieron presencia y significación públicas. Así, la desafección de los escritores románticos por la participación política y su poética de "feminización" de la producción literaria, contribuyeron indirectamente a la legitimación de la participación de la mujer en el mundo de las letras.

Por otra parte, los esfuerzos modernizadores que movilizaban a las elites intelectuales del país se nutrían en los discursos ilustrados que afirmaban valores

como la igualdad, la justicia y la fraternidad. En sus escritos, las literatas del siglo XIX inscriben sus luchas emancipatorias en el horizonte de estos valores, cuya concreción contribuiría a la construcción de una nación moderna y civilizada de acuerdo al pensamiento evolucionista de la época.

En este contexto, la educación era vista como una de las principales herramientas para mejorar la situación de la mujer, lo que contribuiría decisivamente al progreso de la sociedad en general. Desde su rol de madre y esposa, una mujer mejor educada podía realizar notables aportes a la modernización de las costumbres, las ideas y los valores de los ciudadanos. Pero si bien escritores y escritoras resaltan principalmente el aporte de la mujer desde sus roles definidos tradicionalmente, también es cierto que algunas escritoras aspiran a un reconocimiento menos mediado de sus aportes intelectuales y a la constitución de una identidad femenina letrada que no se defina únicamente en función del rol materno.

Las Veladas Literarias organizadas por Juana Manuela Gorriti se constituyeron en un espacio de notable importancia para la reunión y el intercambio intelectual de las mujeres entre sí y con intelectuales hombres. La dimensión pública de estas veladas, dada principalmente por su estrecha relación con la prensa, que publicaba muchos de los escritos leídos en ellas, les proporcionó a las mujeres la oportunidad de difundir más ampliamente sus ideas a través de sus escritos. Muchas de estas mujeres tuvieron una participación significativa en el debate público de su tiempo y gozaron de reconocimiento intelectual, lo que no significa que no hayan sufrido innumerables obstáculos y agresiones por haberse atrevido a trasgredir los estrechos límites que la sociedad decimonónica imponía a las mujeres.

Espacios como las veladas de Gorriti, que facilitaban el encuentro e intercambio entre mujeres, y actividades como la escritura y la lectura, impulsaron enormemente el desarrollo de una conciencia de género entre las literatas peruanas. En este proceso, estas escritoras se fueron reconociendo como parte de un colectivo, que las ayudaba a significar sus vidas y su escritura, así como a articular sus demandas orientadas a mejorar su situación.

BIBLIOGRAFÍA

A. FUENTES PRIMARIAS

- Benicio Alamos González, "Enseñanza superior de la mujer", en Juana Manuela Gorriti.
- Mercedes Cabello de Carbonera, "Importancia de la literatura", en Juana Manuela Gorriti.
- Mercedes Cabello de Carbonera, "Influencia de la mujer en la civilización", en *El Álbum*, Nº 19, Lima, 13 de octubre de 1874.
- Alejandro Cerdeña, "Las veladas literarias", en Juana Manuela Gorriti.
- Abel de la Encarnación Delgado, "La educación social de la mujer", en Juana Manuela Gorriti.

- Teresa González De Fanning, "Trabajo para la mujer", en Juana Manuela Gorriti. Juana Manuela Gorriti, *Veladas literarias de Lima. 1876-1877. Tòmo primero. Veladas 1 a X*, Buenos Aires, Imprenta europea, 1892.
- Clorinda Matto de Turner, "Las obreras del pensamiento en la América del Sur", en *Búcaro Americano*, N° 1, 15 de febrero de 1896.
- Clorinda Matto de Turner, "La milicia de la mujer", en *Búcaro Americano*, N° 1, 15 de febrero de 1896.
- B. Fuentes secundarias
- Graciela Batticuore, *El taller de la escritora. Veladas Literarias de Juana Manuela Gorriti: Lima-Buenos Aires (1876/7-1892)*, Rosario, Argentina, Beatriz Viterbo Editora, 1999.
- Gina Cánepa, "Escritoras y vida pública en el siglo XIX. Liberalismo y alegoría nacional", en Ana Pizarro (ed.), *Palavra, Literatura e Cultura*, 3 vols. São Paulo, Editora da Universidade Estadual de Campinas, Fundação Memorial da America Latina, 1993-1995.
- Francesca Denegri, *El abanico y la cigarrera. La primera generación de mujeres ilustradas en el Perú*, Lima, IEP/Flora Tristán, 1996.
- Sandra GILBERT y Susan Gubar, *The Madwoman in the Attic: The Woman Writer and the Nineteenth Century Literary Imagination*, New Haven, Yale University Press, 1979.
- Josefina Ludmer, "Tretas del débil", en P.E. González y Eliana Ortega (eds.), *La sartén por el mango*, Puerto Rico, Ediciones Huracán, 1985.
- María Emma Manarelli, *Limpias y modernas. Género, higiene y cultura en la Lima del novecientos*, Lima, Ediciones Flora Tristán, 1999.
- Doris Meyer, "Reciprocal reflections. Specular Discourse and the self-authorizing Venture", en Doris Meyer (ed.), *Reinterpreting the Spanish American essay. Women Writers of the 19th and 20th centuries*, Austin, University of Texas Press, 1995.
- Fanni Muñoz Cabrejo, "La educación femenina en la Lima de fines del siglo XIX e inicios del siglo XX", en Narda Henríquez (comp.), *El hechizo de las imágenes. Estatus social, género y etnicidad en la historia peruana*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2000.
- Ricaurte Soler, "Universo intelectual del ideario ilustrado iberoamericano", en Ana Pizarro (ed.), *Palavra, Literatura e Cultura*, 3 vols. São Paulo, Editora da Universidade Estadual de Campinas, Fundação Memorial da America Latina, 1993-1995.
- Mary Louise Pratt, "Women, Literature, and National Brotherhood", en *Women, culture and politics in Latin America. Seminar on feminism and culture in Latin America*, California, University of California Press, 1990.
- Vargas Tamayo, *Perú en trance de novela. Ensayo crítico-biográfico sobre Mercedes Cabello de Carbonera*, Lima, Ediciones Baluarte, 1940.
- Maritza Villavicencio, *Del silencio a la palabra. Mujeres peruanas en los siglos XIX-XX*, Lima, Ediciones Flora Tristán, 1992.
- Elena Varikas, "Una nueva sonoridad, la génesis de una conciencia de género", Documento del seminario-taller: Género, políticas públicas y desarrollo. Sin fecha, sin numeración de páginas.

PENSAMIENTO MILITAR EN CHILE A COMIENZOS DEL SIGLO XX: EL MEMORIAL DEL EJÉRCITO (1906-1924)

Alejandro San Francisco*

INTRODUCCIÓN

Frederick Nunn, uno de los principales investigadores de historia militar sobre América Latina, ha señalado en un estudio que las publicaciones propias de las Fuerzas Armadas son un material riquísimo para comprender el pensamiento y la autopercepción del cuerpo de oficiales de las instituciones, especialmente en cuanto se refiere a las relaciones militares-civiles¹.

Con mayor razón aún, desde el punto de vista del observador externo, ajeno al acontecer diario de las instituciones castrenses, estas publicaciones se convierten en el mejor medio para acercarse a conocer cómo piensan los militares, de qué manera manifiestan sus posturas en temas diversos –sociales, políticos, de desarrollo institucional–, cómo se relacionan con los avances de la disciplina militar en otros países del mundo y hacia dónde dirigen sus intereses inmediatos y de largo plazo.

La existencia de revistas militares comenzó a transformarse en una verdadera necesidad, y luego en una tradición, en las principales potencias mundiales, tales como Alemania, Francia, Inglaterra y Estados Unidos. Más tarde, América Latina se suma al mismo camino, por necesidad, por imitación y por la modernización experimentada por los respectivos ejércitos. Así los países de América Latina comenzaron a crear y desarrollar sus propias publicaciones profesionales, que se fueron nutriendo tanto de la información que traían las revistas más prestigiosas como también de material original gestado por la propia oficialidad de Argentina, Perú ó Brasil, por mencionar algunos países². Chile no estuvo ajeno a esta evolución profesional y las revistas se convirtieron en un mecanismo de difusión institucional, pero también en una fuente de orgullo para el Ejército, en cuanto mostraba que era capaz de ponerse al día en la tendencia mundial y lo hacía en alto nivel.

Uno de los ejemplos más interesantes para el caso nacional es *Memorial del Ejército de Chile*, que es el objeto del presente estudio, y que fue fundada a

* Alejandro San Francisco es profesor del Instituto de Historia y de la Facultad de Derecho de la Universidad Católica de Chile y Editor de *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América*. Este estudio se enmarca en una investigación mayor sobre el *Memorial del Ejército de Chile*, revista fundada en 1906 y que está cumpliendo su primer centenario de vida. Dicho proyecto es un trabajo conjunto con el profesor Ángel Soto y que cuenta con el patrocinio del Departamento Comunicacional del Ejército. Esta investigación contó con la colaboración de Claudia Castillo.

¹ Frederick Nunn, *Military-Civilian Relations in Latin-America: Historical Origins, Professional Consequences, and Theoretical Prospects* (unpublished Ms, 2003). Agradezco al autor haberme facilitado el texto original del artículo.

² Frederick Nunn, *Yesterday's soldiers. European Military Professionalism in South America, 1890-1940* (Lincoln and London, University of Nebraska Press, 1983).

instancias del General Arístides Pinto Concha³. Nos concentramos específicamente en lo que definimos como la primera etapa del *Memorial*, que transcurre entre la fecha de su fundación en 1906 hasta la irrupción del Ejército como actor político en 1924. Dicha publicación constituyó la principal expresión pública de pensamiento militar a comienzos del siglo XX y cumple durante 2006 un siglo de vida. No es, obviamente, la única vía: el Ejército contaba con la Academia de Guerra, muchos uniformados escribían libros sobre la vida militar o alguna de sus expresiones, el intercambio y las visitas al exterior eran otra fuente de conocimiento profesional. Sin embargo, las revistas, y en concreto el *Memorial*, tiene algunas particularidades que es necesario destacar.

En primer lugar, es un medio público, accesible para el historiador, a través del cual es posible registrar el contenido de la vida del Ejército de una manera sistemática, procurando ver los intereses de la oficialidad y los temas principales que la institución se propone comunicar, difundir, poner en carpeta, abrir a la discusión pública. Además, está demostrado –y así lo procuró el *Memorial* también– que en las revistas militares escribían las figuras intelectuales más importantes del Ejército, sobre los temas en boga, no sólo desde una perspectiva profesional. Finalmente, a través del *Memorial del Ejército* se puede rastrear y conocer la historia militar de Chile, por cuanto en sus páginas desfilan figuras de la institución, momentos heroicos, intereses corporativos y nuevos desafíos.

I. LAS REVISTAS MILITARES. LA FUERZA UNA TRADICIÓN

El deseo de saber y la vocación por el conocimiento científico de la guerra fueron algunas de las novedades más interesantes de la misión alemana en Chile y de la modernización que experimentó el Ejército a fines del siglo XIX⁴. Esto motivaba a los diferentes niveles del Ejército a promover la publicación de revistas y medios de difusión del pensamiento militar, además de la recepción de otras iniciativas similares aparecidas en otros países, que comenzaron a llegar a Chile. El objetivo de dichas publicaciones era formar a los cuadros, educarlos, servir de medio de comunicación y de un canal para que los uniformados con mayores inquietudes intelectuales desarrollaran sus intereses a través de la presentación de artículos y reflexiones útiles para toda la institución⁵.

Sater y Herwig han hecho notar que el Ejército ya vivía un proceso de cambios internos antes de la llegada al país de Emil Körner, el reformador alemán contratado por Chile para la modernización de la institución. De hecho, en el

³ Pinto Concha era Jefe del Estado Mayor General del Ejército en 1906 y llegaría a ser Inspector General de la institución en 1921-1922. Ver Javier Urbina (editor), *Al Servicio de Chile. Comandantes en Jefe del Ejército, 1813-2002* (Santiago, 2002).

⁴ Enrique Brahm, *Preparados para la guerra. Pensamiento militar chileno bajo influencia alemana 1885-1930* (Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2003), pág. 29.

⁵ Hemos revisado el tema desde una perspectiva de su importancia para la historia militar en Alejandro San Francisco, "Las revistas militares. Una reflexión histórica", *Memorial del Ejército de Chile*, N° 476 (Santiago, 2005).

caso de las revistas militares, ya en 1885 había surgido la *Revista Militar de Chile*, en circunstancias que el militar prusiano arribó al año siguiente⁶. Ella tenía como objetivo motivar en los oficiales “el gusto por el trabajo intelectual en favor de la profesión” y se definía como un “Órgano del Ejército, de la Marina y de la Guardia Nacional”⁷.

Tiempo después se fundó la publicación denominada *El Círculo Militar*, más sencilla en su presentación y más simple en su contenido, y cuyo objetivo era la formación de la tropa⁸. En su primer número definía claramente su objetivo: “editar una hoja periódica, gratuita, destinada a la instrucción profesional de la tropa del Ejército”, con lo cual se lograría formar y entretener a los soldados incluso en los sectores más apartados del país⁹. La revista tuvo una duración muy breve, por cuanto el estallido de la guerra civil de 1891 significó la suspensión de la publicación, que no volvería a reaparecer una vez concluido el conflicto fratricida.

Otra revista, dejada de lado por la investigación histórica y sobre pensamiento militar, a pesar de ser realmente interesante, es *El Ensayo Militar*. Fue fundada en 1888 por los estudiantes de las primeras generaciones de la recién creada Academia de Guerra del Ejército, donde ejercía Emil Körner como el profesor más destacado¹⁰. De hecho, el militar alemán publicó más de diez artículos en los diferentes números de *El Ensayo Militar*, demostrando, por una parte, su interés, pero también su influencia. Una revista argentina destacó especialmente la calidad de esta publicación chilena, que reprodujo en sus páginas las palabras laudatorias de los trasandinos¹¹. Esta revista también desapareció con ocasión de la crisis política y militar de 1891.

Después de la guerra civil de 1891 sólo reapareció la *Revista Militar de Chile*, con un elocuente editorial: “Volvemos a la luz”¹². Con ello se consolidó como la publicación militar más importante de Chile, aunque con los años no sería la única. En efecto, poco tiempo después surgió una nueva revista, de muy buen nivel, llamada *El Boletín Militar*, que funcionaba en Valparaíso. Desde el punto de vista intelectual estaba bien desarrollado, con colaboraciones interesantes y un importante desarrollo de iniciativas y doctrinas del Ejército. Su duración

⁶ William F. Sater & Holger H. Herwig, *The Grand Illusion*. The prussianization of the Chilean Army (Lincoln & London University of Nebraska Press, 1999) pág. 43.

⁷ *Revista Militar de Chile*, Año I, N° 1, 1° de abril de 1885, pág. 1.

⁸ Una revisión más detallada de esta publicación en Alejandro San Francisco, “*El Círculo Militar y la voz de los soldados chilenos, 1888-1891*”, *Cuaderno de Historia Militar*, N° 1 (Santiago, 2005), págs. 57-75.

⁹ *El Círculo Militar*, Editorial y “Antecedentes de este periódico”, Año I, N° 1, 1 de marzo de 1888.

¹⁰ Así lo señala Nemecio Pacheco en su Manuscrito “El Ensayo Militar”, 5 de junio de 1914. Pacheco había sido alumno de la primera promoción de estudiantes de la Academia de Guerra y conservó una colección personal donde escribió la frase señalada.

¹¹ *El Ensayo Militar*, Año II, N° 17, Santiago, 15 de junio de 1890, pág. 217.

¹² *Revista Militar de Chile*, “Volvemos a la luz”, Tomo XI, N° 53, Santiago, 1 de enero de 1892, págs. 5-9.

fue breve, sólo existió entre 1893 y apenas superó la década siguiente, pero se convirtió en un antecedente obligado, como se verá, de lo que más adelante sería el *Memorial del Ejército de Chile*.

Conviene mencionar, por último, *La Semana Militar*, publicación periódica que tenía artículos, fotografías y comentarios históricos. Desde el punto de vista académico era quizá menos profunda, pero tenía una capacidad de difusión mayor. De hecho se definía como un “periódico de vulgarización militar”, según aparecía en la portada de cada número. El primer ejemplar apareció a mediados de 1900, mientras el último vio la luz a comienzos de 1902. Lo constituían artículos breves, destacando aspectos tales como la historia militar y los desafíos del Ejército a comienzos del siglo XX.

Todas las publicaciones anteriormente mencionadas fueron importantes y significaron, sin duda alguna, una contribución en el pensamiento militar chileno de fines del siglo XIX y a principios del XX. Sin embargo, fueron revistas con una duración breve, a pesar de su valor intrínseco. Tendría que llegar el año 1906 para que el Ejército pudiera mantener una obra que, además de relevante desde el punto de vista intelectual, fuera más permanente en el tiempo: dicha tarea quedaría reservada al *Memorial del Ejército de Chile*.

2. LA FUNDACIÓN DEL MEMORIAL DEL EJÉRCITO DE CHILE. LA REVISTA Y SUS OBJETIVOS

Con fecha 2 de mayo de 1906, el Estado Mayor General del Ejército publicó una directiva especial referida a la publicación del *Memorial del Ejército de Chile*. Aquí reproducimos sus aspectos principales:

“1º. EL MEMORIAL tiene por objeto mantener el Ejército al corriente del desarrollo de la ciencia militar, por medio de un órgano de publicación, en el cual la oficialidad pueda ventilar las cuestiones de interés común.

2º. La redacción constará de 6 miembros, designados por el Jefe de Estado Mayor General, entre los oficiales de su dependencia, y un miembro corresponsal por cada División, designado por el Jefe de Estado Mayor, con la venia del Señor Comandante en Jefe de ella, entre el personal de su Estado Mayor.

3º. EL MEMORIAL sólo admitirá trabajos relacionados con el servicio del Ejército y firmados con el nombre del autor y no con un seudónimo”¹³.

¹³ “Directiva para la publicación del “Memorial” del Estado Mayor”, en *Memorial del Ejército de Chile* N° 1. El texto está firmado por Aristides Pinto Concha.

La filosofía fundacional del *Memorial*, quedó registrada en un artículo de tres páginas, firmado por Aurelio Berguño, bajo el título de “Advertencia”¹⁴.

“Se inicia esta publicación –eran las primeras palabras del documento– con el propósito único de trabajar en pro de los intereses bien entendidos del Ejército”. Las razones de asumir esta tarea de publicar una nueva revista profesional eran claras. En primer lugar, estaba dentro de la línea de profesionalización y perfeccionamiento institucional que se ha comentado; además, tenía una dimensión corporativa, era necesaria una publicación “que se ocupara exclusivamente” del Ejército, y en tercer término había un argumento práctico, basado en que el *Boletín Militar*, que se había ocupado de esas tareas en la última década del siglo XIX, había dejado de existir, dejando un vacío necesario de llenar. Por eso surgió el *Memorial del Ejército de Chile*.

Si bien se reconocían los enormes progresos experimentados por el Ejército, el editorial estimaba que sería un error muy grave suponer que todo estaba hecho, en circunstancias que quedaba todavía mucho camino por recorrer. Así, comenzó a enumerar una serie de tareas pendientes:

- Corregir los defectos de la Ley de Servicio Militar Obligatorio, especialmente en su aplicación.
- La organización del mando superior del Ejército. En este ámbito eran importantes las labores del Ministerio de Guerra, la Inspección General del Ejército y las Comandancias en Jefe de Divisiones.
- La necesidad de un Estado Mayor General “con un personal convenientemente seleccionado y con el prestigio y la autoridad moral que sus funciones requieren”.
- El desarrollo de una oficialidad con un elevado espíritu de trabajo y satisfecha de su situación dentro del país.

En síntesis, resumía Berguño, Teniente Coronel, Subjefe del Estado Mayor General, “el *Memorial* se ocupará de todo cuanto se refiere al perfeccionamiento de la organización, administración e instrucción del Ejército y de todo lo concerniente al mejoramiento de la oficialidad y en este sentido recibirá todas las producciones de los jefes y oficiales, como en su programa lo manifiesta, que tengan por objeto dilucidar cualquier punto que al adelanto de la profesión militar se refiera”.

A los pocos años de su fundación, un breve texto denominado “Protección al *Memorial*” llamaba expresamente a contribuir con la revista, sea a través de las colaboraciones o de las suscripciones, sobre todo considerando que se trataba del “único órgano con que cuenta el Ejército, el único exponente de nuestra intelectualidad”. El autor del breve llamado, Alberto Muñoz, estimaba que el Ejército “es y debe ser la primera institución del país”. Debido a la

¹⁴ Aurelio Berguño, “Advertencia”, *Memorial del Ejército de Chile*, Nº 1.

“brillante y numerosa oficialidad”, Muñoz insistía en que era perfectamente posible mantener periódicamente la publicación del “órgano exclusivo del Estado Mayor”¹⁵.

Como se puede apreciar, la publicación estaba destinada fundamentalmente a la oficialidad del Ejército, y en este sentido pasaba a ser la continuación de *El Ensayo Militar* y de la *Revista Militar de Chile* más que del *Círculo Militar*, por ejemplo, cuyo público directo era la tropa. Para ellos se fundaría en la década de 1920 una nueva revista, bautizada como *La Bandera*, que se definía como una “revista militar ilustrada para los suboficiales y tropa del Ejército”. Ella surgía en la convicción que “*El Memorial del Ejército* puede considerarse solamente órgano de la oficialidad de nuestra institución. Entre tanto, los suboficiales, cabos, soldados y conscriptos del ejército, carecen absolutamente de un órgano periodístico que refleje sus pensamientos, que les sirva al mismo tiempo de solaz con la variedad y amenidad de sus lecturas e ilustraciones, y de provecho con sus artículos profesionales”¹⁶.

En esos tiempos, comienzos de la década de 1920, el *Memorial* contaba con 753 suscriptores, además de mantener 75 canjes con el extranjero, lo que nos habla del impacto que tenía la revista en relación a los temas militares. La memoria ministerial de 1922 informaba que, sin embargo, había problemas “por falta de colaboradores”, lo cual implicaba muchas veces tener que recurrir a los adictos militares en el extranjero para recibir aportes. Para revertir este problema la dirección de la publicación procuró generar los incentivos adecuados para contar con escritores de prestigio y artículos de interés que contribuyeran a la formación de la oficialidad. De esta manera, en 1923 el Mayor Carlos Vergara y el Capitán Rafael Poblete fueron distinguidos como los principales autores del año, según informó en 1924 la revista¹⁷.

Quizá el mayor bien que se apreciaba era la posibilidad de formar una gran biblioteca producto de los canjes de periódicos y revistas, lo que hacía valer la pena las inversiones¹⁸. Esto porque la llegada de diversas publicaciones europeas y americanas le permitían al Ejército estar al día en la producción intelectual sobre temas militares.

3. PREOCUPACIONES Y TEMAS PROFESIONALES

A fines del siglo XIX el Ejército de Chile había iniciado un proceso de profundas reformas modernizadoras, que procuraban dejar a la institución

¹⁵ Alberto Muñoz, “Protección al Memorial”, *Memorial del Ejército de Chile*, 1912, Segundo semestre, págs. 570-571.

¹⁶ *La Bandera*, “Nuestros propósitos”, Nº 1, 5 de abril de 1921.

¹⁷ “Resultado del Concurso del Memorial del Ejército”, *Memorial del Ejército de Chile*, Año XIX, Primer semestre, febrero de 1924, pág. 169.

¹⁸ *Memoria del Ministerio de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1922* (Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1922), pág. 151.

preparada para la guerra, en caso de que estallara un nuevo conflicto bélico con los vecinos. Las razones eran claras: estaban todavía latentes los problemas derivados de la Guerra del Pacífico, que había enfrentado a Chile con Perú y Bolivia, países que tenían resentimientos y demandas territoriales pendientes¹⁹; por otra parte, también el país tenía algunas fricciones con Argentina, las que estuvieron a un paso de conducir a ambos países a la guerra²⁰.

Por ello, el primer objetivo y preocupación del *Memorial* fue la formación del Ejército para la guerra, como una de las vías principales que tenía Chile para defender su soberanía y asegurar la prosperidad futura. En 1916 un artículo expresaba que la guerra era un “hecho inevitable, a pesar de las aspiraciones pacifistas de todos los tiempos”. De hecho, la razón de la existencia de los ejércitos es precisamente la repetición de su función en las distintas épocas, como es precisamente la guerra. El texto resumía que un análisis histórico podía demostrar que “las guerras son y han sido un elemento de indiscutible valor, e indispensable para la marcha general del progreso, y que alcanzan fines altamente convenientes y laudables, que no pudieran llevarse a cabo de otro modo”. Tal había sido la situación de Chile, por ejemplo, en 1879, cuando debió exigir sus derechos por las armas contra Perú y Bolivia. Por eso el articulista, Capitán J. C. Pérez, llamaba a educar a los conciudadanos en el sentido de que la paz perpetua es imposible y, por lo tanto, el país no debería escatimar sacrificios para prepararse efectivamente para la guerra²¹.

Otro documento del mismo año se refería a una materia específica en torno a la guerra, como eran los requisitos necesarios para alcanzar la victoria. Se trataba de la traducción de un capítulo de un libro del general alemán Freiherr von Frytag-Loringhoven. Obviamente, dicho texto consideraba que la actitud de los ejércitos improvisados era “insegura” al enfrentarse a sus enemigos. Incluso en ocasiones podrían llegar a fallar tropas bien constituidas, por distintas razones. Por ello, uno de los principios fundamentales es el de educar a los soldados en la costumbre de la obediencia, particularmente debido a la influencia del Comandante: “Los actuales ejércitos de masas requieren una sólida disciplina, si se quiere que tengan cohesión y que puedan ser dirigidos”, decía el texto. Más adelante expresaba que, en tiempo de paz, la concentración esencial debía enfocarse a la mantención y cuidado del cuerpo de oficiales, “la columna vertebral del Ejército”. En resumen, se puede decir que la convicción presente en el autor alemán, y que se estimaba como necesaria para Chile, era

¹⁹ Robert Burr, *By Reason or Force. Chile and the balancing of power in South America 1830-1905* (Berkeley, University of California Press, 1974), págs. 165-166.

²⁰ Gonzalo Vial, *Historia de Chile*, Vol. 1, Tomo 1, págs. 318-324; George B. Rauch, *Conflict in the Southern Cone: The Argentine Military and the Boundary Dispute with Chile, 1870-1902* (Westport, Greenwood Press, 1999); Enrique Brahm, *Preparados para la guerra*, especialmente capítulo IV, “Chile y Argentina al borde de la guerra: Las ideas estratégicas de Koerner en un caso real”.

²¹ El tema fue tratado por J.C. Pérez, “La guerra, hecho inevitable a pesar de las aspiraciones pacifistas de todos los tiempos”, *Memorial del Ejército de Chile*, Año XI, 1916, Segundo semestre, págs. 484-505.

que “una potente preparación para la guerra es una necesidad y no una carga opresora”²².

La defensa de la función del Ejército tenía una explicación doctrinal importante, y se vio reforzada en relación a que a principios del siglo XX se desarrollaron en Chile movimientos socialistas y anarquistas que ponían en duda tanto la importancia de la institución como la necesidad de la guerra, promoviendo un pacifismo extremo que los militares consideraban malsano y negativo para el país. Seguir esas teorías utópicas de las escuelas pacifistas sería “ir al suicidio”²³. Alberto Muñoz explicaba que el problema todavía no era grave hacia 1914, por cuanto “los elementos disolventes, llámense socialistas, anarquistas, etc., generadores todos ellos del antimilitarismo, no existen en Chile en sectas seriamente organizadas”. Sin embargo, había que precaverse, porque “la propaganda disolvente... influirá en el futuro no lejano si no arrancamos de raíz y con el debido tiempo esa maleza que ahogará la buena semilla de nuestro patriotismo”²⁴.

El *Memorial* también estaba consciente del prestigio de las instituciones militares dentro del país. “El pueblo ha tenido la virtud de identificar la Patria chilena con el Ejército chileno, que es y será el guardián celoso de las instituciones republicanas, el depositario de las glorias comunes, la historia viviente de los heroísmos nacionales, la tradición luminosa de los ejemplos y de los rumbos y la garantía de que jamás obscurecerá una sombra el oriente claro de nuestra hermosa estrella”²⁵. Las palabras eran del capellán militar Bernardino Abarzúa, quien en otro momento volvió sobre la importancia del patriotismo, con ocasión de la conmemoración de la Toma del Morro de Arica: “Roguemos a Dios—concluía la prédica— que bendiga los esfuerzos y las empresas; que mantenga las condiciones de la raza; que aumente el patriotismo hereditario; que perpetúe la vitalidad de nuestras instituciones republicanas...; que el Ejército de Chile, tan respetado, tan querido, tan ligado a la patria como luz al foco que la produce, conserve incólume la tradición de fuerza, de sacrificio y de libertad”²⁶.

Otro aspecto importante tratado por el *Memorial*, propio del concepto de “nación en armas”, fue el tema del servicio militar obligatorio, que se había establecido en Chile en 1910. Se estimaba que esta era una de las principales reformas modernizadoras del Ejército, fruto de la influencia alemana en el

²² “Las condiciones fundamentales del éxito de la guerra”, *Memorial del Ejército de Chile*, Año XI, 1916, Primer semestre, págs. 437-450.

²³ “El Ejército”, *Memorial del Ejército de Chile*, 1910, pág. 6.

²⁴ Capitán Alberto Muñoz, “El problema de nuestra educación militar”, *Memorial del Ejército de Chile*, 1914, Primer semestre, pág. 68.

²⁵ Capellán Bernardino Abarzúa, “Ofrenda Patriótica”, *Memorial del Ejército de Chile*, Año XIX, Primer semestre, febrero de 1924, págs. 111-114.

²⁶ “Alocución patriótica que el Capellán don Bernardino Abarzúa pronunció en la plaza de Arica, el 7 de junio de 1923, para conmemorar la toma del Morro”, *Memorial del Ejército de Chile*, Año XIX, marzo de 1925, págs. 265-268.

país y que disponía al conjunto de la sociedad en la necesaria preparación para la guerra.

Al respecto el Coronel Manuel Moore estimaba que el servicio militar obligatorio era “la base en que descansa la defensa nacional... la palanca más poderosa del engrandecimiento nacional”. Junto con insistir en la necesidad de más tiempo de instrucción, 2 a 3 años, el autor manifestaba que, en caso de ser necesaria una movilización por guerra, “llevaríamos a campaña ciudadanos armados, pero no soldados”, precisamente por falta de instrucción, que sería posible de obtener en el segundo año, en que se solidifica lo aprendido, la disciplina y el sentimiento del deber²⁷.

Las conferencias del General Vial Guzmán también se refirieron a este importante tema. “La Nación armada –explicaba el militar– significa que todos los ciudadanos pertenecen al Ejército, sea en el servicio activo, o sea en las reservas y, por consiguiente, cada familia en el país tiene un soldado que la guarda y cada soldado tiene una familia que lo ama, que genera sus sentimientos y pasiones, que le da su fisonomía y, como resultante, el Ejército es la legítima encarnación de la sociedad, es la Patria”. Vial Guzmán también se hacía cargo de las objeciones al servicio militar, tales como la acusación de constituir un “impuesto de sangre” o la dificultad que presenta a muchos jóvenes para proseguir sus estudios: ambos temas deben enfrentarse, pero en ningún caso son argumento para terminar con una institución que presta un gran bien al país²⁸.

Indalicio Téllez, uno de los grandes apóstoles del Servicio Militar Obligatorio, dictó una serie de conferencias sobre el tema, especialmente dirigidas a grupos de trabajadores y asociaciones obreras²⁹. Una de ellas fue reproducida por el *Memorial* en 1912, en la cual Téllez demostraba los beneficios que significaban para el país el hecho de que existiera esta institución desde 1900: en primer lugar, la instrucción de quienes atienden el servicio militar, donde muchos dejan atrás el analfabetismo; las virtudes morales que aprenden, tales como el amor a la patria y sus familias; el desarrollo de la iniciativa personal, que permite devolver hombres aptos para la industria y la agricultura; el aprendizaje de hábitos como el orden y la disciplina; la posibilidad de contar con buenos ciudadanos³⁰. Téllez también refutó las objeciones de los detractores del servicio militar.

²⁷ Coronel Manuel Moore, “Servicio Militar Obligatorio”, *Memorial del Ejército de Chile*, Año VII, Primer semestre, págs. 375-377.

²⁸ “Conferencias del General Vial Guzmán. Política militar. II. El Servicio Militar Obligatorio”, *Memorial del Ejército de Chile*, 1911, págs. 433-444.

²⁹ Incluso la tesis de grado de sus estudios de derecho versó sobre este tema. Ver Indalicio Téllez, “Estudio sobre la ley de Reclutas y Reemplazos e Historia de la Ley”, en Indalicio Téllez, *Recuerdos Militares* (Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2005), págs. 155-174.

³⁰ Indalicio Téllez, “Conferencia sobre el Servicio Militar Obligatorio”, *Memorial del Ejército de Chile*, 1912, Segundo semestre, págs. 726-736.

4. LA IMPORTANCIA DE LA EDUCACIÓN MILITAR

El servicio militar está relacionado con una cuestión más profunda y compleja, como es la enseñanza militar en sentido amplio, es decir, tanto en los conscriptos de un año como en los cuadros más permanentes de la institución en todos los niveles, ya sea en la Escuela Militar y la Academia de Guerra, por ejemplo.

Un interesante artículo señalaba que la educación militar debía comenzar “en el pecho de la madre”, porque los principios elevados y patrióticos permiten llegar a tener buenos soldados. Dicha enseñanza debía continuar en las distintas fases de la educación formal, en la preparatoria y en los estudios de humanidades, es decir, aproximadamente entre los 6 y los 18 años. Incluso el texto se refería a realidades que se discutían socialmente en el Congreso, tales como la instrucción pública obligatoria, manifestando que dicha situación —que Chile no tuvo sino hasta 1920— facilitaría la preparación de soldados más educados. Finalmente, no puede dejarse de lado el hecho de que la formación de la juventud permite también fortalecer aspectos tales como los hábitos de orden, el respeto a la ley y el patriotismo³¹.

Un tema fundamental que interesaba promover era el asunto de la educación cívica de los miembros del Ejército. Este deber especial partía de la base que la institución militar era “la mejor escuela de civismo, por la grande influencia que está llamada a ejercer en la regeneración física y moral de la raza”. En el año de clases deberían enseñarse diversos temas, tales como los hechos claves de la historia patria, los poderes y organización del gobierno del país, el conocimiento del territorio y sus límites, los deberes y obligaciones de los ciudadanos, enseñar lo que representa la bandera, la importancia del servicio militar obligatorio, las consecuencias del alcoholismo, entre otros aspectos importantes³². Los articulistas del *Memorial* consideraban al Ejército como “la gran escuela educadora de nuestro pueblo y la gran base de la democracia ordenada, obediente y limpia”. La gran pasión de los profesores militares debía ser precisamente educar, transmitir la experiencia a las nuevas generaciones, como único orgullo digno de mostrar en la sociedad³³. Otro artículo destacaba la necesidad de mantener el patriotismo tanto en la guerra como en la paz, incluso después del licenciamiento las personas debían promover la veneración a la bandera, el respeto a las instituciones y las leyes, etc. El artículo ponía en el tapete el tema de la carencia de una ley de instrucción primaria obligatoria, que dificultaba la formación cívica de los soldados, por cuanto debía comenzarse desde cero,

³¹ Ver Mayor A. Ewing, “La Educación Militar de la Juventud”, *Memorial del Ejército de Chile*, Año VIII, N^o IV, 1913, págs. 428-432. El texto se basa en un artículo del Capitán del Estado Mayor del Ejército austro-húngaro Szabó.

³² Víctor M. Chaves Dailhé, “Reflexiones y deducciones sobre la enseñanza cívica de los cuerpos de tropas”, *Memorial del Ejército de Chile*, Año XVIII, Segundo semestre, 1923, págs. 451-461.

³³ Francisco Zapata, “La educación por el Ejército”, *Memorial del Ejército de Chile*, Año XIX, Primer semestre, 1924, págs. 449-455.

desde el proceso de alfabetización, y luego seguir con los aspectos propios de un programa de enseñanza cívica³⁴.

En relación a la formación integral de los soldados, se estimaba que la Iglesia Católica debía desempeñar un papel importante, especialmente a través del Vicariato Castrense. El clero tenía preparado un programa de diez conferencias, que se referían a temas tan diversos como la historia de los héroes patrios, la vida militar, las virtudes personales, los deberes del soldado con Dios y con la Patria, la vida de familia. Rafael Edwards, Vicario del Ejército y de la Armada de Chile, explicaba a la Dirección del *Memorial* que el programa de conferencias a la tropa tenía un doble objetivo, “religioso y patriótico”, y que se alejaba de cualquier relación con la política³⁵.

Entre las materias que convenía conocer, un lugar importante lo ocupaba la historia militar. Como decía un reglamento de Servicio de Campaña, “el estudio de la historia de la guerra educa el criterio del oficial y le da la medida de comparación para apreciar lo que realmente está conforme con la guerra y lo que sólo es posible realizar en la paz”. Rafael Poblete pensaba que se debía pasar de la mera lectura de textos de historia hasta la capacidad de sacar un verdadero provecho práctico. El conocimiento de las guerras nacionales –la del Pacífico y la civil de 1891, por ejemplo– se tornaban materias indispensables para el estudio del oficial chileno³⁶. En otro artículo, Carlos Sáez enfatizaba la necesidad de estudiar el ramo de historia militar, porque es una fuente de enseñanzas útiles, uniendo la teoría y la práctica. Contra la doctrina que pregonaba la necesidad de estudiar exclusivamente las guerras recientes (Primera Guerra Mundial), Sáez señalaba que eso era un error, porque todos los conflictos bélicos en las diferentes épocas son fuentes útiles para el trabajo del Ejército. Al respecto, en la preparación de las clases y en la exposición de las guerras conviene concentrarse en algunas campañas específicas, dando a conocer todos los antecedentes necesarios. Los ejemplos históricos son variados y destacados: Napoleón, Federico el Grande, Moltke o las guerras de mediados del siglo XIX o comienzos del siglo XX³⁷.

El interés, como se puede apreciar en el *Memorial del Ejército*, no era meramente teórico, sino que se expresaba en la práctica a través de numerosos artículos relacionados con las guerras de Chile y de otros países del mundo.

La presencia de la historia en el *Memorial del Ejército* es permanente, y se nota tanto en el recuerdo y explicación de algunas de las guerras libradas por Chile (también los conflictos), así como en la presencia de héroes y figuras

³⁴ Luis Arrué, “Educación cívica”, *Memorial del Ejército de Chile*, Año XV, Primer semestre, 1920, págs. 459-468.

³⁵ “El clero castrense. Su misión educadora en el Ejército”, *Memorial del Ejército de Chile*, Año X, Segundo semestre, 1915, págs. 602-607.

³⁶ Rafael Poblete, “Historia Militar. Reflexiones sobre la importancia de su estudio”, *Memorial del Ejército de Chile*, Año XIV, Primer semestre, 1919, págs. 429-433.

³⁷ Carlos Sáez, “Historia Militar”, *Memorial del Ejército de Chile*, Año XX, Primer semestre, 1925, págs. 197-204.

militares en las páginas de la revista, de manera de presentarlos para el recuerdo o el merecido homenaje. Así aparecen héroes de la Guerra del Pacífico, como el General Baquedano³⁸ y Estanislao del Canto³⁹; el reformador del Ejército Emil Körner⁴⁰; figuras intelectuales de la institución, como Aurelio Berguño; el fundador del *Memorial*, Aristides Pinto Concha⁴¹. El objetivo de los homenajes es recordar a estos soldados como ejemplo de patriotismo, de servicio al Ejército, presentándolos como figuras que habían hecho grandes servicios al país.

Una de las preocupaciones principales de la enseñanza en el Ejército era respecto del profesorado militar. La institución consideraba que había una necesidad imperiosa de formar a profesores competentes, estudiosos, a la altura de los mejores ejércitos del mundo. Parte de la preocupación estaba dada por el problema de la Academia de Guerra, por ejemplo, que muchas veces perdía académicos de calidad, por falta de estímulos adecuados, cuestión aplicable tanto a los profesores uniformados como a los civiles. Por lo mismo, un documento institucional proponía fijar sistemas de permanencia de los profesores (al menos cuatro años en sus funciones), mejorías en las pensiones y también un aumento de sueldo. El Director de la Academia de Guerra llegaba a advertir que habría que cerrar ese centro de estudios, si no se remediaban pronto las dificultades que tenían los docentes⁴².

5. LA CONTINUIDAD DE LA INFLUENCIA ALEMANA EN EL EJÉRCITO

Como es bien sabido, el Ejército de Chile experimentó una influencia decisiva por parte de la misión militar alemana en el país, que se inició hacia 1885 bajo el liderazgo del soldado alemán Emil Körner⁴³.

A fines de siglo XIX y comienzos del siglo XX hubo una continuidad en dicha presencia, incluso el propio Körner llegó a ser Inspector General del Ejército⁴⁴. Además, se desarrollaron nuevas formas de vinculación castrense entre Chile y la

³⁸ "Homenaje al General don Manuel Baquedano en el Centenario de su nacimiento", *Memorial del Ejército de Chile*, Año XVIII, Primer semestre, págs. 107-132.

³⁹ "General de División señor Estanislao del Canto", *Memorial del Ejército de Chile*, Año XVII, Segundo semestre, agosto, 1923, págs. I-IX.

⁴⁰ "La llegada al país de los restos del General de División don Emilio Körner", *Memorial del Ejército de Chile*, Año XIX, Segundo semestre, agosto, 1924, págs. 111-118.

⁴¹ "El General de División don Aristides Pinto Concha", *Memorial del Ejército de Chile*, Año XIX, Segundo semestre, julio de 1924, págs. I-VI. Otro artículo con el mismo nombre fue publicado en la edición de año XVII, Primer semestre, febrero de 1922, págs. I-VIII, con ocasión del retiro del Ejército por parte de Pinto Concha.

⁴² Mariano Navarrete, "Formación del profesorado militar y mejoramiento de la situación del personal civil. Medidas que deben dictarse para conseguirlo", *Memorial del Ejército de Chile*, Año XIV, Primer semestre, 1919, págs. 217-223.

⁴³ Al respecto ver Frederick Nunn, "Emil Körner and the Prussianization of the Chilean Army: Origins, Process and Consequences, 1885-1920" in *Hispanic American Historical Review* N° 50, 2 (1970), págs. 300-22; una visión más crítica en William Sater & Holger Herwig, *The Grand Illusion*.

⁴⁴ Javier Urbina (editor), *Al Servicio de Chile*.

potencia europea: un grupo de militares alemanes viajó a Chile como profesores de la Escuela Militar y de la Academia de Guerra. Con el tiempo hubo también uniformados chilenos que viajaron a Alemania a aprender y a completar su formación⁴⁵. A ello se añadían las revistas y libros llegados desde el país europeo, el aprendizaje de idiomas, la imitación de uniformes, formas de presentación, tipos de marcha, música y gustos profesionales. Tiempo después la situación se tornó incluso más interesante, cuando los chilenos iniciaron misiones militares en otros países latinoamericanos⁴⁶.

En este sentido, el *Memorial* es un claro canal de difusión de esta relación de instrucción militar, admiración y deseos de progreso en el ámbito castrense. Un artículo interesante e ilustrativo es “Algo sobre Chile y su Ejército”, correspondiente a la traducción de un texto del Mayor del Ejército alemán Jorge von Ruffer. Refiriéndose al cambio de guardia en La Moneda, el Palacio de Gobierno en Chile, Ruffer reflexiona sobre el hecho de que la banda militar toca melodías alemanas y los observadores creen hallarse en una guarnición germana: los soldados están con sus cascos “alemanes”, “guerreras azules, cuellos rojos, paso firme y porte intachable”. “De dónde vienen aquellos dos oficiales alemanes, de capote gris? Ah!, no, son chilenos”. Luego enfatiza que los reglamentos militares chilenos siguen el modelo prusiano y que la educación está profundamente modelada de acuerdo a ese país europeo. El autor germano reconoce las virtudes militares de los chilenos y también afirma que se trata de un “Ejército moderno”. Las palabras finales del artículo son contundentes: “¡Salud también para el futuro, a vosotros prusianos de Sudamérica!”⁴⁷.

La influencia alemana, sin embargo, no era aceptada de modo acrítico, como otros artículos del propio *Memorial* dan a entender. Así lo muestran algunas reflexiones del Capitán Alberto Muñoz: “Nuestro modelo es hoy por hoy el ejército alemán. Nadie puede desconocer sin caer en un lamentable error las excelencias de ese gran ejército que ha sabido colocarse a la cabeza de los ejércitos del mundo. Yo admiro sus progresos evidentes y estimo que ellos sobrepasan todo cálculo. Pregunto ahora: ¿a quién deben los alemanes tan grande progreso? ¿Han ido acaso a copiar sus uniformes, sus reglamentos, su fisonomía característica a otras naciones?” Muñoz se respondía que los alemanes debían todo a sus esfuerzos, al estudio de sus propias costumbres y a una educación adecuada. Lo mismo debería hacer Chile, en vez de copiar todo: reglamentos, uniforme, instrucciones. “La no comprensión del espíritu del modelo que nos ocupa puede conducirnos a excesos y errores difíciles de remediar”⁴⁸. En otra parte del texto agregaba que “hay que pensar que si es una gran ayuda

⁴⁵ Enrique Brahm, *Preparados para la guerra*.

⁴⁶ Roberto Arancibia, *La influencia del Ejército chileno en América Latina 1900-1950* (Santiago, CESIM, 2002).

⁴⁷ Carlos Padilla (traductor), “Algo sobre Chile y su Ejército”, *Memorial del Ejército de Chile*, Año VIII, Primer semestre, 1913, págs. 213-223.

⁴⁸ Capitán Alberto Muñoz, “El problema de nuestra educación militar”, *Memorial del Ejército de Chile*, Año VIII, Segundo semestre, 1913, págs. 957-963.

tener como modelo a un ejército tan perfecto como lo es el alemán, puede ser también un gran peligro para los espíritus superficiales y poco observadores. El conscripto alemán no sufre la transición del conscripto chileno, pues aquél vive en un imperio que está saturado de espíritu militar, en las fábricas, en los colegios y en las empresas de todo orden, se ve la influencia del ejército y de su férrea disciplina”⁴⁹.

En todo caso, este análisis de Muñoz estaba inserto en un marco mucho más amplio y formulaba una crítica sobre el conjunto del sistema educacional chileno de comienzos del siglo XX, tanto a nivel de colegios civiles como militares. Como era previsible, dichas reflexiones encontraron respuestas en el propio *Memorial*. El Mayor Humberto Banderas contestó muchos de los argumentos de Muñoz, pero es interesante constatar especialmente que valora el aporte de los profesores alemanes que llegaron a Chile a fines del siglo XIX para transformar la enseñanza del país a través del Instituto Pedagógico y considera especialmente laudable que ese esfuerzo educativo se mantenga, a pesar de las difíciles condiciones en que estaba Europa y del comienzo de la guerra⁵⁰.

6. EL IMPACTO DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

El hecho militar más importante a nivel mundial en las primeras décadas del siglo XX fue el estallido de la guerra en Europa en 1914, cuyas consecuencias desde el punto de vista humano, histórico y político serían realmente devastadoras.

Los sucesos europeos tuvieron un gran impacto en el Ejército, tanto por la importancia del conflicto internacional, que representaba la forma más moderna de realización de la guerra, como por el hecho de que participara Alemania como una de las grandes potencias, considerando la relación e influencia germana en Chile.

El artículo más sobresaliente referido a la guerra mundial y su relevancia para Chile fue publicado en 1924, escrito por Hans von Kiesling⁵¹. Se trata de un texto muy completo, que aborda temas relativos al Ejército, a la Marina, a la organización militar, la importancia de la educación y los nuevos medios de guerra introducidos en el conflicto internacional. Es evidente que la Primera Guerra Mundial no sólo significó un gran impacto político y geográfico en Europa y fuera de ella (Estados Unidos, por ejemplo), sino que también implicó una gran evolución y transformación en el plano militar.

⁴⁹ Capitán Alberto Muñoz, “El problema de nuestra educación militar”, *Memorial del Ejército de Chile*, Año IX, Primer semestre, 1914, pág. 69.

⁵⁰ Mayor Humberto Banderas, “Cuestiones militares”, *Memorial del Ejército de Chile*, Año IX, Segundo semestre, 1914, págs. 535-542; 609-615; 685-690; 763-770 y 857-863, Año X, Primer semestre, 1915, págs. 67-72.

⁵¹ Ver Hans von Kiesling, “Las experiencias de la guerra mundial y su importancia para el Ejército de Chile”, *Memorial del Ejército de Chile*, Año XIX, abril, 1924, págs. 335-353.

Desde el punto de vista de los armamentos, el conflicto incrementó la importancia de la granada de mano, incluyó las bombas de gases, desarrolló la guerra de las trincheras, demostró la importancia de los tanques (incluso hubo verdaderas “batallas de tanques”). El papel de la caballería, si bien no había terminado en la segunda década del siglo, sí debía readaptarse a las nuevas condiciones de la guerra, incluyendo la carabina y la ametralladora como armas principales. Kiesling afirmaba que si bien la guerra europea podía tener influencias en la forma de organización de otros países del mundo para un eventual conflicto, no debía dejar de lado las realidades propias. Por ejemplo, “es muy escasa la población de este continente, en relación con la extensión territorial. Los ejércitos de Sudamérica nunca alcanzarán el efectivo de los europeos; su armamento, municiones y equipo serán siempre muy inferiores al de los ejércitos que participaron en la gran contienda europea. Serán limitados los cuerpos de artillería pesada y de grueso calibre; dispondrán estos ejércitos de un número reducido de hombres, dentro de un territorio inmenso, para el desarrollo de sus operaciones”.

En el caso de Chile y de la instrucción del Ejército, Kiesling recomendaba tener claros los nuevos aspectos de la guerra, pero también continuar con los medios tradicionales de enseñanza, tales como las charlas y conferencias, los juegos de guerra, los viajes tácticos, las excursiones, los viajes del Estado Mayor, pero asegurando la conveniencia de aumentar los programas, especialmente dando importancia a la guerra de trincheras y a las comunicaciones.

El final del artículo de Kiesling es alentador para Chile, porque hay aspectos que no cambian, a pesar del paso del tiempo: “El fundamento de la victoria será el estado moral del pueblo beligerante. De ahí la necesidad de contar con los recursos morales y físicos para afianzar el éxito. Es indudable que el Ejército de Chile, poseído de su patriotismo y de un espíritu de abnegación a toda prueba, llegado el caso, obtendrá nuevos triunfos y nuevas glorias”.

Esto contribuía a reforzar la tradición militar del país, en un momento en que los uniformados emprendían nuevos caminos de reflexión en torno al desarrollo de la sociedad.

7. LA CUESTIÓN SOCIAL Y LA CUESTIÓN POLÍTICA

En “Constitución militar de un país. Leyes que deben complementarla o modificarla” –texto aparecido en el *Memorial* en 1920– el Teniente Coronel Luis Maldonado desarrollaba una serie de ideas dignas de consideración. El artículo señalaba que “para asegurar a la fuerza armada del país, y particularmente al Ejército, una constitución y organización eficiente y que responda a todas las necesidades de la defensa nacional”, los sectores dirigentes debían preocuparse de una serie de asuntos importantes: protección a la infancia, sanitaria y contra el alcoholismo; instrucción primaria obligatoria; reclutamiento militar; protección a la industria nacional; remuneraciones, pensiones y montepíos;

conscripción civil⁵². Los temas mencionados, sin duda alguna, son propios de la política del país y de la cuestión social, reflejo claro de un interés creciente del Ejército en estas materias.

Los militares no eran socialistas o revolucionarios, sino más bien contrarios a estas ideas y, en general, se mantenían al margen de las ideologías políticas y rechazaban salirse del marco constitucional fijado en el país⁵³. Pero al mismo tiempo observaban con preocupación la lentitud del parlamentarismo para enfrentar los males sociales, por cuanto ello podría conducir al desarrollo y consolidación de los movimientos más extremos del país —comunistas y anarquistas entre ellos— situación que podría derivar en un verdadero desastre para Chile. De la misma manera, tenían una visión crítica del excesivo elitismo del sistema, del rasgo marcadamente oligárquico de la política bajo el sistema parlamentario⁵⁴.

Varios aspectos formaron parte de la preocupación de los militares. Desde luego, los problemas institucionales: el Ejército reclamaba la necesidad de que el Congreso y las autoridades del Ejecutivo se interesaran por los asuntos castrenses y solucionaran las inquietudes profesionales y económicas de los uniformados. En otro ámbito, diversas publicaciones reconocieron el derecho de los militares a interesarse por los asuntos de la política del país, así como la necesidad de que el Estado considerara la función política del Ejército.

Una manera en que se reflejaron estas opiniones fueron las publicaciones que algunos oficiales hicieron en el mencionado *Memorial del Ejército de Chile*, revista que expresaba las inquietudes profesionales de la institución. A través de sus páginas, que muestran cuál es la autopercepción de los uniformados y cómo ellos observan a la sociedad chilena. De esta manera, los temas de gobierno propiamente tal se comenzaron a mezclar con asuntos sociales, educativos y de salud, entre otros. No se trataba, sin embargo, de una intromisión en cuestiones de política contingente, sino de una preocupación global por el desarrollo de la sociedad chilena y de las políticas de defensa.

En 1914, por ejemplo, Aníbal Riquelme destacaba que “los gobiernos que piensan dar al Alto Comando la verdadera importancia, debieran acercarlo a las distintas ramas de la política, pues así él se informaría mejor de la verdadera situación del país, abarcaría más intensamente todo aquello que pueda relacionarse con las alternativas tácticas o estratégicas”. Y agregaba que el respectivo Ministerio debía explicar al Ejército de todas las evoluciones del país, en cual-

⁵² Luis Maldonado, “Constitución militar de un país. Leyes que deben complementarla o modificarla”, *Memorial del Ejército de Chile*, Año XV, Primer semestre 1920, págs. 193-202.

⁵³ La “oleada antisocialista” del Ejército está tratada en Genaro Arriagada, *El pensamiento político de los militares* (Santiago, CISEC, s/f), págs. 71-109.

⁵⁴ De hecho, en las dos primeras décadas del siglo hubo movimientos militares, aunque aislados, que representaron tanto intervención en política como crítica al sistema parlamentario. Ejemplos al respecto son La Liga Militar y el Motín Armstrong. Al respecto ver Emilio Rodríguez Mendoza, *Como si fuera ahora...* (Santiago, Nascimento, 1929), págs. 228-240 y 248-256, y René Millar, “Significado y antecedentes del movimiento militar de 1924”, *Historia* N° 11 (Santiago, 1972-73), págs. 7-102.

quier orden: financiero, militar, intelectual, trabajos de arte, etc., con el fin de estar más informado y tomar las mejores decisiones⁵⁵.

Una serie de conferencias del General Juan de Dios Vial Guzmán son eloquentes en reflejar las preocupaciones de los uniformados respecto de este tema. El militar señalaba que ellos podían influir en la opinión pública y en los rumbos de la política nacional “por el estudio y propaganda de las doctrinas, aunque no podamos llegar a sus aplicaciones prácticas en los casos concretos”. Junto con defender el servicio militar obligatorio y el concepto de “nación armada”, Vial reconocía las dificultades que presentaba esta realidad, tales como restar jóvenes a las industrias. Además, abogaba por una reforma en el sistema de ascensos y el aumento de sueldos de los soldados. Concluía diciendo que “los ciudadanos y el Estado tienen nuestras mismas pasiones y nuestros mismos ideales”⁵⁶.

Otro texto proclamaba la necesidad de hacer instrucción militar en las instituciones de enseñanza civil, y aprovechaba de denunciar la existencia de profesores “imbuidos en los principios de las doctrinas socialistas”, lo que era un peligro para los jóvenes. Por ello proponía un mayor control en la selección de los docentes en las escuelas públicas. Incluso llegaba a propiciar que en los lugares donde hubiera unidades del Ejército “un oficial debería tomar a su cargo la instrucción cívica y militar de los niños en los liceos”, y promovía la realización de una propaganda activa en las fábricas e industrias para formar a los obreros⁵⁷.

Esta preocupación antisocialista o anticomunista sería una tendencia común en el pensamiento militar de comienzos de siglo. Por eso había que preparar a los oficiales para que pudieran responder las preguntas y cuestionamientos de sus inferiores jerárquicos que podrían ser tentados con el avance de la prédica revolucionaria, más todavía si se considera que la Internacional comunista había propuesto propagar sus doctrinas, en primer lugar, al interior de las Fuerzas Armadas⁵⁸. Un escritor militar señalaba que “la dedicación entera al servicio por parte del superior y la preocupación constante por el bienestar de la tropa contribuirá a combatir los avances del socialismo que puede invadirnos en un futuro no lejano”⁵⁹.

A pesar del elemento de denuncia o de preocupación social presente en argumentaciones como estas, el pensamiento militar también tuvo un aspecto

⁵⁵ Mayor Aníbal Riquelme, “Relación que debe existir entre la política de un Estado y el Alto Comando del Ejército”, *Memorial del Ejército de Chile*, Año IX, N^o IX, 1914, págs. 638-650.

⁵⁶ Juan de Dios Vial Guzmán, Conferencias “Política Militar”, *Memorial del Ejército de Chile*, Año VI, 1-X-1911, págs. 423-454.

⁵⁷ C. Garfias, “La instrucción militar en los establecimientos civiles”, *Memorial del Ejército de Chile*, Año XV, págs. 450-484.

⁵⁸ Ángel Vásquez, “Algunos procedimientos que conviene adoptar en el Ejército para contrarrestar la propaganda de doctrinas contrarias al orden social”, *Memorial del Ejército de Chile*, 1925, págs. 53-62 y 600-610.

⁵⁹ Alberto Muñoz, “El problema de nuestra educación militar”, *Memorial del Ejército de Chile*, Año VIII, 1913, pág. 789.

crítico contra el régimen parlamentario y los sectores gobernantes, aunque se expresó la mayoría de las veces con gran respeto y sin deseos de cambiar la marcha política del país. El Teniente Coronel Ernesto Medina, por ejemplo, señalaba que la aplicación del parlamentarismo y sus prácticas en Chile iban “contra los intereses particulares de las instituciones armadas”. Para ello llegaba a proponer que el Ministro de Guerra fuera, en lo posible, un hombre de armas⁶⁰. Incluso en la cuestión social y en el avance del socialismo había críticas al sector dirigente, cuya indolencia y “deficiente preocupación por el bienestar de las clases trabajadoras” eran parte de la generación y expansión del problema, cuando deberían ser actores decisivos en la solución de ellos.

La inquietud política y social de los miembros del Ejército se fue haciendo creciente a medida que la gravedad de la crisis se acrecentaba y no había interés en la solución de los problemas. De esta manera, el estudio de “la cuestión social” se transformó en denuncia y esta en deseos de acción para superar la situación de crisis nacional. Con ello, el país fue entrando, en diversos momentos, por el camino de la deliberación política de los militares. Así, por una parte, se daba una advertencia al sistema político, pero también se rompía la tradición de prescindencia en cuestiones contingentes. De esta manera, el Ejército dejó de ser un simple espectador y pasó a ser un verdadero actor en medio de la crisis, aunque sin éxito en las dos primeras décadas del siglo.

8. LA INTERVENCIÓN MILITAR DE 1924

En septiembre de 1924 ocurrió el famoso “ruido de sables”, que significó una manifestación de la oficialidad joven del Ejército en la sala del Senado, para oponerse a la aprobación de la ley de dieta parlamentaria⁶¹.

Con el paso de los días se produjo una verdadera vorágine de acontecimientos: los militares se organizaron en una Junta Militar, que representaba el sentir de la oficialidad; hubo deliberación en asuntos políticos; la prensa se hizo eco de los acontecimientos, manifestando que el país estaba con el Ejército; Alessandri y la oposición buscaron obtener beneficios de la nueva situación del país; emergió Carlos Ibáñez como una figura política destinada a perdurar; el gobierno llamó al General Altamirano al Ministerio del Interior; en solo un día se aprobaron las leyes sociales y militares pendientes; luego el propio Presidente de la República debió salir al exilio y el Congreso Nacional fue clausurado.

⁶⁰ Ernesto Medina, “El problema militar en Chile” 2ª serie, *Memorial del Ejército de Chile*, Año VIII, 1913, págs. 275-283.

⁶¹ Las fuentes fundamentales para este tema son General Juan Pablo Bennet, *La Revolución del 5 de Septiembre de 1924* (Santiago, Balcells Editores, s/f); Mayor Arturo Ahumada, *El Ejército y la Revolución del 5 de septiembre de 1924* (Santiago, 1931); Mariano Navarrete, *Mi actuación en las revoluciones de 1924 y 1925* (Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2004); Carlos Sáez, *Recuerdos de un soldado*, 3 tomos (Santiago, Editorial Ercilla, 1933); E. Monreal, *Chile ante el Nuevo Régimen 1924-1929. Historia completa y documentada del período 1924-1925* (Santiago, Imprenta Nacional, 1929), Tomo 1.

Los uniformados tomaban el poder y comenzaban una tarea que definieron en un *Manifiesto* que explicaba la necesidad de “abolir la política gangrenada” e iniciar un proceso de regeneración nacional⁶². La intervención de los militares en actividades de gobierno no se interrumpiría hasta 1932.

El *Memorial del Ejército* hizo referencias explícitas al movimiento militar de septiembre y a la situación global del país. El editorial de septiembre recordaba a las figuras de O’Higgins, Rodríguez, Camilo Henríquez, Zenteno y Carrera, y les llamaba “sombras augustas, mudas y elocuentes respuestas a toda la turbulenta e inútil politiquería lugareña, a la suma de intereses creados, y al olvido de los altos destinos de la nación, en que se suele caer a veces”⁶³.

Los meses siguientes también tuvieron algunas manifestaciones relativas a los sucesos de septiembre. El *Memorial* de octubre contaba con tres fotos en una página al principio del volumen, en el cual aparecían los miembros de la Excelentísima Junta de Gobierno: el General de División Luis Altamirano, el Vicealmirante Francisco Nef y el General de Brigada Juan P. Bennet⁶⁴. Al mes siguiente la foto de primera página correspondió al Vicealmirante Luis Gómez Carreño, designado Ministro de Guerra por el nuevo gobierno⁶⁵.

El documento principal del *Memorial del Ejército* en relación a la intervención militar es un editorial de octubre de 1924, titulado “5 de septiembre”⁶⁶. Conviene reproducirlo en su totalidad, ya que es una manifestación muy clara del pensamiento militar en la nueva situación que vivió el Ejército, caracterizada por la presencia política de los uniformados:

“Las instituciones armadas de la República, que en su corta historia registran no pocas fechas, escritas con la espada, y que recuerdan otros tantos hechos de armas que las han cubierto de gloria y que cada año celebra regocijado el pueblo chileno, han agregado una más, el 5 de septiembre, que recordará en adelante la gran jornada cívica del Ejército y de la Armada, que, sirviendo de medio de acción a la opinión de la casi totalidad de los chilenos, derribaron el edificio carcomido de nuestras instituciones, que amenazaba derrumbarse, para proceder en seguida con el concurso de todos los buenos patriotas a su reconstrucción, en forma que satisfaga las justas aspiraciones nacionales.

Este movimiento de opinión que han encabezado el Ejército y la Armada de la República presenta caracteres tan peculiares que es único en su género en la historia del mundo.

⁶² Junta Militar, “Manifiesto del 11 de Septiembre de 1924”, en General E. Monreal, *Chile ante el Nuevo Régimen*, págs. 85-86.

⁶³ “Septiembre 1819-1924”, *Memorial del Ejército de Chile*, Año XIX, Segundo semestre, págs. I-II.

⁶⁴ *Memorial del Ejército de Chile*, Año XIX, Segundo semestre, octubre, 1924, pág. 1.

⁶⁵ *Memorial del Ejército de Chile*, Año XIX, Segundo semestre, noviembre, 1924, pág. 1.

⁶⁶ La Dirección, “5 de septiembre”, *Memorial del Ejército de Chile*, Año XIX, Segundo semestre, octubre de 1924, págs. III-V.

No se ha tratado aquí de una asonada o de un motín de cuartel, tan comunes en otros países, y que, con derramamiento de sangre y para satisfacer las ambiciones de caudillos audaces, dividen la familia nacional, sin otro móvil que cambiar los hombres que gobiernan por otros, para que, a corto plazo, se repita la misma situación y suban los de abajo y bajen los de arriba, no cosechándose otro fruto que las consecuencias funestas de una guerra civil.

El movimiento militar del 5 de septiembre no tiene esas particularidades: sin la más leve alteración del orden público, sin que se haya oído un grito destemplado, sin que se haya consumado el más insignificante atropello, ni vertido sangre humana, se han realizado, en el transcurso de unos cuantos días, los hechos más trascendentales de nuestra historia republicana, en medio de los aplausos de todos los chilenos.

Este movimiento no es la obra de un caudillo, ni de un partido: es la conciencia nacional, fielmente interpretada por los soldados y marinos chilenos, que se ha rebelado contra un orden de cosas que no podía ni debía continuar, por el decoro y la honra de la Patria.

Para nadie es un misterio, y esto lo reconocen todos, aún los que actuaban dentro de ellas, que nuestras instituciones gubernamentales, Ejecutivo y Congreso, habían llegado al máximun de su decadencia, y aunque ello repugnaba a la conciencia nacional, la desorganización seguía su curso y el país rodaba rápidamente a un abismo de desorden y de corrupción, por la complicidad de algunos a quienes beneficiaba esa situación, por la indiferencia o la impotencia de otros, que no encontraban cómo salvar la nave del Estado que amenazaba zozobrar.

Fue preciso que el Ejército y la Marina, interpretando fielmente la voluntad nacional, encabezaran el movimiento de renovación, poniendo a su servicio la fuerza no como arma que hiere, sino como garantía de paz y de sosiego.

Y que hemos traducido en la realidad lo que era solamente una patriótica aspiración del pueblo chileno, nos lo están demostrando los aplausos con que la mayoría del país ha recibido esta gran cruzada cívica.

Solamente unos pocos, que vivían al calor de los intereses creados alrededor del régimen caído, no atreviéndose a negar los altos fines de este movimiento y los patrióticos ideales que le dieron vida, ni que militares y marinos han

correspondido a las esperanzas que sobradamente en ellos cifrara la opinión honrada del país, se limitan a expresar, como única arma de ataque, que va a entronizarse el régimen militar de gobierno.

Aunque nadie, seriamente y de buena fe, puede hacer tan temeraria afirmación, y para los que tuvieren algún remoto temor sobre el particular, ahí están las terminantes declaraciones del Comité y de la Junta Militar de Gobierno, cuyos miembros, poniendo su honor de soldados por testigo, han prometido solemnemente que las instituciones armadas solamente a la cabeza del Gobierno el tiempo indispensable para devolver, con la ayuda de todos los patriotas, la normalidad de nuestras instituciones.

Séanos permitido dejar constancia de que el Ejército y la Marina de la República se sienten orgullosos de la labor realizada y que, así como en otras ocasiones, después de gloriosas campañas, han envainado la espada y se han retirado a sus cuarteles y a sus buques, en medio de los vítores del pueblo chileno, a seguir laborando por el progreso de sus respectivas instituciones, en pocos meses más dejaremos las tareas gubernativas que las circunstancias excepcionales por las que atraviesa el país han impuesto a las instituciones armadas, y estamos ciertos de que esos mismos aplausos nos acompañarán hasta nuestros hogares militares.

Y habrá quedado demostrado una vez más que, tanto en la paz como en la guerra, las instituciones armadas han sido y son los más celosos depositarios del honor de la República”.

Esta intervención del Ejército en actividades políticas debe entenderse como una situación absolutamente excepcional y es la primera vez en la historia del *Memorial del Ejército* en que hay comentarios de política contingente, donde la publicación emite juicios sobre los poderes del Estado y el funcionamiento de las instituciones. Era una nueva etapa en la historia de Chile.

9. CONCLUSIONES

El proceso de profesionalización del Ejército de Chile, iniciado hacia 1885-86 con el comienzo de la misión alemana liderada por Emil Körner, tuvo varias dimensiones interesantes. Una de ellas fue el desarrollo de las revistas militares, manifestación elocuente del pensamiento de los uniformados en materias institucionales, pero también en aspectos relacionados con el orden social y político del país.

El caso concreto del *Memorial del Ejército de Chile* es doblemente interesante. Por una parte, se trata del principal medio de expresión de las inquietudes de la oficialidad del Ejército a comienzos del siglo XX, cuando emergió una

serie de temas de interés no sólo para la institución, sino también para el país en su conjunto. Por otro lado, dicha publicación ha continuado siendo un medio de comunicación importante para el Ejército y cumple durante 2006 un siglo de vida.

Los primeros años del *Memorial* están profundamente ligados al desarrollo de la sociedad chilena y también de los problemas del mundo. En el ámbito interno es evidente que la cuestión social fue un tema asumido por el Ejército, que comenzó a pensar en la posibilidad mejorar las condiciones de vida de los sectores más pobres, enfrentando la falta de soluciones que ofrecía el sistema político y poniendo en el tapete temas tales como las contribuciones del servicio militar obligatorio en la alfabetización de los jóvenes, la necesidad de fomentar el patriotismo en todos los sectores, de enfrentar las doctrinas contrarias al orden social, tales como el pacifismo y el socialismo. La necesidad de fortalecer al Ejército chileno para la guerra, que se considera inevitable, a pesar de los esfuerzos de los pueblos, significa que la preparación de la institución tiene que realizarse de acuerdo a los cánones modernos. Esta situación quedó particularmente clara con ocasión de la Primera Guerra Mundial, que demostró avances en las tecnologías, armamentos y tácticas bélicas, que el *Memorial* procuró dar a conocer en sus páginas de manera de servir a la preparación de los militares chilenos para el futuro.

Sólo en 1924 aparecerían temas políticos en las páginas del *Memorial del Ejército*, pero eso mismo ya significaba el fin de una época en Chile, producto de la intervención del Ejército en el gobierno del país. En cualquier caso, sea a través de temas sociales, políticos o propiamente castrenses, el *Memorial* es una fuente fundamental para el conocimiento y comprensión del pensamiento militar de los soldados chilenos.

HONESTIDAD DOCUMENTAL, REVISIONISMO
HISTORIOGRÁFICO Y DEBATE PROFESIONAL: COMENTARIOS
AL SALVADOR ALLENDE DE VÍCTOR FARIÁS*

Marcos Fernández Labbé**

PRESENTACIÓN

El siguiente texto tiene por objetivo central confrontar crítica e informadamente una serie de textos documentales e historiográficos que han dado pie a una polémica político-profesional en el último tiempo en Chile, referida a la supuesta vinculación de Salvador Allende Gossens con la ideología nazi-fascista, y más allá de ello, su también supuesta labor de protección del criminal de guerra nazi Walter Rauff, oculto en Chile hasta su muerte en la década de 1980. Desde la perspectiva del historiador, el mecanismo de acuerdo al cual se comentará el texto promotor de esta polémica –*Salvador Allende. Antisemitismo y Eutanasia* (2005)– hará referencia a la lectura crítica de la tesis de titulación como médico de Salvador Allende *Higiene Mental y Delincuencia* (1933)¹, así como a una obra posterior, de 1939, titulada *La Realidad Médico-Social Chilena*². Del mismo modo, se hará referencia tanto a otras obras de Víctor Farías y a bibliografía específica dedicada a la reflexión sobre el antisemitismo y los orígenes y alcances teórico-historiográficos del fenómeno del exterminio de los judíos europeos.

A. HIPÓTESIS CENTRALES, CONCIENCIA REVISIONISTA Y CONFUSIÓN

Desde sus primeras páginas, el libro que comentamos explicita de forma clara sus intenciones manifiestas: aportar en la desmitificación de un personaje histórico que, en los avatares del siglo XX, representó para gran parte de la izquierda chilena e internacional un modelo o paradigma alternativo a la rigidez del socialismo realmente existente instaurado en los países del bloque soviético. Y ello desde la lógica de que los partidarios del comunismo –ya como individuos, ya como colectivos políticos y sociales– han sobrevivido hasta ahora a la lectura crítica de sus actuaciones, en gran parte debido al prestigio político-intelectual que muchos de ellos mantuvieron en los tiempos de la Guerra Fría, y aun más allá. Pues bien, esta tendencia –cuya más alta cumbre puede ser ejemplificada por *El Libro Negro del Comunismo*³– ha considerado en lo fundamental para sus

* Agradezco los valiosos comentarios aportados para la elaboración de este texto por los historiadores Alberto Harambour R. Y Rodrigo Henríquez V.

** Doctor en Historia.

¹ La tesis en versión completa –aunque sin numeración de páginas– puede consultarse en http://www.salvador-allende.cl/tesis_principal1.htm

² Salvador Allende, *La realidad médico-social chilena*, 1939. El texto puede consultarse en <http://www.memoriachilena.cl/mchilena01/temas/dest.asp?id=salubridadpublica>

³ Stéphane Courtois et al., *El libro Negro del Comunismo. Crímenes, Terror y Represión*, Editorial Planeta-Espasa, España, 1998.

análisis tanto la visibilización historiográfica de las prácticas de represión política a gran escala en la que incurrieron algunos gobiernos comunistas, como en las relaciones que dirigentes no-soviéticos mantuvieron, a despecho de las circunstancias históricas particulares de sus propias naciones, con los mandatos de Moscú. Es decir, una crítica desde la perspectiva del derecho humanitario, por un lado, o de la crítica estrictamente político-histórica, por otro.

En el caso de la argumentación de Farías, las hipótesis del autor se dirigen directamente a dos aspectos puntuales de la biografía político-profesional de Salvador Allende, que su vez buscan confirmar intuiciones interpretativas que Víctor Farías enunció en su reconocido libro *Los Nazis en Chile*⁴: en primer lugar, la actitud de protección que Allende, como Presidente de Chile, habría tenido en relación a Walter Rauff en el entredicho de una solicitud de extradición que pesaba sobre el criminal de guerra alemán por parte del conocido cazador de nazis Simón Weisental; en segundo lugar, la vinculación de Allende, desde la década de 1930 al menos, con el ideario nazi-fascista, evidenciada a partir de la realización de su tesis de titulación como médico-cirujano, en la cual existirían manifiestas coincidencias con la ideología nazi, en aspectos tan relevantes como el programa de exterminio de los enfermos mentales (las vidas inútiles de ser vividas en la terminología nacionalsocialista) y el antisemitismo de base biologicista.

Es decir, dos elementos de gran profundidad política e histórica, en tanto que el Allende que la historia ha recordado –y a partir de la conmemoración de los 30 años de su muerte no sólo desde la trinchera de quienes apoyaron sus ideas– no había sido hasta ahora relacionado de forma documentada con la antítesis ideológico-política que el nazi-fascismo representó en relación al ideario marxista propugnado por Allende y sus seguidores. Sin embargo, y he aquí una de las primeras sorpresas que la interpretación de Farías propone, de acuerdo a este autor la coincidencia doctrinaria entre marxismo y nazi-fascismo no sería casual, en tanto ambas ideologías pueden ser inscritas y comprendidas bajo la lógica común de un naturalismo radical, de acuerdo con el cual los colectivos sociales (Völk, Popolo, Estado, Partido, Pueblo, Raza) en ambos idearios se constituyen por medio y gracias a la deshumanización y aniquilación de los individuos, cuya expresión más radical fueron el Auschwitz de los alemanes y el Gulag de los soviéticos⁵. Puestas cara a cara, las experiencias político-totalitarias del siglo XX serían reflejos inversos de sí mismas, pero con una base esencial común nacida del antihumanismo y el antiiluminismo que caracterizó a las ideologías en cuestión tras la Primera Guerra Mundial.

⁴ Víctor Farías, *Los nazis en Chile*, Editorial Planeta, Santiago, 2000.

⁵ “Un antecedente esencial en que ellos [nazismo y marxismo] coinciden característicamente es, por cierto, el brutal y extremo naturalismo que está a su vez en la base del racismo y explica el crimen eutanásico y el exterminio. El constituye también uno de los fundamentos principales en los que el marxismo entiende la dialéctica de la historia como resultante de la dialéctica de la naturaleza, una que llegó a promover y a justificar los hospitales psiquiátricos y el Gulag en la Unión Soviética. Este punto de convergencia va a constituir el horizonte histórico y teórico en relación al cual ha sido escrito este libro”. Víctor Farías, Salvador Allende. Antisemitismo y Eutanasia, pág. 11.

Esta es, en el fondo, la hipótesis teórica de Farías, que vendría a explicar la aparente contradicción de que un militante del socialismo chileno de los años 30 pudiera ser, al mismo tiempo pronazi y marxista; y que una vez electo Presidente de Chile a la cabeza de una coalición de partidos políticos de izquierda, defendiera como un aliado a un criminal de guerra prófugo de la justicia internacional. Sin embargo, y a nuestro entender, Farías se equivoca. Y ello por al menos dos grandes razones: la familiaridad y simpatía observada entre los movimientos nazi-fascistas y los partidos comunistas en las primeras décadas del siglo XX –tesis elaborada en lo fundamental por Ernst Nolte bajo el concepto de Guerra Civil Europea⁶– puede ser explicada por fenómenos como la utilización de la propaganda, la imposición de ideologías teleológicas (dotadas de una finalidad histórico-global inmanente e inevitable) y por un programa político que buscaba unificar de forma radical la experiencia histórica de la nación con la entidad política específica del Estado-Partido. Sin embargo, Farías justifica sus interpretaciones en una noción común a ambas ideologías que caracteriza como “naturalismo organicista”, profundamente antihumanista y a la larga aniquilador. De acuerdo a investigaciones recientes, justamente la diferencia entre el estalinismo (versión totalitaria del marxismo) y el nazismo alemán fue que este último explícitamente rechazó la herencia representada por los valores, instituciones y *Weltanschauung* (visión de mundo) de la Ilustración, bajo la pretensión de construir un mundo de referencia en oposición al configurado por la tradición liberal-democrática europea. Por el contrario, los regímenes comunistas –muchas veces a despecho de sus propias prácticas políticas– nunca dejaron de atribuirse la continuidad y proyección histórica de los ideales de la Francia de 1792, mediatizados en alguna medida por el pensamiento de Karl Marx y la pléyade de intelectuales europeos que lo profundizaron tanto en la teoría como en la acción. Asimismo –y sin duda que es un debate que no ha concluido y que reporta trazas de profundo interés– la asimilación entre la política exterminadora nazi-fascista y las prácticas de represión política en la Rusia Soviética no son mecánicamente asimilables, en particular por la especificidad que la *Shoa* y las prácticas de exterminio nazis representan tanto para los analistas modernos como para los testigos y sobrevivientes de tan oscuros sucesos⁷.

Junto a lo anterior –la asimilación de nazi-fascismo/comunismo como base ideológica de comprensión de la obra/praxis político-profesional de Salvador Allende–, la acusación que Farías lanzara sobre Allende en *Los Nazis en Chile* primero –y en este reciente texto ahora– en términos de su complicidad con Walter Rauff, se basa tanto en la ya conocida carta de Weisental, y su también conocida respuesta por parte de Allende, como en la supuesta vinculación del nazi alemán con el financiamiento de la campaña senatorial de Allende por las provincias del sur, además de vínculos familiares que unirían a Allende con los

⁶ Ernst Nolte, *Guerra Civil Europea, 1917-1945*, FCE, México, 1994.

⁷ Enzo Traverso, *El Totalitarismo. Historia de un debate*, Eudeba-Libros del Rojas, Buenos Aires, 2001.

fundadores del Partido Nazista Chileno y Nicolás Palacios⁸. Tales apreciaciones no son, desde el oficio historiográfico, tan difíciles de desvirtuar. Por un lado, la apelación a relaciones familiares es por demás espuria, en tanto que tal hecho no puede ser seriamente un indicador de peso para una afirmación del calibre de la expresada por el autor. Por otro, el mismo Farías indica que no posee “ningún antecedente para verificar o falsificar”⁹ la presunta financiación de la campaña senatorial por el criminal de guerra, y que este dato provendría de círculos cercanos a Rauff. Con respecto, por último, al intercambio epistolar de Allende con Weisental y su aparente interesado rechazo a la extradición de Walter Rauff, la Fundación Salvador Allende se ha encargado de publicar las piezas que conformaron este intercambio, donde queda de manifiesto el respeto y agradecimientos del cazador de nazis con respecto a Allende, así como su comprensión de los motivos que le impedían actuar con mayor firmeza en el específico de la extradición¹⁰. A esa recensión documental se debe agregar, asimismo, al menos un elemento particular del contexto chileno de la época: en 1972, para el gobierno encabezado por Allende era sin duda una situación en extremo compleja internamente oponerse abiertamente a una decisión ya resuelta por la Corte Suprema de Justicia, dados los conflictos con la institucionalidad vigente y entre los Poderes del Estado que de alguna forma caracterizaron a la Unidad Popular.

Es decir, sobre la base de la pretensión revisionista y la confusión documental, lo que el autor de *Salvador Allende. Antisemitismo y Eutanasia* logra es una débil base de argumentación general, dando por supuesto que sus dos hipótesis centrales han sido de esta forma sometidas a la crítica documental y el rasero de la interpretación historiográfica más informada. Sin embargo, el texto que comentamos posee la fortaleza del análisis de fuentes meticoloso –aunque sesgado– de los textos que dan origen a su interpretación, por lo que su crítica detallada merece un apartado particular.

B. ANTISEMITISMO Y EUTANASIA:

HONESTIDAD DOCUMENTAL Y CONTEXTO HISTÓRICO SIGNIFICATIVO

Por medio de la revisión –en este caso, en la doble acepción de la palabra– de la tesis de Salvador Allende, así como de un Proyecto de Ley sobre la Esterilización de los Alienados (que nunca llegó a formularse como tal), Víctor Farías argumenta sus dos más graves acusaciones sobre el personaje en cuestión: que era parte y motor de una campaña antisemita inspirada en la variante biologicista del antijudaísmo –a su modo de ver inexistente en el Chile de la época más allá de la mente de Allende–, y que su cercanía al nazi-fascismo en 1939, ya desde la testera de Ministro de Salubridad, lo habría llevado a proponer como

⁸ Víctor Farías, *Salvador Allende. Antisemitismo y Eutanasia*, págs. 23 y 59.

⁹ *Ibid.*, pág. 23.

¹⁰ Las cartas pueden encontrarse en http://www.salvador-allende.cl/tesis_principal1.htm

ley una estrategia de esterilización masiva y forzada de enfermos mentales más radical y deshumanizadora que la que por esos mismos años implementaba el Tercer Reich por medio del denominado Programa T4.

La primera interpretación de Farías –que sirve como *leitmotiv* central de la polémica historiográfico-política suscitada por su texto–, es decir, el antisemitismo militante y (casi) exterminador de Allende, puede ser abordada desde distintas perspectivas, como aquí en alguna medida se hará. Sin embargo, la primera y fundamental acotación que se debe realizar hace referencia a la honestidad documental. En sus más de 150 páginas, el texto *Higiene Mental y Delincuencia* hace mención sólo en dos ocasiones a los judíos, indicando, primero, que se caracterizarían por cometer cierto tipo de delitos –la estafa, la usura, la falsedad, la calumnia–, lo cual demostraría la vinculación entre ciertas razas y ciertos tipos de criminalidad; y en segundo lugar, anexando a los hebreos a las razas predisuestas al delito de la vagancia. La primera aseveración –y es este el punto más débil de toda la argumentación de Farías– no menciona, de forma consciente, sin lugar a dudas, la conclusión que el mismo Allende expresa en su escrito, que versa así: “No obstante, carecemos de datos precisos para demostrar este influjo en el mundo civilizado”. Es decir, Víctor Farías mutila una cita textual de forma intencionada para ocultar el significado que Allende le daba a ese tipo de interpretaciones, solo hecho que lo pone –ante el análisis textual honesto– al margen de cualquier acusación de antisemitismo, y más aún del tipo de antisemitismo que Farías le adjudica. Independiente de ello, y tal como expresaremos al final, es este el tipo de conducta profesional que con mayor profundidad lesiona el análisis de Farías, que en otros aspectos –de corte metodológico y heurístico en particular– son inobjectables. En lo referido a la asignación del delito de la vagancia como propio a los judíos –y contando con la exégesis que Farías realiza de un autor uruguayo, que no los incluía en la tipología citada por Allende– nos parece dable considerar esta afirmación del médico, antes que como un ataque antisemita, como una asociación entre la experiencia histórica de diáspora y exilio judíos con la práctica del nomadismo, la errancia como forma de vida que el facultativo uruguayo asigna a cingaros y bohemios. Es posible que nos equivoquemos, pero nos parece una interpretación más ajustada –y no por ello panegírica– del texto sujeto a discusión.

Independiente de lo anterior, lo que aquí nos interesa discutir es uno de los elementos que de forma más informada ha desarrollado Farías en sus investigaciones anteriores referidas a la influencia de las ideas nacionalsocialistas y antisemitas en Chile durante el periodo en cuestión, y que dice relación con la caracterización efectiva de un antisemitismo de índole cultural, presente en la sociedad chilena o en algunos de sus sectores. De forma quizás apresurada, Víctor Farías explica que el tipo de antisemitismo que pretende denunciar en Salvador Allende era un fenómeno inexistente en la sociedad chilena de la época, en tanto se fundaba en principios de tipo biologicista, es decir, con pretensión de cientificidad, lo cual lo emparentaba –siempre de acuerdo con Farías– al antisemitismo racista y exterminador propio de la Alemania nazi. Con ello –y

por ausencia— lo que no se hace es explicar qué tipo de antisemitismo prevalecía en Chile en la década de 1930, es decir, cuáles eran las opiniones corrientes en torno a la presencia (real o ficticia) de judíos en la sociedad chilena, así como la recepción que las medidas de antisemitismo extremo ocurridas en Alemania tuvieron en el país. Como la investigación ha sostenido de forma general, el antisemitismo es un fenómeno social complejo, con profundas raíces históricas y capaz de una persistencia propia de representaciones sociales estables y muchas veces prácticamente impermeables a los factores históricos concretos¹¹. Por ello, la pregunta sigue en pie, y se torna en un problema al cual el último texto de Farías menos aporta que desfigura.

El segundo tópico presentado por Víctor Farías como parte del prontuario nazi-fascista de Salvador Allende es su opción profesional por la esterilización de los enfermos de patologías mentales de transmisión hereditarias (alcohólicos, epilépticos, esquizofrénicos, etc.), que el historiador vincula con los proyectos que en el mismo sentido se iniciaron en la Alemania de Hitler. En este caso, Farías hace una muy bien documentada reconstrucción de los ambientes académicos de la Facultad de Medicina y la Casa de Orates de la época, de los *curricula* de los participantes en dicho proyecto —de origen alemán y filiación nacionalsocialista, de acuerdo a sus datos—, así como de las reacciones de rechazo que despertó en el medio de los galenos chilenos, algunos de los cuales lo defenestraron por sus implicancias nazi-fascistas y deshumanizadoras. Sin embargo, y siempre sin ánimo de realizar una defensa acrítica del cuestionado documento, consideramos que es indispensable poner en perspectiva este tipo de medida que, insistimos, no llegó a tomar la forma de un Proyecto de Ley, y que, a pesar de lo que el mismo Allende indicó, parece tampoco haber sido nunca discutido seriamente en la arena de la psiquiatría y la medicina social chilena.

El Proyecto de Esterilización de Alienados era parte de un conjunto de medidas de profilaxis social defendidas por Allende tanto en su *Higiene Mental y Delincuencia*, como en el texto de 1939 *La Realidad Médico-Social Chilena*, consistentes en la lucha contra la tuberculosis, antialcohólica, antivenérea, contra las toxicomanías y el citado proyecto de esterilización. Cada una de estas afecciones sociales eran consideradas en la época —no sólo por Allende, sino por la gran mayoría de los médicos, abogados, políticos, filántropos y dirigentes sociales que dedicaron páginas a su reflexión— como las responsables del pauperismo generalizado de las clases trabajadoras, su impresionante morbilidad y mortalidad y la degradación de la que estaban siendo víctimas producto de las misérrimas condiciones de vida a las que estaban sujetos¹². Por medio de

¹¹ Para una revisión de las principales corrientes de explicación del fenómeno antisemita, ver *Los alemanes, el holocausto y la culpa colectiva. El debate Goldhagen*, Federico Finchelstein (ed.) Eudeba, Buenos Aires, 1999.

¹² Para una revisión de los principales tópicos del periodo en el ámbito de las políticas de salud pública, de María Angélica Illanes, "En el nombre del pueblo, del Estado y de la ciencia", *Historia Social de la salud pública. Chile 1880/1973. Colectivo de Atención Primaria*, Santiago de Chile, 1993.

una serie de estadísticas y cálculos de índole económico-sanitarios, Allende en su texto de 1933, pero con mucha mayor claridad en el de 1939, realizó un diagnóstico descarnado de las carencias de la población más pobre de Chile. Ante la profundidad de la miseria y la persistencia de sus elementos vehiculantes –el alcohol, la prostitución, la tuberculosis–, las medidas de salubridad puestas en juego debían de asumir grados coincidentes de radicalidad: como médico y luego como ministro, Allende afrontó esa radicalidad y, más aún, desde una plataforma política como el Frente Popular, que pretendía dar a las clases populares y medias un protagonismo que más de cien años de historia republicana les habían negado de forma sistemática.

En este contexto, la medida de la esterilización de los alienados debe ser inscrita en la consigna, manida desde antes del primer Alessandri, pero con mucha fuerza a partir de los movimientos militares de mediados de la década de 1920 y la dictadura de Ibáñez, de mejoramiento de la raza chilena, que junto con cargar con los vicios degradantes del presente –ese presente–, debía hacerse cargo de la debilidad congénita que los postulados de la herencia no dejaban de asignar a las patologías sociales. Como un fantasma que rondaba Chile, la degeneración de la raza era un consenso político de primer orden, que aunaba bajo las mismas banderas al antialcoholismo, el rechazo a la prostitución legalizada, las ligas contra la tuberculosis, tanto a aristócratas filántropos como a líderes obreros y médicos de reputada trayectoria. Para todos ellos, la raza –a diferencia de la vinculación que Farías hace entre clase explotada (marxista) y Volk (racista)¹³– era la identidad del pueblo chileno, el vigor que lo había hecho saludable, esforzado, arduo en la lucha por el pan de cada día; esa vitalidad que Meiggs no se cansaba de saludar, y que los nuevos aires del desarrollismo nacionalista –desde Ibáñez en adelante, pero muy claramente con los gobiernos radicales– requería para hacer efectivas sus estrategias de impulso industrializador y expansión del mercado interno. La raza del Chile de los 30 –salvo quizás en Palacios, pero incluso ello no es tan claro– no es la raza de Rosemberg, dueña del *Geist* de la conquista y la superioridad racial. Los médicos, los obreros, las visitadoras sociales no estaban imaginando a los *Weltanschauungskriegern* (guerreros ideológicos) del NSDAP¹⁴, sino que pretendían remendar las heridas y jalonaduras –los forados demográficos, nutricios, de natalidad– que el país experimentaba.

Por todo lo anterior, la proposición de Allende (que él mismo define como “obligada y transitoria”) de esterilizar de forma legal a los alienados –así como decretar el contagio venéreo como delito y su tratamiento como obligatorio, la terapéutica obligatoria para alcohólicos y toxicómanos, el salario familiar desde el prenatal, el aumento progresivo de este a partir del tercer hijo, la imposición de un impuesto especial a los varones y mujeres solteros, la asignación de una

¹³ Víctor Farías, *Salvador Allende... op. cit.*, pág. 53.

¹⁴ Daniel Jonah Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el holocausto*, Taurus, Madrid, 1997.

prima de apoyo a los matrimonios y la igualdad ante la ley de hijos legítimos e ilegítimos, todas medidas indicadas en la parte final de *La Realidad Médico-Social Chilena*— puede ser comprendida como una medida de depuración de elementos potencialmente enfermos, en vistas a la revitalización de la población chilena. No es una medida única, sino que parte de un conjunto, de una política pública en el sentido lato de la expresión, que tenía a la vida y la salud de las mayorías como objetivo esencial. En este sentido, son ilustrativas las opiniones del mismo Allende sobre su concepción de higiene social, la cual comprende como “...una higiene que, teniendo como punto de vista la desigualdad económica de los individuos, desde el momento que existen ricos y pobres, compense las diferencias de clases. Podríamos decir que la higiene social consiste en la igualación de las clases con respecto a la salud”¹⁵. Asimismo, y desde la perspectiva específica de la higiene mental, el objetivo expresado por Allende en su memoria no se asimila a la suposición de Farías de un instrumento de deshumanización y comprensión del fenómeno criminal desde un enfoque organicista y fundado sólo en las certezas del análisis endocrinológico (referido a la explicación del carácter delincuente a base del comportamiento de las distintas glándulas humanas, como la hipófisis, la tiroides, etc.), sino que con una finalidad orientada por el bienestar social e individual, discriminando de forma efectiva al enfermo del criminal¹⁶. De todas formas, y al igual que en el caso del influjo de la raza sobre la delincuencia expuesto con anterioridad, del análisis de los factores fisiológicos argumentados para explicar la criminalidad, Allende concluye que “...las ideas anteriormente expuestas con relación al sistema neurovegetativo y la endocrinología abren un amplio campo a los estudios de la delincuencia, pero ellas deben tomarse con criterio sereno y ecuánime”¹⁷.

A pesar de lo anterior, y como el mismo Farías lo documenta en detalle, la sola idea de la esterilización masiva —y forzada— de seres humanos puso en guardia a sectores del gremio médico, para quienes unas medidas no debían

¹⁵ Salvador Allende, “Higiene Mental y Delincuencia”, sin paginar.

¹⁶ “La higiene mental debe contribuir a orientar la educación y la vocación de los individuos por el terreno apropiado a su temperamento y a su carácter. En esta forma, se evitarán muchos fracasos y muchas decepciones; y llegará un día en que la higiene mental con una amplia concepción preventiva hará que se controlen a todos aquellos individuos propensos a una fácil desarmonía, que traería como inmediata consecuencia un desequilibrio entre ellos y la colectividad. Sólo en estas condiciones obtendremos de los hombres un máximo y provechoso rendimiento para la sociedad, y conseguiremos, sin duda alguna, una disminución apreciable de los hechos delictuosos”. Algo más adelante, Allende toma como ilustración el caso de la homosexualidad, que con una base endocrinológica debe ser, a su juicio, comprendida como una condición invariable (de naturaleza fisiológica), y no como un delito: he ahí el factor educativo central que el autor observa para las teorías explicativas del comportamiento humano según una base endocrinológica: “...a la higiene mental le corresponde una labor importantísima esencialmente educativa en relación a los trastornos endocrinos. Es indispensable que difunda estos conceptos por medio de charlas, conferencias, etc., hasta conseguir impregnar de ellos a la mayoría de la gente, en especial, en cuanto se refiere a la crisis puberal, a la menopausia y a la homosexualidad”. *Salvador Allende, Higiene Mental y Delincuencia*, sin paginar.

¹⁷ *Ibid.*, sin paginar.

mezclarse con otras: en otros términos, prácticas de eutanasia negativa no debían asociarse a otras de índole positivo, como las políticas natalistas y el subsidio estatal a las familias operarias. Y ello fue motivo de debate, debate el cual puede haber derivado a la larga en que dicho proyecto no viese la luz legislativa, a diferencia de otros de los anteriormente nombrados. De acuerdo a nuestra propia opinión, es justamente esa discusión político-profesional la que debe ser destacada, en el sentido de que en el mundo médico y psiquiátrico chileno de las primeras décadas del siglo XX convivían distintas perspectivas de acción sobre el problema que se consideraba común: la decadencia demográfica chilena. ¿Era Allende un biologicista exterminador por proponer este tipo de medida? ¿Lo relacionaba la familiaridad entre este proyecto y la legislación eutanásica alemana al nacionalsocialismo que aniquiló a cerca de 300.000 enfermos mentales antes de lanzarse a la masacre de los grupos considerados infrahumanos por su ideología exterminadora? Esa es la interpretación de Víctor Farías, y como todo historiador tiene pleno derecho a sustentarla y defenderla. Sin embargo, y en tanto estamos en desacuerdo con esa interpretación extrema de los postulados de Allende, creemos que el proyecto de esterilización representa un problema –ya no sólo de interpretaciones– que requiere de la suma de elementos que nos permitan una mejor comprensión.

A lo largo de nuestra propia investigación doctoral, referida a las políticas, las prácticas y las representaciones sociales del alcoholismo en Chile entre 1870 y 1930¹⁸, nos encontramos de forma recurrente con un par de consideraciones en torno a los sujetos alcohólicos y alienados que nos parece pertinente reproducir aquí. Por un lado, y como antes ya indicamos, el conjunto de las disciplinas médicas y psiquiátricas de la época coincidieron en la constatación de la herencia como un factor debilitante de la población chilena evidente, y asignaron al alcoholismo un papel relevante en esta degradación racial, así por ser heredado como conducta asocial, como por ser vehículo de otras taras, como la imbecilidad, la epilepsia o la distintos tipos de manías. En segundo lugar, la reflexión jurídica –inspirada en el Código Alemán de 1901– elaboró la figura de la interdicción del ebrio habitual como mecanismo para facilitar el internamiento involuntario en instituciones especiales (los Asilos para Alcohólicos, devenidos en los Institutos de Reeducción Mental anexos a la Casa de Orates que Allende menciona) de los bebedores consuetudinarios, a petición de esposas, hijos o patrones¹⁹. Es decir, la figura del alcohólico como enfermo carente de voluntad, y por ello interdicto, fue un elemento presente en la legislación y la práctica jurídica chilenas desde la Ley de Alcoholes de 1901. Pues bien, ello evidenciaría una línea de continuidad entre la privación de derechos a determinado tipo de sujetos (los alcohólicos crónicos en este caso), que puede ser vinculada con las proposiciones contenidas en el

¹⁸ Marcos Fernández Labbé, *Historia Social del Alcoholismo en Chile, 1870-1930*, Tesis para optar al grado de Doctor en Historia, PUC, 2005 (inédita).

¹⁹ *Ibid.*

Proyecto de Ley de Esterilización de Alienados, pero que este último viene a radicalizar de forma inédita en la psiquiatría y la reflexión penal chilena. ¿Cuánto respaldo tuvo esta intención legislativa en el seno del gobierno del Frente Popular? ¿Además de las reacciones médicas encontradas por Farías, hubo otras manifestaciones contrarias a él? Del mismo modo, ¿quiénes y por qué motivos apoyaron –o hubiesen apoyado– una medida de esta naturaleza? Son preguntas que la investigación en su estado actual –incluyendo el texto que aquí comentamos– no permiten resolver de forma definitiva, pero que, sin duda, nos deben hacer pensar en el impacto que las condiciones demográficas y las exigencias de la política desarrollista chilenas de la década de 1930 impusieron como esquemas de biopolítica, a la vez depuradora y natalista.

C. CONCLUSIÓN: EL VALOR DEL DEBATE PROFESIONAL

De esa forma, y ya en el plano de las conclusiones, el libro *Salvador Allende. Antisemitismo y Eutanasia* presenta una serie de problemas que pueden ser vistos, por un lado, como tareas pendientes de la historiografía chilena (una revisión sistemática de los procesos histórico-sociales, políticos e ideológicos de la década de 1930, la caracterización de las políticas referidas a la salubridad popular marcadas ya no sólo por la noción de Estado de Bienestar, sino que desde la perspectiva de la expropiación de derechos ciudadanos a los sujetos considerados como portadores de taras y patologías heredables, la comprensión de la presencia efectiva en Chile de tendencias antisemitas, etc.) y, por otro, desde el enfoque estrictamente metodológico, en el sentido de la honestidad con que deben ser tratados los documentos históricos. La necesidad insoslayable de presentar la información de forma integral y no sesgada –independiente de que toda interpretación historiográfica implique selección de fuentes de inspiración– es una enseñanza que la lectura del texto referido hace evidente. En tal sentido, sin duda que el ejemplo de la historiografía alemana –de la cual el mismo Farías es un gran conocedor– es ilustrativo: el *Historikerstreit* (debate de los historiadores) acaecido en ese país a mediados de la década de 1980 sobre las implicancias para la historia alemana de la perpetración del holocausto enfrentó tanto a los especialistas como al conjunto de la sociedad germana –40 años después de los hechos– a sus propios fantasmas, pero siempre desde el análisis historiográfico serio y documentado, bajo el supuesto de que las tesis revisionistas buscaban invisibilizar, desperfilar y exculpar a los alemanes en la neblinosa concepción de la culpa colectiva y el ejercicio de comparación con el estalinismo. Pues bien, ese debate se dio sobre la base de una revisión documental meticulosa y honesta. Con respecto al tema del antisemitismo chileno, las políticas de internación –y de esterilización– de sujetos socialmente indeseables, y tantos otros, la historiografía chilena bien puede acometer un desafío similar.

EL SILENCIO DE DIOS O LA PERPLEJA CONDICIÓN DEL HOMBRE

Daniela Jara*

LA RELACIÓN ENTRE FE Y RAZÓN: UNA TEMIBLE CRUZADA

El hombre cristiano del medievo se percibe situado en un mundo contingente cuyo sentido no lo recibe de sí mismo, sino que deriva de otro ser, necesario: Dios (*ens a se*). El intento de fundamentar la existencia de este ser, llevado a cabo en el siglo XI por San Anselmo, arzobispo de Canterbury (siglo XI) es el reflejo de un intenso proceso de racionalización en la historia del pensamiento occidental que no excluye el ámbito religioso. Este proceso no deja ni puede dejar intacta la comprensión del hombre respecto a sí mismo y al mundo que lo rodea. Y es que la pregunta de Dios, más allá del carácter provisorio de su respuesta, es también una pregunta por la significación de la propia vida y la propia muerte.

A partir de la Edad Media, el sentimiento de lo religioso –directamente vinculado con el *telos*, la finalidad de toda existencia– comienza a ser objeto de la pregunta, de la cuestión como problema, tono o ánimo que caracteriza a la escolástica y que da pie a un debate que en la modernidad va a ser interpretado como la ausencia de Dios, o incluso su propia muerte, decretada por algún filósofo.

No es vano hacer alusión a la pregunta de Antonius Block (personaje de *Los siete sellos*, de Ingmar Bergman) quien, atormentado, le habla a Dios, diciéndole que ya no le basta *creer*, sino que requiere *entender*. Es una situación existencial muy similar desde donde habla San Anselmo, inaugurando una de las más temibles cruzadas para el pensamiento de los cristianismos, pero también para la filosofía: la pregunta por la existencia de Dios y la posibilidad o imposibilidad del hombre para poder sostener –bajo una argumentación de carácter filosófico– la certeza de su respuesta. Lo que ocurre en esta cruzada será tratado más adelante.

EL PROSLOGION DE ANSELMO: *CREDO UT INTELLIGAN*

El “Proslogion” de Anselmo de Canterbury es un texto orientado a demostrar la existencia de un ser mayor que devela el sentimiento de lo religioso, lo que puede ser entendido como una de las manifestaciones de la perplejidad del hombre respecto al mundo que lo rodea (“creo para entender”). Se plantea que la fe misma busca su propia intelección, lo que da origen a la prueba ontológica (así denominada posteriormente por Kant).

*Socióloga, Diplomada en Ciencias de las Religiones y actualmente alumna de Magíster en Filosofía, mención Metafísica, en la Universidad de Chile.

El autor define a Dios como “Aquello mayor que lo cual no puede pensarse cosa alguna”. Este concepto sería suficiente como argumento de la existencia de Dios, puesto que quien lo acepta como premisa, acepta también la conclusión a la que deriva: Pienso en un ser perfectísimo / Por tanto, tengo que atribuirle la existencia / Porque si no existiera, no sería lo mayor que pueda pensar / Por tanto, Dios necesariamente existe.

Quien rechaza el argumento es un *insensato*, puesto que incurre en contradicción con el propio cometido de su pensamiento. Esto, porque el ser mayor no sería mayor si le faltara la existencia. Se considera así la existencia como una propiedad del ser y, más aún, como atributo de perfección, hecho que será cuestionado posteriormente por diversos autores.

Por tanto, las principales consecuencias filosóficas de esta argumentación son: que la existencia es propiedad de una esencia perfecta (la existencia como perfección), que esta esencia perfecta (el contenido quidditativo de Dios) sería pensable por el hombre, y que pensar en el ser mayor y no admitir su existencia constituiría una contradicción. Sin embargo, en capítulos posteriores de la obra (caps. XIV al XVIII) el tono del narrador experimenta un giro, para caer en el lamento y plantear la sospecha respecto al fracaso de la argumentación: la propia distancia frente a la prueba, con lo que queda claro que la existencia o inexistencia de Dios no es posible de ser solucionada a través de una afirmación de carácter a priori.

El logos funda una posición a través del lenguaje y la intelección, pero esta no representa necesariamente una verdad teórica. Desde Kant, este tipo de certeza, conceptualizada como conocimiento, sólo puede estar basado en una experiencia sensible (del mundo de los sentidos).

La capacidad humana de construir un discurso sobre lo divino constituye una extraña instancia de separación del hombre frente su propia experiencia de Dios. “Aquello mayor que se piensa no alcanza a decir aquello mayor que se sabe”, podría reflejar de algún modo la situación íntimamente descrita por el autor del “Proslogion”. Extraña paradoja: el lenguaje habilita al mismo tiempo que inhabilita en el proceso de racionalización del sentimiento religioso.

LA REFORMULACIÓN DE LA PRUEBA ONTOLÓGICA

Varios siglos más tarde, y retomando el debate, H. Giannini intenta hacerse cargo de la desolación del “Proslogion” de San Anselmo, texto cuya problemática en la modernidad sigue estando latente, precisamente porque su apoyo o rechazo da cuenta de la ontología de cada hablante. Además, cabe aquí preguntarse cómo podría ser de otro modo, si en los fundamentos de la civilización occidental están también los fundamentos del cristianismo, que de una manera secularizada animan y asignan sentido incluso cuando se ha declarado la muerte de los dioses o su huida.

En su artículo “El nombre de Dios que deja ver algo de Dios”, Giannini plantea que el argumento ontológico tiene como objeto la intelección del ser de

Dios bajo la forma de proposición (logos), el que sería, en sus propios términos, “uno de sus nombres”. Reformula el problema de Anselmo de Canterbury proponiendo una nueva traducción de la prueba y la expone de la siguiente manera: “Algo de lo cual nada mayor puede ser pensado”.

Giannini pone el énfasis en que el problema de fondo en el argumento ontológico es la capacidad intelectual y la facultad de pensar un *algo*. En su caso, este modo de argumentación es fundamentado por la naturaleza del lenguaje, al que se le asigna como verdad ontológica el sentido de proponer mediante estructuras lingüísticas modos de ser. Desde esta misma lógica, se propone que el insensato al que le habla Anselmo es tal, porque al negar el argumento ontológico estaría incurriendo en una contradicción, al “no poder pensar como se ha propuesto pensar”. El no lograr atribuir una existencia a una esencia representa para Giannini un acto de insensatez, que no afecta al objeto pensado, sino al acto que pretendía pensarlo, al sujeto cognoscente.

Queremos detenernos en algo que resulta interesante del argumento: el poner el énfasis en que este se refiere a la facultad de poder pensar a Dios y plantear que el insensato sería tal en cuanto sujeto incapaz de pensar aquello mayor. Sería una propia limitación del pensamiento, por lo tanto, constitutivo del conocer. Lo interesante es que está en juego esta capacidad humana de saber a Dios, de conocerlo, problema ya abordado por Tomás de Aquino. Según este último, la posibilidad de conocer a Dios (el que se podría definir como el ente donde la esencia y la existencia son lo mismo, es decir, en el ente cuya *quidditas* implicaría su existencia) estaría por medio de la contemplación de sus efectos en el mundo sensible (vía demostración).

Retomando el planteamiento de Giannini respecto al lenguaje, nosotros argumentamos que el lenguaje surge inserto en dinámicas propias de ámbitos de conocimiento que tienen pretensiones de validez distintas. Es el mismo lenguaje aquel de la poesía que el de la sociología. Pero una verdad poética no es una verdad sociológica. Aun cuando bajo algún criterio pueda haber en la primera una mayor sensatez, o una aproximación más verdadera, en cierto sentido. Por tanto, el lenguaje está inserto en un uso y una aplicación, y nuestra crítica no se enfoca al nombrar o no a Dios, sino en que ese nombre tenga una validez en ámbitos distintos a lo religioso.

En este sentido, no podemos estar de acuerdo con Giannini cuando afirma: “Por un lado, sólo a partir del don de la fe (de la energía del esfuerzo) es posible llegar a entender realmente el fundamento de lo que es: por otro lado, la fe busca naturalmente el apoyo del entendimiento a fin de aclararse, de enriquecerse, de potenciarse. Y el entendimiento no hace sino confirmar y fijar en términos rigurosos aquel don previo de la fe. Y lo confirma, reduciendo la negación de Dios al sinsentido, a una especie de balbuceo”¹. Aquí está explicitado el argumento del ontologismo: para pensar una afirmación, es necesaria una condición a priori, la

¹ Humberto Giannini, “El nombre de Dios que deja ver algo de Dios”, pág. 78.

tenencia de la fe, un “don”, un regalo (¿quién lo *regala*, si no es impertinente la pregunta?). El argumento tiene implícita la intención de fundamentar una teología natural que no requeriría de la fe para sostener la existencia de Dios, puesto que se pretende posicionarse como una verdad evidente. Sin embargo, nosotros sostenemos que para aceptar un argumento de tal naturaleza se requiere de una disposición anterior hacia el argumento, que tiene que ver con una disposición favorable a la existencia de un ente posible de denominar Dios, que es cercana a la fe. Y en este contexto, no podemos pretender argumentar respecto a una idea, si para la aceptación de la idea se requiere de una condición extraña a la idea (en este caso, fe) que viene a determinar a priori una toma de posición. Sin embargo, aquí nos enfrentamos a un nuevo problema, que es el del prejuicio. No existe hablante sin tradición, por lo tanto, desprovisto de prejuicio. Pero, considerando esto último, podemos continuar en la crítica desde una lógica del texto. Es decir, que se recurre a una condición que es extraña a la propia pretensión de verdad desde donde habla el hablante. Se pretende “comprobar” la existencia de Dios (en un plano científico) con un recurso extracientífico (la recurrencia a la fe). Y esto es ilegítimo, porque una argumentación de ese tipo ocurre en dos ámbitos, en dos campos de saber que sitúan a los sujetos cognoscentes en posiciones y condiciones radicalmente distintas: la ciencia y la religión. Consideramos el “Negar a Dios no es pensar en Dios”, de Giannini, un tipo de afirmación que no puede analizarse sin observar también el modo en que se construye: monopolizando de antemano la verdad.

Preferimos asumir la postura kantiana, y que más tarde asumirá Russell con gran lucidez respecto a declarar como imposible esta aspiración de conocer –y, por lo tanto, sostener o negar– la argumentación ontológica (a la cual derivan posteriormente todas las argumentaciones metafísicas) del concepto de Dios. Algo muy distinto es considerarla como característica del hombre, de lo humano, como una distinción propia de su modo de razonar, o incluso más, su modo de ser en el mundo, su modo de ser hombre. Y es que finalmente Giannini termina planteando que es propio de lo humano la búsqueda del *maius pensabile* y el *melius* (lo mejor). Prácticamente: este sería un modo de pensar humano y condición de dicho pensamiento. Pero, ¿es suficiente una argumentación antropológica o incluso psicológica para un problema que pretende su validación científica (la aceptación del argumento)? ¿Es suficiente que el hombre tienda a construir un ser mayor (Dios) para sostener que ese ser *existe*? En este sentido, es pertinente hacer alusión al planteamiento de Kant en su Crítica de la Razón respecto a la construcción del concepto de Dios. En esta se explica como una tendencia de la razón a la construcción de ciertas ideas que le asignan sentido y modelos ideales a la existencia. Esta explicación la analizaremos a continuación.

LA IMPLACABLE LUCIDEZ DE LA CRÍTICA KANTIANA

La argumentación kantiana, desde el punto de vista de Giannini, dejaría los dominios de la razón y la fe como dos territorios que difícilmente pueden

establecer una conexión (tal fue el objeto de Tomás de Aquino: salvar la aporía). Pero es este para nosotros el resultado inevitable de lo que denominamos en la introducción como la temible cruzada.

Refiriéndose al argumento de Anselmo respecto a que Dios es "*Aquello mayor que lo cual no puede pensarse cosa alguna*" y, por lo tanto, *Dios existe*, la crítica de Kant puede ordenarse de esta manera: en "The One Possible Basis for a Demonstration of the Existence of God" el autor plantea que la existencia no es un predicado real, puesto que no pertenece a la determinación de un concepto, no aumenta la cosa en su contenido.

La existencia, en cambio, sería la posición absoluta de una cosa, lo que la hace diferente a los predicados (que corresponden a la posición relativa). Una cosa puede existir o no existir independientemente de sus determinaciones. Por tanto, no puede suponerse de la esencia de Dios, su existencia.

Y aquí se hace la pregunta: ¿Puede afirmarse que hay en la existencia más que en la mera posibilidad? A modo de respuesta, Kant hace alusión al clásico ejemplo de los táleros posibles y reales: "*100 táleros reales no contienen más que 100 táleros posibles*". Vale decir, sus contenidos quidditativos son coincidentes. Esa es la crítica al argumento en sí. Pero a su vez, el autor va más allá del desacuerdo con la argumentación en el desarrollo de su propio sistema filosófico y enfrenta el problema metafísico.

En la Crítica de la Razón Pura, se sugiere de algún modo que la fe es una manifestación de la razón (una ilusión de la razón especulativa, es decir, en que el objeto inferido no es el de una experiencia posible). Vamos a explicar esta afirmación: será de la naturaleza de la razón el buscar principios ideales (por ejemplo, el del hombre sabio), los que operarían como principios reguladores (fuerza práctica) de la acción. No podemos conceder existencia objetiva a los ideales (el ideal del hombre sabio existe sólo en el pensamiento), sin embargo, constituyen un modelo para la razón.

Kant alude a una suerte de exigencia de la razón de asumir algo necesario como base de la existencia en general, y por otra parte, de buscar algún concepto que nos permita a priori conocer una existencia. Ambas tendencias de la razón se encontrarían compensadas en la noción de "ser realísimo" (Dios). Lo interesante es que Kant alude al uso regulador de la razón, lo que en última instancia, y para el problema que aquí abordamos, hace referencia a que esta intenta lograr la sistematización del conocimiento por medio de ideas, las que le dan unidad a los conceptos propios del entendimiento. La razón humana, observa Kant, tendría una tendencia natural a sobrepasar el campo de la experiencia posible y las ideas trascendentales serían naturales a ellas, provocando la ilusión de su realidad objetiva. De acuerdo a Kant, las ideas trascendentales son de uso regulador (dirigen el entendimiento a un objetivo determinado), pero no son de uso constitutivo (no surgen del objeto mismo).

El argumento ontológico sería una ilusión de la razón especulativa. Lo que nos queda claro es que toda explicación que busque fundamentar la existencia de Dios (a las que Kant clasifica en tres tipos de explicaciones: ontológica, cos-

mológica y físico-teológica), en un momento supone la afirmación a priori de la existencia de Dios, propia del argumento ontológico. En este, toda existencia se infiere a priori, partiendo de conceptos tales como “la necesaria existencia de una causa suprema”. De este paso dado de manera arbitraria no se libraría ninguna de las presunciones de lo divino como realmente existente. Queda así planteado desde la agudeza kantiana que todo argumento finalmente es algo así como un artilugio de la razón por fundamentarse a sí misma, y hacerse pasar por una necesidad (la existencia necesaria). Pero lo que queda es esta imposibilidad de afirmar a través de la razón sobre un ámbito que le es propio a la fe, y la deja sometida a la misma tensión que la poesía, a saber: la necesidad de expresar por medio del lenguaje (logos) un mundo que es más bien propio del sentimiento. Probablemente por esto en un principio vates y poetas cumplían el mismo rol social.

En términos kantianos, lo anterior se resumiría en que el criterio de posibilidad de los conocimientos sintéticos sólo deben buscarse en la experiencia sensible, debido a que la conexión de las propiedades de una cosa no puede decidirse a priori. Nuestra conciencia de toda existencia pertenecería a la unidad de la experiencia. En el caso de Dios, no bastaría tener la idea de su existencia para asegurarla. No puede demostrarse su existencia ni tampoco negarse, por cuanto en tanto ente estaría más allá de todo lo sensible.

EL OBJETO IMPOSIBLE O “EL VIEJO DRAMA DE LA DOBLE VERDAD”

El objeto de conocimiento desde San Anselmo se nos revela como imposible. Y Giannini acierta cuando distingue entre la argumentación lógica y la argumentación retórica. Una argumentación lógica siempre podría ser posible, como ya demostraron los sofistas. Sin embargo, una argumentación retórica, de la que derivaría una transformación existencial, un cambio en la disposición mental frente a la existencia de Dios, no tiene lugar –incluso– tras la aceptación de la prueba.

Al concluir esto último, nos enfrentamos a un problema no menor, detectado ya por Giannini: la imposibilidad de *compartir* un hecho religioso. Nos referimos a la aparente imposibilidad de hacer de un hecho religioso un hecho intersubjetivo. Nuestra argumentación acepta en algún sentido esta legítima aprensión de Giannini sobre el reinado de las llamadas “dos potencias irreconciliables” (razón y fe). Pero creemos que la experiencia de lo religioso, como experiencia esencialmente subjetiva, da origen a una comunidad de creyentes, entre los cuales puede haber una experiencia intersubjetiva (la que es generalmente posterior a una vivencia personal de carácter religioso) y que permite a un sujeto asumir libremente una postura entre otras posturas (o posiciones), por medio de las cuales construye una identidad en el mundo.

Plantear de este modo el reinado de las dos potencias como una situación relativa, capaz de resolverse en la dimensión íntima del mundo de la vida de los sujetos, nos resulta menos dramático que la sola idea de justificar, por ejemplo,

hechos como las tiranías que se han ejercido en nombre de algún Dios, privilegio de algunos y negado a otros. Las dictaduras islámicas, la Inquisición, las castas hindúes, nos resultan a todas luces más dramáticas que el mismo viejo drama de la doble verdad.

La experiencia religiosa –¡gracias a Dios!–, como una experiencia del mundo de la vida, no es en su naturaleza deliberativa, por tanto, no le compete a la razón el demostrarla como *real*. Ya ironizó Russell en su debate con Coplestone² respecto a que la suposición de una verdad revelada manifestada en una moral con fundamentos divinos nos traería a la luz el problema de la construcción social de la moral y el condicionamiento cultural: de lo contrario, o todas las comunidades primitivas (a las que Russell se refiere como “las conciencias de los salvajes”) “oyeron mal” el mensaje de Dios, y practicaron, por ejemplo, el canibalismo, o Dios le hablaría a un porcentaje muy pequeño de personas.

Esto nos hace sostener que la argumentación de carácter religioso no es propia ni de la ciencia ni de la filosofía ni de la sociología ni puede tampoco llegar a serlo. Porque no es posible sostenerla como una verdad, salvo en la intimidad, salvo en la subjetividad, en el espacio íntimo, el mundo de la vida. Acierta el profesor Giannini cuando plantea que existe una experiencia común que dice que “un encuentro con la divinidad es algo que ocurre ‘más acá’ o ‘más allá’ del pensamiento. Al menos del pensamiento lógico. Y esto es una certeza”³. Preferimos valorar el *Proslogion* de Anselmo como una pieza cultural, como un bellísimo texto que nos refiere sobre la naturaleza humana y su estado de inquietud ante aquel silencio que insiste en imponerse: el silencio de Dios, que por sobre todo, nos habla de un hombre perplejo. Como San Anselmo, como Kant, como Giannini, como todos nosotros.

BIBLIOGRAFÍA

- Humberto Giannini, “El nombre de Dios que deja ver algo de Dios”, en *Desde las palabras*, Ediciones Nueva Universidad.
- Emmanuel Kant, *Crítica de la Razón Pura*, traducción, notas e Índice de Pedro Ribas, Ediciones Alfaguara.
- Emmanuel Kant, *The One Possible Basis for a Demonstration of the Existence of God*. Translation & Introduction by Gordon Treash.
- Bertrand Russell y Frederick Coplestone, “Debate sobre la existencia de Dios”, presentación y traducción de Carmen García Trevijano, *Revista Teorema*, Valencia, 1978.
- San Anselmo, *Proslogion*, traducción y notas de Roger P. Labrouse, Editorial Yerba Buena, Buenos Aires, 1945.

² Bertrand Russell y Frederick Coplestone, “Debate sobre la existencia de Dios”.

³ Giannini, Humberto: “El nombre de Dios que deja ver algo de Dios”. Pág. 73.

No puede no admirarme y no alegrarme el corazón la amplitud que caracteriza esta magna reunión, la riqueza de componentes que la integran, la voluntad de mutuo entendimiento y de progreso con la que los unos oyen y atienden a los otros. La espaciosidad americana maravilla a quienes venimos de una Europa cuya dimensión esencial es la pequeñez. De buenas a primeras me encuentro también con que los temas que nos van a preocupar son vastísimos; y si escribo vasto con *v*, y no con *b*, no es por mi condición de académico, sino porque no podemos no ser conscientes de la complejidad de los términos que nos toca utilizar. Yo quisiera acentuar hoy la necesidad de no caer en la trampa de los simplificadores, manteniendo un nivel razonable de claridad conceptual cuando manejamos estos términos rebosantes de ambigüedades y malentendidos. Ahora mismo me explicaré, señalando dos conceptos que han sido y son objetos de constantes abusos y malos tratos: el de *identidad* y el de *cultura*. El de "globalización" lo dejo gustoso en manos de los expertos¹.

Con las identidades ocurre lo mismo que con las verdades, que dependen no de unas cosas que están ahí, más allá de nosotros, sino de las palabras que pronunciamos acerca de esas cosas. Las verdades no andan por el mundo, dispersas e independientes, como tampoco las mentiras, ya que en primera instancia son el contenido de unos enunciados verbales. El hablante es quien produce palabras verdaderas o falsas. La urgencia de definir o caracterizar identidades responde, asimismo, o bien, a una necesidad o una inclinación de nuestro pensamiento, o bien, creo que en muchos casos, a una exigencia de los demás, que desde fuera nos imponen tan delicada tarea.

Identificar tiende, pues, a ser una forma de pensar; es más, pertenece originariamente al ámbito del recto razonamiento. Desde la gran filosofía griega se ha venido destacando el principio de identidad como fundamento del más general de los lenguajes, que es la lógica. Algo no puede ser y no ser a la vez, pretendiendo, por ejemplo, ser lo contrario de lo que es. Ahora bien, aquello que era un principio del razonamiento pasó ya con Párménides a aplicarse al ser mismo de las cosas, reduciéndolas a lo idéntico, suprimiendo la multiplicidad en aras de su adecuación al pensamiento. La realidad tenía que ser pensable desde el principio de identidad. Otras muchas interpretaciones no se dieron por satisfechas con esta subordinación de la inteligencia de los seres a las normas o los procedimientos que permitieran pensarlos mejor; o bien, concluyeron, con Leibniz, que la definición de una identidad equivalía a la búsqueda de su esencialidad y su permanencia. Por otro lado, evidente era que la consciencia de la variedad, del cambio y de la

* De la Real Academia Española.

¹ Reproduzco aquí con algunos cambios la ponencia leída en el III Congreso de la Lengua Española, en Rosario, Argentina, el 14 de noviembre de 2004.

contradicción, en el ámbito ante todo de las sociedades y las artes, tenía que conducir a posturas reñidas con la extensión totalizadora de los principios lógicos. Hace casi cien años, en 1908, el pensador francés Émile Meyerson, en *Identité et réalité*, denunciaba el prurito de violentar la realidad en interés o beneficio de la identidad.

En el ámbito que nos ocupa, el de las condiciones que envuelven el ejercicio del lenguaje y de la creación literaria o artística en los países hispánicos, salta a la vista que el traslado de la identidad como forma de pensamiento a la percepción de las obras mismas y los actos mismos provoca de entrada una constante experiencia de la diversidad. Se sabe que en España, con resultados notoriamente positivos, se puede ser a la vez catalán, español y europeo. El camino que se viene emprendiendo en Europa supone a cada paso esta aceptación de la simultaneidad. Pero hay que aprender de situaciones menos sencillas. Según los momentos, o según el estrato de la personalidad o de la sociedad de la que se trate, se puede ser a la vez español y no serlo; se puede ser mexicano y también no serlo. De otra forma, sería difícil percibir el carácter o la situación de tantos exiliados, o de muchos diaspóricos; o acercarse a las vidas de los más humildes emigrantes, como también a las de grandes artistas y creadores. ¿Quién o qué era en el fondo Kafka? ¿Quién o qué era Picasso? Tengo presente ahora a un colega admirable, expulsado de su ciudad natal, Jerusalén, cuando era muy joven, luego doctor por Harvard en Literatura Comparada, Edward W. Said. En uno de sus libros principales, *Cultura e imperialismo* (1993), elabora Said con especial delicadeza autocrítica una modalidad de pensar que él compara con el contrapunto musical. Según él la mentalidad imperial no es sólo política; es cultural, y moralmente coincide con la soberbia. Vivimos en mundos plurales y el gran enemigo es la simplificación. Ninguna visión tiene total hegemonía sobre el terreno que contempla. Ninguna cultura es monolítica. Ninguno de nosotros es sólo una cosa. Los esfuerzos de los ex colonizados más lúcidos nos hacen comprender que es equivocado remedar el nacionalismo de los colonizadores. Más allá de los separatismos, Said insiste, hay que buscar “realidades humanas más amplias, más generosas, de comunidad *entre* las culturas, los pueblos y las sociedades”. Nuevas alianzas, que supriman las fronteras intelectuales y políticas, indispensables comienzos nuevos, no tratándose, ni en Oriente Medio ni en ninguna parte, de poner en práctica un tipo ideal o un esquema fijo, han de arrancar de la “voluntad moral” de todos.

Forma mentis, esta, que desde otros ángulos manifestaba a la perfección el malogrado Francisco Tomás y Valiente cuando escribía:

“Ninguna identidad colectiva es total ni sería bueno que pretendiera serlo. Siendo todas parciales e incompletas y de naturaleza heterogénea, hemos de aprender a sentirnos miembros de distintos círculos, individuos que no se identifican total y exclusivamente con nada ni con nadie, lo cual no significa la preferencia por el desarraigo individualista, sino el reconocimiento

racional de una realidad social compleja en la que cada hombre es punto de intersección de distintos sujetos colectivos”².

Se puede empezar a percibir así una realidad social compleja, que ha de conjugarse con un reconocimiento, asimismo, racional del quehacer cultural, o de lo que se llama en general, para bien o para mal, cultura. Digo para mal, porque en este terreno se introducen tantos equívocos, tantas simplezas y tantos tejemanejes políticos que se produce con frecuencia una algarabía ininteligible. Lo curioso es que los implicados no son incultos y, sin embargo, navegan tan tranquilos por un mar de confusiones.

Efectivamente todos conocemos la amplitud de sentidos a los que da cabida la palabra. Raymond Williams, en *Keywords* (Londres, 1976), muestra muy bien el dinamismo del término cuando explica que abarca un espectro cuyos dos extremos son “un proceso general de desarrollo intelectual, espiritual y estético”, por un lado, y, por otro, “una forma de vida”: *a way of life*³. Entre los dos sitúa “unas obras y prácticas de actividad intelectual y, especialmente, artística”. El primer sentido, que llamaré X, es lo que el ilustre Claude Lévi-Strauss, denominaba “el cultivo del gusto y de la sensibilidad”, como también el humanista Luis Vives, al hablar de la *cultura animi*; y claro está que el contrario, *a way of life*, que llamaré Z, coincide con la tradicional acepción antropológica, que para Lévi-Strauss designaba “los usos, costumbres y creencias que comparten los miembros de una misma sociedad”. Este concepto se ha prestado a formulaciones totalizadoras como la del lingüista Edward Sapir, que decía: “La cultura puede definirse como aquello que una sociedad piensa y hace”⁴. No había malentendidos al respecto en épocas más lúcidas que la nuestra, cuando, por ejemplo, el puertorriqueño Rubén del Rosario, hace cuarenta años, definía la cultura “como un conjunto de creencias, de costumbres y de objetos materiales propios de un pueblo o de un grupo de pueblos afines”⁵.

El primer sentido, el que destacaba el gusto y la sensibilidad, y el sentido opuesto, el totalizador, implicaban muy directamente las experiencias de las personas mismas. El primero designaba una faceta del vivir personal; el segundo, una faceta del convivir social. Pero las acepciones de Raymond Williams son tres. Se presenta también una idea medianera, la de las obras y prácticas ellas mismas, de índole artística o intelectual, que llamaré Y, de las que, sin duda, las personas de buen gusto disfrutaban; pero que al reunirse bajo el título de cultura introducen una envoltorio de uso sobre todo institucional, universitario, periodístico y político. Es una cultura de segundo grado, crítica, antológica u organizada, cuya continuidad incumbe hoy a un invento de André Malraux, el Ministerio de

² F. Tomás y Valiente, “Nacionalismos en broma y en serio”, *El País*, Madrid, 13 de noviembre de 1994, pág. 14.

³ Cit. en *The Cambridge History of Literary Criticism*, IX, ed. C. Kneiff y C. Norris, Cambridge, pág. 161.

⁴ E. Sapir, *El lenguaje*, México, 1956, pág. 247.

⁵ R. del Rosario, *América: lengua y cultura*, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1961, s. p.

Cultura, cuando y donde lo hay. De él depende la buena marcha de importantes museos, teatros, sinfónicas, bibliotecas, colecciones de clásicos, qué duda cabe, aunque siempre con la severa restricción, que no se suele explicitar, de que se atiende exclusivamente a las prácticas y obras de una determinada nación, no sin perjuicio a ratos del ejercicio del gusto y la sensibilidad en cuestión.

Estos tres términos –el personal, el institucional y el antropológico– hoy se extreman y se confunden. No sé si recuerdan ustedes lo que vimos hace muchos años en una película de Bob Hope. El gran actor cómico viajaba por el África más profunda y vino a parar en una tribu que practicaba, entre otras cosas, el canibalismo. Aparece su jefe junto a una olla muy grande, dándole vueltas con un cucharón al guiso en que cuecen los miembros de un enemigo capturado. Ante las protestas del cómico, el jefe le contesta con un perfecto acento de Oxford: *it's part of our culture!* “Compréndame, forma parte de nuestra cultura”.

Consecuencia de semejante variedad de sentidos es el confusionismo al que aludía antes. Daré sólo dos ejemplos, dos frases, pronunciadas ambas hace poco por personas dignas de todo respeto. “El nuevo contexto de comunicación global implica obviamente una globalización de la economía, la política y la cultura”. Por desgracia, no considero tan obvia la naturaleza de la cultura que aquí se globaliza. ¿Todos podrán conocer el *Libro del Tao*? ¿Todos leerán el *Martín Fierro*? Y en otro lugar leo que compartir la misma lengua “supone caminar por el mundo con una cultura propia, con valores y visiones de la vida compartidas”. Vale decir que los hispanohablantes tenemos en común, vamos a ver, ¿talvez la cultura en la acepción de Bob Hope? ¿El que existan los mismos usos y las mismas costumbres en Yucatán, Asturias y el Río de la Plata? ¿O, más bien, que todos heredamos una misma cultura Y, unas creaciones artísticas e intelectuales que no sólo emplean una misma lengua, sino también constituyen un sistema cultural común? Si es que de veras existe, claro está, tal sistema.

Esta segunda significación es a todas luces la que aquí está en juego, la existencia de un acervo reunido, o cohesionado de obras de arte o de pensamiento de valor indudable. A este cuestionamiento conducía mi primera reflexión sobre la idea de identidad, entendida como tal, como una idea. Decíamos que la llamada identidad cultural no es una cosa, sino el motor de unas reflexiones, de unas interrogaciones acerca de la naturaleza, la constitución, o, digamos sencillamente, el ser de las cosas. Y si algo sabemos es que la interrogación acerca del ser de los países hispánicos o ibéricos o iberoamericanos ha constituido a lo largo de muchos años una tradición de enorme interés, riqueza e importancia. Esta continuidad se ha presentado en ciertos terrenos como un proceso, al que acaso se sumen los resultados del presente coloquio.

Sin remontarse hasta Blanco White o Larra, basta con recordar a Unamuno, a Ganivet, a la función destacada que desempeñó la meditación autocrítica en las obras de la generación del 98 y sus aledaños, como más tarde en el pensamiento de Ortega y Gasset. Tras la Guerra Civil y en el exilio se fraguó la visión angustiada y rompedora de Américo Castro. Han sido innumerables los escritores, poetas o ensayistas que han buscado la expresión que revelara o

desvelara el carácter del Nuevo Mundo, la “idea” de América o su “invención”, sea de una de sus partes, sea de su conjunto, pero siempre desde el mismo dinamismo de la interrogación sobre el ser propio⁶. Es una interrogación que en muchos casos es no ya una forma de investigación, sino de creación. Pienso ahora, no les sorprenderá, en Martínez Estrada, por ejemplo, y su respuesta a los planteamientos de Sarmiento, y en Héctor Murena. En Zum Felde y los excelentes críticos literarios que fueron sus sucesores en Uruguay. O mirando hacia el norte, en Leopoldo Zea y Octavio Paz. Ruego se me disculpe si toco rápida y parcialmente, y sin suficiente pericia, unas cuestiones tan complejas.

Si la identidad es el objetivo virtual de un discurso de la identidad, ¿adónde nos puede este conducir? ¿Ha sido en consecuencia posible, o lo es hoy, el descubrimiento de una identidad común o unitaria, no ya anhelada o futura como un ideal, sino patente y existente? Soslayo sin vacilar los comentarios simplificadores y superficiales del tipo Madariaga o Keyserling. Tampoco nos interesan sobremanera quienes describen lo que Luis Cardoza y Aragón, guatemalteco, llamaba “las plumas del guacamayo”, o sea, lo pintoresco y lo folclórico, confundiendo otra vez el modelo artístico-literario de cultura con el antropológico. Pero sí siguen siendo valiosos los intentos de caracterización de la literatura latinoamericana como parte y momento de ese discurso, de ese proceso de reflexión creativa al que me vengo refiriendo. Más que de folclore, se ha insistido muchas veces en los componentes populares de la escritura culta. Consideraba Ángel Rosenblat que era propio de la tradición hispánica en general el popularismo lingüístico: por ejemplo, en Cervantes y Galdós⁷. Escribía Francisco García Lorca acerca de su hermano Federico que “el ‘popularismo’ es una forma de ‘cultismo’⁸. Sin duda esto ocurrió ya en el Siglo de Oro”. Por otro lado, pensaba José Lezama Lima que la “expresión americana” era de tendencia barroca, o había de serlo. Preferencia, esta, que sin duda coincidía con su propia voluntad de estilo, o con la de cierto Alejo Carpentier, conscientes los dos de la opulencia de una naturaleza y unos paisajes caribeños o sudamericanos; pero que, en mi opinión, sin olvidar la primera boga del gongorismo y determinada poesía de Sor Juana Inés de la Cruz, no puede emplearse hoy como rótulo crítico sin conceder al término barroco una esencialidad superior al cambio histórico y simplificadora del abundante y variopinto contexto en que tuvo que situarse cualquier corriente literaria dominante o dominada. Ángel Rama, que fue un crítico importante, de una envergadura y una agudeza excepcionales, aunque desigual a ratos, como la mayoría de los grandes escritores, y apasionado siempre, escribe una vez que durante la Colonia fue muy notoria “la fuerza del género”, de un género literario como la épica y la crónica, así como después lo fueron “las escuelas en el siglo XIX y los movimientos y las corrientes en el

⁶ Sigue siendo muy útil al respecto el libro de José Luis Abellán, *La idea de América: origen y evolución*, Madrid, 1972.

⁷ Véase A. Rosenblat, *Lengua popular y lengua literaria en América*, Caracas, 1969.

⁸ Francisco García Lorca, *Federico en persona*, ed. M. Hernández, Madrid, 1980, pág. 187.

siglo XX”, según mostró el maestro Pedro Henríquez Ureña. Es una observación sin duda justa, desde un propósito sintético, y aplicable también a una amplia y multiseccular historia de la literatura occidental, que abarca cambios e innovaciones en ambos lados del Atlántico. Los movimientos a los que se alude son de origen europeo, como el Romanticismo, el Positivismo y el Surrealismo, y no suponen, sobre todo durante el siglo posterior a la Independencia, una supeditación a modelos españoles, sino una vinculación fundamental tanto de Hispanoamérica como de España con las corrientes innovadoras de Francia, Alemania, Inglaterra, Irlanda y otras naciones del Viejo Mundo. Lo que sí me parece un rasgo destacado de las letras latinoamericanas durante los años posteriores de floración original y sobresaliente, desde mediados del siglo XX, es la fecundación que la novela debe a la poesía. La literatura, decía Ángel Rama, ha venido ocupando la tierra por la imaginación. En este ámbito americano, a diferencia de otros, todo sucede como si la poesía y la novela no residieran en mundos separados, no fueran compartimentos estancos; y como si la fuerza del género no impidiera la aparición de textos híbridos o fronterizos, que tan oportunamente expresan los desconciertos, las incertidumbres y las oportunidades del momento histórico que vivimos.

Ha sido posible también buscar en una lengua determinada una relación decisiva con el carácter dominante de un pueblo o una nación, o con la que se denominaba su genio, su alma o su temperamento. Es lo que se leía en Humboldt, Whorf o Cassirer. Rodó contemplaba una unidad moral e intelectual hispanoamericana que cimentara el desarrollo futuro de su “genio”. En el fondo eran dos las hipótesis: la existencia de un carácter nacional y su correspondencia con las categorías de un sistema lingüístico. El gran arabista Emilio García Gómez, en un libro titulado *Equívocos sobre la lengua y la cultura*, ridiculizaba la idea de que el francés fuera la lengua del pensamiento lógico y otras “tonterías” por el estilo⁹. En esta ocasión lo que nos interesa es la opinión ante todo de los lingüistas, que ya no parecen inclinarse a favor del viejo concepto romántico. La definición de invariantes universales ha sido importante en la Lingüística del siglo pasado¹⁰. “Es imposible mostrar”, escribía Sapir, “que la forma de un idioma tenga la menor relación con el temperamento nacional”¹¹. Además, las lenguas, las naciones y las etnias en muchos casos no coinciden, tan evidentemente en América como en Europa. Pocos piensan que una lengua determinada apresa toda la experiencia real de los hombres, tarea para la cual se ofrecen innumerables variaciones y alternativas¹². Puede acaso sugerirse que el género, el que una palabra sea masculina o femenina, afecta la experiencia. El pecado es femenino en alemán, masculino en castellano. La muerte es masculina en alemán, pero femenina en castellano, italiano o francés, y en inglés

⁹ Véase E. García Gómez, *Equívocos sobre la lengua y la cultura*, Valencia, 2ª ed., 2001, pág. 9.

¹⁰ Véase J. H. Greenberg, *Universals of Language*, Cambridge, Mass., 1963.

¹¹ Sapir, pág. 247.

¹² Véase Francisco Rodríguez Adrados, *Lingüística estructural*, Madrid, 1974, II, págs. 754, 758.

no tiene género. ¿Son acaso estas las condiciones culturales determinantes de nuestras concepciones o representaciones plásticas del pecado o de la muerte? Los recursos de la lengua se relacionan, sin duda, con las experiencias de unos hablantes, pero sin suprimir su libertad, sin impedir decir otra cosa, o pensar lo contrario, o desafiar las convenciones. Roman Jakobson subrayaba que los idiomas difieren esencialmente en lo que se ven obligados a expresar, y no en lo que pueden o no pueden expresar¹³. En ruso hay que aclarar si una acción verbal se completó o no. En castellano tenemos que elegir entre haber “estado” y haber “sido”. La morfología del verbo inglés no distingue con dos palabras entre dos formas verbales como “se equivocó” y “se equivocaba”; y, por tanto, no se traduce tan fácilmente aquel pareado de Rafael Alberti: “se equivocó la paloma, / se equivocaba”. No hay dos palabras diferentes en inglés que traduzcan perfectamente nuestros verbos “saber” y “conocer”, pero la distinción entre los dos se puede formular sin dificultad. Y el gran Jakobson concluía que todo puede decirse en cualquier lengua.

Lo importante y prioritario hoy, según venimos recapitulando, es la perspectiva histórica, la percepción de continuidades y discontinuidades, la inteligencia del devenir, que se compadece mal con esa esencialidad que estorba gravemente el discurso sensato de la identidad.

Nuestro camino principal ha de pasar por la literatura, o al menos no puede eludir el encuentro con ella. Decíamos antes que el saber acerca de las letras o literaturas propias, o de la cultura propia —si nos empeñamos en usar este término, esta vez en su acepción *Y*, el universitario o ministerial, como conjunto o patrimonio de obras y prácticas artísticas e intelectuales—, es en realidad un proceso paulatino de autoconocimiento. Es lo que mostró ya con singular claridad y fuerza el excelente volumen llamado *La literatura latinoamericana como proceso*, publicado en Buenos Aires en 1985, y coordinado por la historiadora literaria y comparatista chilena Ana Pizarro. Ya dijo Carlos Fuentes en 1961 que la literatura latinoamericana componía un todo. Pero mucho quedaba por hacer. Recordando la enseñanza de Ángel Rama, que aunque la crítica no construye obras, sí puede construir una literatura, la investigación y el pensamiento crítico que ese volumen ejemplifica, junto con otros que han conducido también durante estos años a recapitulaciones y reflexiones de conjunto, abarca tanto el saber acerca del proceso histórico en el pasado de creación y desarrollo de la escritura misma, como el proceso de descubrimiento y ordenación crítica, en el presente, de la tan abundante y diversa literatura latinoamericana¹⁴. Se trata, sin duda, de un reto asombrosamente complejo, delicado y fascinante. De entrada las diferencias son muy importantes y lo que conviene no es borrarlas, sino entenderlas y absorberlas. No coinciden por fuerza con las fronteras nacionales los confines de unas áreas culturales principales, por ejemplo la zona

¹³ Véase R. Jakobson, *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, 1984, pág. 74.

¹⁴ Véase *La literatura latinoamericana como proceso*, ed. Ana Pizarro, Buenos Aires, 1985, Introducción, pág. 15.

andina que cubre el antiguo imperio quechua y hoy Bolivia, Perú, Ecuador y el norte argentino. Ana Pizarro distingue entre tres sistemas superpuestos: uno culto o “erudito”, otro popular, y otro, cuando lo hay, indígena; y, además, indica certeramente que la tarea historiográfica que estudia este “espesor” debe distinguir entre los diferentes ritmos de evolución de los diferentes estratos¹⁵. “El ritmo temporal de una sobrevivencia maya no es el mismo que el ritmo temporal de una influencia neoclásica”, explica Antonio Cándido, que ve, además, coincidencias entre los estilos primitivos y los de las vanguardias¹⁶. Esta “temporalidad múltiple” matiza pero no suprime una amplia periodización, basada en épocas como la Formación, o período colonial, la Emancipación y luego los movimientos y corrientes de que hablábamos antes, como el Romanticismo, el Positivismo, el Modernismo, con la afirmación nacional posterior a la Revolución mexicana, etc.

A lo largo de esos años, esta gran “aventura intelectual de integración”¹⁷ detecta también un dinamismo que hoy puede interesarnos, el que tras el alejamiento de los modelos españoles durante el siglo XIX luego se aproxima a los grandes escritores de la primera mitad del siglo XX, a Ortega, a Juan Ramón Jiménez y los poetas del 27. Este vaivén o movimiento pendular, que caracteriza las relaciones entre una Iberoamérica relativamente autónoma y su penetración no ya con el devenir español, sino con la de los movimientos culturales europeos y occidentales, ofrece un modelo útil para quienes hoy interrogan las conexiones entre la cultura hispánica, en la acepción que vengo utilizando, la que pone de relieve la creatividad artística e intelectual y las dimensiones de un mundo globalizado. Vaivén, movimiento dialéctico, mutuas influencias, proceso de cambio y mestizaje imprevisible, mejor que una línea simple e inexorable de evolución. Y papel decisivo, función creativa, de una cultura hispánica cuya integración creciente no es, a mi juicio, un vago sueño, sino la dirección que contempla el futuro. La idea de literatura nacional ha caducado, como tarde o temprano la segregación entre los creadores de América Latina, por un lado, y los ibéricos, por otro. Y el uso de tales categorías en las universidades contribuye a denunciar la terca distancia que separa la crítica literaria que en ellas se apoya y el mucho más vasto, diversificado y personal entorno en que respiran y trabajan los mejores poetas, novelistas y creadores.

El tema de la globalización es una invitación al pensamiento simple. Sólo me toca decir, puesto que aquí me he ocupado de premisas y modelos conceptuales, que son muchos lo que arrancan de una idea más compleja de la sociedad misma. Lévi-Strauss es para nosotros el apellido de un pensador eminente, pero en Tailandia, digamos, es una marca de pantalones vaqueros. Ni sé yo, por desgracia, lo reconozco, quiénes son los mejores pensadores y artistas tailandeses. Aludo ahora a la naturaleza estratificada de la sociedad misma. Es esta un complejo

¹⁵ A. Pizarro, págs. 18-21.

¹⁶ Cit. en A. Pizarro, pág. 44.

¹⁷ Véase A. Rama, en A. Pizarro, págs. 85-97.

envolvente que incluye un número de planos, que la conciencia analítica tiende a abreviar o a confundir. Son, reduciéndolos a unos pocos, el nivel religioso, el moral, el político, el económico, el social y el cultural¹⁸. El desarrollo en el tiempo de cualquiera de esos estratos no es el mismo que el de los demás, ni tampoco su vinculación con el de ese mismo estrato en las naciones vecinas, sean próximas como Uruguay o remotas como Tailandia. El tiempo real que vivimos es múltiple, según sugería el modelo de Ana Pizarro, o como el contrapunto del que hablaba Edward Said; y es distinto el grado de globalización, o su mera existencia, cuando pasamos de un nivel a otro.

Volviendo a la lengua, lo que está en juego es una forma de convivencia real que ella fundamenta y vivifica. Conmemorando estos días el *Quijote* y su carácter dialógico, hemos apreciado una vez más aquellos capítulos en que tienen lugar unas simples conversaciones, en que la mutua comunicación ante todo sostiene unos modos de convivencia y de sociabilidad. Esta forma de relación interpersonal se nos aparece tanto más cervantina cuanto más o mejor muestra una satisfacción compartida, la alegría creativa de la palabra hablada, el encuentro de varios o de todos en un terreno felizmente común, que es la lengua.

Para leer mejor esos capítulos y entender mejor nuestra tarea, quisiera terminar recordando también a un gran sociólogo alemán de principios del siglo XX, Ferdinand Tönnies (1855-1936), que distinguió firmemente entre dos realidades, llamadas *Gesellschaft* y *Gemeinschaft*; en castellano: sociedad y comunidad. La sociedad resulta del predominio de elementos contruidos o artificiales, según Tönnies, que en el lugar de antiguas unidades como la tribu o la aldea conducen a conjuntos racionalmente estructurados como la ciudad y el Estado, fuentes palpables de injusticias y de crisis. La comunidad, o *Gemeinschaft*, es una realidad originaria, espontánea, natural, viva como un organismo, a la vez colectiva e íntima. La comunidad se expresa en actos de afirmación mutua, que representan “la unidad en la pluralidad”, decía Tönnies, y “la pluralidad en la unidad”¹⁹.

Esta comunidad de origen y de realidad que es la lengua espontáneamente compartida, la plenitud de la lengua viva que nos convida repetidamente, en cualquier lugar o ambiente, a la comunicación, a la amistad, y a través de la conversación, al diálogo, es lo que nos espera como objeto de conocimiento y origen de potenciaciones futuras. Ninguna comunidad puede prosperar auténticamente si se basa en el desconocimiento de sí misma. Y ninguna comunidad lingüística trae consigo la determinación o cortapisa ejercida por ninguno de sus miembros, porque la lengua es un estímulo constante para el impulso imaginativo y la libertad de creación.

¹⁸ Véase José Ortega y Gasset, *Europa y la idea de nación*, Madrid, 1985, pág. 45 y *passim*.

¹⁹ En una traducción reciente, véase *Community and Society*, New Brunswick y Oxford, 1988, pág. 33.

LENGUA E IDENTIDAD NACIONAL: POLÍTICAS LINGÜÍSTICAS EN AMÉRICA LATINA

*M. Teresa Johansson M.**

América Latina, como cualquier territorio que se ha constituido a partir de procesos de colonización, presenta en su lengua, como símbolo de expresión y constitución de la sociedad, contradicciones medulares. De esto deviene que la lengua sea una de las cuestiones centrales a la hora de abordar problemáticas de identidad latinoamericana a lo largo de la historia.

Las naciones en América Latina se instauran con la lengua del colonizador que pasa a ser la lengua de los americanos, desterrando así la mayor parte de las lenguas vernáculas. En este contexto, el modo de vivir la lengua castellana, de volverla propia, será problemático en dos sentidos: en primer lugar, porque su presencia recuerda la ausencia de las lenguas soterradas que fluyen como un murmullo por todo el continente, y porque la norma del castellano aparece siempre situada en otra geografía.

Es por esto que, a dos siglos de las independencias, todas las naciones hispanoamericanas mantienen una atadura postcolonial que tiene su emblema en la dimensión lingüística, ya que la norma sobre el buen uso de la lengua la dicta la Real Academia Española. Sin embargo, pese a que en América Latina la lengua del colonizador fuera la lengua de sus descendientes criollos, y pese al legado postcolonial que sobre ella sigue ejerciendo España, tempranamente se ha abogado por luchas de emancipación lingüística configuradoras de la soberanía americana y se han realizado experiencias afirmativas de la identidad lingüística nacional ante la sujeción extranjera. En este sentido, los debates sobre la lengua nacional, sobre las lenguas vernáculas y sobre la norma del castellano –en los cuales asume un papel relevante el permanente cruce entre oralidad y escritura– han estado presentes en los dos siglos de vida soberana de las naciones latinoamericanas.

A continuación revisaremos algunas experiencias latinoamericanas en las cuales se han llevado a cabo políticas lingüísticas desde el Estado tendientes a afirmar la apropiación de la lengua por parte de la nación, o bien, en orden a afirmar la heterogeneidad idiomática como parte constitutiva de la historia lingüística de los países de la región. En este sentido, las políticas gubernamentales que han manifestado una preocupación lingüística se convierten en momentos emblemáticos, donde los estados nacionales prestan oído a la nación, en tanto comunidad histórica autodeterminada y autoafirmativa que los constituye.

He aquí algunos escenarios representativos de las problemáticas antes enunciadas, a saber: la aprobación de la Reforma a la ortografía mediante una disposición gubernamental promulgada por el Estado chileno en 1844; el establecimiento del guaraní como lengua oficial de Paraguay, junto a la española, en la Constitución

* Universidad Alberto Hurtado.

de 1992 y, finalmente, la petición del gobierno mexicano realizada en 1984 a El Colegio de México, para que éste elabore el *Diccionario del Español de México*, primer diccionario no diferencial creado por un país latinoamericano.

Estos tres escenarios implican diversas posturas respecto de la situación lingüística americana: el primero es un acto de afirmación de autoridad sobre la lengua, en el sentido que proyecta la definición de una norma de uso para el castellano panhispánico; el segundo es un acto de valoración identitaria y de reconocimiento oficial de una lengua indígena criolla que afirma la riqueza del plurilingüismo latinoamericano; el tercero es un acto de apropiación de la totalidad del sistema léxico por parte de una comunidad nacional.

Estas tres experiencias han podido realizarse únicamente a partir de una conciencia reflexiva que se ha planteado críticamente ante las secuelas postcoloniales relativas a la relación entre lengua e identidad y que ha tenido como soporte una institucionalidad política y económica que le ha otorgado cierta autonomía. Para dar cuenta de las condiciones en que se genera esa autonomía pasamos a revisar brevemente ciertos aspectos fundamentales de la constitución de los Estados americanos.

LINGÜA, NACIÓN E IDENTIDAD: HOMOGENEIDAD Y ESCRITURA EN LA CONSTITUCIÓN DE LOS ESTADOS AMERICANOS

Durante los dos siglos que precedieron al nuevo milenio, la idea de nación fue el concepto prioritario y universal en la formación de gobiernos y también en la constitución de los sujetos modernos. Fue a la vez, y durante ambos siglos, un concepto que otorgó posibilidades de realización a los procesos de emancipación de las estructuras de dominación colonial.

La definición del concepto de nación, no exenta de ambivalencias, puede ser entendida como lo propone Anderson¹, quien concibe la nación, más allá de las diferencias y los abusos de poder que esta alberga, como una comunidad, lo que implica un grado de horizontalidad entre sus miembros y una identidad compartida. En los postulados de Anderson las naciones preexisten a los estados nacionales, siendo estos últimos los que otorgan expresión política a una cierta cultura nacional: "Si se concede generalmente que los estados nacionales son nuevos e históricos, las naciones a las que dan una expresión política presuponemos siempre un pasado inmemorial, y miran un futuro ilimitado, lo que es aun más importante"². En tanto se concibe a la nación como una comunidad imaginada, sus miembros compartirán un tipo de identidad particular que los articule, basada en la creación de una cultura nacional³. En una concepción

¹ B. Anderson, *Comunidades imaginadas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

² *Ibid.*: 29.

³ "National cultures are composed not only of cultural institutions, but of symbols and representations. A national culture is a discourse—a way of constructing meanings which influences and organizes both our actions and our conception of ourselves. National cultures construct identities by

moderna de la nación, la base de la creación de esta cultura nacional radica en la noción de ciudadanía y de autonomía de los pueblos; pero, además, se necesitan para su constitución ciertas operaciones colectivas de caracteres diversos; entre ellas, el consenso sobre la memoria común. Dado que una nación, en los términos de Renan⁴, no puede definirse ni por la raza ni por la religión ni por la lengua, sino únicamente como un principio espiritual o una *conciencia moral*, las naciones que han estado oprimidas por un pasado colonialista y continúan, hoy por hoy, sujetas por un presente postcolonial o neocolonial, tendrán una mayor dificultad en construir la representación de una cultura nacional que cohesione la identidad de los sujetos que la constituyen.

Ya desde los procesos de emancipación, en América Latina se imaginó la nación. En un primer momento, Simón Bolívar da cuenta de este proceso: "Los códigos que consultaban nuestros magistrados no eran los que podían enseñarles las ciencias prácticas del Gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano"⁵. Ahora bien, en América Latina –en contradicción con los postulados de Anderson– la operación de constitución nacional se realizó desde el Estado y, por ende, la totalidad de los miembros de la comunidad no tuvo participación en el proyecto de construcción cultural.

En el contexto latinoamericano, una de las dificultades en la constitución de la identidad nacional y de la cultura nacional se remite a las ambivalencias que hemos señalado respecto de la autoridad sobre el castellano como lengua nacional y la valoración de la diversidad lingüística propia de todo el continente. Según Edward Said⁶, en un proceso de liberación nacional, tras el periodo de resistencia primaria viene el período de resistencia cultural en el cual se intenta reconstruir las comunidades salvando así un sentimiento de unidad radicado en el pasado; en este contexto, la nación debe intentar la recuperación de las lenguas de la comunidad, que precedían a la invasión colonizadora.

El momento de la fundación de los estados nacionales latinoamericanos estuvo lejos de trazar el itinerario propuesto por Said; por el contrario, en Latinoamérica no se creó una nación que en su imaginario representara la cultura nacional como una comunidad fundada en la valoración del pasado indígena y cuya expresión presente fuera el multilingüismo; por el contrario, las culturas nacionales se fundaron sobre el ejercicio de homogeneización de las diferencias

producing meanings about "the nation" with which we can identify". S. Hall, D. Held, ed. *Modernity and its futures*. "Chapter 6. The question of cultural identity". Mc. Grew, 1992: 293.

⁴ E. Renan, E. "¿Qué es una nación?" En Fernández Bravo A. (comp.) *La invención de la nación. Lectura de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Manantial, Buenos Aires, 2000.1

⁵ Bolívar en B. Moraña, *Políticas de la escritura en América Latina*, Ex cultura, Caracas, 1997: 72. Quienes realizaron este proceso de imaginación los sujetos institucionales letrados, entre ellos, Bello y Sarmiento.

⁶ E. Said, *Cultura e imperialismo*, Anagrama, Barcelona, 2001.

étnicas y regionales; el silenciamiento de la oralidad diversificada y la instauración de la lengua de la colonización como lengua de prestigio⁷.

América Latina como una totalidad cultural verá su nacimiento junto a los alumbramientos de los Estados-Nación, lo que dará origen a dos imaginarios complementarios y diferenciados y a una dualidad identitaria permanente.

“En efecto, con la emancipación no solamente nace América como entidad política; nacen también las naciones que la componen, las cuales, a través de un proceso de desprendimiento de los troncos virreinales y metropolitanos van constituyéndose –retotalizándose– territorial y administrativamente. De manera correlativa surgen en el ámbito continental los discursos americanista y nacionalista, los cuales fundamentan e intentan legitimar los proyectos separatistas a partir de los cuales la elite criolla va consolidando su hegemonía”⁸.

Esta doble representación simultánea del sujeto latinoamericano, extendida desde las épocas tempranas hasta nuestros días, tendrá su correlato lingüístico en la unidad de la lengua castellana que opera como marca de identificación continental y como afirmación nacional; mientras tanto, la diversidad de las lenguas indígenas pasa a ser un rasgo de la identidad nacional, que no provee necesariamente de un valor positivo, porque no contribuye a la unidad de la región⁹. La pregunta que debe hacerse entonces es cómo se configuró el proceso de homogeneización y cómo se llegó a la valorización sin objeciones de este principio de unidad.

En el contexto latinoamericano, los sujetos que imaginaron las naciones se empeñaron en detener el sino de una fatalidad cuyo horizonte vaticinaba la amenaza de la fragmentación lingüística. Así, en la constitución de los estados americanos, se optó por sustraerse a este destino mediante una alianza entre la lengua castellana y el libro: de este modo se proyectó un ejercicio de poder

⁷ En El Salvador podemos documentar la continuidad de la violencia: “Hay más datos sobre el pipil, lengua nahuatl que todavía se habla, pero cuyos hablantes niegan conocerlo por temor a represalias”. Y. Lastra, *Sociolingüística para hispanoamericanos*. El Colegio de México, México. 1992:110. El destacado es nuestro.

⁸ M. Moraña, *Políticas de la escritura en América Latina*, Ex cultura, Caracas, 1997: 68.

⁹ Actualmente sólo tres naciones, entre las castellano hablantes, reconocen constitucionalmente esta diversidad, al menos en términos de lengua nacional; estas son: Guatemala, Nicaragua y Paraguay. Yolanda Lastra, en la obra arriba citada *Sociolingüística para hispanoamericanos*, sostiene que Guatemala ha reconocido oficialmente como lenguas de la nación a 21 lenguas mayas habladas en su territorio y ha desarrollado una política de educación bilingüe para la enseñanza en lenguas quiche, cakchiquek, mam y kekchi. Además, ha creado la Academia de Lenguas Mayas con lingüistas dedicados a trabajar en la modernización de estas lenguas para que cumplan con otras funciones, además de las agrícolas y familiares, de manera de evitar su pérdida en hablantes que han emigrado del campo a la ciudad. Por otra parte, en Nicaragua, el gobierno sandinista ha otorgado la autonomía a todas las etnias indígenas (misquita, suma, criolla, mestiza), y de acuerdo a las leyes de autonomía todas las lenguas tienen estatus oficial.

sobre la escritura que constituyó al propio sujeto hispanoamericano a partir de la figura del sujeto letrado como icono del ciudadano civilizado.

En este sentido, y contrariamente a lo expuesto por Anderson,¹⁰ quien afirma el desinterés en los debates sobre la lengua en Latinoamérica, podemos señalar que fue en la especificidad del debate en torno a la escritura donde se articuló parte fundamental del imaginario de los Estados nacionales. Será condición para la conformación de estos últimos la construcción de una sociedad letrada; en este movimiento puede reconocerse su anverso: el destierro de la oralidad¹¹. Ello implica la institucionalización de sociedades hispanoamericanas mediante la letra y la conformación del sujeto hispanoamericano en el proceso de alfabetización.

El programa del imaginario cultural de la modernidad generado con diversidad de versiones y énfasis (e incluso con contradicciones radicales) por Bolívar, Bello y Sarmiento fosiliza el pasado como barbarie y oralidad; y proyecta el futuro como el territorio de la civilización y la escritura, al modo europeo. Este programa implica para el intelectual ciertas incompatibilidades entre la autonomía de su pensamiento y la imposibilidad de renunciar a un papel político que le estaba determinado “puesto que la misma escritura constituía el cimiento del Estado moderno y la identidad de los letrados estaba formada por el libro concebido como herramienta política”¹².

En los primeros años de la emancipación colonial, Simón Rodríguez propone algunas especificidades en su programa intelectual en las que vale la pena detenerse, puesto que estas hablan de una posibilidad de constituir las naciones de una manera distinta: una integración de las identidades reales en la que no fuese el Estado el que constituyera la nación, sino que la diversidad y la vida de la nación fueran las que permeasen las políticas del Estado. Según afirma Moraña, Simón Rodríguez “concibe la escritura como un arma a la vez defensiva y combativa, proyectada hacia el futuro. En el texto se compone el dibujo de la res-pública como una forma de educación y de adoctrinamiento popular, igual que la escuela es un taller, una fábrica o granja donde el conocimiento —“propiedad pública”, como indica Rodríguez en *Sociedades Americanas*— es siempre principalmente instrumental”¹³. Su proyecto se inaugura con una apertura hacia lo indígena y una visión de integración que no se verá ni en Bolívar ni en la segunda ola de los imaginarios ilustrados. Esta preocupación por

¹⁰ Haciendo referencia a los Estados europeos señala: “Primero, en casi todos ellos las “lenguas nacionales impresas” tenían una importancia ideológica y política fundamental, mientras que el español y el inglés no fueron jamás un tema de controversia en las Américas revolucionarias”. Anderson, *op. cit.*: 102.

¹¹ Rama, quien acuña el nombre de “ciudad letrada”, traza una trayectoria directa entre las ciudades coloniales y el orden citadino emancipatorio: A. Rama, (1998) *La ciudad letrada*, Arca, Montevideo, 1998: 32.

¹² G. Mariaca, *El poder de la palabra*, La Habana, Casa de las Américas, 1993: 16.

¹³ Moraña, *op. cit.*: 73.

la diferencia y los cruces entre lenguas oficiales y otras lenguas de uso alborea en el pensamiento de Simón Rodríguez:

“Rodríguez propone enseñar quechua en las escuelas junto al castellano, adiestrar en oficios como albañilería, herrería, carpintería, al tiempo que reciben la instrucción humanista, explicando que en la América de su tiempo ‘más cuenta nos tiene entender a un indio que a un Ovidio’”¹⁴.

Andrés Bello, por el contrario, no promoverá la valorización de estas diferencias, sino que más bien realizará una institucionalidad cultural homogeneizadora a partir de “un programa universalista mucho más ortodoxo de articulación de lo americano a narrativas europeas”¹⁵. De hecho, Bello no sólo afirma la indudable primacía del castellano ante las lenguas aborígenes en todo el continente, sino que, además, proyecta la ineludible desaparición de estas últimas¹⁶. De esta manera la tendencia que marcará el devenir del siglo XIX será la de la exclusión de la heterogeneidad cultural y étnica americana en pos de la construcción de una identidad cultural común dialogante con Europa. En este contexto, el lugar para las lenguas indígenas es el de *lo otro excluido*; estas son borradas de los imaginarios sociales, sus hablas son relegadas de la “ciudad letrada” al espacio rural y los hablantes son violentados y marginados: a todos ellos se les impone la lengua de la civilización¹⁷. La diversidad lingüística no tiene lugar dentro de la representación de lo latinoamericano.

Pese a las críticas que pueden hacerse a este proyecto homogenizador en la constitución de los Estados americanos, no deja de ser relevante el objetivo que orienta el proyecto ilustrado cuya pretensión es la unificación continental. Una vez fracasado el proyecto político bolivariano, Bello continúa este proyecto integrador en el plano de la cultura y la lengua. En este contexto, la lucha por la sobrevivencia de una lengua común unificadora fue una tarea que articuló la doble matriz de identidad para los americanos: nacional y latinoamericana, y que otorgó centralidad a la escritura. Bajo esta intencionalidad se enmarca el proyecto educativo para América Latina: la fundación de la Universidad de Chile, la “Gramática del castellano para el uso de los americanos” y los postulados sobre una Reforma de la ortografía.

En este escenario, el gran antagonista de Bello en el debate intelectual será Domingo Sarmiento. Para Sarmiento el objetivo no es la confraternidad

¹⁴ *Ibid.*: 74.

¹⁵ *Ídem*.

¹⁶ A. Bello, “Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar i uniformar la ortografía en América” en *Obras completas*, Opúsculos gramaticales, Ed. Nascimento, Santiago, 1933: 405. Texto Publicado con la firma G. R. (Juan García del Río) y A. B. (Andrés Bello) en la *Biblioteca Americana*, Londres, abril de 1823. Se reimprimió en *El Repertorio Americano*, Londres, octubre de 1826.

¹⁷ “El Estado decimonónico hizo de la fuerza su instrumento social y de la “civilización” su razón cultural. No sólo debía vencer la resistencia de las múltiples alteridades que lo enfrentaban; estaba obligado a “civilizarlas” culturalmente tanto como a incorporarlas al mercado interior culturalmente”. Mariaca, *op.cit.*: 15.

latinoamericana, sino el proyecto de la conformación de las identidades nacionales, las que irán por encima de las propuestas de integración regional y reivindicarán diferencias sin reconocer el pasado indígena. Es en la pugna de estos dos proyectos ideológicos y culturales que debe situarse el debate en torno a la ortografía suscitado entre los años 1820 y 1850.

La exposición realizada hasta aquí no sólo entrega el marco para abordar el debate en torno a la reforma ortográfica, sino que evidencia cómo el periodo de conformación de los Estados nacionales expone los presupuestos y el sistema de valoración lingüística que se cristalizará durante todo el siglo XIX y XX. De la excepcionalidad de la situación lingüístico-cultural en Paraguay daremos cuenta en el subsiguiente apartado.

LA REFORMA CHILENA A LA ORTOGRAFÍA:

ESCENARIO DE AUTORIDAD SOBRE LA NORMA PARA EL CASTELLANO

La escritura es, para Bello, un medio de comunicación humana a través de los tiempos y del espacio que aspira a la perfección racional mediante la constitución de un alfabeto perfecto. Este escenario utópico guía la empresa que lleva a cabo la disposición gubernamental de la reforma ortográfica en Chile durante 1844. Pese a su condición nacional, lo que afirma esta reforma no es la autonomía idiomática de Hispanoamérica –ni menos la autonomía chilena– respecto de España, sino la posibilidad de apropiarse de la norma idiomática panhispánica desde una nación de América Latina. Esta acción gubernamental es realizada sobre la base de una determinación tomada por la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile en el contexto del proceso de alfabetización nacional.

El impulsor de esta reforma es Andrés Bello y, también se hace partícipe en el debate, Domingo Sarmiento. Las ideas de Bello responden a la intención de simplificar de manera racional la ortografía para facilitar la inmensa tarea de extender la enseñanza de la escritura, de modo de poner la norma en concordancia con el propio sistema de la lengua castellana. Esta intencionalidad de ajustarse al uso, de definir la norma por el hablar real, de recoger la propia cultura, fue la orientación de las políticas lingüísticas de la lengua española desde Alfonso X, el Sabio. Desde entonces, la ortografía castellana se fijó con criterio fonológico, criterio que continuó imperando con Nebrija. Sin embargo, pese a la existencia de reglas de ortografía fijadas por la Real Academia Española en 1771, desde el siglo XVI hasta el XIX hubo amplia libertad ortográfica.

Desde Londres, ya en 1823, Bello comenzó la empresa de la reforma de la ortografía castellana acompañado de literatos españoles. En 1827 en su artículo “Ortografía castellana”¹⁸ planteó la necesidad de realizar un debate en torno a la ortografía. De esta manera, no se arrojó la autoridad de normar el uso –sostuvo incluso que ningún cuerpo, en materia de lenguaje, podría hacer más que

¹⁸ A. Bello, “Ortografía castellana” en *Obras completas, op. cit.*: 417-421.

sugerir— sin embargo, propició la idea de fijar una ortografía más adecuada como una medida para evitar la fragmentación idiomática. Su intención era defender la unidad de la lengua más allá de las fronteras nacionales y latinoamericanas: tal como lo señala Angel Rosenblat, su lema era simplificar para unificar¹⁹.

Bello pretendió una refundación de la escritura basándose en un criterio no normativo, pragmático y ahistórico. Para ello, planteó la necesidad de seguir sólo el criterio de la pronunciación (elegir una letra para cada sonido), excluyendo el criterio de uso y el criterio etimológico; a este respecto quiso cortar la filiación de la escritura castellana con el latín con el objeto de democratizarla. La propuesta se debía entonces a “nuestro celo por la propagación de las luces en América; único medio de radicar una libertad racional y con ella los bienes de la cultura civil y de la prosperidad pública”²⁰. De esta manera, ya en los tempranos años de 1823, en las “Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar la ortografía castellana” Bello propone una reforma que contempla las siguientes etapas:

ÉPOCA PRIMERA

1. Sustituir la *j* a la *x* y a la *g* en todos los casos en que estas últimas tengan el sonido gutural árabe.
2. Sustituir la *i* a la *y* en todos los casos en que esta haga las veces de simple vocal.
3. Suprimir la *h*.
4. Escribir con *rr* todas las sílabas en que haya el sonido fuerte que corresponde a esta letra.
5. Sustituir la *z* a la *c* suave.
6. Desterrar la *u* muda que acompaña a la *q*.

ÉPOCA SEGUNDA

1. Sustituir la *q* a la *c* fuerte.
2. Suprimir la *u* muda que en algunas dicciones acompaña a la *g*²¹.

Esta propuesta sobre la reforma de la ortografía tuvo su principal contrincante en la figura de Sarmiento, quien excede a Bello en su espíritu reformador. La distinción entre ambas propuestas la enuncia claramente Rosenblat:

¹⁹ En el itinerario que recorremos a continuación seguimos el estudio de Ángel Rosenblat sobre “Las ideas ortográficas de Bello”, prólogo a los Estudios Gramaticales de Andrés Bello, en A. Bello, *Estudios Gramaticales*, Ministerio de Educación de Venezuela Caracas, 1951.

²⁰ A. Bello, “Indicaciones para simplificar la ortografía”, *op. cit.*: 416.

²¹ *Ibid.*: 414.

“Si Bello proponía una reforma a los americanos, Sarmiento quería categóricamente una reforma americana. Consideraba que ‘ni ahora ni en lo sucesivo tendremos en materia de letras nada que ver con la Academia de la Lengua ni con la nación española’. Sarmiento proponía reformar según la pronunciación hispanoamericana, lo que significaba establecer la ruptura con España: el futuro de la unidad de la lengua estaba en juego. Sarmiento quería que el uso de la lengua americana fuera considerado diferente del de España, no defectuoso ni vicioso ‘una ortografía vulgar, ignorante, americana’ para que los niños aprendan a leer en cuatro días”²².

Tal como lo expone Rosenblat, Sarmiento reconocía el espíritu americano en Bello, pero le criticaba que no cambiara, desde ya, su propia ortografía y que considerara una desviación el seseo americano. De ahí que la ortografía americana propuesta por Sarmiento, entre otras modificaciones, reducía el alfabeto a 23 letras, suprimiendo la *h*, la *v*, la *x* y la *z*, con lo que se estipulaba como permanente el uso de *se* y *si* en vez de *ce*, *ci*.

Siendo Andrés Bello Rector de la Universidad de Chile, la Facultad de Filosofía y Humanidades nombró una comisión que analizó el proyecto de ortografía americana de Sarmiento contenido en su *Memoria*, y lo rechazó. Sin perjuicio de lo anterior, la Facultad sancionó una reforma bastante vanguardista de la ortografía castellana, pero que no dejaba de cuidar, por sobre todo, la unidad del idioma. Esta reforma se ciñó sobremanera a la propuesta de Bello al suprimir la *h*, la *u* después de la *g*, estipular la *y* como consonante, y cambiar la *g* por *j* en las sílabas *je* y *ji*. Su aprobación como ortografía nacional significó la apropiación de la normativa sobre la lengua castellana por un órgano independiente de España y de las Academias; este órgano fue la institucionalidad decimonónica conformada por la Universidad y el Estado de Chile.

A partir del año 1844, esta nueva ortografía se aplicó en la Universidad y las escuelas, se imprimieron nuevos manuales de alfabetización y fue adoptada por algunos periódicos. Sin embargo, en los ámbitos de gobierno no se impuso su uso oficial y alternaron ambos sistemas. Dado su progresivo desuso, la Reforma sólo duró tres años. En 1851, su olvido fue generalizado y Bello debió solicitar al Gobierno que se la erradicase de los programas de instrucción pública. De la reforma sólo persistieron dos rasgos: el uso de la letra *j* por *g* y el de la letra *i* por *y*; ambos rasgos tuvieron arraigo en varias naciones latinoamericanas y sobrevivieron como signos de un espíritu nacional que se afirmó durante fines del siglo XIX.

En los comienzos del siglo XX, tras una nueva saga de debates entre la Facultad de Filosofía y Humanidades y el Ministerio de Instrucción Pública, en la que la primera postula adecuarse a la norma española, el gobierno de Ibáñez en 1927 decreta que “como homenaje al Día de la Raza, se adopte la

²² Rosenblat en Bello, *op. cit.*: cix.

ortografía académica en todos los documentos de la administración y en todos los establecimientos de la instrucción pública”²³.

Hasta aquí el itinerario seguido por la reforma ortográfica chilena, y su deplorable final que es capaz de cristalizar las tendencias políticas y sociales que impidieron su favorable consecución. De estas, Ángel Rama afirma:

“Todas las reformas ortográficas que inspiró el espíritu independentista fracasaron. Al cabo de los años dieron paso a la reinstauración de las normas que impartía la Real Academia desde Madrid. Este fracaso, más que lo endeble del proyecto y en ocasiones su nimiedad, delata otro mayor: la incapacidad para formar ciudadanos, para construir sociedades democráticas e igualitarias sustituida por la formación de minoritarios grupos letrados que custodiaban la sociedad jerárquica”²⁴.

No es posible coincidir con Rama en el juicio sobre la calidad del proyecto de la reforma ortográfica de Bello; este era, sin duda, un proyecto consistente y de hecho, parte de las reformas que durante el siglo y medio posterior ha impulsado la Real Academia de la Lengua ha seguido estas orientaciones. Sin embargo, respecto de la causa más profunda, se puede sostener que si bien la intencionalidad de planificación lingüística era apropiada a la nación, esta fue deplorada por los grupos que estaban en posesión de la escritura. Esta paradoja postcolonial reafirma que la elite colonizada instaure su legitimidad en la reproducción de la norma metropolitana. Las oligarquías americanas erradican así todo esfuerzo de afirmación nacional, manteniendo las perpetuas sumisiones post (neo)coloniales.

EL GUARANÍ, LENGUA OFICIAL DE PARAGUAY: ESCENARIO DE AFIRMACIÓN DE LENGUA VERNÁCULA NACIONAL

En 1967, el Gobierno de Stroessner otorga a la lengua guaraní el carácter de lengua nacional. Por su parte, la nueva Constitución democrática de 1992, recogiendo el habla real del territorio paraguayo, y en una instancia de legitimidad, da un paso fundamental y decreta el guaraní junto al español, lenguas oficiales de la nación paraguaya²⁵.

El destino excepcional de la lengua guaraní, que ha fortalecido la identidad de la nación, está íntimamente ligado con la evolución del mestizaje en un pro-

²³ Rosenblat en Bello, *op. cit.*: CXXIX.

²⁴ Rama, *op. cit.*: 58.

²⁵ En Paraguay el mestizaje ha contribuido a la propagación de la lengua por todo el territorio, es el único caso en el que la lengua es hablada por una mayoría abrumadora de la población que permea todas las clases sociales. Los datos arrojados en el censo de 1982 sostienen que sólo el 4,4 por ciento es monolingüe en español, pero un 45% lo es del guaraní, siendo bilingüe el 48% de la población. El guaraní sigue manteniendo su predominio sobre el español en las zonas rurales y el español tiene su predominio en zonas urbanas, cf. Lastra, *op. cit.*

ceso de transculturación inédito en otros territorios latinoamericanos. De hecho, el origen del mestizaje paraguayo puede caracterizarse por haber sido una de las colonizaciones menos violentas en el territorio americano y, paradójicamente, la más desprotegida en términos de los derechos indígenas.

El paso de la herencia de las encomiendas a los mestizos se produjo durante el siglo XVI, y fue, en ese entonces, cuando se selló la particularidad del proceso lingüístico y cultural de Paraguay; ello porque los “mestizos tenían lazos de parentesco con sus encomendados y no había barreras lingüísticas, ya que todos hablaban lengua guaraní [...] Según parece, los niños mestizos se asociaban con sus madres y sus parientes guaraníes para la educación diaria más de lo que hubiera hecho una familia monógama pequeña. La lengua, el folclore y las creencias guaraníes se transmitieron así por medio de la asociación diaria”²⁶. El modo de gobierno de la región se creó a partir de los lazos de parentesco, los cuales originaron una sociedad en su mayoría mestiza que tempranamente formó una cultura e institucionalidad independientes.

Ahora bien, tras el periodo colonial en el que se generó el mestizaje cultural, la Independencia trajo consigo un proceso en el que se intentó borrar las heterogeneidades culturales y, a su paso, se pretendió desterrar el guaraní mediante la enseñanza escolar en castellano. Sin embargo, los movimientos de identidad en Paraguay se caracterizaron por estar sujetos a variación y moverse entre la afirmación de la identidad latinoamericana y la afirmación de la identidad nacional. “En 1848 se dictó una ley que hacía obligatoria la adopción de apellidos españoles y de nombres del santoral católico. El guaraní resurge con la guerra de la triple alianza (1865-1870), durante la cual se emplea para comunicarse con los soldados y con el pueblo en general. Poco después aparece literatura profana en guaraní. En la colonia, lo que se escribió en guaraní había sido de carácter religioso”²⁷.

En este sentido, la problemática de Paraguay muestra cómo la política inicial independentista reafirma en términos culturales y lingüísticos la unidad americana por sobre las diferencias regionales; pero, por otra parte, al producirse el enfrentamiento entre las mismas naciones latinoamericanas se autoafirman las identidades nacionales. Es interesante consignar el lugar central que ocupa la escritura en este contexto, pues cuando se realiza la reivindicación del guaraní, la lengua traspasa el espacio de la oralidad e ingresa al terreno de la escritura. Sin embargo, como un péndulo, las consideraciones sobre la lengua guaraní cambian en el periodo posterior a la guerra. Su uso sufre nuevamente el antagonismo de las elites que tienen en su poder los medios de prensa, por lo cual toda la literatura del periodo vuelve a escribirse en castellano. De manera reiterada, esto evidencia cómo el ingreso y la salida de esta lengua al campo de la letra y la literatura son la marca de las consideraciones sociales del prestigio con que el idioma ha contado a lo largo de la historia. Finalmente, durante los

²⁶ Lastra, *op. cit.*: 151.

²⁷ *Ibid.*: 152.

años 20, vuelve a valorarse la lengua guaraní y se escribe teatro y se editan revistas en ese idioma. Este movimiento procedente de los círculos de la cultura se ve intensificado durante la guerra del Chaco contra Bolivia, en este período “aumenta el uso del guaraní y sobre todo su valor simbólico, unificador de los paraguayos”; sin embargo, durante “todo ese tiempo la educación formal siempre fue en castellano y se castigaba en la escuela a los niños que hablaran su lengua nativa”²⁸.

Este escenario ha cambiado diametralmente en nuestros días, desde los años sesenta y con mayor inflexión desde los noventa, se lleva a cabo una política de bilingüismo guiada por el Estado, que valora la riqueza de ambas lenguas. Si bien la literatura en su mayor parte se escribe en castellano, se han realizado esfuerzos por estandarizar la escritura de la literatura guaraní. El actual contexto real de bilingüismo y su afirmación oficial reivindican una acción estatal en que se representa la nación y se recoge la historia de la comunidad actualizándola en el presente. De hecho, la actitud de lealtad lingüística para el español y el guaraní —estudiada por el connotado lingüista Germán de Granda²⁹— evidencia el deseo de la comunidad de mantener ambas lenguas como propias. Las opiniones, existentes durante los años sesenta, que postulaban la denigración de la lengua guaraní (asociándolo a un estadio premoderno) o su escaso valor cultural, han desaparecido de los argumentos de la comunidad, y se ha logrado un acuerdo consensuado respecto de su valor como lengua depositaria de la identidad nacional.

Granda va más allá respecto de la evolución que ha tenido la representación social de esta lengua en el contexto de la comunidad y postula que, si bien el uso de la lengua española es el marcador de estatus socioeconómico, el bilingüismo es el marcador del prestigio social que puede definirse no en términos de ascenso social capitalista, sino como “el reconocimiento de actitudes que encarnan, en niveles más o menos relevantes, valores percibidos como positivos por una sociedad determinada”³⁰. Esto, en palabras de Granda, explica que la sociedad paraguaya pueda compatibilizar las funciones instrumentales de comunicación amplia que permite el castellano con las funciones “diferenciadora” e “integradora” del guaraní.

Como se ve, la distinción de estatus entre ambas lenguas deviene de la dicotomía oralidad-escritura. Es por ello que el programa de bilingüismo se plantea como objetivo la estandarización de la escritura guaraní. A la vez, se trabaja en una política de planificación lingüística que evite una suerte de desmoralización colectiva, respecto de los síntomas de decadencia emanados de las influencias mutuas de ambas lenguas. Granda anota que esta situación puede dar origen a: “un creciente y peligroso estado de doble disglotia interna referido, en este

²⁸ *Ibid.*: 152.

²⁹ Germán de Granda, *Sociedad, historia y lengua en el Paraguay*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1988.

³⁰ *Ibid.*: 72.

caso, no a la existente según algunos, en la relación español-guaraní, y sí a la que podría generar variantes altas y bajas de una de estas lenguas, con las graves consecuencias que de ello se derivarían en los ámbitos lingüísticos y sociocultural e, incluso, en el político³¹.

Pese a este complejo contexto, con el que se cierra el siglo XX en Paraguay, es importante señalar que el Estado y la sociedad paraguaya han desarrollado desde los años setenta una serie de instancias en orden a favorecer el desarrollo de la lengua guaraní: investigaciones, docencia universitaria, programas escolares, divisiones de cultura, etc.³². Esto evidencia cómo una comunidad basada en un consenso sobre aquello que le confiere identidad puede trabajar en pos de los objetivos que se propone desde los distintos ámbitos de la sociedad civil y el Estado. De hecho, la legitimidad otorgada por el mundo intelectual a esta lengua es una afirmación de la posibilidad de construir lo que propiamente se ha denominado una cultura nacional. A partir de estas iniciativas, es posible suponer que el carácter de lengua oficial otorgado al guaraní no será nominal y esta lengua cumplirá con funciones de prestigio en la institucionalidad nacional³³.

EL DICCIONARIO DEL ESPAÑOL DE MÉXICO:

ESCENARIO DE LA APROPIACIÓN NACIONAL DE LA MEMORIA HISTÓRICA

La lexicografía influye sobre el modo en que la sociedad representa la lengua. El libro diccionario tiene un papel fundamental en la vida lingüística de la comunidad, pues da cuenta de una memoria colectiva anclada en la significación de la palabra y desplegada en la pluralidad de las hablas.

En este sentido, el diccionario es siempre un cruce entre el pasado y la actualidad del presente de la comunidad lingüística, es el depositario de la suma del hablar, el acervo idiomático que es propiamente la lengua. Por lo tanto, el diccionario contiene una referencia común, y se constituye en un espacio

³¹ *Ibid.*: 83.

³² Desde 1974 a partir de investigaciones elaboradas por el Ministerio de Educación de Paraguay se propone el currículo renovado para la enseñanza del guaraní en la educación media. La preocupación por la sobrevivencia del guaraní como parte de las políticas públicas data de décadas anteriores y se ha intensificado en los últimos años: la creación de una División de Lengua y Cultura Guaraní y del Instituto de Lingüística Guaraní funciona desde 1961; en 1974 se crea la Licenciatura en lengua guaraní, junto a ello se han generado espacios de televisión y de radio que promueven el idioma desde los años 80. Cf. Granda, *op. cit.*

³³ El único ejemplo análogo entre las naciones hablantes de español es la propia nación española, que tras la caída del franquismo ha comenzado a revalorar las identidades y las lenguas regionales en complemento con la existencia del castellano: "La Constitución, que entró en vigor el 29 de diciembre de 1978, en su artículo 3 dice textualmente: 1. El castellano es la lengua española oficial del Estado. Todos los españoles tienen el deber de conocerla y el derecho a usarla. 2. Las demás lenguas españolas serán también oficiales en las respectivas Comunidades Autónomas de acuerdo con sus Estatutos. 3. La riqueza de las distintas modalidades lingüísticas de España es un patrimonio cultural que será objeto de especial respeto y protección". Lastra, *op. cit.*: 37.

público legitimado, al cual cada sujeto tiene acceso y en cuya verdad confía: “el hablante cree que lo que indica el diccionario es lo que vale para la sociedad en su conjunto”³⁴.

De acuerdo a esta concepción es posible sostener que el diccionario es uno de los libros clave en todo proceso de emancipación nacional, justamente porque articula y otorga memoria a la comunidad; la labor lexicográfica es, por lo tanto, una tarea fundacional de la cultura nacional. De hecho, como lo documenta Anderson, tanto el movimiento nacionalista rumano, finlandés como el noruego, concentraron sus energías liberacionistas en la elaboración de diccionarios. Sin embargo, América Latina no ha realizado esa afirmación soberana de la lengua castellana y ha mantenido una relación de dependencia con la lexicografía española, la que, tal como lo señala vehementemente el lingüista Fernando Lara, es una lexicografía imperialista. De hecho, esta tradición lexicográfica se ha encargado de “definir las variaciones no peninsulares de la lengua como desviaciones de un ideal cuyo núcleo está en Madrid”³⁵.

El trazado de la figura geopolítica que define hoy la valoración y la propiedad de significación dibuja las mismas fronteras y articulaciones del poder que fueron impuestas durante la conquista y la colonización. Mientras la metrópoli mantiene su influencia en el ejercicio y el prestigio de su actividad lexicográfica (basada en una renuncia a considerar la variedad plurilingüística), la periferia sólo consigna su variedad colonial, en términos de desvío de la norma; desde este lugar, el trabajo del lexicógrafo no puede darse, sino con un carácter complementario, dependiente, materializado en términos de diccionario diferencial³⁶.

En este último apartado, nos referiremos a un escenario donde se subvierte esta relación de sujeción: la creación del Diccionario del Español de México. Como lo señala Fernando Lara, director del proyecto: “El proyecto surgió como un reto. En 1973, al Ministro de Relaciones Exteriores mexicano, Antonio Carrillo Flores, le parecía que si Estados Unidos tenía su propio diccionario, diferente de los diccionarios ingleses, México también debía tener uno, diferente de los diccionarios españoles”³⁷. El proyecto fue encomendado entonces, al Centro de Lingüística del Colegio de México y ha contado con financiamiento estatal³⁸.

³⁴ F. Lara, *Dimensiones de la lexicografía*, Colegio de México, México, 1990: 32.

³⁵ Lara, *op. cit.*: 223.

³⁶ Sin embargo, estos no son los únicos atributos de la lengua metropolitana: “El eje imperial no consiste solamente en la distinción entre una lengua española y sus -ismos; con él se aglutinan otros valores: en el orden temporal, el español peninsular como verdadera hora de la lengua, real contemporaneidad, frente a los españoles americanos detenidos en el pasado por sus arcaísmos (otros -ismos); en el orden social, el español de Madrid, ombligo de la cultura, frente a los españoles de los antiguos virreinos y audiencias, en donde solamente pudieron anidar criollos desestimados como indios, campesinos, artesanos y hampones”. Lara, *op. cit.*: 234.

³⁷ F. Lara, entrevista consignada en la publicación virtual www.unidadenladiversidad.com

³⁸ El gobierno mexicano ha creado, además, una “Comisión de Defensa del Español”.

La creación de esta empresa lexicográfica cuyo objetivo es la apropiación de la lengua –denominada española y no castellana– sitúa a la nación en un lugar distinto respecto del concierto de las naciones latinoamericanas e inflexiona su autonomía. Así lo afirman sus autores en la tercera entrega de versiones preliminares del diccionario:

“Nos encontramos a finales del siglo xx. México lleva casi doscientos años de vida independiente. Desde los inicios de la Colonia, la lengua en la que se ha venido manifestando la reflexión sobre nosotros mismos y en la que nuestra nación ha llegado a constituirse ha sido el español. En español hemos reflexionado, como pueblo, lo que fue la gran tragedia de la Conquista y lo que es ser mexicano, como fruto de la unión de dos grandes linajes: el ibérico y el indio; en español hemos construido nuestras instituciones nacionales, desde las leyes que han hecho de nuestro país un Estado hasta los modernos sistemas de comunicación por radio, televisión y prensa; en español hemos escrito nuestra historia y hemos producido nuestra literatura. Por eso no es de extrañar que consideremos que la lengua española es nuestra propia lengua. No una lengua extranjera, impuesta a nosotros –pero sí a la mitad de nuestros ancestros–, ni una lengua prestada, de cuya identidad hemos de informarnos en la antigua metrópoli colonial. El español, porque en él hemos nacido el noventa por ciento de los mexicanos, es nuestra lengua: centrada en nuestra tradición y nuestra experiencia histórica, que evoluciona con nosotros y, en parte, por nosotros. He ahí la justificación primera para presentar al público un diccionario del español de México, del cual este Diccionario del español usual en México es un tercer avance”³⁹.

En este sentido, y desde la perspectiva de las relaciones entre lengua y cultura nacional, el libro en desarrollo es un diccionario del español mexicano nacional que hará un esfuerzo por documentar todos los registros, todos los modos de hablar del pueblo mexicano en la totalidad de su territorio. En este contexto vuelve a aparecer la tensión entre oralidad y escritura, pues el diccionario deberá hacerse cargo de la inclusión de registros de uso en lengua oral y escrita. Para ello, los autores trabajarán a partir de un corpus que documenta textos hablados y escritos, esto asegura que el léxico consignado responde a un uso real de la lengua que no impone el uso de la lengua escrita sobre el oral y que además, consigna existencias en los diversos segmentos sociales y regionales.

Dado que el Diccionario del Español de México no tiene un carácter normativo, el proyecto es independiente de la Academia Mexicana de la Lengua y, por tanto, no pretende ser una autoridad, sino un trabajo de especialistas que puede convertirse en autoridad por la legitimidad de la labor y no por su origen. De hecho, los autores del diccionario difieren de los criterios estableci-

³⁹ F. Lara et al., Diccionario del español usual de México, 1998. http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/ecm/049270382782172132763103/p0000001.htm#I_1_

dos por la Academia para el uso del alfabeto haciendo con ello una opción que sigue criterios de carácter fonológico para el uso ortográfico y reafirma el valor específico del español ante el poder ejercido por otras lenguas⁴⁰.

En este sentido, la validez del *corpus*, su documentación y las opciones estructurales aspiran a tener una legitimidad que no se basa en una autoridad emanada del poder. El diccionario aspira a ser un libro que genere y afirme la cultura nacional, pero cuya legitimidad debe basarse en un atributo fundamental para la conformación de las sociedades y también para la definición de la práctica lexicográfica misma; este atributo es la noción de consenso: “Lo que encuentra el hablante en el diccionario es, consecuentemente, un léxico que se le presenta como hecho social, como *algo en lo cual la sociedad a la que pertenece está de acuerdo*”⁴¹. En este contexto, el lugar del lexicógrafo que trabaja en la conformación de la identidad nacional difiere absolutamente de la posición que ocupa la lexicografía imperialista. “El papel del lexicógrafo se convierte así en una mediación entre el hablante y su lengua. En cuanto a mediación, lo único que se espera es que sea lo suficientemente clara, abierta y respetuosa como para que el lector tenga siempre la sensación de que su lengua no le ha sido robada ni se le devuelve como un objeto ajeno e impuesto”⁴².

Reafirmar la valoración de la variedad lingüística implica, entonces, consignar la riqueza regional no ya bajo la forma de color local o de pintoresquismos ni bajo la sanción del barbarismo. Por el contrario, implica dar espacio a la manifestación de usos comunitarios, nacionales, y necesariamente heterogéneos del castellano. En este sentido, abocarse a la realización de empresas lexicográficas integrales, no ya diferenciales, es, sin duda, un gesto de apropiación de la lengua en el contexto de una cultura nacional.

⁴⁰ “Como todos los diccionarios que tienen como objetivo la comprensión de los vocablos, nuestro *Diccionario* sigue el orden alfabético. Las Academias de la Lengua adoptaron hace poco tiempo la decisión de eliminar de ese orden las letras *che* y *elle*, para sumarse a una concepción más general del alfabeto y, en consecuencia, intercalan en sus diccionarios los vocablos correspondientes como parte de la *ce* y la *ele*. El orden alfabético ha sido siempre una absoluta convención, por lo que nada tiene de extraño que las Academias lo modifiquen; nosotros hemos conservado distintas la *che* y la *elle* por dos razones: la primera es que no vemos ninguna ganancia en adoptar un alfabeto más general, cuando es derecho de todas las comunidades lingüísticas ajustarlo lo mejor posible a las peculiaridades de sus lenguas. La *che* y la *elle* [15] se sacrifican por ser dígrafas y no se ve que la *eñe* también es una peculiaridad del español, que se salva, porque a la tilde no se le asigna identidad propia. En el fondo, acercar el alfabeto del español a uno más general es aceptar la misma clase de argumentos que esgrimieron los comerciantes de teclados de computadora para atacar a la *eñe* y que motivaron una cerrada protesta de todo el mundo hispánico. La segunda es que la *che* sigue representando un fonema del español –como la *eñe*– que conviene mantener distinto para los que aprenden a escribir su lengua materna. La *elle*, en cambio, hoy es una representación del fonema /y/ en la mayor parte del mundo hispánico –a excepción de algunas zonas de Castilla la Vieja y de los Andes, que conservan distinto el fonema /ll/ del fonema /y/- y se conserva únicamente como reliquia etimológica de importancia, sin embargo, para la ortografía”. (Lara, F. *Diccionario del español usual de México* : http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/ecm/049270382782172132763103/p0000001.htm#1_1_)

⁴¹ F. Lara, *Dimensiones de la lexicografía*. *op. cit.*: 21, el destacado es nuestro.

⁴² Lara, *Diccionario del español usual de México*: *op. cit.*

CONCLUSIONES

El itinerario recorrido en estos tres escenarios confirma las complejas relaciones entre lengua, nación e identidad en Latinoamérica. Como hemos visto, las relaciones entre lengua e identidad están inscritas en el pasado colonial; por tanto, si la lengua castellana se constituye como una herencia, esta debe ser apropiada por los hablantes latinoamericanos como parte de un proceso de autoafirmación de la identidad regional respecto de España.

A la vez, desde las identidades nacionales, la relación entre lengua y nación ha sido compleja desde la conformación de los estados nacionales latinoamericanos. Ello puesto que en aquel momento fundacional de emancipación colonial los proyectos nacionales no volvieron su mirada al pasado original, conformado por la diversidad cultural indígena, ni tampoco incluyeron las formas de vida rural en su proyecto de constitución estatal. De esta manera, la heterogeneidad cultural y lingüística quedó soterrada en un proceso de homogenización cultural realizado desde la ciudad y mediante la imposición del castellano como lengua de la escritura y el desplazamiento de las lenguas indígenas y su confinamiento en una oralidad desprestigiada.

En este contexto, las políticas lingüísticas que hemos revisado evidencian en distintas direcciones las posibilidades de afirmación de las autonomías lingüísticas, ya sea mediante la apropiación latinoamericana o nacional de la lengua castellana, o bien, a través de la incorporación de la heterogeneidad lingüístico-cultural de cada nación.

La reforma a la ortografía decretada en Chile tuvo como el objetivo apropiarse desde una nación de la norma de la lengua castellana y proponer un uso ortográfico simplificado para todos los hispanohablantes. Esta apropiación constituía un acto de independencia respecto del pasado colonial; sin embargo, la reforma no obtuvo los resultados esperados, más bien confirmó la imposibilidad de erigir la norma panhispánica desde las naciones latinoamericanas, debido a ciertas actitudes lingüísticas enraizadas en los hablantes americanos.

Desde un ángulo opuesto, la ascensión de la lengua guaraní al carácter de lengua oficial de Paraguay evidencia una política de reivindicación de la identidad nacional en el contexto regional. Al proteger la supervivencia del guaraní, se expresa una conciencia nacional comunitaria que afirma, además, la diversidad y heterogeneidad lingüística constitutiva de las naciones latinoamericanas. Por otra parte, el bilingüismo de Paraguay se origina en una valoración tanto de los contextos de comunicación escrita como de los orales que hoy plantea como desafío la necesidad de otorgar valor a la escritura del guaraní como condición de su supervivencia.

Finalmente, el Diccionario del Español de México, aún en ciernes, evidencia la apropiación del sistema léxico total de la lengua española en un uso nacional. En ese gesto afirma la autonomía de una cultura nacional que abarca tanto la diversidad regional en su territorio como las diferencias inscritas en contextos escritos como orales. En la actualidad, aún no es posible dar cuenta de la auto-

ridad y la diseminación que este diccionario puede llegar a tener si los hablantes le otorgan un valor de afirmación de la identidad nacional.

El recorrido por estos tres escenarios evidencia que una conciencia de apropiación de la lengua castellana por parte de cada nación, junto a la valoración de la diversidad lingüística regional, debiera ser impulsada por prácticas político-culturales tendientes a afirmar la autonomía. De este modo, en los nuevos contextos de dominación "post-neo-colonial", las naciones americanas se orientarían a construir simbólicamente su identidad.

ACTORES SOCIALES Y SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN: ¿HACIA UNA SOCIEDAD SIN SUJETOS?

Carolina Gáinza Cortés*

Muchos autores señalan hoy que una nueva sociedad está surgiendo a partir del desarrollo del proceso de globalización, la crisis de los Estados nacionales y de las identidades tradicionales, las nuevas tecnologías, el debilitamiento de los actores sociales y de los movimientos sociales clásicos, etc. Los procesos anteriores han significado transformaciones en todas las dimensiones de la sociedad: en la economía, la política, la cultura, lo social y lo cultural. Sin embargo, en muchos de los planteamientos acerca de la nueva sociedad que estaría surgiendo las definiciones se quedan sólo en lo económico, en los procesos de globalización económica y las nuevas tecnologías como los elementos definitorios de esta nueva sociedad.

Estamos ante una sociedad que se está transformando y, por lo tanto podemos encontrar diversas caracterizaciones acerca de lo que definiría al nuevo tipo societal¹, donde se analizan diversos aspectos de estas transformaciones, la mayoría, como señalamos, poniendo énfasis en lo económico, pero también otras que analizan las dimensiones culturales, políticas y sociales. De esta manera se podría decir que estamos con un pie en un nuevo tipo societal y con el otro en el tipo societal anterior, es decir, la sociedad actual combina elementos nuevos que podrían configurar una nueva sociedad y elementos de la sociedad moderno-industrial que vimos desarrollarse durante parte del siglo XIX y todo el siglo XX.

El tipo societal que se analizará es el denominado "Sociedad de la Información". Es el nombre que mayormente se ha difundido para nombrar a la nueva sociedad, sobre todo en América Latina, donde podemos observar el impulso de varios programas destinados a construir una sociedad de la información, donde quien lidera este proceso es la CEPAL. En casi todo el mundo se impulsa una sociedad de la información que muy pocos saben definir, y en donde priman las definiciones de tipo economicista que señalan que la sola introducción

*Licenciada en Sociología, Magíster © en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile.

¹ Estas caracterizaciones podemos encontrarlas en: Manuel Castells. *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. I, II y III*. México, Alianza Editorial, 1997. Alain Touraine, *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*. México, Fondo de Cultura Económica, 1997. Manuel Antonio Garretón. *En qué sociedad vivi(re)mos. Introducción sociológica del cambio de siglo*. Santiago, LOM Ediciones, 2000. J. Berriain (comp), *Las consecuencias perversas de la modernidad*. España, Editorial Antrophos, 1996. Anthony Giddens. *Consecuencias de la Modernidad*. Barcelona, Alianza Editorial, 1997. Ulrich Beck, *La sociedad del riesgo*. Buenos Aires, Paidós, 1998. José Joaquín Brunner, *Educación e Internet, ¿la próxima revolución?*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2003. CEPAL, *Los caminos hacia una sociedad de la información en América Latina y el Caribe*, Documento elaborado para la Conferencia Ministerial Regional Preparatoria de América Latina y el Caribe para la Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información, Bávaro, República Dominicana, 2003, En Internet: <http://www.cepal.cl/cgi-bin/getProd.asp?xml=/publicaciones/xml/5/11575/P11575.xml&xsl=/ddpe/tpl/p9f.xsl&base=/tpl/top-bottom.xsl>

de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación² permitirían el paso hacia esta sociedad, que utiliza el manejo de información y la comunicación por medio de redes como elementos de definición. Autores como José Joaquín Brunner o instituciones como la CEPAL señalan a esta nueva sociedad como una oportunidad para el desarrollo y modernización de la sociedad latinoamericana, y aunque reconocen que la tarea de su impulso en la región no es fácil, plantean que es necesaria en la medida en que nos permitirá alcanzar los niveles de desarrollo de las sociedades que ya constituirían sociedades de la información, como Estados Unidos, Japón y algunos países de Europa.

Lo que se ausenta de estas discusiones, y que constituirá el tema central de este trabajo, es el papel de los actores sociales en la sociedad de la información. De esta manera, una sociedad no puede ser entendida sólo desde su instrumentalidad, como las transacciones económicas globalizadas, Internet, etc., sino que también debe ser comprendida desde los actores sociales, los sujetos, las relaciones de poder, los conflictos, etc. El modelo de sociedad de la información que hoy se impulsa y se discute en América Latina se ahorra el tema de la construcción de sujetos en la sociedad, el papel de los actores sociales y los conflictos sociales, o bien, se analizan desde un punto de vista muy marginal.

El planteamiento de Manuel Castells, uno de los autores más reconocidos en el análisis de la sociedad actual, a partir del papel de la información y las nuevas tecnologías, será nuestro punto de partida y quien proporcionará los elementos conceptuales para realizar una crítica de la forma en que se concibe la sociedad de la información en América Latina. Castells analiza una gran cantidad de procesos que hoy se estarían desarrollando en la sociedad actual desde el punto de vista de las transformaciones en las relaciones de poder, las relaciones de la experiencia y las relaciones de producción, así como también desde el conflicto que mueve a esta nueva sociedad: la oposición entre la red y el yo, entre la lógica de redes que mueve la economía mundial y que intenta extrapolarse a toda la sociedad, y las identidades que se resisten a esta nueva lógica. Todos estos conceptos serán definidos y explicados en la primera parte de esta discusión.

Luego de la presentación de los principales elementos conceptuales que Castells nos entrega para comprender el nuevo tipo societal, entraremos a discutir las visiones que priman en América Latina acerca de la sociedad de la

² Castells señala que estas tecnologías corresponden al “conjunto convergente de tecnologías de la microelectrónica, la informática (máquinas y software), las telecomunicaciones/televisión/radio y la optoelectrónica”. En: Manuel Castells, *La era de la información: economía, sociedad y cultura. Volumen 1: La sociedad red*, España, Alianza editorial, 1997, pág. 56. Una versión más ilustrativa de este proceso de convergencia tecnológica que derivó en el desarrollo de las Nuevas tecnologías de la información y la comunicación en CEPAL, *Los caminos hacia una sociedad de la información en América Latina y el Caribe*. Documento elaborado para la Conferencia Ministerial Regional Preparatoria de América Latina y el Caribe para la Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información, Bávaro, República Dominicana, 2003 en Internet: <http://www.cepal.cl/cgi-bin/getProd.asp?xml=/publicaciones/xml/5/11575/P11575.xml&xsl=/ddpe/tpl/p9f.xsl&base=/tpl/top-bottom.xsl>

información, recurriendo principalmente a Brunner, y su visión postmoderna que se ahorra la construcción de sujetos, y al planteamiento de la CEPAL, que sostiene una visión economicista e instrumentalista, pobre en lo teórico. Como señala Grínor Rojo: "...Es de mínima justicia separar a Castells de los burócratas y tecnócratas que lo ventriloquizan, porque olvidándose del influjo de la dialéctica althusseriana entre *los modos de producción* (las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción), de un lado, y los 'modos de desarrollo' (las relaciones técnicas de producción), del otro, que Castells no pierde jamás de vista, sus imitadores suelen subsumir a los primeros debajo de los segundos. Cuando eso ocurre, la visión burocrática y tecnocrática queda dueña absoluta del campo de batalla, y el pensamiento del lúcido Castells habrá servido sólo para barnizar un ideologismo que es teóricamente pobre, pero rico en intenciones alevés"³. La visión tecnocrática es la que prima en América Latina con respecto a la sociedad de la información, poniendo énfasis solo en las relaciones de producción y dejando de lado el análisis de las relaciones de poder y la construcción de sujetos. De esta manera, como veremos, resulta difícil que las personas encuentren un sentido a la sociedad de la información y, por lo tanto, estamos ante un proceso de modernización sin identidad, que llevan a cabo los poderes hegemónicos, dejando de lado la pregunta por el papel de los sujetos portadores de proyectos de cambio social.

I. ¿QUÉ ES LA SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN?

Los rápidos cambios que han experimentado nuestras sociedades a partir de la segunda mitad del siglo XX, y sobre todo en los últimos 20 años, han llevado a que muchos analistas sociales señalen que estamos ante el surgimiento de una nueva sociedad. Primero se comenzó hablando de sociedad de consumo, luego de sociedad postindustrial y hoy presenciamos una gran cantidad de caracterizaciones de esta nueva sociedad: sociedad del riesgo, sociedad de la información, sociedad red, sociedad postindustrial globalizada, etc.

Quizá de lo que más se habla hoy en día es de la sociedad de la información. A nivel mundial y regional es el modelo de sociedad que prima, y que generalmente se define por el modelo que representan las sociedades desarrolladas. A pesar de que se habla mucho de esta sociedad, las definiciones que existen acerca de ella son muy variadas y generalmente caen en definirla desde su instrumentalidad, es decir, a partir de la introducción y desarrollo de las nuevas tecnologías de la comunicación y de la información, transportando la lógica de conexión en red⁴ que mueve a estas tecnologías al funcionamiento de la sociedad.

³ Grínor Rojo, *Globalización e identidades nacionales... ¿De qué estamos hablando?*, Documento-Material del curso "Estudios Culturales Latinoamericanos" del postgrado en literatura, 2004, págs. 80-81.

⁴ Castells señala que las redes son un conjunto de nodos interconectados. Son estructuras abiertas capaces de expandirse sin límites. Ahora si aplicamos esta lógica a las sociedades, Castells

Sin embargo, para Castells, autor que revisaremos a continuación, la sociedad de la información es mucho más que tecnologías y redes de información.

Castells parte su análisis de la revolución tecnológica actual, pero es claro al señalar que la tecnología no define una sociedad, así como tampoco una sociedad determina el cambio tecnológico, “La revolución de la tecnología de la información, debido a su capacidad de penetración en todo el ámbito de la actividad humana, será mi punto de entrada para analizar la complejidad de la nueva economía, sociedad y cultura en formación (...) Por supuesto, la tecnología no determina la sociedad. Tampoco la sociedad dicta el curso del cambio tecnológico, ya que muchos factores, incluidos la invención e iniciativas personales, intervienen en el proceso de descubrimiento científico, la innovación tecnológica y las aplicaciones sociales, de modo que el resultado final depende de un complejo modelo de interacción. En efecto el dilema del determinismo tecnológico probablemente es un falso problema, puesto que tecnología es sociedad y esta no puede ser comprendida o representada sin sus herramientas técnicas”⁵.

Si bien, la revolución de las tecnologías de la información y la comunicación constituyen el punto de partida de los análisis de Castells, este no constituye el único elemento que le permite hablar de una nueva sociedad. Junto a estas tecnologías también señala la crisis de los modelos de desarrollo que convivieron durante casi todo el siglo XX: el estatismo y el capitalismo, lo que ha llevado al surgimiento de un nuevo modelo de desarrollo: el informacionalismo⁶, que surge de la reestructuración actual del capitalismo; y la aparición de nuevos movimientos sociales y culturales, en torno a identidades primarias que resisten a esta lógica de redes que domina en la nueva sociedad.

Estos procesos han ido dando forma a un nuevo tipo societal, la sociedad red. Castells señala que es posible hablar de una nueva sociedad cuando observamos transformaciones en tres dimensiones: en las relaciones de producción, en las relaciones de poder y en las relaciones de experiencia. Las *relaciones de*

señala que “una estructura social que se base en las redes es un sistema muy dinámico y abierto, susceptible de innovarse sin amenazar su equilibrio. Las redes son los instrumentos apropiados para una economía capitalista basada en la innovación, la globalización y la concentración descentralizada; para el trabajo, los trabajadores y las empresas que se basan en la flexibilidad y la adaptabilidad; para una cultura de deconstrucción y reconstrucción incesantes; para una política encaminada al procesamiento inmediato de nuevos valores y opiniones públicas; y para una organización social que pretende superar el espacio y aniquilar el tiempo...”. Manuel Castells, *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, Volumen 1, España, Alianza editorial, 1997, págs. 506-507.

⁵ *Ibid.*, pág. 31. Aquí Castells parece estar haciendo referencia a la idea que entiende a la tecnología como un subsistema de la cultura, ya que la tecnología no puede ser entendida, sino es en su relación con el sistema político, social, cultural y económico de una sociedad. Para este tema ver también: Arnold Pacey, *La cultura de la tecnología*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

⁶ “En el nuevo modo de desarrollo informacional, la fuente de productividad estriba en la tecnología de generación del conocimiento, el procesamiento de la información y la comunicación de símbolos (...) lo específico del modo de desarrollo informacional es la acción del conocimiento sobre sí mismo como principal fuente de productividad”, *Ibid.*, págs. 42-43

producción hoy se organizan en torno a una nueva forma de capitalismo, el capitalismo informacional, que presenta una nueva forma de concebir los procesos de producción, el trabajo y el capital, lo que deriva en nuevos tipos de relaciones económicas y sociales de producción. Los elementos centrales que están en la base de estas transformaciones son la conexión en red, ya sea de personas, industrias, procesos, etc., la flexibilidad, la innovación y la globalización de los mercados. Estos cambios tienen efectos en las relaciones de clase, donde Castells señala que "...La segmentación de la mano de obra, la individualización en el trabajo y la difusión del capital en los circuitos de las finanzas globales han inducido en conjunto la desaparición gradual de la estructura de clases de la sociedad industrial", con lo que plantea que actualmente los conflictos sociales no son expresión de la lucha de clases, sino que hoy podemos ver en una manifestación social grupos reunidos en torno a un elemento común o demandando o buscando reivindicar alguna problemática, donde conviven obreros, personas con estudios universitarios y sin trabajo, de distintos grupos sociales, donde el elemento unificador y la lucha ya no es de clase, sino que de un grupo heterogéneo con demandas particulares en torno a un objetivo común. No es que no estén presentes las luchas de los trabajadores o sindicatos, pero estos como elementos unificadores de la lucha social se han visto debilitados, y la lucha se traslada a otros ámbitos, lo que se relaciona estrechamente con el tema de las identidades y el debilitamiento de los referentes que daban sentido a la construcción de la identidad.

Con respecto a las *relaciones de poder*, el análisis de Castells se enfoca principalmente en la crisis del Estado-Nación. El Estado está siendo atacado por todos lados, por arriba está el proceso de globalización unido a la ideología neoliberal que quita soberanía a los Estados en la toma de decisiones, reduciendo sus capacidades al mínimo, lo que pone en cuestión su autoridad y su legitimidad. Las decisiones políticas y económicas importantes son tomadas fuera de los límites del Estado-Nación, y a este Estado no le queda otra cosa más que paliar los efectos negativos de estas decisiones, la que ha pasado a manos de empresas multinacionales y organismos internacionales. El poder se difumina en las redes, ya no existe un centro de poder. Por otro lado, el Estado-Nación constituyó el pilar fundamental de la Sociedad Industrial Moderna, era él que unificaba a la sociedad civil en torno a una idea de nación moderna que aglutinaba a todas las demás fuentes de identidad que podían coexistir bajo esta identidad estatal nacional como la define Garretón⁷. El Estado-Nación constituía el referente principal en torno al cual se construía la identidad. Hoy, frente a la crisis del Estado Nación, se pierde el referente principal de construcción de la identidad colectiva, y tenemos lo que muchos autores denominan como *explosión de identidades*, que ataca por abajo a un Estado que ya no es capaz de cumplir sus promesas, que deja de lado a la sociedad civil, porque se vuelca hacia la

⁷ Manuel Antonio Garretón, *La sociedad en que vivimos*, Santiago, LOM Ediciones, 2000.

integración internacional de los países, en desmedro de poner atención a las demandas de sus ciudadanos, con lo que el concepto mismo de ciudadanía y de democracia representativa, junto con el Estado, se debilitan.

Finalmente, las transformaciones en las *relaciones de experiencia* tienen que ver con la crisis del patriarcado y la consecuente redefinición de la familia, relaciones de género, la sexualidad y la personalidad. Como plantea Castells: “la transformación más fundamental de las relaciones de experiencia en la era de la información es su transición a un modelo de relación social construido, primordialmente, por la experiencia real de la relación”⁸, con lo que se refiere a que cada persona, según su experiencia individual, va construyendo modelos de conducta frente a la crisis del patriarcado que imponía modelos de conducta y socialización, lo que claramente tiene que ver con el vuelco hacia el sí mismo.

Las transformaciones en estas tres dimensiones son un producto de la nueva morfología social que caracteriza a esta sociedad: las redes. La lógica de enlaces que estas redes representan son las responsables de las transformaciones en las tres dimensiones mencionadas, y penetran toda la estructura social. La sociedad red configura un tipo ideal compuesto por redes de producción, poder y experiencia, que construye una cultura de la virtualidad real en los flujos globales que trascienden el tiempo y el espacio. La cultura de la virtualidad real es entendida como aquella que sustituye los lugares por el espacio de los flujos y que rompe con el tiempo, introduciendo un tiempo atemporal. La virtualidad real es un sistema en el que la propia realidad está plenamente inmersa en un escenario de imágenes virtuales, en un mundo de representación, en el que los símbolos constituyen la experiencia real. La economía informacional global corresponde a un sistema en que la productividad se genera y la competitividad se ejerce por medio de una red global de interacción, donde la productividad y competitividad dependen de la capacidad de generar, procesar y aplicar la información basada en el conocimiento⁹. Sin embargo, en la práctica, donde estas redes son observables en mayor medida es en la economía, en las relaciones de producción. Como señala Castells: “la nueva economía se organiza en torno a las redes globales de capital, gestión e información, cuyo acceso al conocimiento tecnológico constituye la base de la productividad y la competencia”¹⁰. Las redes, en este sentido, no significan una desaparición del capitalismo, sino que, por el contrario, la sociedad red es actualmente una sociedad capitalista. Sin embargo, se trata de un capitalismo diferente de sus antepasados: es global y se estructura en torno a redes de flujos financieros, que se mueven en un mercado global que funciona en el espacio atemporal de los flujos. Por otro lado, este capitalismo necesita del conocimiento generado y procesado por las nuevas tecnologías de la información y la comunicación para operar en estas

⁸ Manuel Castells, *La era de la Información. Economía, Sociedad y Cultura*, Volumen III, México, Alianza Editorial, 1997, pág. 383.

⁹ Todos estos procesos son tratados ampliamente en el Volumen I de la obra de Castells.

¹⁰ Manuel Castells, *op. cit.*, Vol. I, pág. 507.

redes de flujos financieros. Estas redes de flujos de capital y de información, las formas de gestión y producción en red, en fin, este nuevo modo de producción capitalista determina actualmente la relación social en todo el planeta. De esta manera estamos ante "...una sociedad que, por lo tanto, puede llamarse con propiedad la sociedad red, caracterizada por la preeminencia de la morfología social sobre la acción social"¹¹.

Si bien Castells, en el primer volumen de su obra, analiza toda esta morfología de redes que producen cambios a nivel de las relaciones de producción, la experiencia, el poder y la cultura, y que constituirían la nueva estructura que permitiría hablar de una nueva sociedad, en sus otros volúmenes, sobre todo, en el volumen II de "la era de la información", el autor analiza las fuerzas que se oponen a esta lógica dominante, y que proviene principalmente de cómo se reorganizan las identidades y el surgimiento de nuevos movimientos sociales. De esta manera, el conflicto que es posible visualizar en medio de estas transformaciones, es, como ya habíamos mencionado, la oposición entre la red y el yo, es decir, la oposición entre unas redes que disuelven todo en el espacio de los flujos atemporales y las personas que se escudan en trincheras de resistencia identitaria para no ser absorbidas en un espacio homogeneizador.

Como señala Touraine, se trata de una disociación entre cultura y economía, debido a que "nuestra cultura ya no gobierna nuestra organización social, la cual, a su vez, ya no gobierna la actividad técnica y económica. Cultura y economía, mundo instrumental y mundo simbólico se separan"¹². En este marco, el diagnóstico se relaciona con la presencia de una desocialización en nuestras sociedades, donde las relaciones sociales se hacen difusas, y vivimos todos juntos en una pretendida sociedad mundial interconectada, pero paradójicamente separados por nuestras diferencias, ya sea étnicas, religiosas, de edad, sexo, etc. En el modelo de sociedad industrial había una correspondencia entre roles e identidad, cada persona cumplía un rol en la sociedad, de acuerdo a lo que sus instituciones y organizaciones establecen, y eso se correspondía con la identidad. Como señala Garretón, la destrucción de la correspondencia que existía entre economía, política, cultura y sociedad en el tipo societal moderno-industrial ha llevado a que hoy tal correspondencia se haya disuelto; "...en la sociedad industrial, lo normal era lo que llamábamos 'congruencia de estatus': un obrero de bajo nivel de educación, y por lo tanto, de ingreso, de familia patriarcal y conciencia de su clase, sociabilidad entre compañeros de trabajo y voto comunista o socialista, es decir, de izquierda..."¹³. La correspondencia entre los roles y la identidad se daba, porque los actores sociales interiorizaron estos roles, adquiriendo un sentido dentro del proceso de construcción de

¹¹ *Ibid.*, pág. 505.

¹² Alain Touraine, *¿Podremos Vivir Juntos? Iguales y diferentes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, pág. 9

¹³ Manuel Antonio Garretón, *La sociedad en que vivi(re)mos. Introducción sociológica al cambio de siglo*, Santiago, LOM Ediciones, 2000, pág. 38.

identidad y, además, un sentido dentro de la sociedad global. Sin embargo, frente a la pérdida del referente principal que daba sentido a estos roles y ante la crisis del tipo societal que mantenía la unidad de las dimensiones política, económica, social y cultural, el actor deja de ser social, se inclina hacia sí mismo y se define más por lo que es que por lo que hace, volcándose mayormente a la preocupación por la constitución del sí mismo o hacia su comunidad, y menos hacia el nivel del colectivo social que habita. De esta manera, Touraine señala que “cuanto más difícil resulta definirse como ciudadano o trabajador en esta sociedad globalizada, más tentador es hacerlo por la etnia, la religión o las creencias, el género o las costumbres, definidos todos como comunas culturales”¹⁴. En este sentido, al tipo societal actual ya no le corresponde ninguna figura emblemática, ningún actor social central, como fue el ciudadano o el trabajador, sino que estamos ante una multiplicidad de actores que muchas veces se cierran sobre su comunidad.

De esta manera, las personas se repliegan sobre sí mismas al perder los referentes que daban sentido a las identidades colectivas, o se atrincheran en grupos identitarios de resistencia, en donde no existen proyectos de cambio social, sino que simplemente la etnia, la religión, el territorio, etc., les permiten resguardarse de las lógicas homogeneizadoras, y constituyen referentes de sentido que muchas veces visualizan al “otro” como un enemigo, es decir, no hay una comunicación entre las distintas identidades o movimientos que hoy podemos visualizar a nivel mundial. Sin embargo, para Castells, estos movimientos de resistencia son importantes en la medida que, a partir de ellos, emergerán los sujetos portadores de proyectos de cambio social global, los actores sociales centrales de la nueva sociedad, como en algún momento lo fue el movimiento obrero¹⁵.

La pregunta planteada por Touraine: ¿Podremos vivir juntos?, es aclaratoria de esta situación, ya que lo que hace falta aquí, como también lo señala Castells, es concebir el tema de las identidades de otra manera, ya no como la imposición de una identidad homogénea que engulla las diferencias, a la manera de la identidad nacional, sino que se trata de buscar espacios comunes que permitan la comunicación entre las identidades para generar proyectos comunes de sociedad. Y en este sentido, la lógica de redes es útil en la medida que permite la comunicación entre los sujetos en esta nueva sociedad.

Al respecto Castells señala que los sujetos portadores de cambio social deben ser capaces de invertir la lógica de redes dominante. Según el autor: “Las entidades que expresan proyectos de identidad orientados a cambiar los códigos culturales deben ser movilizadoras de símbolos”¹⁶, por lo tanto, deben actuar

¹⁴ Alain Touraine, *op. cit.* Pág. 39.

¹⁵ Un análisis completo de las identidades de resistencia que son posibles de visualizar en el escenario mundial actual es posible encontrarlo en el primer y segundo capítulos del volumen II de la obra de Castells.

¹⁶ Manuel Castells, *op. cit.*, Vol II, pág. 400.

sobre la cultura de la virtualidad real invirtiendo su lógica en nombre de valores alternativos. Castells observa dos entidades potenciales en este sentido: 1) Los profetas, que no son líderes carismáticos o estrategas, dan un rostro a un tipo de sublevación simbólica, de manera que los insurgentes se identifican con la lucha a partir de un símbolo, como es el caso del rostro cubierto del subcomandante Marcos. Como la sede del nuevo poder “es la mente de la gente”¹⁷ y se muestra difuso en una serie de códigos de información e imágenes de representación, los rebeldes sin voz la adquieren y su identidad penetra el ámbito de las luchas simbólicas, al lograr tener el poder o buscar insertarlo, en las mentes de las personas. 2) Por otro lado están los nuevos movimientos sociales, que penetran gran cantidad de territorios y mentes debido a su lógica de comunicación en red, interconectada y descentralizada, que se sirve de la lógica interconectada de la Sociedad Red no sólo en redes de comunicación, sino en redes de cooperación e intercambio, para producir y transmitir sus códigos culturales.

Estos nuevos movimientos sociales son quizás desde donde sea posible que emerjan los sujetos portadores de proyectos de sociedad, ya que “refleja y contrarresta la lógica interconectada de dominio de la sociedad informacional”¹⁸. Es el caso del movimiento ecologista que Castells analiza ampliamente en su libro, construido en torno a redes de comunicación e información y de transmisión de códigos culturales, y con una actividad que no tiene centro, que opera en todas partes. Se trata de redes electrónicas alternativas, que utilizan las redes y otros mecanismos para transmitir sus proyectos culturales, sociales y políticos alternativos a los que dominan las redes, así como también podemos encontrar redes de resistencia en el movimiento feminista, en los movimientos rebeldes contra el orden global y en los movimientos fundamentalistas religiosos.

Entonces, si bien, como plantea Castells, hoy estamos ante una sociedad en que la morfología social está por sobre la acción social, es posible visualizar actores y movimientos que están utilizando esa misma morfología de redes en contra de las redes dominantes, dejando de manifiesto que la sociedad actual no es sólo una sociedad de redes, tecnologías y globalización, sino que también están surgiendo actores sociales y posiblemente sujetos proactivos que se oponen al poder presente en esas redes, a la homogeneización y la morfología social que esta lógica impone. En este sentido, los planteamientos postmodernos que se ahorran la idea de sujeto y que plantean que es imposible la construcción de sujetos colectivos en cuanto a que las identidades hoy son híbridas, y cambian constantemente, donde las personas son libres de elegir su propia vida, etc., sin quererlo quizá, son muy acordes con la ideología capitalista neoliberal que se difunde a través de las redes. Con Castells es posible visualizar una lucha desde los actores sociales que trae al análisis social nuevamente el análisis de los conflictos que también mueven a las sociedades, las moldean y las definen, y donde es posible la construcción de sujetos colectivos, que no homogenizan,

¹⁷ *Ibid.*, pág. 399.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 401.

sino que funcionan como canales de comunicación y difusión del cambio social. De esta manera, como plantea Touraine, se trata de "...revelar en la sociedad de la información, como en otros tipos de sociedad, relaciones de dominación y conflictos sociales, y rechazar la idea inquietante de una sociedad definida únicamente por su cambio, reducida, por consiguiente, a mercados y acciones estratégicas, una sociedad desembarazada para siempre de conflictos y actores sociales centrales". En este sentido, la sociedad de la información debe ser analizada en sus conflictos sociales, en las relaciones de poder y dominación y en el papel que los actores sociales juegan dentro de ella, y no sólo desde la perspectiva que pone a la globalización y las nuevas tecnologías de la comunicación y de la información como los definidores de esta nueva estructura social.

II. LA SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN EN AMÉRICA LATINA. ¿DÓNDE ESTÁN LOS ACTORES SOCIALES?

Para la ITU (International Telecommunication Union), institución internacional desde donde se han promovido y organizado las principales cumbres, congresos y lineamientos acerca de la sociedad de la información y su construcción a nivel mundial, esta nueva sociedad aparece definida en torno al uso y aprovechamiento de las TIC. Para esta entidad, "*desde 1980, la sociedad de la información ha sido uno de los términos clave utilizados para describir el mundo de hoy*"¹⁹, señalando que se trata de un concepto que ha sido empleado con variantes sociales, culturales, económicas y técnicas, pero que es típicamente visto como parte del desarrollo natural de la tradición liberal europea o de la modernidad tecnológica americana. Se asume que la sociedad de la información está entre nosotros, y que lo urgente es clarificar los elementos que la definen y sus principales características y principios. Según la ITU, lo primero es reconocer el rol fundamental que juegan las TIC en la sociedad de la información. A partir de ese reconocimiento, también es fundamental reconocer la inequidad existente en su distribución y acceso, por lo cual, su construcción debe ser guiada en dirección a superar estas problemáticas.

Dentro de lo relacionado con la distribución de las TIC se plantea el principio de que estas tecnologías deben constituirse como un "servicio universal", es decir, que todas las personas puedan contar con servicios básicos de tecnología, como es teléfono, computadoras, acceso a Internet, etc. Por otro lado, está el "acceso universal", que plantea la necesidad de incorporar en esta "construcción" no sólo elementos de infraestructura, sino que también factores culturales, económicos, políticos y sociales, relacionados con la educación, la capacitación, regulación y constitución de marcos legales, cooperación internacional, respeto de los derechos humanos, etc.

¹⁹ Claudia Sorroco, *Elements and principles of the information society*, ITU en Internet: <http://www.itu.int/osg/spu/wsis-themes/Access/BackgroundPaper/IS%20Principles.doc>

Los principios antes mencionados son resultados, y han sido debatidos en diversas cumbres mundiales y congresos, como ya se había mencionado, desde donde han resultado varias declaraciones de principios. En América Latina quien está llevando este proceso es la CEPAL. Las dos cumbres más importantes al respecto se han realizado en Florianópolis, Brasil, y en Bávaro, República Dominicana, donde se pueden ver expresados los principios y lineamientos expresados por la ITU.

Desde la CEPAL, la sociedad de la información es entendida como “un sistema económico y social donde el conocimiento y la información constituyen fuentes fundamentales de bienestar y progreso, que representa una oportunidad para nuestros países y sociedades, si entendemos que el desarrollo de ella en un contexto tanto global como local requiere profundizar principios fundamentales, tales como el respeto a los derechos humanos dentro del contexto más amplio de los derechos fundamentales, la democracia, la protección del medio ambiente, el fomento de la paz, el derecho al desarrollo, las libertades fundamentales, el progreso económico y la equidad social”²⁰. El modelo propuesto por la CEPAL está conformado por tres sectores: los sectores horizontales, que constituyen el piso de la sociedad de la información, es decir, infraestructura física (computadores, Internet, telefonía, etc.), y servicios genéricos (usos que se dan a las TIC). Luego encontramos los sectores verticales, que tienen que ver con el “proceso de digitalización” en la sociedad, donde se da sentido a la tecnología que se posee. Es aquí donde se produce la mayor transformación, ya que todos los sectores o dimensiones de la sociedad entran en un proceso de construcción de redes digitales por donde transitan flujos de información que los intercomunican. De esta forma, la educación es e-educación, salud es e-salud, gobierno es e-gobierno, etc. Finalmente, tenemos los sectores transversales. Estos sectores tienen que ver con los marcos regulatorios de la actividad digital, los mecanismos de financiamiento de la tecnología y la creación de capital humano que permita el uso de esas tecnologías y el manejo de información²¹.

Si bien aquí se señala un aspecto importante que tiene que ver con que exista un control social de la introducción y difusión de estas tecnologías, acorde con los derechos humanos, los principios democráticos, etc., la verdad es que se trata de un ideal que en la práctica no se da en América Latina, y que es difícil que un modelo societal pueda solucionar, ya que se trata de problemáticas que nuestro continente arrastra desde hace décadas y que se han agudizado con la implantación del modelo neoliberal en casi toda la región (exclusión social,

²⁰ CEPAL. Declaración de Bávaro en Internet: <http://www.cepal.cl/cgi-bin/getProd.asp?xml=/prensa/noticias/noticias/9/11719/P11719.xml&xsl=/prensa/tpl/p1f.xsl&base=/tpl/top-bottom.xsl>. Pág. 1.

²¹ Para un mayor detalle acerca de los componentes del modelo propuesto por la CEPAL, ver: Los caminos hacia una sociedad de la información en América Latina y el Caribe. Documento elaborado para la Conferencia Ministerial Regional Preparatoria de América Latina y el Caribe para la Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información. Bávaro, República Dominicana. 2003 en Internet: <http://www.cepal.cl/cgi-bin/getProd.asp?xml=/publicaciones/xml/5/11575/P11575.xml&xsl=/ddpe/tpl/p9f.xsl&base=/tpl/top-bottom.xsl>

marginalidad, pobreza, destrucción del medio ambiente, etc.). En sociedades tan desiguales como las nuestras, con altos niveles de pobreza y exclusión social, es difícil que esta sociedad de la información que promueve la CEPAL encuentre un sentido en la vida de las personas. En el contexto latinoamericano, las tecnologías aparecen más como un elemento que acentúa las desigualdades existentes que como un elemento que facilite y mejore la vida de las personas.

Para autores como Brunner, la sociedad de la información es una realidad y hay que integrarse a ella a como dé lugar. El autor señala, al igual que Castells, que estamos ante una sociedad que se estructura en torno a relaciones de red, donde las posiciones fijas, las jerarquías y las fronteras se desvanecen para dar paso al espacio de los flujos, donde la flexibilidad y la conectividad son las principales características. De esta manera, “la relevancia social de cualquier agente en la estructura pasa a estar condicionada por su presencia –o ausencia– en redes específicas”²².

Sin embargo, a diferencia de Castells, Brunner analiza esta sociedad sólo desde lo que Castells llama “las relaciones de producción”, o bien, desde el punto de vista de la “nueva economía en red”. Todas las dimensiones de la sociedad deben adaptarse al funcionamiento de las redes, la cultura, la educación, el trabajo, etc., en el ámbito del mercado. Como señala el mismo autor: “La cultura –entendida como conocimiento, información y educación– se transforma en un factor decisivo para la riqueza de las naciones (...) lo anterior conlleva que los procesos y productos culturales, incluida la educación, entran de una manera hasta ahora desconocida y no prevista en el ámbito del comercio y el mercado...”²³.

Para Brunner, lo que define a esta nueva sociedad y le da forma son las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación, donde Internet representa la morfología de la nueva estructura social: “Internet es una de las expresiones más interesantes de esta nueva revolución (...) lo importante, sin embargo, estriba en el hecho de que esta red globalizada representa tres características de una nueva arquitectura social que con el tiempo, quizá, llegue a ser predominante en todo el mundo. En primer lugar, se trata de un sistema autoorganizado. Nació y se ha desarrollado sin un centro motor, sin planificación centralizada ni control desde arriba. Es por lo mismo una arquitectura horizontal y antijerárquica, todo lo contrario de los modelos burocráticos de organización a los que estábamos acostumbrados. En seguida, es una red abierta al que desee conectarse. Para participar no hay que pedir permisos especiales ni comprometer militancias. Se toma o se deja a voluntad del usuario. Nadie está forzado a moverse a una dirección predeterminada una vez que ingresa a la red. Tiene opciones y más opciones. Por último, es una arquitectura interactiva. Al ingresar, uno se pone en contacto, “está en red”. Cada nuevo miembro apro-

²² José Joaquín Brunner, *Educación e Internet, ¿la próxima revolución?*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2003, pág. 54.

²³ *Ibid.*, págs. 65-66.

vecha la totalidad del espacio comunicativo disponible. Mientras más personas ingresan, mayor es el valor de la red”²⁴.

Esta libertad de entrar y salir de la red, la conectividad que permite y su flexibilidad, aseguran, según Brunner, la igualdad en el acceso a estas tecnologías y, por lo tanto, a la sociedad de la información. Al igual que lo que se puede apreciar en el análisis de la CEPAL, el desarrollo económico es el que prima en esto análisis, donde todas las demás dimensiones no tienen más que adecuarse a la lógica de redes. Sin embargo, la promesa de las nuevas tecnologías de generar mayor igualdad en el acceso al conocimiento, mayores libertades y opciones, constituyen una falsa promesa en la medida de que el ideal que señalan choca con las realidades concretas, sobre todo, en sociedades como las nuestras. Como señala Mattelart, se trata de “...una nueva sociedad en que los grandes desequilibrios socioeconómicos encontrarían solución (...) Las tecnologías de la información y la comunicación se han erigido en vías de salida de la crisis política y económica. Frente al desmoronamiento del consenso social y del modelo de desarrollo y crecimiento de las sociedades humanas, se convierten en la panacea”²⁵.

De esta manera, los planteamientos aquí discutidos, si bien reconocen la importancia de los factores culturales, sociales y políticos, en la práctica caen en un reduccionismo económico, donde el primer paso para construir esta sociedad de la información es alcanzar los estándares económicos y tecnológicos de las sociedades más desarrolladas, y luego viene todo lo demás. De esta manera, como señala García De La Huerta: “...La esfera económica aparece consiguientemente privilegiada frente a la esfera jurídico-política o ideológica, lo que hace posible, por otra parte, sentar las bases para una concepción estructural de la sociedad y una teoría del cambio, es decir, una teoría de la historia donde el nivel económico de la estructura resulta determinante...”²⁶.

Si no son los Estados ni los actores sociales quienes piensan esta nueva sociedad ni planifican su desarrollo, ¿son los mercados, los poderes transnacionales fantasmas, la nueva economía en red? La modernidad siempre combinó la dimensión instrumental con la dimensión emancipatoria, y si bien en algunos momentos una primó por sobre la otra, ambas estaban presentes. En la idea de sociedad de la información que está penetrando en América Latina, esa dimensión emancipatoria, en donde los actores sociales se convierten en sujetos portadores de un proyecto de cambio social que lucha contra los poderes dominantes, parece estar ausente, y la dimensión instrumental parece dominar todo el campo social. La pregunta por lo actores sociales o por los sujetos está ausente en ambos planteamientos. Brunner incluso habla de agentes, como si a

²⁴ José Joaquín Brunner, *Globalización cultural y posmodernidad*. Santiago, Fondo de Cultura Económica, 1998, págs. 99-100.

²⁵ Armand Mattelart, *Geopolítica de la cultura*. Santiago, LOM ediciones, 2002, págs. 123-124.

²⁶ Marcos García De La Huerta, *Crítica de la razón tecnocrática*, Santiago, Editorial Universitaria, 1990, pág. 155.

las personas no les quedará otra opción que convertirse en agentes de mercado, sin proyectos colectivos, donde cada uno se mueve libremente en el espacio de los flujos, con igualdad de acceso y oportunidades. En el caso de la CEPAL, si bien aquí se analiza la participación de las mujeres, de las etnias, de los jóvenes, en la sociedad de la información no se plantea en ningún momento el papel que estos actores juegan en la construcción de este modelo, ni tampoco si se trata de un modelo adecuado a las características particulares de nuestras sociedades.

Sin embargo, es necesario comenzar a pensar, como podemos apreciar en el análisis de Castells, dónde están esos actores sociales, en qué espacios sociales y culturales podemos encontrar, si no sujetos totalmente conscientes de sí mismos, embriones de los sujetos que puedan hacer frente a la lógica dominante. Y quizás ya no los encontremos entre los obreros, entre los movimientos políticos, entre los movimientos democráticos o en cualquiera de los movimientos clásicos que conocíamos, sino que, como señala Castells, pueden estar en la resistencia de aquellos grupos identitarios que se oponen a la homogeneización que trae consigo la globalización, que luchan contra la discriminación étnica, o que se unen en los territorios para hacer frente al vacío que dejó el Estado-Nación, que utilizan las redes para comunicar sus proyectos sociales y generar puentes de comunicación que les permitan encontrar elementos comunes para luchar en conjunto. Es lo que podemos ver en los foros sociales que se han realizado en tantos países de la región, y que demuestran que la movilización colectiva es posible frente al fin de los sujetos, a la atomización e individualización que pregona la ideología neoliberal que domina los procesos de globalización económica.

III. BIBLIOGRAFÍA

- Ulrich Beck, *La sociedad del riesgo*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- J. Beriain (comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*, España, Editorial Antropos, 1996.
- José Joaquín Brunner, *Globalización cultural y posmodernidad*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- *Educación e Internet. ¿La próxima revolución?*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Manuel Castells, *La era de la información: economía, sociedad y cultura. Volumen I: La sociedad red*, España, Alianza editorial, 1997.
- *La era de la Información: Economía, Sociedad y Cultura. Volumen II: El poder de la Identidad*, México, Editorial Siglo XXI, 1999.
- *La era de la Información: Economía, Sociedad y Cultura. Volumen III: Fin de milenio*, España, Alianza editorial, 1997.
- *Globalización, Identidad y Estado en América Latina*, Santiago, PNUD, 1999.
- CEPAL, *América Latina y el Caribe en la transición hacia una sociedad del conocimiento*. Documento elaborado para la Conferencia Ministerial Regional Preparatoria de América Latina y el Caribe para la Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información, Bávaro, República Dominicana, 2003. En Internet: <http://www.cepal.cl/cgi-bin/getProd.asp?xml=/publicaciones/xml/5/11575/P11575.xml&xsl=/ddpe/tpl/p9f.xsl&base=/tpl/top-bottom.xsl>

- CEPAL. Declaración de Bávaro. En Internet: <http://www.cepal.cl/cgi-bin/getProd.asp?xml=/prensa/noticias/noticias/9/11719/P11719.xml&xsl=/prensa/tpl/p1f.xml&base=/tpl/top-bottom.xml>
- Carolina Gaínza, *Sociedad, Estado y Tecnología: ¿Qué pasa hoy con nuestras sociedades?*, en *Revista de Sociología* N° 17, Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago, 2003.
- *La Sociedad de la Información en América Latina. El pensamiento de la CEPAL*, en prensa, Revista Electrónica de la Universidad Alberto Hurtado, Santiago, segundo semestre de 2004.
- *Identidad y Globalización en Manuel Castells: hacia una nueva articulación*, revista *Mapocho* N° 56, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Santiago, segundo semestre de 2004.
- Manuel Antonio Garretón, *La sociedad en que vivi(re)mos. Introducción sociológica al cambio de siglo*, Santiago, LOM Ediciones, 2000.
- Marcos García De La Huerta, *Crítica de la razón tecnocrática*, Editorial Universitaria, Santiago, 1990.
- *Memorial del debate con el mundo mecánico: en torno al trabajador de Jünger*, *Estudios Públicos* N° 69, Santiago, 1998.
- *Globalization: Homogenization with an increasing technological GAP*, en Carl Mitcham, *Philosophy of technology in Spanish speaking countries*, Kluwer Academic Publishers, 1993.
- *Technology and politics: toward artificial history?*, en Carl Mitcham, (ed.). *Philosophy of technology in Spanish speaking countries*, Kluwer Academic Publishers, 1993.
- *El progreso como mito imaginario técnico*, en revista *Mapocho* N° 39, primer semestre 1996, DIBAM, Santiago.
- Anthony Giddens, *Consecuencias de la Modernidad*, Barcelona, Alianza Editorial, 1997.
- Jürgen Habermas, *Ciencia y técnica como ideología*, Editorial Tecnos S.A., 1997.
- Armand Mattelart, *Geopolítica de la cultura*, Santiago, LOM ediciones, 2002.
- Carl Mitcham, Margarita Peña B. (editores), *El nuevo mundo de la filosofía y la tecnología*, Actas del Primer Congreso Interamericano de la Filosofía de la Tecnología, 5 al 9 de octubre de 1988, Universidad de Puerto Rico, STS Press, 1990.
- Arnold Pacey, *La cultura de la tecnología*, Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Grínor Rojo, *Globalización e identidades nacionales... ¿De qué estamos hablando?* Documento-Material del curso "Estudios Culturales Latinoamericanos" del Postgrado en Literatura, 2004.
- Eduardo Sabrovsky (Comp), *Tecnología y modernidad en Latinoamérica. Ética, política y cultura*, Ediciones Pedagógicas Chilenas, 1992.
- Claudia Sorroco, *Elements and principles of the information society*, ITU, en Internet: <http://www.itu.int/osg/spu/wsis-themes/Access/BackgroundPaper/IS%20Principles.doc>
- Alain Touraine, *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

Como es sabido, en la época barroca el teatro se convierte en un espectáculo total. El público no asistía sólo a la representación de una comedia, sino a una fiesta teatral completa y compleja, en el marco de una fiesta dramática de varias horas de duración, que, tras unos preliminares (rasgueos de guitarra), constaba de una loa, el primer acto de la comedia, un entremés, el segundo acto, un baile o jácara, el tercer acto y una mojiganga o fin de fiesta para acabar. Así, pues, los distintos subgéneros del teatro breve eran componentes esenciales de la fiesta dramática barroca, y resultaban especialmente bien recibidos por el público, como indican estos versos del *Viaje entretenido* de Agustín de Rojas Villandrando:

*Hacían cuatro jornadas,
tres entremeses en ellas,
y al fin con un bailecito
iba la gente contenta.*

A continuación examinaré someramente todos esos subgéneros del teatro breve, denominación preferible a la de *teatro menor*, dado el matiz peyorativo con que a veces se ha entendido el sintagma: para algunos, este teatro menor en extensión lo sería también en calidad. Daré de cada subgénero su definición, esto es, sus rasgos característicos y haré un repaso de los autores y títulos, con especial atención al entremés, que es el tipo más destacado. Al final añado una bibliografía que, dado el carácter panorámico de este trabajo, he procurado recogiese con cierto detalle las principales ediciones de textos y los estudios más notables.

I. EL ENTREMÉS

Es una pieza cómica breve que, en el entramado de la fiesta teatral barroca, acompañaba a la representación de las comedias y los autos. Este subgénero dramático esencialmente jocoso, que tiene su precedente en los *pasos* de Lope de Rueda y otros autores renacentistas, explora al máximo la comicidad verbal (hace uso de todos los recursos de la jocosidad disparatada) y también la escénica (gestos grotescos, movimientos descompuestos, peleas, persecuciones, etc.). En otro orden de cosas, manifiesta una clara inclinación a la temática costumbrista. No se trata de un subgénero desgajado de la comedia, como durante algún tiempo se pensó, sino que tiene autonomía propia. Agustín de la Granja ha estudiado su relación con el Corpus Christi¹ (se escribían entremeses para acompañar a

* GRISO-Universidad de Navarra.

¹ A. de la Granja, "El entremés y la fiesta del Corpus", *Crítica*, 42, 1988, págs. 139-53.

los autos sacramentales representados en Madrid, Toledo, Sevilla, Valladolid y otras ciudades). El *entremés* –término que convivió en la época con otros: *paso*, *farsa*, *sainete*...– lo definió Lope de Vega en los vv. 69-76 de su *Arte nuevo*:

*De donde se ha quedado la costumbre
de llamar entremeses las comedias
antiguas donde está en su fuerza el arte,
siendo una acción y entre plebeya gente
porque entremés de rey jamás se ha visto,
y aquí se ve que el arte, por bajeza
de estilo, vino a estar en tal desprecio
y el rey en la comedia para el necio.*

Eugenio Asensio sintetizó breve y magistralmente la historia del entremés²: Al comienzo estaba escrito en prosa y se limitaba a una caracterización caricaturesca de algunos personajes cómicos, especialmente el del bobo. Más tarde, Lope de Rueda supo enriquecer con nuevos matices los tipos tradicionales y amplió la visión realista del entorno, insertando la comicidad literaria en un ámbito más costumbrista. Otro eslabón fundamental en la evolución del género lo constituyen las piezas de Cervantes. De sus ocho entremeses, seis son en prosa y dos en verso, pero a medida que avanza el siglo XVII se impondrá el verso, hasta el punto de abandonarse definitivamente la prosa. Importantes autores auriseculares como Quevedo o Calderón cultivaron el entremés (no así Lope, Tirso y Góngora); otros nombres destacados son los de Moreto y Cáncer, pero quien merece una mención aparte es Luis Quiñones de Benavente, el mayor especialista del género, cuya dedicación exclusiva a los géneros breves supondría un aporte fundamental.

El esquema de la burla (ya presente en diversos subgéneros entremesiles del siglo XVI) es esencial en la construcción de estas piezas, y la crítica viene destacando en los últimos años su relación con las modalidades expresivas (teatrales y parateatrales) de la cultura popular carnavalesca. En el amplio *corpus* de entremeses áureos apreciamos una gran variedad de estructuras y temas, de ahí que su clasificación resulte complicada. Bergman estableció una distinción básica entre los de enredo, los de costumbres y los de carácter, según predominen en ellos la peripecia –basada casi siempre en una burla–, la pintura del entorno o el personaje³. Otra tipología es la debida a Huerta Calvo⁴, quien distingue a su vez cinco categorías, según cobre mayor relieve la acción, la situación, el personaje, el lenguaje literario o el lenguaje espectacular (la representación). Repasaré brevemente esta tipología de Huerta Calvo:

² E. Asensio, *Itinerario del entremés*, 2ª ed. revisada, Madrid, Gredos, 1971.

³ *Ramillete de entremeses y bailes nuevamente recogidos de los antiguos poetas de España, siglo XVII*, ed. de H. Bergman, 2ª ed., Madrid, Castalia, 1984, pág. 13.

⁴ J. Huerta Calvo, *El teatro breve en la Edad de Oro*, Madrid, Laberinto, 2001, págs. 85-95.

- 1) Entremeses en los que predomina la acción, por lo general de carácter burlesco. Desarrollan una pequeña intriga consistente en una burla o engaño (*La tierra de Jauja* de Lope de Rueda), a menudo de tipo amoroso (*Cornudo y contento* de Lope de Rueda, *La cueva de Salamanca* de Cervantes, *El dragoncillo* y *La cueva de Salamanca* de Calderón, *El gigante de Cáncer*, *Los gigantes* de Pedro Rosete Niño, *El astrólogo tunante* de Bancos Candamo...). Los sujetos agentes de las burlas suelen ser estudiantes, ladrones, clérigos y sacristanes, mientras que los objetos pacientes son bobos, villanos y vejetes.
- 2) Entremeses en los que prima la situación, esto es, aquellos en los que la acción queda supeditada a la presentación costumbrista del marco ambiental, con pequeños cuadros de la vida cotidiana, especialmente de ciudades como Madrid o Sevilla: *Las vendedoras en la Puerta del Rastro* de Gil López de Armesto y Castro, *La maya* y *El abadejillo* de Quiñones de Benavente, *Las Carnestolendas* de Calderón, el *Entremés para la noche de San Juan* de Moreto, *El día de San Blas en Madrid* de Lanini, *El Prado de Madrid* y *baile de la capona* de Salas Barbadillo...
- 3) Entremeses que se centran en la presentación de uno o varios personajes ridículos y extravagantes, que muchas veces adoptan la estructura del desfile de *figuras* (con sus correspondientes vicios y manías) ante un juez examinador. Son obras de gran fuerza satírica, como *El hospital de los podridos* de Cervantes, *El examinador Miser Palomo* de Hurtado de Mendoza, *La visita de la cárcel* de Cáncer, *El hospital de los mal casados*, *El zurdo alanceador* o *La ropavejera* de Quevedo...
- 4) Entremeses en los que interesa, sobre todo, la experimentación con el lenguaje, con debates burlescos entre distintos personajes (riñas de marido y mujer, contiendas verbales entre miembros de distintas profesiones, particularmente alcaldes, etc.). Así, *Las aceitunas* de Lope de Rueda, *La guarda cuidadosa* de Cervantes, *La sacristía de Mocejón* de Quiñones, etc.
- 5) En fin, entremeses que pretenden generar un espectáculo brillante por medio de elementos no verbales (disfraces, coreografía, música, escenografía...), y que se hallan cercanos a otras modalidades que luego repasaré como el baile o entremés cantado y la mojiganga.

Por lo que toca a los personajes, existe un elenco fijo de máscaras o figuras, a saber, el bobo-alcalde, el vejete, el sacristán, el soldado, el estudiante, el médico, el barbero, el ciego, el negro..., más la mujer, a la que Huerta Calvo califica como "auténtica *Dea ex machina* del género entremesil"⁵. Arellano, por su parte, añade: "Personajes de los bajos oficios (sastres, venteros, pasteleros, criados, pajes) y representantes degradados de los hidalgos miserables y chañones, rufianes y hampones, prostitutas y alcahuetas, pululan en el mundo del

⁵ Huerta Calvo, *El teatro breve en la Edad de Oro*, pág. 95.

entremés, lo mismo que en la literatura burlesca y satírica de otros géneros. A menudo el mismo título hace referencia a este protagonismo de las figuras ridículas: basta repasar la colección de Cotarelo para encontrar, por ejemplo, entremeses *De los habladores*, *Del astrólogo borracho*, *Del viejo casado con moza*, *De las gorronas*, *Del hospital de los podridos*, *Del doctor simple*, *Del indiano*, *De los ladrones engañados*, *De la endemoniada*, *Del sacristán Soguijo*, *De los rufianes*, *Del gabacho*, *De las viudas...*⁶.

En cuanto a la representación, el entremés se presta especialmente al histrionismo más exagerado. De hecho, el éxito de estas piezas es atribuible en muchas ocasiones a la habilidad de los actores, como el celeberrimo Cosme Pérez, alias Juan Rana, para quien se escribieron más de cuarenta piezas⁷: *La boda de Juan Rana* (quizá de Francisco de Avellaneda, aunque suele atribuirse a Cáncer), *El desafío de Juan Rana* (Calderón), *El doctor Juan Rana* (Quiñones), *Juan Rana poeta* (Solís), *Juan Rana mujer* y *Juan Ranilla* (Cáncer)...

Si nos referimos al estilo, hay que subrayar que la lengua del entremés explota todos los recursos propios de la comicidad grotesca: hablas dialectales, latines macarrónicos, vocabulario popular (inectivas, insultos codificados, pullas, disfemismos...), onomástica burlesca, todos los registros expresivos del erotismo, alusiones escatológicas, etc. Sin duda alguna, el entremés ofrece un campo inmenso para todo tipo de experimentación lingüística.

El corpus de entremeses y entremesistas del Siglo de Oro es inmenso, así que el listado de autores y títulos que a continuación ofrezco ha de resultar a la fuerza esquemático.

1.1. PRECEDENTES HASTA LOPE DE RUEDA

Los primeros cultivadores del entremés (los que forman lo que Huerta Calvo denomina "etapa fundacional") fueron Juan del Encina (1469-1529), Lucas Fernández (1474-1542), Gil Vicente (h. 1465-h. 1536), Hernán López de Yanguas (1487-1550), Diego Sánchez de Badajoz (finales del xv-h. 1552), Sebastián de Horozco (h. 1510-h. 1578), Joan Timoneda (1518?-1583) y, sobre todo, Lope de Rueda (h. 1520-h. 1565), quien consolida el género con sus *pasos*. Su importancia ya fue destacada por Rojas Villandrando en estos versos:

*Digo que Lope de Rueda,
gracioso representante
y en su tiempo gran poeta,
empezó a poner la farsa
en buen uso y orden buena;
porque la repartió en actos,*

⁶ I. Arellano, *Historia del teatro español del siglo XVII*, Madrid, Cátedra, 1995, pág. 662.

⁷ Véase F. Sáez Raposo, *Juan Rana y el teatro cómico breve del siglo XVII*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2005.

*haciendo introito en ella,
que agora llamamos loa;
y declaraban lo que eran
las marañas, los amores,
y entre los pasos de veras
mezclados otros de risa,
que, porque iban entremedias
de la farsa, los llamaron
entremeses de comedia;
y todo aquesto iba en prosa
más graciosa que discreta.*

Algunos de sus títulos son: *Paso de Polo y Olalla negra, Paso de Gargullo, de Estela y de Logroño, Paso de Troico y Leno sobre la mantecada, Cornudo y contento, La tierra de Jauja, Las aceitunas, La generosa paliza, Los lacayos ladrones, El rufián cobarde...* La ágil prosa coloquial de estos pasos influyó poderosamente en Cervantes.

1.2. MIGUEL DE CERVANTES (1547-1616)

Es otro de los grandes hitos en el desarrollo del género entremesil, que enriqueció con piezas de genial maestría: amplió el número de personajes y ennoblecó los tipos básicos del bobo y el fanfarrón (Cervantes los dota de carácter y matices, les da cierta profundidad psicológica), acrecentó los materiales novelescos y refinó literariamente sus piezas, dotándolas de nuevos temas, ideas y técnicas. Los publicó en *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos nunca representados* (1615), en cuyo prólogo destaca la importancia de su modelo Lope de Rueda, al tiempo que enumera los principales tipos que se representaban: “Las comedias eran unos coloquios, como églogas, entre dos o tres pastores y alguna pastora; aderezábanlas y dilatábanlas con dos o tres entremeses, ya de negra, ya de rufián, ya de bobo y ya de vizcaíno: que todas estas cuatro figuras y otras muchas hacía el tal Lope [de Rueda] con la mayor propiedad y excelencia que pudiera imaginarse”.

No es posible comentar aquí los argumentos de los ocho entremeses cervantinos: *El rufián viudo llamado Trampagos, La guarda cuidadosa, El juez de los divorcios, El vizcaíno fingido, La elección de los alcaldes de Daganzo, El retablo de las maravillas, La cueva de Salamanca y El viejo celoso*. Baste señalar que muchos alcanzan la categoría de obras maestras dentro del género y que en ellos el ingenio complutense nos brinda tipos inolvidables y pinceladas del mejor realismo costumbrista. La variedad de los temas cómicos, la animación de sus cuadros y la diversidad de sus personajes populares son tres notas destacadas, a las que hay que añadir su fina observación de la realidad y la agudeza satírica intencionada, la profunda intencionalidad de estos entremeses que amalgaman a la perfección risa y seriedad.

1.3. FRANCISCO DE QUEVEDO (1580-1645)

Una tercera cima la constituye Quevedo, especialmente en lo que se refiere a la elaboración lingüística del discurso verbal de sus entremeses. “La aportación de Quevedo al entremés radica en su prodigiosa inventiva verbal, más que en las dimensiones escénicas”, destaca Arellano⁸. Cuenta en su haber con unos dieciséis títulos, muchos de ellos descubiertos por Asensio, y se le han asignado varios más (hay graves problemas de atribución).

La venta nos presenta al ventero Corneja, ladrón a quien ayuda la criada Grajal a desplumar a los incautos pasajeros. En *La ropavejera* apreciamos la sátira contra las falsas apariencias y la afición a cosméticos y postizos. La figura celestinesca de la alcahueta queda retratada magistralmente en *La vieja Muñatonos*, mientras que en *Bárbara* y *El niño* y *Peralvillo en Madrid* presentan a mujeres prostitutas. Las dos partes de *Diego Moreno* y *El marido fantasma* fijan el tipo del maridillo o marido cornudo y consentidor, tan habitual en su poesía satírico-burlesca... Igualmente, el tipo del afeminado aparece en *El marión*, y el viejo achacoso e impotente en *Los refranes del viejo celoso*. *Los enfadosos o el zurdo alanceador* adopta la estructura de desfile de figuras, etc. Acertadamente indicó Asensio que Quevedo fertilizó el entremés con su aportación de tipos y figuras y por la “ejemplar técnica literaria que aplica a la pintura del hombre”⁹. Como resume Madroñal, “Quevedo ha ligado definitivamente la pieza breve entremesil a los tipos cortesanos de su momento y, desde luego, la dota de una capacidad lingüística ilimitada, lo que posibilitará que alcance con la llegada de Quiñones la fusión entre lo dramático y lo verbal en un conjunto que será difícil de superar”¹⁰.

1.4. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA (1600-1681)

El teatro cómico breve de Calderón había estado tradicionalmente descuidado por la crítica, eclipsado por la atención dedicada a su teatro serio (comedias, dramas de honor, autos sacramentales...). Sin embargo, en los últimos años—desde el Centenario de 1981, aproximadamente— se viene destacando su faceta cómica, en la que cabe apreciar el mismo talento y el mismo dominio teatral que en sus obras serias. El corpus de sus entremeses todavía no ha sido fijado con seguridad: Rodríguez Cuadros y Tordera incluyen veinticuatro piezas breves (entremeses, jácaras y mojjigangas) mientras que Lobato eleva el total a cuarenta y una, entre las seguras y las atribuidas con cierta seguridad. Sabemos a ciencia cierta que salieron de su pluma, entre otros, entremeses como *La casa holgona*, *La plazuela de Santa Cruz*, *La pedidora*, *La franchota*, *El dragoncillo*, *El toreador*,

⁸ Arellano, *Historia del teatro español del siglo XVII*, pág. 665.

⁹ Asensio, *Itinerario del entremés*, pág. 178.

¹⁰ A. Madroñal, “Quiñones de Benavente y el teatro breve”, en J. Huerta Calvo (dir.), *Historia del teatro español*, Madrid, Gredos, 2003, vol. 1, pág. 1053.

Los instrumentos, El desafío de Juan Rana y Las Carnestolendas. Fueron publicados en diversas colecciones como *Donaires del gusto* (1642), *Entremeses nuevos* (1643), *Ramillete gracioso* (1643), *Teatro poético* (1658) y *Floresta de entremeses y rasgos del ocio* (1681).

Arellano ha señalado sus rasgos más destacados: “El talento dramático y literario de Calderón produce un conjunto de entremeses muy elaborados en sus medios cómicos, con un lenguaje múltiple (pullas, juegos de palabras, germanía, parodias de registros y códigos literarios, manipulación de frases hechas...) que es característica del género pero que en pocas ocasiones alcanza la perfección calderoniana, muestra de una complejidad dramática que afecta a la estructura orgánica de sus piezas, asimilando procedimientos de la comedia larga, y multiplicando los puntos de vista y los espacios dramáticos, perfeccionando también los recursos escénicos (disfraces, maquillaje, movimientos, vestuario) en los que desempeñan papel principal la música y los bailes”¹¹.

Es habitual en estas piezas calderonianas la ridiculización de un personaje (*Don Pegote, El sacristán mujer, El mayorazgo, La melancólica*) o de varios, según el esquema de desfile de figuras (*El reloj y genios de la venta, La casa de los linajes*). En el *Entremés del toreador*, representado en palacio ante el rey en 1658, Juan Rana torea ridículamente para ganarse el amor de una dama, lo que da lugar a la parodia de diversos temas y motivos literarios. *El dragoncillo* es una genial reelaboración de *La cueva de Salamanca* de Cervantes. En *Las Carnestolendas* resulta patente la dimensión carnavalesca, pues introduce el motivo del mundo al revés y a personajes folclóricos como el Rey que rabió o Perico de los Palotes. En *La plazuela de Santa Cruz*, en fin, apreciamos su veta costumbrista.

1.5. LUIS QUIÑONES DE BENAVENTE (1581-1651)

Es el gran especialista del género, pues se dedicó casi con exclusividad al teatro breve. Luis Vélez de Guevara lo llamó “pontífice de los bailes y entremeses” y Tirso “la sal / de los gustos, el regalo / de nuestra corte”. Todos sus entremeses están escritos en verso y presentan un marcado carácter urbano (acciones localizadas en Madrid), junto con una clara tendencia al lirismo popular. A Quiñones de Benavente se le debe la creación del entremés cantado o baile entremesado, y la renovación del género por medio de la introducción de elementos abstractos, fantásticos y alegóricos. Su condición de músico (fue un famoso guitarrista) explica la importancia del elemento musical en sus obras. Su capacidad satírica no está reñida con el sesgo didáctico y moralizante de muchos de sus entremeses. Se aprecia en su producción cierta tendencia a mixtificar géneros, a practicar modalidades mixtas, como apuntan estos versos suyos de *Las manos y cuajares*:

¹¹ Arellano, *Historia del teatro español del siglo XVII*, págs. 667-68.

*Y aquí acaban tres enjertos
que os hemos dado a comer;
una jácara en un baile
y un baile en un entremés.*

“Prolífico y famoso [...] escribió mucho y se le atribuyeron también muchos entremeses que no son suyos”¹², como sucede con Lope en el terreno de la comedia. En 1645 se publicó *Jocoseria. Burlas veras, o reprehensión moral y festiva de los desórdenes públicos en doce entremeses representados y veinticuatro cantados*, que alcanzó varias ediciones en el siglo XVII. Bergman (1965) considera probada la autenticidad de las cuarenta y ocho piezas de la *Jocoseria*, y otras decenas con las que llegan a sumar en total ciento cincuenta. Cotarelo edita en su famosa *Colección* ciento cuarenta y dos, procedentes –además de la *Jocoseria*– de diversas colecciones como *Entremeses nuevos de diversos autores* (1640), *Donaires del gusto* (1642), *Entremeses nuevos* (1643), *Ramillite gracioso* (1643), *Flor de entremeses* (1657), *Laurel de entremeses varios* (1660), etc.

La temática de los entremeses de Quiñones es muy amplia. Una leve intención satírica aparece en muchas de sus piezas, pero lo que predomina es, sin duda, la risa. A Quiñones parece deberse la creación de Juan Rana, que llegó a identificarse con el actor Cosme Pérez, cuya versatilidad le permitía adaptarse a las situaciones y oficios más variados: médico, letrado, poeta, toreador... Muchos de sus entremeses son pequeñas obras maestras: *El gorigori* renueva el motivo del falso muerto en un ambiente madrileño coetáneo. Otras piezas disminuyen la acción para recrearse en las variaciones literarias: *Los cuatro galanes*, *La barbera de amor*, *El retablo de las maravillas* (reelaboración del de Cervantes), *Los alcaldes encontrados* (conflicto entre los alcaldes Mojarrilla y Domingo, en un esquema de pullas e invectivas sobre el motivo de la limpieza de sangre), *La maya*, *Las civilidades*, *Los sacristanes Cosquillas y Talegote*, *Los vocablos*, *El murmurador*, *Casquillos y la volandera*, *El talego niño*, *El doctor Juan Rana*, *La mal contenta*, *Los ladrones y Moro Hueco y la parida*, etc.

Maestro en el manejo del lenguaje, Quiñones dota a sus entremeses de una maravillosa gracia verbal; asimismo, el aumento de la espectacularidad de estas piezas (mayor importancia de la música y el baile) sería otra de sus notas más características.

1.6. OTROS ENTREMESISTAS

El número de entremesistas auriseculares es muy elevado, así que me limitaré a indicar de forma esquemática algunos otros nombres y títulos:

- Antonio Hurtado de Mendoza (1586-1644) es autor de *El examinador Miser Palomo*, representado en 1617, que sigue el esquema de revista

¹² Arellano, *Historia del teatro español del siglo XVII*, pág. 670.

- de personajes ridículos (tomajón, necio, caballero, enamorado, valiente, etc.). Tiene otras obras de índole costumbrista como la titulada *Getafe*.
- Luis Vélez de Guevara (1570-1644) compuso *Antonia y Perales*, *Los sordos*, *La burla más sazónada*, *La sarna de los banquetes* y *Los atarantados*.
 - Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo (1581-1635) es autor de trece entremeses –que él llama *comedias antiguas* o *comedias domésticas*– de escasa dramaticidad (escritos para ser leídos en el marco de sus libros, más bien que representados), entre ellos *El buscaoficios*, *Los mirones de la Corte*, *El caprichoso en su gusto*, *El malcontentadizo*, *El tribunal de los majaderos*, *El comisario contra los malos gustos*, *El remendón de la naturaleza*, *El cocinero de amor*, *Doña Ventosa*, *Las aventuras de la Corte* o *El Prado de Madrid* y *baile de la capona*.
 - Alonso del Castillo Solórzano (1584-1648) también publica sus entremeses (*El casamentero*, *La castañera*, *El barbador*, *Las prueba de los doctores*, *El comisario de figuras*) al interior de sus obras narrativas.
 - Jerónimo de Cáncer y Velasco (1582?-1655), autor especialmente inclinado a los géneros cómicos como la comedia burlesca, tiene entremeses como *Los testimonios*, *Los gitanos*, *El portugués*, *El cortesano*, *La visita de la cárcel* (hay otra pieza de Benavente con el mismo título), *Pelicano* y *Ratón* o *Los putos*.
 - Gaspar de Barrionuevo (1562-h. 1624) compuso graciosos entremeses como *El triunfo de los coches*, y recientemente se le ha atribuido el famoso de *Los habladores*.
 - Francisco Bernardo de Quirós (1594-1668) recogió sus piezas breves en *Obras y aventuras de don Fruela* (1656): así, *Mentiras de cazadores y toreadores*, *El torador don Babilés*, *El poeta remendón*, *La burla del pozo*, *Las calles de Madrid*, *Escanderbey*, *Don Estanislao*, *Las fiestas del aldea* o el titulado *El muerto*, *Eufrasia* y *Tronera*.
 - A Juan Vélez de Guevara (1611-1675) debemos *La autora de comedias*, *El loco*, *El sastre*, *El bodegón*, *Los holgones*, *Los valientes*, *El pícaro bobo*...
 - Agustín Moreto (1618-1669) es otro de los más importantes entremesistas áureos, con unas treinta y cinco piezas que destacan por su gracia cómica. Muestra gran habilidad en la caricatura figuronesca, como las del valentón de *Alcolea* o *Entremés para la noche de San Juan*, o el mozo simplón que se hace el terrible en *El Cortacaras*, *Doña Esquina*, *El aguador*, *Los gatillos*, *Entremés de la loa de Juan Rana*, *Las galeras*, *Los oficios de la honra*, *Las fiestas de palacio*, *El alcalde de Alcorcón*, *Los galanes*, *El ayo*, *El retrato vivo*, *La Perendeca* o *La burla de Pantoja* son otros títulos moretianos.
 - Gil López de Armesto y Castro (?-1676) publicó en 1674 sus *Sainetes* y *entremeses representados* y *cantados*, donde incluye títulos como *Los nadadores de Sevilla* y *Triana*, *Las vendedoras de la Puerta del Rastro*, *La burla de los capones* o *La competencia del portugués y el francés*. Además, se le considera inventor de un nuevo subgénero, el intermedio lírico (véase más adelante).

- Sebastián Rodríguez de Villaviciosa (1618-1663) tiene en su haber *La casa de vecindad*, *Los poetas locos*, *El licenciado Truchón*, *Zancajo y Chinela*, *Las visitas* y una pieza de gran éxito, *El retrato de Juan Rana*.
- Francisco Antonio de Montesper (1620-1668): *Los locos*, *La tía*, *El maulero*, *La hidalga*, *El capitán Gorreta*, *Las perdices*.
- Francisco de Avellaneda (1622-1675?): *El hidalgo de la Membrilla*, *La visita del mundo*, *Lo que es Madrid*, *Noches de invierno*; se le ha atribuido también *Los rábanos y la fiesta de toros*.
- Manuel de León Merchante (1626-1680): *La estafeta*, *Los pajes golosos*, *Los espejos*, *La sombra y el sacristán*, *El gato y la montera*, *Los motes*, *El abad del Campillo...*
- Vicente Suárez de Deza (h. 1600-h. 1667) reunió buena parte de sus entremeses en la *Parte primera de los Donaires de Tersicore* (1663): *El malcasado*, *El poeta y los matachines*, *El alcalde hablando al rey...*, piezas que siguen la huella de Benavente y Quevedo.
- De Francisco Antonio de Bancos Candamo (1662-1704) destacan títulos como *El astrólogo tunante* (tema con precedentes en Cervantes y Calderón), *Las visiones* (inspirado en *El dragoncillo* de Calderón) o *La audiencia de los tres alcaldes*. Cabe añadir que en su *Teatro de los teatros de los pasados y presentes siglos* establece la teoría poética de los distintos géneros breves.
- Antonio de Solís y Rivadeneira (1610-1686) agrupa en su volumen *Varias poesías sagradas y profanas* (1692) piezas para fiestas palaciegas; podemos destacar varios entremeses para Juan Rana como *Juan Rana poeta*, *Los volatines* o *El niño caballero*.
- Pedro Francisco de Lanini y Sagredo (h. 1640-h. 1720) compuso entremeses de ambiente costumbrista madrileño como *El día de San Blas en Madrid* o *La plaza de Madrid*.
- Alonso de Olmedo (m. 1682): *Las locas caseras*, *El sacristán Chinchilla*.
- Juan Bautista Diamante (1625-1687) es autor de algunos entremeses y loas.
- El portugués Manuel Coelho Rebelho recopiló sus entremeses en *Musa entretenida de varios entremeses* (1658), algunos escritos en castellano y otros en portugués, *El pícaro hablador*, *El capitán mentecato*, *El asalto de Villavieja por don Rodrigo de Castro y castigos de un castellano*.
- Francisco de Castro (1675-1713) es el principal autor de entre los siglos XVII y XVIII con más de cincuenta piezas, que reunió en los tres volúmenes titulados *Alegría cómica, explicada en diferentes asuntos jocosos* (1702) y en *Cómico festejo* (1742), con títulos como *El vejete enamorado*, *Lo que son mujeres*, *Los chirlos mirlos*, *El estudiante marqués*, *La burla del sombrero*, *La burla del figonero*, *Los gigantones*, *El cesto y el sacristán*.

En fin, el género entremés se prolonga en el XVIII con autores como Antonio de Zamora (h. 1660-h. 1722), José de Cañizares (1676-1750) y Francisco Benegasi y Luján (1656-1742).

2. LA LOA

Es la pieza breve que precede al auto o a la comedia, una especie de preámbulo para captar la atención del público y conseguir su silencio y atención. Esta introducción al espectáculo está compuesta a veces en elogio de la ciudad en que se representa y del propio público, o bien, pondera la calidad de la obra que sigue y de la compañía, o bien, resume brevemente su argumento. En sus orígenes, la loa era recitada por un solo representante (de las cuarenta loas incluidas por Rojas Villandrando en *El viaje entretenido*, sólo tres son dialogadas), pero más adelante —como sucederá con otros géneros breves— se convirtió en un tipo de pieza dialogada (*loa entremesada*). Sus antecedentes pueden rastrearse en el “Prologus” del teatro latino e italiano y en el “Argumento” o “Introito” de las piezas españolas del XVI (por ejemplo, las de Torres Naharro). En definitiva, la loa es “el prólogo de un texto variado y multiforme: la fiesta teatral. Su importancia [...] es grande, pues de su correcta construcción depende en buena parte el éxito de la representación, consiguiendo del público una favorable predisposición y propiciando el perfecto encaje de las piezas que la siguen: comedia, entremeses y bailes”¹³.

Cotarelo las clasificó en cinco categorías: 1) Loas sacramentales, que precedían a los autos, esencialmente cómicas hasta 1650, y de mayor carácter didáctico a partir de Calderón (sus personajes suelen ser las mismas alegorías de los autos: introducen la materia teológica y apuntan la técnica alegórica). A veces su contenido alegórico es complejo, como en la *Loa sacramental para el auto “La restauración de Buda”* de Lanini. 2) Loas a Jesucristo, la Virgen y los santos, de tema estrictamente religioso, destinadas a abrir las fiestas religiosas y de Navidad celebradas en conventos (piezas de Lanini como la *Loa para la fiesta de Nuestra Señora de la Peña Sacra* o la *Loa a la festividad de Nuestra Señora del Rosario*). 3) Loas cortesanas, que servían de pórtico a las fiestas palaciegas de Calderón, Bances Candamo, Moreto o Solís y tenían la función de propiciar y exaltar a los personajes reales que iban a ser los espectadores de la representación (por ejemplo, la *Loa para la comedia de “Las Amazonas”* de Solís). 4) Loas para casas particulares, esto es, para fiestas familiares en palacios de distintos nobles (*Loa para la comedia de “Eurídice y Orfeo”* de Agustín de Salazar y Torres). 5) Loas de presentación de compañías, que “nos suministran abundante información acerca de la vida interna en las compañías y los entresijos del espectáculo”¹⁴ y son, junto con las sacramentales, las que más perduraron. Estaban destinadas a las piezas representadas en el corral, con una función propiciatoria (*Loa para la presentación de la compañía de Gómez en Sevilla, La comedia, Granada, Presentación de la compañía de Ríos, Alabanza de una ciudad*, etc.), o bien, eran puramente cómicas (como *La ramera fea, Sátira de las mujeres* o *El sastre de la luna*).

¹³ Huerta Calvo, *El teatro breve en la Edad de Oro*, pág. 59.

¹⁴ Huerta Calvo, *El teatro breve en la Edad de Oro*, pág. 57.

Hay graves problemas textuales y de autoría en el terreno de las loas sacramentales. Seguras de Calderón son la *Loa para "El Año Santo de Roma"* y la *Loa para "El Año Santo en Madrid"*. Hay loas de Antonio de Solís para las comedias *Eurídice y Orfeo*, *Las Amazonas*, *Un bobo hace ciento*, *Triunfos de Amor y Fortuna...* Bances Candamo tiene algunas loas cortesanas muy arquetípicas como las de las comedias *Quién es quien premia al amor*, *La restauración de Buda*, *Cómo se curan los celos...*, y otras sacramentales para los autos de *El primer duelo del mundo* y *El gran químico del mundo*. Moreto escribió la *Loa para los años del emperador de Alemania* y la *Loa sacramental para el Corpus de Valencia*. Juan Manuel de León Merchante compuso la *Loa para la compañía de Caballero* y la *Loa de planetas y signos*; a Juan Bautista Diamante se le deben la *Loa curiosa de Carnestolendas* y la *Loa humana del árbol florido*. Ana Caro Mallén es autora de la *Loa del Santísimo Sacramento*, en cuatro lenguas. Otro famoso autor de loas es Agustín de Salazar y, por supuesto, no podemos olvidar las seis loas de Quiñones de Benavente incluidas en la *Jocoseria (Loa con que empezó en la Corte Roque de Figueroa, Loa segunda con que volvió Roque de Figueroa a empezar en Madrid, Loa para la compañía de Antonio de Prado, etc.)*.

3. EL BAILE

Según Cotarelo¹⁵, el baile dramático es un "intermedio literario en el que, además, entran como elementos principales la música, el canto y, sobre todo, el baile propiamente dicho". Bergman señaló sus principales características: son piezas breves, de menor extensión que el entremés (entre ciento treinta y ciento cincuenta versos), de gran riqueza métrica (tendencia al poliestrofismo) y con predominio temático de la sátira moral en forma alegórica (los protagonistas de los bailes suelen ser conceptos abstractos o personificaciones de cosas). En cuanto a su composición, "muchos de estos bailes insisten en una estructura parecida a la de las danzas macabras y también a la revista de vicios y manías"¹⁶. Sus cuatro componentes fundamentales son música, baile, letra cantada y letra hablada. En los bailes, la parte cantada es mayor que la parte representada (y a veces toda la pieza es cantada), mientras que sus ingredientes literarios se presentan en proporción variable, de forma que estas piezas conforman —en palabras de Arellano— "una gama que va desde el baile puro al baile entremesado, que no se podría diferenciar esencialmente del entremés bailado o cantado"¹⁷, salvo por la entrada en mayor proporción de la danza.

Cotarelo remonta sus orígenes hasta la *Danza de la muerte*; luego se incorporaron a las obras de Juan del Encina, Lucas Fernández y Gil Vicente, y en los entremeses de Cervantes, Salas Barbadillo, Castillo Solórzano y Hurtado

¹⁵ *Colección de entremeses, loas, bailes, jácaras y mojigangas*, ed. de E. Cotarelo, Madrid, Bailly-Baillière (NBAE), 1911, pág. CLXIV.

¹⁶ Huerta Calvo, *El teatro breve en la Edad de Oro*, pág. 61.

¹⁷ Arellano, *Historia del teatro español del siglo XVII*, pág. 675.

de Mendoza “los bailes sustituyen a los finales a palos”¹⁸. Al comienzo, pues, el baile servía de remate al entremés; pero desde 1616, aproximadamente, cuando este abandona la prosa por el verso, baile y entremés se independizan; poco a poco se va suprimiendo del baile la letra y quedan sólo la música y la danza; al mismo tiempo, el baile dramático va adquiriendo cada vez más argumento, y “llegará a ser un breve entremés en el que dominan los elementos musicales y bailables”¹⁹. Esta preponderancia del elemento bailado tiene mucho que ver con el triunfo de lo espectacular en el teatro (tramoyas, vestuario, etc.), más patente conforme avance el siglo. Mediada la centuria, la forma más representativa del género será el *baile de figuras*.

Por otra parte, no debemos olvidar que danzas cortesanas de origen aristocrático como la gavota y la gallarda eran elementos integrantes también de las comedias, por un lado, mientras que los bailes populares y desgarrados (zarabanda, chacona, escarramán, guineo, canario, villano, zambapalo, pésame dello, escarramán y otros muchos recopilados por Cotarelo) eran habituales en el entremés. Su carácter licencioso y procaz, unido a la provocativa ejecución por parte de las actrices, motivó graves censuras de los moralistas, y algunos como la zarabanda fueron prohibidos. De ahí que los bailes fueran saliendo de las comedias y encontraran refugio en los entremeses.

Los principales entremesistas escribieron también bailes. Quevedo, por ejemplo, cuenta en su haber con los titulados *Los valientes y tomajonas*, *Las valentonas y destreza*, *Los galeotes*, *Los sopones de Salamanca*, *Cortes de los bailes*, *Las sacadoras*, *Los nadadores*... Gran impulsor del género fue Quiñones de Benavente, a quien Hurtado de Mendoza aplicó el sobrenombre de “metrópoli de bailes”. Muchos de ellos, de carácter honesto, quedaron recogidos en la *Jocoseria: La paga del mundo*, *La visita de la cárcel*, *El Martinillo*, *La puente segoviana*, *El talego*, *El guardainfante* (estos cuatro, en dos partes), *El tiempo*, *La muerte*, *La verdad*, *Los coches*, *El licenciado y el bachiller*, *Las manos y cuajares*, *El soldado*, *El doctor*, *El remediador* (retomado del entremés *Lo que pasa en una venta*), etc.

Podemos recordar otros autores y títulos: de Francisco de Navarrete y Ribera, que coleccionó sus piezas breves en *Flor de sainetes* (1640), *La batalla* y el *Baile de Cupido labrador*; de Cáncer, el *Baile de los ciegos* y el *Baile del capiscol*; de Moreto, el *Baile de la Chillona*, el *Baile del Mellado* (entremesado), *Los oficios o Conde Claros*; de Rodríguez de Villaviciosa, *La endiablada*, *Los esdrújulos* y el *Baile entremesado de la Chillona*; de Franciso de Avellaneda, *Médico de amor*, *Baile de los negros*, *La Rubilla*; de Monteser, el *Baile del zapatero y el valiente*, el *Baile del registro*, *El loco de amor*; de Juan Vélez de Guevara, el *Baile de la esquina*, *El arquitecto*, *El juego del hombre*, el *Baile entremesado del pregonero*, el *Baile de la boda de pobres* (hay otra versión de Quevedo); de León Merchante *El pintor*, el *Baile de los locos*, *El Pericón*, *El mundo y la verdad*; de Alonso de Olmedo, *Las flores*, *Menga y Bras*, *La gaita gallega*; de Lanini, *La entrada de la comedia*, *Los mesones*, el *Baile del cazador*,

¹⁸ Huerta Calvo, *El teatro breve en la Edad de Oro*, págs. 59-60.

¹⁹ Madroñal, “Quiñones de Benavente y el teatro breve”, pág. 1040.

el *Baile de la pelota*, *El juego del hombre*; de Suárez de Deza, el *Baile del ajedrez*, etc. Resta por decir que el baile entremesado desembocaría, andando el tiempo, en la mojiganga dramática.

4. LA JÁCARA

La palabra *jácara*, derivada de *jaque*, designa en su origen el romance cantado sobre la vida y andanzas de un rufián o valentón, habitualmente acompañado de su dama 'prostituta'. La *jácara* era una pieza muy demandada en el espectáculo teatral barroco, y podía ir como pieza exenta (se representaba entonces en los entreactos), o bien, dentro de una comedia o un entremés, para darles variedad. Poco a poco, se convertirá en una especie de entremés cantado (normalmente por una actriz) o con alternancia de trozos cantados y representados (y a menudo bailables), con protagonistas rufianescos, que por lo general terminan recibiendo su castigo. La *jácara*, ya dialogada (recitada), ya entremesada (representada), describe el mundo marginal del hampa, dando entrada a su léxico peculiar, el de la germanía literaria. "La singularidad estética de la *jácara* estriba en el alarde de retórica cruel que se despliega en el escenario, y de la que no se evitan los detalles más escabrosos en punto a los castigos y las torturas que sufrían marcas y valentones", escribe Huerta Calvo²⁰. Se conocen algunas *jácaras* de tema cortesano, muy pocas, y también otras a lo divino.

Dejando aparte ciertos precedentes como las composiciones recogidas por Juan Hidalgo en *Romances de germanía* (Barcelona, 1609), las *jácaras* poéticas —con escasas dimensiones teatrales— más célebres son las de Quevedo, que ha sido considerado el creador del género. Su *Jácara del Escarramán* (1612) se hizo famosísima y conoció infinidad de glosas e imitaciones. Además de Escarramán y la Méndez, otros personajes hampescos cantados por Quevedo fueron Lampuga o Añasco el de Talavera. Cáncer, por su parte, escribió otras *jácaras* dedicadas a Mulato de Andújar, el Ñarro o Torote el de Andalucía, y, además, cuatro a lo divino sobre Santa Catalina, San Juan Bautista, San Francisco de Asís y San Juan Evangelista. A Calderón debemos la *Jácara del Mellado* y la *Jácara de Carrasco*; a Solís, *Celos de un jaque y satisfacción de una marca*; a Cáncer, *Periquillo el de Madrid*; a Diamante, *La Pulga y la Chispa*; a León Merchante, *Gargolla*. Quiñones incluye seis *jácaras* en *Jocosería* (*Jácara de doña Isabel, la ladrona, que azotaron y cortaron las orejas en Madrid*—*Jácara que se cantó en la compañía de Alonso de Olmedo, Jácara que se cantó en la compañía de Pedro de Ortigón, Jácara que cantó Francisca Paula en la compañía de Bartolomé Romero...*), a las que hay que sumar su *Jácara nueva de la plemática*, publicada en *Ociosidad entretenida* (1668). El baile de Moreto *La Chillona*, que antes mencionaba, es ajacarado. Muchos otros autores, entre ellos Juan de Matos Frago, Antonio Folch de Cardona y Francisco de Avellaneda, escribieron *jácaras*, y Calderón se burló de esta moda en el entremés titulado *Las jácaras*.

²⁰ Huerta Calvo, *El teatro breve en la Edad de Oro*, pág. 71.

5. LA MOJIGANGA

“La palabra *mojiganga* parece provenir de *boxiganga*, y esta de *bojigón*, alteración de *vejigón*, luego *mojigón*, un tipo de máscara que llevaba unas vejigas atadas a un palo, que le servían para sacudir a quienes contemplaban los festejos carnavalescos”²¹. Existió, pues, primero la *mojiganga* como una fiesta pública típica de Carnaval, especie de comparsa de máscaras o cabalgata grotesca, caracterizada por el empleo de disfraces ridículos, exóticos y vistosos, organizada a veces por los distintos gremios, y con carácter eminentemente burlesco (temas y personajes de la mitología, la historia o la literatura). Más tarde, pasa al teatro y a Palacio, y se convierte en *mojiganga* teatral, siempre ligada al Carnaval. La *mojiganga* dramática supone la carnavalización del teatro breve, como bien escribe Madroñal: “Si algún subgénero de teatro breve tiene que ver con el Carnaval, ese es precisamente la *mojiganga* dramática. La *mojiganga*, en cuanto significa presentación deliberada de confusión, mundo al revés, parodia, disfraz y otros componentes, es específicamente carnavalesca”²².

Según la define Cotarelo²³, la *mojiganga* dramática es una mascarada grotesca —procedente de la fiesta callejera— que se representaba como fin de fiesta teatral, y consistía en una serie de danzas descompuestas (entre ellas los *matachines*; véase más adelante) y movimientos ridículos, disfraces de animales, etc. Igual de ridícula que la coreografía lo era la música, producida con instrumentos absurdos (el barullo estrepitoso que se formaba recibía el nombre de *pandorga*). Buezo ha establecido los principales rasgos definitorios de este género que alcanza su apogeo en torno a 1640²⁴: estructura de desfile, disfraz, carácter grotesco o bufo, confusión y movimientos rápidos, abundancia de palos... Arellano, al tiempo que destaca el carácter elemental de estas piezas, basadas en el caos del movimiento y del ruido y en los vestidos ridículos y bufonescos, puntualiza que, como en el resto de géneros breves, “un examen sistemático revela, debajo de la aparente simplicidad, una variedad compleja y una serie de objetivos y funciones, según los ámbitos (cortesano, urbano, eclesiástico, etc.) en los que se desarrolla”²⁵.

Para Asensio, el entremés de *Los refranes del viejo celoso* de Quevedo sería un antecedente claro de *mojiganga*. Algunas piezas breves de Quiñones de Benavente, como *El mago*, *Los planetas*, *La capeadora* (segunda parte) o *El casamiento de la Calle Mayor con el Prado Viejo*, han sido consideradas *mojigangas*. En cualquier caso, una de las mejores piezas del género se debe a Calderón, autor de *La mojiganga de las visiones de la muerte*, cuya trama presenta un mayor grado de elaboración. En ella, “un borracho se despierta para encontrarse con los actores

²¹ Huerta Calvo, *El teatro breve en la Edad de Oro*, pág. 73.

²² Madroñal, “Quiñones de Benavente y el teatro breve”, pág. 1050.

²³ *Colección de entremeses, loas, bailes, jácaras y mojigangas*, pág. CCXCI.

²⁴ C. Buezo Canalejo, *La mojiganga dramática. De la fiesta al teatro*, Kassel, Reichenberger, 1993.

²⁵ Arellano, *Historia del teatro español del siglo XVII*, pág. 677.

de una compañía de cómicos (que van a representar un auto sacramental y han volcado el carro) vestidos de ángeles, demonios y muerte, desorientando al pobre pasajero que no comprende dónde se encuentra ni a qué lógica responden un ángel jurador y un demonio que se santigua como buen cristiano”²⁶. Otros títulos de mojigangas calderonianas son *Los sitios de recreación del Rey*, *El pésame de la viuda*, *La garapiña* o *Los guisados*. También compusieron mojigangas otros autores como Juan Vélez de Guevara (*Mojiganga de las figuras*), Simón Aguado (*Mojiganga de los niños de la Rollona*), Suárez de Deza (*Lo que pasa en el río de Madrid en el mes de julio*, *La ronda en noche de Carnestolendas*, *La ronda del alcalde*, *La encantada*, *Personajes de títulos de comedias*), Monteser (*La mojiganga de la ballena*), Bances Candamo (*Mojiganga para “El primer duelo del mundo”*), Rodríguez de Villaviciosa (*Las figuras y lo que pasa en una noche*), León Merchante (*Los motes*, *La manzana*) o Francisco de Castro (*El barrendero*).

6. OTRAS FORMAS DE TEATRO BREVE

6.1. EL SAINETE

El *Diccionario de Autoridades* indica que es “el intermedio que se hace entre la segunda y tercera jornada [de la comedia], cantado y bailado, y por eso llamado así, que por otro nombre se llama *sainete*”. El vocablo, que se hace más abundante a partir de 1660, suele aparecer como sinónimo de *entremés* en las colecciones antológicas de la época: así, *Flor de sainetes* (1640), de Francisco Navarrete, o *Sainetes y entremeses representados y cantados* (1674), de Gil López de Armesto. Su triunfo definitivo se producirá en el siglo XVIII, en el que se prolonga la vigencia de los géneros dramáticos breves.

6.2. EL FIN DE FIESTA

Constituía el remate de algunas fiestas palaciegas; por eso, estos fines de fiesta solían ser “de carácter más refinado que las mojigangas, pero en muchas ocasiones es difícil distinguir unos de otros”²⁷. Abundan, especialmente, a finales del XVII y comienzos del XVIII. Por ejemplo, el *Fin de fiesta para la comedia “El Faetón”*, de Antonio de Zamora.

6.3. EL BAILETE

Variante del baile, “de más corta extensión, sin apenas trama argumental y de carácter muy cortesano en cuanto a su temática”²⁸, y parecido al fin de

²⁶ Arellano, *Historia del teatro español del siglo XVII*, pág. 677.

²⁷ Huerta Calvo, *El teatro breve en la Edad de Oro*, pág. 78.

²⁸ Huerta Calvo, *El teatro breve en la Edad de Oro*, pág. 78.

fiesta. Podemos recordar el *Bailete con que se dio fin la comedia "Duelos de ingenio y fortuna"*, de Bances Candamo.

6.4. EL INTERMEDIO LÍRICO

Son piezas que se desarrollan a finales del XVII, cantadas casi en su totalidad y por voces femeninas. Se trata de un subgénero muy lírico, cercano al mundo bucólico de la literatura pastoril. Autor destacado de esta modalidad es Gil López de Armesto, que con piezas como *El pajarillo*, *El zagal agradecido* o *Las tonadas grandes del Retiro* ha sido considerado precursor de la tonadilla del siglo XVIII.

6.5. EL VILLANCICO TEATRAL

Forma parateatral del villancico lírico, que se cantaba o representaba en Navidad y otras fiestas, con ciertos elementos en común con las mojigangas (por ejemplo, el empleo de disfraces) y de carácter contrafactístico. Así, la pieza que comienza "Al villano se lo dan / entre pajas el blanco pan" es una versión *a lo divino* de "Al villano se la dan / la ventura con el pan".

6.6. LA FOLLA

Escribe Covarrubias: "Los comediantes, cuando representan muchos entremeses juntos sin comedia ni representación grave, la llaman *folla*, y con razón, porque todo es locura, chacota y risa". La folla es, por tanto, la acumulación de varias piezas cortas, particularmente entremeses (*folla de entremeses*), representados bien en su totalidad, bien fragmentariamente, a modo de popurrí. La crítica ha discutido su consideración: para Luis Estepa constituye un género dramático diferente, no así para Huerta Calvo, quien escribe: "Más que una forma literaria diferenciable de las anteriores, la folla (de *folía*, 'locura') era una modalidad de espectáculo, que podía agrupar un conjunto de piezas cortas representadas una tras otra en bulliciosa y frenética sucesión, sin la comedia"²⁹.

6.7. LOS MATACHINES

Especie de pantomima que describe con detalle Bances Candamo en su *Teatro de los teatros*; indica que sus ejecutantes llevan a cabo unos movimientos "los más ridículos que pueden, ya haciendo que se encuentran dos de noche, y fingiéndose el uno temeroso del otro se apartan entrambos. Luego se van llegando como desengañándose, se acarician, se reconocen, bailan juntos, se vuelven a enojar, riñen con espadas de palo dando golpes al compás de la música, se asombran graciosamente de una hinchada vejiga que acaso aparece entre los

²⁹ Huerta Calvo, *El teatro breve en la Edad de Oro*, pág. 80.

dos, se llegan a ella y se retiran, y en fin, saltando sobre ella la revientan y se fingen muertos al estruendo de su estallido”³⁰. La encontramos descrita también en la *Mojiganga de los oficios y matachines* de Antonio de Zamora.

6.8. LOS TÍTERES

En el Siglo de Oro fueron muy frecuentes los espectáculos de acróbatas, volatines, titiriteros, autómatas, linternas mágicas, retablos o *mundi novis*, que alcanzaron gran difusión en España merced a las compañías italianas³¹. Recuérdese el famoso episodio de maese Pedro en *Quijote*, II, 26-27, con la interrumpida representación del *Retablo de Melisendra*.

7. BIBLIOGRAFÍA

7.1. TEXTOS

- Antología del entremés barroco*, ed. de C. C. García Valdés, Barcelona, Plaza & Janés, 1985.
- Antología del entremés barroco*, ed. de C. C. García Valdés, Madrid, Libertarias-Prodhufi, 2003.
- Antología del entremés (desde Lope de Rueda hasta Antonio de Zamora)*, ed. de F. Buendía, Madrid, Aguilar, 1965.
- Antología del teatro breve español del siglo XVII*, ed. de J. Huerta Calvo, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
- F. A. de Bances Candamo, *Teatro de los teatros de los pasados y presentes siglos*, ed. de D. Moir, London, Tamesis, 1970.
- P. Calderón, *Entremeses, jácaras y mojigangas*, ed. de E. Rodríguez Cuadros y A. Tordera, Madrid, Castalia, 1982.
- P. Calderón, *Teatro cómico breve*, ed. de M. L. Lobato, Kassel, Reichenberger, 1989.
- M. de Cervantes, *Entremeses*, ed. de J. Canavaggio, Madrid, Taurus, 1981.
- M. de Cervantes, *Entremeses*, ed. de J. Sanz Hermida, Madrid, Espasa Calpe, 1998.
- Colección de entremeses, loas, bailes, jácaras y mojigangas*, ed. de E. Cotarelo, Madrid, Bailly-Baillièrre (NBAE), 1911, 2 vols. Ed. facsímil con estudio preliminar e índices por J. L. Suárez y A. Madroñal, Granada, Universidad de Granada, 2000.
- A. Moreto, *Loas, entremeses y bailes*, ed. de M. L. Lobato, Kassel, Reichenberger, 2003, 2 vols.
- F. de Quevedo, *Entremeses*, ed. de J. M. Blecua, en *Obra poética*, IV, Madrid, Castalia, 1981.
- L. Quiñones de Benavente, *Entremeses*, ed. de H. E. Bergman, Salamanca, Anaya, 1968.
- L. Quiñones de Benavente, *Entremeses*, ed. de Ch. Andrès, Madrid, Cátedra, 1991.
- L. Quiñones de Benavente, *Jocoseria*, ed. de I. Arellano, J. M. Escudero y A. Madroñal, Pamplona-Madrid, Universidad de Navarra-Iberoamericana-Veruert, 2001.
- L. Quiñones de Benavente, *Nuevos entremeses atribuidos a Luis Quiñones de Benavente*, ed. de A. Madroñal, Kassel, Reichenberger, 1996.

³⁰ Francisco Antonio de Bances y Candamo, *Teatro de los teatros de los pasados y presentes siglos*, ed. de D. Moir, London, Tamesis Books, 1970, p. 25.

³¹ Véase J. E. Varey, *Historia de los títeres en España desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII*, Madrid, Revista de Occidente, 1957.

- F. B. de Quirós, *Obras. Aventuras de don Fruela*, ed. de C. C. García Valdés, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1984.
- Ramillete de entremeses y bailes nuevamente recogidos de los antiguos poetas de España, siglo XVII*, ed. de H. Bergman, 2ª ed., Madrid, Castalia, 1984 [1ª ed. 1970].
- A. de Solís, *Obra dramática menor*, ed. de M. Sánchez Regueira, Madrid, CSIC, 1986.
- V. Suárez de Deza, *Teatro breve*, ed. de E. Borrego, Kassel, Reichenberger, 2000, 2 vols.
- Teatro breve de los siglos XVI y XVII*, ed. de J. Huerta Calvo, Madrid, Taurus, 1985.
- Teatro breve de mujeres (siglos XVII-XX)*, ed. de F. Doménech Rico, Madrid, Asociación de Directores de Escena de España, 1996.
- L. de Vega, [?], *Entremeses. Parte I de Comedias*, ed. de G. Pontón y A. Sánchez Aguilar, Lleida, Milenio, 1997, 3 vols.
- L. de Vélez de Guevara, *Teatro breve*, ed. de H. Urzáiz, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2002.

7.2. ESTUDIOS

- I. Arellano, *Historia del teatro español del siglo XVII*, Madrid, Cátedra, 1995.
- I. Arellano, Spang, K. y Pinillos, M. C., *Apunte sobre la loa sacramental y cortesana. Loas completas de Bances Candamo*, Kassel, Reichenberger, 1994.
- E. Ansioso, *Itinerario del entremés*, 2ª ed. revisada, Madrid, Gredos, 1971 [1ª ed. 1965].
- H. E. Bergman, *Luis Quiñones de Benavente y sus entremeses*, Madrid, Castalia, 1965.
- C. Buezo Canalejo, *La mojiganga dramática. De la fiesta al teatro*, Kassel, Reichenberger, 1993.
- C. Buezo Canalejo, *Prácticas festivas en el teatro breve del siglo XVII*, Kassel, Reichenberger, 2004.
- C. Buezo Canalejo, "Mojigangas dramáticas calderonianas: síntesis y parodia de un género", *Anthropos Extra*, 1997, 1, pp. 131-35.
- G. Depretis, *Lentremés como genere letterario*, Turín, Edizioni dell'Orso, 1999.
- E. Domínguez de Paz, "Construcción y sentido del teatro breve de Alonso del Castillo Solórzano", *Boletín de la Real Academia Española*, 67, 1987, pp. 251-70.
- J. M. Escudero, "El teatro breve de Lope de Vega", *Ínsula*, 658, 2001, págs. 15-16.
- L. Estepa, *Teatro breve y de carnaval en el Madrid de los siglos XVI y XVII*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1994.
- J. Farré Vidal, *Dramaturgia y espectáculo del elogio. Loas completas de Agustín de Salazar y Torres*, Kassel, Reichenberger, 2003, 2 vols.
- J. L. Fleckniakoska, *La loa*, Madrid, SGEL, 1975.
- L. García Lorenzo, "La escenografía de los géneros dramáticos menores", en A. Egido (ed.), *La escenografía del teatro barroco*, Salamanca, Universidad de Salamanca-Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1990, págs. 127-39.
- L. García Lorenzo, (ed.), *El teatro menor en España a partir del siglo XVI*, Madrid, CSIC, 1983.
- L. García Lorenzo, (ed.), *Los géneros menores en el teatro español del Siglo de Oro*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1988.
- A. de la Granja, "El entremés y la fiesta del Corpus", *Criticón*, 42, 1988, págs. 139-53.
- A. de la Granja, "El entremés: la larga risa de un teatro breve", en *Del horror a la risa*, Kassel, Reichenberger, 1994, págs. 161-89.
- A. de la Granja, *Entremeses y mojigangas de Calderón para sus autos sacramentales*, Granada, Universidad de Granada, 1981.

- A. de la Granja y M. L. Lobato, *Bibliografía descriptiva del teatro breve español (siglos XV-XX)*, Pamplona-Madrid, Universidad de Navarra-Vervuert-Iberoamericana, 1999.
- M. N. Gutiérrez de la Concepción y B. Montes, "El entremés cantado o baile: música, danza y literatura en el teatro menor del Siglo de Oro", en M. A. Virgili Blanquet, G. Vega García-Luengos y C. Caballero Fernández-Rufete (eds.), *Música y literatura en la península ibérica: 1600-1750*, Valladolid, Junta de Castilla y León-Universidad de Valladolid-Central Hispano, 1997, págs. 377-83.
- A. Madroñal, "Algunas reflexiones sobre el teatro breve del Siglo de Oro y la Postmodernidad", *Arbor*, CLXXVII, marzo-abril 2004, págs. 475-95.
- J. Huerta Calvo, (coord.), *El gran mundo del teatro breve*, *Ínsula*, 639-640, 2000.
- J. Huerta Calvo, "Los géneros teatrales menores en el Siglo de Oro: estatus y prospectiva de la investigación", en L. García Lorenzo (ed.), *El teatro menor en España a partir del siglo XVI*, Madrid, CSIC, 1983, págs. 23-62.
- J. Huerta Calvo, "Para una poética de la representación en el Siglo de Oro: función de las piezas menores", *1616*, III, 1980, págs. 77-92.
- J. Huerta Calvo, "Poética de los géneros menores", en L. García Lorenzo (ed.), *Los géneros menores en el teatro español del Siglo de Oro*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1988, págs. 15-31.
- J. Huerta Calvo, *El nuevo mundo de la risa*, Palma de Mallorca, Olañeta, 1995.
- J. Huerta Calvo, *El teatro breve en la Edad de Oro*, Madrid, Laberinto, 2001.
- J. Huerta Calvo, (dir.), *Historia del teatro español*, Madrid, Gredos, 2003, 2 vols.
- W. S. Jack, *The Early Entremés in Spain: The Rise of a Dramatic Form*, Philadelphia, University of Pennsylvania, 1923.
- F. Lázaro Carreter, "El Arte nuevo (vv. 64-73) y el término entremés", *Anuario de Letras*, v, 1965, pp. 77-92. Reeditado en *Estilo barroco y personalidad creadora*, Madrid, Cátedra, 1974, págs. 187-201.
- A. Madroñal, "Carnaval y entremés en la primera mitad del siglo XVII", en J. Huerta Calvo (dir.), *Teatro y carnaval. Cuadernos de Teatro Clásico*, 12, 1999, págs. 73-88.
- A. Madroñal, "Estado actual de los estudios sobre teatro breve del Siglo de Oro", *Arbor*, CLXXVII, marzo-abril 2004, págs. 455-74.
- A. Madroñal, "La burla lingüística en el entremés barroco", en *Tiempo de burlas*, Madrid, Verbum, 2001, págs. 177-97.
- A. Madroñal, "Quiñones de Benavente y el teatro breve", en J. Huerta Calvo (dir.), *Historia del teatro español*, Madrid, Gredos, 2003, vol. I, págs. 1025-68.
- G. Mancini, *Gli "entremeses" nell'arte di Quevedo*, Pisa, Libreria Goliardica Editrice, 1955.
- M^a J. Martínez López, *El entremés: radiografía de un género*, Toulouse, PUM, 1997.
- G. Merino Quijano, *Los bailes dramáticos del siglo XVII*, tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense-Servicio de Reproducción de Tesis, 1981, 2 vols.
- H. Recoules, *Les intermèdes des collections imprimées. Vision caricaturale de la société espagnole au XVII siècle*, Lille, Université de Lille, 1973.
- E. Rodríguez Cuadros, "El hato de la risa: identidad y ridículo en el vestuario del teatro breve del Siglo de Oro", en M. de los Reyes (ed.), *El vestuario en el teatro español del Siglo de Oro. Cuadernos de Teatro Clásico*, 13-14, 2000, págs. 109-38.
- E. Rodríguez Cuadros, "Ligaduras y retórica de libertad: la jácara", en L. García Lorenzo (ed.), *El teatro menor en España a partir del siglo XVI*, Madrid, CSIC, 1983, págs. 121-36.
- E. Rodríguez Cuadros y A. Tordera, *Calderón y la obra corta dramática del siglo XVII*, London, Tamesis, 1983.
- F. Sáez Raposo, *Juan Rana y el teatro cómico breve del siglo XVII*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2005.

- R. Sánchez Imízcoz, *El teatro menor en la España del siglo XVII. La contribución de Agustín Moreto*, London, Ann Arbor, UMI, 1994.
- R. Senabre, "El lenguaje de los géneros menores", en L. García Lorenzo (ed.), *Los géneros menores en el teatro español del Siglo de Oro*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1988, págs. 131-48.
- F. Serralta, "Antonio de Solís y el teatro menor de Palacio (1650-1660)", en L. García Lorenzo (ed.), *El teatro menor en España a partir del siglo XVI*, Madrid, CSIC, 1983, págs. 155-68.
- A. M. Snell, "El lenguaje de los bailes de Quevedo", *Edad de Oro*, 13, 1994, págs. 171-79.
- Teatro breve del Siglo de Oro*, *Criticón*, 37, 1987.
- J. E. Varey, *Historia de los títeres en España desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII*, Madrid, Revista de Occidente, 1957.
- M. Vitse, "Burla e ideología en los entremeses", en L. García Lorenzo (ed.), *Los géneros menores en el teatro español del Siglo de Oro*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1988, págs. 163-76.

IDEALISMO Y REALISMO EN “EL QUIJOTE”*

Ambrosio Rabanales**

“En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor”. Así comienza la inmortal obra del inmortal Cervantes: *El Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, publicada a comienzos del siglo XVII, época en que quedaba atrás la Edad Media y ensayaba sus primeros pasos el renacimiento de la cultura grecolatina.

Según Cervantes, todo el *Quijote* es una invectiva contra los libros de caballería, tan en boga en su tiempo, y tan nefastos, de los cuales hizo una parodia tan genial que terminó con ellos; pero es obvio que la obra trascendió el propósito de su autor, trasformándose en un conjunto de alusiones simbólicas al sentido universal de la vida, según Ortega.

Como se sabe, don Quijote se enfrascó tanto en la lectura de aquellos libros

“que –como dice el narrador– se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días, de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio”. “En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de la república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo –y sus cincuenta años– a buscar las aventuras y a ejercitarse de todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros donde, acabándolos, cobrase eterno nombre y fama”.

“La lectura de los libros de caballería había impregnado el subconsciente de don Quijote de ideas fantásticas e irrealizables, pero que por su ambición idealista hubiera querido ver realizadas en su vida” (Diego Pérez).

Es cierto que nuestro héroe era un loco, pero “la razón anida en el recóndito y majestuoso albergue de su locura” (Wordsworth). Como ocurre con la mayoría de los dementes, don Quijote, dice el mismo narrador, “solamente dispareaba en tocándole en la caballería, y en los demás discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento”, como lo comprobaremos más adelante.

Desde el punto de vista psiquiátrico, puede decirse que tenía una personalidad esquizoide. La esquizoidia es un esbozo muy elemental de una enfermedad mucho más seria: la esquizofrenia, “cuyo carácter esencial y evolutivo es una disociación, una disyunción progresiva de los elementos componentes de la personalidad y, como corolario, una ruptura de contacto con el ambiente, una

* Versión revisada de la publicada en los *Anales del Instituto de Chile*, Santiago, 1988:83-100.

** Universidad de Chile, Academia Chilena de la Lengua, amrabanales@yahoo.com

inadaptación progresiva al medio” (Porot). Etimológicamente, *esquizofrenia* significa “mente escindida o disociada”, y la enfermedad se la conoce vulgarmente como “doble personalidad”.

Su vida, mientras duró su locura, pues su destino fue “morir cuerdo y vivir loco”, transcurrió siempre entre la cruda realidad y una sublimadora fantasía. Sublimadora, porque tenía el loco don de convertir la prosa de la vida en poesía, y como buen caballero andante, en poesía épica; un alquimista más, trasmutando los innobles disvalores en el oro de la perfección. Así, en la ocasión aquella en que vio los molinos de viento, le dijo a su escudero:

“—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desafortunados gigantes, con quienes pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra”. “—¿Qué gigantes? —dijo Sancho Panza—, que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino”. “—Bien parece —respondió don Quijote— que no estás cursado en esto de las aventuras; ellos son gigantes, y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oración... que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla”.

Después del fracaso del amo en esta lucha, Sancho le recuerda:

“—¡Válame Dios! No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento...?”. “—Calla, amigo Sancho —respondió don Quijote—, que las cosas de la guerra, más que otras, están sujetas a continua mudanza; cuanto más yo pienso, y es así verdad, que aquel Sabio Frestón... ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento...”.

De esta manera, con la trasmutación de la realidad en función de sus ideales de caballero andante y su afianzamiento de que estaba en lo cierto culpando al Sabio Frestón, don Quijote pone de manifiesto tanto su locura como su idealismo fantasioso, el que lo impulsa a ejecutar actos nobles que sobrepasan los lindes del mundo real.

Por su parte, Sancho, que no sufría ilusiones —interpretaciones erróneas de algunas percepciones—, llamaba al pan, pan, y al vino, vino; así queda planteada la antinomia entre idealismo y realismo, de las que nos ocuparemos más adelante.

Ya lo hemos dicho: la incapacidad de don Quijote de percibir la realidad como su criado es permanente. Recuérdese que también, y pese a la advertencia de este, destroza los muñecos del retablo de Maese Pedro, un famoso titiritero, cuando se representaba la historia de unos moros que perseguían a un par

de amantes católicos, a los que, con su acción, don Quijote quiso dar ayuda y favor, por cumplir con su profesión de caballero andante. Y después, cuando se da cuenta de que los tales moros no eran más que títeres, persevera en su creencia, culpando una vez más a sus encantadores, que, según él, y víctima de su paranoia, lo persiguen y no hacen sino ponerle las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego se las mudan y truecan en las que ellos quieren.

“Real y verdaderamente os digo, señores que me oís –insiste nuestro héroe– que a mí me pareció todo lo que aquí ha pasado, que me pasaba al pie de la letra”.

Otro tanto ocurrió con las dos grandes manadas de ovejas y carneros, que a don Quijote se le figuraron dos grandes ejércitos, con los cuales lucha para “favorecer y ayudar a los menesterosos y desvalidos”. O cuando libera a unos condenados a galera, las que después lo molestarían a palos y que le harán decir: “El hacer bien a villanos es echar agua en el mar”.

Por todos estos episodios, y muchísimos otros, parece obvio interpretar su afán “quijotesco” de “enderezar entuertos”, fuera del afán de adquirir fama –uno de los valores fundamentales de la caballería andante–, como un deseo de justicia, otro valor; no obstante, el escritor español Germán Bleiberg piensa que, aunque es posible que hubiera en don Quijote tal deseo, “no es esto lo importante”: nuestro caballero “no quiere tanto que no haya entuertos, como que los haya, para enderezarlos él; no es, pues, lo interesante el estado de justicia, sino su propia acción justiciera”. No deja de ser este un interesante punto de vista, ante el cual no desmerece la conducta de don Quijote en consonancia con los grandes ideales de la cultura judeo-cristiana.

Por otra parte, nuestro personaje había enloquecido también concibiendo un amor idealista:

“Y fue a lo que se cree –nos cuenta el narrador– que en un lugar no cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él en un tiempo anduvo enamorado, aunque según se entiende, ella jamás lo supo ni se dio cuenta de ello”.

Solo que esta moza labradora para él no es tal, sino “la sin par princesa doña Dulcinea del Toboso”, “por quien –asegura– yo he hecho, hago y haré los más famosos hechos de caballería que se han visto, vean o verán en el mundo”. De acuerdo con su visión sublimadora de la prosaica realidad, le dice a Sancho que:

“ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea que no fuese perfecta y bien acabada; y así si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes”.

Es claro que la realidad para Sancho era otra realidad: la del burdo campesino, carente del poder mágico de la transmutación, de modo que cuando

don Quijote le confesó que su Dulcinea era la campesina llamada Aldonza Lorenzo,

“Bien la conozco –le declaró a su vez Sancho–, y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo. ¡Vive el Dador, que es moza de chapa, hecha y derecha y de pelo en pecho!”.

Realismo e idealismo, materialismo y espiritualismo.

Naturalmente que sabía este Caballero de la Triste Figura, como se hacía llamar a veces nuestro idealista personaje, que las damas de los caballeros de sus libros nunca fueron en verdad damas de carne y hueso, sino que “las más se fingían por dar materia a sus versos, y porque los tuvieran por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo”.

“Y así –continúa diciendo– bástame a mí pensar y creer que la buena Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta..., porque en ser hermosa ninguna la iguala; y en la buena fama, pocas le llegan. Y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación como lo deseo, así en la belleza como en la principalidad”.

Es decir, que como cualquier gran enamorado, lo estaba de un ideal de mujer, más que de una mujer real; ideal al cual, pase lo que pase, nunca renuncia; por eso, cuando en una ocasión toma a otra labriega por su Dulcinea y Sancho trata de convencerlo de que ella no es tal, enfrentado ya a la triste realidad, don Quijote insiste en que sus enemigos encantadores

“la transformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ámbares y entre flores. Porque te hago saber, Sancho, que cuando llegué a subir a Dulcinea sobre su jaca... me dio un olor de ajos crudos, que me encalabrino y atosigó el alma”.

El hecho es que, como él mismo nos enseña, la necesidad de tener una dama de la cual estar enamorado se debe a que “no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan pronto y tan natural les es dado a tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas”.

“Mis amores –nos confiesa en otra oportunidad–, siempre han sido platónicos, sin estenderse a más que a un honesto mirar”.

Es lo que en psicología se llama un caso de sublimación: “la pulsión sexual se sublima en la medida en que es derivada hacia un nuevo fin, no sexual, y apunta hacia objetos socialmente valorados” (Laplanche).

Tal ha sido el acierto de Cervantes de crear un símbolo como don Quijote, que su nombre ha venido a significar “persona que está siempre dispuesta a

intervenir en asuntos que no le atañen en defensa de la justicia“, como dice María Moliner en su diccionario, o bien, “hombre que pugna con las opiniones y los usos corrientes, por amor de lo ideal“, según el diccionario académico. Así, quiijotes son, como nuestro héroe, los misioneros que van por el mundo tratando, según ellos, de ganar almas para Dios; los que han dedicado su vida a aliviar –por amor al hombre– el dolor humano, y todos aquellos –filósofos, científicos, artistas– que han tomado por misión luchar para conseguir el mejor de los mundos posible, donde reinen la verdad, la justicia, el amor, el bien y la belleza.

En lo que llevamos dicho hasta aquí, más de una vez hemos afirmado que mientras don Quijote simboliza el idealismo, con una loca fantasía, Sancho Panza simboliza el realismo y materialismo. ¿Pero a qué apuntan exactamente estos términos? Veamos: para la Real Academia Española, *idealismo* es la “aptitud para elevar sobre la realidad sensible las cosas que se describen o se representan”, su antónimo es *realismo*. Para María Moliner es la “tendencia a idealizar las cosas modificando la realidad, en el concepto que se forma de ellas o en su representación”. E *idealizar* es, para la primera, “elevar las cosas sobre la realidad sensible por medio de la inteligencia o fantasía”, en tanto, para la señora Moliner es “ver, presentar o representarse las cosas como perfectas o como mejores de lo que son en realidad”. Ferrater Mora, por su parte, asegura que *idealismo*, en cuanto tiene que ver con los ideales –más que con las ideas– es “toda doctrina –y a veces simplemente toda actitud– según la cual lo más fundamental, y aquello por lo cual se supone que deben dirigirse las acciones humanas, son los ‘ideales’ –realizables o no, pero casi siempre imaginados como realizables. Entonces el idealismo se contrapone al *realismo*, entendido este último como la doctrina –y a veces simplemente la actitud– según la cual lo más fundamental, y aquello por lo cual se supone que deben dirigirse las acciones humanas, son las ‘realidades’ –las duras ‘realidades’, ‘los hechos contantes y sonantes’ [el mundo de lo perceptible, agreguemos nosotros]. Este sentido de ‘idealismo’ suele ser ‘ético’ o ‘político’, o ambas cosas a un tiempo. Puede también considerarse como simplemente ‘humano’ en tanto que lo que se tiene en cuenta es la acción del hombre, y especialmente la acción del hombre en la sociedad”.

El idealismo, por último, “representa no sólo una filosofía, sino también, y hasta primariamente, una concepción del mundo”.

¿Y qué significa *ideal*? De acuerdo con la Academia: “Excelente, perfecto en su línea”, y como nombre: “Prototipo, modelo o ejemplar de perfección”. Y según María Moliner: “Perfecto, [es decir] poseedor en el mayor grado de las cualidades deseables en su especie”. Todo esto encarna don Quijote, “fruto típico de la España medieval, que todavía seguía creyendo en la fe idealista”; “un loco idealista que lee libros de caballerías, recordando una Edad Media olvidada” (Diego Pérez).

“El mito de don Quijote –ha escrito el mismo Diego Pérez– consiste en la idealización de los más nobles sentimientos que radican en la naturaleza profunda del hombre y que constituyen la dualidad del sexo humano, de una

parte, la entrega a las exigencias de las necesidades del cuerpo y al instinto de conservación que hace generar en el hombre el miedo, el egoísmo, la cobardía y las pasiones por la posesión de bienes materiales o el goce del amor, considerado como dominio sobre la mujer. Y de otra parte, la conciencia de nuestra finitud en la presencia de un fondo insobornable de solidaridad con los otros seres humanos, que radica en el sentimiento platónico de que lo que vivimos no es perfecto y que hay algo superior que podemos imaginar perfecto, y que frente al egoísmo está la simpatía o el dejar de ser en sí para ser en los otros; que frente al amor como dominio y posesión está la conciencia del amor ideal, que es compenetración con la mujer y los hijos, llevándolos a los mayores sacrificios y a las más bellas acciones. Cervantes encontró en don Quijote sin saberlo el paradigma más elevado de las virtudes mejores de la humana naturaleza”.

Pero, si juzgamos por los desenlaces de las batallas de este gran hombre, el genial escritor tuvo una actitud poco optimista frente al idealismo, pues “el caballero del ideal” es vencido casi siempre frente a la más dura realidad, que Sancho Panza advierte y de los que don Quijote no se da cuenta (Diego Pérez). Con todo, su actitud es consecuente con la intención por él declarada de desprestigiar los libros de caballerías. ¿Y en qué consisten el realismo y el materialismo? A lo dicho antes sobre *realismo*, Ferrater Mora agrega en otra parte que “es el nombre de la actitud que se atiene a los hechos “tal como son” sin pretender sobreponerles interpretaciones que los falseen o sin aspirar a violentarlos por medio de los propios deseos”, como hizo don Quijote. Esto plantea el serio problema de nuestra posibilidad de conocimiento objetivo, esto es, de la realidad “tal cual es”, porque hasta hoy, y a pesar de los avances de la ciencia y de la tecnología, nadie puede pretender saber cómo es la realidad, o dicho metafísicamente, cuál es su esencia, su “noúmenon”. Ya Kant negó nuestra capacidad para acceder a él, pues solo podemos conocer lo fenoménico, el “fainómenon”: la apariencia de las cosas, lo que aparece ante nuestros sentidos. Por otra parte, todos los entes fundamentales de las ciencias, como el *átomo*, el *gen* o *gene*, el *oxígeno*, el *hidrógeno*, etc., distan mucho de ser “realidades” en el sentido señalado (el H₂O muy poco tiene que ver con el *agua* que bebemos), pues, fundamentalmente, no son más que constructos teóricos, conceptos científicos necesarios para acercarnos, únicamente, a una satisfactoria descripción y explicación de los fenómenos, de lo perceptible, pero que con el tiempo son, o pueden ser, sustituidos por otros constructos teóricos, aunque se mantenga el nombre: recuérdese que el átomo de Leucipo y Demócrito era indivisible, como lo revela la etimología del nombre. Por esto se dice hoy día que una ley científica no es más que una hipótesis plausible, esto es, atendible, pero una hipótesis de todos modos; que algo es verdadero hasta que no se pruebe lo contrario, y que el hombre de ciencia no dice cómo las cosas *son*, sino solo cómo le *parece* que son. ¿Hasta dónde, entonces, podemos confiar más en el Realismo ingenuo de un Sancho Panza, que en el idealismo fantasioso de un Quijote?

Si tuviéramos que basarnos estrictamente en nuestros sentidos, todavía diríamos que la Tierra es plana y está fija; que el Sol gira a su alrededor, “nace” todos los días en el *oriente* (del latín *oriri* ‘nacer’); y “muere” también todos los días en el *occidente* (del lat. *accidēre* ‘morir’); que los astros son del tamaño que vemos; que el mar termina en la línea del horizonte, que las ballenas son peces, y los murciélagos, aves; que solo existe lo que podemos aprehender sensorialmente; en suma, todavía estaríamos subordinados a lo que se ha llamado el “realismo ingenuo”, según el cual “se supone que el conocimiento es una reproducción exacta (una “copia fotográfica”) de la realidad” (Ferrater Mora).

Además, la locura achacada a nuestro héroe por su idealismo y fantasía ¿es tan diferente de la loca fantasía de un Julio Verne, que imaginó que se podía viajar sumergido en las aguas marinas y que el hombre podía llegar a la luna? ¿O de la de aquellos que imaginaron los diversos medios de comunicación inalámbrica intercontinental y aún fuera de nuestro espacio? ¿O de la loca fantasía de los que hicieron posible la fecundación “in vitro” o la manipulación genética? Y tantos otros casos que le dan sentido a aquella solicitud de los estudiantes franceses de los años sesenta: “Seamos realistas, pidamos lo imposible”. ¿Lo imposible? ¿Quién conoce la frontera entre la fantasía y la realidad? ¿O es que la fantasía no es más que aquello que precede a la prosaica realidad? De todos modos, “fantástico” no significa necesariamente “irrealizable”.

Materialismo, a su vez, es, desde el punto de vista ético, la “doctrina práctica según la cual la salud, el bienestar, la riqueza, el placer deben ser considerados como los intereses fundamentales de la vida” (Lalande). Vivir para comer, y no comer para vivir. Se ha dicho que materialista es aquel que piensa con el estómago.

Después de esto, ¿es lícito seguir afirmando que el obeso Sancho es un símbolo, el prototipo, la quintaesencia del materialismo y del realismo? La Academia define *sanchopancesco* como “falto de idealidad”. Esperemos a ver luego cómo se comporta en su calidad de gobernador de la ínsula Barataria. Antes, oigamos algunos de los consejos que le da don Quijote para mejor ejercer su cargo. A través de ellos nos confirmaremos en el idealismo de nuestro héroe y en su sentido no poco práctico de la vida:

“Primeramente ¡oh hijo! has de temer a Dios, porque en el de temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

“Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá en no hincharte...

“Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores, porque viendo que no te corres [avergüenzas], ninguno se pondrá a correrte, y préciate más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos, han subido a la suma dignidad pontificia e imperialia...

“Mira, Sancho: si tomas por medio a la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que padres y abuelos tienen príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista [adquiere], y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

“Si trujeres a tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten a gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias), enséñala, doctrínala y desbástala de su natural rudeza; porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

“Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia que las informaciones del rico.

“Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico como por entre los sollozos e importunidades del pobre.

“Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

“Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva [soborno], sino con el de la misericordia.

“Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria y ponlas en la verdad del caso.

“No te ciegue la pasión propia en la causa ajena, que los yerros que en ella hicieres las más veces serán sin remedio, y si le tuvieren, será a costa de tu crédito, y aun de tu hacienda.

“Si alguna mujer hermosa viniere a pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas y tus oídos de sus gemidos, y considera de espacio [despacio] la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto y tu bondad en sus suspiros.

“Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

“Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción considérale hombre miserable [digno de misericordia], sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstratele piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

“Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible... y en

los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura...

“Esto que hasta aquí te he dicho son documentos [consejos] que han de adornar tu alma; escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo”.

Algunos de estos son los siguientes:

- “No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería.
- “Anda despacio; habla con reposo, pero no de manera que parezca que te escuchas a ti mismo, que toda afectación es mala.
- “Come poco y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina [fábrica] del estómago”.

Otra de las muchas virtudes de don Quijote es su inequívoco sentido democrático, pues, cuando en cierta ocasión unos cabreros lo invitan a comer, junto con su criado, le dice a este, al verlo de pie para servirle:

“...quiero que aquí a mi lado y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una mesma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor; que comas en mi plato y bebas en donde yo bebiere, porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice: que todas las cosas iguala”.

Por esto pienso que el elogio que hace el pastor Ambrosio de un tal Crisóstomo, en el momento de su inhumación, sería igualmente válido en el sepelio de don Quijote. Dice el pastor:

“-Este cuerpo, señores, que con piadosos ojos estáis mirando, fue depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo del que fue único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presunción, alegre sin bajeza, y finalmente, primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fue ser desdichado”.

Es evidente que toda la obra de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, puede ser considerada como la expresión literaria que muestra simbólicamente cómo pueden armonizar fuerzas contrarias. Se ha dicho con razón (Diego Pérez) que “si Sancho no existiera no concebiríamos a don Quijote. Lo bueno se comprende por la presencia de lo malo, o lo sabio por lo necio; todo existe en relación con algo diferente; es la dualidad fundamental de todo lo que vive”. Pero la dualidad no es más que la manifestación de la unidad. “La dualidad empieza en el dominio mismo de la conciencia, con la distinción entre ‘yo’ y ‘aquello’, entre sujeto y objeto (sujeto conocedor y objeto conocido), constituyendo así el fundamento de todo nuestro conocimiento y experiencia,

tanto interior como exterior”. Puesto que dentro de la dualidad cervantina, para conocer a don Quijote hay que conocer a Sancho Panza, empecemos por su nombre: en la Mancha *sancho* significa “cerdo”, y de *sancho* procede nuestro *chancho*. No es improbable, pues, que Cervantes haya tenido en cuenta esta acepción para bautizar a su obeso, vulgar y tosco personaje. No es el “sancho” de “al buen callar llaman Sancho”, como creía el escudero, y que don Quijote se encarga de aclarar. Como se sabe, el *Sancho* del refrán deriva del latín *sanctus* ‘santo’, a través del latín medieval *sanctius*. Juan de Arjona, a fines del siglo XVI, escribió unos “Tercetos, en loa al puerco”, donde dice: “Este animal, con quien el vientre ensancho,/ a más de un rey legítimo de España/ ha dado el noble nombre de Don *Sancho*”. Y luego: “Cochino, Puerco o Sancho, todo es uno” (Rosenblat). Y *Panza*, porque, según lo describe don Quijote, es “de barriga grande, talle corto y zancas largas”, amén de glotón. Se trata de un labriego vecino suyo, “hombre de bien –según el autor– (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera”. Es verdad que no sabía leer ni escribir, pero era “dueño de una sabiduría popular desgranada en refranes”, fuera de lo que se ha llamado “aristocracia de sus sentimientos”, manifestada en la fidelidad a su amo, su sensibilidad al dolor ajeno, el amor a su familia, etcétera.

Pero como siempre ocurre cuando el par de opuestos son seres humanos, con el diario convivir uno influye en el otro; así, mientras don Quijote se santifica, Sancho Panza se quijotiza, como apunta Salvador de Madariaga; la locura del amo pasa al escudero y la cordura de este, al amo. Siendo Sancho ya gobernador, nuestro caballero manchego le dice en una ocasión:

“Cada día... te vas haciendo menos simple y más discreto”, a lo que Sancho responde prudentemente: “...sí que algo se me ha de pegar en la discreción de vuestra merced...; quiero decir que la conversación de vuestra merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído... y espero de dar frutos que no se deslían ni deslicen de los senderos de la buena crianza que vuestra merced ha hecho en el agostado entendimiento mío”.

Y, finalmente, don Quijote, sorprendido de los progresos del que fuera su criado y escudero, le contesta:

“Válate el diablo por villano... ¡Y qué de discreciones dices a veces!, no parece sino que has estudiado”.

Pero empecemos por el principio, cuando el modesto labriego se hace cargo de la gobernación de la ínsula Barataria, para conocer a un Sancho Panza que ya ha desbastado, en no poca medida, su “natural rudeza”. Con palabras del escritor Buenaventura Piñero, a quien citaré ampliamente, porque yo no sabría expresar mejor sus ideas: “el programa de gobierno –como diríamos hoy día– de Sancho, se compromete a la aplicación de medidas reformistas, que le permitirán al gobernador desterrar del microcosmos insular los más grandes

vicios e injusticias que lo corroen. Todas las ideas políticas –en gran medida radicales– tomadas por Sancho y debidas en su mayor parte a la acción de vasos comunicantes establecidos entre caballero y escudero, se asemejan a las expresadas por Tomás Moro (*Utopía*) y Tomás Campanella (*La Ciudad del Sol*). Ello es indicio inequívoco de que el gobierno de Sancho va a estar movido por la dinámica de las ideas vanguardistas del Renacimiento, del humanismo radical en moral, política y justicia; dando como resultado un gobierno de la praxis humanista en un Sancho muy coherente con su dialéctica natural”.

He aquí algunas de las cosas que piensa hacer en los diez días de gobierno:

- “Limpiar esta ínsula de todo género de inmundicia y de gente vagabunda, holgazana y mal entendida... la gente baldía y perezosa es en la república lo mesmo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen;
- favorecer a los labradores...;
- guardar sus preeminencias a los hidalgos...;
- premiar a los virtuosos...;
- tener respeto a la religión y a la honra de los religiosos...;
- quitar las casas de juego, que a mí se me trasluce que son perjudiciales...”, etcétera.

Todo esto llevado a la praxis política irá reforzado con los consejos que, como vimos, don Quijote dio a su escudero.

“Por otra parte –continúa Piñero– la conducta personal de Sancho gobernador es un modelo de integridad y de honradez, porque expuesto al peligro que corren todos los humildes al verse alzados a puestos encumbrados, no se le sube el gobierno a la cabeza, ni se vuelve ambicioso, antes bien, Sancho hace alarde de su humanidad:

“–Pues, advertid, hermano... que yo no tengo *don* ni en todo mi linaje le ha habido: Sancho me llaman a secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas, sin añadiduras de *dones* ni *donas*”. Recuérdese que *don*, en la época, era tratamiento para personas de elevado rango social; por eso ‘*don* Quijote’ y ‘*doña* Dulcinea”’.

“No es codicioso, ya que no se aprovecha para enriquecerse, resarcíendose así de sus anteriores humillaciones y pobreza. El único beneficio de su gobierno, al abandonarlo, fueron medio queso y medio pan, a pesar de haberle ofrecido los criados del duque ‘todo aquello que quisiese para regalo de su persona y para la comodidad de su viaje’.

“Y por último, al darse cuenta de que su gobierno no era más que una pesada burla por parte de los duques aragoneses y su cohorte de adulantes, Sancho toma la resolución de renunciar para no seguir siendo objeto de burla, pese a que el doctor Pedro Recio le promete dejarlo comer en abundancia: –Tarde piache: –respondió Sancho. No son estas burlas para dos veces”.

“Pensemos, pues, que lo importante en este caso es el detectar el espíritu eticista y la intención democrática y popular en el gobierno de Sancho, al igual que la reacción sorpresiva de los gobernados, gente fullera y de mala fe.

“Los fallos jurídicos que emite Sancho demuestran, en su oportunidad, los dotes de un juez consumado: rectitud, astucia, comprensión y bondad, desde el punto de vista de una justicia ética y humana y de acuerdo, también, de su conciencia y sentido común.

“El gobernador desenmascara, protege, destierra, castiga y previene de una manera tan democrática que no podemos dejar de admirar la perspectiva histórica de Cervantes en cuanto a su visión de porvenir sociopolítico, reservado, según el ilustre manco, a los Sanchos del futuro, quienes, sin prejuicios ni componendas, se comprometerán a ofrecer una vida mejor, uniendo finalmente la teoría política con la praxis; no filosofando de manera especulativa, sino pensando y transformando como nos dejó constancia de ello el mayordomo de Sancho ... porque –según él– andaban mezcladas sus palabras con sus acciones”, o bien...

“Dice tanto vuesa merced, señor gobernador, dijo el mayordomo, que estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como vuesa merced, que a lo que creo no tiene ninguna, diga tales y tantas cosas llenas de sentencias y de avisos tan fuera de todo aquello que del ingenio de vuesa merced esperaban los que nos enviaron y los que aquí venimos. Cada día se ven cosas nuevas en el mundo: las burlas se vuelven veras y los burladores se vuelven burlados”.

“Es democrática también su conducta frente a los súbditos, pues siguiendo los conceptos de don Quijote de visitar las cárceles, las carnicerías y las plazas, inspecciona personalmente el mercado y los alimentos, y efectúa en persona la ronda de la ínsula”.

“Además de democrático, el gobierno de Sancho es popular, y ello lo denota su actividad legislativa en forma de ordenanzas que, Sancho gobernador, hizo la víspera de su renuncia” en contra de los monopolios. “Como el gobierno de Barataria no resistía tanta lección de ética política por parte de Sancho ni este tanta hambre, el escudero determina salir del gobierno; pero se va –como decíamos líneas atrás– sin las riquezas que aseguraba al comienzo –puesto que Sancho, como reflejo crítico de la inmoralidad de los gobernantes, condenó en más de una ocasión el aprovecharse de esa oportunidad para enriquecerse–, y lo hace –repetimos– con medio pan y medio queso”, a pesar de que era goloso. “Y habiendo gobernado como Licurgo, Salomón y Solón juntos”, dejó el cargo estoicamente:

“...desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano... no es menester otra señal para dar a entender que he gobernado como un ángel”.

Así, pues, Sancho “no se desanima por no haber estado el gobierno en sazón para él proyectarse. Agujoneado por el gusanillo de la Verdad, Justicia y

Libertad, que lo posee enteramente, desea salir cuanto antes por esos caminos, encrucijadas, yermos, campiñas y ciudades en busca de la ausente Dulcinea”.

Este Sancho ya no es el arquetipo del materialismo y del realismo con que comienza su historia.

Para terminar, permítaseme reproducir un hermoso poema de León Felipe:

LA GRAN AVENTURA

A todos los españoles del mundo.

Bacía, yelmo, halo...
éste es el orden, Sancho.

Han transcurrido cuatro siglos...

Y viene muy cansado Rocinante.

Años y años de oscuras y sangrientas aventuras...

Y andar y andar por los ásperos y torcidos caminos de la Historia.

*Y vienen los dos,
caballero y escudero,
callada*

lentamente

en sus cabalgaduras humildes y gloriosas...

por la abierta y encendida meseta de Castilla.

¡Bajo su luz alucinante!

¡Oh, esa luz!

*¡No es una luz propicia para la gran metáfora poética,
los grandes milagros y el asombro!*

Sancho ha crecido en estos siglos...

*¡ha caminado tanto por el mundo
ceñido a su señor!*

*Ahora no es simple ni es grosero,
es audaz y valeroso...*

*Lo encuentro más delgado,
casi enjuto.*

Ahora se parece más a su señor.

*Aquel vientre rotundo,
que rimaba con las famosas tinajas
de su pueblo,
ha desaparecido.*

(Ya me doy cuenta, Sancho...

Las guerras, las derrotas... el hambre...

¡Oh la vida, gran maestra de ascetas!)

Yo no me atrevería, ahora, a llamarle Sancho Panza

¡Que nadie le llame Sancho Panza!

*Es Sancho a secas
¡Sancho nada más!
Sancho quiere decir: hijo del Sol,
súbdito y tributario de la Luz.*

*Además ya tiene fantasías
Ya habla como don Quijote...
Y ha aprendido a verlo todo como él...
Ahora puede usar, él mismo, el mecanismo metafórico
de los poetas enloquecidos...*

*Ahora puede levantar las cosas
de lo doméstico a lo épico...
de la sordidez a la luminosidad.
—Aquello que vemos allá lejos, en la noche sin luna tenebrosa,
no es la mezquina luz de una humilde cabaña de pastores...
¡Aquello es la estrella de la mañana!*

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BLEIBERG, Germán y MARÍAS, Julián, (dir.). (1953). *Diccionario de literatura española*, 2ª ed., Madrid, *Revista de Occidente*.
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, (1922 [1605 y 1615]). *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, 8 tomos, Madrid, Ediciones de "La Lectura". Puede consultarse ahora la edición crítica a cargo de Francisco Rico, 2 vols. Barcelona, Instituto Cervantes, 1998 y la edición del IV centenario a cargo de la Asociación de Academias de la Lengua Española, Madrid, Alfaguara, 2004.
- DIEGO PÉREZ, Ismael, (1971). *Filosofía del simbolismo y el mito*. México, Orión.
- FERRATER MORA, José, (1980). *Diccionario de Filosofía*, 4 tomos, Madrid, Alianza.
- LALANDE, André, (1953). *Vocabulario técnico y crítico de la filosofía*, 2 tomos. Buenos Aires, Libr. "El Ateneo" Editorial.
- LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J.B., (1971). *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Labor.
- MADARIAGA, Salvador de, (1947). *Guía del lector del Quijote*, Buenos Aires, Edit. Sudamericana.
- MOLINER, María, (1966). *Diccionario de uso del español*, 2 tomos, Madrid, Gredos.
- ORTEGA Y GASSET, José, (1946) *Meditaciones del Quijote*, Madrid, *Revista de Occidente*.
- BUENAVENTURA, Piñero, (1976). *Devenir social de Sancho Panza*, Caracas IUPDC.
- POROT, A., (1967). *Diccionario de psiquiatría clínica y terapéutica*, Barcelona, Labor.
- Real Academia Española (1992). *Diccionario de la lengua española*, 21ª ed., Madrid, España-Calpe. Las citas señaladas coinciden o no difieren significativamente en la 22ª ed. de 2001.
- ROSENBLAT, Ángel, (1978). *La lengua del "Quijote"*, Madrid, Gredos.
- UNAMUNO, Miguel de, (1943 [1938]). *Vida de don Quijote y Sancho*, 3ª ed., Col. Austral, Buenos Aires, Espasa-Calpe.

CARLOS GEORGE NASCIMENTO:
PIONERO DE LA EDICIÓN NACIONAL

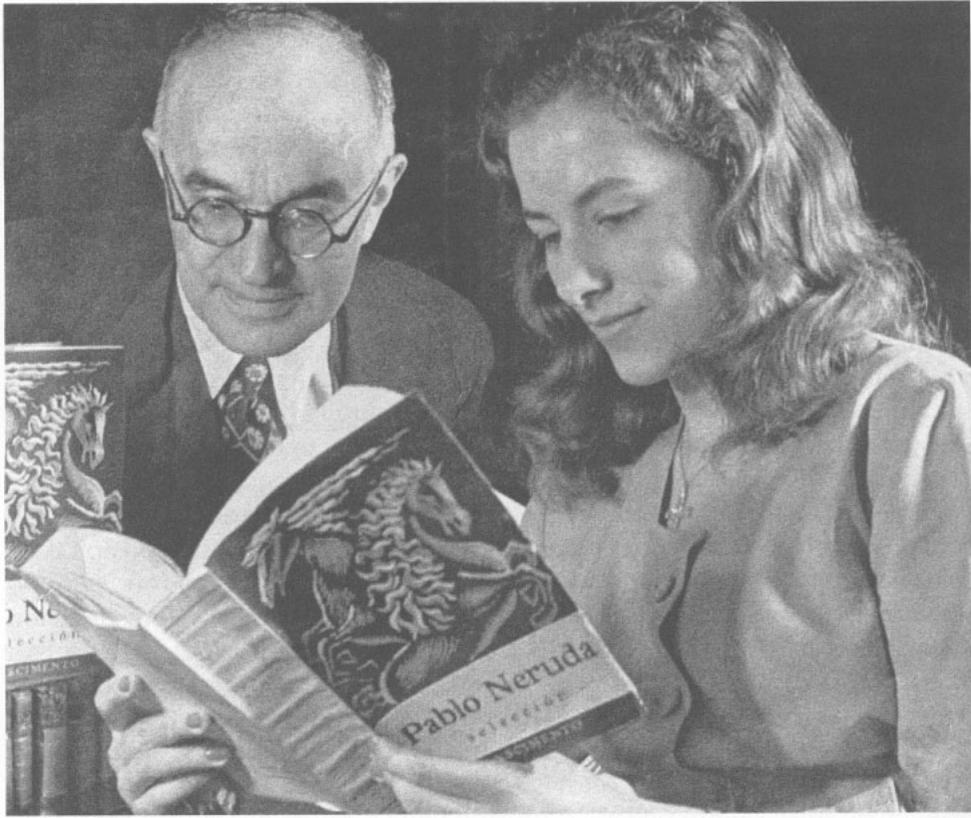
Felipe Reyes F.

A comienzos de diciembre de 1905, y tras un lento viaje en tren, llega a Concepción el joven Carlos George Nascimento, entonces de 20 años de edad. Atraído por las noticias de prosperidad recibidas de su tío, Juan Nascimento, quien había recalado en estas tierras en 1875. Las cartas del tío Juan hablaban de un país joven, de gente amable y tranquila. Él se había instalado con una librería que llevaba su nombre en la capital, en Ahumada N^o 265. Podía ser un buen destino para un joven emigrante.

Un par de días antes, Carlos había recalado en el puerto de Valparaíso. Una vez divisado *el puerto gris tachonado de barcas*¹, sintió la preocupación de llegar solo a un país desconocido y sin más capital que dos maletas. Durante el viaje oceánico en tercera categoría, había compartido camarote con un marinero chileno. Poco antes de anunciar tierra, se dio cuenta que sus dos maletas habían sido abiertas y le faltaban las monedas de oro que traía. Su único capital de sobrevivencia. De inmediato sospechó de su compañero de camarote, pero no tenía cómo probarlo ni a quién recurrir. Masticó su impotencia y desesperación y se preparó para descender del barco y tratar de conseguir ayuda para llegar a Santiago, lugar donde residía su tío Juan. Con paso lento, acarreado su temor y su equipaje, descendió el planchón de la nave e ingresó en el malecón rumbo a la plazoleta que daba a la calle. Se detuvo allí, observó los cerros multicolores y posó sus maletas junto a sus tobillos, como esperando una señal, trataba de orientarse. Buscó algún policía o autoridad que pudiera dirigirlo al consulado de Portugal, lugar que le pareció el más adecuado para pedir ayuda. Entonces, divisó un uniforme que le pareció de autoridad, pero cuando fue a tomar sus maletas se dio cuenta que tenía sólo una, la otra, producto de su descuido, había sido cuidadosamente tomada por el ojo avizor cazador de oportunidades. Finalmente pudo entrevistarse con el cónsul de Portugal, quien lo escuchó y le facilitó el dinero suficiente para llegar a Santiago. Así, con su maleta bien aferrada al cuerpo, se dirigió a la estación Barón para abordar el tren rumbo a la capital.

Una vez a bordo, la máquina se internó entre los cerros y el monótono sonido de su marcha lo fue tranquilizando hasta dormirlo. Se sobresaltó con el sonido de las bocanadas de la locomotora a vapor. Al incorporarse, se encontró con la imponente estructura de acero de la Estación Central. Recorrió el largo de sus andenes, pues los carros de tercera clase se detenían al final de la estación. Llegó por el costado de la línea de cajas de venta de pasajes protegidas con barrotes de bronce, y de allí salió a la plazoleta junto a la avenida. La primera impresión del barrio de "edificios pequeños, vetustos, de árboles mal encubiertos y mal enlucidos de azul y de rojo; faroles de café chino; telones de circo de arrabal;

¹ Pablo Neruda, *Canto General*, 1950.



el bullir céntrico de gente de mala catadura, de manta deshilachada, desarra-
pienta, con los pies calzados con esas abarcas de cuero llamadas 'ojotas', los
pantalones arremangados y las piernas cubiertas de mugre; el olor de comida
barata, de grasa y de fritura, que subía en bocanadas tibias de las cocinerías y
de los chinceles dudosos; los gritos de los ebrios y las carreras de los pilluelos
mugrientos y a mal traer"² no fue grata y, tras las consultas pertinentes, se
dispuso a dejar el barrio Estación Central y abordar lo que era una novedad
para la época: el tranvía eléctrico por el Paseo de las Delicias, con su amplio
bandejón central flanqueado por corridas de álamos que habían desplazado
al nombre oficial de la avenida por el popular de Alameda. Después de unos
minutos de viaje, el cobrador del tranvía respondió a su pedido avisándole que
habían llegado a la calle Ahumada. Ahí descendió frente en la Universidad de
Chile para internarse en el corazón mismo del centro.

Carlos caminó lentamente mirando cada uno de los números en busca del
265 de la librería Nascimento. Al ingresar al local pidió hablar con don Juan,
luego de identificarse y expresar al tío sus saludos y los de sus familiares en

² Luis Orrego Luco, *Un idilio nuevo*.

Corvo, relató en breves minutos su venida, y se detuvo en los incidentes vividos a bordo del barco y el robo de una de sus maletas en el puerto, sucesos que lo habían dejado en la más completa indigencia. Luego solicitó el dinero necesario para pagar su deuda con el cónsul de Portugal en Valparaíso, préstamo que ofreció pagar con su trabajo. El tío Juan, luego de la sorpresa inicial, lo observó detenidamente y escuchó con atención a este joven sobrino al que él nunca había conocido. Luego de un par de minutos, Juan Nascimento accedió a facilitarle sólo una cantidad mínima para cubrir sus necesidades inmediatas y declinó la oferta de su sobrino de pagarle con su trabajo. Esto sorprendió totalmente a Carlos, que daba por hecho que, al menos inicialmente, trabajaría con su tío como era tradicional entre corvinos emigrantes, más aún entre parientes próximos. “Me creyó un palurdo. No me encontró facha de librero”, fue la única irónica referencia a ese hecho que Carlos haría posteriormente. Volvió a ver a su tío en una sola ocasión, y fue para pagarle el préstamo.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, volvió a la Estación Central para abordar el tren a Puerto Montt.

Dejando atrás la capital, el tren fue avanzando en dirección sur por luminosos paisajes agrícolas iluminados por el sol de diciembre, similares a los que guardaba en su memoria. Con la cabeza pegada al vidrio de la ventana del vagón, fue inevitable no recordar su aldea natal. Así fueron pasando ante sus ojos pueblos y estaciones: Rancagua, San Fernando, Curicó, Talca, Linares, Chillán, hasta llegar a San Rosendo, variante a Talcahuano, cuya penúltima estación era Concepción. Una vez ahí, Carlos fue en busca de José Fraga, coterráneo al que sólo conocía de referencias entregadas por su padre, amigo de Fraga y con el cual aún mantenía alguna correspondencia. Fraga, por su parte, cuando supo de un posible viaje de Carlos enseguida se ofreció a darle trabajo en su tienda ubicada a cuatro cuadras de la estación ferroviaria.

José Fraga lo recibió como a uno más de la familia y le reiteró su ofrecimiento laboral. Una vez al tanto del relato del joven inmigrante, Fraga llevó a Carlos hasta la casa de los hermanos Manuel y Rosa Cohelo, los otros dos compatriotas que vivían en Concepción. Los Cohelo eran propietarios de la próspera casa de empeños *La Campana*, en La Calle Maipú esquina Castellón. Ahí fue igualmente recibido y nuevamente volvió a recibir una oportuna oferta de trabajo. Finalmente, Carlos optó por trabajar con los Cohelo; pronto, motivado por los requerimientos del nuevo empleo, se matricula en un curso nocturno de contabilidad, conocimientos que le serán de gran utilidad en su hasta entonces desconocido oficio futuro.

José Fraga y los hermanos Cohelo formaban parte de un grupo de cuatro emigrantes portugueses que había recalado en Concepción en el año 1875, por el estrecho de Magallanes. El cuarto decidió seguir hasta Santiago: se trataba del arisco tío Juan.

Pero la historia de este inmigrante había comenzado dos décadas antes, en Corvo: La isla más pequeña del archipiélago de Azores en Portugal. Ahí, un 18 de abril de 1885 nace Manuel Carlos George Nascimento, el menor de los

once hijos de María de Jesús do Nascimento y Carlos Lourenço Jorge, “el más debilucho y feíto, pero el más querido”, según su madre. Ahí, el niño Carlos creció escuchando junto a la chimenea las hazañas relatadas por su padre, quien se hacía a la mar a bordo de un barco ballenero: “Cuando leí *Moby Dick*, de Melville, por primera vez, fue como si ya conociera el libro. Todo era tal como lo contaba mi padre”, recordaba. La isla contaba con una pequeña escuela en la que se repasaban las primeras letras. Después, terminado el curso regular, se acudía a la iglesia donde el cura Tomé Gregorio de Mendoza aportaba a la educación de los jóvenes del pueblo. Durante un tiempo Carlos también se dedicó a la caza de ballenas en las cercanías de Corvo. Pero no le interesó asesinar cetáceos, prefirió labrar la tierra mientras decidía qué haría con su vida.

Después de cumplir los dieciocho años los jóvenes corvinos debían decidir si continuaban en el trabajo agrícola de la isla o se buscaban un destino en otras tierras; frente a esta disyuntiva, Carlos buscó el consejo de su padre, quien le mencionó a sus tres hermanos mayores radicados en California, EE.UU., quienes se dedicaban al negocio hotelero. El padre también le mencionó a unos primos en Brasil y a Juan, su cuñado, quien se había radicado en Chile, lugar donde se había instalado con una librería; este destino llamó de inmediato su atención, y quiso saber algo más. Francisco, uno de sus hermanos mayores y alumno del Seminario, había logrado formar una pequeña biblioteca para la familia con toda clase de libros: novelas, biografías, historia. En un tomo de historia y geografía encontró la primera referencia sobre Chile: un lejano país, último rincón del mundo, según el texto “el país más viril de Sudamérica”. Así, convencido de su elección, decide embarcarse hacia el delgado país que su tío relataba en las cartas.

*

El joven inmigrante disfrutaba de una apacible vida en la ciudad penquista. En un comienzo su empleo en *La Campana*, y sus estudios de contabilidad por las noches, dejaban poco tiempo para la vida social. Rutina que variaba los domingos, día en que Carlos paseaba su esbelta figura veinteañera, con poblados mostachos ensortijados, sombrero tipo *hallulla* y bastón. Sus paseos por el centro de la ciudad los terminaba contemplando los tupidos tilos de la Plaza de Armas, costumbre que se mantuvo a través de los años. Su elegante figura y su forma de hablar resultaba exótica para los chilenos, y muy atractiva para las mujeres. En uno de esos paseos dominicales conoce a la joven Rosa Elena Márquez Inostroza, cajera de la mueblería del señor Kusnetzov, y quien había llegado desde el vecino pueblo de Coronel en busca de un mejor pasar. La amistad se fue estrechando con los paseos dominicales y a medida en que también fueron surgiendo ciertas coincidencias:

Ambos habían estudiado contabilidad, participaban en actividades sociales (Rosa pertenecía a la sociedad “La Ilustración de la Mujer”, perteneciente a la Confederación Obrera de Concepción, y Carlos formaba parte en la Sociedad

Mutualista Lorenzo Arenas), y habían llegado a la capital penquista el mismo día: el cinco de diciembre de 1905. La amistad entre ambos se selló el nueve de mayo de 1915, día de su matrimonio. La pareja instaló su hogar en la calle Barros Arana N° 1355, a seis cuadras de la Plaza de Armas. El joven inmigrante había echado raíces en Chile. Y, en junio de 1916, su felicidad se vio coronada con el nacimiento de su primera hija: María Elena Georges-Nascimento Márquez. Al recordar esa época Carlos Nascimento recordaba: “los mejores años de mi vida los pasé en Concepción”.

*

El desafortunado encuentro con el tío Juan ya era un asunto del pasado. No había vuelto a verlo ni a saber nada de él. Entonces recibió la noticia que, sin pensarlo, cambiaría su vida y la de su familia para siempre: Juan Nascimento muere en Santiago sin más sucesión en Chile que su sobrino. Conocida la noticia, Carlos debió viajar a la capital para hacerse cargo del funeral y ordenar el papeleo legal respecto a sus bienes. Posteriormente, informó al resto de la familia en Corvo y EE.UU., con quienes debía repartir la herencia. De esta forma, la librería Nascimento, de Ahumada N° 125, fue puesta a la venta, pero no hubo interesados. Durante el periodo de venta, Carlos debió permanecer al frente del negocio. Sin tener ninguna experiencia en el rubro no tardó en darse cuenta de que su ubicación, su importante clientela y los numerosos pedidos de provincia y del extranjero representaban una excelente oportunidad para él de continuar con la librería. Además, la familia había crecido, a su hija María Elena se había sumado Carlos Lorenzo. Entonces, acordó el trato con sus familiares y se lanzó a la aventura. Así, Carlos Georges-Nascimento, con 31 años de edad, toma las riendas del negocio librero: “En esos días sabía tanto de vender y hacer libros como hoy sé de aviación”, recordaría después.

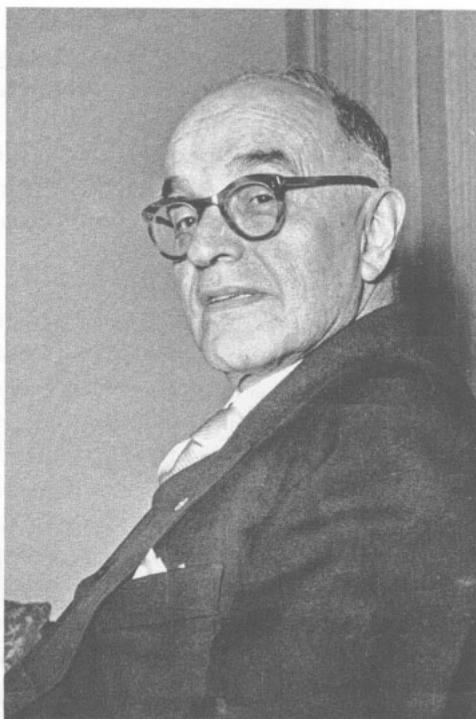
Durante los primeros años del siglo, Juan Nascimento se había aventurado en la edición de textos para la educación: entre ellos la *Historia Universal* de Albert Malet y la *Historia de Chile* de Aurelio Díaz Mesa. En 1909 también editó la *Geografía Elemental* de Luis Caviedes. Al momento en que su sobrino adquiere la librería este último título estaba completamente agotado, aunque seguía siendo requerido por los clientes. Entonces, Carlos encargó a la Imprenta Universitaria hacer la segunda edición. Este fue el primer libro que el futuro editor publicó. La rápida venta de la edición le permitió obtener algún dinero, lo que le abrió el horizonte de su interés en la actividad editorial. Había comenzado con el pie derecho; decidió continuar con el nombre de la librería y extenderlo a la editorial. El asunto realmente lo entusiasmó. En Chile prosperaría un negocio editorial.

La Librería Nascimento era uno de los lugares obligados de la sociedad letrada de la época. Hasta allí acudían escritores e intelectuales en busca de alguna joyita que devorar. Así surgieron las tertulias en la librería, reuniones que más tarde se convirtieron en toda una tradición del viejo Santiago. De esta

forma, Carlos Nascimento conoce al escritor Eduardo Barrios, quien ya había cosechado laureles con su novela *El niño que enloqueció de amor* (1915). Barrios tenía una novela terminada, *El hermano asno*, y quería publicarla. Entonces, le propuso a Nascimento que la tomara, y con ella entrar en la edición de literatura chilena, ya que por entonces no había ningún sello editorial –como se conocen hoy en día– dedicado a esa labor. Carlos –urgido por la deuda contraída con los parientes de pagar la adquisición de la librería y, nuevo en estas lides, tampoco tenía expectativas de obtener crédito alguno, considerando que sus únicos antecedentes comerciales eran haber sido dependiente de una casa de empeños en Concepción– rechazó la propuesta sin descartarla del todo y lamentó no poder publicar la novela en ese momento. Barrios, consciente de la limitación financiera de Nascimento, buscó los capitales para la aventura editorial de este inexperto librero y posible editor, y encontró interés en su amigo Raúl Simón, quien, desde las páginas del diario *La Nación*, divertía con sus artículos humorísticos con el seudónimo de César Cascabel. Encontrado el capital, la sociedad ya estaba cerrada. Carlos Nascimento, decidido a emprender otra aventura como lo era el ingresar sin la menor preparación en la labor editorial, creyó ver, como lo había hecho su padre, a su ballena, su espíritu se volcó hacia proa, hincó su rodilla y enarboló el arpón.

Nascimento quería innovar en un escenario donde la norma era la autoedición, en lo que a literatura se refiere, o las obras históricas. Rafael Jover, un español asentado en nuestro país, había publicado la *Historia General de Chile*, de Diego Barros Arana. Después aparecen los hermanos Roberto y Guillermo Miranda, quienes siguieron la misma línea de publicaciones históricas; este último también tenía una librería en la calle Compañía esquina Bandera. Es 1918, y puesta en marcha la sociedad con César Cascabel, Editorial Nascimento edita su primera obra narrativa: *El hermano asno*, de Eduardo Barrios, quien a partir de ese momento se convertiría en un importante asesor de la casa. Luego vendrían títulos como *La señorita Ana*, de Rafael Maluenda, y *Cien nuevas crónicas*, del mismo Cascabel, quien pronto decide tomar otros rumbos y se retira de la sociedad para dedicarse a su profesión: la ingeniería. Pero Carlos ya había descubierto el oficio que marcaría su vida, y siguió adelante convencido de que aún había mucho por hacer. La primera edición realizada enteramente por su cuenta fue el volumen *Poesías*, de más de cuatrocientas páginas, de Pedro Antonio González. La selección de las obras de este poeta de fines del siglo XIX fue preparada por el poeta y crítico Armando Donoso, quien también formaría parte de los asesores de la casa.

Pero este era solo el comienzo de una apuesta mayor. Dispuesto a consolidar la Editorial Nascimento decide instalar su propia imprenta. En 1923 compró, en dieciséis mil pesos, una vieja máquina “*Marinoni* amarrada con alambres”. La instaló en su hogar, un caserón de fines del siglo XIX en la calle Arturo Prat N° 1434. El hogar familiar pronto se fue adaptando a las exigencias de la imprenta, lo que le costó los reproches de su esposa, quien veía cómo dentro de su mundo se instalaba otro, totalmente ajeno a ella. Y siguió invirtiendo.



Compró nuevas máquinas, su gran inversión fue una monotipia por la que pagó ocho mil dólares: “Me vino a ver un vendedor cubano más hablador que Fidel Castro, y me convenció de que la monotipia cabía justo en una pieza que tenía desocupada. Cuando llegó la máquina, descubrí que no cabía ni por asomo. Hubo que guardarla en una bodega hasta que se le construyera un galpón especial al fondo del sitio”, recordaba.

El nuevo taller ya estaba en marcha, las máquinas habían comenzado a girar y Carlos disfrutaba oyendo la música de papel y tinta que inundaba la casa. Y pronto vio la luz el primer retoño del taller propio: un poemario de una maestra primaria de la cuarta región; era *Desolación* y su autora, Gabriela Mistral, quien había sido recomendada a Nascimento por Eduardo Barrios. El texto sólo había tenido una discreta primera impresión anteriormente en Nueva York, de la que en Chile poco y nada se sabía. La edición chilena apareció en 1923 con un prólogo de Alone³ y Pedro Prado, integrante del “Grupo de los Diez”, en cuya revista la Mistral había publicado algunos poemas. Supuestamente luego de una segunda Edición de *Desolación*, en 1926, la relación autor-editor se quebró debido a la publicación del poemario en Uruguay sin la autorización de la editorial Nascimento. Lamentablemente este hecho resulta muy difícil

³ Seudónimo del crítico y poeta Hernán Díaz Arrieta.

de corroborar, y no existe escrito alguno, tanto de Gabriela Mistral como de los estudios referidos a su vida y obra, que aporten datos concretos referidos a este percance entre la poeta y el editor, y sólo se cuenta con este escueto dato aportado por una fuente ligada a la familia Nascimento.

Tiempo después, Barrios sugirió a su editor a otro inédito de provincia: “Lo va a venir a ver un muchachito pálido y flaco con un libro que se llama *Crepusculario*. Se llama Nefthalí Reyes, pero usa el seudónimo de Pablo Neruda. Atiéndalo al jovencito. Va a ser un gran poeta”.

Así comenzó la sociedad entre Nascimento y Neruda, aunque la versión del poeta respecto a la publicación de su primer libro no es un recuerdo grato. En sus memorias afirma que, tras vender todos sus escasos enseres y “su traje negro de poeta”, el dinero obtenido no alcanzó para cubrir el costo de la publicación: “El impresor era inexorable y, al final, me dijo con aire siniestro: ¡No. No se llevará ni un solo ejemplar sin antes pagármelo todo! El crítico Alone aportó generosamente los últimos pesos que fueron tragados por las fauces de mi impresor”⁴. Seguramente Neruda se refiera a algún dueño de imprenta, considerando que la primera publicación de *Crepusculario* apareció bajo el sello de la revista *Claridad*, órgano oficial de la Federación de Estudiantes, y en la cual el poeta colaboraba. Después vinieron *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, y aquí la historia parece esclarecerse: el propio Neruda recordará después que fue en casa de Eduardo Barrios donde leyó por primera vez su celebre poemario: “En cuanto a *Veinte poemas de amor*, contaré una vez más que fue Eduardo Barrios quien le entregó y recomendó con tal ardor a don Carlos George Nascimento, que éste me llamó para proclamarme poeta publicable”⁵. El libro apareció en junio de 1924, pocos días antes de cumplir Neruda los veinte años de edad. Ese mismo año, Neruda entrega a Nascimento *Páginas escogidas de Anatole France*, con prólogo y traducción de su autoría. Luego siguieron *Tentativa del hombre infinito*, *El habitante y su esperanza* (ambos publicados en 1926) y *Residencia en la tierra* (1934), entre otros.

En aquella época, la escena editorial chilena no era lo que llegaría a ser después. Pero había hombres visionarios y hasta algunos con alma de mecenas. Carlos George Nascimento era uno de ellos. El editor recordaba con gran cariño a Neruda: “Al comienzo, su manera lenta de hablar da la impresión de que no tiene voluntad, pero pronto se descubre que tiene gran fuerza de convicción. Siempre pedía tipografía y disposición especiales. Después todos querían libros cuadrados como los de él. Para cada libro tenía una idea nueva. Ahora ya tiene tantos que le preocupa menos. Le gustaba ver el primer ejemplar y se mantenía pendiente de la impresión. Eso me daba gusto”⁶.

⁴ Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*. Losada, 1974.

⁵ Pablo Neruda, “Mariano Latorre, Pedro Prado y mi propia sombra”, en *Anales de la Universidad de Chile*, N° 157-60, 1971.

⁶ En entrevista a *El Siglo*, 11 de julio de 1954.

Pronto se corrió la voz, y con un catálogo que no superaba la decena de títulos, Editorial Nascimento se transformó en nombre conocido entre narradores y poetas y comenzaron a llegar cada vez más y más manuscritos. Había cuerda para rato.

*

CONTEXTO HISTÓRICO

A raíz de la crisis de 1929 se produce un cierre de las fronteras económicas que restringe la importación de libros –principal fuente de abastecimiento para el mercado nacional–, lo que sin duda ayuda a estimular la producción editorial local. Cabe destacar también que se trata de una época en que la lectura estaba mucho más arraigada en la sociedad. Un periodo anterior a la irrupción de la radio y la televisión, donde existía una relación de “entretenimiento” con la lectura. Durante la dos primeras década del siglo XX, Chile vive importantes transformaciones sociopolíticas marcadas por la incorporación de nuevos sectores –actores– sociales a la vida nacional (como el surgimiento de las capas medias, urbanización y migración, etc.), lo que produce un notorio crecimiento del público lector. Era tal la demanda por leer, que en 1933 se abrió en la Biblioteca Nacional un servicio nocturno, para así facilitar el acceso a la lectura a los ciudadanos que por sus horarios de trabajo no podían asistir al establecimiento en su horario diurno; la nueva sala fue bautizada con el nombre del dirigente obrero Fermín Vivaceta, y estuvo abierta al público todos los días laborales, desde las 20:30 hasta las 23:00 horas. Luego, los gobiernos del Frente Popular –Pedro Aguirre Cerda y su lema “gobernar es educar” que resume su labor como presidente y antes como diputado, senador y ministro– llevan a cabo un significativo plan de alfabetización. El programa iniciado por Aguirre Cerda fue reforzado durante el gobierno de Gabriel González Videla a través de la “Campaña Nacional de Alfabetización”, labor que se extiende durante los 14 años de gobiernos radicales. Tras esto había una relación entre el concepto de *modernización* y una representación de la instrucción –y la lectura– como vehículo de progreso⁷.

Durante este mismo periodo, y como consecuencia de la Guerra Civil, llega a Chile un grupo de españoles republicanos que rápidamente se inserta en la vida cultural del país y contribuye al desarrollo de la industria del libro nacional. Nombres como los de Joaquín Almendros –creador de la librería y editorial *Orbe*– o los hermanos Soria, quienes en 1934 fundan la editorial *Cruz del Sur*, dirigida por el escritor José Santos González Vera. Sello que publica la primera edición chilena de *Altazor* de Vicente Huidobro. Junto a los españoles, un significativo número de intelectuales latinoamericanos también hace su aporte a esta

⁷ Álvaro Soffia, *Lea el mundo cada semana. Prácticas de lectura en Chile 1930-1950*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2003.

incipiente escena. Destacan los peruanos Luis Alberto Sánchez y Ciro Alegría, o el venezolano Mariano Picón Salas, quienes realizaron una destacada labor en editorial *Ercilla*, creada en 1928. Es durante este periodo también en que la actividad editorial se constituye como tal, en su sentido moderno. Desde la década del treinta se reemplaza a la imprenta por la empresa editorial, configurándose como oficio el papel de editor: que es quien decide qué libros publicar, los autores, su presentación física, el tipo de papel y las tiradas.

Desde sus inicios Editorial *Ercilla*, a diferencia de Nascimento, había sustentado su catálogo en autores extranjeros, según Luis Alberto Sánchez: “Rodrigo⁸ había llegado a la conclusión de que los autores nacionales, o sea, los chilenos se vendían menos que los hispanoamericanos y los europeos.(...) Los públicos no consumían con demasiado entusiasmo las obras nacionales de *Ercilla*. Preferían la universalidad. De ahí el ahínco de *Ercilla* por traducir y ocupar la plaza que dejaban desierta las editoriales españolas durante el forzado receso ocasionado por la Guerra Civil”⁹. Así, entre 1930 y 1950 se vive lo que Bernardo Subercaseaux califica como “la época de oro del libro chileno”. Una época con un mercado interno activo, con una oferta abundante de títulos a bajo precio, “un panorama alentador que alcanzó proyección internacional”¹⁰. Es en este escenario, y como protagonista indiscutido de “la época de oro”, que Carlos Georges-Nascimento se consolida como “el editor de la literatura nacional”, labor que continua con olfato de sabueso: “En un largo periodo, luché contra la corriente. Me propuse imponer el libro chileno literario como manifestación evidente de la existencia de una literatura chilena”. Así, con ojo certero logró formar un catálogo único e indispensable de las letras locales en el cual es posible encontrar a la mayoría de los premios nacionales de literatura.

*

En 1937, un profesor de matemáticas y física publica en Editorial Nascimento su primer poemario, *Cancionero sin nombre*, textos que muestran una fuerte influencia del español Federico García Lorca y cuyo germen se encuentra en *Romancero Gitano*. Su autor es el joven Nicanor Parra, quien no logra la atención de la crítica. Sin embargo, el poeta amasaba en su cabeza una nueva forma de lenguaje. Parra recuerda que “tanto Oscar Castro como yo mostrábamos una influencia innegable de García Lorca. Representábamos un tipo de poetas espontáneos, naturales, al alcance del grueso público”¹¹. Parra siguió trabajando, y en 1954 entregó a Nascimento su segundo libro, *Poemas y antipoemas*, que salió a la calle con una introducción de Pablo Neruda. Esta vez la crítica lo llenó de elogios. Alone sostuvo que Parra “está cargado de una fuerza contagiosa que lo hace a uno sentirse mejor”. Gabriela Mistral no se quedó atrás, y afirmó:

⁸ Se refiere a Laureano Rodrigo, fundador de editorial Ercilla.

⁹ Luis Alberto Sánchez, *Visto y vivido en Chile*, 1977, Tajarar editores, 2004.

¹⁰ Bernardo Subercaseaux, *La historia del libro en Chile, alma y cuerpo*, Lom, 2000.

¹¹ Pamela G. Zúñiga, *El mundo de Nicanor Parra, antibiografía*. Edit. Zig-Zag, 2001.



“estamos ante un poeta cuya fama se extenderá internacionalmente”. Y tenía razón. Nascimento lo había hecho de nuevo, la poesía era su favorita: “Tuve debilidad por la poesía, lo que para un editor, desgraciadamente, constituye una forma elegante de suicidio”. El escritor y ex diplomático Miguel Serrano, quien también publicó alguna de sus obras en Nascimento, recuerda una anécdota que da luces sobre la personalidad del editor: Serrano recuerda que en una esquina del centro de Santiago se encontró con Carlos Nascimento y lo vio muy triste, incapaz de contener el llanto. Al preguntarle el motivo de su tristeza, el editor portugués le contestó que había muerto un joven poeta, identidad que permanece olvidada en algún rincón de la memoria del autor de *Las visitas de la Reina de Saba*.

*

Con la editorial y la librería convertidas en una marca y en un estilo reconocible en la escena editorial, y con la imprenta a funcionando a toda máquina, Carlos Georges-Nascimento comienza a vivir las dos caras de una misma moneda. A principios de la década de los cuarenta su esposa, Rosa Elena Márquez, enferma de cáncer, y Carlos trata de no flaquear, se refugia en el trabajo que por aquellos días no le da respiro: “Una situación muy difícil se me presentó mientras mi esposa permaneció enferma. Ella falleció en 1944 y sentí que me hundía. Cuidándola, desatendí mis negocios y entonces tuve estreches [económicas]. Pero nunca publiqué más libros que entonces. Tiré a la prensa cuanto encontré, lo que yo sabía era bueno, malo y regular. Lo esencial era imprimir para así adormecerme en mi angustia. Lo malo resultó bueno y lo bueno medio-

cre. Lo regular a veces tuvo éxito. Lo malo que publiqué y que fue un triunfo afirmó mi situación. Creo que mi mujer desde la eternidad manejaba mi suerte y la conducía al triunfo. Siempre ha sido mi protectora”¹², le confidenciara a su amigo y asesor, el historiador Guillermo Feliú Cruz.

LA IMPORTANCIA DE JOAQUÍN

Durante 1946, el estudiante de Derecho José Miguel Varas, entonces de dieciocho años de edad, había publicado su primer libro, *Cahuín*, autoedición financiada con la venta de su máquina de escribir. El joven escritor llegó hasta la Librería Nascimento con un bolso “de colegial” repleto de ejemplares en busca de exhibirlos en una de la librerías más importantes de Santiago, y en donde años atrás su padre, José Miguel Varas Calvo, militar y escritor, había publicado *Soldados* (1929). Ahí, tras el mesón, lo recibió un hombre alto y amable con acento extranjero que tomó en consignación diez ejemplares. Varas recuerda que el hombre tomó los libros, los puso en el mesón de novedades, menos uno que fue a parar al centro de la vitrina, y tras una amena conversación nació una amistad que se mantuvo durante toda la vida. El encantador extranjero era el escritor costarricense Joaquín Gutiérrez, quien había llegado a Chile en 1939. Gutiérrez venía de participar en la Olimpiada Mundial de Ajedrez, en Buenos Aires. Su intención era seguir el viaje a Europa, pero lo detiene el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Entonces, decide quedarse un tiempo en Chile donde acaba de triunfar el Frente Popular presidido por Pedro Aguirre Cerda. Luego de trabajar en el diario *Frente Popular* pasa a las páginas del recién fundado *El Siglo*, como encargado de la sección de espectáculos, donde traba amistad con Volodia Teitelboim. Gutiérrez se había integrado plenamente y su afable personalidad le permitía moverse a sus anchas en la vida literaria e intelectual de la época. En eso estaba cuando conoce a la joven abogada Elena Georges-Nascimento, tercera hija del editor, con quien contrae matrimonio en 1941. Una vez integrado como un Nascimento más, comienza a trabajar en el negocio familiar: organiza la librería y también asiste en labores editoriales a su suegro. Sin embargo, aunque “su cultura no era libresca” –recuerda Gutiérrez respecto de su suegro–, sino que de vida y que, a pesar de ello, ningún libro se publicó sin que él lo hubiese leído y autorizado”¹³. José Miguel Varas recuerda también que la participación de Gutiérrez en las tertulias de la librería era fundamental: “Los escritores siempre pasaban por ahí y a mediodía funcionaba una tertulia a la que asistían algunos asiduamente y otros no tanto. En eso influyó mucho la personalidad y la figura de Joaquín, porque siempre estaba dispuesto a conversar. El papel de Joaquín era un poco el de dirigir la tertulia. Los que llegaban con más frecuencia eran Luis Durand, Mariano Latorre pasaba también con

¹² Guillermo Feliú Cruz, *Carlos George Nascimento, editor de la literatura chilena*, Edit. Nascimento 1968.

¹³ Recuerdos de Joaquín Gutiérrez, *El Mercurio*, 9 de enero de 2000.

el profesor del Pedagógico Juan Uribe Echevarría, su compañero inseparable. Francisco Coloane, Manuel Rojas –también muy amigo de Joaquín–, González Vera, Augusto d’Halmar, Eduardo Barrios, don Diego Dublé Urrutia. Nicanor Parra iba a veces, no muy seguido. Neruda pocas veces, pero cuando estaba en Chile siempre pasaba. La otra cosa interesante de las tertulias de la Librería Nascimento era que podía llegar Manuel Vega, crítico del *Diario Ilustrado*, ultra conservador. Joaquín Gutiérrez era comunista, era conocido como tal, pero el arco de convivencia era absoluto, total. Digamos que como escritores había que entenderse, había una cosa tácita en ese sentido. Alone, no con frecuencia, no mucho en la tertulia, pero pasaba un rato y conversaba con Joaquín. Era el lugar obligado de los literatos”.

Varas también destaca la importancia de Gutiérrez en el desarrollo comercial de la editorial: “Joaquín era un hombre moderno, desarrolló antes que cualquier otro una especie de sistema de marketing respecto a los libros. Entonces, los libros que se lanzaban en Nascimento en cierta época, libros importantes como *Gran señor y rajadiablos*, de Eduardo Barrios; una novela de Luis Durand, *Frontera*; la Historia de Encina... Joaquín cultivó relaciones con una gran cantidad de periodistas, distribuía anticipadamente los libros a los críticos, se preocupaba de conversar con ellos, los ponía en contacto con los autores, hacía una cantidad de cosas de promoción que no se hacía antes. Antes eso quedaba a las relaciones del autor, entonces eso determinó realmente un cambio cualitativo de las tiradas de los libros y una resonancia mucho mayor”. Su importante labor en Nascimento lo ubicó como una de las figuras más importantes de la escena editorial chilena. Una vez ocurrido el triunfo de la Unidad Popular (1970-1973), el Presidente Salvador Allende lo nombra director de la Editorial *Quimantú*, proyecto editorial a gran escala cuyo objetivo era masificar el consumo de libro –“un libro al mismo precio que una caja de cigarrillos”– en todos los sectores de la sociedad.

*

Durante la década del cincuenta, Editorial Nascimento ya contaba en sus filas con una nómina realmente destacada de autores: Oscar Castro, Augusto d’Halmar, Joaquín Edwards Bello, Federico Gana, José Santos González Vera, Nicomedes Guzmán, María Luisa Bombal, Olegario Lazo, Pedro Prado, Fernando Santiván, Miguel Serrano, Benjamín Subercaseaux, por nombrar sólo algunos. En poesía no se queda atrás: Neruda, Mistral, Julio Barrenechea, Humberto Díaz-Casanueva, Juan Guzmán Cruchaga, Víctor Domingo Silva, Juvencio Valle, Nicanor Parra, y otros, decenas de poetas ya olvidados. El escritor Alfonso Calderón, Premio Nacional de Literatura 1998, recuerda que “para los escritores de la época, era lo más parecido a un sueño publicar en Nascimento”.

Otro de los tantos aciertos editoriales de Nascimento fue la publicación de *Hijo de Ladrón*, de Manuel Rojas. El escritor recordaba que, tras participar en el concurso de novela organizado por la Sociedad de Escritores y tras obtener sólo una mención honrosa, decide ir en busca de editor: “La llevé a *Zig-Zag*. La recha-



zaron, es decir, la rechazó José María Souvirón, director de la sección editorial, y entonces la llevé a Nascimento, que la aceptó. Me pidieron, sin embargo, que pensara en un cambio de título; el que tenía era muy abstracto (*Tiempo irremediable*), y Enrique Espinoza me insinuó el de *Hijo de Ladrón*. Lo acepté y poco después de mediado el año 1951 la novela salió a la circulación”¹⁴. José Miguel Varas recuerda: “Manuel Rojas era muy amigo de Joaquín (Gutiérrez), y Joaquín fue decisivo en cuanto que se publicara en Nascimento *Hijo de Ladrón*”.

*

A fines de la década del cincuenta la industria del libro chileno comienza a manifestar síntomas de enfermedad. Se genera una crisis que provoca el cierre de varias editoriales y librerías, y relega a la producción local por debajo de la argentina y la mexicana que por entonces comienzan su despegue apoyada en políticas estatales de apoyo a la producción editorial.

El sábado 10 de octubre de 1959 el diario *La Nación* publica un suplemento dedicado al libro chileno, *Frente y perfil de los problemas del libro chileno*, instancia en la que los distintos actores de la escena librera local —escritores, editores, libreros— pasan revista a la crisis. Ahí, Carlos George Nascimento afirma que:

“es una proeza editar autores nacionales. A diferencia de España, Argentina y México, la industria editorial chilena es la Cenicienta de las industrias nacionales. No sólo no recibe estímulo alguno, sino que encuentra numerosos tropiezos. Nuestra industria gráfica no cuenta con ninguna facilidad especial para la importación de maquinaria moderna, única manera de abaratar costos y mejorar la calidad. Pero continuaremos editando de todas

¹⁴ Manuel Rojas, *Antología autobiográfica*, Edit. Lom, 1995.

maneras exclusivamente autores nacionales, esperando que algún día, como lo han hecho en España, Argentina y México, se favorezca a esta industria tan ligada a la cultura nacional”.

Según Bernardo Subercaseaux: “No hubo ni un rol activo por parte del Estado, ni menos una política de fomento o una legislación proteccionista y sectorial específica como lo hubo con respecto a la industria del azúcar. Por el contrario, a la industria editorial más bien se la perjudicó al subir los aranceles a la importación de maquinaria y papel”. En este escenario Editorial Nascimento, pese a todas las dificultades y apoyada en la imprenta propia, logra mantenerse a flote económicamente y seguir publicando. Pero se vivían tiempos de cambio. Ejemplo de esto, y como uno de los factores significativos, fue la irrupción de la televisión, con un impacto creciente a partir de 1962, con ocasión del Mundial de Fútbol realizado ese año en nuestro país, factor que modificó en gran parte los antiguos hábitos de lectura.

Sin embargo, hacia la década de los sesenta, Editorial Nascimento ya ocupaba un lugar único e indiscutible de las letras nacionales: había publicado las obras fundamentales de las generaciones del veinte, del treinta y ocho y del cincuenta, sin duda un abanico de autores y estilos irreplicable en la escena editorial chilena. En abril de 1965, Carlos George Nascimento celebró su cumpleaños número ochenta. Con motivo de la celebración sus amigos, fundamentalmente escritores e intelectuales, más el embajador de Portugal en Chile, organizaron un homenaje en el antiguo Hotel Crillón. Ahí, el editor dirigió unas palabras a los asistentes que, para el asombro general, estuvieron dedicadas a sus planes editoriales para el futuro. La edad y el precario estado de salud no había minado su entusiasmo: había voces nuevas que merecían ser publicadas.

La mañana del 12 de enero de 1966 la imprenta, como cada día, continuaba su actividad incesante. La librería abría sus puertas al público como de costumbre, la vitrina exhibía nuevas publicaciones y una nueva tertulia tendría lugar en su interior, pero en la casa de la calle Arturo Prat N° 1438, Carlos George Nascimento se despedía de todo lo que había formado en muchos años de esfuerzo y trabajo. El hombre que había ayudado al desarrollo de la literatura nacional salía de este mundo dejando una indeleble huella en nuestra historia cultural. Conocida la ingrata noticia, los diarios y revistas destacaron con elogios y pesar su fallecimiento. *El Mercurio* consignó que “quienes lo vieron hasta sus días finales saben que los achaques de la salud no lograban apartarle totalmente de su oficina y de su taller, y que el espíritu, aliviado de no pocas quimeras, le llevaba siempre a la obra en marcha: su imprenta, su editorial, su librería. Murió en la brega, produciendo libros y montando guardia en torno a la cultura chilena. Publicó libros nacionales cuando muy pocos creían en ellos, y fue audaz editor de autores que adquirieron justa nombradía, pero que en los inicios eran una incógnita.

El editor Nascimento abrió con su tesón y su denuedo una brecha por la cual otros han pasado. El libro chileno existe por él, gracias a su fe y a su impertur-

bable optimismo. Y hoy que el libro chileno es conocido fuera de las fronteras y puede difundirse en otros medios, debe reconocerse sin reservas la deuda que las letras chilenas han contraído con este editor de los años difíciles”¹⁵.

Pese a todos los cambios, y a la irremplazable ausencia de su fundador y alma, sus herederos consideraron que la gran tarea iniciada por su padre debía continuar. Para esto, asume la dirección de la editorial Carlos George Nascimento Márquez, quien desde 1938 se desempeñaba como jefe de la imprenta. El control de la librería quedó en manos de Joaquín Gutiérrez.

*

En 1970, el Presidente Salvador Allende impulsa la creación de la editorial estatal *Quimantú*. Según Álvaro Soffia, el proyecto editorial de la Unidad Popular representó un “verdadero hito en la historia de la industria editorial nacional en cuanto a tiradas, calidad y variedad de sus títulos y sus autores, así como la revolución que supuso ubicar libros baratos al alcance de todos, utilizando la extensa red de distribución de libros, que incluía los quioscos a través del país, y, por ende, facilitando su accesibilidad”¹⁶. *Quimantú* producía 25 libros al mes: algunos circulaban en quioscos con tiradas cercanas a los 80 mil ejemplares¹⁷. Para esta inmensa tarea, Allende nombra en la dirección editorial a Joaquín Gutiérrez. Este, sin dudarlo—Gutiérrez militaba desde su juventud en las filas del Partido Comunista de Costa Rica—, quiso participar de inmediato en la revolución “con sabor a empanada y vino tinto” que representaba la Unidad Popular para el país.

La salida de Joaquín Gutiérrez de la editorial significó un nuevo golpe para la familia Nascimento. Su gerente, Carlos hijo, optó también por desvincularse de la editorial y aceptar la jefatura de publicaciones del Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE). Ante esta acefalía toma el control de la editorial Julio, el menor de los hermanos Nascimento, quien, como ingeniero civil de la Empresa Nacional del Petróleo (ENAP), no tenía ninguna experiencia en la cadena editorial. Tiempo después, Carlos volvió a la dirección de Nascimento.

El golpe militar de 1973 obligó a la emigración forzada de Joaquín Gutiérrez y familia. Los oscuros días que vivía Chile hacían cada vez más difícil cualquier medio de expresión y difusión cultural. Editorial Nascimento debió cargar con el estigma de “izquierdista”, aun así la editorial continuó en su labor de editar a autores nacionales en su colección *Biblioteca Popular Nascimento*, una colección a bajo precio y en formato de *bolsillo*, que había sido creada por Joaquín Gutiérrez y dirigida por Hernán Loyola. Este también debió partir al exilio, y en su lugar ingresa Alfonso Calderón, quien recuerda: “En 1974, la reciente amistad con Carlos George Nascimento (hijo) renovada constantemente con una admiración mía de paquidermo con él y por su labor que me convirtió en una especie de

¹⁵ *El Mercurio*, 14 de enero de 1966.

¹⁶ Álvaro Soffia.

¹⁷ Ascanio Cavallo, Manuel Salazar, Oscar Sepúlveda, *La Historia Oculta del Régimen Militar*, Mondadori, 1997.

asesor *in partibus infidelium*. Mi mayor empeño consistió en acrecentar la *Biblioteca Popular Nascimento*, creada bajo la dirección de Hernán Loyola, quien había salido del país momentáneamente, y en escribir decenas de prólogos, con el fin de “cubrir” los vacíos de compromiso de algunos escritores amigos que, mediante un buen sí criollo, se habían comprometido para cumplir tal faena”.

*

Los oscuros setenta fueron dando paso al comienzo del fin. El capital escaseaba. La enfermedad de su fundador había consumido una parte considerable de los ahorros de la empresa. La imprenta tipográfica, de propiedad de la editorial, ya estaba casi obsoleta al punto que, por primera vez, algunas impresiones debieron ser encargadas a imprentas externas de tipo *offset*.

Otro de los factores determinantes, y contrario a lo que se creía, fue que Nascimento, legalmente, no contaba con un fondo editorial formal: su fundador, Carlos Nascimento, sólo en contadas ocasiones, cumplió con las formalidades legales de registro de los títulos de propiedad de las obras que adquirió para publicar. En tiempos de apuros económicos, la editorial quiso echar mano a una de sus cartas seguras, una de estas era la *Historia de Chile* de Francisco Antonio Encina. Entonces se decidió hacer una edición de los tomos agotados para completar colecciones, y otra edición especial empastadas en cuero. No tardaron en aparecer los herederos del historiador demandando los derechos de autor. Las cosas seguían complicándose, pero los herederos de Carlos Nascimento aún mantenían en su poder las cartas en que Encina cedía, a perpetuidad, a la editorial los derechos de autor de todas sus obras. Pero ante la ausencia de un contrato formal y debidamente legalizado, no quedó más opción que cancelar dichos derechos. Lamentablemente, el intento de *la editorial de la literatura chilena* tenía otro factor de fracaso, por entonces circulaba con gran éxito un *Resumen de la historia de Chile* publicado por editorial Zig-Zag, realizado por el propio Encina y anotado por Leopoldo Castedo.

*

La década de los ochenta sólo significó la cuenta regresiva. La editorial cerraba sus puertas. Corría 1986, y el último libro publicado por Nascimento fue *Aproximación histórico-folklórica de los juegos en Chile*, de Oreste Plath. Era la despedida. Se había comenzado por vender la librería, después siguió la imprenta. Alfonso Calderón escribió: “Al ver el último día de la librería y de la editorial, me sentí en uno de esos menesteres de ‘huerfanías’, que ha llamado el poeta Jaime Quezada, y sentí que nuestra orfandad colectiva era mayor. Ya ningún adolescente podrá pedir jamás un catálogo para mejorar su calidad de vida. Inflexible, el correo devolverá la carta con unas señas por timbre que ha de decir, como aquel verso lejano de Pedro Salinas: “¡Cerrado por ausencia!”¹⁸.

¹⁸ *Adiós Nascimento*, Braulio Arenas, Alfonso Calderón, Martín Cerda, Rosa Cruchaga Walker, Andrés Sabella y Roque Esteban Escarpa, Revista *ASIMPRES Informa*, N° 35, 1986.

La sólida pluma del escritor Martín Cerda se sumo al homenaje: "Nacimiento nos parecía a todos algo inamovible como la Cordillera de los Andes o el travieso e irrisorio Mapocho... Uno de los principales editores franceses de la primera mitad de este siglo (XX), Bernard Grasset, definía la personalidad de un editor por los autores que había congregado en torno suyo. Para Grasset la labor editorial era un acto sustancialmente creativo, desde su fundación hasta la elección de cada obra que ofrecía al público lector. Cuando repasamos, no sin cierta melancolía, el viejo catálogo de Nacimiento podemos constatar que ninguno de nuestros grandes escritores de este siglo está ausente de sus páginas"¹⁹.

La Librería Nacimiento logró sobrepasar el siglo de existencia y la editorial alcanzó los sesenta y nueve años de vida. Esas páginas se expandieron por el mundo, navegando sobre las olas o volando en alguna ruidosa aeronave, hasta llegar a incógnitos rincones del globo. Las ediciones finas fueron acariciadas por bibliófilos. Las ediciones económicas, populares, llegaron hasta las humildes habitaciones de estudiantes, bibliotecas populares y rurales o de sindicatos obreros. Sus libros son ahora reliquias del abuelo en los anaqueles de muchas bibliotecas familiares. Esperan por nosotros ocultos en cajones de *librerías de viejo*. Muchos de ellos también son tesoros bibliográficos de primeras ediciones. Quedaron como hitos en nuestra historia cultural y en el recuerdo de miles de lectores: Una leyenda de otro tiempo.

¹⁹ Revista ASIMPRES Informa, Nº 35, 1986.

DE ANGELITOS Y PLAÑIDERAS:
NOTAS PARA UN FOLCLOR DE LA MUERTE*

Jorge Núñez Pinto

El sentido y ritualización de la muerte es un hecho eminentemente cultural. El hombre ha sido conceptualizado como un “animal orante” y desde sus primeros pasos debió resolver el problema de su existencia. En las culturas tribales el sueño era una forma de alucinación –natural o provocada– que se interpretaba como “otra realidad” paralela, pero operante en lo cotidiano. La muerte era, entonces, la desaparición de ese “algo” que estaba dentro de la corporeidad. Las comunidades inventaron ritos para mantener el equilibrio síquico ante la realidad irreversible de la desaparición física y asumieron la imagen del otro mundo que acogía a sus muertos.

La muerte material del mapuche significa que su alma queda errante y puede ser capturada por los brujos y transformada en un *wekufe* (espíritu del mal). Los rituales tienen como finalidad que esta viaje, sin interferencia, a la tierra de arriba o al *kulchenmayeu*.

El antepasado vivirá junto a los dioses, pero su presencia en la tierra quedará intacta en sus parientes que le recordarán el día de los muertos. Desde otras comarcas protegerá a sus familias y a la comunidad.

La imposición del catolicismo y el pentecostalismo moderno en la sociedad mapuche no han desterrado el rito tradicional. En el verano del 2004 falleció el *lonko* más longevo de Chile, José Cheuquel, conductor de la comunidad Millaqueo cercana a Lautaro. Durante el velatorio, parientes y amigos se encontraron en torno a la urna para beber y comer durante tres días. Conforme a la ritualística ancestral el cuerpo permaneció al aire libre y dirigido al oriente.

La vinculación de lo sagrado con la fiesta es evidente. El P. Diego Rosales, en su *Historia General del Reino de Chile*, afirma que “en cada entierro hay una borrachera que dura tres o cuatro días, cantando las exequias al difunto, para cuyo entierro hacen los poetas sus romances particulares que los pagan los parientes con chicha”.

Las conductas y tradiciones funerarias de nuestro pueblo –reflejo del cristianismo ibérico y la conceptualización nativa– interpretan la muerte como el fin de la vida terrenal y su transformación y plenitud en la eternidad. Así lo confirman las antiguas estampas que invitaban al velatorio: “La vida es un destierro. El cielo es nuestra patria”. Otra leyenda sentenciaba: “Confía hija. Tu separación será corta, pero la recompensa será eterna”.

El significado social del “último tránsito” se evidencia en la convocatoria a parientes y vecinos que participarán orando por el alma que inevitablemente irá al cielo.

* Este artículo fue elaborado en el marco del proyecto CL 2005 19205 del Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura: Estudios sobre folclor religioso de Chile. Cofradías, Angelitos y Promeseros.

Las raíces históricas de este singular encuentro mundanidad-recogimiento debemos buscarlas en los siglos coloniales y más precisamente en la subcultura urbana.

“Los funerales eran actos colectivos de catarsis y lo más fuerte que apreciamos en ellos era el sentido colectivo de la muerte, su presentación como espectáculo social. Es posible que en ella se fundieran las exageraciones místicas de una España materialmente extenuada, con la resignación callada de los indígenas conquistados. Mundo mestizo, a ratos irracional y mágico, obsesionado por la muerte más que por la vida. Era, por lo demás, una sociedad doliente, con peste y epidemias; sequías y hambrunas; terremotos y temporales destructores; corsarios agresivos e indígenas peligrosos, por todo ello la muerte siempre estaba presente, y aparecía como un fenómeno no sólo personal, más que eso, social y colectivo”¹.

En la mañana del 2 de noviembre de 1925 circuló en el pueblo de Cogotí una esquela orlada de negro. Bajo una alegoría iban impresas estas frases:

A las seis A.M. de hoy falleció
en esta mi esposa, señora
LAURA F. DE PIZARRO

Mañana, a las 9 A.M., se oficiará
una misa de cuerpo presente por
el descanso de su alma en la capilla
de este pueblo, terminada la cual sus
mortales despojos serán conducidos
al cementerio.

Le ruego quiera acompañarme a ambos
actos, lo que compromete mi gratitud.

Casimiro Pizarro.

Las manifestaciones exteriores del duelo han desaparecido definitivamente. Los pañuelos, vestimentas y corbatas de color negro se usan por breve tiempo y combinadas con prendas policromas. El brazalete en la solapa o el brazo son desconocidos por la generación actual.

En comunidades conservadoras el luto riguroso de las viudas se perpetuaba hasta su propia muerte. En el valle de Elqui era obligatorio el velo negro que envolvía el rostro y excepcionalmente se esparcían cenizas en la cabeza. Este formalismo judeocristiano imploraba el perdón para los pecados del difunto².

¹ Sergio Vergara Q., “El tiempo, la vida y la muerte en Chile colonial”, en *Historia de las mentalidades*, Valparaíso, 1986, pág. 86.

² En la tradición judía este gesto manifestaba arrepentimiento y voluntad de conversión. En el cristianismo simboliza también dolor y penitencia (Job, 42, 6).

La presencia en el velatorio era –y es– agradecida con bebida y comida a distintas horas, incluso al regreso del camposanto.

La noche es animada por juegos inocentes o adivinanzas en espera del amanecer.

En la pampa salitrera la variante festiva era una institución, pues se contrataba “contadores de chistes” para entretener a los presentes.

Las “lloronas” o “plañideras” exaltaban el dolor y daban un tono patético al encuentro. A fines de septiembre de 1793, el presidente Ambrosio O’Higgins publicó el Bando sobre Funerales que en su artículo 6º advertía:

“Que no se forme duelo ni concurso en la misma habitación donde se coloque el cadáver, por lo nocivo que es a la salud de los que asisten y doloroso a los parientes, sin que sea esto sufragio a los difuntos”³.

¿Se refería el gobernante a las “plañideras” específicamente? ¿O trataba de moderar las manifestaciones dolientes?

Hasta mediados del pasado siglo las “lloronas” eran frecuentes en los velatorios y entierros, tanto en pueblos rurales como ciudades. Incluso fijaban sus honorarios por sesiones.

La rezadora, oficiante eterna de la sociabilidad mortuoria, quiebra el ambiente festivo y dispone el “descanso en paz” que necesitan los familiares y el occiso. Las oraciones simples y el Rosario auspician la despedida cristianamente. En comunidades rurales persisten ritos originales. En el pueblo de El Carmen (vecino a Chillán) el rezador marca el ritmo del Rosario con nudos en un cordelillo que luego coloca dentro del ataúd. En la costa maulina es frecuente ceñir en la cintura del difunto una cuerda con los nudos del Rosario para que espante a los perros de San Lázaro en su camino al cielo.

En las ciudades, los días y noches transcurren regladas por conductas más formales y rutinarias. Las oraciones y los saludos rompen el silencio. El féretro, rodeado de coronas, iconos familiares y luces crean un entorno más impresionante que contemplativo. Emblemas sociales o deportivos, uniformes, retratos, cascos o atuendos laborales, completan el decorado mortuorio. El traslado al templo y los oficios litúrgicos aquietan los posibles rencores, propician los recuerdos amables y se entrega –simbólicamente– un alma a Dios.

En la subcultura del carbón (...Lota, Coronel...) el velatorio era una faceta de la solidaridad y la camaradería características del oficio, donde la muerte era algo fatal y cotidiano. Los juegos de “palmadas” y las coplas alusivas han desaparecido. El traslado del difunto al cementerio, en carroza o vehículo, eliminó las “paradas”, donde se comía y se clavaba una cruz de madera en los

³ Citado por Manuel Concha, *Crónica de La Serena*, pág. 406.

árboles. La convocatoria se reduce a la visita de parientes y ex compañeros que reavivan la nostalgia, comiendo y bebiendo junto al ausente.

En Chiloé los ritos mortuorios eran una conducta catártica que expresaba una mentalidad contradictoria, entre el compromiso y la evasión.

El ceremonial comenzaba con la preparación del cadáver para ser presentado a la comunidad ya advertida del deceso por el tañido de las campanas o el recado oral.

La ausencia del sacerdote era suplida por el rezador y el fiscal, personaje entronizado por las misiones coloniales y perfectamente funcional en un espacio geográfico donde la dispersión poblacional lo hacía imprescindible.

El difunto era acomodado encima de una mesa en medio de cuatro velas y maceteros con flores. El cuerpo era cubierto con ropas, mantas y chales de color negro en espera del ataúd.

El velatorio obligaba al consumo de comidas y bebidas por varios días, lo que motivó la reglamentación por parte de la autoridad, restringiendo el ciclo a tres días.

El rito posterior al entierro era el novenario, rezado por nueve noches y dirigido por un sacerdote o el fiscal. El último día, llamado "remate de rezo", se servía un guiso, pan y café. La fecha de aniversario convocaba nuevamente a parientes y amigos que repetían nueve rosarios y cenaban junto a los deudos.

En las últimas décadas se ha detectado un creciente olvido del "espíritu del velatorio" que sólo permanece en localidades alejadas de las ciudades, animado por ancianos y sacerdotes tradicionalistas.

La apertura de los cementerios "extramuros" a comienzos del siglo XIX originó un nuevo rito colectivo en torno a los muertos. La disposición o' higiniana de 1820, que creó el Panteón General o Cementerio de Santiago, ofreció un escenario ideal para interactuar con los ausentes y, aún más, dedicarles un día de recuerdo y homenaje.

La Iglesia Católica eligió el primero de noviembre, día de Todos los Santos, para esa instancia que vinculaba la defunción de los cristianos con la santidad. La visita al cementerio se institucionalizó, precisamente, en tiempos que Chile inauguraba las "ciudades de los muertos".

El sentido social y festivo que reinaba en los velatorios prontamente se trasladó al camposanto. Justo Abel Rosales, cronista privilegiado del pasado capitalino, se propuso en 1890:

"...contar brevemente al lector la costumbre semibárbara que el pueblo adoptó después de los primeros años del establecimiento del cementerio, cual fue la de tomar el día de Todos los Santos y el siguiente y aún los demás que se le antojara, como una fecha de regocijo, cual lo ha sido y es aún la del Dieciocho de Septiembre, la de Pascua de Navidad y otras..."⁴.

⁴ Justo A. Rosales, *Historia y Tradiciones del Cementerio General*, Santiago, 1980, pág. 15.

El encuentro era amenizado por una banda instrumental, enviada por las autoridades municipales, mientras que:

“...el pueblo formaba afuera del cementerio hileras de ramadas y fondas en donde se bebía y se cantaba. Largas romerías de gente empezaba desde por la mañana, yendo las familias provistas de asientos, fiambres, licores, vihuelas, arpas y todo cuanto podía alegrar el ánimo en la mansión de los muertos...”⁵.

La fiesta profana en torno al territorio consagrado permaneció para siempre. Juan Bautista Peralta, poeta popular, dejó estos versos moralizadores a comienzos del siglo pasado:

*El día de todos los santos
al cementerio marché,
cuya excursión contaré
lleno de furor y espanto.*

*Allí donde sólo el llanto
el suspiro y el llorar
debía, pues, imperar;
el regocijo reinaba,
porque el necio se embriagaba
y fue a cantar y bailar.*

*Mil fondas, precisamente,
frente aquel sitio sagrado,
a los muertos consagrado
invitaban a la gente.*

*El ponche y el aguardiente
eran lágrimas, me creo
que brotaban, según veo,
de los inicuos varones,
y los signos y oraciones
nacen, pues, del tamboreo⁶.*

La reacción del pueblo cristiano ante la teología opresora del pasado colonial fue evidente en el sentido carnavalesco que imprimió al día de difuntos. La ritualización de la comida confirmó la comunión con aquellos.

La religiosidad mestiza no admitió la necrolatría, sino un culto vivificante e intimista que revela más alegría que morbosidad.

⁵ Justo A. Rosales, *op. cit.*, pág. 16.

⁶ Juan Bautista Peralta, “Un viaje al cementerio”, Colección Lenz, Biblioteca Nacional.

El reencuentro con los difuntos es también una instancia de sociabilidad. El primer día de noviembre se exalta el “estatus de los muertos” en culturas de raigambre indígena, a través de una interacción plena, comiendo y libando con ellos. En la comunidad mapuche de Huanacura –cerca de Nueva Imperial– las familias renuevan el compromiso en rústicos mausoleos de madera levantados a distancia de sus rucas.

El cementerio de Arica es visitado por los aymara con sus meriendas y bandas de bronces. El rito ancestral del altiplano tarapaqueño renace en la ciudad-puerto.

En Talca el ceremonial se trasladó a la noche del Año Nuevo. Cientos de visitantes oran y brindan con champaña en las tumbas. “Ellos ya no estarán tan solos y nos acompañarán el resto del año”.

La noción cristiana de la “vida eterna” explica la presencia del difunto en rogativas, misas de aniversario, retratos o su nombre de pila que se repite en los descendientes.

Las leyendas de lápidas refuerzan esa familiaridad con los ausentes: ¡Oh piadosísimo Jesús! Dadle el descanso eterno a nuestra inolvidable viejita Matilde Embry. Otro mensaje más afectivo y breve dice: Recuerdo de tu negra e hijo. El reencuentro es algo inminente y así lo proclaman las frases terrenales: Te fuiste primero, pero espérame. Tu viejo Arturo, o bien: Dios te llevó a su lado, en casa tu lugar está reservado.

El anonimato deja a la imaginación del visitante los avatares de la vida o la muerte: Amigos aquí estoy. Ustedes me conocieron, pero no saben quien soy; Azucena de amor, te troncho la vida el 21 - VII - 38 para aromar a Dios; Aquí descansan los restos de una desgraciada joven; Un humilde homenaje para una gran dama de un ex lustrabotas-Gabriel; Jamás olvidaremos tu alegría que alimentabas con melodías que tanto gustabas de tocar y cantar y que nos darán para el recuerdo. “Only You”.

Las circunstancias terrenales también son recordadas en la frialdad del mármol: A la noble y heroica actitud durante la guerra de 1879 de María For de Rivera; Capitán Francisco Meyer ascendido en el campo de batalla; Tu amor heroico al ejército te hizo estrella en el cielo de Chile; Diputado por Atacama quien vivió luchando por el bienestar de la clase proletaria, murió trágicamente en accidente aéreo en Copiapó.

Los niños-angelitos dejan o reciben mensajes plenos de ternura o frustración: Hijito querido: A este mundo no alcanzaste a llegar, pues en el vientre de tu mamita Dios abrió tus alitas hacia Él para volar; Un ángel vino del cielo con túnica muy blanquita y te llevó entre sus brazos; Caminante no hagas ruido, baja el tono de tu voz que Jorgito no se ha ido, solamente se ha dormido en el regazo de Dios; Mi vida fue corta y pura, con alas de pureza al cielo volé, dejando a mis padres que lloran por mí, pero desde el cielo, felices los haré. Un breve epitafio puede explicar al suicida: Te fuiste silenciosamente, te evadiste, porque no te comprendieron, o invitar a la eternidad: ¡Pensad lo que fui, lo que ustedes son y que pronto serán lo que soy!

Los grabados, esculturas y aplicaciones en lápidas y tumbas proyectan la dimensión del dolor y obligan a recordar. La multiplicidad de las imágenes es infinita: ángeles que lloran sobre la cruz o vuelan con una guirnalda entre las manos... el soldado en traje de parada que presenta armas al superior... el novio de etiqueta que contempla a la novia yacente... la hoz y el martillo orlados de espigas, vigilan al militante sincero y los cañones cruzados al artillero leal... un sillón metálico, finamente modelado, cubre los restos de la cortesana de sociedad... en fin, retazos del deseo de inmortalidad.

En el camposanto de Arica las sombrías lápidas de mármol conviven con paisajes y escenas policromas que aluden a la profesión, aficiones o el pueblo natal del difunto. Encuentro de arte ingenuo, evocación afectiva y mensaje de ultratumba. Los coloridos nichos reflejan poéticamente la antividia.

El velatorio del angelito confirma la ideología en torno a la muerte. Desde los siglos coloniales el deceso de un niño menor de siete años, en tiempos de alta mortalidad infantil y difícil infancia, fue interpretado como el fin inesperado de una probable vida de sufrimientos trastrocada por una existencia eterna y gloriosa cerca de Dios.

El citado Bando sobre Funerales de Ambrosio O'Higgins –gobernador ilustrado y racionalista– aludía directamente a la celebración terrenal del angelito que era despedido en su viaje al Reino Celestial:

- 8º. “Que no se pongan en las calles ni lugares por donde pase el entierro luces ni paramentos, debiendo estar el cadáver sobre el féretro, en el suelo o en una tarima sin cubierta y en el caso de ser el cadáver de algún niño, sobre una mesa, a lo sumo con cuatro velas.
- 12º. Que los entierros de aquellos que aún no han salido de la infancia y para quienes la iglesia celebra misa de ángeles, sólo se pongan en la casa, mientras esté el cuerpo en ella, y en la iglesia, hasta que se le sepulte, cuatro hachas y cuatro velas, y sólo se forren sus ataúdes de tafetán y no de otra tela.
- 13º. Que el vestido de estos párvulos no pueda ser jamás sino de la tela expresada de tafetán, sin galón, encajes, bordados o cintas”.

El estatus republicano nada significó para las clases subalternas. Las condiciones de vida continuaron bordeando el dramatismo y la muerte. En comarcas periféricas el sacrificio deliberado de un niño era parte de la cotidianeidad, cuando el aumento del grupo familiar o la miseria lo compulsaban. El Sínodo de Ancud en 1851, redactado por el Obispo Justo Donoso, condenó los crímenes que:

“...cometen los desnaturalizados padres, que arrojan al hijo párvulo en bosque o lugar desierto o infrecuentado, bien sea con intención de que perezca víctima del hambre o devorado por las bestias, o a lo menos previendo o debiendo preveer igual resultado, puesto que, sustancialmente, lo mismo importa quitarle la vida con violenta mano, que hacerle perecer por hambre u otro semejante medio; por cuya razón la ley civil castiga este delito con pena de muerte...”⁷.

En los centros urbanos la mortalidad de niños pobres era aterradora. En 1884 el doctor Augusto Orrego Luco declaraba que:

“Los cálculos más modestos nos revelan que el sesenta por ciento de los niños mueren antes de llegar a los siete años”.

El velatorio del niño que la muerte ha convertido en angelito se transformó en una celebración donde el baile, el canto y la bebida daban el marco apropiado a la catarsis familiar y colectiva.

El sentido orgiástico asignado al culto, asimilaba un estilo común a rituales fúnebres. La exaltación de la antimuerte, la permanencia de la vida terrenal (a pesar de todo) y el tránsito a la gloria coincidían en la fiesta, regida por rigurosos códigos de conducta, exterioridades fijadas por la tradición y cánticos circunstanciales que codificaban en versos el dolor, la alegría y el nebuloso reencuentro.

Un testimonio temprano lo encontramos en el diario del norteamericano J.E. Coffin, detenido en Chile en 1817.

“Hace unas cuantas noches, el mayordomo o capataz de la estancia celebró en sus piezas, que están inmediatas a la casa, una tertulia o fiesta campestre. Invitó a todos sus amigos y vecinos y les brindó con música y baile, vino y cena, pasando toda la noche en gran jolgorio y algazara con ocasión de la muerte de su hijo único, un niño cuyo cadáver permaneció expuesto en la parte más visible de la habitación”⁸.

Ignacio Domeyko, el ilustre sabio polaco, asistió al rito en Pichidangui, en 1843, y lo describe así:

⁷ Fernando Retamal, *El primer Sínodo chileno de la época republicana: Ancud. 1851*, Santiago, 1983, pág. 166. Citado por Marco Antonio León, *La cultura de la muerte en Chiloé*.

⁸ J. E. Coffin, *Diario de un joven norteamericano*, Santiago, 1969, pág. 96.

“¡Qué espectáculo más curioso para el viajero! A la entrada, a mano derecha, había un altar, como para celebrar misa; sobre él, sentado en una sillita, estaba el niño muerto con las manos cruzadas, sobre el pecho. Tenía los ojitos cerrados, el rostro empolvado y la boca y las mejillas teñidas con colorete; sobre la cabeza llevaba una corona de tela blanca y rosas frescas, y todo el vestido era de muselina blanca, adornada con menudas florcitas, como se suele a veces vestir al Niño Jesús en la Iglesia. En este altar ardían dos velas metidas en altos candeleros de iglesia y había tarros con alhelies, rosas, romeros, heliotropos y nardos”⁹.

El hecho más significativo del acto era la presentación del párvulo, que simbólicamente presenciaba su propio funeral:

“Los padres y amigos hacen todos los esfuerzos posibles para adornar el pequeño cadáver con encajes y blondas, flores artificiales y naturales. Si no hay otras joyas que ponerle, hacen estrellitas y otros adornos de papel dorado y plateado y le echan la chaya y serpentina encima. Así se coloca el angelito sentado en una silletita encima de una mesa, a la cual se da colocación contra una pared del rancho”¹⁰.

Los paramentos se completaban con las alitas de papel blanco o plateado que finalmente “hacían al angelito”. La celebración se prolongaba dos o más días, en medio de versos, bailes y bebidas.

El altar familiar anticipaba el escenario que lo esperaba en el más allá. La madre no debía llorar, pues mojaba las alas del angelito y no podría volar. Los padrinos debían observar igual delicadeza cuando solicitaban su presencia y trasladaban el velatorio a su casa o rancho, donde permanecía otros tantos días, con similar algarabía y homenajes.

Es oportuno señalar que excepcionalmente la vestimenta tradicional se reemplazaba por los atuendos de su progenitor, reafirmando su condición de “mensajero” ante los poderes celestiales. Un campesino de Pelequén recuerda a un angelito “vestido como hombre grande, traje de huaso muy elegante y para colmo, con los ojos abiertos, mirándote fijo”. En los años 1950 presenciamos el ritual en una caleta de pescadores cercana a La Serena. El párvulo difunto lucía sobre la túnica un chalequito negro y cubría su cabeza un sombrero de calle. El altar estaba adornado con redes incrustadas de claveles y ñañaucas¹¹.

En los campos maulinos, espacio de una subcultura conservadora y manifiestamente católica, el ritual comenzaba con la preparación siguiendo cánones

⁹ Ignacio Domeyko, *Mis Viajes*, Santiago, 1978, pág. 537.

¹⁰ Rodolfo Lenz, *Sobre la poesía impresa de Santiago de Chile*, Santiago, 1919, pág. 80. Citado por Marcela Orellana: *El canto de angelito en la poesía popular chilena*.

¹¹ Un memorialista refrenda el papel mediático atribuido al difunto: “Hay que recordar también que estas ocasiones eran el momento propicio para enviar con tan immaculado emisario recados al Altísimo, pidiendo favores personales, por la salud de la familia, las lluvias, las cosechas y el ganado”. Ver Joel Moraga O., *Copequen, 500 años*, Santiago, 2002, pág. 289.

rigurosos y terminaba con el traslado al cementerio también prescrito por la costumbre. Una antigua cantora recuerda que:

“A los angelitos los visten y los acuestan en una mesa llena de flores y ahí los velan. No los echan al ataúdcito hasta que los van sacando en la mañana cuando están cantando los gallos, porque el angelito no se pasa a misa a la iglesia, se va derecho pa'l cementerio no más. Se velan en la mesita, destapaditos. Se le hacen guantes, se le ponen florcitas en la boquita y debajo de la cabecita como cabecera. Cuando hay flores de campo le ponen de esas, cuando no florcitas de papel. Se le hacen canastillos, palomitas con ojitos de papeles de pastillas brillante; ¡viera usted cómo brillan los ojitos de las palomitas! Y se cuelgan arriba, en el cielo. Para el cielo se le pone una sábana grande, de las más blanca, y se cuelga encima de la mesa del angelito. Después le hace una escalera de papel que va del cielo al niño, a la altura del pechito, y le pone sus manitos como que va agarrándose, va subiendo pa' arriba, que paré que está vivito.

De ropita se le hace una albita como vestidito largo, igual que maternal. Se le pone una cinta grande que le dé dos vueltas en la cinturita, le haga una buena rosa y le llegue al borde del zapatito. Tienen que ser dos metros de cinta para un angelito. El gorrito se hace mochito, dejándole la cabeza destapadita para que nuestro Señor le ponga la bendición. Queda como un cintillo al que se le pone un vuelito largo con florcitas, tapándole su carita. Todo eso se le hace con lienzo. Hay que hacerle enagüita, si alcanza se le hacen zapatitos y si no, si tiene trama (lana) blanquita, merino, blanquito, se hacen zapatitos de merino y le pone borlitas”¹².

El pequeño ataúd, pintado de blanco, era conducido al camposanto por los asistentes al velatorio. Los padres no debían hacerlo, pues se arriesgaban a seguirlo en breve plazo. En todo caso la túnica del angelito debía ser larga para ofrecerla a éstos y remontarlos hacia él.

En los pueblos chilotos el niño fallecido era vestido de blanco, adornado con alitas y recostado en una mesa como ocurría con los adultos. Los “cantores de angelito” interpretaban al difunto que se despedía del mundo que apenas conoció.

La secularización de la sociedad insular y la “urbanización” de la mentalidad campesina han provocado el abandono del rito tradicional. Francisco Cavada al referirse a los “velorios de ángel” afirma:

“Llamase así los velorios de niños menores de siete años. Hoy todo redúcese en ellos a rezar a intervalos el Rosario, a entonar algunos cánticos piadosos y a servir a la concurrencia algunas copas de aguardiente. En algunas partes se sirve una cena a medianoche”¹³.

¹² Citado por I. Araya, P. Chavarría y P. Mariángel Chavarría, *Canto, palabra y memoria campesina*, Valdivia, 1997, pág. 26.

¹³ Francisco J. Cavada, *Chiloé y los chilotos*, Santiago, 2001, pág. 114.

En el centro del país, la extensión de los servicios hospitalarios y la conversión a cultos protestantes han conducido al mismo efecto. Una campesina, residente en la costa de Cauquenes, nos confirma:

“Todo eso se ha ido perdiendo, porque ya no mueren angelitos y si mueren, mueren en el hospital de Chanco, entonces se sepultan allá y no vienen para acá. También ahora hay mucho evangélico y el evangélico no cree nada. Cuando toca que son angelitos de religión católica, ahí a veces se les cantan canciones, pero los evangélicos no”¹⁴.

Los cantores de angelito, verdaderos oficiantes de la muerte, reemplazaban al sacerdote. La noche se iniciaba con los versos de saludo:

*Saludo primeramente
al angelito glorioso,
saludo al altar precioso
y a toda la noble gente.
Las luces resplandecientes
que te alumbran el altar,
también voy a saludar
esta maceta de flores
saludaré a los cantores,
que te vienen a cantar.*

Durante la vigilia nocturna los cantores irán entregando sus creaciones que repiten la imagen consagrada: un niño se transforma en angelito y dentro de pocas horas emprenderá viaje a la eternidad.

Al amanecer, el difunto se despide (ya transfigurado) y se dispone a dejar la vida terrenal y a quienes lo engendraron y amaron. Los versos del cantor-mediador así lo asumen:

*Bendito sea el altar
donde haz estado revestío
esas luces que han prendido
luego las han de apagar.
Que penoso quedarán
cuando yo salga para fuera
adiós madre, linda y bella
ya me voy a mi aposento
ya voy a entregar mi cuerpo
que se lo coma la tierra.
Adiós perlas tan hermosas*

¹⁴ I. Araya, P. Chavarría y P. Mariángel Chavarría, *op. cit.*, pág. 27.

*adiós mi querido padre
dichosa será mi madre
que queda triste y penosa
queda como mariposa
llorando porque me voy
yo, madre le dijo adiós
voy a cumplir mi destino
adiós parientes y hermanos
adiós queridos padrinos.*

La liturgia era interrumpida por las “tonadas de angelito” que daban un tono profano a la cita. Las cantoras que aceptaban asistir a familiares y amigos en el trance funerario entonaban las cuartetos que decían:

*Que glorioso el angelito
papelito, papelito
dele saludos a Dios
y a todos los angelitos.*

*Dida sábado en la tarde
al cerrarse la oración
me despedí de mi madre
con un grandísimo dolor.*

*De mis hermanos queridos
de ni uno me despedí
ellos me fueron siguiendo
por caminos donde me fui.*

*Por caminos donde me fui
de lágrimas los regué
de ver a mi pobre madre
que llorando la dejé.*

*Le pedí a mi pobre madre
que me eche su bendición
al hincarme de rodillas
se me parte el corazón.*

La “cueca de angelito”, variante solemne del baile, era cantada “más suave-cito y como medio lastimoso”. La cuarteta inicial era siempre...

*Que glorioso el angelito
que se va para los cielos
a rogar por padre y madre
por los padrinos primero.*

Las normas de la coreografía estaban establecidas y debían respetarse. Una testigo lo recuerda así:

“Esta cueca se baila sin pañuelo, sin zapateo y sin levantar la mano arriba. Bailan con las manos abajito... y mirando al angelito. La guitarra no se taña tampoco”¹⁵.

La conducta represiva de la burocracia colonial se prolongó en las autoridades civiles y eclesiales de la república que interpretaron el evento como expresión de “herejía”, magnificando el ambiente de alegría y relajamiento que motivan el baile y la bebida.

Esta agresión a la realidad cultural lógicamente no tuvo efecto alguno. Los santuarios y festividades religiosas continuaron perfilando la fe popular como mecanismo de adaptación síquica a un sistema social excluyente que no comprendió la originalidad y autonomía de sus cultores.

En cualquier lugar del país el velatorio era censurado. En 1801 el gobernador español de Juan Fernández, Francisco de Quesada y Silva, emitió este bando:

“Se prohíbe absolutamente el belorio de los niños que mueren pues no hade ser causa un angelito de borracheras y otros desórdenes que he notado”¹⁶.

Una ordenanza de la Municipalidad de Talca, de 1857, decía:

“Se prohíben las funciones que bajo el nombre de celebración del angelito suele tener la gente del pueblo cuando muere algún párvulo, bajo multa de cuatro pesos”¹⁷.

Al parecer la drástica medida fue ignorada en la ciudad. En 1880 la prensa local informaba que:

“Todavía existe entre cierta clase del pueblo la bárbara costumbre de celebrar con canto y bacanales el velorio de los párvulos, llamados velorios de angelitos. Anteayer fueron conducidas a la policía seis mujeres por este delito, que debe reprimirse severamente”¹⁸.

¹⁵ I. Araya, P. Chavarría, P. Mariángel Chavarría, *op. cit.*, pág. 26.

¹⁶ Benjamín Vicuña M., *Historia Verdadera de la Isla de Robinson Crusoe*, Santiago, 1883, pág. 407.

¹⁷ Gustavo Opazo M., *Historia de Talca*, Santiago, 1942, pág. 336.

¹⁸ Citado por Maximiliano Salinas, *Canto a lo divino y religión del oprimido en Chile*, Santiago, 1991, pág. 255.

El citado Sínodo Diocesano de Ancud reiteró las críticas y censuras de documentos anteriores. Los argumentos eclesiales fueron concluyentes y revelaron una faceta tradicional y explicable: La “socialización del angelito”.

“Acostúmbrase, generalmente entre la gente vulgar, celebrar el fallecimiento de los párvulos para lo cual adornan vistosamente el pequeño cadáver, y reuniéndose muchas personas, se celebra la felicidad eterna del angelito, como le llaman, con el canto, el baile, la abundante comida y el uso de licores fuertes, cuyas consecuencias son la embriaguez, las riñas, y otros desórdenes y escándalos, durando esta función, a menudo por dos o tres días, y sucede no pocas veces, que se pide prestado el angelito para continuar la celebración en otra casa, por otros tantos días”¹⁹.

Sin duda, la celebración involucraba gastos que los padres debían solventar. Era algo común que los concurrentes dejaran monedas en el regazo del angelito, o en otro caso, en sus manos, como sucedía en los campos de Ñuble.

Este hecho derivó a la práctica del “arriendo” del difunto. Frecuentemente la asistencia al velatorio debía cancelarse y también el consumo de bebida y comida.

Baldomero Lillo confirma esta conducta mercantilizada que observó en las cercanías de la Cordillera de Nahuelbuta:

“Cuando moría en la montaña un niño de corta edad, sus padres lo llevaban a casa del Chispa, quien mediante el pago de algunas monedas, quedaba dueño del cadáver hasta el instante del entierro, que tenía lugar tres o cuatro días después del fallecimiento. Durante este intervalo se cantaba, se bailaba y se bebía en torno de la criatura, no interrumpiéndose la orgía, sino cuando el estado de descomposición de los restos hacía indispensable proceder a la sepultación inmediata”²⁰.

El velorio del angelito fue, indudablemente, una expresión sincera, pero en su faceta más sórdida demuestra el abandono de todo sentido existencial para convertirse en un objeto comercial, transable y provechoso para sus “atribulados padres”. La idealización y la anécdota menuda han ocultado esta verdad implícitamente demostrativa de una miseria proclive a la corrupción²¹.

La creencia (y presencia) en las almas errantes de los difuntos conforma la “metafísica de la muerte” en la mentalidad de los segmentos más sensibles de la sociedad. Las “ánimas”, “bultos” y “aparecíos” conviven como testimonios impalpables, pero operantes en el mundo cotidiano. Las almas desprendidas del

¹⁹ Fernando Retamal, *op. cit.*, págs 171-172.

²⁰ Baldomero Lillo, *Relatos Populares*, cap. “El Angelito”, Santiago, 1942, pág. 222.

²¹ El investigador Gustavo Boldrini en su estudio “El velorio del angelito: la otra cara del luto” destaca que ... “en Chiloé (1960) un velorio que duraba ya diecinueve días debió ser suspendido por una orden del juez del distrito en donde se desarrollaba. En Puerto Montt (1965) el cuerpo del niño fue hervido previamente a su vestido y decoración”. Agradecemos al autor la confirmación de ambos casos.

cuerpo se manifiestan positiva o negativamente, según sea la actitud desdeñosa o devota del creyente. Richard Longeville, oficial naval inglés que participó en las campañas de la Independencia, comenta las supersticiones de nuestros campesinos:

“La existencia de los aparecidos la creen a pie juntilla, tal como sucede en toda Sudamérica. Creen también en varias especies de seres sobrenaturales, como los duendes o enanos, que, según ellos, persiguen a personas determinadas, para quienes son únicamente visibles”.

Se les representa como brujos caprichosos, generosos en los favores que otorgan cuando les agrada, pero excesivamente inclinados a los celos; y cuando se enojan, capaces de inferir cualquier daño, con excepción de la muerte, al que antes habían hecho objeto de sus afecciones. También son temidos los “bultos”, que son como apariciones de espectros malévolos, que habitan en las quebradas y cerros solitarios y que de ordinario se dejan ver al romper el día, asemejándose mucho a una corona de nubes o niebla, de quienes se dice son seguros precursores de desgracias para los que los ven. La creencia en las brujas es también arraigada y universal²².

El mundo urbano también era permeable al animismo, nebulosa herencia del chamanismo indígena y el cristianismo medieval que entronizaron soldados y misioneros castellanos. Al referirse a la policía de Santiago, Longeville nos informa que:

“En la capital, los serenos antes de dar un grito, usan la piadosa exclamación de “Ave María Purísima”, en cuanto que los del puerto se limitan a decir “Viva Chile”. En ambos pueblos, al ser relevados de su turno al amanecer por sus cabos, que los revistan y alinean delante del teniente de serenos, repiten siempre en alta voz una larga oración por las ánimas del purgatorio, que terminan con un Padrenuestro, pidiendo a las gentes piadosas que los escuchan que se unan a ellos en su oración”²³.

Las “animitas” son recordadas el día lunes cuando sus devotos encienden velas en un recipiente con agua... porque estas deben extinguirse sin intervención humana. Al mediar el pasado siglo la “oración a las ánimas” era vendida junto a grabados, escapularios y rosarios.

La toponimia inserta en el entorno físico a estos “espíritus errantes”. En La Serena existió el callejón *Ánima de Diego* y al norte de la ciudad, la *Quebrada de las Ánimas*. En Atacama alcanzaron renombre las minas *Las Animitas* y *Las Ánimas*. Los poblados de *Cachinal de las Ánimas* y *Finca de las Ánimas* orientaron a los cateadores hacia el yacimiento cuprífero *Limbo de las Ánimas*. En la

²² Richard Longeville V., *Campañas y Cruceros en el Océano Pacífico*, Santiago - Buenos Aires, 1968, pág. 69.

²³ Richard Longeville V., *op. cit.*, pág. 118.

precordillera de ValLENAR se explotaron los minerales de Calaveras y Purgatorio y el mítico Tamaya tuvo su Socavón de las Ánimas.

Las “animitas” han adquirido su “santidad” por las circunstancias de su muerte, a veces violenta, inesperada, injusta o simplemente autoeliminación.

En la interpretación del creyente, la tragedia redime de sus pecados a la víctima y la convierte en una mediadora entre Dios y los hombres. Las ánimas del Purgatorio deben ser rescatadas, porque no merecen ese castigo, aunque la Virgen del Carmen desciende los días miércoles a buscar a las almas purificadas por la oración.

Las “casitas” se levantan donde aconteció la muerte. Los restos materiales descansan en el camposanto, pero aquí permanece el alma, el ánimo que propicia la comunicación, escuchando las peticiones y las promesas de los afligidos.

La devoción implica una dependencia mutua: el solicitante agradece con fe o elementos diversos: flores, velas, estampas, figuras de yeso, juguetes (si era niño), pequeñas placas de mármol, madera o bronce, exvotos e incluso mensajes escritos y el concedente replica realizando el deseo.

A veces la casita alcanza las dimensiones de una pequeña ermita, una gruta o es una formación natural. En los años 1940 alcanzó fama en tierras elquinas “la piedra milagrosa”, una roca esférica donde supuestamente se había víctimao a una mujer. La animita era homenajeadada con velas y dinero... que administraba solícitamente una familia del lugar. En agosto del 2002 se descubrió una calavera en una caverna, cerca de Calama, que de inmediato fue objeto de culto.

En los cementerios era frecuente encender velas en la ventanilla del osario (la “huesera”). Las animitas milagrosas reciben un trato diferente. Las tumbas están cercadas o techadas y el entorno se singulariza con flores, candelabros, placas colgantes, jardineras o símbolos deportivos.

La realización de “milagros” otorga una dimensión diferente a la animita. Nace espontáneamente una devoción colectiva, que la rutina transforma en culto y este se traspa por generaciones. El cuidado y ornato del lugar, las visitas semanales y la divulgación de sus favores propician la consolidación de una “cofradía informal” que no interfiere la lealtad hacia los santos de la Iglesia.

En el imaginario del creyente las ánimas se comunican en cualquier lugar o circunstancia, cuando necesitan oraciones o quieren recordar una promesa no cumplida. En pueblos y ciudades son parte del folclor lugareño y fácilmente confundidas con “fantasmas” o “apariciones”. Según Vicuña Mackenna:

“Cuando Baltasar de Piñas desembarcó en La Serena con los primeros jesuitas, despenó con exorcismo una casa que se mantenía cerrada por haberse instalado en ella una legión de ánimas alzadas... “Las apariciones... eran innumerables, desde la conversación de dos lavanderas en las “tetas del Bío-Bío” por haber mirado a Jesucristo con indiscreta curiosidad en su tránsito por aquellas playas, hasta el ánimo del cabo Soto, que se paseó por las calles de Santiago en 1852 bajo el nombre del “ánima de la artillería”²⁴.

²⁴ Benjamín Vicuña M., *La era colonial*, Santiago, 1974, pág. 143.

Las “animitas del mar” tienen su refugio en el cementerio Los Lobos de Talcahuano. El espacio está cubierto por tumbas vacías, levantadas por deudos de pescadores que naufragaron y cuyos restos quedaron atrapados en la inmensidad del mar.

El velatorio simbólico se efectúa en torno al pequeño ataúd blanco que guarda el traje del difunto y su fotografía. Después del responso en la iglesia es conducido al camposanto donde es enterrado formalmente. Las coronas de flores se lanzan al mar.

Estos “cementeros de almas” se encuentran en todo el Golfo de Arauco (Tumbes, Lota, Tomé, San Vicente y Punta Lavapié) y el primer día de noviembre reciben las ofrendas tradicionales y las oraciones del sacerdote o pastor.

La inexorable “hora final” reviste el sentido de un rito de tránsito definitivo e impredecible, obviando la circunstancia de una larga agonía, que predispone a familiares y deudos para el momento crucial.

La mentalidad mestiza –oscilante entre la fatalidad y la voluntad divina, entre la familiaridad y el terror– cree ver, escuchar o presentir el “anuncio” del deceso. No es extraño suponer que un pariente fallecido ha venido a “llevarse” a quien amó en vida para disfrutar en el Cielo. Estaba decidido.

Las señales de mal augurio son variadas: una vela se apaga sin motivo; el aletear de un ave nocturna en la ventana; el canto de un “chuncho” durante varias noches o la aparición fugaz de un aerolito.

En Chiloé el “aume” o “aución” es el augurio humanizado. Los ruidos de hachazos, golpes de martillo, pasos que ascienden la escalera delatan la presencia habitual de un familiar... sin embargo, no hay nadie. En el norte de Chile se dice que “pena en vida”... y que ésta será prolongada.

El ruido nocturno llamado “cadequén” o “liuquem”, el campesino chilote lo interpreta genéricamente: si es una brazada de leña que cae, la muerte alcanzará a un varón, si parece una carga de ramas entonces será una mujer.

El trance de la agonía es la última oportunidad de reconciliación con el Juez Supremo y el momento de invocar a San Pedro Nolasco y la Virgen de la Candelaria para “bien morir”. La Virgen de las Mercedes y Nuestra Señora del Carmen acudirán al Purgatorio a rescatar almas purificadas.

La Iglesia incluyó en su pedagogía misionera la “Preparación para el Buen Morir”. Una frondosa literatura funeraria fue impresa para incentivar la vida espiritual, aceptar la inevitabilidad de la muerte e internalizar en los creyentes el temor al infierno y sus castigos. Desde el siglo XVI circularon manuales que normaban la preparación para el instante.

La Orden Jesuita fundó en tierras americanas la “Congregación de la Buena Muerte” para difundir la enseñanza y la iconografía, elementos convincentes para una feligresía impresionable ante el simbolismo de la imagen y la elocuencia de los catecismos. Hasta el pasado siglo era común encontrar estampas de la Virgen del Carmen al borde de un foso en llamas donde imploraban clemencia los condenados al castigo eterno. El ensayo “Lo temporal y

lo eterno” contenía grabados aterradores que mostraban el sufrimiento de las almas y los cuerpos.

En los colegios religiosos era obligatorio un pequeño devocionario titulado “El niño amante de la Virgen”, del jesuita Manuel Lasaleta, destinado a advertir sobre el valor de la confesión como condicionante del “bien morir”. El espeluznante relato decía:

“Hallándose el P. Juan Ramírez, jesuita, dando misiones en una ciudad le pidieron que fuese a confesar a una joven enferma a quien todos tenían en opinión de santa. Fue en efecto, el Padre; la confesó y la absolvió. De vuelta al colegio de la Compañía... el compañero que había llevado se presentó al superior y le dijo que mientras el Padre confesaba a la enferma salió de un rincón una mano grande, negra y peluda que con sus horribles uñas quería ahogarla. Al oír esto llamó el superior al Padre Ramírez y le mandó que volviese a ver a la enferma por si quería reconciliarse, pero cuando llegó la enferma estaba ya muerta... entre once y doce de la noche, oyó un ruido de cadenas y en seguida vio delante de sí a la joven envuelta de pies a cabeza en horroroso fuego. ¿Quién eres?, le preguntó el Padre: Yo soy el alma de aquella desgraciada que has confesado, a quien todos tenían por santa y que por justos juicios de Dios estoy para siempre condenada. Pues, ¿cómo es eso?, ¿no te confesaste? Sí, Padre, pero me confesé mal, y Dios me manda para confusión mía, escarmiento de los demás y gloria suya, que te diga mis pecados”²⁵.

En los estamentos sociales que no tenían acceso a la literatura oficial las oraciones tradicionales daban la conformidad y la tranquilidad para alcanzar una “buena muerte”. En los campos colchaguinos fue registrado este “Romance de la muerte”.

*Ahora, Señor, ahora
estoy prostrada en esta cama;
me encuentro tal que no sé
si alcance el día de mañana.
Atiendo, Señor, la ropa,
desconozco la posada;
al pronunciar mis palabras
se anudan en la garganta.
El purgatorio, Dios mío,
tomaré de buena gana
pa poder pagar en él,
el mérito que me falta.
Dame, pues, el purgatorio*

²⁵ Manuel Lasaleta, *El niño amante de la Virgen*, Madrid, 1910, págs. 168-171.

*para purificar mi alma,
 para merecer gozar
 de la celestial morada.
 Creo todo lo que creo
 los artículos y el Credo
 y la protesta del Papa
 para que todos creamos
 dos mil vidas que tuviera
 por vos las crucificara.
 Polonia, Pabla y Lucía
 y ángeles de Santa Clara.
 A vos te suplico y ruego
 que a mi dolor me acompañe;
 bien me puedes prometer
 endelungencia plenaria
 y el ángel que es de mi guarda²⁶.*

Aquellos que han elegido voluntariamente “saltar al vacío” con un dinamitazo en la boca, una cuerda, un balazo o el veneno no merecen ser justificados ni recordados en la tertulia familiar; por último cumplieron un mandato del destino. Despreciaron la bendición de una “buena muerte” y violentaron la voluntad de Dios, dueño de la vida. El suicida no tiene el consuelo de los últimos sacramentos y lo busca en la despedida escrita que, en fin, lo explica y lo perdona.

Los ajusticiados por la ley humana eran acompañados por sacerdotes o pastores que les reconfortaban para la muerte inminente. El sentimiento místico del pueblo se posesionó del perdón divino y clamó al cielo en los versos de sus vates callejeros:

*Santo Dios de la mansión
 y tus bienaventurados
 a estos pobres fusilados
 dále vos la salvación.*

*Tiéneles misericordia
 con tu infinita bondad
 háceles abrir la puerta
 de la celestial ciudad.*

*En nombre del Unitrino
 y toda su jerarquía
 Divinísima María
 guíalos por buen camino.*

²⁶ Rebeca Román Guerrero, “Folklore de la antigua provincia de Colchagua”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Santiago, 1929, pág. 92.

*Vos que sois la protectora,
según explica tu historia
hace que el Dios soberano
les dé un lugar en la gloria.*

*No los dejes de amparar
Virgen pura, santa y rica,
atiende esta rogativa
que tanto se te suplica²⁷.*

²⁷ Daniel Meneses: "Súplicas a Dios pidiendo que les dé perdón a los fusilados". Citado por Maximiliano Salinas, *Versos por fusilamiento*, Santiago, 1993, pág. 28.

RELECTURA TESTIMONIAL DE MARÍA

Pedro Lastra

Relectura testimonial... ¿Qué significa esto? En última instancia, toda relectura lo es: el lector o relector que deja un registro de sus impresiones, de las experiencias vividas en ese proceso de encuentro y crecimiento de la familiaridad con un libro, lo *testimonia* en diversos sentidos.

Y ya que para mí el trato con la novela de Jorge Isaacs ha sido una fuente constante de admirativo interés, como se advertirá en seguida, me pareció que el título de estas páginas debía ser este; y aún más, porque en un cruce de lecturas que insensiblemente se fueron deslizado hacia el pasado, fundé también mi testimonio en el de escritores que constituyen una especie de constelación de admiraciones para muchos de nosotros: Pablo Neruda, José Martí, y dos hombres sabios del siglo XIX chileno: José Toribio Medina y Valentín Letelier.

Apelo a esos testimonios porque pienso que deben ser considerados con alguna atención a la hora de revisar nuestras propias valoraciones de una obra fundacional; también porque son poco o nada conocidos, y yo creo que de su conocimiento pueden derivarse algunas lecciones, no críticas ni eruditas o ideológicamente animadas, sino válidas en aquella dimensión que todo escritor anhela alcanzar: la de su presencia cordial y enriquecedora en el mundo emocional o intelectual de su lector.

Mis notas, pues, quieren responder con brevedad a estas sencillas preguntas: ¿Cómo vieron la novela de Isaacs esos escritores que he mencionado? ¿Qué vivencias o reflexiones suscitó en ellos?

NERUDA Y MARÍA

Al referirme al aprecio de Neruda por la novela de Isaacs empezaré resumiendo un testimonio que fue revelación y sorpresa para quienes tuvimos una conversación con él en un encuentro —fue el último— ocurrido en abril de 1972. Neruda estaba en Nueva York como invitado del PEN CLUB para dar una conferencia sobre Walt Whitman y, después de ese acto, asistir a un homenaje de escritores y amigos en una recepción organizada por el Embajador de Chile ante las Naciones Unidas, su viejo compañero, el poeta Humberto Díaz Casanueva. Recibí una invitación del poeta Díaz Casanueva y fui a ese homenaje (a la conferencia no pudimos entrar) con dos colegas del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Nueva York en Stony Brook. Uno de ellos era el hispanoamericanista estadounidense Ivan Schulman, reconocido estudioso de la obra de José Martí.

Neruda y Matilde llegaron guiados por Fernando Alegría, quien poco después se acercó a decirme que el asediado poeta y su esposa nos invitaban a visitarlo esa noche en el Hotel Algonquin, donde se hospedaban.

Allá fuimos, a la hora indicada. Mis colegas iban a conocer finalmente al poeta que leían y estudiaban desde hacía mucho tiempo. Los entusiasmaba esta

circunstancia, y sobre todo porque les había adelantado que las conversaciones con Neruda podían ser muy animadas y sorprendentes, y no sólo cuando se trataba de temas poéticos: les había contado, por ejemplo, un diálogo con Alejo Carpentier y con él en su casa de Santiago, en enero de 1962, en el cual me asombró su conocimiento de los escritores del siglo XIX. Sabía que yo estaba interesado en el cuento hispanoamericano de aquel siglo, y como un rasgo de su carácter era la atención que le suscitaba al quehacer de los escritores más jóvenes, él y Carpentier me hablaron y me ilustraron en aquella oportunidad, para mí memorable, sobre libros y autores de esa época. Diez años después Neruda no había olvidado nuestro diálogo y en algún momento me preguntó si seguían preocupándome las viejas lecturas. Le dije que esa era, ahora mismo, la materia de uno de mis cursos en Stony Brook y quiso saber si estaba *María* en mi programa, porque le parecía que los jóvenes de este tiempo, naturalmente más sensibles a la recepción de obras de actualidad, no estimaban mucho esa novela, por lo mismo que no la frecuentaban o porque la desconocían del todo. Nosotros teníamos, sin embargo, una impresión más positiva, y creo que fue a esa altura de la conversación que recordamos el interés de José Martí por Isaacs: Neruda celebró que anduviéramos en tan buena compañía.

Al regresar a Stony Brook comentamos el encuentro con un Neruda ya agobiado por la enfermedad, pero siempre comunicativo, y nos dimos cuenta de que la mayor parte del tiempo habíamos hablado de *María*. Estuvimos de acuerdo en que para el poeta del amor nunca dejó de ser Neruda, la novela de Isaacs significaba algo más que una vivencia de lectura: la entendía como una experiencia de vida. La habría leído, sin duda, muchas veces, porque en aquella ocasión se refirió a ediciones y a prólogos que juzgaba valiosos, como el de Enrique Anderson Imbert a la edición del Fondo de Cultura Económica.

Años más tarde, al evocar aquel encuentro recordé otras pruebas de su sostenido y constante fervor por *María*. Por ejemplo, el poema “Los libros”, que aparece en una de sus obras queridas pues se trata, como dice el colofón, de “...veinte poemas inéditos y autobiográficos”, escritos hacia 1962 y editados de manera especial (para bibliófilos) en Alpignano, Italia, en la Imprenta de Alberto Tallone, 1963, con el título de *Sumario. Libro donde nace la lluvia*. Al año siguiente ese mismo libro inicia, como se sabe —y ahora sólo con el título *Donde nace la lluvia*— la serie de cinco volúmenes de su *Memorial de Isla Negra*, verdadero despliegue poético de su historia personal y política.

En el poema “Los libros” culmina la manifestación apreciativa por la novela de Isaacs; pero antes de llegar a ese poema hubo también un fugaz antecedente en el artículo-discurso “A Eduardo Carranza”, datado el 1º de junio de 1946 y leído en el homenaje de un grupo de escritores chilenos al poeta colombiano que desempeñaba en Santiago tareas diplomáticas, como Jorge Isaacs en el siglo anterior. Empieza así:

“Cuando por muchos años y por muchas regiones mi pensamiento se detenía en Colombia, se me aparecía tu vasta tierra verde y forestal, el río Cauca

hinchado por las lágrimas de María y planeando sobre todas las tierras y los ríos, como pañuelos de terciopelo celestial, las extraordinarias mariposas amazónicas...”.

El poema de *Sumario*, o *Donde nace la lluvia* tiene, por cierto, un significado mayor que el de ese fragmento: es una expresión reveladora de aquellas experiencias de germinación poética que el propio Neruda declaró en su *Discurso de incorporación a la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile*, el 30 de marzo de 1962:

“...es por orgullo y no por modestia que proclamo a todos los poetas mis maestros, pues, ¿qué sería de mí sin mis largas lecturas de cuánto se escribió en mi patria y en todos los universos de la poesía?”

He aquí el poema:

LOS LIBROS

*Libros sagrados y sobados, libros
devorados, devoradores,
secretos,
en las faltriqueras:
Nietzsche, con olor a membrillos,
y subrepticio y subterráneo
Gorki caminaba conmigo.
Oh aquel momento mortal
en las rocas de Víctor Hugo
cuando el pastor casa a su novia
después de derrotar al pulpo,
y el Jorobado de París
sobre circulando en las venas
de la gótica anatomía.
Oh María de Jorge Isaacs,
beso blanco en el día rojo
de las haciendas celestes
que allí se inmovilizaron
con el azúcar mentiroso
que nos hizo llorar de puros.
Los libros tejieron, cavaron,
deslizaron su serpentina
y poco a poco, detrás
de las cosas, de los trabajos,
surgió como un olor amargo
con la claridad de la sal
el árbol del conocimiento.*

El poema se desarrolla como proceso de búsqueda del “árbol del conocimiento” y su lección remite—como las otras diecinueve piezas del volumen— a momentos formativos esenciales: aquí, fundamentalmente a la adolescencia: obsérvese la continuidad y la intención de las menciones: un libro de Nietzsche oculto en el bolsillo, junto a la aromática fruta invernal que impregna las páginas con su olor; el amargo mundo de Gorki, que debe haber sido lectura aún más sospechosa y culpable, si cabe, para los mayores que rodeaban al adolescente; la fascinación de las narraciones de Víctor Hugo —no aún su poesía que lo conquistará después— y, finalmente, la ya ensoñada y dolorosa vivencia de lo sentimental en el ámbito de la novela de Isaacs, tensada entre los motivos de amor, naturaleza y muerte. Se trata en este contexto de una significativa y meditada selección de indicios en la cual la figura emblemática de María adquiere singular relevancia al estar situada al término de la enumeración: he aquí una historia, dice el hablante, “que nos hizo llorar de puros”. Y uno se siente inclinado a decir algo más: que acaso contribuyó a cristalizar en él esa condición que Amado Alonso reconoció más tarde en su poesía: “romántica por la exacerbación del sentimiento”.

Por eso pienso que la “Vindicación de la *María*...” escrita en 1937 por Borges se puede acercar en más de un sentido a las apreciaciones de Neruda que he señalado; tal vez él hubiera suscrito el juicio de Borges, para quien Isaacs “no era más romántico que nosotros” y estimar también como un mérito literario su capacidad “de deplorar que el amor de dos bellas personas quedara insatisfecho”. Ya sabemos que el ensayo de Borges intenta demostrar esas aseveraciones y no serán escasos los lectores que compartan su lectura. Desde luego, yo me declaro uno de ellos.

Por otra parte, es oportuno recordar que Neruda había reivindicado polémicamente esa constante romántica en su artículo “sobre una poesía sin pureza”, prólogo o declaración de principios con que presentó en octubre de 1935 su revista *Caballo verde para la poesía*:

“Y no olvidemos nunca la melancolía, el gastado sentimentalismo, perfectos frutos impuros de maravillosa calidad olvidada, dejados atrás por el frenético libresco: la luz de la luna, el cisne en el anochecer, corazón mío son sin duda lo poético elemental e imprescindible. Quien huye del mal gusto cae en el hielo”.

La conversación de 1972 sobre *María* que he resumido en las páginas anteriores me ha llevado como de la mano a este párrafo de 1935.

MARTÍ Y MARÍA

Señalé ya el interés de Martí por la obra de Isaacs, mencionado al pasar en el encuentro con Pablo Neruda, algo que no he visto registrado en los estudios martianos que me ha sido posible consultar. Creo, pues, que esta es una buena ocasión para comentar la singularidad de esa cercanía.

Es cierto: las referencias de Martí a Isaacs son pocas (en el índice analítico de sus *Obras completas* sólo hay tres), pero pienso que por lo menos dos de ellas merecen alguna atención. Por las circunstancias en que aparecen, proyectan una admirativa impresión sobre el autor y su obra, como en este inicio de una crónica enviada a *La Nación* de Buenos Aires y publicada allí el 9 de mayo de 1890: la crónica martiana informa sobre la presencia de la América Latina en “La conferencia de Washington”, que tuvo lugar en marzo de ese año: un acontecimiento que se estimaría sin duda importante desde el punto de vista político, pero cuya entrada noticiosa Martí abre con estas palabras:

“Sr. Director de *La Nación*:

Boston lee mucho en español y aplaude en la versión inglesa la *María*, de Isaacs y la *Maximina*, autobiografía como la *María*, del español Palacio Valdés [...]”.

Es evidente que esa información inicial, desvinculada del contexto de su artículo, quiere celebrar y llamar la atención acerca de valores hispánicos que empiezan a ser reconocidos en un medio que Martí ha sentido a menudo como hostil.

Con todo, importa mucho más destacar otro acercamiento de Martí a la novela de Isaacs: considero que fue central en su trabajo como narrador, porque ocurre en su propia novela de la década del 80, la única que escribió y que conocemos con los títulos de *Amistad funesta* o *Lucía Jerez*.

Los estudiosos martianos, talvez distraídos por la nada complaciente auto-crítica del autor, que nos ha llegado por una nota de su discípulo Gonzalo de Quezada y Aróstegui, se han despreocupado de *Amistad funesta*, aunque con excepciones tan distinguidas como Enrique Anderson Imbert e Ivan Schulman, quienes tampoco ponen de relieve las señales y guiños que el novelista Martí hace al novelista Jorge Isaacs. Uno de ellos es obvio: los protagonistas de su trágica historia, propuesta casi como un estudio de la destructora pasión de los celos, son también primos, como Efraín y María; pero el papel de María no es el de Lucía Jerez, sino el que mima, de un modo no demasiado notorio, la hermosa e inocente antagonista Sol del Valle. También discurren por estas páginas una enferma incurable, llamada Ana, y un amigo querido de Juan Jerez, llamado Pedro, personaje que se aproxima igualmente a Carlos, el amigo de Efraín. Hacia el final de la novela Pedro es, como se dice allí, “puesto por Sol [...] a que le leyese la *Amalia* de Mármol o la *María* de Jorge Isaacs, que de la ciudad les habían enviado...”. Imposible no relacionar tal escena con la emocionada lectura de la *Atala*, de Chateaubriand que Efraín rememora en el capítulo XIII de *María*, la que –como lo ha advertido Donald McGrady– también implica de paso la presencia de Bernardin de Saint-Pierre, quien en su prefacio de *Pablo y Virginia* había escrito su propósito de “hacer llorar al mundo”.

Se trata de una señal, pero fuertemente diferenciada por oposición, porque el episodio narrado por Martí no atrae modelos europeos sino que enfatiza lo americano, sentido como rescatable y hasta ejemplar. Y he aquí cómo ese pasaje de su única novela corrobora una vez más la preocupación y el fervor centrales

por lo nuestro que comprometió su vida entera. En este aspecto, y también por la felicidad expresiva que se ha celebrado en ella, *Amistad funesta* debe ser estimada entre las narraciones importantes del siglo XIX.

MARÍA EN CHILE

Este último apartado de mi presentación es más informativo que testimonial, en referencia a un viaje hacia el pasado al que me llevaron mi interés por *María* y la benevolente invitación de la Universidad del Valle: lo propongo como un breve registro de lo que fue la permanencia de Jorge Isaacs en Santiago entre 1871 y 1872, como cónsul de Colombia.

"Jorge Isaacs en Chile" es el título de un artículo del historiador Guillermo Feliú Cruz, aparecido en la revista *Arte y Cultura*, de Viña del Mar, en enero de 1947.

Feliú Cruz hace un cuidadoso recuento de las relaciones literarias y amistosas que el novelista tuvo con las principales personalidades chilenas de ese tiempo, como el historiador y político Benjamín Vicuña Mackenna y el escritor Augusto Orrego Luco, quien lo trató muy de cerca y escribió una animada semblanza suya, que talvez valdría la pena rescatar.

Lo más llamativo para mí fue encontrar en ese artículo la referencia a los primeros comentarios de la novela, publicados en Santiago en 1873 por dos jóvenes escritores que "debían ocupar un sitio brillante en la historiografía y en la sociología chilenas": José Toribio Medina y Valentín Letelier. Me sorprendió ese hallazgo por varias razones; pero, sobre todo, porque estos jóvenes de veintiún años, que llegarían a ser tan influyentes en la cultura chilena del siglo XIX y cuyo influjo no ha desaparecido del todo, por fortuna, entre nosotros, no volvieron a hacer crítica literaria: quedan, pues, esas páginas suyas como el testimonio fervoroso de un acercamiento a la ficción y a la poesía, ya que sus preocupaciones futuras fueron muy distintas: Valentín Letelier, pensador y educador riguroso, desempeñó por varios años la rectoría de la Universidad de Chile; José Toribio Medina, historiador y polígrafo eminente, dejó uno de los más impresionantes legados con que cuenta la bibliografía hispanoamericana. Como una sutil anticipación de lo que serían sus tareas de muchos años, ambos comentarios de *María* aparecieron en la misma revista, llamada *Sud América* (el de Letelier en junio y el de Medina en agosto de 1873). José Toribio Medina, que entró en la historia de nuestra cultura leyendo a un escritor colombiano, dedicaría después a este país varios de sus ilustrados y exhaustivos trabajos bibliográficos e históricos: en 1899, *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Cartagena de las Indias*, y en 1904, *La Imprenta en Bogotá (1739-1821)*; *La Imprenta en Cartagena de las Indias (1809-1820)*, y *Notas bibliográficas referentes a las primeras producciones de la imprenta en algunas ciudades de la América española...* (1754-1823): las ciudades colombianas consideradas son Popayán, Santa Marta y Tunja. Los cuatro libros fueron publicados en su famosa imprenta Elzeviriana, de Santiago de Chile.

Espero, alguna vez, volver sobre estos temas.

TRES MIRADAS A *TRIDENTE* DE TOMÁS HARRIS

María Inés Zaldívar

Tridente, de Tomás Harris, al igual como su nombre lo indica, es un poemario compuesto por dos dientes largos en los extremos y uno corto al centro. Uno de los largos es “Edipo Androide en la blanca Colono”, por un lado, y “Las jornadas del sordo”, por el otro, más el terciario diente (como el terciario brazo de Vallejo), el breve, el del medio, titulado “Balada del condenado de Oklahoma”.

La primera parte es un epistolario a dos voces, entre el ciego y viejo Edipo, “viejo poeta de mil años que reencarna y reencarna” (27) desterrado en la blanca Colono, y su enamorada Aurelia que quedó, se supone, en Tebas, pero que responde ya sea buscándose a sí misma en las pantallas grises de los computadores, o desde sueños improbables sin fecha. La blanca Colono, yerma y desértica, que rescribe la original, esa de Sófocles, la que por boca de su hija lazarilla Antígona: “está cubierta de laureles, olivos y viñas, y muchos son los ruseñores que dentro de él cantan melodiosamente”, está descrita con profusión y detalle. La Colono de Harris, en una anticiudad, donde “Los habitantes vagan como los miembros de una expedición polar perdida, harapientos, / febriles, musitando letanías ininteligibles por los sordos/ témpanos, bajo las estacas iridiscentes de los picachos, / y el sordo traqueteo del agua bajo los hielos” (50). Y en Colono, “todos los sitios llevan el nombre de la ciudad”, la taberna, el cine que es como una “caverna postplatónica de sueños de marfil”, la estación, etcétera, y hasta “el perro vagabundo supurante y baboso, / al que todos los habitantes de la ciudad le dicen, / Colono, Colono, y cuando se acerca, algunos le patean / el hocico y otros le tiran hogazas de pan duro”, como puede apreciarse detalladamente en el poema “Edipo medita sobre algunos aspectos onomásticos de Colono, la ciudad blanca” (52-53). Pero, en definitiva, aparte de la geografía, ambas Colonos, la de Sófocles o la de Harris, son las ciudades para ir a morir (no nos olvidemos que Sófocles nació allí y escribió esta tragedia a los 94 años, en honor a su ciudad natal y que murió antes de que la obra fuera presentada en público). Son semejantes también, porque tanto en la tragedia clásica como en *Tridente*, Colono es la ciudad donde aparecen todos los peores sufrimientos: la enfermedad, la discordia y traición entre hermanos, el incesto, la guerra, la vejez y el destierro, bajo la mirada atenta de la sombra de la Esfinge.

La segunda parte del texto es la triste canción del soldado condenado a muerte, que espera ser ejecutado con una inyección letal, y cuya espera tiene, entre los muchos testigos establecidos por la ley en USA, a este otro que desde las alturas de un departamento en “Santiago de Chile, Sudamérica”, “como buen mirón de la muerte” (86), espera la hora señalada en “este *finis terrae* desde donde profiero mi asco, mi ascua” (86), y que matiza la demora de la ejecución, mirando a una joven “enfundada en un body blanco sobre su cuerpo rosa” (75), que se pasea tras los inalcanzables cristales de un departamento colindante, como “un cisne urbano” (87).

Y en el tercer diente, el del otro extremo, Francisco de Goya y Lucientes, al que Harris le dedica el libro, “aunque privado del paraíso de la oreja”, pero instalado en el “infierno de la visión”, se pasea solo, sordo y progresivamente loco, por su quinta pintando los últimos cuadros, “quizá como una manera/ de desnudar nuestra razón/ quizá como una mala manera/ de trozarnos los corazones” (91).

Pero este poemario no sólo por su forma es un *Tridente*, pues en ese caso bien podría llamarse Tríptico, sino también porque estos tres dientes se clavan en el lector sin piedad. Digo que se clava, puesto que el texto, siguiendo la estética de los libros anteriores de Harris, contiene una lectura que estremece, que duele, que da rabia, impotencia, hasta asco, que a veces se mezcla con bocanadas de ternura y algo de risa reprimida que se avergüenza de brotar, pero que al final es risa y qué, como respuesta a ese humor negro, construido a base de una ironía letrada e inteligente. Pero, a pesar de ese humor corrosivo, ante expresiones como:

*Cuando desperté, aún estaba ahí.
El pelo –¿serpientes, cenizas?– se adhería a la almohada
por la flema reseca, los residuos de vómito orgiástico,
¿suyo, mío, o de ambos entrelazados como efluvios del aquelarre? (37),*

al igual que nosotros, Aurelia frente a las cartas del viejo Edipo, su amor, in-quiere: “¿Por qué me haces llegar poemas así de decadentes” (39), mas ante esta réplica el ciego enamorado le y nos confidencia en un fragmento de su diario escrito durante el destierro, que su vida ha sido más de agraz que de dulce:

*Cómo detesto repetir el parlamento manoseado
de mi Destino: me eché al viejo, me culié a mamá,
los vecinos estaban cabreados y llamaron a la poli
y en mi destartalado Mustang me fui de carreteras,
con mis dos hijas sin madre que les enseñara
a bordar, a respetar sus cuerpos,
a no andar mostrando el culo sólo porque aún son jóvenes (45-46).*

Mezcla de tragedia y comedia, este Edipo posmoderno monologa en la antesala del infierno, donde no hay consagración, y donde trabaja como un “demonio estatal, como un “diablo de segunda categoría/ con este paletó gris y la ridícula corona de laurel/ que rememora a mi predecesor”, lo que vendría a ser lo mismo que convertirse en otro de los “poetas autoeditados / falsarios y plagiadores, profanadores de cadáveres ilustres” (65).

En otras palabras, la estética de este nuevo poemario de Harris (“Museo de lo *Freak*”(64) dice Edipo en el “Monólogo de Edipo en el infierno”) siguiendo la línea de los anteriores, es desacralizadora de lo bello, es una estética feísta, si pudiese utilizar esta expresión, como la del expresionismo europeo, principalmente el alemán de principios de siglo tal como el de las

obras de George Grosz, quien pinta toda la decadencia post Primera Guerra Mundial, o las creaciones de Emil Nolde, las del austríaco Oskar Kokoschka, o bien, las de E.L. Kirchner, entre otros, donde pueden verse creaciones con una deformación deliberada de la realidad con el fin de acentuar ciertos rasgos (Picasso en las señoritas de Avignon). O bien, podría pensar, dentro del ámbito de la literatura y en una especulación al pasar, en una estética coherente con el más duro naturalismo, ese de Zola y Maupassant, y bautizarlo provisoriamente como un naturalismo retro, *dark*. Pero es interesante anotar que, junto con este expresionismo punzante, hay gestos intensamente líricos, en todo el sentido de la palabra, en expresiones tales como: “Ella era una bailarina de ojos negros y zapatillas rojas, / no había nadie como ella con pies tan ágiles, / liviana como una alondra en la ventisca” (359), que hacen de contrapunto acentuando la especificidad e intensidad de la oposición entre ambos tipos de expresión. Considero, por tanto, que la lectura de los textos de Tomás Harris despierta intensidades de variados tipos, que incluso pueden producir en algunos momentos la tentación del bloqueo para no ver ni sentir lo que incomoda o desajusta más allá de lo tolerable.

Vamos ahora al objeto *Tridente*. ¿Cómo se nos presenta?

Diría que es un objeto, que también siguiendo la tradición de sus poemarios anteriores requiere ser leído como un poema narrativo, con sus tres historias y sus personajes. No quisiera detenerme en este punto, pero sí mencionar a tres de ellos, a Aurelia, a la enamorada de Nerval, antigua visitante de los textos de Harris, que desde el romanticismo nos lleva al *Amour Fou* de los surrealistas, que también habita en la nada en este texto, y que no puedo dejar de ligar por su invisibilidad y fugacidad con la Nadja de Breton. Luego al condenado a muerte de la segunda parte, que, a pesar de tener al Imperio más temible sobre él y finalmente dentro de sus venas echó veneno letal, deja como herencia por boca prestada de otro, el poeta William Ernest Henley, un legado de libertad al estilo más castizo de Espronceda:

*No importa cuán angosta sea la puerta
Ni cuán lleno de castigos esté el camino
Yo soy el dueño de mi destino:
Yo soy el capitán de mi alma.*

Y por último el bendito sordo, el Demiurgo, Francisco de Goya y Lucientes, en cuya mente, en cuya sombra podría estarse gestando todo el libro.

Ahora bien, la pregunta acerca de la materia que lo conforma, del cómo está construido *Tridente* podría tener una respuesta de varias decenas de páginas. Es por ello que prefiero en esta ocasión, más que una mirada analítica literatosa, intentar responder a la pregunta de ¿cuál sería el proceso alquímico que lo conformó en esta arma tan punzante?

Empecemos diciendo lo más obvio, que *Tridente*, al igual que los poemarios anteriores de Harris, es una construcción de poesía narrativa que encierra un abarrotado, riquísimo y sorprendente tejido intertextual; en este caso diría que conforma un verdadero tapiz en el que se presentan variadas figuras que casi no dejan espacio para respirar por sus intersticios. Y me surgen dos imágenes cuando me asomo al mundo de *Tridente*; por una parte, me parece estar frente a un friso medieval, pero de esos que en los templos estaban escondidos, y que sólo muy pocos, seguramente su autor o autores más un círculo secreto, sabían descubrirlo, donde se mezclaban lo sagrado y lo profano, lo obscuro y lo sublime, lo bello y lo horrible. *Tridente* no está escondido en el templo (esperemos que al menos lo esté en las librerías y bibliotecas), y en el friso que nos presenta descubro, si no gárgolas, serpientes y monstruos apocalípticos mezclados con uvas, trigo, palomas, vírgenes y santos, otros seres y objetos tales como androides, putas, ovejas eléctricas, junto a mutantes, margaritas radioactivas, “califas/, Dictadores, zombies, emperadores, / Vampiros y miserables *freaks* de toda laya/ Con sus falos relucientes/ De esmeraldas como cornucopias electrónicas y fluorescentes” (117).

Considero también que *Tridente* podría pensarse como la actualización de un friso medieval, pero con la estética del cómic, y del cómic *dark*, para adultos (o quizá se podría decir, siguiendo la propuesta del poemario, que el friso medieval es el que recoge la estética del cómic del siglo XXI), donde vertiginosamente se mezclan tiempos y espacios, y, por lo tanto, tenemos un Edipo androide, que escribe a su amada Aurelia desde Colono en abril del año 6294, desde “Colono, la blanca, mirando el horizonte y la frontera de Atenas, USA” (15), o un Goya que, agobiado “Por el tiempo de los fusilamientos de la Moncloa, / Decretados por el Khan” (111), se pasea por su quinta pintando frenéticamente sobre los muros albicantes.

Hemos visto la forma de este poemario de Tomás Harris que se resuelve en tridente, la aguda manera en que penetra en el lector a través de sus envolventes y filudas páginas, para luego mirar con algo de atención la alquimia que produjo esta narración poética, o si se quiere poesía narrativa. Pero este tenedor, friso postmedieval, tapiz intergaláctico, es a color. No a todo color, sino a una gama de colores compuesta por rojo y blanco, más pintas de otros que le hacen el retocado a la foto. Quizá podría decirse, de otro modo, que el friso fue tallado y pintado, y la alfombra teñida y tejida, básicamente en rojo y blanco, con algunos motivos de otros colores, pero sólo por aquí y por allá.

Toda la primera parte del poemario transcurre en la blanca Colono, ese es el escenario, el de una ciudad blanca que se refleja en las cuencas vacías del ciego Edipo, que al mirar el cielo en busca del azul, este “tenía el color de una pantalla/ de televisor sintonizada/ en un canal muerto” (11). Este es un blanco que juega dentro de la gama de los blancos, hacia el gris de las pantallas “de los *computers*” (17), hacia el blanco de los sueños, hacia el sin color de la nada, del vacío, hacia el blanco cera de la piel de los cadáveres, hacia una “turbia

transparencia" (39), hacia el blanco burbujeante de la espuma que sale "por los hocicos" (57), o bien, las como "albas capas del Klan" (57).

Este color, ausencia de tal, se intensifica en la segunda parte del poemario con el condenado a muerte de Oklahoma, aquí mientras se espera ver en las pantallas de T.V. que ahora derivan a un blanco verde-gris (como los uniformes de los soldados en la guerra), y se pasa la noche en vela, en blanco, con una luna blanca que vigila la ciudad al más puro estilo garcialorquiano, anunciando el blanco eterno. Es el blanco de la muchacha cisne urbano, dentro de su *body*, que "se distiende como una anémona borracha bajo el agua salada", mientras que "el cuerpo del condenado de la masacre de Oklahoma, / se distiende como una anémona impávida bajo la luz implacable/ de un foco neutro" (72). Y es sobre todo el blanco líquido aquel que provocará lo que todos esperan cuando:

*En la aséptica sala del circuito cerrado de T.V.,
los vengadores mirarán el acontecimiento
en sacro,
profundo, silencio,
el silencio de la venganza
blanca y aséptica (75)*

Y en la tercera parte del poemario, el divino sordo, "Nuestro Demiurgo sordo/ Como una tapia, sordo como los blancos muros de su quinta" (111), está envuelto por las blancas murallas de su casa. Rodeado por ese blanco que es el blanco hacia donde se dirigen su angustia y su locura, y donde ambas, con magnífica puntería, se resuelven en oscuros trazos inmortales. Y como "Su metástasis es producto de lo blanco de su quinta" (97), hacia su interior también está colmado de fantasmas, pues "por la sordera y la blancura enloqueció" (97).

Decía que blanco y rojo, vamos al rojo. Lo encontraremos casi siempre definiendo al blanco, como su negativo, incluso podría pensarse que como analogía del blanco y negro. Vemos que bajo la sombra de la blanca Colono hay crímenes rojos de sangre, cartas apasionadas de *amour fou*, el cuerpo de la enamorada "En su desnudez lunar respiraba como implorando: "mátame"/ bajo los haces de los vitrales de un templo en ruinas" (37), y la unión de la sangre de la amada de cercenadas zapatillas rojas y ojos negros, con el manco poeta mediocre deja "sus huellas carmesí por los caminos polvorientos" (36). Este rojo que surge de lo blanco y viceversa tiene, literalmente, una matriz donde se gesta la dualidad, esta es la de la madre, esa que Edipo busca incansablemente para el ayuntamiento:

*[...] para que por fin
de a dos sea la cópula, para que recibas mi falo nuevo
esplendente, en tu abertura aún sangrante, húmeda de parto
y placenta, y continuemos la rueda que nos aleja de la muerte,
la rueda de fuego, por una noche, diosa blanca, madre felina;
la rueda de hielo, por una noche, hijos del Todo y de Nadie (34).*

En la segunda parte del poemario, “¿qué caminos de seda sangrienta dejaron sus codos, sus rodillas?” (73) de piel blanca de “anglosajón y de los del Klan” (79), se pregunta el hablante que espera el ajusticiamiento del ex combatiente del Golfo. Ese soldado otrora héroe que estuvo no el Bagdad de *Las mil y una noches*, sino en “las lejanas llamas de los pozos de petróleo como llagas de sal” (79), y que alucina en medio de “una puta extensión de Nada miserable”, con hot-dogs y muchachas que derraman en su “boca sedienta/ pop-corns sangrientos” (82).

Y en la tercera parte, Goya con sus “sombras reunidas junto al fuego” (99) les repite que “Por favor lean los letreros rojos” (95), y pinta “Aquelarres, luchas cuerpo a cuerpo en la soledad/ De los pámpanos y el barro, fusilados/ Tinieblas, tauromaquia, carnicerías, caprichos/ y autos de fe” (100), con “su pincel cargado de rojo ardiente” (107).

Si el blanco es la ciudad, el veneno son los muros, las pantallas, los fantasmas, el hielo, la nieve, todo esto deriva en la locura, la nada, el día eterno, la muerte. Si el rojo es la sangre, son las vísceras, las membranas, la lengua, el falo, el vino, en un gesto de desplazamiento metonímico todo se coagula como la sangre, y deriva en lo oscuro: en el barro, en la extraña fruta negra, la diosa trágica Billie, en la Pintura Negra, en la noche eterna, en la otra cara de la muerte. En definitiva, los personajes, imágenes, objetos, que se mueven o están pintados, tejidos o grabados en este friso, tapiz y, al igual que Goya, los percibimos: “Deambulando en blancas paredes/ Escupidas de sangre y barro” (107).

Decía también que en esta estética dual del blanco y rojo se percibían otros colores. Estos son una pizca de verde y azul, y algo más contundente de amarillo. El verde en toques muy breves, pero no menos poderosos, pintando, por ejemplo, el dinero para abrir “a dólar de Cipango/ Las piernas de Moncloa muros adentro sin orgasmo” (117) y los uniformes de los soldados del Imperio en la guerra del Golfo. Luego, el amarillo, que al parecer de alguna manera deriva del blanco, pues “la luna comenzó a chorrear aceite de plata” (136), es el de la mítica, bella y horrible ciudad de oro, el de las doradas tarjetas de crédito, de las cartas olvidadas de los enamorados, de la pus, de las legañas, del vómito, ... ¿podríamos decir que el de la decadencia, la descomposición, el desecho? Y, por último, con una que otra breve pincelada, porque “no hay mal que dure cien mitos” (13), menciono el azul, aunque sea un *blue velvet* (38), que persiste en estar ahí como el cordón umbilical de un recuerdo, o como el “password del placer: “Ojos de perro azul” (60). Aunque prefiero destacar a ese azul que “Es como un solo de saxo frente al mar, / Un solo de saxo del Saxofonista de Hamelin, / La respiración hecha música ante el incomprensible movimiento/ Del oleaje” (132), ese azul metapoético que encuentra en la creación, en el arte, un bien capaz de derribar cien mitos.

Por último, la otra imagen que me da vueltas, derivada directamente del tapiz, es la de una alfombra voladora, como una de las de Bagdad, de ese Bagdad

que aparece en el diente del medio del *Tridente*, en “La balada del condenado de Oklahoma” y que, como sabemos, no tiene nada que ver con el de *Las mil y una noches*. Una alfombra voladora tejida de múltiples voces y algunos colores que se desplaza hacia la primera y tercera parte del texto, sobre la que está subido el hablante de todo el poemario y a la que nos invita a sus lectores a treparnos y mirar hacia abajo, hacia arriba o hacia donde sea, y apreciar con la capacidad de visión que da la sordera cuáles son los verdaderos contornos de la realidad que nos rodea. Quién sabe si esta mirada nos lleve a planear sobre la tierra y construir una propia órbita, una propia realidad, una propia vida, paralela, para sobrevivir, o si nos sumerge en el friso como otra más de sus figuras apocalípticas, porque no puedo dejar de percibir a *Tridente* como una red intertextual, de corte posmoderno, coherente y cohesionada, que cuenta de una realidad literaria, metatextual de punta a cabo, pero al mismo tiempo como un tenedor del demonio que se nos clava con agudeza inusitada, puesto que quizá es un tenedor eléctrico, que a su vez está conectado a un micrófono, cuadrofónico, multifónico, diría, que trae las voces de muchos poetas, escritores, pintores, músicos, demonios, etc. (y aquí es donde uno podría extenderse y extenderse detallando voces, giros y sonidos). Pero en vez de dilucidar los efectos de este *Tridente* en sus lectores, propongo investigar la ubicación de esta alfombra voladora. Y es fácil, porque el texto mismo nos lo indica: no está arriba ni abajo, sino dentro y, específicamente, dentro de la mente del sordo, porque esta alfombra, como afirma el hablante en el poema “El conjuro”, fue una “cosa gestada en el útero de la mente de Goya” (128), y ya hay indicios en la poesía de Tomás Harris de esta construcción de mundos mentales. En el primer epígrafe de *Cipango* (1992), tomado de Germán Belli, se afirma: “Todo lo narrado transcurre/ en las vedadas aguas cristalinas/ del exclusivo coto de la mente”. Y es así como en *Tridente* la sangre que “Representa la sangre, aunque no sea sangre” (131), y todos los demás horrores, duelen igual gracias a la maestría del poeta que los convoca sobre la página.

Y quisiera cerrar esta lectura del poemario diciendo que este notable friso/ tapiz/ alfombra voladora, en blanco y rojo con una pinta de color, está compuesto por “Hilachas” (120), entre las cuales nos entretejemos y entreveramos a través de su lectura, y nos convertimos en costurones, apostillas, “trazas deshilachadas de pensamiento/ Y manchones sobre un lienzo que evidencia el temblor del pincel” (120).

Agosto, 2005.

El momento de la fundación de los Estados en Hispanoamérica corresponde con el desplome de la monarquía y el colapso del Imperio español. Es el hito más significativo en la formación de las nacionalidades y un capítulo decisivo de la modernidad política, tanto en América como en la propia España. Hay, en efecto, cierto paralelismo en la experiencia política de una y de otra. La abdicación del rey y la disolución del Estado imperial planteó la cuestión de la legitimación del poder en ambos continentes. España tuvo su propia guerra de independencia nacional –contra la ocupación napoleónica– y, junto al problema de gobernabilidad, se planteó la cuestión crucial de la legitimidad. A veces recurriendo a análogas fuentes teóricas y filosóficas, de modo que la redefinición de los fundamentos de la monarquía en España y la fundación de las repúblicas en América son fenómenos paralelos, que pueden iluminarse mutuamente.

Este paralelismo en los orígenes de nuestra modernidad política refuerza, por otra parte, la hipótesis de una matriz cultural-política compartida con la metrópolis, sin perjuicio de la influencia de las ideas republicanas y de las especificidades locales que presenta el proceso autonómico de los países americanos. Si a eso se agrega la simetría en el balance negativo que arroja el siglo XIX y el consiguiente desengaño que provocó tanto en España como en América resulta que la modernidad fallida de allá tiene cierto aire de familia con la de acá.

En 2010 se cumplirán 200 años de la formación de las primeras Juntas de Gobierno en Hispanoamérica, tras la invasión de la Península y la decapitación del Imperio. La fecha será la ocasión para una revisión del significado del acontecimiento llamado Independencia, origen de la constitución de imaginarios nacionales en Hispanoamérica. La importancia de estas efemérides emblemáticas como 1492, 1789 o 1810 consiste, precisamente, en que son una oportunidad para que las sociedades vuelvan la mirada sobre sí mismas y reflexionen sobre lo que son. Las conmemoraciones hacen un alto en el tiempo, permiten que el pasado se reúna con el presente, con lo que ha llegado a ser ese pasado, que “nunca está muerto y ni siquiera es pasado” (Faulkner). Pero, junto con recuperar una parte de la vida anterior, las conmemoraciones permiten desarrollar en el presente virtualidades ocultas, hipotecadas o rechazadas, o bien, constatar, como Arendt, refiriéndose a Norteamérica, “la alarmante distancia que nos separa de los extraordinarios inicios y las excepcionales cualidades de los verdaderos fundadores”¹.

De hecho, cada nación se encuentra confrontada a una interrogación permanente sobre lo que desea ser. Este cuestionamiento se hace más urgente en los momentos críticos y en los inicios. La historia reciente de dictaduras militares y

¹ Hannah Arendt, “200 años de la revolución americana”. En *Tiempos presentes*, Gedisa, Barcelona, 2002, pág. 156.

los procesos de recuperación democrática subsiguientes han alterado el régimen de visibilidad de las prácticas políticas y hasta cierto punto también modificaron la imagen que cada país se había forjado sobre sí mismo, sobre la solidez de sus instituciones y la calidad de su democracia. Este desajuste favorece, no obstante, la reflexión crítica, ya que se debe, en parte al menos, a algunas limitaciones y deficiencias de las historiografías regionales, empeñadas en dar por sentada la constitución de las nacionalidades y el carácter de los Estados recién constituidos. En efecto, los historiadores, en su afán de definir su objeto y acotar un campo disciplinario, suelen officiar de ministros sin cartera en la construcción de los Estados-naciones. Se impone, pues, una labor de desconstrucción de ese imaginario, a través de una interrogación distanciada de los prismas patrióticos, menos apologética; libre, en suma, de la ficción de un *demos* nacional, liberal y homogéneo, construido en futuro anterior.

Algunos líderes independentistas antillanos, como Martí en Cuba, pudieron percibir mejor este problema en las postrimerías del siglo XIX, con la perspectiva que les brindaba la experiencia de los países continentales, emancipado a comienzos del siglo. Martí estimaba insuficiente la sola conquista de soberanía política, si no va acompañada de una cultura de la libertad. Su reclamo apuntó a sacudir el “yugo espiritual” de las patrias americanas: “El problema de la independencia —escribe— no era el cambio de formas políticas sino el *cambio de espíritu*”².

En Chile ha habido esfuerzos nada desdeñables de revisión de algunos marcos conceptuales de la historiografía política tradicional, principal constructora del imaginario nacional. Pero han sido insuficientes en tanto mantienen los mismos o análogos parámetros, referentes, en lo medular, al origen y constitución del Estado-nación y a la solidez de la institucionalidad republicana. Un cierto narcisismo liberal, alimentado por la creencia, confesada o no, en el carácter excepcional de la tradición cívica y de las prácticas republicanas imperantes en el siglo XIX, ha sido el mejor aliado de esos relatos patrióticos, impidiendo un análisis crítico más consistente y a fondo.

Los preparativos oficiales del Bicentenario indican que se pondrá el acento en lo arquitectónico y edificante, es decir, que se *construye el escenario de una celebración*. La ideología inspiradora es la del progreso, a pesar de que la fecha no evoca un tiempo lineal y homogéneo, sino precisamente uno que interrumpe la secuencia acumulativa del continuo cronológico y pretende iniciar un nuevo tiempo. Este carácter rupturista quizá lo acentúen y amplifiquen los actores involucrados, pero esa discontinuidad es justamente uno de los asuntos que habría que escrutar y someter a prueba. Los republicanos en Francia, pongamos por caso, siguiendo en esto el modelo de los antiguos romanos, creyeron necesario marcar el corte con el pasado implantando incluso un nuevo calendario. Es decir, que la nueva conciencia histórica, no contenta con dividir el tiempo

² José Martí, *Nuestra América* (cursivas nuestras).

en un “antes” y un “después”, pretende hacer una detención imaginaria del tiempo y comenzar *otra* historia.

El carácter rupturista de 1810 puede haber sido magnificado, en parte, por el modelo de la Revolución Francesa –donde insurrección y revolución coinciden–, y cuyo fantasma ha rondado en el imaginario independentista hispanoamericano, reforzando la idea de transformación republicana y desplazando o proscribiendo la de guerra civil, secesión y conquista. ¿Por qué no concebir la Independencia como una guerra de conquista del Estado colonial, considerando la relativa continuidad del Estado republicano con el monárquico? El proceso independentista no fue precedido y preparado acá por un movimiento de ideas suficientemente vigoroso, como ocurrió incluso en Norteamérica. Igualmente ilustrativo es el hecho de que las repúblicas recién constituidas no hayan establecido la libertad de culto; por el contrario, proclamaron la católica como religión oficial del Estado. La continuidad en el orden social es aún más evidente, por más que nuestra historiografía haya acentuado la idea de corte y fundación. Pienso sobre todo en Góngora, en Encina, Edwards, desde luego en Barros Arana y hasta donde puedo ver, también Salazar, aunque este último insiste en el “autoritarismo” de nuestro republicanismo, no llega a contestar la idea de fundación.

2010 es una fecha trivial, porque no inicia ni culmina nada; no es por sí misma un hito, un cambio de rumbo ni una herida en el continuo del tiempo; es sólo un momento de evocación de un pasado. Pero, en tanto se lo convoca a comparecer en un presente, se interroga el sentido del acontecimiento recordado, cuya comprensión nunca es definitiva. En este aspecto, las conmemoraciones constituyen *hechos simbólicos*: peinan la historia a contrapelo, por así decirlo, y resignifican el mundo. El bicentenario de la Revolución Francesa, siguiendo con el mismo ejemplo, estuvo marcado por el canon de la victimación y el Terror: el Goulag soviético, aparentemente, había alterado el régimen de visibilidad de aquel acontecimiento, resituándolo en otro marco de referencias y en circunstancias diferentes. No es casual que el bicentenario de la batalla de Austerlitz pasara casi inadvertido en Francia, mientras el de Trafalgar en Londres, ese mismo año, era objeto de grandes demostraciones: es una muestra de ese efecto de culatazo del presente sobre el pasado, reversible en la medida que el pasado, a su vez, despierta virtualidades dormidas en la actualidad.

Rememoramos 1810 como un momento privilegiado, porque grávido y a la postre parturiente de una historia re-convertida ahora en problema. ¿Será posible rescatar el *ethos* utópico de los fundadores? ¿Qué elementos imponen las circunstancias actuales a la (re)fundación republicana, léase al perfeccionamiento de la democracia? ¿Qué representa, a fin de cuentas, dicha efemérides? ¿Es, efectivamente, un acontecimiento, en el sentido de un evento imprevisible e irrevocable, que escinde el tiempo en un “antes” y un “después”?

Los hechos que atañen al proceso corriente de producción y reproducción de la vida no son propiamente “acontecimientos”. El acontecimiento se caracteriza porque “ilumina su propio pasado y jamás puede ser deducido de él”

(Arendt). Este efecto de “iluminación” es el que habría que explorar mirando el envés de la historia, desde el 2010.

En cuanto al cambio de referentes y las nuevas circunstancias, cabe recordar que la conmemoración de 1910 tuvo poco que ver, al menos entre nosotros, con el *ethos* imperante a comienzos del siglo XIX. Desde luego, la autonomía ya no estaba en juego ni siquiera su recuerdo estaba a la orden del día. Lo que marcó el Primer Centenario fue la crítica, a pesar de la gran estabilidad política imperante en las dos primeras décadas del siglo XX. La “literatura de la crisis”, como se la llamó más tarde, floreció precisamente en torno a 1910 y reunió autores de las más variadas cataduras y del más amplio espectro, desde socialistas y liberales hasta conservadores y nacionalistas. Luis Emilio Recabarren, Julio Valdés Cange, Alberto Edwards Vives, Francisco Encina, Nicolás Palacios, Enrique Mac Iver, entre otros, cuestionaron desde diversos ángulos las bases políticas y la cultura misma del país, al que veían bajo el signo de la “decadencia” y la “crisis moral”. Dos conceptos, para el efecto, archiproblemáticos.

Sin embargo, esa literatura puede leerse sintomalmente: sin tomarla a la letra, sino como signo de un malestar; también como expresión del poder que ejerció durante el siglo XIX, sobre políticos, ensayistas e historiadores, la ideología del progreso. Los conceptos que inspiraron esas críticas trasuntan, en efecto, la creencia en una historia lineal y ascendente, benéfica, ahora contrariada y amenazada por los nuevos desafíos del siglo que se inicia. No sólo por la emergencia de la “cuestión social”, como tanto se repite, pues lo cierto es que un sentimiento análogo de pesimismo y frustración invadió a fines del siglo XIX casi todo los países del continente –incluso la propia España que a la sazón perdía los últimos vestigios de su Imperio–, sin que en ellos o en ella se diera la tan canturreada “crisis de dominación oligárquica”. El desengaño de las expectativas de reunificación de la América hispana en un gran Estado, tras el proceso independentista y las modernizaciones frustradas del XIX, podrían quizá definir mucho mejor esa aflicción compartida.

A pesar de la diversidad de orientaciones y las vacilaciones en cuanto a eventuales respuestas a la “crisis” que denuncian, los autores mencionados convergen por lo menos en cuanto detectan un mal político-cultural. Abren, por tanto, *un espacio de debate* situado en coordenadas políticas. Esto es lo que interesa ahora retener, porque la confrontación de ideas, clausurada abruptamente hace tres décadas, nunca ha sido reanudada. Y no serán las inauguraciones y festejos actualmente en cierne los que consigan reabrirlo, cuando son precisamente un signo de esa clausura. Los preparativos de 2010, tal como van las cosas, amenazan convertir el nuevo aniversario en la fiesta *dieciochera* del siglo.

Admitiendo que 1810 fuera un “acontecimiento”, en el sentido antes indicado: un evento que “ilumina su propio pasado y jamás puede ser deducido de él”, restaría precisar si su centro de gravedad se sitúa en la Península y consiste en la decapitación del Imperio, o bien, la acción acontece en América y consiste básicamente en la fundación de los nuevos Estados. Es cierto que este comienzo tuvo lugar a raíz de la deposición del rey y no sería como fue sin

esa acefalía de poder. Sin embargo, la gravitación relativa de uno y otro evento no es indiferente. Si la “fundación” resulta como consecuencia de la debilidad del Estado Imperial, son los propios Estados emergentes y la calidad política del fenómeno de la “Independencia” los que resultan alcanzados. La acción inaugural puede surgir a partir de un hecho fortuito, pero tener en sí misma suficiente ímpetu y consistencia, en cuyo caso la contingencia del acontecimiento radicaría en la imprevisibilidad inherente a la acción misma, no en el hecho fortuito que la desencadena.

No son, en todo caso, sólo los referentes teóricos y filosóficos los que habría que tener en cuenta a la hora de evaluar el proceso independentista y el discurso emancipador en una y otra América; o el contraste entre las dos formas de desarrollo del liberalismo. Es distinto, desde luego, lograr la independencia de un imperio en su máximo esplendor y poderío, que en uno en relativo estancamiento o en franca decadencia.

Subsiste, además, la cuestión acerca del vínculo con la tradición. Al comienzo, fue una relación de recusación y ruptura: autonomía *contra* dependencia; americanismo *contra* colonialismo; república *contra* monarquía. Pero la pregunta por la continuidad con el pasado colonial no queda por eso dirimida. La pervivencia de la estructura de poder de la sociedad estamental, de sus prácticas y costumbres es demasiado obvia, de modo que es preciso admitir en la base política de las nuevas repúblicas un componente ficcional, por demás inherente a cualquier proyecto creador. Las perplejidades políticas de los líderes independentistas –de Bolívar en particular– refuerzan esta impresión: rara vez mostraron convicciones republicanas definidas, menos aún convicciones democráticas.

La continuidad en la cultura es igualmente manifiesta y marca cierta homogeneidad al interior del mundo hispanoamericano. Sus referentes mayores –catolicismo, centralismo estatal, iusnaturalismo, escolasticismo, etc.– definen, a la vez, la heterogeneidad respecto a Norteamérica, a través de las correspondientes oposiciones: catolicismo/protestantismo; centralismo estatal/liberalismo económico; iusnaturalismo/contractualismo; escolasticismo/Ilustración, etc.

La ruptura inicial, sea cual fuere su profundidad, presenta, por otra parte, las dificultades inherentes a la idea de fundación. Esta supone la existencia de un sujeto popular nacional que autoriza la acción constituyente, a pesar de que el “pueblo soberano”, la nación, es todavía, en el mejor de los casos, una idea en la mente del legislador. En otras palabras, el acto jurídico que proclama el nuevo orden y el nuevo derecho es él mismo “ilegítimo”; se mueve en la circularidad de una decisión que se autoriza en nombre de algo inexistente en el derecho vigente.

El inicio de un nuevo orden, un Estado, una “ley fundamental”, una nueva teoría científica, nunca posee el mismo carácter o estatuto de lo que funda. Lo fundado se legitima y asienta en lo fundador, nunca al revés. El axioma, la proclama y el acta de principios, tienen un significado y carácter distintos al del orden por ellos instaurado. El acto constituyente es arbitrario, nulo,

“ilegítimo” en la perspectiva del orden revocado. En la óptica de lo fundado, el acto de fundación requiere acreditarse o ratificarse por medio de una práctica institucional, legal, política, teórica o del carácter que sea. El acto de fundación es *arbitrario*, por lo menos en el sentido que nace del arbitrio y no tiene un fundamento dentro del orden que instaura: él mismo es su propio fundamento e inicio. Es decir, que inicializar una ley sólo es posible de modo “ilegal”, poniendo la Ley fuera de la ley; el acto de fundación del Estado necesariamente tiene este signo de fuerza. La misma palabra “principio” viene de “príncipe”: es quien da cuenta de sí ante sí mismo y su función “principal” es principiar o iniciar.

Los constituyentes de 1810 no quieren ni pueden ejercer de “príncipes”. No pueden reconocer al regente impuesto por el invasor. Por eso se declaran “súbditos leales” del rey, pero *a la vez* ejercen una soberanía sin titular jurídico, una suerte de soberanía sin soberano, pues *ya no* hay soberano-rey *ni hay aún* soberanía popular plena. ¿Cómo resolver este dilema: ser realistas sin rey y ser independentistas sin declararse independientes? ¿Cómo legitimar en derecho un acto que por su misma naturaleza subvierte el orden del derecho? ¿No equivale eso a justificar la ‘injusticia’?

La *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* de 1789 no estuvo exenta de esta dificultad. Comienza así: “los representantes del pueblo francés constituidos en Asamblea nacional, etc.”. ¿Quién es el ‘pueblo francés’? ¿Quiénes son sus representantes? ¿A título de qué representan lo que pretenden? De hecho son súbditos del rey, pero ellos pretenden representar la soberanía *real*; una más “real” que la del rey. ¿Con qué derecho? Es claro que este derecho no puede afirmarse aún legítimamente, sino como derecho virtual.

Los constituyentes ejercen en la práctica una soberanía *real* en sentido fuerte, en la que se hace presente un sujeto ausente, hasta entonces no reconocido o no “consciente de sí”, que porta el germen de *otro* soberano. La soberanía vacante requiere de un *nuevo* soberano. El sentido de la frase: “el rey ha muerto; viva el rey” es la continuidad del poder real. Parfraseando, diríamos: “el soberano ha sido depuesto, viva el *soberano*”. La continuidad en este caso, paradójicamente, es rupturista, en tanto supone un *nuevo* soberano, aunque todavía no aparezca ni se exprese como tal. Es la semilla de otro poder, cuya germinación está sujeta a la condición de que el rey de-puesto no reasuma su puesto.

Si la nación no se da un Estado, tendrá que ratificar la calidad de “súbditos reales” que le asigna la Corona a quienes habitan en sus dominios. La condición de su reconocimiento como nación y de su admisión como integrante del “mundo civilizado” es que se constituya en un Estado *como los otros*. Este es el aspecto agonal de la fundación: la nación requiere crearse su propio Estado para ser reconocida por los demás Estados y naciones. “Comencemos declarando nuestra independencia, escribe Camilo Henríquez. *Ella sola* puede borrar el título de rebeldes que nos da la tiranía. *Ella sola* puede elevarnos a la dignidad que nos pertenece, darnos aliados entre las potencias e imprimir respeto a nuestros enemigos; y si tratamos con ellos, será con la fuerza y majestad propia

de una nación. Demos en fin este paso ya indispensable; la incertidumbre causa nuestra debilidad”³.

Subrayamos “ella sola”, desde luego, porque Fray Camilo le asigna a la declaración de independencia un significado crucial, emblemático, más tarde revisado, entre otros, por Lastarria. Al mismo tiempo, él quiere afirmar la soberanía del Estado, porque piensa que es la condición de su reconocimiento por los otros Estados. Es la idea del jurista Hans Kelsen: una entidad política es Estado cuando es reconocida como tal por la comunidad de Estados. Esta sería la forma fundamental del derecho⁴.

Pero digámoslo francamente: la “causa de nuestra debilidad”, de la que habla Fray Camilo en el texto citado, no radica en la vacilación sobre declarar o no la independencia, sino al revés: es la debilidad del Estado en gestación lo que dificulta tanto la proclamación de su independencia como su reconocimiento por los demás Estados. Respondiendo precisamente a Kelsen, Hegel cita una palabra de Napoleón: “La República francesa no necesita que nadie la reconozca”. Quiere decir: cuando un Estado es soberano, no requiere de ningún poder externo que se lo confirme. Y cuando lo necesita, es señal de que no es todavía un Estado. A eso apunta también la observación de James Wilson (1793): “La Constitución de los Estados Unidos desconoce por completo el término soberanía”.

La idea del “Estado-creador de la nación” (Mario Góngora) invierte la relación de dependencia del nuevo orden respecto del antiguo, al precio de juridizar la idea de nación. La “soberanía nacional” a principios del siglo XIX era apenas un deseo, un afán de autonomía, frente a un poder real asentado y legitimado por una tradición secular. El anhelo de soberanía supone una suerte de “comunidad imaginada” (Anderson), un sujeto virtual que, a falta de un nombre mejor, llamamos *nación*, porque no se forma sólo político-jurídicamente. No se configura sólo como ley, orden institucional o futuro por realizar, como la utopía, que responde a un ideal. La nación se forma prospectivamente, pero a partir del pueblo de las prácticas y costumbres, que constituye el sustrato social de la unidad de organización jurídica del Estado⁵.

La cuestión acerca de quién es el soberano está en suspenso en 1810 y, por el momento, es irresoluble, porque es aún un tiempo de incubación, de gestación de soberanía. Es sintomático que la primera Junta de Gobierno la presidiera en Chile don Mateo de Toro y Zambrano, “el Conde de la Conquista”: un nombre equívoco por donde se lo mire. La persona que preside el primer gobierno autónomo, criollo, porta un título nobiliario: es “Conde”, y por si fuera poco, “de la Conquista”; también es “Vizconde de la Descubierta y de Castilla”, de modo que tiene ligazones monárquicas por donde se le mire.

³ *Aurora de Chile*, 4 de junio de 1812.

⁴ H. Kelsen, *Reine Rechtslehre*, Viena 1960, pág. 321 y ss.

⁵ Eric Hobsbawn, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Crítica, Barcelona, 1991.

No menos paradójico que el nombre nobiliario y “conquistador” del Conde-Presidente es la vacilación en torno a la *Proclamación de la Independencia*. No cabía declararla aún en 1810, por razones obvias. “El Acta de Proclamación no fue firmada (tampoco) en 1818... Constituido el Senado Conservador en ese año –no conocemos el objeto–, pasó a guardarse en sus archivos”⁶. “Barros Arana dice que en 1832 el Presidente Prieto consideró que ese documento debía conservarse en el Palacio de Gobierno. Se encargó a un calígrafo que lo reconstituyera... El Acta así reproducida fue firmada por Zañartu, Villegas y Zenteno y llevada al Perú para la firma del Prócer”⁷. Ambos hechos, la dilación de la fecha y la vacilación en la firma, por una parte, y el nombre del jefe del gobierno, por otra, apuntan a lo mismo: “república”, “independencia”, “soberanía”, son aún palabras proscritas, que no encuentran signatario.

Si uno se pregunta cuándo se fundó el Estado de Chile, no podría responderse que en el momento de la constitución de la primera Junta, porque la idea autonómica no había madurado aún y, aunque hubiese prosperado la idea, no había condiciones para la fundación de un Estado autónomo, lo que suponía una ruptura con la Corona. Tampoco se fundó con la *Proclamación de la Independencia*, efectuada en diferido, ocho años más tarde. Este documento no se autenticó hasta mucho después: fue enviado a Perú para que lo firmara O’Higgins desde el exilio, cuando ya no representaba a nadie⁸.

Pasaron más de diez años antes que alguien autorizara y autenticara ese documento, y transcurrieron más de veinte desde el momento de la formación de la primera Junta de Gobierno, de modo que el Estado, supuestamente creador de la nación, no se sabe cuándo fue él mismo creado. El Estado republicano no se fundó en 1810; tampoco en 1818 con la *Proclamación*, sino un cuarto de siglo después de depuesto el rey de España y catorce años después de concluida la Guerra de la Independencia! Recién entonces se constituye lo que puede llamarse un pueblo de la soberanía, un sujeto nacional de orden político, irreducible al pueblo de las costumbres, aunque ininteligible sin esa nación consuetudinaria de las prácticas y tradiciones. Prácticas comerciales, desde luego, que se deseaba liberalizar y extender “adoptando la forma de Gobierno que más convenga a sus intereses”⁹.

En su discurso inaugural de la Sociedad Literaria, en 1842, Lastarria planteaba el nacimiento de la nación como una cuestión aún pendiente. Pero piensa en una cultura que exprese la identidad de la nación: “¿Adónde hallaremos la expresión de nuestra sociedad, el espejo en que se refleja nuestra nacionalidad? Aterradora es por cierto la respuesta a una pregunta semejante... Romperemos

⁶ Alamiro de Ávila M., en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, Tercer Trimestre, Año IX, N° 23.

⁷ *Ibid.*

⁸ Luis Avaria Valencia, “La declaración de la independencia de Chile” en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, Año IX, N° 23, 1942.

⁹ Luis Avaria, “La Proclamación...”, *Boletín*, Año IX, N° 23, 1942.

nuestra marcha después del terrible desengaño que nos causa la idea de nuestra nulidad, cuando veamos que necesitamos formarnos con nuestros propios esfuerzos”¹⁰.

Recién constituido el pueblo de la soberanía surge, pues, la pregunta por el pueblo de la lengua y la cultura, y aparece también como vacío, como “nulidad” “aterradora”, asociada a un “terrible des-engaño”. Sería este un tercer nivel de la nación, distinto al pueblo de las prácticas y costumbres y distinto al pueblo de la soberanía o nación jurídico-política: es el pueblo de la verbalización.

El ejemplo de la lengua y la literatura *nacional* es ilustrativo, pues en Hispanoamérica desde los inicios republicanos hubo una *política de la lengua*, que operó conjuntamente con la lengua de la política. El punto es de interés, porque la nación hablante precede a cualquier política de la lengua, que pretenda configurar una (id)entidad lingüística complementaria de la (id)entidad política y constituyente de una (nueva) cultura republicana¹¹.

La rememoración de 2010 reviste un significado relativo a la propia identidad, a su instauración o restauración. Las sociedades hispanoamericanas han tenido y mantienen una relación equívoca con su pasado: nacieron negando lo que eran e identificándose con el Estado-Nación, que a la sazón no pasaba de ser una ficción. Pero la ficción se fue haciendo cada vez más real y la relación con el pasado se volvió problemática, ahora por efecto del predominio de las relaciones mercantiles y la pérdida de vínculos asociativos. La cultura despolitizada debilita el sentido de pertenencia social y trae aparejada la desvalorización de la conciencia histórica, a pesar de que la modernidad se ha caracterizado, o se caracterizó, por mantener un diálogo con la experiencia histórica, por una búsqueda incesante de puntos de referencia orientadores, que operen como instancias de autoafirmación. La sociedad del espectáculo y la información contribuye a producir un presente sin vínculo con el pasado y un ciudadano-espectador, que es una suerte de espectro, un simulacro de ciudadano.

El corte con el pasado provocado por las recientes dictaduras repuso el recuerdo como dispositivo regenerador, pero con alcances limitados. La indiferencia hacia la política y el desinterés por el pasado son fenómenos correlativos, secuelas de un presente vivido como catástrofe. Las vivencias catastróficas tienen como consecuencia directa la ruptura de los lazos convivenciales y el aislamiento. El fin del terror y la recuperación de la institucionalidad democrática no restablecen por sí solos el tejido social y la convivencia, porque esta recuperación se cumple en el marco del creciente protagonismo del mercado y las relaciones mercantiles, que requieren y producen la fragmentación y atomización del colectivo. Es decir, la reducción de la sociedad a un agregado de individuos

¹⁰ José Victorino Lastarria, *Recuerdos Literarios*, Santiago, 1885, págs. 100-101.

¹¹ Cecilia Sánchez ha explorado esta dimensión verbal de la fundación republicana, desde luego, a través de las ideas de Andrés Bello sobre la *Gramática*. (“El surgimiento de los Estados-Nación y las políticas pedagógicas en Iberoamérica en el siglo XIX”. En *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía*, Editorial Trota, Madrid 2000).

egocéntricos, desconectados entre sí, en busca de gratificación exclusivamente a través de proyectos de realización personal. Es, pues, una re-democratización despolitizadora, desintegradora y desidentificadora.

El neoliberalismo cumple en este aspecto una función a la vez económica y “moral”: reemplaza al ciudadano por el agente del desarrollo –productor/ consumidor– y convierte el desarrollo en el verdadero objeto de la política. El argumento liberal-utilitario, que propone “mirar el futuro” olvidando el pasado “que divide y polariza la sociedad”, no sólo sirve a la impunidad, también a una estrategia de refundación de la identidad política. Ambas –la impunidad y la ideología del progreso– contribuyen al juicio popular negativo sobre la política. Amenazan, y hasta cierto punto garantizan, convertir el “nunca más” en un “siempre de nuevo”.

Muchos hispanoamericanos suelen recordar, tanto verbalmente como por escrito, las impresiones que recibieron de su primera lectura de Sartre a partir de las décadas de los cuarenta y los cincuenta del siglo pasado. Hubo entre nosotros un período que se prolongó hasta bien entrados los años sesenta, durante el cual el filósofo francés fue objeto de atención y de innumerables discusiones en los pasillos y tertulias universitarias y en los círculos intelectuales de habla castellana. Aunque la Iglesia Católica lo había convertido en el emblema de los ateos peligrosos y destructivos, y aunque las obras de Sartre fueron puestas en la lista vaticana de los libros prohibidos, tengo hasta hoy la impresión de que nadie interesado en la filosofía y la cultura literaria francesas del día se abstuvo de frecuentar las obras del filósofo y el escritor por aquella razón. Como ha sido típico y sigue siéndolo en nuestro medio, las directivas procedentes de instituciones tradicionales tienen poca fuerza para controlar la conducta de las personas, en general, y de los jóvenes, en particular. Por estos confines dominan, más bien, la improvisación y las iniciativas de cada uno; la prohibición suele servir, antes que nada, para llamar la atención sobre lo prohibido, y el veto nos acaba pareciendo destinado a los demás, mientras que nosotros mismos nos inspiramos en el propio arbitrio e inventiva para los efectos de nuestro proceder.

Me vuelve a la memoria en este momento el ensayo de Mario Vargas Llosa sobre sus propias relaciones con Sartre y Camus en los años de su formación juvenil. Curiosamente, y a pesar de las distancias y tiempos transcurridos, el escritor peruano se siente llamado a tomar partido entre los dos ex amigos que han roto entre ellos; se queda con Camus, por razones morales, dice, y formula algunas objeciones contra Sartre. Pero sostiene que, a pesar de todo, la lectura de ambos escritores franceses fue decisiva para vencer su propio provincianismo y estrechez de horizontes. El efecto del contacto con ellos facultó al futuro escritor para salir de su país y probarse en el extranjero. En este ensayo Vargas Llosa se declara agradecido por haberse encontrado a tiempo con los dos pensadores y artistas que lo introdujeron a la Europa contemporánea. Menciono este escrito debido a que su lectura de años atrás me recordó algunos aspectos de mi propia experiencia como lectora de Sartre.

Pero yo no me preparaba para ser novelista cuando comencé a leer a Sartre; era estudiante de filosofía en la Universidad de Chile. Leí primero *El ser y la nada* y luego los escritos filosóficos anteriores sobre el ego trascendental, la imaginación y las emociones. En ellos Sartre se declaraba fenomenólogo y practicante de la descripción de esencias de acuerdo con el programa de Husserl. Nunca me pareció convincente esta asimilación suya al programa de Husserl. Sartre comenzó como metafísico prekantiano más bien que como fenomenólogo, y entre estas dos posibilidades filosóficas hay un par de siglos de distancia histórica. A mí me impresionó más que nada el radicalismo de la afirmación sartreana de la libertad humana y de la espontaneidad de la conciencia.

Pero en general Sartre resultaba tan nuevo para mí, que todavía no conocía a Schelling, que si me hubiese faltado del todo la posibilidad de apoyarme en algo que ya entendía, no habría podido ni comenzar a enterarme del sentido de sus escritos. Aunque leía el francés, la aparatosidad técnica del vocabulario de *El ser y la nada* me resultaba abrumadora. Ahora creo que la comprensión de lo nuevo y el aprendizaje en general casi siempre dependen de nuestra capacidad de conectarlo con lo adquirido antes. Sin contextos familiares capaces de albergar, aunque sea provisoriamente, las novedades, estaríamos cerrados a ellas. Para comenzar a estudiar a Sartre disponía entonces de la idea kantiana de libertad y de su función práctica en la determinación de la persona racional.

Reconocí inmediatamente el parentesco de la teoría sartreana de la libertad con la de Kant. Estos dos pensadores no se contentaban con atribuirle libertad a la voluntad o al pensamiento, para luego reservarle otras parcelas humanas a la necesidad o a la dependencia de la naturaleza. 'Libertad' no designa una cualidad humana o un rasgo entre otros; el hombre como tal, en su ser, es libre. Lo que generalmente se llama la 'naturaleza' humana resulta ser una condición derivada, posterior y dependiente de la libertad o de la existencia, su sinónimo en el vocabulario de Sartre. La existencia libre está señalada por la negatividad y la intencionalidad y, en este sentido, la elección fundante del propio ser ocurre mediante la conciencia que tengo de mí en el mundo que me resiste y en la historia en la que habrá de insertarse mi propia temporalización.

Para Kant, como para Sartre, nosotros no elegimos ser libres, sino que ya lo somos cuando comenzamos a ejercer lo que éste llama la elección originaria y aquél, el cumplimiento de la ley moral. Estas coincidencias no excluyen los notorios contrastes entre los dos pensadores. El uno asocia la libertad con la razón, el otro con lo que le falta a la existencia humana en contraste con el ser-en-sí de las cosas, que precede al para-sí o conciencia, la que ha de fundarse y mantenerse sustrayéndose a ellas. La minoridad ontológica de la conciencia es lo que hace posible, según Sartre, la libertad humana en el mundo. Ella es un hecho contingente para el filósofo francés, mientras que Kant, con toda la tradición, le atribuye a la libertad una majestad que la eleva sobre las cosas limitadas. La condición racional de la que depende la libertad posee una independencia para la filosofía heredada que revela su carácter inteligible supremo.

Las ideas sartreanas acerca de la historia, en contraste con el valor permanente que tuvieron para mí sus audaces aseveraciones acerca de la libertad, resultaron siempre inaceptables y, hasta cierto punto, incluso irritantes por lo que me parecía y sigue pareciendo su básica irresponsabilidad. Pues la afirmación de la inanidad de la acción humana para la historia desafía no sólo al sentido común, sino también a la capacidad de observación y de reflexión de cualquiera. Sólo alguien que procede a dar por descontada la civilización que lo rodea por todas partes y se niega a interrogarse sobre su origen y formación paulatina puede sentirse dispensado de toda obligación práctica hacia ella y caer en concebirla como el producto de un azar sin intenciones. El extremismo político último de Sartre podría sugerir, en cambio, otra explicación de la tesis acerca

de la inutilidad de los planes y los propósitos de los hombres relativamente a los fines de la actividad que llevan a cabo. Si alguien abriga ilusiones utópicas acerca de la acción política, y le atribuye, sin pensarlo dos veces, la capacidad de producir resultados exactamente iguales a los que esperaban obtener los agentes al momento de actuar, tendrá que sentirse defraudado cuando comprueba que los resultados que se producen efectivamente difieren de las ilusiones de los planificadores. Esta diferencia entre el futuro anticipado y los logros efectivos de la práctica autoriza a lo sumo a recomendar la acción desilusionada, pero no alcanza para justificar la tesis de la inutilidad de la acción histórica.

En los lugares en los que todo lo que hay se encuentra a medio hacer o no ha empezado a existir aún, el escepticismo acerca de la acción histórica resulta imposible de tomar en serio. Allí nos sentimos inclinados de inmediato a psicologizar o a relativizar cualquier manifestación de desconfianza hacia las posibilidades de la acción. Pensamos que quienes se dan el lujo de negar o dudar de ellas lo hacen sólo porque pueden dar por ya hechas las obras de las que depende una existencia individual y colectiva medianamente satisfactoria y aceptable.

Mimí Marinovic

El destacado crítico y filósofo del arte de nuestros días Donald Kuspit, de la Universidad de Nueva York, se interrogaba hace tres años cómo un artista de nuestro tiempo puede convencernos de que su arte es un faro de trascendencia en un mundo de oscuro materialismo. Este libro nos da la respuesta. Lo confirman las nuevas voces de admiración ante la grandeza del pensamiento de Luis Oyarzún, animado por un hondo anhelo de entrega, verdad y belleza. Desde el conocimiento de sus diarios y cartas, reveladores de su experiencia y creatividad día a día, generaciones posteriores se han interesado por conocer lo singular y profundo de su aporte. Su estada de paso iluminó, junto a otras figuras relevantes, un período importante de la cultura chilena, siendo maestro de quienes participamos de distintos modos en la llamada por él "cultura del Parque Forestal". Habiéndolo conocido como alumna cercana y amiga desde lejos, entre 1951 y hasta el final de sus días, no me sorprende. Su herencia intelectual, fundamentalmente ética y estética, se aprecia enriquecida con la vastedad de temas recopilados en este libro y la interacción de sus contenidos.

Tomás Harris, Daniela Schütte y Pedro Pablo Zegers contribuyen a pagar en forma significativa la gran deuda que tiene Chile y más de una generación de chilenos con el que fuera maestro de tantos en Filosofía, Estética y muchas de las manifestaciones del arte: las visuales, el teatro, la música. También en la educación. Personalmente, le debo y agradezco su apoyo para iniciarme en el estudio de la Estética Psicológica y en las aplicaciones educativas y clínicas de las artes, donde he tenido la suerte de compartir inquietudes con su hermano, Maestro de la Psiquiatría, doctor Fernando Oyarzún.

Conservo por años libros, artículos, poemas, apuntes mimeografiados, cartas publicadas y una manuscrita, que me enviara desde Nueva York con su característica letra menuda, fragmentada, sin ornamentos. Y están los diarios. En ellos se encuentra el germen de toda su producción, así como lo fueron los bocetos del Guernica para esa creación monumental de la pintura de Picasso. Si el pintor lo hizo consciente de la trascendencia que alcanzaría su arte y su nombre, Oyarzún parece haber querido atrapar el vértigo de la experiencia, arrebatándolo del olvido y poniéndolo al servicio de su motivación estético-filosófica a través de una particular combinación de dotes intelectuales. Ellas excedían los atributos de la lógica para dar pruebas de lo que actualmente se llama inteligencia lingüística, personal, espacial.

LA PERSONA

Había en él pasión y compasión, *ethos* y *pathos*, ansia de orden y pureza, conciencia de las contradicciones de la vida y de lo esencial de la muerte: "Vivo con la muerte. Sin ella, no sería yo mismo". Improvisaba al hablar, revisaba al escribir, reconociendo el dominio de lo imprevisto en la etapa inicial de la crea-

ción poética. Tenía el poder de remover conciencias, la propia y la ajena. Anhelante de totalidad, su gran sensibilidad estética encontraba en el arte, la poesía y la música una tentativa para aliviar el sufrimiento metafísico del ser humano. ¿Cómo no recordar, asimismo, su admiración por los avances de la ciencia en el siglo XX, dando razones, a la vez, para suponer que el mundo que ella ofrece no es el real? “La ciencia es competente para decirnos algo sobre todo, pero no puede decirnos la verdad completa sobre nada”, nos manifestaba. Y agregaba: “La totalidad de las cosas sólo puede ser aprehendida a través de otras formas de exploración del Universo: la conciencia estética, moral y religiosa”.

¿Cómo nos presentan los compiladores a Oyarzún? Inician el prólogo con una cita del homenaje de Parra, el antipoeta, el mismo que prestaba el telescopio del historiador Barros Arana a esa genial cofradía del Internado, para recorrer la luna, seguir la ruta de las estrellas en el cielo y la de los amantes en la tierra. Oyarzún fue, según Parra: “Hamlet, el príncipe de Dinamarca/claro que con algunos kilos de sobrepeso”. Y aunque Harris, Schütte y Zegers no lo hacen, citaré otra versión de Nicanor con la que estoy igualmente de acuerdo: “LA PRIMERA IMAGEN QUE SE NOS VIENE A LA MENTE/cuando decimos Luis Oyarzún/es la del Pensador de Rodin”. Para nosotros, sus estudiantes de los años cincuenta, era nada menos que el “Niño Dios”, así le decíamos.

Ponen el acento en la definición precisa y breve que hiciera de él Jorge Millas, gran filósofo y amigo hasta sus últimos días: un hombre con “pasión de ver y ser”. Esa “exaltación por el conocimiento”, característica del poder distanciador de la mirada, se transformó en Oyarzún –a mi juicio– en una visión, un ojo capaz de reflejar desde el exterior al mundo, como también desde el interior, lo oculto del ser humano. Mirada iluminadora e iluminada de la distancia y la inmediatez.

Viajó, miró y escribió mucho, publicó poco. Este “humanista de nuestro tiempo” llenó sus libretas, bitácora de navegante guiado por una motivación apasionada por conocer, escribir y vivir la experiencia del arte y lo bello en la naturaleza, de la que surgió una obra extensa, pero escasamente editada.

Nuestro último encuentro fue quince días antes de su muerte. Participó en Santiago entre el 9 y el 14 de octubre de 1972, invitado al Simposio Internacional “Arte, Educación y Sociedad”, realizado en el Edificio Gabriela Mistral, cuyo nombre de mujer y poeta fuera posteriormente cambiado. Lo invité como Presidenta del Comité Organizador, a nombre del Instituto de Estética de la Universidad Católica, con el patrocinio de la UNESCO, la OEA y representantes de todas las universidades chilenas, los países signatarios del Convenio Andrés Bello y otros continentes. Ese fue el viaje al norte del país que el diario íntimo publicado no precisa. Oyarzún fue brillante como siempre. Lo aplaudí y conversamos. ¿Cómo no hacerlo cuando insistió en la importancia de las artes visuales y temporales para la formación general en la educación? “El arte –afirmó– como la tragedia de los griegos, nos permite ordenar el caos para perfeccionar nuestro diálogo con nosotros mismos y con los demás humanos de cualquier tiempo”. El artículo está en la segunda parte de la publicación que hoy presentamos.

El libro recoge la diversidad de lo producido por Oyarzún, tratando de encauzarla por agrupaciones temáticas, lo que es un mérito, porque el esteta no alcanzó a sistematizar su pensamiento en una sola obra debido a su temprana muerte.

LA CLAVE DEL LABERINTO

Es tan extensa la obra que, para invitarlos a la lectura, sólo me detendré en algunos aspectos de ella y su relación con mi conocimiento personal de Oyarzún. Parte el libro con “La clave del laberinto”, que gira en torno a la literatura y la filosofía. Este capítulo se inicia y termina con textos autorreferenciales, esclarecedores de los vínculos entre la vida y la obra. El último, “Reflexiones de un escritor”, confirma el origen de su escritura en una auténtica necesidad interior, en la mirada introspectiva en busca del misterio de la condición humana, produciéndole una alegría incapaz de lograr por otros medios.

Oyarzún revisa en ese artículo las distintas etapas y prioridades de su vida en busca de la clave del laberinto, el sentido de su existencia. Vive la contradicción de darse cuenta de que su talento le ha dado muchas cosas buenas, pero no lo más importante. Reflexiona con un estado de ánimo paradójico, poco fecundo para la escritura, en el cual el desgarró y la tristeza contrastan con el reconocimiento de una felicidad posible, “independiente de los hechos felices y solidaria”, porque alcanza a todos los seres humanos. Cual un Teseo mitológico, su tarea personal fue conquistar la clave inextricable del sentido de su vida, encontrar la salida del laberinto de la existencia, hasta lograrlo. No fue Ariadna quien le dio el ovillo de hilo y la espada mágica para cumplir la misión de su vida, sino la intensidad de su ansia metafísica y espiritual, enriquecida por el notable ejercicio de sus sentidos.

Esta tarea de descubrimiento, cuya urgencia sintió siempre, parece haber culminado en el momento de la despedida, al finalizar su cuaderno de bitácora, notas de navegante por la vida, imagen de la página final de su última libreta que los compiladores nos muestran en la cubierta posterior del libro sobre el texto de Alfonso Calderón. Anotó la experiencia de su noche en la sala de urgencia del hospital, al borde y al frente de la muerte: “El espacio de los enfermos es distinto. Como el tiempo, es irregular y accidentado. Son espacio y tiempo angustiosos. / *TAKEN for a RIDE*”.

No se precisa hipótesis acerca de la traducción y el sentido de este modismo inglés, título del libro. Sólo tenemos el subtítulo “Escritura de paso”. Se dice que llevaba esta libreta en la mano cuando lo sacaron en silla de ruedas del hospital en el cual fuera internado de emergencia, para trasladarlo a una clínica donde le decían que iba a convalecer. Murió a la mañana siguiente.

TAKEN FOR A RIDE

Los invito a leer y a observar la imagen de su escritura postrera. Sí, la letra como el sonido de las palabras también importan. Más de trescientos años antes

de la era cristiana Aristóteles, el filósofo precursor de la observación científica, sostuvo: “Las palabras habladas son los símbolos de la experiencia mental y las palabras escritas son los símbolos de las palabras habladas. Tal como todos los hombres no tienen los mismos sonidos en el habla, todos los hombres no tienen la misma escritura”.

— Los largos timbres en la noche.
 — Los espasmos se repiten sobre sí. El
 espacio de los espasmos es distinto. Como
 el tiempo, es irregular y accidentado.
 Son espasmos y tiempo angustiosos.
 — **TAKEN for a RIDE** —

Escribe con su estilo caligráfico habitual, una cierta discontinuidad entre algunas letras y otras, emparentadas no sólo en la apariencia, sino, igualmente, con el pensamiento de Henri Bergson, el filósofo de la intuición y el *élan vital*, a quien dedica uno de sus ensayos, presente en este libro. La disparidad está en la última frase: “*TAKEN for a RIDE*”. Aunque el estilo personal muestra consistencia, aquí hay un cambio importante. Se expande verticalmente, es claramente legible en su modalidad de imprenta y una separación acentuada entre cada letra. Las mayúsculas en *TAKEN* y *en RIDE* son más altas; se elevan, especialmente, en el verbo en un supremo esfuerzo de comunicación y autoafirmación. El movimiento expresivo cambia, retarda la velocidad, no hay punto en la *i*, ni punto final, a los que siempre ha prestado atención, deteniendo el movimiento. Sólo un breve guión ascendente lo reemplaza. El proceso de pensamiento ha cambiado, es un salto intuitivo en el fluir del razonamiento lógico, porque “frente a la muerte, el enigma de la condición humana alcanza su cumbre”.

Respecto al contenido del texto, el maestro conocía muy bien la lengua inglesa y sus modismos, por sus estudios en Estética e Historia del Arte en la Universidad de Londres y su cargo de agregado cultural en Nueva York. Asumiendo lo lúcido que era, puede haberlo escrito en su sentido literal, sintiendo que iniciaba un nuevo viaje para el que se había preparado a lo largo de su vida en el encuentro con el otro, consigo mismo y con el mundo para “hacer de la muerte una instancia de la vida”, hacer “de la muerte un tránsito”, un último recorrido —reconoce en su diario— para alcanzar la suprema felicidad en el abandono del yo, su entrega total para la plena posesión de sí. En la sala de urgencia observó muy de cerca la muerte de un hombre, cuidado por las enfermeras “como si pudieran salvarlo”. Ante la muerte anónima, intuyó la suya, propia, a la que Rilke nos exhortara. Agudizó su sensibilidad estético-ética

para despedirse con arte en un acto de amor que fue su mensaje. Si Rilke murió por el pinchazo de un rosa, nuestro poeta murió hasta dar su última gota de sangre; en la expresión de Hernán Poblete: “Un hombre como Oyarzún no podía morirse a medias”.

ARTES VISUALES

La parte dedicada a las Artes Visuales contiene ensayos cuyas ideas quedaron impregnadas en quienes fuimos sus alumnos de Estética y siguen siendo válidas ante la dispersión del arte de hoy: la genialidad de Leonardo, el poder de elevarse a las estrellas de Van Gogh, la extrañeza de Pollock, la aventura espiritual de Gauguin y la vitalidad de lo sensible en el color de la pintura de Matisse. Sus enseñanzas sobre el arte como expresión y creación de formas marcaron mis inquietudes por el estudio de la *poiesis*, la *aisthesis* y la *catharsis* en los procesos del arte y las obras, huellas de la trayectoria de los seres humanos.

Si el arte es el testimonio de lo humano, nada de lo actual habría sido ajeno a la amplitud de su mirada. La marcha de la historia lleva a creer a la gente, mujeres y hombres, que se mueven en la misma dirección que ella lo hace, pero de súbito emergen nuevas salidas, el camino se bifurca y cambia su curso. El amplio horizonte de experiencia de Oyarzún le da vigencia a sus ideas para seguir formando parte de nuestra cultura, desarrollándose más allá de la finitud de su existencia. Por otra parte, es necesario atender a sus críticas y comentarios de exposiciones y obras teatrales que se nos presentan, para dar cuenta de lo ausente en la historia del arte en Chile y sus protagonistas aun anónimos o escasamente presentes.

EL AMIGO MILLAS, PENSAMIENTO Y ACCIÓN

Entre las reseñas está la dedicada a uno de los libros de poemas de Jorge Millas, otro multidotado para el pensamiento, el arte y la acción. En el mundo académico se lo recuerda, especialmente por su contribución filosófica y la defensa de la universidad en sus últimos días. Sin embargo, el homenaje de Millas a “Luis Oyarzún o la pasión de ver” no sólo expresa el rigor de la profundidad de razonamiento, sino con encendida sensibilidad poética nos entrega uno de los retratos más vívidos de quien fuera su gran amigo. Hay en ambos una misma percepción escudriñadora, afín a la manifiesta en los poemas sinestésicos de Baudelaire, los “Sonetos de las vocales” de Rimbaud y las escenografías del pintor inglés contemporáneo David Hockney.

Los dos manifestaron su admiración por el llamado bergsoniano a los hombres de acción a comportarse como hombres de pensamiento, y a los hombres de pensamiento como hombres de acción.

Oyarzún extiende a los artistas la posibilidad de llegar a los actos heroicos sin esgrimir el fusil, de acuerdo a la entrevista de Antonio Avaria en 1967. No obstante su interés por la política, afirmó que difícilmente sería político, por

su necesidad de contactos íntimos y de vivir la universalidad de lo humano sin limitaciones. Lo que vio dentro y fuera de nuestra nación, el desgaste de Europa, despertó en él la necesidad de preservar la vitalidad de los habitantes de nuestra América mediante el diseño de una nueva idea socialista sin ataduras –señaló–, ni trajes de hierro, recogiendo materiales de todas partes y organizándolos según nuestros deseos. Es bueno arrebatarse del diario íntimo todo lo que nos pertenece como chilenos.

El año 1950 escribe, al pasar, acerca de su pertenencia a la Falange. En 1968, después de un encuentro informal con Radomiro Tomic, sostiene que las ideas de gobierno del político se han decantado en EE.UU., pero las ve irrealizables: “Tendrá que estrellarse con la realidad chilena y sucumbir varias veces en el trayecto. Después de una o dos derrotas es posible que triunfe cuando esté viejo y se haya olvidado de todo”. Sin embargo, en el año 1970 me comunicó –por carta personal que conservo– su plena adhesión a esas ideas, a las que llegó a través de Gabriela Mistral.

EL ESPEJO DEL ALMA HUMANA

A partir de su profunda simpatía por la naturaleza y las personas, Oyarzún desarrolló su conciencia ecológica. Esclareció sus innegables vínculos con la conciencia estética y un alto grado de imaginación, necesarios para satisfacer una de las grandes necesidades del tiempo que vivimos. Fue un caminante que después de ver, contemplar y amar lo que otros no perciben, dejó en claro que la naturaleza es el espejo del alma humana y que la estética sin ética puede engendrar el cinismo. Su “Defensa de la tierra” presenta una de las más bellas articulaciones de una idea.

Quedan aún muchas cosas por descubrir en este libro. Dependerá del lector. El pensador del arte, del misterio y lo accesible a la razón se entregó generosamente a las palabras y más allá de ellas, a las formas, las líneas, los colores y los sonidos de la naturaleza y del arte. Tuvo conciencia y necesidad del otro. “Si estuviera en una isla deshabitada, pensaría siempre en el lector, pues aun entonces necesitaría un eco, por remoto o quimérico que fuese”. Oyarzún renace en su escritura, poniendo en evidencia con nuevos matices lo que de él se ha dicho: un humanista con pasión de ver y ser en plenitud. Quienes no tuvieron la suerte de conocerlo, escucharlo y leerlo, lo apreciarán.

BIBLIOGRAFÍAS

BIBLIOGRAFÍA SELECTA DE CARLOS GERMÁN BELLI

*Richard Cacchione Amendola**

El propósito de esta bibliografía es presentar al lector una selección representativa de la bibliografía primaria y secundaria belliana. Se incorpora todos los libros de Belli con cada edición incluida. La producción en prosa, como los artículos, crónicas y reseñas más los poemas individuales publicados por Belli representan un vasto cuerpo que no es factible presentar totalmente en estas páginas. Por esta razón, hemos hecho una selección entre las obras de prosa más importantes, junto con el grueso de las entrevistas a Carlos Germán Belli y una representación de las antologías que incluyen la obra poética de nuestro poeta.

Un marco de la aceptación de la obra de un poeta hispanoamericano es la inclusión de sus versos en antologías nacionales, iberoamericanas y de Europa y América del Norte. En esta bibliografía selecta hemos escogido 66 antologías que incluyen las obras de Carlos Germán Belli.

En la selección presentada, 28 de las 68 antologías están editadas en el Perú en 37 ediciones. De las 40 antologías restantes, 20 son de los otros países iberoamericanos: Argentina (2), Colombia (2), España (10), México (3), Puerto Rico (1) y Venezuela (2). Desde Europa hay 12 antologías de: Alemania (2), Francia (1), Hungría (1), Italia (3), Reino Unido (bilingüe, 1), Reino Unido (en inglés) (1), Rusia (1), Suiza (en francés) (1) y Yugoslavia (en serbio) (1). De Estados Unidos hay 8, 4 en inglés y 3 bilingües.

Carlos Germán Belli (Chorrillos, Lima, 15 de septiembre de 1927) es uno de los integrantes más importantes de la Generación del 50. En las letras peruanas, es autor de uno de los cuerpos poéticos más ricos y sofisticados en verso y en prosa que abarca 15 poemarios individuales en 16 títulos con 25 ediciones. Además de un libro de 93 crónicas de viaje, actuales e imaginarios, once antologías personales y dos libros de traducciones de sus poemas a otros idiomas. De estas traducciones, la primera, *O Fata Cibernetica* (Reggio Emilia, 1983), es una traducción al italiano por el destacado peruano Roberto Paoli. La segunda, *Poemas/Poems*, fue producida por Rose [Passalacqua] Shapiro en inglés y español para la lectura por Belli de sus poemas en Harvard University, en abril de 2004.

Belli comenzó a publicar sus versos en Lima en 1946, en *Ágora*, revista de la Pontificia Universidad Católica de Perú y en el periódico *La Prensa*, cuando tenía 19 años. Su primer libro, *Poemas*, fue publicado en Lima en 1958. Fue consagrado en 1962 con el Premio Nacional de Poesía (*¡Oh Hada Cibernetica!*,

* El autor de esta bibliografía es bibliógrafo y crítico literario que también ha escrito sobre otros poetas de la Generación del 50. Posee una maestría en literatura hispanoamericana de Columbia University de Nueva York y está cursando su doctorado en la Universidad de Londres en literatura peruana. Está preparando bibliografías comprensivas sobre los poetas y críticos peruanos, tales como Carlos Germán Belli, Jorge Cornejo Polar, Alejandro Romualdo, Blanca Varela y otros integrantes de la Generación del 50. Otros proyectos en curso son bibliografías sobre los autores cubanos Lydia Cabrera, Guillermo Cabrera Infante y Fernando Ortiz, y un inventario de libros publicados en las provincias peruanas en el siglo XIX.

edición de 1962) y es ganador del Premio Sociedad Nacional de Industrias en 1986 (la primera entrega de este premio) en reconocimiento de su altísima calidad literaria. En noviembre de 2004 fue honrado con otros integrantes de la Generación del 50 por su valiosa contribución a las letras y cultura peruanas por el Instituto Nacional de Cultura.

Esta bibliografía está dividida en cinco secciones que incluye: Bibliografía Primaria: 1. Los Libros de Carlos Germán Belli; 2. Ensayos y Artículos de Carlos Germán Belli; 3. Entrevistas a Carlos Germán Belli y Bibliografía Secundaria; 4. Estudios críticos, ensayos y reseñas sobre Carlos Germán Belli; 5. Antologías que incluyen la poesía de Carlos Germán Belli.

I. LIBROS DE CARLOS GERMÁN BELLI

Presentados en orden cronológico. En los casos de múltiples ediciones, el registro principal es por la fecha de la primera edición. Las ediciones siguientes están fichadas en orden cronológico siguiendo la primera edición.

Poemas

- Primera edición. Lima: [Edición del Autor], 24 marzo, 1958, 26 p. 28 cm. ER. [Consta de 200 ejemplares numerados del 01 al 200]. Impreso en los Talleres Gráficos P. L. Villanueva S.A. (15 poemas más 1 texto de prosa).

Dentro & fuera

- Lima: [Ediciones de la Escuela Nacional de Bellas Artes], 12 agosto, 1960. [12 páginas sin numeración]. 14 cm. ER. (Forma y Poesía, 3). Dibujo de Alberto Dávila. [Epígrafe] de José Ortega y Gasset, de El Espectador. (Consta de 300 ejemplares numerados de I a V y de 6 a 300. Se imprimió a mano en papel Piedra Liza de 140 gramos con caracteres Post Medieval). Impreso en el Taller de Artes Gráficas ÍCARO, Antiguo Hotel Los Ángeles, casa letra I, Los Ángeles. (12 poemas).

¡Oh Hada Cibernética!

- Lima: 1961. [20 páginas sin numeración]. 14 cm. ER. Contraportada. (Colección El Timonel). Viñeta de Fernando de Szyszlo. (200 ejemplares. I a X y 11 a 200 firmados). (20 poemas).
- Segunda edición [ampliada]. Lima: Antología de La Rama Florida [25 octubre] 1962. 57, [3] p. 19 cm. ER. (Antología de La Rama Florida; 5). Viñeta del autor. Imprimió en los Talleres de INDUSTRIAL GRÁFICA S.A. (45 poemas).
- [Tercera edición, ampliada]. Caracas: Monte Ávila Editores, 1971, © 1969. 141, b, [1] p. 20 cm. ER. (Colección Altazor). Portada: Víctor Viano. (Antología 97 poemas de 6 libros anteriores. Incluye la colección *El libro de los nones*, que aparece por primera vez y nunca apareció como un libro individual).

- Jesús María, [Lima]: Universidad Inca Garcilaso de la Vega, Fondo Editorial, [s.f.]. [2004]. III, 65 p. 20.5 cm. ER. brillante con solapas. ISBN: no hay. (Literatura). "Palabras Preliminares" de César Toro Montalvo, pp. 1-III, [fechado marzo de 2004]. (48 poemas más 1 texto en prosa).
- *O Fata Cibernetica* [giugno] 1983. Traducción al italiano - véase.

El pie sobre el cuello

- Lima: Ediciones de La Rama Florida, abril 1964. [16 páginas sin numeración]. 26 cm. ER. Impreso en el Taller de Artes Gráficas ÍCARO, Antiguo Hotel Los Ángeles, casa letra I, Chaclacayo. (15 poemas).
- Montevideo: Editorial Alfa, abril, 1967. 106, [1] p. 17.5 cm. ER. (Colección Carabela). (112 poemas de los libros "¡Oh Hada Cibernetica!", "El pie sobre el cuello", "Por el monte abajo"). [Compilación de poemas publicados anteriormente].

Por el monte abajo

- Lima: Ediciones de La Rama Florida, junio, 1966. [29 páginas sin numeración]. 19 cm. ER. (Quinientos ejemplares numerados de 001 a 500). (21 poemas). Impreso en el Taller de Artes Gráficas ÍCARO, Antiguo Hotel Los Ángeles, casa letra I, Chaclacayo. (21 poemas).

Sextinas y otros poemas

- Santiago de Chile: Editorial Universitaria, S.A., mayo, 1970. [62] p. 18.5 cm. ER. (Cormorán. Colección Letras de América, v. 24). Prólogo de Julio Ortega, pp. 9-19. (20 poemas).

En alabanza del bolo alimenticio

- Primera edición. México: Premiá Editora de Libros, S.A., [Primer semestre]. 1979. 80, [2] p. 21 cm. ER. (Libros del bicho, 2). ISBN: 9684340893. [1.000 ejemplares más sobrantes para reposición]. (42 poemas).

Asir la forma que se va [Breve antología]

- Lima: Cuadernos del Hipocampo, [8 marzo], 1979. [25] p. 18 cm. ER. (Libro de las decenas). (1.000 ejemplares). Carátula: José Bracamonte. (10 poemas).

Canciones y otros poemas

- Primera edición. México: Premiá Editora de Libros, S.A., [segundo semestre], 1982. 52, [1] p. 21 cm. ER. (Libros del bicho; 41). (1.000 ejemplares). ISBN: 968-434-226-8. (14 poemas).
- [Segunda edición]. Trujillo: Ediciones SEA - Casa del Artista, [febrero], 1992. XIV, 7-69, b, [1] p. 20 cm. ER. brillante con solapas. ISBN: no hay. Municipalidad Provincial de Trujillo, Casa del Artista, 16 de marzo 1892-1992. (Colección Homenaje al Centenario de César Vallejo; 14-15). Prólogo: "Razón

de ser del neoclasicismo de Carlos Germán Belli”, Roberto Paoli, pp. i-xiv. (El mismo contenido que en la edición de 1982).

O Fata Cibernetica

Traducción al italiano

Introduzione, scelta e versione di Roberto Paoli e Carlotta Nerozzi. A cura de Gianni Scalia. Prima edizione. Reggio Emilia: Elitropia Edizioni, [giugno] 1983. 220 p. 20 cm. ER. Contraportada. (In Forma di Parole; Decimo). “Introduzione”, pp. [9]-18. “Notizia”, pp. 19-20. (61 poemas).

Boda de la pluma y la letra [Antología personal]

– Madrid: Ediciones Cultura Hispánica y Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1985. 182 p. port. 20 cm. ER. ISBN: 84-7232-365-X. Prólogo: “El pesapalabras”, pp. 7-8. (80 poemas de 9 libros de CGB).

El buen mudar

– Madrid: Ediciones del Tapir, [marzo] 1986. [14 páginas sin numeración]. 19 cm. ER. con solapas. ISBN: no hay. (100 ejemplares numerados del 1 al 100). (2 poemas).

– [Segunda edición ampliada]. Lima: Editorial Perla, [febrero 1987]. 95 p. 20.5 cm. ER. (19 textos en verso y 10 poemas).

Más que señora humana

– Miraflores, Lima, Perú: Editorial Perla, [septiembre 1986]. 81, b, [1] p. 20.5 cm. ER. brillante con solapas. ISBN: no hay. (17 poemas más 1 prosa).

– Montevideo: Ediciones de UNO, diciembre 1987. 45, 3b, [1] p. 21 cm. ER. (del Archivo; 5). ISBN: no hay. (El mismo contenido que la edición de 1986).

– Con un nuevo título: *Bajo el sol de la medianoche rojo*. México: Premiá Editora de Libros, S.A., 1990. Véase. (El mismo contenido que las dos ediciones anteriores).

En el restante tiempo terrenal

– Lima: Editorial Perla Perú S.R.L., [enero, 1988]. 58, [3] p. ilustr. 20.5 cm. ER. Edición de Bruno Buendía Sialer. Con fotos de los manuscritos de los 9 poemas.

– Madrid: Ediciones del Tapir, [2 de mayo] 1988. 58 p. facsim., 19 cm. ER. con solapas. (100 ejemplares numerados del 1 al 100). (4 poemas).

– Tercera edición ampliada. Lima: Editorial e Imprenta Desa S.A., junio 1990. 53, b, [1] p. 20.5 cm. ER. brillante. ISBN (no hay figura). Edición con los auspicios del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONCYTEC). (26 poemas).

"En las hospitalarias estrofas"

- *Mapocho*: Revista de Humanidades y Ciencias Sociales 44 (Santiago de Chile: Segundo Semestre 1998): 255-287. (Notas: (a) El título "En las hospitalarias estrofas" que apareció en la revista *Mapocho*, fue usado de nuevo en 2001 como el título de un poemario de CGB - Véase abajo. (b) Los poemas incluidos en *Mapocho* incluyen un texto en prosa "Uno propone pero no dispone", y 14 poemas, de los cuales, los primero 10 son los poemas que constituyen el contenido de *iSalve, Spes!* - Véase más adelante).
- Separata. [N.P.]: Biblioteca Nacional de Chile, 1998. [36] p. 23 cm. ER. ISSN: 0716-2510. pp. 255-287.

Carlos Germán Belli: Antología crítica

Selección y notas de John Garganigo.

- Primera edición. Hanover, New Hampshire: Ediciones del Norte, 1988. xiii, 236 p. 21 cm. Empastado. No hay contraportada. Prefacio de Mario Vargas Llosa "Carlos Germán Belli: una poesía para tiempos difíciles", pp. i-iii. (92 poemas).

Antología personal

Prólogo y Edición, Jorge Cornejo Polar.

- Lima: Jorge Cornejo Polar, octubre 1988. [256] p. ilustr. 20.5 cm. ER. brillante. ISBN: no hay. Edición con auspicio de CONCYTEC [Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología]. "Prólogo" de Jorge Cornejo Polar, pp. [7]-24. "Carlos Germán Belli: Una poesía para tiempos difíciles" de Mario Vargas Llosa, pp. 209-210; "Razón de ser del neoclasicismo de Carlos Germán Belli" de Roberto Paoli, pp. 211-221; "En alabanza de Carlos Germán Belli" de Enrique Lihn, pp. 223-227; "Entrevista: Carlos Germán Belli", de Marithelma Costa & Adelaida López, pp. 229-245. "Página autobiográfica" de [Carlos Germán Belli], pp. 249-251. Bibliografía y algún material fotográfico. (109 poemas).

Bajo el sol de la medianoche rojo

- Primera edición. Tlahuapan, Puebla, México: Premiá Editora de Libros, S.A., [primer semestre] 1990. 44, [1] p. 21 cm. ER. (Libros del Bicho; 62). ISBN: 968-434-510-0. (1.000 ejemplares) Contiene: el mismo contenido de 17 poemas más 1 texto en prosa que está en las ediciones de 1986 y 1987 de *Más que señora humana*. (Nota: reimpresión de *Más que señora humana* (1986) bajo un nuevo título que se ha cambiado por decisión del poeta. Véase).

Acción de gracias

- Trujillo, Perú: Ediciones SEA-Casa del Artista, [febrero] 1992. 50 p. 20 cm. ER. brillante con solapas. ISBN: no hay. Municipalidad Provincial de Trujillo, Casa del Artista, 16 de Marzo 1892-1992. (Colección Homenaje al Centenario de César Vallejo; 16). (16 poemas).

Los talleres del tiempo: poemas escogidos

(Compilación) Edición de Paul W. Borgeson, Jr.

- Madrid: Visor Libros, 1992. 267, [6] p. 19.5 cm. ER brillante con solapas. (Colección Visor de Poesía; 284). ISBN: 84-7522-284-6. (118 poemas). (Nota: El título que aparece por la carátula es: *Los talleres del tiempo: versos escogidos*).

Trechos del itinerario (1958-1997)

[Antología]

- Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, [julio] 1998. 308 p. 20 cm. ER. (Serie "La Granada Entreabierto"; 84). ISBN: no hay. Bibliografía de Olga Espejo, pp. [235]-301. (92 poemas).

¡Salve, Spes!

- Separata de la revista *Mapocho: Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*. [N.P.], [Santiago de Chile]: Biblioteca Nacional de Chile, Segundo Semestre 1998. [36] p. 23 cm. ER. ISSN: 0716-2510. Nº 44. pp. 255-287. (10 poemas).
- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, [15 de enero de 2000]. 79 p. port., 1 foto, 24 cm. ER con solapas. (El Manantial Oculto; 18). "Prólogo" de Ricardo González Vigil, pp. 7-16. (10 poemas).
- Carmona (Sevilla): Palimpsesto, [enero, 2003]. 79 p. 20 cm. ER con solapas. ISBN: no hay. (Palimpsesto Colección de Poesía; 18). Prólogo y epílogo de Oscar Hahn. "Carlos Germán Belli: del buen vivir al buen morir", pp. 7-9; "Carlos Germán Belli: ese rico amanuense del Perú, pp. 73-75. (10 poemas).

En las hospitalarias estrofas

[Compilación]

- Madrid: Fundación César Manrique, [mayo] 2001 59, b, [1] p. 19 cm. Empastado. Cubierto en plástico. (Péñola Blanca; [8]). ISBN: 84-88550-41-3. [(400 ejemplares). Del 1 al 100 están firmados por el autor y del 101 al 400 cada libro se individualiza por su numeración]. (15 poemas de diversos libros de GCB).
- Primera edición. Santiago de Chile: Editorial LOM, septiembre 2002. 80, [2] p. 21 cm. ER brillante con solapas. (Colección Entre Mares Poesía). ISBN: 956-282-458-6. (19 poemas).

La miscelánea íntima

- Valencia: Editorial Pre-Textos, [septiembre] 2003. 66, [1], b, [2] p. 22 cm. ER con solapas. (Colección La Cruz del Sur; 649). ISBN: 84-8191-551-3. (24 poemas).

El imán

- Primera edición. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, noviembre 2003. 232 p. 21 cm. ER. ISBN: 9972-42-610-6. (Serie Ficciones CRÓNICAS). (750 ejemplares). Con marcador de páginas correspondiente. (93 crónicas periodísticas).

Poemas/Poems

[Compilación]

- Cambridge, Massachusetts: Edición artesanal de ASALTOALCIELO/Editores, [abril] 2004. 27 p. 22 cm. ER. Translations [and selection] by Rose Shapiro. ISBN: 1-892620-12-X. (120 ejemplares numerados a mano). Latin American Poetry Forum, Harvard University, April 12th, 2004. (17 en inglés/español).

Lo inapagable. Antología de poesía amorosa

- Primera edición. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2004. 61, b, [2] p. 17 cm. ER. (Libros del Ciudadano). ISBN: 956-282-603-1. (24 poemas).

En el restante tiempo terrenal. Antología personal

- Primera edición. Buenos Aires: Editorial Argonauta, diciembre, 2004. 140, [3] p. 20 cm. ER con solapas. (Biblioteca Poesía; 10).

2. ENSAYOS Y ARTÍCULOS DE CARLOS GERMÁN BELLI

“Adán pinta a Eva”

- *El Dominical* (Suplemento del diario *El Comercio*). 43: 5 (Lima: 1 de febrero de 1998): [11]. ilus. Página: Arte. Debajo el título: Lienzos de Gustav Klimt.

“Alejandría, ésta y la otra”

- *El Comercio* (Lima: 15 de noviembre de 1992): A2. Página: Opinión.
- BELLI, Carlos Germán. *El imán*
Primera edición. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, noviembre 2003. 232 p. 21 cm. ER. ISBN: 9972-42-610-6. (Serie Ficciones CRÓNICAS) (750 ejemplares) (pp. [163]-165).

“Azul...”

- *Códice. Revista de Poéticas*. 2: 2. (Santa Barbara, CA.: segundo semestre de 1988): 35-36. (Sobre el libro de Rubén Darío publicado en 1888 en Valparaíso). (Nota: El Índice dice: Carlos Germán Belli, sobre Darío).

“Cruz e Sousa (1861-1898)”

- CRUZ E SOUSA, João da. *Poemas*
Presentación de Carlos Germán Belli. Traducción de Javier Sologuren. (26 poemas). Primera edición. Lima: Centro de Estudios Brasileños, mayo, 1980. 77 p. 20 cm. ER. [no está indicado (*Tierra Brasileña*. Poesía; 14)]. Carátula: beige con letras verdes. Presentación “Cruz e Sousa (1861-1898)” de Carlos Germán Belli, pp. [7]-13.

“Cuando el arte raro gusta”

- *Dominical* (Suplemento del diario *El Comercio*). (Lima: 6 de febrero de 1994): 18. 1 foto. (Sobre el cuadro del pintor belga René Magritte (1898-1967) *El falso espejo*, en el Museo de Arte Moderno de Nueva York).

“Cuando habla el viajero imaginario”

- *Dominical* (Suplemento del diario *El Comercio*). (Lima: 26 de diciembre de 1993): 13.

“De Carlos Germán Belli”

- *La Generación del 50 en la literatura peruana del siglo XX*
Félix Huamán C. (Coordinador). Primera edición. La Cantuta, Chosica, Lima: Universidad Nacional de Educación “Enrique Guzmán y Valle”, Facultad de Humanidades y Artes, Departamento Académico de Literatura, 1989. 358, [8 hojas de pinturas], [3] p. 21 cm. ER. (CGB: Sección Testimonios, pp. 189-190. El poema “Sextina de los desiguales” sigue el texto de CGB, pp. 190-191). (Nota: Dice Tomo 1, Vol. 1 pero es el único tomo publicado).

“De tal palo, tal astilla”

- COSTA E SILVA, Antonio da & Alberto da COSTA E SILVA. *Poemas*. Palabras liminares y traducción de Carlos Germán Belli. (34 poemas). Primera edición. Lima: © Embajada del Brasil, Sector Cultural, 1986. 112 p. 20 cm. ER. (Colección Tierra Brasileña. poesía; 26). Carátula: celeste clara. “De tal palo, tal astilla” de Carlos Germán Belli, pp. [9]-23.

“Dentro de un gasómetro”

- *El Dominical* (Suplemento del diario *El Comercio*) 43: 1. (Lima: 4 de enero de 1998): 16. ilus. Página: Crónica.

“Dos capillas juntas en la memoria”

- *El Comercio* (Lima: 3 de abril de 1998): A3. Página: Opinión.

“Dos limeños especiales”

- *Identidades* 1: 17 (Suplemento cultural del diario *El Peruano*). (Lima: 8 de julio de 2002): 11. 4 fotos. Columna: Apuntes. (Sobre San Martín de Porres y el poeta José María Eguren).

“Él es un creador totalmente entregado a su oficio, sin ninguna concesión”

- *Javier Sologuren, recaudador*. Editor responsable: Fernando Aguirre Pérez. Primera edición. [Lima]: Gerencia de Comunicaciones y Relaciones Públicas de la SUNAT, abril 2001. 217 p. 24 cm. ER brillante. ISBN: 9972-9340-3-9. (Cuadernos SUNAT, Serie Aportes, Cuaderno N° 2). (CGB: pp. [27]-35).

“En torno a Vallejo”

- *Revista Iberoamericana* 36: 71 (Pittsburgh: abril - junio de 1970): [159]-164. A la cabeza del título: Estudios.

“Epílogo. La renuencia de un limeño”

- SALAZAR BONDY, Sebastián. *Lima la horrible*. Cuarta edición. Concepción, Chile: Editorial Universidad de Concepción, octubre 2002. 137, b, [7], b, [1] p. ilus. 23.5 cm. ER. ISBN: 956-227-264-8. (Serie Clásicos Latinoamericanos). Prólogo de Gilberto Triviños, María Nieves Alonso, Mario Rodríguez. Epílogo de Carlos Germán Belli, pp. 135-137.

“Escila y Caribdis”

- BELLI, Carlos Germán. *El imán*. Primera edición. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, noviembre de 2003. 232 p. 21 cm. ER. ISBN: 9972-42-610-6. (Serie Ficciones CRÓNICAS). (750 ejemplares). (pp. [126]-127).
- *Persona en 15 minutos*. Año I: Vol. 1. ([S.L.], [Lima]: 2005): 4. con 2 fotos.

“Los forjadores de la poesía contemporánea del Perú”

- *Copé* 5: 13. (Lima: 1974): 10-14. 10 fotos.

“Las letras áureas”

- *El Comercio* (Lima: 27 de marzo de 1998): A2. Página: Opinión.

“El libro como objeto estético”

- OQUENDO DE AMAT, Carlos. *Voz de Ángel. (Obra poética completa y apuntes para un estudio)*. [Lima]: Editorial Colmillo Blanco, [1990]. [19 Páginas sin numeración]. ilus., 19.5 cm. ER brillante. Cronología, p. [11], “Bibliografía sobre el autor”, pp. [12-19]. (Reproduce el poemario de Carlos Oquendo de Amat, *5 metros de poesía* más el texto de los cuatro poemas que no estaban incluidos originalmente y “Nueva crítica peruana”). (CGB: Colofón, pp. [9-10]).
- *Malvario: Revista de literatura y arte* 1. (Buenos Aires-Córdoba, Arg.: 2003): 8-10. 1 foto.

“Moro extremo”

- *Identidades* 1: 12 (Suplemento cultural del diario *El Peruano*). (Lima: 3 de junio de 2002): 11. 2 fotos. Columna: Lecturas. (Sobre el poeta César Moro).

“El número de personas”

- *Literatura* 1 (Lima, febrero de 1958): 18. (Texto fechado: 1955-7).

“Oquendo de Amat siempre”

- *El Comercio* (Lima: 27 de marzo de 1998): A3. Página: Opinión.

“Página autobiográfica”

- BELLI, Carlos Germán. *Antología personal*. Prólogo y Edición, Jorge CORNEJO POLAR. Lima: Jorge Cornejo Polar, 1988. [256] p. ilus. 20.5 cm. ER brillante. ISBN: no hay. “Prólogo” de Jorge Cornejo Polar, pp. [7]-24. (pp. 249-251).

“Palabras de Carlos G. Belli”

- ÁNGELES CABALLO, César A. *Javier Heraud y las voces panegíricas*. Huárico, Ancahuasi, Perú: [edición del autor], [mayo] 1964. 62 p., Port., ilus. 21 cm. ER. (CGB: pp. 54-55).

“Poemas para violín y orquesta”. Miguel Ángel Zapata. Editorial Premiá, México, 1992. *Caretas* 60: 1222. (Lima: 6 agosto 1992): 93. (Notas: (a) Por p. 92 aparece una fotografía de la carátula del libro. (b) Según el record bibliográfico en el Union Catalog de la biblioteca de la City University of New York, el año de publicación del libro es 1991).

- *Hora de Poesía* 83-84. (Barcelona: septiembre - diciembre de 1992): 175-176. (Bajo el título: “Los poemas para violín y orquesta de Miguel Ángel Zapata”).

“Poesía y periodismo”

- *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua* 35. (Lima: 2º semestre de 2002): 119-122. (Sección: Notas). (Nota: *Errata*. Núm. 35 debe ser designado 1º semestre de 2002).

“Uno propone pero no dispone”

- *Identidades* 1: 5. (Suplemento cultural del diario *El Peruano*). (Lima: 15 de abril de 2002): 11. (Texto que apareció en el libro de CGB, *En las hospitalarias estrofas*, Santiago: 2002).

“Recuerdo de Díaz Casanueva”

- *Dominical* (Suplemento del diario *El Comercio*). (Lima: 5 de diciembre de 1993): 13. 2 fotos. (Sobre el poeta chileno Humberto Díaz Casanueva).

“René Char”

- *Caravelle. Cahiers du Monde Hispanique et Luso Brésilien* 49 (Toulouse, France: 1987: [43]-61. Título de la sección: “Alianzas-Alianzas”. (CGB: pp. 47-48).

“Sologuren, un solo norte (Coda)”

- *Javier Sologuren, recaudador*. Editor Responsable Fernando Aguirre Pérez. Primera edición. [Lima]: Gerencia de Comunicaciones y Relaciones Públicas de la SUNAT, abril de 2001. 217 p. 24 cm. ER brillante. ISBN: 9972-9340-3-9. (Cuadernos SUNAT, Serie Aportes, Cuaderno N° 2). (CGB: pp. [200]-204).

“El surrealismo en el Perú”

- *Las vanguardias tardías en la poesía hispanoamericana*. Actas al cuidado de Luis Sáinz de Medrano. Consiglio Nazionale delle Ricerche, Roma & Universidad Complutense, Departamento de Literatura Hispanoamericana, Madrid. Roma: Bulzoni Editore, 1993. 351 p. 24 cm. ISBN: 8871195566. (Letterature e cultura dell'America Latina. Saggi e ricerche). (pp. 195-203).

“El surrealismo en la poesía hispanoamericana”

- *Revista Peruana de Cultura*. Segunda Época 2 (Lima: Segundo semestre de 1984): 149-170. (Nota: El texto es su tesis de bachillerato en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Programa de Literatura, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1978, y fue pedido para su publicación por Ricardo Silva-Santisteban, entonces Director de la revista).

“Tradición y modernidad en la poesía peruana”

- *¿Qué modernidad deseamos? El conflicto entre nuestra tradición y lo nuevo*. Sobrevilla, David & Pedro Belaúnde M. (Editores). Primera edición. Lima: Epígrafe S.A. Editores, [diciembre] 1994. 224 p. 20 cm. ER brillante con solapas. ISBN: 84-89034-05-2. (CGB: pp. 109-119).

Trafalgar Square

- *La Prensa* (Lima: 7 de febrero de 1956): 8. (NOTAS: (a) Sobre el último libro de César Moro, *Trafalgar Square*, Lima: Ediciones Trigrodine, 1954. (b). Publicado después en *El Comercio* bajo el título “El último libro de César Moro”. Véase).

“La última Thule”

- *Revista de la Universidad de México* 34: 5. (México, D.F.: enero 1980): 4-5. 1 dibujo.

“El último libro de César Moro”

- *Dominical 155* (Suplemento del diario *El Comercio*). (Lima: 12 de febrero de 1956): Segunda sección, p. 9. (Notas: (a) Sobre *Trafalgar Square* de César Moro, Lima: Ediciones Trigrodine, 1954. (b). Publicado previamente en *La Prensa* como “*Trafalgar Square*”. Véase).

“Visión de las letras peruanas”

- *El Comercio* (Lima: 10 de junio de 1998): A3. Página: Opinión.

3. ENTREVISTAS A CARLOS GERMÁN BELLI

AGUIRRE C., Hugo. “Una especie de precisa oscuridad”.

- *El Comercio* (Lima: 24 de septiembre de 1989): [C1]. 1 foto. Sección: Crónicas. Página: Cultural. A la cabeza del título: Entrevista con Carlos Germán Belli.

ARCILA V., Claudia Antonia. “Heredé el afán de combinar estilos”. (Entrevista con Carlos Germán Belli). De *La casa de cartón Oxy* 2ª Época: 20 (Lima: otoño de 2000): 2-5. 8 fotos.

BRAVO E., Carlos. “Carlos Germán Belli: barroco y socialista”. *Punto Final* 2: 56 (Santiago, Chile: 4 de junio de 1968): 22. A la cabeza del título: Entrevista.

CABEL, Jesús. "Belli: creo en todos mis poemas, hasta en los que menos me gustan". *Vistazo* 3: 23 (Lima: 1973). (Nota: Esta entrevista no ha sido vista por nosotros).

CÁNEPA, Mario A. "Entrevista N^o 2". *Lenguaje en conflicto: la poesía de Carlos Germán Belli*. Madrid: Editorial Orígenes, 1987. 240 p. 21 cm. ER con solapas. (Colección Tratados de Crítica Literaria). Entrevista en Nueva York, 30 de junio de 1984. (pp. 223-228). (Nota: También véanse COSTA *et al.* "Entrevista N^o 1", que está relacionada con esta).

CORTÍNEZ, Verónica. "Carlos Germán Belli, o el umbral del más allá". *Confluencia: Revista Hispánica de Cultura y Literatura* 12: 1. (Greely, CO: Fall 1996): 205-209. (Nota: Esta entrevista no ha sido vista por nosotros).

COSTA, Marithelma & Adelaida LÓPEZ DE MARTÍNEZ. "Entrevista: Carlos Germán Belli".

- *Hispanamérica: Revista de Literatura* 13: 39. (Gaithersburg, MD: diciembre de 1984): [29]-43.

- En: BELLI, Carlos Germán. *Antología personal*. Prólogo y Edición, Lima: Jorge Cornejo Polar, 1988. [256] p. ilus. 20.5 cm. ER brillante. ISBN: no hay. (pp. 229-245). (Nota: Son iguales los textos de las entrevistas, firmadas por Costa & López de Martínez, y Costa, López & Cánepa salvo algunos ajustes en la p. 34 de Hispanamérica y en la p. 213 del libro de Cánepa. No se explica que el nombre de Mario A. Cánepa no aparezca en el texto de 1984, pero sí en su libro de 1988. Tal vez es una corrección).

COSTA, Marithelma, Adelaida LÓPEZ & Mario A. CÁNEPA. "Entrevista N^o 1". En Mario A. CÁNEPA *Lenguaje en conflicto: la poesía de Carlos Germán Belli*. Madrid: Editorial Orígenes, 1987. 240 p. 21 cm. ER con solapas. (Colección Tratados de Crítica Literaria). Entrevista en Nueva York, 14 de mayo de 1984. (pp. 209-221). (Notas: (a). Véase la Nota que sigue el registro anterior. (b) También véase CÁNEPA, Mario A. "Entrevista N^o 2", que está relacionada con esta).

FORGUES, Roland. "Celebrar el orden y la aventura". *Palabra Viva. Los Poetas*. Primera edición. Lima: Librería Studium Ediciones, 1988. 341, [5] p. 24 cm. ER brillante con solapas. Tomo II: Poetas (Hablan los Poetas). (pp. [129]-136).

GARGANIGO, John F. "Entrevista con Carlos Germán Belli: Lima, 15 de mayo de 1983". *Revista de Estudios Hispánicos* 20: 2. (St. Louis, MO: May 1986): 83-94.

KAPPATOS, Rigas. "Synenteyché me ton peruviano poeté Karlos Gherman Belli". *Proime Heydomada*. (Atenas: 7-13 marzo 1983). (Nota: Esta entrevista no ha sido vista por nosotros).

MADRAZO, Jorge Ariel. "La poesía es una cadena, un río interminable". *Trilce*. Tercera Época 6-7 (Lima: diciembre 2000 - abril 2001): 2-5. Debajo el título: Diálogo con Carlos Germán Belli. El texto es seguido con tres poemas de CGB: "El olvido de la naturaleza", "Balada de la Panacea", "No hay una isla feliz", pp. 7-10.

MARTÍNEZ, Cesáreo. "Carlos Germán Belli: 'Mi reto es llegar a ser un escritor renacentista'". En: MARTÍNEZ, Cesáreo. *Desde la vigilia. Hablan los escritores y pintores peruanos*. Primera edición. Lima: Arte/Reda, octubre de 1989. 212 p. 20.5 cm. ER. (pp. [179]-185). (En Lima, 11 de junio de 1989).

- "El 'restante tiempo terrenal' de Carlos Germán Belli". *La República* (Lima: 11 de junio de 1989): 24-25. 5 fotos de José Abanto. A la cabeza del título: Nuevo libro de una voz mayor de nuestra poesía.

MARTOS, Marco. "Carlos Germán Belli: La alquimia del amor". *Hipocampo* (Suplemento del diario *La Crónica*). (Lima: 5 de octubre de 1986): 12-13. 2 fotos.

O'HARA, Edgar. "Conversación con Carlos Germán Belli". *Debate* 24 (Lima: [diciembre 1983]: 87-90. 2 fotos de H. Schwartz. A la cabeza del título: De la tierra al cielo. El texto también contiene tres poemas de CGB: "El guardameta", "Las albóndigas", "A mi carro". Luego publicado como: "De la tierra al cielo. (Carlos Germán Belli)", en *Partición de los bienes. Conversaciones sobre poesía*. Lima: Lluvia Editores, diciembre de 1998. 133 p. ilus. 21 cm. ER brillante con solapas. ISBN: 9972-627-31-4. (pp. [87]-99. Fechado: Lima, 18 de noviembre de 1982).

RAMÍREZ, Rómulo. "Belli: el poeta se confiesa". *Caretas* 28: 582. (Lima: 20 de diciembre de 1979): 76-77. 2 fotos.

RIVA, Juan Manuel & Javier BARREIRO CAVERTANY. "Carlos Germán Belli (Lima, 1927): 'Escribir y amar contra viento y marea' ". *La danza del ratón* 7: 8 (Buenos Aires: agosto de 1987): 59-65. Siguen 4 poemas, pp. 66-68: "Alimenticios bolos...", "Boda de la pluma y la letra", "¡Oh Hada Cibernética! (¡Oh Hada Cibernética!, ya líbranos...)", "En primavera".

SIFUENTES ORÉ, Luis. "Entre el orden y la aventura". *Perspectiva* 1: 28 (Suplemento del diario *La Prensa*). (Lima: 25 de abril de 1982): 17. Sección: Hojas sin tallo.

SIN ENTREVISTADOR IDENTIFICADO: "Asir la forma poética". *Moneda* 2: 16. (Lima: 1989): 59-62. Incluye el poema: "A la enviada del Hada". A la cabeza del título: Conversación con Carlos Germán Belli.

SIN ENTREVISTADOR IDENTIFICADO: "La ininterrumpida renovación producida en la poesía peruana destaca el poeta Carlos Germán Belli". *La Prensa* (Lima: 4 de mayo de 1972): 17. 1 foto. (Con el poema: "Farewell to Poetry").

VERÁSTEGUI, Enrique. "Belli: la convicción de la palabra". *Variedades: Revista Semanal Ilustrada* (Suplemento del diario *La Crónica*) N° 1315 (Lima: quinto domingo de agosto de 1975): 21. 1 foto.

ZAPATA, Miguel Ángel. "Carlos Germán Belli y el reto estilístico de la poesía".
 - *Linden Lane Magazine* 6: 2-3 (Princeton, New Jersey: abril-septiembre de 1987); *Inti* 26-27 (Providence, RI: 1987-1988): 9-16.;
 - "Carlos Germán Belli: entre lo arcaico y lo posmoderno". *Diario de Poesía* (Buenos Aires/ Rosario: agosto a octubre de 2004): 3-4. 1 foto. Página: Entrevista. El texto es seguido por "Poesía inédita y reciente" que contiene seis poemas: "No despilfarrarlo", "Entre hados y genes", "La edad gastada", "Cavilación de jubiloso", "El destino del ámbar, que es análogo al de la poesía", "Una de cal, otra de arena". (Nota: La portada da la fecha de este número como agosto a octubre. En la sección de la dirección, en la página 2, dice agosto a noviembre).

BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA

4. ESTUDIOS CRÍTICOS, ENSAYOS Y RESEÑAS SOBRE CARLOS GERMÁN BELLI

AGUIRRE, Hugo. "Carlos Germán Belli presentó antología de su obra poética". *El Comercio* (Lima: 19 de junio de 1986): C-13. 1 foto. (Sobre la presentación de *Boda de la pluma y la letra*).

BAZÁN, Dora. "Carlos Germán Belli y sus 'Sextinas'". *Expreso* 10: 3480 (Lima: 25 de mayo de 1971): 17. (Reseña de *Sextinas y otros poemas* de Carlos Germán Belli).

BENEDETTI, Mario. "Carlos Germán Belli en el cepo metafísico". [Primera edición]. Montevideo: Arca Editorial S.R.L., 1967. 213, b, [1] p. 18 cm. ER. (Colección Ensayo y Testimonio). (pp. 136-140).

(Nota: Originalmente publicado bajo el título: "La poesía de Carlos Germán Belli o el hombre en un cepo metafísico". *La Mañana* (Montevideo: 14 de agosto de 1964).

- Segunda edición. Montevideo: Arca Editorial S.R.L., [diciembre 1969]. 262, [2] p. 18.5 cm. ER. (Colección: Ensayo y Testimonio). (pp. 171-175). [Fecha: 1964]. (Contiene 29 ensayos). (Reseña de CGB: *El pie sobre el cuello*, Montevideo: 1967).

- Tercera edición ampliada. Montevideo: Editorial Arca, 1974. (pp. 182-186).
- BERMÚDEZ-GALLEGOS, Marta. "Reseña de *Antología crítica*". *Inti* 34-35 (Providence, RI: 1991-1992): 287-288.
- "Bibliografía de Carlos Germán Belli". En ZAPATA, Miguel Ángel. (Ed). *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, [mayo] 1994. 303 p. 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN (no figura). (pp. [275]-298).
- BORGESON, Paul W., Jr. "Carlos Germán Belli". *Encyclopedia of Latin American Literature*. (Verity Smith, Editor). London, Chicago: Fitzroy Dearborn Publishers, 1997. xxii, 926 p. (pp. 105-108).
- "Estaciones poéticas: Lo moderno en Carlos Germán Belli y la poesía hispanoamericana". Encuentro Internacional de Peruanistas: *Estado de los estudios histórico-sociales sobre el Perú a fines del siglo XX, I-II*. 3-6 septiembre de 1996. Editor Jorge Cornejo Polar. Primera edición. Lima, Perú: Universidad de Lima, [abril] 1998. (2 tomos: 560 más 546 pp.). 26 cm. ER brillante. (Colección Encuentros). ISBN: 9972-45-031-7. (Tomo II: 227-233).
- "Introducción a la poética de Carlos Germán Belli". *Plural* (Revista cultural del diario *Excelsior*) 244 (México: enero 1992): 54-57. (12 poemas: pp. 57-[62]).
- "Poéticas post-nerudianas y la emancipación literaria latinoamericana". *Revista de la Crítica Literaria Latinoamericana* 15: 29. (Lima: 1^{er} semestre 1989).[129]-136. Sección sobre CGB: pp. 135-136.
- "El sistema simbólico de Carlos Germán Belli: expresión pública de un discurso privado". *Texto Crítico* 16: 42-43. (Veracruz, México: enero-diciembre 1990): [115]-122.
- En: BELLI, Carlos Germán. *Los talleres del tiempo: poemas escogidos*. Edición de Paul W. Borgeson, Jr. Madrid: Visor Libros, 1992. 267, [6] p. 19.5 cm. ER. (Colección Visor de Poesía; 284). ISBN: 84-7522-284-6. (pp. 9-20).
- En: ZAPATA, Miguel Ángel. (ed.) *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, mayo de 1994. 303 p. 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (pp. [65]-77).
- "Sobre este libro". BELLI, Carlos Germán. *Los talleres del tiempo: poemas escogidos*. Edición de Paul W. Borgeson, Jr. Madrid: Visor Libros, 1992. 267, [6] p. 19.5 cm. ER. (Colección Visor de Poesía; 284). ISBN: 84-7522-284-6. (pp. 7-8).
- En: BELLI, Carlos Germán. *Los talleres del tiempo: poemas escogidos*. Edición de Paul W. Borgeson, Jr. Madrid: Visor Libros, 1992. 267, [6] pp. 19.5 cm. ER brillante con solapas. (Colección Visor de Poesía; 284). ISBN: 84-7522-284-6. (118 poemas). (Nota: El título que aparece por la carátula es: *Los talleres del tiempo: versos escogidos*).

CÁNEPA, Mario A. "Barroco y neobarroco: alienación en el mundo contemporáneo". ZUGASTI, Mario (Editor). *Estudios de hispanismo contemporáneo: actas*

del Primer Seminario Internacional sobre "Hispanismo en el Siglo XX". New Delhi: Embassy of Spain in New Delhi, 1990 (pp. 35-42).

- "Historia y máscara poética: sobre la poesía de C. G. Belli". *Lexis: Revista de Lingüística y Literatura* 12: 1. (Lima: 1988): 83-90.
- "Lenguaje en conflicto: la poesía de Carlos Germán Belli". Fragmento de tesis de doctorado, City University of New York, 1985. 529 p.
- *Lenguaje en conflicto: la poesía de Carlos Germán Belli*. Madrid: Editorial Orígenes, 1987. 240 p. 21 cm. ER con solapas. (Colección Tratados de Crítica Literaria). (Nota: Basado en el último capítulo de la tesis doctoral del autor, City University of New York, 1985; [incluye 2 entrevistas, bibliografía]).
- "Lenguaje en conflicto: la poesía de Carlos Germán Belli". *Dissertation Abstracts International* 46: 11. (Ann Arbor, MI: May 1986): 3365A;

En: ZAPATA, Miguel Ángel. (ed.) *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, [mayo] 1994. 303 p. 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay (pp. [119]-139). (Nota: Fragmentos 1-41 del registro anterior).

- "Lenguaje en conflicto: la poesía de Carlos Germán Belli, desde el plano barroco y clasicista. Análisis general".

CARLYON, Jonathan. "La forma sociopoética según Carlos Germán Belli: una evolución artística". *La casa de cartón de Oxy*. 2ª Época: 20. (Lima: otoño de 2000): 9-12. 5 fotos, 1 dibujo.

CEVALLOS MESONES, Leónidas. "Sobre la poesía de Belli". *Mundo Nuevo* 8 (París: febrero 1967): 84-86.

CISNEROS, Antonio. "Por el monte abajo". *Amaru* 1. (Lima: enero 1967): 89-92. (Reseña de Carlos Germán Belli, *Por el monte abajo*, Lima: 1966).

CORNEJO POLAR, Jorge. "Belli ante la crítica". *El Mundo* (Lima: 3 al 9 julio de 1994): 6D. (Sección D: Arte & Letras). (Reseña de *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Miguel Ángel Zapata (editor). Lima, Ediciones Tabla de Poesía Actual, 1994. 303 pp.).

- "Belli: *Asir la forma que se va*". *Hipocampo* 1: 23. (Suplemento cultural del diario *La Crónica*). (Lima: 22 de junio de 1986): 5. (Reseña de Carlos Germán Belli, *Asir la forma que se va*).
- *El Café Literario* 48. (Bogotá: enero - marzo de 1987): 33-34. 1 foto. (Notas: (a). Con ligeras variantes, el mismo artículo anterior. (b). Seguido por cuatro poemas de CGB, p. 35: "Poema", "¡Oh Hada Cibernética!" (¡Oh Hada Cibernética! ya líbranos...), "En Bética no bella", "Villanela").

"Belli, el petrarquista". *El Comercio* (Lima: 21 de abril de 1995): A-3. Página: Opinión.

“Belli, nueva etapa”. *Página Libre*, 1: 120. (Lima: 8 de julio de 1990): c18. 3ª sección C. Página: Opinión. 1 foto.

“Belli o la diferencia”. *Dominical* (Suplemento del diario *El Comercio*) (Lima: 7 febrero de 1993): 19.

- *Inti: Revista de Literatura Hispánica* 39. (Cranston, RI: primavera de 1994): [205]-213. (Nota: Ahora, esta revista está editada en Providence, Rhode Island).
- En: ZAPATA, Miguel Ángel (ed.) *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, [mayo] 1994. 303 pp. 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (pp. [215]-228). (Nota: Esta versión es una ampliación del artículo que apareció en *Dominical*).
- “Belli prosista”. *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua* 40. (Lima: 2º semestre de 2005): 117-124. (Nota: Este ensayo será publicado en ZAPATA, Miguel Ángel. (Editor). *Asir la forma que se va*. Por aparecer en 2006, Lima, Fondo Editorial, Universidad Nacional Mayor de San Marcos).
- “Carlos Germán Belli”. *El Jabalí* 4: 5. (Buenos Aires: 1996): 104-108. Por las pp. 107-108 aparecen dos poemas de CGB: “El destino de los escribas”, “(que así por siempre las espaldas vuélvanse)”.
- “Lo deseable como categoría poética”. *Expreso* (Lima: 20 mayo 1980): 10. (Reseña de Carlos Germán Belli, *En alabanza del bolo alimenticio*, México: Premiá Editores S.A., 1979. Colección del Bicho 2).
- En: Hill, W. Nick: *Tradición y modernidad en la poesía de Carlos Germán Belli*. Madrid, Editorial Pliegos, Pliegos de ensayo, 1985; 230 pp. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 12: 24. (Lima: 2º Semestre de 1986): 305-308. (Reseña).
- “Las musas de Eguren y Belli”. *Revista* (Suplemento cultural del diario *El Peruano*). (Lima: 19 diciembre 1994): 4-5. A la cabeza del título: De la ‘Niña de la lámpara azul’ al Hada Cibernética. (Nota: No hay un número de edición para esta fecha).
- “La poesía de Carlos Germán Belli”. *Quinto Poder*. (Suplemento del diario *Eco*, N° 245). (Arequipa: 18 mayo 1969): 5. A la cabeza del título: La hora del lector.
- *La poesía de Carlos Germán Belli: (una aproximación)*. Lima: Universidad de Lima, Facultad de Ciencias Humanas, 1994. 154 pp. 23.5 cm. ER brillante. ISBN: no hay. (Serie Ensayos N° 5).
- “La poesía última de Carlos Germán Belli”. *La Manzana Mordida* 13. (Lima: julio 1982): 32-40.
- “Prólogo”. En: BELLI, Carlos Germán. *Antología personal*. Prólogo y Edición, Jorge CORNEJO POLAR. Lima: Jorge Cornejo Polar, 1988. [256] pp. ilus. 20.5 cm. ER brillante. (pp. [7]-24).

DUCHESNE, Juan. “Mensaje desde la Bética no bella: *Boda de la pluma y la letra*, de Carlos Germán Belli”. (Reseña de) *Escritura: Revista de Teoría y Crítica Litera-*

rias 10: 19-20. (Caracas: 1985): 151-160. (Nota: Este artículo no ha sido visto por nosotros).

ERNESTO, Víctor. "Un reciente poemario de Carlos Germán Belli." *La Crónica Dominical* (Suplemento del diario *La Crónica*). (Lima: 27 julio 1958): 5. (Reseña sobre Carlos Germán Belli, *Poemas*, Lima, 1958). (Nota: Víctor Ernesto es el seudónimo de Víctor Ernesto Poole).

ESCOBAR, Alberto. "Carlos Germán Belli". En: ZAPATA, Miguel Ángel. (ed.) *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, [mayo] 1994. 303 pp. 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (pp. 13-15).

- "Decía, dice... Carlos Germán Belli". En: ESCOBAR, Alberto. *Patio de Letras* 3.
- Tercera edición. Lima: Luis Alfredo Ediciones, octubre 1995. XIX, 386, [1], b, [15] p. 20.5 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (Cap. 15. pp. 331-336). (Nota: Este ensayo no está incluido en las dos primeras ediciones de *Patio de Letras*).
- Cuarta edición corregida y aumentada. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Fondo Editorial, [noviembre] 1999. XXVIII, 420 pp. 24 cm. ER brillante. ISBN: 9972-46-094-0. [1.000 ejemplares]. (Capítulo 16. pp. [341]-346). (Nota: Este ensayo no aparece en las dos primeras ediciones de *Patio de Letras*, Lima, mayo de 1965, Caracas, 1971).
- "En pos de la estructura". En: ESCOBAR, Alberto. *La partida inconclusa. Teoría y método de interpretación literaria*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, S.A., 1970. [186] pp. 18.5 cm. ER. (Colección Teoría Literaria; 4). (pp. 63-[73]). (Referencia a CGB, p. 74). PUBLICADO COMO: *La partida inconclusa o la lectura literaria*. Segunda edición. Lima: Instituto Nacional de Cultura, [setiembre] 1976. 259, b, [1] p. 17.5 cm. ER. ISBN: no hay. (Instituto Nacional de Cultura; 25). (3.000 ejemplares). (pp. 82-96). (pp. 94-96, y 97 de Capítulo 9 "Sobre la estructura y el estilo", (pp. 97-104).

ESPINA, Eduardo. "Carlos Germán Belli y la dificultad". En: ZAPATA, Miguel Ángel. (ed.) *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, [mayo] 1994. 303 pp. 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (pp. 155-164).

EVANS, Simón. "Carlos Germán Belli. Poesía capital". *Revista* (Suplemento cultural del diario *El Peruano*). (Lima: 7 julio 1993): 2-3. 3 fotos, 1 dibujo. (Nota: Simón Evans es un seudónimo de Maynor Freyre).

F.T.H. "Carlos Germán Belli" *7 Días del Perú y del Mundo* 588 (Suplemento dominical del diario *La Prensa*) 588 (Lima: 28 de septiembre de 1969): 29. Dibuja: Raúl Valencia. A la cabeza del título: galería "7 Días".

FLORES, Ángel. "Carlos Germán Belli". En: FLORES, Ángel. *Spanish American Authors of the Twentieth Century*. New York: The H.W. Wilson Company, 1992. xvi, 915 pp. 26 cm. ISBN: 0-8242-0806-4. (pp. 91-92).

FRANCO, Jean. "La poesía posterior al modernismo: otros poetas". En: *Historia de la literatura hispanoamericana a partir de la independencia*. Espulgues de Llobregat, (Barcelona): Editorial Ariel, S.A., 1975. 476 pp. 21 cm. ER. (Letras e ideas. Instrumenta; 7). Traducción castellana Carlos Pujol. Traducción de: *A Literary History of Spain; Spanish American Literatura since Independence*, London, 1973. (CGB aparece por pp. 328-329 del Capítulo 8 "La poesía posterior al modernismo", pp. 267-336).

- GARGANIGO, John. "Carlos Germán Belli". En: ZAPATA, Miguel Ángel. (ed.) *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, [mayo] 1994. 303 pp. 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (pp. 79-86). (Nota: Esto es el mismo texto que lo siguiente "Prólogo" que fue publicado primero).
- En: GARGANIGO, John. (Selección y notas de) *Carlos Germán Belli: Antología crítica*. Primera edición. Hanover, New Hampshire: Ediciones del Norte, 1988. xiii, 236 pp. ilus. 21 cm. Empastado. No hay contraportada. ISBN: no hay. "Carlos Germán Belli: una poesía para tiempos difíciles", Mario Vargas Llosa, pp. i-iii. (pp. v-xiii).
- "Prólogo". En: GARGANIGO, John. (Selección y notas de) *Carlos Germán Belli: Antología crítica*. Primera edición. Hanover, New Hampshire: Ediciones del Norte, 1988. xiii, 236 pp. ilus. 21cm. Empastado. No hay contraportada. ISBN: no hay. "Carlos Germán Belli: una poesía para tiempos difíciles", Mario Vargas Llosa, pp. i-iii. (pp. v-xiii). (Nota: Corresponde al mismo texto de "Carlos Germán Belli". El "Prólogo" fue publicado primero).

GARIBALDI, F. "Poesía y crítica en Carlos Germán Belli". *Incontri* 123. (Lima: junio 1978): 34-35. 1 foto. A la cabeza del título: Cultura Peruana.

GAZZOLO, Ana María. "Belli: una nueva experiencia". *El Comercio* (Lima: 5 abril 1987): C-15. (Reseña de Carlos Germán Belli *El buen mudar*).

- "Estructura de un poema de Carlos Germán Belli: "Sextina del mea culpa". *Creación y Crítica* 15 (Lima: agosto de 1973): [15-19].
- "Poeta por partida doble". *Oiga*. V Etapa 323 (Lima: 30 marzo 1987): 70-71. 2 fotos. A la cabeza del título: Carlos Germán Belli. (Reseña de Carlos Germán Belli *Más que señora humana y El buen mudar*).

GÓMEZ, Sabino. "Los poetas y sus hijos". *Sí* 1: 4. (Lima: 16 marzo 1987): 50-52. 5 fotos, incluyendo 1 de Pilar y Mariela Belli, hijas de CGB. Discusión, p. 52.

GONZÁLEZ VIGIL, Ricardo. "Belli, el pesapalabras". *El Comercio* (Lima: 16 de julio de 1994): A3. Página: Opinión. A la cabeza del título: Nuevas publicaciones. (Reseña de: ZAPATA, Miguel Ángel. *El pesapalabras: Belli ante la crítica*).

"Belli, la forma desasida". *La Crónica* (Lima: 1 diciembre 1979): 5. Página: Editorial. (Comentarios sobre: *Asir la forma que se va y En alabanza del bolo alimenticio*).

- En: ZAPATA, Miguel Ángel. (ed.) *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, [mayo] de 1994. 303 pp. 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (pp. [195]-198).
- "En torno de Belli". *Dominical* (Suplemento del diario *El Comercio*). (Lima: 16 enero 1983): 16. 2 fotos.
- "Prólogo". En: BELLI, Carlos Germán *iSalve, Spes!* Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, [15 enero 2000]. 79 pp. Port., 24 cm. ER con solapas. (El Manantial Oculto; 18). [500 ejemplares]. (pp. 7-16).
- "Reconocimiento de Belli". *Dominical* (Suplemento del diario *El Comercio*). (Lima: 29 de junio de 1986): 19. 1 foto.

HAHN, Óscar. "Belli: contra la corriente". *Revista de Libros* (Suplemento del diario *El Mercurio*). (Santiago de Chile: 29 noviembre 1992): 8. A la cabeza del título: Apuntes. 1 foto de CG Belli.

- "Carlos Germán Belli: Del buen morir". *Revista de Libros* 653 (Suplemento del diario *El Mercurio*). (Santiago de Chile: 10 noviembre 2001): 9. 1 foto de CG Belli. (Sobre el libro de Carlos Germán Belli *iSalve, Spes!*. El artículo no da los siguientes datos de la edición: Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 15 de enero de 2000, 79 pp.). (Notas: (a) Este ensayo fue luego publicado como el prólogo en la edición de *iSalve Spes!*, Carmona (Sevilla): 2003 bajo el título: "Carlos Germán Belli: del buen vivir al buen morir". Véase. (b) Los datos han sido confirmados por terceros).
- "Carlos Germán Belli: del buen vivir al buen morir". *El Dominical* (Suplemento del diario *El Comercio*). (Lima: 23 de julio de 2000).
- En: BELLI, Carlos Germán. *iSalve, Spes!* Carmona (Sevilla): Palimpsesto, 30 de enero de 2003. 79 pp. 20 cm. ER con solapas. ISBN: no hay. Prólogo y Epílogo de Óscar Hahn. (Prólogo: pp. 7-9). (Nota: Previamente publicado en Santiago de Chile bajo el título: "Carlos Germán Belli: Del buen morir". Véase).

"Carlos Germán Belli, *En alabanza del bolo alimenticio*, México, Premiá Editora, 1979". *Hispanérica: Revista de Literatura* 10: 29. (Gaithersburg, Maryland: agosto 1981): 117-118. (Reseña de CGB: *En alabanza del bolo alimenticio*, México, 1979).

"Carlos Germán Belli: ese rico amanuense del Perú". En: ZAPATA, Miguel Ángel. (ed.) *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, mayo 1994. 303 pp. 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (pp. 229-231).

- *La casa de cartón de Oxy*. 2ª Época: 20. (Lima: otoño de 2000): 13. 1 foto.
- En: HAHN, Óscar. *Magias de la escritura*. Barcelona; Santiago: Editorial Andrés Bello, mayo 2001. 189 pp. 24 cm. ER. ISBN: 956-13-1705-2. (2.500 ejemplares). Prólogo de Pedro Lastra "Prosas de Óscar Hahn", pp. 7-8. (pp. 163-166).

- En: BELLI, Carlos Germán *¡Salve, Spes!* Carmona (Sevilla): Palimpsesto, 30 enero 2003. 79 pp. 20 cm. ER con solapas. ISBN: no hay. Prólogo y Epílogo de Óscar Hahn. (Epílogo: pp. 73-75).

HIGGINS, James. "Carlos Germán Belli" *The Poet in Peru. Alienation and the Quest for a Super-Reality*. Liverpool: Francis Cairns, 1982. vii, b, [1], b, 1-166 pp. 22.5 cm. Empastado. Contraportada. (Liverpool Monographs in Hispanic Studies; 1). ISBN: 0-905205-10-3. (pp. 46-64, sección: Poetry of Alienation).

- "Carlos Germán Belli: una introducción a su poesía". *Textual* 4. (Lima: junio 1972): 59-63. 1 foto. (Nota: El mismo texto que "The Poetry of Carlos Germán Belli" con variantes).
- "El mundo poético de Carlos Germán Belli a través del poema 'Contra el estío'". En: *Literatura de la emancipación hispanoamericana y otros ensayos*. Memoria del XV Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana. 2ª sesión en Lima. (9-14 de agosto de 1971). Lima, Perú: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Instituto Internacional de Literatura Internacional, Dirección Universitaria de Biblioteca y Publicaciones, 1972. 429 pp. (pp. 179-183).
- "'No me encuentro en mi salsa': alienación y poesía en Carlos Germán Belli". En: ZAPATA, Miguel Ángel. (ed.) *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, [mayo] 1994. 303 pp. 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (pp. 87-117).
- "Los poetas enajenados". *Ínsula* 29: 332-333. (Madrid: julio-agosto 1974): 7-10.
- "The Poetry of Carlos Germán Belli" *Bulletin of Hispanic Studies* 47 (Liverpool: October 1970): 327-339. (Nota: El mismo texto que "Carlos Germán Belli: una introducción a su poesía" con variantes).
- "Puros e impuros: poetas de los años 40 y 50: Carlos Germán Belli en Bética no bella". En: BELLI, Carlos Germán. *Hitos de la poesía peruana*. Primera edición. Lima: Editorial Milla Batres, agosto de 1993. 241 pp. illus., 24 cm. ER brillante. (pp. 112-129).

HILL, Walter Nickerson "A la zaga de Carlos G. Belli". En: PAOLINI, Gilbert. (ed. & preface). *La Chispa '83, Selected Proceedings*. The Fourth Louisiana Conference on Hispanic Languages and Literatures. New Orleans: Tulane University, 1983. 333 pp. "Foreword", Ernesto Sábato. (pp. 125-133).

- "Carlos Germán Belli". En: HIGGINS, James. *The Poet in Peru: Alienation and the Quest for a Super-Reality*. Liverpool: Francis Cairns, 1982. 166 pp. 22.5 cm. Empastado. Contraportada. (Liverpool Monographs in Hispanic Studies; 1). (pp. 46-64).
- "Carlos Germán Belli, deportista del infinito". En: ZAPATA, Miguel Ángel. (ed.) *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, [mayo] 1994. 303 pp. 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (pp. 141-153).

- "El mundo poético de Carlos Germán Belli a través del poema 'Contra el estío'". En: *Literatura de la emancipación hispanoamericana y otros ensayos*. Memorial del Congreso del Instituto de Literatura Iberoamericana Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1972. (pp. 179-183).
- "El pastor/poeta en el 'microuniverso' belliano". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 10: 20. (Lima: 2º Semestre 1984): 171-188.
- *Tradición y modernidad en la poesía de Carlos Germán Belli*. Tesis doctoral, University of Iowa, 1980. 242 pp.
- Madrid: Editorial Pliegos, 1985. 230 pp. 20 cm. ER. ISBN: 84-86214-06-8. (Colección Pliegos de Ensayo).

HORANYI, Mátyás. "A otra cosa' difícil alternativa de la poesía peruana". *Actas del Simposio Internacional de Estudios Hispánicos*. (Budapest, 18 y 19 de agosto de 1976). Budapest: Akademiai Kiado, 1978, pp. 285-290.

HUAMÁN, Miguel Ángel. "Cuatro interrogantes sobre la literatura". *La casa de cartón de Oxy*. 2ª Época: 20. (Lima: otoño 2000): 20-23. 4 fotos. Bajo el título: "En homenaje a Carlos Germán Belli".

IBÁÑEZ LANGLOIS, José Miguel. "Carlos Belli: *Sextinas y otros poemas*". *El Mercurio* (Santiago: 16 de agosto de 1970): 3. (Firmado con su seudónimo: Ignacio VALENTE).

- En: IBÁÑEZ LANGLOIS, José Miguel. *Poesía chilena e hispanoamericana actual*. Santiago, Chile: Editorial Nascimento, 1975. 399 pp. 17 cm. ER. (Biblioteca Popular Nascimento). (pp. 301-305).
- "La poesía de Carlos Germán Belli". *El Mercurio* (Santiago de Chile: 21 de septiembre de 1969): 3. (Firmado con su seudónimo: Ignacio VALENTE).
- En: IBÁÑEZ LANGLOIS, José Miguel. *Poesía chilena e hispanoamericana actual*. Santiago, Chile: Editorial Nascimento, 1975. 399 pp. 17 cm. ER. (Biblioteca Popular Nascimento). (pp. 295-300).
- En: ZAPATA, Miguel Ángel. (ed.). *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, [mayo] 1994. 303 pp. 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (pp. 233-238).

KAPPATOS, Rigas. "E synchroné Latinoamerikaninke poiésé Karlos Cherman Belli." *Stochoi arithmos* 2, filloy 5-6. (Atenas, Grecia: genares-apriles 1980): 4-5. (Nota: Este artículo no ha sido visto por nosotros).

KREBS, Víctor Eduardo. "La estructura petrarquista de las canciones de Carlos Germán Belli". *La casa de cartón de Oxy*. 2ª Época: 20. (Lima: otoño 2000): 14-19. 4 fotos.

LA TORRE, Alfonso. "La moderna angustia de Carlos Germán Belli". *El Comercio Gráfico* (Suplemento del diario *El Comercio*) 2: 725. (Lima: 8 julio 1964): 6. (Reseña de Carlos Germán Belli, *El pie sobre el cuello*, Lima: 1964). (Nota: Comenta Olga Espejo "Un poeta peruano contemporáneo: Belli, ensayo bibliográfico (1958-1995)").

- En: BELLI, Carlos Germán. *Trechos del itinerario (1958-1997)*. Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, [julio] 1998. p. 271. "Para poder transmitir lo que el autor califica de "moderna angustia", Belli ha asumido cierta forma de expresión").

LASTRA, Pedro. "Después de Vallejo. (Poesía de Carlos Germán Belli)". *Suplemento Dominical* (Suplemento del diario a *La Nación* (Santiago de Chile: 14 mayo 1967): 5. I foto de CGB. A la cabeza del título: Valoraciones hispanoamericanas: Página "Gaceta Literaria". Acompañan el texto de PL seis poemas de CGB: "Cepo de Lima" de *Por el monte abajo*; "Poema" (Nuestro amor no está en nuestros respectivos...) y "Poema" (Si de tantos yo sólo hubiera angustia...) de *Poemas*; y tres textos sin título de la tercera edición, ampliada de *¡Oh Hada Cibernética!*: I. "¡Oh padres, sabedlo bien:..."", II. "¡Cuánta existencia menos cada vez,..."", III. "¡Oh, Hada Cibernética!, ya líbranos..."", Caracas, 1971. (Notas: (a) Aunque la primera página también contiene textos literarios, la designación *Suplemento Dominical* aparece por la primera vez en la cabeza de la segunda página del periódico y continúa hasta la séptima página. Las páginas siguientes contienen las noticias. No hay cuerpos (o secciones) distintos. (b) Errata. En la referencia bibliográfica de Ángel Flores, *Bibliografía de escritores hispanoamericanos/A Bibliography of South American Writers (1609-1974)*, New York: Gordian Press, Inc., 1975, pp. 200, dice abril 14, 1967. La fecha correcta es 14 mayo 1967).

LEGAULT, Christine. "Carlos Germán Belli: la retórica del plagio". En: *Poesía hispanoamericana posvanguardista y manierismo: dimensiones formales de una intertextualidad cultural*. Tesis presentada en parcial cumplimiento de los requerimientos para el Grado de Doctor en Filosofía, en Español, en The Graduate College of the University of Iowa, 1987. 144 pp. Capítulo III. ("Está íntegramente dedicado a CGB, de cuya obra se trata también en los otros tres [capítulos] y en las consideraciones finales"). (Fuente: Jorge Cornejo Polar. *La poesía de Carlos Germán Belli: (una aproximación)*. Lima: 1994. p. 137).

- "'Plagio' y trasgresión en la poética belliana". Ponencia presentada en la sesión dedicada a Carlos Germán Belli en la Conferencia de Lenguas Extranjeras (Universidad de Kentucky, 24 abril 1987).
- ZAPATA, Miguel Ángel. (ed.) *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, [mayo] 1994. 303 pp. 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (pp. 21-40).

LÉVANO, César. "Una primavera florida". *Caretas* 14: 297. (Lima: 18-25 septiembre 1964): 26-29. 8 fotos. Abajo el título: Libros de versos que no sólo interesan a la literatura. (Nota: En la bibliografía de Jorge Cornejo Polar, *La poesía de Carlos Germán Belli: una aproximación*, Lima: 1994, p. 143, dice Manuel Lévano. El autor es César Lévano).

LIHN, Enrique. "En alabanza de Carlos Germán Belli". *Inti: Revista de Literatura Hispánica* 18-19. (Providence, RI: otoño 1983 - primavera 1984): 131-134. (Hay 20 poemas de CGB que siguen este texto, pp. 135-145).

- EN: BELLI, Carlos Germán. *Antología personal*. Prólogo y Edición, Jorge CORNEJO POLAR, Lima: Jorge Cornejo Polar, 1988. [256] pp. ilustr. 20.5 cm. ER brillante. ISBN: no hay. (pp. 223-227).
- EN: ZAPATA, Miguel Ángel. (ed.). *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, [mayo] 1994. 303 pp. 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (pp. 205-210).
- "Poetry: Carlos Germán Belli". *Review* 31. (New York: January-April 1982): 6-7. 1 foto de CGB. Introduction and Selection by Enrique Lihn. Translated by Jo Ann Engelbert. El texto de Enrique Lihn está seguido por "Carlos Germán Belli: Seven Poems" (español/inglés). Translated by Luis Harss, pp. 7-9. "El cráneo, el árbol, los plagios"/"Brain, Tree, Plagiary", "Papá, mamá"/"Papa, Mama", "Una desconocida voz"/"An Unknown Voice", "Después de mil mudanzas"/"After a Thousand Skins", "¡Oh Hada Cibernética!...". (¡Oh Hada Cibernética!, ya líbranos...)/"Oh Computer Fairy! (Oh Computer Fairy! Chaste antidote...)", "Boda de la pluma y la letra"/"Wedding of Quill and Word", "Amanuense"/"Copy Clero".

LLAQUE, Paúl. "Belli, Carlos Germán. *Antología Crítica*. Selección y Notas de John Garganigo. Prefacio de Mario Vargas Llosa. Hanover, Ediciones del Norte, 1988".

- *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 15: 30. (Lima: 2º semestre de 1989): 361-363. (Reseña).

M.V.R. "Nuevo poemario de Carlos Germán Belli". *Expreso* (Lima: 17 diciembre 1979): 11. Página: Cultural. (Reseña de *En alabanza del bolo alimenticio*).

MENESES, Carlos. "Carlos Germán Belli, *Asir la forma que se va*. Javier Sologuren, *Vida continua*, Lima, Cuadernos del Hipocampo, 1979". *Hispanamérica* 9: 27. (Gaithersburg, Maryland: diciembre 1980): 115-116. (Reseñas de *Asir la forma que se va* de CGB y *Vida continua* de Javier Sologuren).

MEZA, Luis Antonio. "*Antología Personal: Carlos Germán Belli*". *El Comercio* (Lima: 5 noviembre 1989): A2. Página: Opinión. A la cabeza del título: Nuevos libros. (Reseña de Carlos Germán Belli, *Antología personal*).

MIRÁN, Diego. "Belli, poeta del desvivir". *Dominical* (Suplemento del diario *El Comercio*). (Lima: 25 noviembre 1962): 9. 1 foto. (Nota: Diego MIRÁN es un seudónimo para Sebastián Salazar Bondy). (Véase).

MORA, Tulio. "La esencia (roja) del nocturno Sol". *Cambio* (Lima: 27 febrero 2000): 18-19. 8 fotos. Sección: Cultural. Debajo el título: "El gran himno a la esperanza de Carlos Germán Belli".

MORENO-DURÁN, Rafael Humberto. "En alabanza del humano bofedal". En Belli, Carlos Germán. *Como el halcón peregrino. La augusta sílaba*. Primera edición. Santafé de Bogotá: Editorial Santillana, S.A., enero 1995. 348 pp. 21.5 cm. ER brillante con solapas. (Aguilar. Nuevo Siglo). ISBN: 958-24-0168-0. (pp. 281-287. 6 fotos).

O'HARA, Edgar. "Canciones y otros poemas". Carlos Germán Belli, México, Premiá Editora, 1982, 55 pp. *Debate* 19. (Lima: marzo 1983): 81-82. 1 foto. Página: Libros y Autores. (Reseña de) En: O'HARA, Edgar. *Cuerpo de reseñas*. Lima: Ediciones del Azahar, 1984. 117 pp. 21 cm. ER brillante. [120 ejemplares]. (pp. 100-102).

OQUENDO, Abelardo. "Belli, Carlos Germán: *En alabanza del bolo alimenticio*", Premiá Editora S.A., México, 1979". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 6: 12. (Lima: 2º Semestre 1980): 288-290. (Reseña de).

"Belli: la otra poesía". *El Caballo Rojo* 1: 3. (Suplemento del diario *El Diario Marka*). (Lima: 1 de junio de 1980): 9.

"Belli: una coyuntura difícil". *Dominical* (Suplemento del diario *El Comercio*). (Lima: 6 de septiembre de 1970): 26. 1 dibujo.

"Belli: una poesía desgarrada". *El Comercio Gráfico* 1: 224. (Suplemento dominical del diario *El Comercio*). (Lima: 19 de noviembre de 1962): 8.

"Carlos Germán Belli: *El pie sobre el cuello*", Ediciones de La Rama Florida, Lima, 1964. *Revista Peruana de Cultura* 3. (Lima: octubre de 1964): 145-147. (Reseña de). Sección: Crítica de libros.

ORRILLO, Winston. "Belli, Carlos Germán: El pie sobre el cuello". Lima, Ediciones de La Rama Florida, 1964. *Correo* (Lima: 1 junio 1964). (Nota: Esta publicación no ha sido vista por nosotros).

– *Letras* 36: 72-73. (Lima: 1º y 2º Semestre de 1964): 333-335. (Reseña de).

– "Belli: desde el infierno de lo cotidiano". *Oiga* 241. (Lima: 29 septiembre 1967): 22-24. 2 fotos. (Nota: Este texto es el resultado de una conversación que WO tuvo con CGB, pero no es una entrevista en sí).

– "*El pie sobre el cuello*". *El Comercio* (Lima: 25 de octubre de 1967): 2. A la cabeza del título: Libros nuevos. (Reseña de la segunda edición, Montevideo, 1967).

ORTEGA, Julio. "Calidad expresionista de Belli". *7 Días del Perú y del Mundo* (Suplemento del diario *La Prensa*). (Lima: 24 julio 1966): 34. (Reseña de *Por el Monte Abajo*, Ediciones de La Rama Florida, 1966).

– "Carlos Germán Belli". En: ORTEGA, Julio. *Figuración de la persona*. [Barcelona]: EDHASA, enero de 1971. (© 1970) 324 p. 21½ cm. ER con solapas. (El Puente Literario, 6). (pp. 129-136).

- "La poesía de Carlos Germán Belli". *Cormorán* 1: 3. (Santiago de Chile: noviembre 1969): 5 (Por p. 8, los poemas "Los extraterrestres", "El olvidadizo" más una foto de CGB).
- *Imagen* 33 (Caracas: 15 septiembre 1968): 41-46.
- Prólogo. En: BELLI, Carlos Germán. *Sextinas y otros poemas*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, S.A., mayo 1970. [62] pp. 18.5 cm. (Cormorán. Colección Letras de América, v. 24). (pp. 9-19).
- En: ZAPATA, Miguel Ángel. (ed.). *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, [mayo] 1994. 303 pp. 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (pp. 185-193).
- "La poesía peruana actual". *Cuadernos Americanos* 27: 156: 1. (Lima: enero-febrero 1968): 191-200. (Carlos Germán Belli: pp. 196-197. CGB está citado: p. 194).

OVIDO, José Miguel. "Belli: más pavor, más asfixia". *Dominical* (Suplemento del diario *El Comercio*). (Lima: 24 mayo 1964): 8. 1 dibujo. Reseña sobre Carlos Germán Belli, *El pie sobre el cuello*, Lima: 1964).

- En: ZAPATA, Miguel Ángel. (ed.). *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, [mayo] 1994. 303 pp. 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (pp. 181-184).
- "Belli: otra inmersión en el mismo infierno". *Dominical* (Suplemento del diario *El Comercio*). (Lima: 18 de septiembre de 1966): 22.

PANTIGOSO, Manuel. "Lo arcaico y lo popular reúne poesía de Belli". *La Prensa* (Lima: 5 mayo 1980): 11. 1 foto.

- En: PAOLI, Roberto. "Razón de ser del neoclasicismo de Carlos Germán Belli". *Estudios sobre literatura peruana contemporánea*. Firenze: Università degli Studi di Firenze: 1985. 229 pp. 21 cm. ER. (Atlantida testi e studi litterari hispanoamericana ; 1). (pp. 151-160).
- En: GOIC, Cedomil. (Editor). *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*. Vol. III, *Época contemporánea*. Barcelona: Crítica, 1988. (pp. 267-271).
- En: BELLI, Carlos Germán. *Antología personal*. Prólogo y Edición, Jorge CORNEJO POLAR. Lima: Jorge Cornejo Polar, 1988. [256] pp. ilus. 20.5 cm. ER brillante. ISBN: no hay. "Prólogo" de Jorge Cornejo Polar, pp. 7-24. (pp. 211-221).
- En: BELLI, Carlos Germán. *Canciones y otros poemas*. [Segunda edición]. Trujillo: Ediciones SEA - Casa del Artista, [febrero] 1992. xiv, 7-69 [b], [1] p. 20 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. Municipalidad Provincial de Trujillo, Casa del Artista, 16 de marzo 1892-1992. (Colección Homenaje al Centenario de César Vallejo ; 14-15). (pp. i-xiv).
- En: ZAPATA, Miguel Ángel. (ed.). *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, [mayo] 1994. 303 pp. 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (pp. [41]-53).

PAOLI, Roberto & Carlotta NEROZZI. "Introduzione". BELLI, Carlos Germán. *O Fata Cibernetica!* Introducción, scelta e versione di Roberto Paoli e Carlotta Nerozzi. Prima edizione. Reggio Emilia: Elitropia Edizioni, [giugno] 1983. 220 pp. 20 cm. ER. Contraportada. (In Forma di Parole; Decimo). "Introduzione", pp. 9-18. "Notizia", pp. 19-20. (61 poemas).

PAREDES CASTRO, Juan. "Belli: poesía y angustia". *La Crónica, Edición Dominical* (Suplemento del diario *La Crónica*). (Lima: 9 marzo 1969): 4. 1 foto y 1 dibujo. El texto está seguido por dos poemas: "El Olvidadizo", "En el Coto de la Muerte".

PEREIRA S., Orlando. "A nuestros amigos". *La casa de cartón de Oxy*. 2ª Época: 20. (Lima: otoño de 2000): 1. (Carta a los lectores presentando este número que es dedicado a CGB).

[POOL, Víctor Ernesto]. VÉASE: ERNESTO, Víctor.

PORTUGAL, Ana María. "Belli y la poesía peruana a nivel continental". *Revista de la Semana* (Suplemento del diario *Correo*). (Lima: 17 diciembre 1967): 7. (Nota: Errata. Mario A. Cánepa, en su *Lenguaje en conflicto: La poesía de Carlos Germán Belli*, Madrid: Editorial Orígenes, 1987, p. 231, dice que la fecha es 27 de diciembre, 1967 y que las páginas son 20-21).

RODRÍGUEZ PADRÓN, Jorge. "La aventura poética de Carlos Germán Belli". En: ZAPATA, Miguel Ángel. (ed.). *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, [mayo] 1994. 303 pp. 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (pp. 55-61).

RUIZ BARRIONUEVO, Carmen. "Reescritura e invención en las 'canciones' de Carlos Germán Belli". *Hispanamérica* 29: 85. (Gaithersburg, MD: abril de 2000): 37-50.

SÁINZ DE MEDRANO, Luis. "La penúltima poesía peruana: Carlos Germán Belli". En: ZAPATA, Miguel Ángel. (ed.). *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, [mayo] 1994. 303 pp. 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (pp. 239-262).

SALAS, Horacio. "Carlos Germán Belli: *En alabanza del bolo alimenticio*", Ed. Premiá editora, Colección Libros del Bicho, Méjico. *Cuadernos Hispanoamericanos* 369. (Madrid: marzo 1981): 688-689. Sección: En pocas líneas.

SALAZAR BONDY, Sebastián. (También VÉASE: Diego MIRÁN, seudónimo de SSB). "Belli: realidad en carne viva del amor a la poesía". *Dominical* (Suplemento del diario *El Comercio*). (Lima: 17 mayo 1964): 8. 2 fotos. A la cabeza del título: "Distancias y Aproximaciones". (Nota: Errata. En W. Nick Hill, *Tradición y mo-*

dermidad en la poesía de Carlos Germán Belli, Madrid: Pliegos, 1985, p. 223, dice que la fecha es 17 marzo 1964 y que la página es 30).

- PUBLICADO TAMBIÉN COMO: “Belli: realidad en carne viva”. En: ZAPATA, Miguel Ángel. (ed.). *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, [mayo] 1994. 303 pp. 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (pp. 177-179).
- “Dos poetas, dos ensayos de existencia”. *La Gaceta*. Publicación del Fondo de Cultura Económica 11: 120. (México: agosto 1964): [4]. A la cabeza del título: “Carta del Perú”: (Reseñas de dos libros: Blanca Varela *Luz de día*, Lima: Ediciones de La Rama Florida, 1963; & Carlos Germán Belli *El pie sobre el cuello*, Lima: Ediciones de La Rama Florida, 1964).
- “Un poeta y el compromiso que asume”. *La Prensa* (Lima: 11 abril 1958): 12. (Reseña de CG Belli, *Poemas*. 1958). A la cabeza del título: “Un Libro Cada Semana”. (Nota: Erratas. W. Nick Hill, en su *Tradición y modernidad en la poesía de Carlos Germán Belli*, Madrid, 1985, p. 223, dice que este artículo aparece por las pp. 24-25. Mario A. Cánepa, en su *Lenguaje en conflicto: La poesía de Carlos Germán Belli*, Madrid: 1987, p. 231, cita la fecha como 8 de agosto de 1976, p. 22).

SANTIVÁÑEZ, Róger. “Canciones de Carlos Germán Belli.” *La Prensa* (Lima: 26 de diciembre de 1982): 21. 1 foto. Sección: Libros. (Reseña del libro de CGB *Canciones y otros poemas*, México, 1982).

SCHOPF, Federico. “Carlos Germán Belli, ¡Oh Hada Cibernética!” *Anales de la Universidad de Chile* 132. (Santiago: octubre-diciembre de 1964): 228-231. (Reseña de este libro de CGB).

SILVA, Rubén. “Carlos Germán Belli”. *Literatura Peruana*. Lima: *Expreso*, [s.f.]. pp. [177]-184. 27.5 cm. (Expreso Fascículo Coleccionable; 23). 9 fotos, 3 dibujos. Incluye los poemas: “Sextina de los desiguales”, “No salir jamás”). (Nota: El periódico limeño *Expreso* emitió una serie de 40 fascículos individuales sobre poetas y narradores peruanos con sus ediciones entre el 6 de octubre de 1997 y el 6 de julio de 1998. El Nº 23 fue publicado el 9 de marzo de 1998).

- En: *Literatura peruana (1528-1997)*. [Lima]: *Expreso*, [s.f.], [1998]. 320 pp. ilus. 29 cm. Empastado. ISBN: no hay. (Nota: La colección entera de los 40 fascículos fue empastada en un solo tomo y vendido como un volumen completo bajo este título. Véase la cita previa para este título).

SOLOGUREN, Javier. “Belli selecto: Boda de la pluma y la letra. Carlos Germán Belli”, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1985. *Debate* 8: 41. (Lima: noviembre de 1986): 79. 1 foto. Página: Libros y Autores. (Reseña del libro de CGB *Boda de la pluma y la letra*).

- “Carlos Germán Belli”. SOLOGUREN, Javier. *Tres poetas peruanos contemporáneos: Belli, Delgado, Salazar Bondy (claves para su interpretación)*. Tesis, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1968, Lima. 116 h., 28 cm. (inédito).

- En: SOLOGUREN, Javier: *Tres poetas, tres obras: Belli, Delgado, Salazar Bondy. (claves para su interpretación)*. Lima: Instituto Raúl Porras Barrenechea, (UNMSM), 1969. 111 pp. 18 cm. ER. Escuela de Altos Estudios y de Investigaciones Peruanistas, Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Director: Jorge Puccinelli. (pp. 7-40). (Nota: Errata. W. Nick Hill, en su *Tradición y modernidad...*, Madrid, 1985, dice pp. 9-20).
- “Carlos Germán Belli: barroquismo y contemporaneidad”. *Escandalar* 4:1. (Nueva York: enero-marzo de 1981): 73-74. (Nota: Este artículo no ha sido visto por nosotros).
- SOLOGUREN, Javier. *Gravitaciones & tangencias*. Lima: Editorial Colmillo Blanco, primavera de 1988. 423, pp. ER. (Colección de Arena). ISBN: no hay. Carátula: grabado del autor. (pp. 288-291).

“La poesía de Carlos Germán Belli”. En: ZAPATA, Miguel Ángel. (ed.). *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, [mayo] 1994. 303 pp. 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (pp. 167-175).

SUÑÉN, Juan Carlos. “En las hospitalarias estrofas. Carlos Germán Belli”. *ABC Cultural*. (Suplemento del diario ABC). (Madrid: 23 de febrero de 2002): 16. A la cabeza del título: “Escúchame, canción”. (Reseña del libro de Carlos Germán Belli *En las hospitalarias estrofas*, Lanzarote. Fundación César Manrique, 2001).

TAMAYO VARGAS, Augusto. “Boda de la pluma y la letra”. En: ZAPATA, Miguel Ángel. (ed.). *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, [mayo] 1994. 303 pp. 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (pp. 211-214). (Nota: La Publicación original de este texto fue bajo el título “Boda de la pluma y la letra de Carlos Germán Belli” en *Contacto*. Lima: julio-agosto de 1986. Véase).

“Boda de la pluma y la letra de Carlos Germán Belli”. *Contacto* 12: 128 (Lima: julio-agosto de 1986): 3-4. Columna: El Columnista Invitado. (Nota: Publicado después bajo el título “Boda de la pluma y la letra” en Miguel Ángel Zapata (ed.). *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*, Lima: 1994. pp. [211]-214. Véase).

TIFFERT WENDORFF, Liliana. “Carlos Germán Belli (15 September 1927–)”. En: *Modern Spanish American Poets*. Second Series. Edited by María A. Salgado. Farmington Hills, Michigan: The Gale Group, Inc., 2004. xxix, 445 pp. illus., ports., 29 cm. Empastado. (A Bruccoli Clark Lyman Book). (Dictionary of Literary Biography; v. 290). (pp. 20-25. 4 fotos).

TORO MONTALVO, César. “Carlos Germán Belli”. César. *Historia de la literatura peruana*. Primera edición. Lima: A.F.A. Editores, 1996. 21.5 cm. Emp. (13 tomos).

ISBN: no hay. Tomo XI. *Siglo XX. Poesía-Teatro (1900-1995)*. 633-1205, [40], [1], [7] pp. Las [40] son páginas sin numeración de fotos. (CGB: pp. 753-766).

– Tomo X. *Siglo XX. Poesía-Teatro (1900-1995)*. 9-463, [153], [3] pp. Las [153] son páginas sin numeración de fotos. (CGB citado: pp. 9, 19. Foto de CGB, p. [151]).

URCO, Jaime. “Carlos Germán Belli. *Boda de la pluma y la letra*”. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1985. 182 pp. Kuntur: *Perú en la Cultura* 1. (Lima: julio-agosto de 1986): 55-56. 1 foto. (Reseña de).

– “Carlos Germán Belli: Un místico del siglo XX”. *Sí* 1: 8. (Lima: 13 de abril de 1987): 53. 1 foto de CGB.

VALENTE, Ignacio. Seudónimo de José Miguel Ibáñez Langlois - VÉASE.

VARGAS LLOSA, Mario. “Belli y la rebelión”. *Dominical* (Suplemento del diario *El Comercio*). (Lima: 8 de junio de 1958): 4-5. 1 dibujo. (Reseña del libro de CGB, *Poemas*).

– “Carlos Germán Belli: una poesía para tiempos difíciles”. En: GARGANIGO, John, Selección y notas de *Carlos Germán Belli: Antología crítica*. Primera edición. Hanover, New Hampshire: Ediciones del Norte, 1988. xiii, 236 p. ilus. 21 cm. Empastado. ISBN: no hay. (pp. i-iii).

– En: BELLI, Carlos Germán. *Antología personal*. Prólogo y Edición, Jorge CORNEJO POLAR. Lima: 1988. [256] p. ilus. 20.5 cm. ER brillante. ISBN: no hay. “Prólogo” de Jorge Cornejo Polar, pp. [7]-24. (pp. 209-210). (Nota: Es el mismo texto como “Una poesía para tiempos difíciles” abajo).

– “Una poesía para tiempos difíciles”. En: ZAPATA, Miguel Ángel. (ed.). *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, [mayo] 1994. 303 pp. 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (pp. 201-203).

– *La casa de cartón de Oxy*. 2ª Época: 20 (Lima: otoño de 2000): 8. 1 foto. (Nota: Es el mismo texto como “Carlos Germán Belli: una poesía para tiempos difíciles” arriba).

VELÁZQUEZ, Jaime G. “*Canciones y otros poemas de Carlos Germán Belli*”. *Vuelta* 8: 86. (México: enero de 1984): 34-35. Sección: Libros.

VÉLEZ MARQUINA, Elio. “Símbolo y verso bellianos en ‘Vamos rápido a tu reino’: nueva exégesis del Hada Cibernética”. *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua* 36. (Lima: 2º semestre de 2002): 163-178.

VERA OCAMPO, Raúl. “Poesía arcaica, poesía actual II”. *Crónica Cultural* (Suplemento del diario *La Crónica*) 2: 92 (Lima: 26 de mayo de 1982): VII. 1 foto.

W.O. VÉASE: ORRILLO, Winston.

- ZAPATA, Miguel Ángel. "Apuntes preliminares". En: ZAPATA, Miguel Ángel. *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, [mayo] 1994. 303 pp. 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (pp. 9-11).
- "Belli o el retrato del Edén recuperado". En: ZAPATA, Miguel Ángel. *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, [mayo] 1994. 303 p. 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (pp. 263-271).
- "Carlos Germán Belli: poeta perdurable". *Moradas de la voz: Notas sobre la poesía hispanoamericana contemporánea*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Instituto de Investigaciones Humanísticas, [diciembre] 2002. 224 pp. 20.5 cm. ER brillante con solapas. ISBN: 9972-688-34-8. (pp. 137-138).
- (Editor). *El pesapalabras: Carlos Germán Belli ante la crítica*. Lima: Ediciones Tabla de Poesía Actual, [mayo] 1994. 303 pp. ilustr., 22 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. Prólogo "Carlos Germán Belli" de Alberto Escobar, pp. 13-15. (Reúne 20 estudios críticos sobre la poesía de CGB, con bibliografía exhaustiva).

5. ANTOLOGÍAS QUE INCLUYEN LA POESÍA DE CARLOS GERMÁN BELLI

Antología de la poesía amorosa española e hispanoamericana. Edición de Víctor de LAMA. Madrid: Editorial EDAF, S.A., 1993. 495 pp. 21.5 cm. ER con solapas. (Biblioteca EDAF; 200). ISBN: 84-7640-737-8. (10ª edición abril 2002). "Introducción" de Víctor de Lama, pp. 21-26. (182 poetas o tradiciones de 21 países). (CGB: 2 poemas, pp. 455-457).

Antología de la poesía erótica española e hispanoamericana. Edición de Pedro PROVENCIO. Madrid: Editorial EDAF, S.A., junio de 2003. 661 pp. 22 cm. Empastado. Contraportada. (Biblioteca EDAF; 258). ISBN: 84-414-0893-9. "Introducción" de Pedro Provencio, pp. 9-42. (227 = 218 poetas, 2 juegos de poesía anónima y 7 clasificaciones de poesía). (CGB: 1 poema, pp. 520-521).

Antología de la poesía hispanoamericana. Selección, Prólogo y Notas de Juan Gustavo Covo BORDA. Primera edición. México. Fondo de Cultura Económica, [15 julio] 1985. 518 pp. 23 cm. ER brillante. (Tierra Firme). ISBN: 968-16-1935-8. (CGB: 6 poemas, pp. 348-353).

Antología de la poesía hispanoamericana. (Editor). José M. GÓMEZ LUQUE. Madrid: Ediciones y Distribuciones Alba, S.A., 1989. 192 pp. 18 cm. ER. (Colección: Literatura universal). (58 poetas de 19 países). (CGB: 4 poemas, pp. 163-166).

Antología de la poesía hispanoamericana actual. Selección, prólogo y notas de Julio ORTEGA. Primera edición. México: Siglo Veintiuno Editores, S.A. de C.V., [junio] 1987. XVIII, 505 pp. 18 cm. ER brillante. (La Creación Literaria). ISBN:

968-23-1403-8. (5.000 ejemplares y sobrantes). [Esta antología ha llegado a su 9ª edición]. (CGB: 10 poemas, pp. 256-262).

Antología de la poesía hispanoamericana (1915-1980). Selección y estudio preliminar de Jorge RODRÍGUEZ PADRÓN. Madrid: Espasa-Calpe, S.A., 1984. 443 pp. ilus. 17.5 cm. ER. (Selección Austral ; 132). ISBN: 84-239-2132-8. (CGB: 15 poemas, pp. [245]-260).

Antología de la poesía hispanoamericana moderna. Coordinación y prólogo: Guillermo SUCRE. Primera edición en M.A., corregida y aumentada. Caracas: Monte Ávila Latinoamericana, C.A., [Baruta]: USB-Equinoccio, [agosto] 1993. (2 tomos) 21 cm. Empastado. Contraportadas. Caja. (Altazor). ISBN: 980-01-0381-3. (A.P.H.M.); ISBN: 980-01-0382-1 (Tomo I); ISBN: 980-01-0383-X (Tomo II). (CGB: 16 poemas, pp. 549-559).

Antología de la poesía latinoamericana, 1950-1970. Selección, prefacio, introducción y anotaciones por Stefan BACIU. First Edition. Albany, New York: State University of New York Press, 1974. (2 tomos) 23.5 cm. ER. ISBN: 0-87395-077-1. & ISBN: 0-87395-177-8 (microfiche). (CGB: 4 poemas, Tomo 2, pp. 1000-1006).

Antología de la poesía peruana. (Compilador). Colección dirigida por José BONILLA AMADO. [Primera edición]. Lima: Ediciones Nuevo Mundo, [s.f.]. [Circa 1967]. 157, [3] p. 17.5 cm. ER con solapas. (Escritores Latinoamericanos). (CGB: 6 poemas, pp. 139-142). (Nota: Esta antología tiene cinco ediciones. La segunda edición, [octubre 1980] es una reimpresión de la primera. Los cinco poemas de CGB aparecen por las páginas 139-137 en la [Tercera edición], [agosto 1981]. La [Cuarta edición], [noviembre 1984], está ampliada y contiene 190 páginas. Los seis poemas de CGB aparecen por las páginas 129-131. La [Quinta edición], [abril 1991] es una reimpresión de la cuarta).

Antología de la poesía peruana. Prólogo, selección y notas de Alberto ESCOBAR. Lima: Ediciones Nuevo Mundo, 1965. 219, [1], [2] p. 17.5 cm. ER con solapas. (Escritores Latinoamericanos). (CGB: 10 poemas, pp. 176-181);
 – [Edición ampliada]. Lima: Promoción Editorial Inca S.A. (Ediciones PEISA), 1973. 16.5 cm. (2 tomos). (Biblioteca Peruana; 27, 30). ISBN: no hay. (CGB: 10 poemas, pp. 159-166).

Antología de la poesía peruana. SECRETARÍA EJECUTIVA DEL CONVENIO ANDRÉS BELLO. Selección de Jaime URCO NÚÑEZ & Juana IGLESIAS LÓPEZ. Bogotá, Colombia: Cuadernos Culturales Andinos, Año 7, Nº 7, 1987. 202 pp. 23.5 cm. ER. ISBN: 958-9089-08-9. (CGB: 4 poemas, pp. 168-169).

Antología de la poesía viva latinoamericana. (Edición e introducción de) Aldo PELLEGRINI. Primera edición. Barcelona: Editorial Seix Barral, S.A., [julio] 1966.

317 pp. 19.5 cm. ER con solapas. Contraportada. (Biblioteca Breve; 237). "Introducción" de Aldo Pellegrini, pp. 7-16. (CGB: 13 poemas, pp. 243-247).

Antología de poetas hispanoamericanos contemporáneos. (Editores). Alfonso GARCÍA RODRÍGUEZ & Ángel GARCÍA ALLER. León, Argentina: Editorial Nebrija, S.A., 1980. 335, [1] p. ilus. 24 cm. ER brillante. (Colección Crítica). ISBN: 84-391-4600-0. "Presentación" de los Autores [editores], pp. 5-6. Dibujos: Menchero. (CGB: 8 poemas, pp. 269-272). (Nota: No hay un espacio marcado entre los textos de los poemas "Mi amor..." y "Si de tantos...". El texto aparece como dos partes de un solo poema).

Antología general de la literatura peruana. Introducción y selección de Javier SOLOGUREN. Primera edición. México: Fondo de Cultura Económica, [junio] 1981. 535 pp. 16.5 cm. ER. (Colección Popular; 210). ISBN: 968-16-0754-6. (5.000 ejemplares). (CGB: 8 poemas, pp. 439-445).

Antología general de la poesía peruana. (Selección de) Ricardo SILVA-SANTISTEBAN. Lima: Biblioteca Nacional del Perú, [agosto] 1994. 623 pp. 22 cm. ER. ISBN: no hay. (Biblioteca Básica Peruana; XVIII). "Presentación" de Juan Mejía Baca. [Introducción] por Martha Fernández de López. (CGB: 9 poemas, pp. 584-591).

The Borzoi Anthology of Latin American Literature: The Twentieth Century from Borges and Paz to Guimarães Rosa and Donoso. Selected and Edited with Introductions by Emir RODRÍGUEZ MONEGAL. With the assistance of Thomas COLCHIE. New York: Alfred A. Knopf, Inc., 1977. (2 tomos) 23.5 cm. ER. (A Borzoi Book). (CGB: 20 poemas. Tomo II, pp. 824-830).

"Catorce poetas hispanoamericanos de hoy". Editado por Pedro LASTRA & Luis EYZAGUIRRE. *Inti: Revista de Literatura Hispánica* Número Especial 18-19. (Providence, Rhode Island: otoño de 1983 - primavera de 1984): 317 pp. (CGB: 20 poemas, pp. 135-145).

Las 100 mejores poesías peruanas contemporáneas. Selección de Francisco CARRILLO. Lima: Antologías de La Rama Florida, 1961. 153, [b], [4] p. 19 cm. ER con solapas. (CGB: 1 poema, p. 133).

50 poemas peruanos/20 cuentos peruanos. Compilador, Selección y notas: Víctor SORACEL. (Seudónimo para: Víctor LECAROS). Primera edición. Lima: Ediciones Rikchay Perú, Octubre de 1980. 80, [132] pp. 20 cm. ER. ISBN: no hay. (CGB: 1 poema, p. 68). (Nota: Este libro tiene cinco ediciones. Las ediciones de octubre de 1980; abril de 1982; febrero de 1985 y abril de 1992 son exactamente iguales. La cuarta edición de abril 1988, está publicada en dos tomos: *50 poemas peruanos*, y *20 cuentos peruanos*. El poema de CGB aparece en la p. 68 del tomo de poesía).

Centuria: Cien años de poesía en español. [No hay un editor indicado]. Madrid: Visor Libros, 2003. 631 pp. 19.5 cm. ER brillante con solapas. (Colección Visor de Poesía; 500). ISBN: 84-7522-913-1. "Prólogo" de J.G.S., pp. 7-12. (Nota: La carátula no tiene el título de esta antología. Dice: "Los 140 mejores lectores de poesía escogen los poemas del siglo XX que, por algunas razones, aparecían por encima de cualesquiera otros convocados al editarse el Nº 500 de la Colección VISOR de Poesía". Error: hay solamente 130 lectores. (79 poetas). (CGB: 1 poema, p. 540, escogido por Abelardo Sánchez León).

"Contemporary Latin American Literature". [No hay un editor indicado para este número especial. El editor de la revista es Charles Newman]. *TriQuarterly* 13-14. (Evanston, Illinois: Fall/Winter 1968-1969): 496 p. (CGB: contiene 20 poemas de *Oh Hada Cibernética!*, pp. 186-193. Traducidos al inglés por Clayton Eshleman).

Encuentro con la poesía hispanoamericana. El uso de la palabra. Lima: Universidad de Lima, Vice-Rectorado, mayo 1994. 426 pp. 29.5 cm. ER brillante. ISBN: no hay. (500 ejemplares). "Presentación" de Fernando Rosas Moscoso, Vice-Rector, Presidente de la Comisión Organizadora. Comisión Organizadora: Fernando Rosas Moscoso (Presidente), Jorge Cornejo Polar (Coordinador General), Carlos López Degregori, Enrique Espinoza Benavides- Joyo. El encuentro ha sido realizado en la UL del 7 al 10 de junio de 1994. (93 poetas de 10 países). (CGB: 5 poemas, pp. 48-52).

"Esposizione de poeti peruviani del Novecento". A cura de Antonio MELIS. *In Forma di Parole*. La Quarta Serie. 20: 3. (Bologna: Luglio-Agosto-Settembre 2000). (CGB: 9 poemas en italiano y español, pp. [206]-229, traducidos por Antonio Melis).

Homenaje a Ángel Cuadra. (Prólogo y dirección). Juana Rosa PITA. Miami: SOLAR Ediciones de poesía, [mayo] 1981. 190. [1] p. 21 cm. ER. (Solar; XIX). "Poesía y barbarie" de JRP [Juana Rosa Pita], pp. 7-9. (CGB: 1 poema, pp. [13]-16).

Imagen de la literatura peruana actual. Selección y prólogo de Julio ORTEGA. Lima: Editorial Universitaria, 1971. (3 tomos). 19 cm. ER con solapas. (CGB: 3 poemas, Tomo II: pp. 1-3).

Las islas extrañas. Antología de poesía en lengua española (1950 - 2000). Selección de Eduardo MILÁN, Andrés SÁNCHEZ ROBAYNA, José Ángel VALENTE, Blanca VARELA. Barcelona: Círculo de Lectores, S.A., & Nueva Galaxia Gutenberg, S.A., 2002. 989 pp. 21.5 cm. Empastado. Contraportada. ISBN Círculo de Lectores: 84-226-9571-5. ISBN Galaxia Gutenberg: 84-8109-390-4. "Historial de una antología". Nota del editor, de Nicanor Vélez, pp. 7-13. Prólogo" de Eduardo Milán, Andrés Sánchez Robayna, José Ángel Valente, Blanca Varela, pp. 15-37. (99 poetas de 12 países). (CGB: 10 poemas, pp. 537-543).

Lateinamerika - Stimmen eines Kontinents. Prosa - Lyrik - Theater - Essay. [Editor] Günter W. LORENZ. Tübingen und Basel: Horst Erdmann Verlag für Internationalen Kulturaustausch, 1974. [515] pp. 21 cm. Empastado. ISBN: 3 7711 0176 x. "Zum Geleit" de Rudolf Grossmann, pp. 9-[10]. "Vorwort" de Günter W. Lorenz, pp. 11-16 p. "Literatur in Lateinamerika" de Günter W. Lorenz, pp. 17 [22]. (CGB: 1 poema en alemán y español, p. 99).

El libro de unos sonidos. Selección de Reynaldo JIMÉNEZ. Buenos Aires: Ediciones Último Reino, marzo de 1988. 282, [1] p. 16 cm. ER con solapas. ISBN: 950-9418-30-7. A la cabeza del título: Catorce poetas del Perú; Xavier Abril, Martín Adán, Carlos Germán Belli, Francisco Bendezú, Leopoldo Chariarse, Jorge Eduardo Eielson, Américo Ferrari, César Moro, Carlos Oquendo de Amat, Alejandro Romualdo, Sebastián Salazar Bondy, Javier Sologuren, Blanca Varela, Emilio Adolfo Westphalen. (CGB: 14 poemas, pp. 59-76).

"Littérature du Pérou". [No hay un editor indicado]. *EUROPE: Revue mensuelle.* Paris: 44^o Année: N^o 447-448 (Juillet-Août 1966). 268 pp. "Pérou de notre coeur" de Pierre Abraham [le Director], pp. [3]-4. (Este número está dividido en dos partes: (1) la literatura del Perú y (2) suivi de hommage à Rafael Alberti. Incorporamos solamente la parte peruana, pp. 3-186. La "Antologie poétique" aparece por las pp. 46-92. "Proses", pp. [93]-164. Ensayos: pp. 4-45, [165]-172. "Chronologie historique et littéraire", pp. 173-186 de Jorge Falcón, María Antonia Baca, Julián Garavito). (40 poetas, 19 narradores y 12 ensayos por 11 autores). (CGB: 1 poema, pp. 82-83).

La madre en los mejores poemas peruanos. (Compilador). Abel RUBIO. Primera edición. Barranco, Lima: Editorial Mecenaz, 1978. 114, b, [1] p. 20 cm. ER con solapas. (CGB: 1 poema, p. 96).

Los más bellos poemas de amor y desamor. Selección y Prólogo de Juan Manuel ROCA. Primera edición. Bogotá: Editorial Oveja Negra, diciembre 1991. 235 pp. 22 cm. Empastado. Contraportada. ISBN: 958-060094-5. (CGB: 1 poema, p. 41).

"Muestra de la poesía hispanoamericana actual". Selección y notas de Pedro LASTRA. *Hispanamérica* 4: 11-12 (Tacoma Park, MD: 1975): [75]-147. Esta antología contiene 10 poetas, ocho nacidos entre 1917-1930 y dos entre 1938 y 1939. (CGB: 12 poemas, pp. [105] 11). (Nota: Ahora, esta revista está editada en Gaithersburg, MD).

Nueva poesía peruana (Antología). (Selección e introducción de). Augusto TAMAYO VARGAS. Primera edición. Barcelona: Ediciones Saturno, 1970. 127 pp. 21 cm. ER. (El Bardo, Colección de Poesía ; 62). (2.000 ejemplares). (8 poetas). (CGB: 10 poemas, pp. [35]-44).

“Nuevos poemas”. En: *Palabra de escándalo*. Edición a cargo de Julio ORTEGA. Barcelona: Tusquets Editor, 1974. 456 pp. 17.5 cm. Stiff boards with elastic closure. ISBN: 84-7223-902-0. (Año 1973-74 Colección. Textos en el aire). (CGB: 4 poemas, pp. 253-258).

La palabra en el tiempo: Antología de la poesía peruana contemporánea. Selección y notas de Guillermo DELGADO y Martha ISARRA. Primera edición. [Lima]: Gabrielle Editores, mayo de 1990. 79 pp. 16.5 cm. (Colección Popular). (2.000 ejemplares).

Parque del Amor (Poesía). [No hay editor indicado]. Lima: Salgado Editores, junio 1993. Volumen I. 139, [1], [4] p. ill. 20.5 cm. ER. ISBN: no hay. (CGB: 4 poemas, pp. 57-59).

The Penguin Book of Latin American Verse. Edited by Enrique CARACCIOLO-TREJO. Harmondsworth, Middlesex, England: Penguin Books Ltd., 1971. xiv, b, 425 pp., 18.5 cm. ER. ISBN: 014 042.136 x. “Introduction” by Henry Gifford, pp. xxxvii-xlv. (CGB: 3 poemas en español/inglés, pp. 344-345).

Peru: The New Poetry. Edited by Maureen AHERN & David TIPTON. London: London Magazine Editions, 1970. 128 pp., 21cm. SBN: 900620 16 x. (12 poetas). (CGB: 12 poemas, pp. 34-39). (Nota: La designación SBN es el sistema antecedente al sistema actual de ISBN). [Second edition, expanded]. Edited by David TIPTON.

– New York: Red Dust, Inc., 1977. 173 pp. 24.5 cm. Empastado. Contraportada. ISBN: 0-87376-024-7. (15 poetas. Tiene 43 poemas más que la edición de 1970. DT en el prólogo dijo que porque no ha podido incluir nuevos poemas de CGB, incluyó los 10 restantes de *¡Oh Hada Cibernética!* Para “balancear” la contribución de CGB). (CGB: 21 poemas en inglés, pp. 47-57).

Poemas del amor erótico. Selección de M[irko] LAUER y A[belardo] OQUENDO. Introito de Antonio CISNEROS. Lima: Mosca Azul Editores, septiembre de 1972. 59, [4] p. 19 cm. (Con dibujos de Gastón Garreaud). (CGB: 1 poema, pp. 33-34).

Poesía. Selección de Javier SOLOGUREN. Lima: Ediciones del Sol, 1963. XVIII, 209 pp. 21.5 cm. ER con solapas. (Biblioteca de Cultura Peruana Contemporánea; VIII). “Prólogo” de Luis Alberto Ratto, pp. XIII-XVIII. (CGB: 4 poemas, pp. 145-147).

Poesía amorosa latinoamericana. Prólogo, selección y notas de Manuel RUANO. Caracas: Biblioteca Ayacucho, © 1994, se terminó de imprimir en [septiembre] de 1995. XVII, [b], 223, [b], [4] p. 21 cm. ER. (Colección Claves de América; 18). ISBN: 980-276-260-1. “De los amores y amoríos de la poesía latinoamericana” de Manuel Ruano, pp. VII-XVII. (CGB: 1 poema, p. 101).

Poesía concreta del Perú/Vanguardia plena. Estudio y antología. (Selección de). José BELTRÁN PEÑA. Primera edición. Lima: Editorial San Marcos, 1999. 364 pp. 20.5 cm. ER brillante con solapas. (CGB: 1 poema, pp. 172-173).

Poesía contemporánea del Perú. Selección y prólogo de Manuel SCORZA. Lima: Ediciones de la Comisión Nacional de Cultura, Casa de Cultura del Perú, julio de 1963. xv, [267] pp. 17 cm. ER. (Primera Serie de Cultura Peruana; 2). (CGB: 1 poema, pp. 121-126).

Poesía contemporánea del Perú. Selección de Augusto TAMAYO VARGAS. Lima: Universidad Nacional de Ingeniería, Ediciones Departamento de Extensión Universitaria, 1962. [4], 30, 34 p. "Cincuenta años de poesía peruana (1910-1960)", de Augusto Tamayo Vargas, pp. 1-30.

• **Савремена Поезија Перуа.** [SERBIO]

Уредици В. П. ПАЗАРЕВИЋ, Драгомир ПАЗИЋ, Звездан ЈОВИЋ.

- Крчшевац: Багдала, 1976. 92 p. 23 cm. (Поезија Народа) (Тцраж 1,000)

Препев са шпанског: Мирјана Војин.

Избор и предговор: "Савремена Поезија Перуа", Карлос Савапета, pp. 5-10.

(**Poemas de CGB:** Карлос Херман Бељи (2) p. 61. "Песма" (Наша лубав није...)

"Стигла је недеља.")

(Traducción al español del serbio)

Poesía Contemporánea del Perú. Editores B. L. AZAREVICH, Dragamir LAZICH & Zvezdan YOVICH. Krushevats: Bagdala, 1976. 92 p. 23 cm. ER son solapas. Contraportada. (Serie: Poesía Popular). (1.000 ejemplares). Traducción del español: Mariana Bojen. Prólogo: "Poesía contemporánea de Perú", de Carlos Zavaleta, pp. 5-10. (34 poetas). (CGB: 2 poemas, p. 61).

Poesía, continuidad maravillosa. Selección de Abelardo OQUENDO. Primera edición. Lima: Ediciones Peruanas Simiente, [junio] 1960. 125 pp. 21.5 cm. ER. (Textos Auxiliares de Cultura General). Carátula de José Bracamonte V. (CGB: 1 poema, p. 117).

Poesía nueva latinoamericana. (Compilador), Manuel RUANO. Primera edición. Lima: Ediciones El Gallinazo, Octubre 1981. 268 pp. 19.5 cm. ER. ISBN: no hay. (Contiene 146 poetas de 24 países). (CGB: 1 poema, p. 33).

• **Позы Перу.** [RUSO]

Составление З. БРАГИНСКОЙ.

- Москва: "Художественная Литература", 1982. [351] p. 17 cm. Empastado.

Перевод с цспанскоу.

Редакционная коллегия: Е. ВИНОКУРОВ, С. МАМОНТОВ, В. СТОЛБОВ,

Н. ТОМАШЕВСКИЙ. Предисловие: С. МАМОНТОВА.

(**Poemas de Карлос Зрман Бељи (Bellí):** (8) pp. 232-240. "Стихотворение", "Секстина о несоразмерности", "Прорплитание", "Отступник", "Отмежевание", "Милые лапа и мама!...", "Беднаг душа ,раздираемая на части...", "О кибернетическая фея,...")

(Traducción al español del ruso)

Poesía Peruana. Compilador E. BRAGINSKAYA. Moscow: "Art Literature", 1982. [351] pp. 17 cm. Empastado. Traducido del español. Equipo editorial/Editorial staff: E. VINOKUROV, S. MAMONTOV, V. STOLGOV, N. TOMASHEVSKY. Prólogo/Preface: C. MAMONTOV. (28 poetas). (CGB: 8 poemas, pp. 232-240).

Poesía peruana. Antología general. Tomo III: *De Vallejo a nuestros días*. Prólogo, selección y notas de: Tomo I: Alejandro ROMUALDO; Tomo II: Ricardo SILVA SANTISTEBAN; Tomo III: Ricardo GONZÁLEZ VIGIL. Lima: Ediciones Edu-banco, [diciembre], [marzo], [julio] 1984. (3 tomos). 20.5 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (Tomo III: XX, 539 pp). La Fundación del Banco Continental para el Fomento de la Educación y la Cultura. (CGB: 4 poemas, Tomo III: pp, 171-175).

Poesía peruana contemporánea: antología selecta de la tortuga ecuestre. Prólogo, Selección y Notas de Gustavo ARMIJOS. Lima: Ediciones Cultura Peruana, [julio] 2003. 299 pp. 21 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. "Homenaje en el trigésimo aniversario de la revista 'La Tortuga Ecuestre'", de Danilo Sánchez Lihón, pp. 5-8. "Prólogo" de Gustavo Armijos, pp. 9-12. (CGB: 2 poemas, pp. 37-38).

Poesía peruana del siglo XX. (Selección y prólogo de). César TORO MONTALVO. Lima: Fondo Editorial Cultura Peruana, 1 de noviembre de 2003. 78, [1] p. 22 cm. ER brillante con solapas. (Colección Perú Lee; 16.). ISBN: no hay. (CGB: 1 poema, p. 42).

Poesía peruana 1960. Antología. Presentación de Estuardo NÚÑEZ. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Letras, Departamento de Literatura, 1961. 58 pp. 25 cm. ER. (Publicaciones del Departamento de Literatura; 11). "Presentación" de Estuardo Núñez, pp. 5-7. (CGB: 2 poemas, p. 9).

Poesía peruana para escolares. Antología didáctica. Presentación de Jorge ESPINOSA SÁNCHEZ. Primera edición. Lima: Ediciones Cultura Peruana, marzo de 2002. 78, [1] p. 21 cm. ER brillante con solapas. ISBN: no hay. (Serie: Antologías). (Por la portada: (Desde la Época Incaica hasta nuestros días). (Por la carátula posterior, dice: Antología Didáctica para Estudiantes de Secundaria). "Presentación", Jorge Espinosa Sánchez, p. 3. (CGB: 2 poemas, pp. 53-54).

Poesía peruana para jóvenes. Selección y prólogo de Ricardo GONZÁLEZ VIGIL. Primera edición. Lima: Santillana, S.A., mayo de 2001. 176 pp. 21.5 cm. ER brillante. ISBN: 9972-847-11-X. (Alfaguara Juvenil). Ilustración de carátula: Carlos Malásquez. (CGB: 1 poema, p. 100).

Poesía peruana: Siglo XX. Selección, prólogo y notas de Ricardo GONZÁLEZ VIGIL. Lima: Ediciones COPÉ, Departamento de Relaciones Públicas de PETROPÚ S.A.,

1999. (2 tomos) ER brillante con solapas. ISBN: O.C.: 9972-606-11-2. Tomo I: *Del modernismo a los años 50*, 769 pp. (CGB: 10 poemas, pp. 640-658). Tomo II: *De los años 60 a nuestros días*, 780 pp.

Poésie péruvienne de XXe siècle d'expression espagnole. Selección y traducción de Claude COUFFON. Genève, (Switzerland): Editions Patiño, Décembre 1999, © 2000. [511] pp. 20.5 cm. ER brillante con solapas. (Littératures et cultures latino-américaines; [12]). ISBN: 2-88213-030-9. Édition bilingue. Traduction de Claude Couffon. "Avant-propos", Geraldo Cavalcanti, pp. 7-8. "Petite histoire de la poésie péruvienne", Claude Couffon, pp. 9-32. Título por la carátula: *Poésie péruvienne de XXe siècle*. (77 poetas). (CGB: 9 poemas en francés/español, pp. 250-257).

Poetas peruanos contemporáneos/Peruvian Contemporary Poets I. Compilado y traducidos al inglés por Olga BINGHAM POWELL. Lima: Ediciones de La Rama Florida, 1966. [31 páginas sin numeración]. 18 cm. ER.

Poetas del mundo. Encuentro. Primera edición. Lima: Universidad de Lima, (Colección Encuentros). & México: Fondo de Cultura Económica, [agosto] 1998. 256 pp. 26.5 cm. ER brillante con solapas. ISBN: 9972-45-061-9. El encuentro ha sido realizado en la Universidad de Lima el 2-4 de septiembre de 1998. "Presentación" por Jorge Cornejo Polar (p. 9), [Jefe], Comisión Organizadora del Encuentro "Poetas del Mundo". (CGB: 7 poemas, pp. 19-28).

Poeti ispano americani contemporanei. Dalle prime avanguardie - Vallejo, Huidobro, Guillén, Borges, Neruda - ai poeti d'oggi. A cura di Marcelo RAVONI e Antonio PORTA. Prima edizione italiana. Milano: Giangiacomo Feltrinelli Editore, gennaio 1970. XXXIX, 579 pp. 18.5 cm. ER. (Universale Economica Feltrinelli; 579). "Introduzione" de Marcelo Ravoni, pp. v-xxxv. "Traduzione come esperienza" de Antonio Porta, pp. xxxvi-xxxvii. Traduzione dallo spagnolo di Marcelo Ravoni e Antonio Porta. (CGB: 14 textos en español y italiano, pp. 442-453).

Sol de ciegos. Compilado por Cesáreo MARTÍNEZ. Lima: Instituto Cultural Peruano-Soviético, Reunión Elegida Ediciones, 1989. (Serie de 51 plaquetas para cada uno de los 50 poetas peruanos y uno ruso que participaron en este programa patrocinado por el ICPS entre mayo y octubre de 1989). (CGB: 7 poemas, pp. [201]-[208]. También, sin paginación, por la plaqueta [Nº 26] para el primer jueves de agosto de 1989).

Szobor A Tengeren. Mai Perui Költ k. [HÚNGARO] [Compilador] Mátyás HORÁNYI. Budapest: Európa Könyvkiadó, [n.d.][1976]. 185 p. 18.5 cm. ER. (Serie: Modern Könyvtár; 300.) ISBN: 963-07-0900-7. Trad. Majteny Zoltan. 'Introducción: "Perui Emlék", Béla KÖPECZI. pp. 5-6. (CGB: 4 poemas, pp. 75-78).

Unsere Freunde die Diktatoren Lateinamerikanische Schriftsteller heute. Prosa, Essays, Poesie. Herausgegeben von Curt MEYER-CLASON. München: Verlag Autoren Edition, 1980. 292 pp. 21 cm. ER. ISBN: 3-7610-0560-1. (CGB: 1 poema, pp. 227-228).

Unstill Life/Naturaleza viva. Editado por/Edited by Mario BENEDETTI. New York: Harcourt, Brace & World, Inc., 1969. 127 pp. 24 cm. Empastado. Contraportada. Library of Congress catalog card Number: 69-17114. Traducción de/Translated by Darwin J. Flakoll y/and Claribel Alegría. Ilustraciones de/Illustrated by Antonio Frasconi. (CGB: 1 poema, español/inglés, pp. 113-115).

Ventana al mar. Muestra de poesía de España y las Américas. Editor Manuel de la PUEBLA. San Juan, Puerto Rico: Ediciones Mairena, [1 diciembre] 1992. 293, [4] p. 21 cm. ER. ISBN: no hay. "Encuentro hispanoamericano de poesía" de Manuel de la Puebla, pp. 3-8. (Reimpresión de N^o 34 de la revista *Mairena*). (CGB: 3 poemas, pp. 44-45).

Visiones de lo real en la poesía hispanoamericana. Selección de Mario CAMPAÑA. Primera edición. Barcelona: DVD ediciones, S.L., septiembre de 2001. 298 pp. 21 cm. ER brillante con solapas. (DVD poesía ; 37). ISBN: 84-95007-48-7. "Visiones de lo real en la poesía hispanoamericana" de Mario Campaña, pp. 7-15. (CGB: 10 poemas, pp. 153-162).

Voces y luces. Poesía hispanoamericana. A cura di Martha CANFIELD. Milano: McF srl-Ediciones Olivares, [s.f.]. 203 pp. 19 cm. ER brillante con solapas. ISBN: 88-85982-44-1. "La festa della poesia" di Martha Canfield, pp. 9-13. (CGB: 5 poemas-bilingüe español/italiano, pp. 43-56).

Y la espiga será por fin espiga. Prólogo, selección y notas de Manuel RUANO. Lima: Ediciones Consejo de Integración Cultural Latinoamericana (CICLA), [s.f.]. [Cerca 1986]. 239 pp. 17.5 cm. ER. Primer Encuentro SICLA, Poesía. "Presentación" de Fernando Arias Vera, pp. 9-10. "Prólogo" de Manuel Ruano, pp. [14]-17. (30 poetas de 11 países). (CGB: 4 poemas, pp. 81-88).

The Yellow Canary Whose Eye Is So Black. Edited and translated by Cheli DURÁN. New York: Macmillan Publishing Co., Inc., 1977. XXIV, 348 pp. 24.5 cm. Empastado. Contraportada. ISBN: 0-02-732910-0. (CGB: 2 poemas, pp. 298-301, bilingüe).

TESTIMONIOS

DOS CARTAS DE PABLO NERUDA A
JOAQUÍN EDWARDS BELLO

CONSULADO DE CHILE EN BURMA, RANGOON
Nº RANGOON, 12 EN DICIEMBRE 1927

Joaquín, tengo algo que comunicarte, y son recuerdos y ocio. Estoy viejo en Birmania, con tres meses en que comienza a verse el aburrimiento. Este es un hermoso país, pero huele a destierro. Pronto se fatiga uno de ver raras costumbres, de acostarse sólo con mujeres de color; de ver un diario espectáculo de interior inaccesible. Tal vez muy pronto acuda a ti a ver si me hallas otro destino. Ahora, en tanto pueda reunir algunas rupees, trataré de viajar por China y Japón, y conocer el norte de la India. Sólo que escasea el dinero. Has visto alguna de mis crónicas? Me dirás si te gustan. Las he hecho sacrificando bastante mi libertad, sin embargo el diario no ha cumplido, y hasta aquí no he recibido ningún pago. Aquí se vive caramente y debo pagar 700 chilepesos por una pensión modesta. El clima es caluroso pero me gusta. Hay un color verde vivo por todas partes, y un inmenso hormigueo de gente a todas horas.

Hace tiempo llegó un paquete de Naciones, y fue una verdadera fiesta de un día leer todos tus artículos de una vez. Con Álvaro Hinojosa te recordamos con gran frecuencia. Y más que nunca en los Clubs de Lisboa. Por qué reniegas del juego en tus artículos? Por qué destruir tan hermosa fuente de absurdo? No quiero disminuir la alegría de verte fuera de lo establecido. Por mi parte yo cada día trato de alimentar más eficazmente mi propia locura, y ese es el camino de la salvación.

Madrid también era como recinto tuyo, y tu espectro nos acompañó con grandeza. Estarás en España este próximo año? Quisiera volver allí y publicar unos versos que están haciendo un libro. Pienso también en una pequeña revista para restringidos sudamericanos.

En este momento Álvaro Hinojosa te dedica un saludo insistente, a través de dos meses de distancia. Si ves a Cruchaga, a Manuel Hübner diles que vengan, que no vacilen: Aquí verán al auténtico pájaro del Sol.

Deseo verte, y te abrazo

Pablo Neruda
Consul for Chile
295 Dalhousie Street
Rangoon
Burma

Isla Negra 26 de
Enero 1953

Querido Joaquín,
te escribo en papel
de trabajo, en el único
que, de verdad, nos
gusta. Creo que entre
tú y yo, aunque cosas
que no abarcamos, nos
separen, nos une este
fundamento: somos buenos
trabajadores.
Tu artículo fue, con
el premio, un aguinaldo
imprevisto. Aunque,
rápido como flecha,

Isla Negra 26 de
enero 1953
Querido Joaquín,
te escribo en papel
de trabajo, en el único
que, de verdad, nos
gusta. Creo que entre
tú y yo, aunque cosas
que no abarcamos, nos
separen, nos une este
fundamento: somos
buenos trabajadores.
Tu artículo fue, con
el premio, un aguinaldo
imprevisto. Aunque,
rápido como flecha,

2

tiene tu consistencia
aérea y certera. Das
casi siempre en el blanco.
El casi lo he agregado,
no por disminuirte
sino porque
hay cosas grandes que
no conozco (como el
drama de nuestra época:
los Rosenberg, dignos
de Esquilo.) Pero son
muchas las cosas que
yo también desconozco.

2

tiene tu consistencia
aérea y certera. Das
casi siempre en el blanco.
El casi lo he agregado,
no por disminuirte
sino porque hay cosas
grandes que no conoces
(como el drama de nuestra
época: los Rosenberg, dignos
de Esquilo) Pero son
muchas las cosas que
yo también desconozco.

3

Esa idea que expresas
de Chile la comparto.
Hace 15 años subrayé a
la geografía física del
Sr. A. Pissis (París, 1875)
lo siguiente (pág. 126):

"Desde esta época aparece
el suelo de Chile como
uno de esos anchos respiraderos
que ponen en relación
el interior del globo
con su superficie"

Parece que esta ^{fuera} la definición
latente en tu artículo.
Increíble como estos
-al parecer- resecos naturalistas
son nuestros próximos
parientes. Nosotros trataremos
de adivinar lo que

3

Esa idea que expresas
de Chile la comparto.
Hace 15 años subrayé en
la geografía física del
Sr. A. Pissis (París, 1875)
lo siguiente (pág. 126):

"Desde esta época aparece
el suelo de Chile como
uno de esos anchos respiraderos
que ponen en relación
el interior del globo
con su superficie".

Parece que esta fuera la definición
latente en tu artículo. Increíble como
estos -al parecer- resecos naturalistas
son nuestros próximos parientes. Nosotros
trataremos
de adivinar lo que

4

ellos averiguaron con
disciplinada modestia.

Tu artículo es una
ráfaga de adivinaciones, y
sobre esa base podrías escribir
un libro hermosísimo.

Creo que olvidaste
a Acario Cotapos. Por donde
anduve, en Madrid, París,
N. York etc. oí hablar de
él como de un fenómeno
portentoso. No sólo su
música (aún incomprendida)
atrajo la atención
del microcosmos mundial,
sino su persona. En Madrid

4

ellos averiguaron con
disciplinada modestia.

Tu artículo es una
ráfaga de adivinaciones, y
sobre esa base podrías escribir
un libro hermosísimo.

Creo que olvidaste
a Acario Cotapos. Por donde
anduve, en Madrid, París,
N. York etc. oí hablar de
él como de un fenómeno
portentoso. No sólo su
música (aún incomprendida) atrajo
la atención del microcosmos mundial,
sino su persona. En Madrid

5

si darse sus "Voces de gesta"
y dividirse a gritos y
golpes la opinión del
teatro. Federico (García Lorca)
sólo se callaba ante él.

Si hay un chileno
de Genio, creo que es Cotapos.

Pero sería alargar
esta carta que sólo quiere
agradecer tu inteligencia,
regalo importante aún
para aquellos que como
yo son demasiado traídos
y llevados por la notoriedad.

5

vi darse sus "Voces de gesta"
y dividirse a gritos y
golpes la opinión del
teatro. Federico (García Lorca)
sólo se callaba ante él.

Si hay un chileno
de genio, creo que es Cotapos.

Pero sería alargar
esta carta que sólo quiere
agradecer tu inteligencia,
regalo importante aún
para aquellos que como
yo son demasiado traídos
y llevados por la notoriedad.

6

También se trata de
que confirmo mis ideas
de fraternidad y amistad.
Nunca he escrito contra
un escritor. He vivido
atacado y mortificado
por escritores que ^{se} sentían
mal en mi presencia en
la literatura. Por mi parte
yo escogí enemigos me,
grandes que aplastaban
no sólo a mí sino a
mi pueblo.
Por eso soy un hombre con partido.

6

También se trata de
que confirmo mis ideas
de fraternidad y amistad.
Nunca he escrito contra
un escritor. He vivido
atacado y mortificado
por escritores que se sentían
mal con mi presencia en
la literatura. Por mi parte
yo escogí enemigos más
grandes que aplastaban
no sólo a mí sino a
mi pueblo.
Por eso soy un hombre con partido.

7

~~para~~ Tus palabras
son la confirmación
de lo más seguro:
la tierra y el tiempo
nos hicieron fraterni-
zar en este pedazo
de ~~tierra~~^{montes}, mar, nieve
y vino que es nuestra
patria y esta consi-
stencia de nuestra vida
y nuestra obra no puede ser
~~ni~~ casualidad ni
inconsecuencia estéril:

7

Tus palabras
son la confirmación
de lo más seguro:
la tierra y el tiempo
nos hicieron fraternizar
en este pedazo
de montes, mar, nieve
y vino que es nuestra
patria, y esta convivencia
de nuestra vida
y nuestra obra no puede ser
casualidad ni
inconsecuencia estéril:

8

debemos darle todo el
contenido de generosi-
dad, que de amistad
y paz que logremos
asir. De otra manera
la "familia chilena"
nuestra profunda ^{pasada}
venidera familia no
nos echará de menos.
Te abraza y agradece
Pablo
Neruda

8

debemos darle todo el
contenido de generosidad,
de amistad y de paz que logremos
asir. De otra manera
la "familia chilena",
nuestra profunda pasada y
venidera familia no
nos echará de menos.

Te abraza y agradece

Pablo Neruda

MI NIÑEZ Y ADOLESCENCIA EN LA SERENA
1871-1888*

Julio Montebruno López

ADVERTENCIA

He respetado en estos recuerdos, tan vivos y exactos en mi memoria como si se refirieran a cosas ocurridas ayer, hasta los últimos ápices de la verdad. No la he dicho, por cierto, toda entera, porque, sea por el carácter íntimo y delicado de ciertas materias, sea por no gustarme descorrer ante el público el velo que oculta la vida privada de los míos o de los demás, sea por juzgar sin interés alguno ciertas cosas, he obligado a las nueve décimas partes de mis remembranzas a permanecer recluidas en la penumbra de lo reservado y secreto.

No narro algunos sucesos, generalmente muy personales o desprovistos de interés artístico o psicológico, por haberme faltado para ello el principal estímulo: el placer. He tratado ante todo de dejar, aunque no lo consiga o sea de escaso valor, un documento útil a la inteligencia de la naturaleza humana y del desarrollo de un individuo de mi época, necesario a la conservación de las impresiones y matices, más bien que hechos, próximos a desaparecer conmigo, de un período de la historia de La Serena. Creo necesario advertir que no cito ni hago referencias a personas vivas en el momento de redactarlo.

Figurando entre los propósitos muy secundarios de este trabajo el dar a conocer a los miembros jóvenes de mi familia muchos datos sobre ella que pueden serles útiles en la vida, espero que el público, si los lee, tendrá paciencia, dándoles la escasa importancia que tienen en el relato.

Nací tres meses después de proclamado en la galería de los espejos de Versalles el Imperio Alemán de los Hohenzollern, estructura política más efímera aún que la vida humana. Estuve a punto de ver por primera vez la luz del sol desde el camarote de una nave mercante. Si esta no hubiera llegado al puerto de Coquimbo 8 a 10 horas antes de mi nacimiento, habría venido al mundo sobre una barca, imagen inestable y frágil de la vida, acariciada más que combatida en esos momentos por el océano, infinito y profundo como el soplo vital que iba a dar origen a un nuevo ser.

Mi padre, Juan Bautista Montebruno Brusco, se había visto obligado a trasladarse de Valparaíso, centro de su actividad mercantil, y de Puerto Montt, su residencia accidental, donde nació su primogénito Domingo, a La Serena. El rico armador Curletti, tronco después de una familia peruana, de quien había sido el brazo derecho y el principal factor de su fortuna, lo exoneró de su firma, porque, contrariando sus deseos e intereses, se había ligado para siempre con

* Julio Montebruno López, *Mi niñez y adolescencia en La Serena 1871-1888*, Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1948.

Carmen López Uribe, compañera de toda su vida. Curletti se había valido de mi padre, magnífico ejemplar de la raza ligur, en lucrativas y lejanas empresas fuera y dentro de Chile. Su principal mérito para él era ser soltero, libre, emprendedor, único de sus colaboradores dispuesto siempre a emprender un largo viaje. Casado y compelido a la vida sedentaria, perdía todas estas ventajas.

El matrimonio separó para siempre a los dos hombres, que creyeron por la actitud de ambos en la apreciación de este acto tener recíprocos motivos de queja. Sin embargo, Curletti, antes de separarse de mi padre, le dio una última comisión. Estaba amenazado de graves pérdidas por la falencia o mala fe de su parroquia comercial en La Serena. Mi padre arreglaría lo mejor posible todo eso. En el cumplimiento de su mandato se vio enredado en mil negocios y tuvo que permanecer en esa ciudad más tiempo del que habría deseado, contrariando sus gustos y aptitudes.

Volvamos a mi irrupción en este pícaro y, a pesar de todo, hospitalario y placentero mundo. Mi madre, bien por creer más lejos su maternal liberación, bien por bondad o deseo, naturales en ella, de facilitarlo todo, expuso su salud y casi me hizo neonato; lo cual, a decir verdad, me habría agradado como un detalle pintoresco de mi nacimiento. Desembarcó enferma en Coquimbo y la trasladaron en coche a La Serena por el camino de la playa, que será siempre para mí el más maravilloso del mundo. Después me contaba cómo había adormecido sus dolores el ruido ensordecedor de las olas. Y ante el océano misterioso y amenazador, iluminado por una soberbia puesta de sol, su alma se dilataba de gozo al pensar en la próxima llegada del hijo que vería en ella durante toda su vida el emblema de las perfecciones humanas.

A la una de la noche del 18 de abril de 1871, se sintieron mis primeros vagidos en una modesta casa en La Serena, situada en la esquina surponiente, de la calle Sola, hoy Cienfuegos, en su cruce con la de San Francisco, hoy Eduardo de la Barra. Mi madre me refería que no habiendo llegado, sino la parte ligera de su equipaje, había sido preciso romper una de sus camisas para envolverme. Reclinado sobre su pecho, lujo superior a todas las riquezas de la Tierra, comencé a vivir pobre y feliz. Y así debía pasar toda mi infancia entre los esplendores del más puro afecto.

Como no quiero pintar mi vida más poética de lo que realmente fue, diré que la romántica miseria de mi venida al mundo tuvo un carácter puramente accidental. Nunca faltó después en mi hogar lo necesario, y aún algo más, a la holgura y felicidad de la vida. Sólo mi cuna recibió la bendición de parecerse a un divino ejemplo.

Fui un niño alegre, atolondrado, en perpetuo movimiento. Tiene azogue en las venas, decía mi padre. Y en efecto, pocos objetos salían intactos de mis manos. No me arrepiento de mi torpeza. A la vivacidad de mi espíritu y movimientos, a sus desastrosos efectos, debí el reposo y la paz. Era el único niño de la familia a quien no se interrumpía en sus diversiones, tareas y flojeras, con enojosas órdenes y mandados. Los demás, por ley de una larga herencia, eran serviciales, diestros e inteligentes.

MIS HERMANOS

Uno de ellos, a los 8 años, dibujaba como el pastor Giotto; otro a la misma edad reproducía en un pito, con rara exactitud, los motivos musicales que oía por primera vez; y todos en distintas actuaciones parecían artistas en ciernes. Ninguno aventajaba en seriedad y talento a mi hermano Domingo. Su precoz aptitud para el dibujo incitó a proporcionarle las lecciones del profesor del ramo en el Liceo, don Gavino Vieytes. Una noche este caballero, al llegar a clase, quedó indignado al ver la exacta reproducción de una difícil figura que mi hermano le presentó como obra suya. “Hay que cortar por lo sano, dijo, esta viciosa tendencia a la superchería en un niño de tan corta edad”. Impuesto mi padre de tan grave falta, pidió a Domingo que repitiera el trabajo ante el profesor, quien al ver su autenticidad no pudo reprimir su admiración. Dos años más tarde el niño, por motivos de salud, fue enviado a Valparaíso, donde asistió por pasatiempo al taller de un amigo de la familia: el célebre retratista y pintor de costumbres chilenas don Manuel Antonio Caro. “Si usted, escribió éste a mi padre, deja a su hijo un año a mi cargo, al cabo de este tiempo no tendré nada que enseñarle”. Relato este caso como un ejemplo de la poca importancia que suele darse en las familias a las más significantes aptitudes de sus miembros. Domingo fue un excelente médico, pudiendo haber sido un pintor célebre. Mi hermano Guillermo, si hubiera seguido sus inclinaciones, habría sido mil veces mejor músico que abogado.

No pudiendo yo crear la belleza, me limitaba, como siempre lo he hecho, a admirarla o describirla. A lo sumo, aventajaba a mis hermanos en el manejo de la pluma o en los ejercicios literarios. Algo les imponía mi congénita inclinación a la filosofía, naturalmente a la filosofía intuitiva y práctica, en la resolución de los pequeños problemas de la vida. Aún creo les llamaba la atención cierta claridad en mis ideas y los débiles aciertos de mis juicios y predicciones, no obstante, su desgreño y mi infantil inexperiencia.

LAS SEÑORITAS PIZARRO

Me enseñaron las primeras letras dos familias, de apellido Solar una de ellas y Pizarro la otra, relacionadas entre sí por un estrecho parentesco. La segunda, mi iniciadora en el alfabeto, vivía en una humilde casa con lujoso jardín de plantas que, como sus dueños la virtud, ostentaban todo el año, sin gastos ni cuidados, infinitas flores, jazmines, violetas, claveles, resedas, geranios y pelargonios, sin contar una tiramira de hierbas olorosas y medicinales.

También los habitantes eran arbustos perfumados, de hermosa y espontánea floración moral. La madre y dos hijas suyas, costureras y pedagogas a un tiempo, pasaban el día trabajando como abejas infatigables en un cuartucho, donde la máquina de coser, las telas y carretes de hilo y seda representaban el oficio, y una docena de párvulos (yo tenía tres años), el magisterio. Ahí Pestalozzi y los métodos científicos de la enseñanza primaria era desconocidos. Los niños no

recibían de sus maestras, dignas de Esparta por su laconismo, un chubasco de palabras inútiles, ni eran sometidos a la tortura de permanecer, inmóvil el cuerpo y tenso el espíritu, durante horas fijas de clase. Reinaba una discreta libertad para moverse, conversar, salir al patio. Aprendimos a leer más que por efecto de la voz del maestro por contaminación del silabario Sarmiento. Al principio, el arrugado y manido opúsculo nos parecía una broma de mal gusto y muy inverosímil la historieta final de Perogrullo, que la señorita preceptora nos leyó antes de que nosotros fuésemos capaces de descifrarla, sobre todo cuando el viejo Carrasco, manso y dulzarrón, amonesta a los granujas del piso superior de su casa por haberle, en el intento de robarle con un anzuelo sus manzanas, arrancado un ojo. Lo juzgamos con menor severidad cuando se nos dijo que este folleto, clave para leer todos los libros de la Tierra, había sido el primer peldaño del ascenso del autor a la presidencia de la República Argentina. Algún humorismo encontrábamos, sin darnos cuenta en la circunstancia de que ese hombre ilustre dirigía los destinos de su patria, nosotros dilacerábamos con hechos y palabras su desdichado silabario.

En casa de las señoritas Pizarro vimos, como en nuestro hogar, que sobre la sabiduría estaban la virtud, el deber, los santos vínculos domésticos. Todas estas cualidades revestían ahí caracteres heroicos. Esa familia, cuyos medios de fortuna, procedentes de un trabajo asiduo, eran escasísimos, vivía feliz sin pensar siquiera en el bullicio y placeres del mundo exterior; para amarse y protegerse mutuamente. Su comida debió ser muy frugal, pues nunca noté el ajetreo y apetitosos olores de las cocinas acomodadas. Humeaba sobre un braserillo en el centro de la mesa de trabajo el único guiso del ágape con que se recibía, entrada la noche, en la dulce paz del hogar, al hijo ausente en su empleo casi todo el día. Nunca cuidaron con mayor solicitud el fuego sagrado las sacerdotisas de Vesta.

¡Adiós escenas conmovedoras de mi niñez!

El hermoso espectáculo moral ofrecido sin alardes por la familia Pizarro me recuerda otros casos más extraordinarios todavía de virtud, observados por mí posteriormente en personas colocadas muy por debajo de aquélla en la jerarquía de las clases sociales. Merecen referirse por la misma razón de su humildad, como se describen los objetos raros y preciosos creados por la Naturaleza. Si se celebra la virtud practicada en los círculos cultos y opulentos, donde todo facilita y favorece su desarrollo, ¿por qué dejarla pasar inadvertida cuando brilla en medio de la humildad, la pobreza y la desgracia? En las clases superiores, el vicio debería ser tan raro como la virtud entre los desheredados de la dicha y la fortuna. Por eso mismo estamos obligados a dejar testimonio de las grandes acciones de las humildes, ejecutadas siempre en la inconciencia de la genuina santidad. No puede haber un material más valioso para probar que el alma humana, cualesquiera sean las circunstancias entre las cuales se debata, tiene alas propias para remontarse a las mayores alturas.

Servían en casa desde muchos años antes dos empleadas, Tomasa y Eduvigis, unidas entre sí por un gran cariño y por el parentesco de suegra y nuera.

Tomasa enfermóse gravemente del corazón, debiendo ser jubilada, y Eduvigis la reemplazó en el servicio de la cocina. La enferma, en la última fase de su dolencia, fue trasladada al hospital de San Juan de Dios de La Serena. La nuerla la visitaba diariamente. Una tarde la encontró muy mal, casi moribunda, y quiso detenerse a su cabecera el mayor tiempo posible. A las cuatro, la enferma, apretándole la mano, la instó a que regresara a la casa a preparar la comida de ese día (entonces se comía de 5 ½ a 6); y como la otra se resistiera a dejarla, le dijo angustiada: “Anda, anda, que apenas tienes tiempo”. No había llegado la visitante a las puertas del hospital cuando una enfermera la alcanzó para decirle que su deudo había lanzado su último suspiro.

Presencí otro caso mucho después en Santiago de constancia y heroicidad en el ejercicio de la virtud. Una pobrísima lavandera, llamada Regina, recogió en el cuarto redondo del conventillo en que vivía a seis niñas abandonadas por sus padres, parientes o amigos de ella; y durante 30 años las mantuvo y educó por un milagro de trabajo y economía, incomprensible para mí hasta la fecha. Las mayores desgracias no la hicieron vacilar un punto en su noble propósito. Una de las muchachas huyó de la casa, y al poco tiempo se supo que su amante la había muerto y arrojado al canal San Carlos. La pobre Regina consiguió que alguien le prestara 100 pesos, e hizo secar el canal, en cuyo lecho halló el cadáver de la infeliz fugitiva.

La mejor de sus niñas, dotada de un carácter angélico, después de haber obtenido, Dios sabe con qué trabajo y sacrificios, no sé qué humilde título profesional, murió consumida por un morbo indeterminado, talvez de pena por no haber encontrado empleo. En sus últimos momentos, dijo a su madre adoptiva: “¡Morir viéndote! ¡Qué felicidad! Eres el ángel que me abre las puertas del cielo”. Con las vicisitudes de esa sublime personificación del altruismo, podría escribirse un libro conmovedor. Y sépase que en este relato no se magnifica, antes se atenúa la verdad.

Cuando murió, sus deudos insistieron en levantar, para que yo la viera, la tapa de su ataúd. Yo los contenía temeroso de sufrir una impresión desagradable. Quedé maravillado: en su antes vulgar fisonomía, transfigurada ahora por la muerte, se reflejaban la hermosura, nobleza y bondad de toda su vida.

LAS SOLARES, NUESTRAS NUEVAS INSTITUTRICES

No sé por qué motivo el flamante educando fue obligado a continuar sus facilísimos estudios en el seno de la familia Solar. Era la casa en que vivía, calle de San Francisco, hoy Eduardo de la Barra, de tipo colonial: ancho zaguán, puertas de templo, cancela de patio sevillano, empedrado con piedras de huevillo y vértebras de cabro, donde la rastrera planta llamada en La Serena “resplandor” formaba a la luz del sol, con sus abiertas flores, manchas de brillante púrpura. Al fondo se extendía un huerto con liños de dalias, rosas y claveles.

Había, sin duda, en la nueva escuela mayor abundancia y comodidades que en la antigua, pero estaba invadida por una profunda tristeza. En el ambiente se

advertían los signos premonitorios de una tragedia. La anciana doña Revelada, tía y benefactora de las dos improvisadas maestras, yacía ciega, paralítica, casi inmóvil sobre una poltrona, en la principal sala de la casa. Cerradas las ventanas que daban a la calle, distinguíase apenas la infeliz enferma cerca de su lecho, en medio de muebles antiguos –cajuelas, bargueños, anaqueles– que habrían extasiado a un anticuario. Ninguna de esas cosas provenientes, sin duda, del coloniaje, tenían para mí entonces atractivos, salvo una magnífica redoma de cristal azul, probablemente de Bohemia, que regocijaba mi vista, siempre sensible, desde que se abrió, a la belleza de los colores.

El lúgubre aposento abría de par en par la puerta que lo comunicaba con el aula, taller y principal teatro de la actividad de las dos sobrinas, dedicadas en los raros momentos que el cuidado de la enferma y las faenas domésticas les dejaban libre, en vigilar más que en instruir a sus inquietos y minúsculos pupilos. ¿Qué sabiduría libresca iban a impartir dos pobres creaturas sumergidas en el limbo de una beatífica ignorancia? Se limitaban a dejar en la memoria de sus tiernos oyentes el recuerdo de su pureza, abnegación y bondad. Su vida era un himno al sacrificio y al altruismo.

Un día no fuimos a la escuela. La inválida había sido reducida por un toque ligerísimo de la muerte a la inmovilidad absoluta. Durante 30 años la gota serena la había acostumbrado a la lobreguez de la tumba. Todo estaba listo para el supremo viaje. Los que asistieron a sus funerales pudieron ver su ataúd, modesto como se acostumbraba entonces, seis tablas, forradas de sarga negra con galones amarillos, arrugados éstos, roída aquélla por la polilla, revelando en su aspecto el haber sido comprado con gran anterioridad por su destinataria.

La muerte sólo excitaba mi curiosidad. Poco antes la había observado más de cerca en el pálido rostro de un niño, vestido de blanco, entre las flores y cirios de un velorio. Era un accidente fácil de ocurrir a los demás. Por mi parte, abrigaba la convicción de ser inmortal. Pero cuando la lógica de oponía a tan locas esperanzas, y durante la noche una voz interna me amonestaba diciéndome: “¡Morirás!, tu cuerpo envuelto en un sudario se pudrirá en un nicho o en las entrañas de la Tierra, y esto nadie podrá impedirlo”, el horror y la angustia se apoderaban de mi corazón. Felizmente, la luz del día, sus trajines y diversiones disipaban mis temores, y volvía a reírme de la muerte. El niño considera a esta como una amenaza pavorosa; pero muy lejana, perdida en la lontananza de la vida, inquietante sólo como un hecho cierto e ineludible. El viejo la contempla como un evento próximo y necesario, cuya llegada debe esperarse sin miedo, con fingida o real resignación.

MI TÍA ROSA

La vida doméstica, en tanto, proseguía su curso con sus alternativas de placer y dolor, embeleso y fastidio, retos, riñas y caricias, ¿para qué describir lo que todo el mundo sabe? En mí esos recuerdos se funden en un crisol de afecto y reconocimiento. Lamento mi egoísmo de entonces ante grandes servicios y quisiera reparar la indiferencia e ingratitud con que los recibía.

Vivían en casa dos hermanas de mi madre. Una de ellas, hija del primer matrimonio de mi abuelo materno, tenía más de 10 años cuando éste contra-jo segundas nupcias. Desde entonces, rechazando novios muy aceptables, se dedicó en cuerpo y alma al servicio de la nueva y pronta numerosa familia paterna. Su madrastra llegó a quererla tanto como a sus propias hijas, y éstas se acostumbraron a ver en ella al ser nacido para no pensar sino en los demás. Rosa, Rosita de Jericó, como la llamábamos por la suavidad de su trato, sólo se retiraba a descansar cuando todos dormían, casi siempre más allá de la medianoche—la tertulia doméstica a la cual asistían dos o tres amigos terminaba muy tarde— y después de haber explorado hasta los últimos rincones del hogar. Un oído finísimo le permitía saberlo todo.

No asistía jamás al teatro, fiestas, bailes, excursiones al campo o a las ciudades o aldeas vecinas. Y nadie igualaba su entusiasmo en preparar trajes, objetos y alimentos llevados por la alegre brigada en tales ocasiones. Oponerse a su voluntad habría sido molestarla y, además, inútil. Se quedaba sola en la casa, noble y serena como un genio tutelar.

Este dechado, más común de lo que se cree, de virtudes domésticas, tenía entre otros levisísimos defectos de forma el de dar de repente las malas noticias, de ordinario cuando uno estaba por despertarse. Cierta mañana me espantó el sueño que me retenía preso en sus voluptuosas mallas, diciéndome sin preámbulo: “Levántate. Tu tía Beatriz (así se llamaba la hermana carnal de mi madre), sufrió anoche un ataque al cerebro y está moribunda”. Transcurrió para la familia un mes de angustia. Sus miembros se miraban entre sí como víctimas de una misma catástrofe, y su consuelo era sentirse más unidos que nunca en el infortunio. Algunas amigas íntimas se turnaron para cuidar a la enferma junto con las señoras de la casa. Alejóse en fin la muerte cuando ya parecía llevarse la presa en sus brazos. La paciente recuperó poco a poco la salud y el hogar, su alegría y marcha ordinarias.

Entonces ocurrió un hecho que comento por sus relaciones con mis ideas sobre el alcoholismo. Una nave mercante trajo de Italia a mi padre como regalo una barrica bordalesa de vino de Siracusa. Sea porque el autor de mis días no le gustase por ser dulce, pues sólo bebía del tipo chileno en las comidas, prefiriendo al embotellado el salido directamente de los lagares, por ser sin artificios y, como él decía, de pura uva; sea que desease festejar la famosa salvación de su cuñada, colocó el tonel en un corredor de la casa; y abriéndole piqueta y un barreno para la espita o llave lo abandonó a su destino. Aprovecharon amigos, forasteros y empleados de la tácita invitación, y en poco menos de un mes los 200 y tantos litros del néctar pasaron de la materia inerte al medio orgánico.

Las damas de la familia ni siquiera lo probaron. Indignas hijas de Noé, consideraban un disparate preferir el vino al agua pura o mezclada con jugos de frutas o jarabes. Su abstinencia era simple cuestión de gusto, y carecía, por lo tanto, de todo tustillo sermonario y propagandista. Al que le agradan los caracoles, que se los coman. Los niños bebieron más por curiosidad que por placer algunas gotas. Estábamos vacunados contra la dipsomanía no sólo por

hereditaria templanza, sino por un medio excelente: el uso discreto del vino puro o aguado en las comidas. Una vigilada libertad facilita el aprendizaje de la moderación. Debo decir que ese mes de libaciones, en el cual nadie salió de los límites de la decencia, dejó en todos el más grato recuerdo. Los empleados se volvieron ágiles, atentos y risueños, transformándose de tortugas en gacelas; los amigos menudeaban sus visitas y lucían un hasta entonces no sospechado ingenio, condescendencia y verbosidad; los miembros de la familia, en fin, abstemios o moderados en el consumo del líquido extraído de las vides de los flancos volcánicos del Etna, se sentían contagiados del buen humor general y felices en esa atmósfera de alegría y ensueño.

Aprendí a amar el vino que tales efectos producía, y en adelante no fueron antipáticos tanto sus excesos como sus detractores. Alabé la sabiduría del refrán italiano: la uva tiene tres granitos, uno de salud, otro de alegría y un tercero de embriaguez. Sólo el último es perjudicial y debe evitarse. El segundo procura grandes placeres, refuerza la amistad y permite conocer el verdadero carácter de los hombres. Mientras más de tarde en tarde se recurre a él, mayores son los placeres que proporciona. El de la salud, sobre todo, ameniza la vida diaria y hace más grata e higiénica la comida del hombre. El vino exige a sus adeptos, a cambio de sus beneficios, cultura para conocer su liturgia, carácter para observarla estrictamente. Los faquires de la abstinencia parecen ignorar que el paganismo asoció el vino a sus fiestas y la religión cristiana a uno de sus más respetables misterios.

EL COLEGIO DE SAN FRANCISCO

Hasta los 8 años de edad, la vida me presentó sus aspectos más lisonjeros. El dolor y la muerte sólo habían rozado mi imaginación como amenazas lejanas. Mi ingreso en un gran colegio primario me puso en contacto con la realidad, y la Caja de Pandora, repleta esta vez de bienes y males, se abrió para dejarme ver su interior, es decir, el corazón humano. El plantel donde iba a mezclarme con 200 ó 300 niños ocupaba a los pies de la iglesia de San Francisco una dependencia del convento de la orden seráfica, compuesto de algunas vastas y destartaladas estancias, quizá antiguos locutorios y bodegas, y un inmenso patio yermo y huérfano de vegetación, pero inapreciable como cancha de los desfiles, paseos y juegos infantiles.

Dirigía el colegio un experto educacionista, don Cruz Carmona, alto, viejo y desvaído, recto y afectuoso, desecado por la tuberculosis. En el acto de ver una cara nueva entre sus alumnos, fisonomía sorprendida, risueña y contrita me hizo ir al pizarrón para tantear mi cacumen y conocimientos. Como éstos eran sumarios y reducidísimos, se ocupó en averiguar si aquél tenía mayor consistencia. Me parece verlo de pie, con las mejillas hundidas, como si estuviera chupando un cigarro toscano o virginia, delgado como bandera en funda, asistido por su inseparable ayudante. Se esforzó por el método socrático —ya se usaba entonces— en hacerme descubrir por mí mismo, a mí que apenas conocía

los números árabes, el diverso valor que daban a la unidad los ceros colocados a su derecha.

Tuve la fortuna de dar en la tecla y el orgullo de interceptar al volver a mi asiento una mirada suya a su tagarote, que yo interpreté así: “No tiene nada de tonto el muchacho”. Fue el primero de mis modestos triunfos escolares. En cambio, el azogue de mis venas le sacaba de juicio. Mis certificados de fin de semana decían invariablemente:

Conducta pésima,
Aplicación óptima.

boletín tanto más deprimente para mí cuanto que mi correcto hermano Domingo lucía el calificativo de óptimo en ambos elementos de la dicotomía espiritual del sutilísimo don Cruz.

Dije antes que en este colegio se inició la lucha por la vida. Sufrí las inevitables novatadas de mis condiscípulos –zancadillas, caídas de espaldas sobre un compañero en cuclillas detrás de mí, papirotos en las orejas, coscorriones, golpes y aun pedradas–; y cuando a los pocos días me puse a tono con ellos y conquisté su estima, tuve que conocer, con gran provecho de mi conducta futura, las miserias, debilidades, lacras diversas de las que yo, sin duda, debía tener congénitas a la naturaleza humana o adquiridas durante su evolución. Referiré sobre este argumento tres pequeñas incidencias.

Conversaba un día, en tácito acuerdo de violar el régimen disciplinario en la hora de estudio, con uno de mis vecinos de banca, quien de repente salta como picado por una avispa. La avispa era una mirada conminatoria del señor Carmona. No trepidó un momento el camarada en salvarse a mi costa. “Señor, exclamó con el aire de un cenobita tentado por el demonio, Montebruno se lleva conversándome y no me deja estudiar”. Este niño fue un hombre siempre desleal.

Otro de mis amigos, un niñito bermejo, labios abultados, nariz de garfio y ojos de zorro, bueno y simpático, me contaba maravillas de un juguete que tenía en su casa. Era una diminuta locomotora, ante la cual las verdaderas no valían un caracol. Tanto bien me dijo de ella, que el deseo de poseerla se apoderó de mí. Con la timidez de quien sabe que su oferta no será aceptada, le ofrecí darle a cambio de su tesoro mis once durante quince días. Convino en ello graciosamente: tal sacrificio por un amigo estaba dispuesto a hacerlo. Cumplí devoto mi compromiso y el colorín con igual honradez me trajo al cabo de la quincena de jolgorio su tan ponderada baratija. Era un trozo informe de lata que no valía una chica. ¿Fue estafa o trufa precoz? No lo creo: el niño daba a su pobre juguete un enorme valor de afección. Nunca hizo mejor negocio, pues yo, arrepentido de haberle querido arrebatar un objeto de tanta valía para él, le rogué que lo conservara en recuerdo mío. Treinta años después lo encontré en un puerto del norte de Chile convertido en millonario. Ninguno de los dos recordamos nuestro estreno como comerciantes. Fuera de este caso,

difícil de calificar, noté repetidas veces que en el niño el instinto de engañar es tan pronunciado como en el hombre.

Aquí viene de molde decir algo sobre el apetitoso detalle de las once escolares de mi tiempo. Nos daban en casa alguna fruta, pan y cinco centavos para comprar lo que quisiéramos. ¡Oh, cinco centavos de la edad de oro! Con cada una de las 25 “chicas” (ni Román ni Lenz mencionan este chilenuismo) en contante que los formaban, se podía adquirir algo grato al paladar infantil: nueces, pasas, caramelos “chancacas (otro término muy chileno de entonces) o discos irregulares de esta sustancia con nueces, pegados a trozos de papel de estraza. Con todo el cinco, el mejor pastelero de la ciudad, un tal Marchand –volveremos a encontrarlo–, nos daba dos o tres de esos pastillitos que hoy valen otros tantos pesos.

No se desarrimaba de mí un niño travieso y burlón, de extraordinario donaire. Dándole cordelejo, a todos divertía con sus bromas y cantaletas. Me era muy simpático por su alegría, invenciones y cancamusas. Habíamos convenido en soplarnos mutuamente, cuando diéramos la lección, las partes que ignoráramos, usando una antiquísima treta infantil y teatral para refrescar la memoria. “A ver, Montebruno, me dijo un día don Cruz, refiera la parábola del Samaritano”. Comunicué por señas a mi amigo que estaba completamente en ayuno sobre ese pasaje bíblico. Tal vez ocurriale a él lo mismo o no pudo encontrar a tiempo la página respectiva del libro; el hecho fue que comenzó a sugerirme las especies más disparatadas y graciosas, repetidas a la letra por mí en maquinal aturullamiento. Don Cruz, frunciendo el entrecejo, esperaba adusto el término de ese galimatías. No aguardó mucho tiempo, pues mi apuntador me dictó luego la frase final:

“Y si en esto hay algo más, averígüelo, Vargas”. Sólo que yo, aturdido como estaba, en vez de “averígüelo Vargas” grité, sin el menor propósito de faltarle el respeto a mi venerado maestro (y así, involuntarias, son muchas de las faltas infantiles): “Averígüelo, Carmona”. El próximo sábado llevé a casa un certificado congruente, libre de todo paralognismo: conducta pésima, aplicación pésima.

Los juegos libres, a la vista de un inspector, hacían las veces de la gimnasia sabia de nuestros días. El preferido era la “barra”, en sus dos formas, inglesa y chilena. Los niños se dividían en dos bandos rivales, y en locas carreras y gritos, procuraban hacer o libertar prisioneros. Al fin del recreo, todos estaban rojos y bañados en sudor. A veces se daban tremendas costaladas y por algunos segundos solían perder la respiración. También eran frecuentes, fuera del colegio, las pedreas y pugilatos. No recuerdo haber tomado parte en ninguna de las primeras, porque la estricta vigilancia doméstica no me permitía ejercitar ese apasionado deporte. Apenas el tiempo libre me dejaba un peligroso margen para cambiar mojicones y puntapiés con alguno de mis mejores amigos.

Mi comercio con don Cruz fue brevísimo. Su tisis, o lo que fuere, lo llevó volando como una hoja seca a morir en el hospital San Juan de Dios de La Serena. Allí fuimos a verlo mi hermano Domingo y yo, vestidos de marineros, la víspera de su muerte. Hallábase don Cruz arrebuzado en un pañuelo escocés,

sentado en la cama, donde apenas su cuerpo interrumpía la horizontalidad de las cobijas, recto, exangüe, y solemne. “Marinitos míos, nos dijo, el buque en que he de embarcarme ya está piteando su salida en el puerto. Acabo de leer las instrucciones del viaje en este librito, que les recomiendo como excelente guía en los mares de la vida”, y nos mostró una especie de devocionario con tapas negras, titulado *La imitación de Cristo*. Así un moribundo me presentó por primera vez, con voz trémula, la inmortal obra atribuida al canónigo de la orden agustiniana.

Y como nos viera casi desfallecientes de pena, trató de alegrarnos con una broma tan triste como el ambiente que nos rodeaba: “¿Ven ustedes, dijo, ese cuadro quiteño de Nuestro Señor crucificado con una especie de pollera corta sujeta a la cintura? Pues bien, durante toda la noche lo he confundido con una bailarina. En vano la conjuraba que se retirase diciéndole: desaparece vana imagen de los placeres terrenales; ahora sólo necesito la compañía del Dios de la misericordia y el perdón. Al lucir las primeras luces del alba, después de un corto sueño, vi que la seductora cortesana había cedido su lugar al Redentor del Mundo y creí oír descender de esa tela la promesa de una eterna bienaventuranza”.

Exhausto por el esfuerzo y la emoción, cayó su cabeza sobre la almohada en un profundo sopor. A una señal de la enfermera, nos retiramos pálidos y deshechos, cuando habríamos deseado acompañar hasta el fin a ese hombre justo y bueno, educador abnegado de millares de sus conciudadanos. Asistimos a sus pobres funerales. Su cuerpo no fue depositado en ninguno de esos fastuosos mausoleos, donde se ha querido dar a la morada de la muerte los seductores aspectos de la vida.

Pero al abandonar el cementerio nos pareció que los ángeles invisibles transformaban en templo su humilde sepultura.

EL COLEGIO INGLÉS

Nuestra próxima hostería espiritual fue el Colegio Inglés, sito en la esquina encontrada con San Francisco, donde después se levantó el edificio de un banco. Su director era un súbdito británico, profesor de su idioma en el Liceo de La Serena, don Alejandro Malcolm, caballero respetable, vigoroso, lacónico y flemático. Por introducir en Chile la libérrima disciplina escolar, imperante en su patria durante su niñez, convirtió su escuela en su pandemonio, donde habían sentado sus reales, sin que él pareciera advertirlos, el desorden, el desaseo y la inmoralidad.

Nunca he vuelto a ver algo semejante. En el pavimento de las dos salas de clases formaban estratos piltrafas de papel secante, libros rotos, tierra, fósforos usados, colillas de cigarros. Bastaba excavar un poco en ese Cafarnaúm para extraer, si se necesitaban, papel secante, lápices sin punta, lapiceros, gomas de borrar, portaplumas y plumas enmohecidas. Luego supimos de dónde procedían tales cosas. En la sala dormitorio, comedor, baño y despacho del señor

Malcolm había altos rimeros, numerosas cajas, gruesas de esos artículos, que eran liberalmente vendidas o regaladas a los niños.

El señor Malcolm, fuera del reparto de sus útiles, de escritorio, invertía sólo con su figura y empaque en la educación de los alumnos. Todas las demás tareas instructivas (de educación no puede hablarse) estaban a cargo de su único ayudante, Mister Allé –nosotros creíamos que se llamaba Muéstrale–, un inglesito ojeroso y mal vestido, más digno de la romántica Italia que de la pérfida Albión, que saltaba casi en paños menores del lecho a la sala de clase. Su chirumen pedagógico no admitía otros conocimientos necesarios que las cuatro operaciones fundamentales de la aritmética y una buena caligrafía. De un voluminoso vademécum o agenda con ejemplos de esas cuatro maneras de barajar los números, dictaba factores larguísimos de 8 ó 10 de ellos, como tarea doméstica. Al día siguiente, comparando los resultados, con los de su libreta, ponía las notas. Si diferían de los suyos sólo en dos o tres números, cualquiera que fuese su colocación, los declaraba exactos y dignos de una encomiástica apostilla. Era un hombre excelente, tan benévolo con la propia como con la ajena ignorancia. Ya la antigua filosofía estaba de su parte: *errare humanum est*.

Lo que no habría hallado disculpa ante todos los sabios de Grecia y Roma era el quietismo imperdurable observado por los dos egregios institutores en materia de disciplina y moral. Imposible describir la precoz y tranquila corrupción de los alumnos púberes, internos en su gran mayoría. Referían ellos cosas ocurridas en las largas noches de invierno que vine a comprender muchos años después. Su salaz y rico vocabulario denunciaba su extraordinario conocimiento de ciertas materias.

Un día, deseoso de instruirme, pregunté a uno de ellos: ¿Qué es eso?, empleando en vez de demostrativo los mismos sucios vocablos. La loca risa de mi interlocutor atrajo a varios de sus compañeros que celebraron a carcajadas mi ocurrencia. Incapaces, a pesar de todo, de manchar la imaginación de un niño de 9 años, como era yo, se limitaron cada vez que me veían a repetirme monda y lironda mi singular interrogación. Los colegas de Horacio Nelson no debieron divertirse más cuando les preguntó qué cosa era el miedo. Pasé a ser el niño mimado, la gloria del colegio, y sentí en la más tierna edad las caricias del aura popular. La aplicación, el talento, la virtud, los más brillantes éxitos escolares no me habrían hecho tan célebre.

Claro está que un plantel de esa laya no podía durar mucho tiempo. El mismo señor Malcolm, aburrido de llenar tinteros y cortar papel secante, cerró sus puertas y abrió a media cuadra de distancia las de un hotel, donde sus parroquianos podrían hacer de las suyas y de todos colores, sin que él lo advirtiese, norma de conducta que no habría infringido en su larga vida, aunque se lo predicasen padres descalzos. Muchas veces lo vi sentado en amplia butaca, digno e hipocóndrico, cerca de una de las ventanas de la sala principal y cantina de su albergue, sin que le hicieran mella alguna el bullicio e inconvenientes de esa suerte de locales. Sus clases en el Liceo le permitieron conservar un pie en la palestra de la enseñanza.

Ahí fue más tarde profesor mío y pude admirar su calma, extrema sobriedad en movimientos, gestos y palabras, y su tino en convencer a los alumnos por la razón suficiente que el idioma inglés era para ellos un manjar demasiado sustancioso, inasimilable e indigesto. A fin de no volver sobre él cuando hable del Liceo, diré que siempre me pareció un perfecto *gentleman*. Le debo muchas pautas y enseñanzas y casi ningún conocimiento. Por su intermedio conocí la distinguida norma inglesa de no mezclarse para nada en la conducta ajena. El hombre no ha venido al mundo para criticar y corregir a los demás, sino para observarse y enmendarse a sí mismo, y aún eso con mucho tino y moderación.

EL COLEGIO CATÓLICO

Del Colegio Inglés, cuyo lema era “libertad y desorden”, pasé al Colegio Católico, donde imperaban la disciplina, el estudio, la obediencia a los superiores y un acendrado, tal vez algo ostentoso, sentimiento religioso. El virtuoso caballero que lo dirigía lloraba al hablar de las excelencias de la religión católica y de su fiel trasunto en esta tierra: la Iglesia y el partido conservador. En tiempo de elecciones resonaba en las amplias salas de la escuela, el mismo edificio abandonado por el señor Malcolm, convertidas ahora en cátedras de la verdad, la voz de los caudillos y candidatos católicos, venidos de Santiago o naturales de La Serena, como don Manuel Aracena, químico notable, discípulo de Domeyko, que había perfeccionado sus estudios en Europa.

El señor Aracena gozaba de gran prestigio y era nuestro conferenciante en los tiempos de tranquilidad y ocio políticos. El asunto de sus charlas se relacionaba siempre con su famoso viaje a Europa por cuenta del Gobierno. Bajo de estatura, delgado, melifluo, autoritario y fúnebre, envainado dentro de una levita, lustrosa de tanto servirle en las más diversas latitudes, hablaba espaciosa y solemnemente, como si cada una de sus palabras fuese un lingote de oro. Prefería lo secundario a lo principal; a la esencia de las cosas, el detalle insignificante, pero educativo. De los museos, por ejemplo, no citaba cuadros, estatuas, objetos curiosos, pero sí el orden, el silencio y la compostura de los visitantes. En vez de perder el tiempo en la contemplación de la materia inerte, muerta al fin al cabo, él se había complacido en observar al hombre mismo, dócil al reglamento, respetuoso de las cuerdas, barandillas, etc., protectoras de los tesoros expuestos al público. La lenta y monótona melopea de sus relatos tenía la virtud de producir una grata modorra en él y en todo el mundo. Sólo salía de su sopor en un inesperado arranque de elocuencia, que despertaba y hacía saltar a su auditorio, cuando arremetía furioso contra el analfabetismo. “¡En Suiza, Alemania y Suecia, vociferaba, saben leer y escribir hasta los perros!”.

Mi ingreso a las aulas se verificó precisamente cuando la cultura barría de los colegios, cual apestosos restos de la barbarie escolar, los castigos corporales. Ya no se oían los gritos arrancados por la palmeta, los golpes de regla en los dedos, el guante, ni los restallidos de tralla del nudoso látigo. Pero si los castigos físicos fustigantes, si se exceptúan sólo en ocasiones solemnes la censura o el

vituperio, más ásperos e hirientes que el mismo chicote, habían desaparecido por completo, aún subsistieron por mucho tiempo las penas corpóreas deprimidas, como los plantones de pie y de rodillas y los encierros o calabozos. La afrenta moral sobrevivió largos años a las moraduras, verdugones y sangrías más o menos copiosas. La supresión del rebenque pedagógico, aun por decreto del supremo gobierno, me habría privado de conocer este pintoresco detalle de la recepción del niño en los dominios de la sabiduría, si el director del colegio católico, apegado en esto, como en tantas otras cosas, al uso y a las santas tradiciones, no hubiera creído que una reforma de tanta trascendencia debía por lo menos llevarse a cabo despacio y con mesura. Era peligroso arrebatarse de golpe el dómene su férula tradicional. Durante milenios había servido para agilizar los músculos del maestro y desentumecer la mente de los alumnos.

Por todos estos motivos, el director era, a lo sumo y para no ser tildado de retrógrado, partidario de modificar talvez un poco la aplicación y disminuir otro poco los castigos corporales; pero de ninguna manera aceptaba que se los eliminara por completo. Atribuía a todos, aun a la lucha romana o a la bofetada limpia, un gran poder curativo de la flojera y otros vicios del espíritu. No pudiendo emplearlos con los niños de familias acomodadas, donde ya se les envolvía en los algodones del cariño y se les celebraban como gracia sus desmanes, los aplicaba en su cristiana preferencia por los humildes, a los becarios e hijos de padres que aceptaban una íntima relación entre el derrame de sangre y la asimilación de las ideas.

Una vez que quedé arrestado en la sala interior pude ver por un alto ventanillo que daba a una especie de corralón el modo de aplicar a una docena de muchachos el eficaz medicamento. El director apareció en el umbral de la única puerta del recinto, le puso llave, y sacando del bolsillo una disciplina, como "Kutt", de varios ramales anudados, con uno que otro alambre o clavo en los internodios, descargó sobre las partes destinadas *ab initio*, a recibirlos, una lluvia de latigazos. Fueron inútiles los gritos, las súplicas y los lamentos. Uno de los mayores y más fornidos trató de resistir; pero el propinante de los azotes se abalanzó sobre él y ambos rodaron por el suelo. Convencido por una legítima superioridad, el guapo mozo tuvo que aceptar una nueva y más cargada dosis. "Ahora, les dijo al terminar como un último consuelo el director, váyanse a sus casas y cuenten a sus papás cómo procuro convertirlos de granujas que ahora son en futuros hombres de provecho".

En cierta ocasión, el director, olvidando el proceso selectivo, gratificó con una tanda de mojicones a un becario de la aristocracia serenense. La madre del paciente vino al otro día al colegio en el momento en que los alumnos formados se disponían a entrar en clase y dirigió una terrible filípica al jefe del establecimiento. Este, sin hacer entrar a los niños, soportó resignado y silencioso el chaparrón, y una vez concluido, acompañó a la señora con suma cortesía hasta la puerta de calle. De regreso, dijo a su tan enérgico como inútilmente sacudido alumno: "Váyase a su casa y no vuelva más a este colegio".

No se crea que nuestro director fuese un hombre violento y terrible. Al contrario; era afectuoso y amable, lleno de unción; en ciertas ocasiones tan tierno,

que las lágrimas inundaban sus ojos. En sus pláticas se conmovía hablando de los castigos al culpado, especialmente al niño que corrompe a sus compañeros u ofende a la religión. El corruptor de menores era su pesadilla; le parecía ver en todo niño grande a un demonio tentador de los más pequeños. Tal vez él había sido inocente víctima de alguna vesánica experiencia. Sus anécdotas sobre este tema eran espeluznantes y estremecían de horror al discipulado. Lo animaba una piedad sincera y extraordinaria. En la Semana Santa parecía sumergido en un deliquio religioso.

Un año nos llevó en ese solemne período de la Iglesia a confesarnos al convento de los padres jesuitas. Nos retuvo al salir en uno de los corredores del claustro para recomendarnos la asistencia a la conmemoración de los sagrados misterios de esos días. Cuando nombraba a Dios, a la Virgen, a los santos y aun las iglesias y objetos de culto, se destocaba con gran reverencia, gesto que nosotros repetíamos con igual devoción.

Un observador se habría admirado de nuestros interminables saludos. Aprendí en el Colegio Católico tanta devoción y misticismo que me habría transformado en santo si hubiera tenido vocación para hacerlo.

GUERRA DEL PACÍFICO

Chile tomó la delantera a Perú y Bolivia, al declararles la guerra que ellos, en secreto a voces, se habían confabulado para hacerle. Quiso obligar a esos indecisos vecinos, que desde años atrás vacilaban en sus propósitos bélicos, sobre todo después de la negativa de la República Argentina a unirse al cuadrillazo, a saltar de una vez por todas el Rubicón.

La noticia inflamó en La Serena, al mismo instante que en el resto del país, la hoguera patriótica. En casos tales una sola chispa incendia el corazón de todo un pueblo. La guerra era justa. Dos naciones habían querido unir a medio continente para aniquilarnos. ¿Y por qué? Para despojarnos de nuestro salitre, guano, cobre, etc., y reducirnos a la miseria, más escuálida todavía que la que por esos años nos atormentaba. Es cierto que esas sustancias yacían en territorios de Perú y Bolivia; pero habían sido los chilenos, su esfuerzo, sudor y trabajo quienes las habían descubierto, explotado, convertido en fuentes de riquezas, en artículos propulsores del progreso y bienestar humanos.

Chile buscó siempre la paz en convenios equitativos y generosos, hasta que se cansó de verlos convertidos por la otra parte en pedazos de papel. La violación de uno de ellos por Bolivia, determinante del "casus belli", habría arruinado sus legítimos intereses en Antofagasta. Pudo, pues, con la conciencia tranquila, lanzarse reluciente a una maldita guerra fratricida. Los jóvenes cultos de La Serena corrieron a alistarse en el ejército, y el pueblo, obedeciendo en corto número a ligera coacción, siguió su ejemplo. Luego se sucedieron una a otras, en gloriosa serie, las más reconfortantes impresiones. El Combate de Iquique, como una ráfaga de luz vivificante, enloqueció de júbilo a todos los chilenos que vieron en él el prenuncio de la victoria definitiva y una hazaña sin supe-

rior en su género en los anales del mundo. Ahora, como dijo don Gerónimo Jaramillo, el optimista y simpático redactor del diario *La Reforma* de La Serena, nadie puede arrebatarnos el triunfo; y otro tanto escribieron en los suyos don Bernardo Ossandón y don Francisco Jorquera, directores, respectivamente, de *El Coquimbo* y *El Progreso*.

Mientras nuestros soldados peleaban y caían en los campos de batalla, los alumnos del Colegio Católico éramos organizados por su jefe en guardia nacional infantil. Había que preparar a los hombres de mañana. Nos dividió en varias compañías, eligiendo como cabos, sargentos y oficiales no a los más inteligentes y estudiosos, casi siempre desgraciados en las lides de Marte, sino a los de mayor fuerza física, empuje y carácter, cualidades, según él, indicativas de los futuros estrategos. Y aún extremó su afán de selección prefiriendo a los retoños de familias pudientes.

FÉLIX VENTURA MARÍN VICUÑA

Uno de los más simpáticos capitanes era Félix Ventura Marín Vicuña, de tez bastante morena, como si hubiera ya estado expuesta a los ardores tropicales. Descendía de don Joaquín Vicuña, ese vicepresidente de la República del año 30 que huyó de los esplendores y peligros del poder de Coquimbo, donde se dedicó a una tarea mucho más fecunda, la de fundar numerosas familias de su apellido que durante casi un siglo dieron tono y brillo a la sociedad serenense. Entre sus descendientes figuran el poeta don Benjamín Vicuña Solar, Santiago Marín Vicuña, literato e ingeniero especialista en ferrocarriles, y Julio Vicuña Cifuentes, académico de la Lengua, que hablaba y escribía en Chile con tanto atildamiento, corrección y galanura como sus colegas de la calle de Valverde en Madrid. Todos los miembros de este linaje, hombres y mujeres, se distinguían por algo, belleza, ingenio, poder vital, y aún algunos por rasgos pintorescos u originales. Recuerdo todavía a la diminuta y excéntrica figura de don Erasmo Vicuña, un Chaibar bondadoso de las Mil y una Noches, vestido siempre de levita y sombrero de copa grises, que solía vivir en hogares humildes, donde lo veneraban como un trasto benévolo, portador de la buena suerte.

Otro señor Vicuña, dueño, según creo, de un almacén de artículos de lujo, tenía el sobrenombre, celebrado por don Marcial Martínez, original también de fina cepa serenense, de "El Cheque". Lo rebautizaron así, porque la primera vez que tuvo un depósito bancario, desenvainaba, viniera o no a cuento, su libretto de órdenes de pago.

En esto de vayas, matracas o apodos los serenenses no iban a la zaga de nadie. No serían talvez capaces de inventar la pólvora, pero se pintaban solos para aplicar un mote de no te muevas al que excitaba su vena cómica. A un mayor de ejército, desgraciadísimo ortólogo, le pusieron "El Papior", apócope y haplología de su frase favorita, "para peor". A un funcionario judicial, excelente sujeto, muy exacto y abnegado en sus notificaciones y aranceles, lo llamaban el "Alcatraz". Compararon a un respetabilísimo caballero, ídolo del vecindario,

esmirriado de cuerpo, tembloroso y vacilante en el andar, con un “un santo en andas”. A un abogado rechoncho y carilleno, con rizadas barbas y catadura de bondadoso pillo, amigo de curas y de monjas y síndico de varios conventos, lo gratificaron con el apelativo de el “Iscariota”. Siento dejar en el tintero una tirada de remoquetes tan ingeniosos como los anteriores.

Félix Ventura Marín, causa inocente de la digresión anterior, había declarado sin ambages que él no venía al colegio con el vulgar y tonto objeto de despestañarse estudiando. Sólo aceptaría en su cabeza lo que ahí se grabara sin esfuerzo alguno.

En los exámenes estaba llano, con autorización de su padre, rico hacendado, a exhibir y regalar lechones, corderos, pavos y todas las hortalizas que se deseara. Debe haber sido un talentón, porque sin esfuerzos, gracias a su sentido común, y ciencia de la vida, avanzó hasta los últimos años de Humanidades.

Yo admiraba su fuerza y elegancia juveniles, su simpática y atrayente fealdad, y su ligero y gracioso tartamudeo; la resolución y firmeza de sus modales, y llegué a sentir por él un afecto particular. Hasta ahora lo recuerdo con mayor placer que a mis demás camaradas. Si despreciaba el estudio, le entusiasmaban la acción, el contacto con la Naturaleza, sus manifestaciones y fenómenos, el juego y ejercicio de las facultades y funciones orgánicas.

Su grado de capitán de milicias colmó sus aspiraciones. Un día que disciplinaba a sus soldados, como Escipión el Africano a los suyos, apareció su madre en la puerta del colegio. Corrió a su encuentro y le dijo con la autoridad de su jerarquía militar y la confianza del niño acostumbrado a tenerlo todo: “¡Mamá, hazme en el acto un uniforme!”. Un instinto infalible le había descubierto, como al indio que se adorna con plumas y se pinta la cara, que sin un traje y aspecto adecuados no puede concebirse un hombre de guerra. Prometiéndole la señora satisfacer sus deseos, dispuesta a no gastar un centavo en tales zarandajas. Después Félix me confió su desaliento: “Mi madre se rió de mí; no piensa cumplirme lo prometido. Las mujeres no admiten que sus hijos puedan convertirse en hombres”. ¡Pobre Félix Ventura! Ojalá nunca hubiera dejado de ser un niño. La vida le reservaba desgracias, la pérdida de un gran patrimonio y una muerte relativamente prematura.

SIGUE LA GUERRA. MI CONFIRMACIÓN

La guerra duró varios años. Quiero aquí, por evitar el engorro de la disseminación, utilizando el poder estereoscópico de la memoria, reunir en un solo cuadro, donde domine la nota subjetiva, mis recuerdos e impresiones, separados en el tiempo, sobre ese trascendental acontecimiento. Entre los que debían partir inmediatamente al campo de operaciones figuraba don Waldo Díaz, mayor de ejército, íntimo amigo de mi familia. En vista del recíproco y espontáneo afecto que lo ligaba conmigo, era cosa convenida desde meses atrás que me asistiría como padrino en el sacramento de la confirmación. Mi madre no quiso que se fuera sin contraer ese vínculo moral. ¡Sabe Dios si volvería! Me

enviaron a su casa un domingo, la víspera misma de emprender su viaje, para que me condujera a la catedral.

Regía entonces la diócesis de La Serena, como su tercer obispo, don José Manuel Orrego, ilustre teólogo, anciano ya caduco y sordo, y pésimo administrador de los bienes eclesiásticos. Le torturaba el defecto del oído y él hería el tímpano de los demás con una voz desapacible y cavernosa que suponía musical y suave. Una noche de Jueves Santo, entrando en la catedral para asistir a la ceremonia de las Tinieblas, oí gritos desarticulados y furiosos, capaces de infundir espanto en el corazón de un niño. Supuse que un loco profanaba de ese modo la casa del Señor. No había tal. Era el obispo que dirigía al cielo una de las patéticas plegarias de la liturgia. El señor Orrego, no obstante su dolencia, inspiraba veneración y amor; y a no ser por su declarado nepotismo, habría dejado su silla episcopal impregnada de olor a santidad. Pero en los dineros de la diócesis, que el santuario de Andacollo renovaba incesantemente, reinaba un gran desorden. Cuando el Papa León XIII lo absolvió por motivos de salud de su diócesis, el Deán Madariaga del Cabildo Eclesiástico, que asumió durante la sede vacante de su gobierno, dejó testimonio del desbarajuste financiero. El obispo absuelto, desde Santiago, en vez de un defensorio explicativo, le envió una destemplada reprimenda.

¿Ignoraba el prebendado los fueros debidos a un príncipe de la Iglesia?

Don Waldo Díaz, ocupadísimo en los aprestos de su viaje, me recibió con cariñosa impaciencia. “¡Buen momento para invitar a un hombre a servir de padrino! Paciencia y barajar, me dijo; vámonos en el acto al obispado”. El señor Orrego nos recibió hundido en una enorme poltrona del salón de su palacio. Una puerta abierta de par en par permitía ver su dormitorio, con un gran lecho, a cuyos lados, en el suelo, estiraban sus patas y abrían las fauces dos soberbias pieles de osos blancos. Una pelliza de alpaca de mayor candidez aún hacía las veces de colcha. Todo asonaba con la albura del alma del obispo.

El señor Orrego me aproximó con paternal bondad a su persona, me hizo besar la amatista circuida de diamantes de su anillo, y me dirigió algunas preguntas. Le bastaron tres interrogaciones para afiliarme, después de haber visto la cara, complacida de su secretario, en el número de sus catecúmenos. Confirmóme en su oratorio de acuerdo, sin duda, con el ritual romano, y dióme la palmada en la cara, detalle que esperaba con algún temor, con extraordinaria suavidad y dulzura. Salí con mi padrino encantado del obispo, deseando que ninguno de los sucesores suyos le arrebatara el sitio de honor en el episcopologio serenense. El señor Orrego murió doce años después (1891) en Santiago. El presidente Balmaceda, que había sido alumno suyo en el seminario, hizo depositar su cuerpo en el mausoleo de su familia.

Las noticias de la guerra eran alentadoras y confortantes. Las victorias se sucedían unas a otras. A cada repique de campanas, profesores y alumnos salían en estampida de las clases, como los vecinos de sus casas, a confundir en calles y plazas su común regocijo. Ya era un héroe como Condell, quien realizada su prodigiosa hazaña, recorría la ciudad en victoria descubierta, en medio

de vítores, flores y aclamaciones de una loca gratitud. Lo acompañaba en el traspontín del coche, pues habría sido una audacia codearse con la gloria, don Manuel Herreros Munizaga, administrador de correos, el hombre más festivo, ocurrente y popular de La Serena. Condell, joven, carirredondo, de aspecto abierto y simpático, sonriendo como si tomara a broma sus inauditos triunfos y fortuna, parecía admirado de que se diera tal importancia a tan poca cosa.

Otra vez fuimos a Coquimbo a ver el *Huáscar*, la heroica nave, recién quitada al enemigo por Riveros y Latorre, tal como había quedado después de la batalla, con sus flancos acribillados de balazos, con su cubierta sembrada de destrozos, entre los cuales se veía el sagrado sitio en que cayeron Prat, Serrano, Aldea y tantos otros, y la torre férrea de mando aun salpicada con la sangre de Miguel Grau, el héroe máximo de Perú. Nuestro espíritu infantil recibió un gran choque, como si por primera vez intuyera que el sentimiento de enemistad de dos pueblos beligerantes desaparece ante el culto común de la Patria. Todos esos hombres, amigos y enemigos, muertos gloriosos, nos parecían sacerdotes de una misma religión, basada en el deber, el altruismo y el sacrificio. En esa nave, altar del patriotismo, nos pareció que los dos pueblos, entonces enemigos, habían fundado, en un noble y espiritual esfuerzo, su futura e indestructible amistad. Reproducimos ahora con nitidez lo que sentimos en esa ocasión confusamente. Volvimos a casa oyendo el retumbo de las olas de la playa de La Serena y el tumulto de impresiones que agitaban en silencio nuestro espíritu.

La vuelta a sus hogares de los soldados victoriosos fue el día más alegre y memorable en la vida de una ciudad casi cuatro veces centenaria. Sus calles, desde el centro a los suburbios, con sus banderas y millares de banderillas, colgadas en cuerda a la usanza chilena de entonces, con sus arcos y portadas, parecían vías triunfales. Todas las casas, hasta las más humildes, lucían en balcones, ventanas y puertas con nunca visto derroche, follajes, flores, tapices, banderas, letreros de bienvenida y felicitación. En la noche, cohetes voladores, petardos, pitos y matracas, asordaban el aire y por todas partes, formando un gran resplandor, ardían cirios, faroles venecianos, fogatas improvisadas, luminarias de gas en forma de soles y estrellas. Los oficiales y soldados invictos hasta entonces se rendían ahora al peso de los abrazos, flores y cariñosas manifestaciones. Las mujeres de La Serena, herederas de la gracia española, los cubrían, muchas como testimonio de la constancia de un tierno idilio interrumpido por la guerra, con mixturas olorosas y coronas de laurel florecido de bayas de oro. El que no ha visto estas escenas u otras semejantes de ese tiempo, no se imaginaba el delirio de entusiasmo que puede apoderarse de un pueblo apático como el nuestro. La gloria enseñó a los niños de mi generación el patriotismo.

EL LICEO DE LA SERENA

El año 1881 contiene un jalón importante de mi vida: el ingreso en el Liceo para iniciar los estudios de Humanidades. Ese establecimiento, el segundo de su clase fundado en Chile, remonta sus orígenes al último periodo de nuestra

independencia. Antes, los estudios habían sido deficientes e irregulares. Los padres jesuitas, establecidos en el convento de San Agustín, mantenían ahí mal que mal algunas cátedras de letras, y aún de filosofía, teología y latín. Ningún dato permite calificar la extensión e importancia de esa enseñanza, cuyo principal mérito debió ser anunciar que existían en el mundo todas esas cosas. Los padres de San Francisco y de la Merced imitaban de lejos a los jesuitas, sin igualarlos en doctrina y popularidad. La desatentada expulsión de los miembros de la Compañía de Jesús de todos los dominios españoles, en 1767, extinguió el principal foco del saber en La Serena. Sus sucesores en la posesión del convento, los padres agustinos, anduvieron algo remisos en cumplir la promesa que hicieron, en cambio de la dádiva, de continuar la obra cultural de aquéllos.

Como lo dice don Manuel Concha en su *Crónica de La Serena*, a principios del siglo XIX, la enseñanza de sus habitantes estaba a cargo de maestros de escuela, tipos de férula y palmeta, dignos de haber excitado la vena humorística de un Quevedo o de un padre Isla. Mantenían la vieja práctica jesuita de organizar justas literarias y científicas entre los alumnos, divididos en dos bandos: los romanos y los cartagineses. Los niños, sentados frente a frente en bancos de los paseos públicos, se disputaban el premio, que tenía valor práctico, pues habilitaba al vencedor para obtener el puesto de hortera en alguna tienda o almacén de la ciudad.

La iniciativa partió de don Gregorio Cordovés, culto ciudadano, quien propuso a la autoridad de la provincia que se invirtiera un legado de beneficencia en fundar un establecimiento serio de educación. El gobernador eclesiástico de La Serena, don José Ignacio Cienfuegos, envió a Santiago un entusiasta informe recomendatorio, y el Senado de República aprobó la idea, que el Jefe de Estado, don Bernardo O'Higgins, convirtió en ley por decreto de 7 de abril de 1821. El nuevo plantel tendría el nombre de "Instituto Nacional del Departamento de Coquimbo" y la misma planta y formación del existente desde 1813 en Santiago. La química y la mineralogía, tan necesarias en un país minero, debían tener cátedras especiales. La redacción del plan orgánico y económico estuvo a cargo de varias personas eminentes de Santiago, entre las cuales descollaba, con el título de Protector, don Manuel de Salas. En un interesante párrafo del decreto se decía: "Cuando el Instituto Departamental de Coquimbo tenga suficientes fondos, será obligado a proporcionar una cómoda y competente educación para mujeres".

El 10 de junio de 1821, la municipalidad serenense anunció por carteles al público que el 1º del mes siguiente abriría sus puertas el Instituto Nacional de San Bartolomé". Antes de recibir muchos años después el título definitivo de Liceo de La Serena, fue también denominado Instituto Literario de Coquimbo. El Senado nacional felicitó en nota de 9 de enero al gobierno de la provincia por tan fausto acontecimiento.

El reglamento provisorio del Liceo, mencionado con la nueva forma de "Instituto Departamental de San Bartolomé de la Serena", se dictó el 2 de junio de 1823. Lo dirigirían un rector con \$ 500 anuales de sueldo, un vice-

rector con 365 pesos; se nombraba catedráticos de leyes, filosofía, teología, matemáticas y gramática con análogas remuneraciones. Los que vivieran en el establecimiento tendrían “casa, comida, barba y vela”. El número de alumnos dependería de la capacidad del edificio, no pudiendo los capistas o manteístas, es decir, los estudiantes de teología, que gozaban de becas, pasar de diez, salvo que pagaran 30 pesos anuales al colegio. A los demás alumnos internos se les cobraban \$ 80 pesos de pensión.

El vestido de calle de los colegiales era levita y pantalón de paño negro, sombrero redondo, pañuelo negro al cuello y una banda azul terciada, con un escudo bordado de oro al pecho, cuyo fondo, colorado para los gramáticos, azul para los filósofos, negro para los teólogos, verde para los legistas y morado para los matemáticos, hará el distintivo de las diversas facultades que cursa el estudiante. Los alumnos estaban obligados a confesarse cuatro veces al año y tomar parte cada tres a una corrida de ejercicios espirituales.

El párrafo de las penas o castigos en el reglamento es una preciosa muestra de las ideas tan filantrópicas como contradictorias reinantes en la época sobre el particular. Comenzaba con la siguiente frase: “Aunque no se espera que los superiores usen de modos violentos con los colegiales, se prohíbe, no obstante, para con éstos el uso de golpes y cualquier otro modo que desdiga de la moderación con que aquéllos deben portarse”. Y terminaba con esta bondadosa prescripción: “Como los principios de honor no siempre surten efectos favorables, podrán también usarse la palmeta, el cepo y los azotes para los menores de 16 años, como no sean teólogos o legistas”. Había medios correctivos para todos los gustos, aún los más exigentes.

El Senado acordó pocos días después, el 30 de julio, el privilegio a la provincia de Coquimbo de aplicar el producto del ramo de balanza al sostenimiento del Instituto. Consistía el ramo de balanza en el pago de real y medio por cada quintal de cobre en barra que se exportara. Aunque después el beneficio del Liceo se redujo a la mitad de las entradas de dicho impuesto y estas variaron según las vicisitudes comerciales sufridas por el metal rojo, que algunos mineros preferían explotar en bruto o calcinado, llegaron a constituir la principal fuente de recursos del establecimiento. Según don Bernardo Ossandón, ascendían por los años 1865 a \$ 25.000, suma muy superior a la subvención del Gobierno (5 a 12 mil pesos), a los réditos sobre censos (\$ 300) y a las pensiones de los alumnos, que eran de \$ 100 para los mediopupilos, de \$ 150, también anuales, para los internos, y de \$ 12 para los externos de familias pudientes. El impuesto del cobre permitió construir el espléndido edificio actual del liceo¹.

El liceo comenzó a funcionar en el espacioso claustro de Santo Domingo, que se levanta en un sitio pintoresco sobre los bordes mismos del barranco, a cuyos pies comienza la “vega”, dilatada sábana de verdura, horizontal y casi al nivel del océano, dando la impresión de ser sólo una parte descubierta de su

¹ “Liceo de La Serena”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Nº 42.

antiguo lecho. En este local tuvo como “director de estudios”, empleo apenas inferior al de rector, un clérigo peruano, que debía 17 años después morir como Arzobispo de Lima. El mismo año 1824 del nombramiento de Luna Pizarro, el Director Supremo de Chile, don Ramón Freire, cedió “al Instituto Literario de Coquimbo el Convento de San Agustín de La Serena con su iglesia, alhajas y rentas”. Instalóse, en consecuencia, el Liceo en el antiguo claustro de los jesuitas, donde sólo alcanzó a permanecer un año. En 1825 se trasladó, para permanecer en este su tercer domicilio casi medio siglo, a la extensa y pobre Casa de Ejercicios, construida en 1812, inmediata a aquel templo, frente al antiguo mercado o recova de La Serena. La interesante descripción que de ella ha hecho en su referido artículo de esa revista don Bernardo Ossandón, así como el resumen de los principales sucesos ocurridos en el Liceo durante este largo periodo, nos excusa de hablar en detalle sobre las mismas cosas. La contrata hecha en Europa de don Ignacio Domeyko (1838) por intermedio de un rico industrial inglés, don Carlos Lambert; la fundación de varios cursos universitarios, sobre todo de matemáticas y ciencias; el envío al Viejo Mundo de jóvenes que, como don Antonio Alfonso, don Teodosio Cuadros, don Manuel Antonio Osorio, prestaron después al país grandes servicios; los alumnos ilustres que ahí se educaron, entre los cuales figuran: don José Joaquín Vallejo o Jotabeche, don Juan Nicolás Álvarez o el Diablo Político, don Manuel Martínez; la fundación del internado (1842), etc., todo se puede leer ahí con provecho.

Por fin, en 1869 tuvo el Liceo un edificio propio y hermoso, con un frontis de más de cien metros, en el barrio de Santa Lucía, calle de Cantournet. Costó más de \$ 123.000 oro de 45 ½ peniques, lo que equivale a unos 10 ó 12 millones de nuestros tiempos. La mitad de esa suma había sido ahorrada de los ingresos provenientes del impuesto del cobre por los honestos y previsores jefes del establecimiento. ¡Así eran los chilenos de entonces! El liceo tenía en 1871, 232 alumnos, de los cuales 71 eran internos y los restantes externos.

EL RECTOR DON PEDRO NOLASCO PRÉNDEZ

Antes de entrar como alumno al liceo, yo ya lo conocía de vista como asistente a algunas de las veladas literarias ofrecidas a los serenenses por el rector de esa época

(1876-1879), el culto e inspirado poeta don Pedro Nolasco Préndez. Claro está que un niño como yo de 8 a 9 años nada podía entender de lo que ahí se decía, prefiriendo a los beneficios de la cultura abandonarse a un sueño irresistible, interrumpido sólo por el ruidoso y repentino comienzo de las piezas musicales.

El señor Préndez habría sido un rector de lujo si no hubiera querido, al mismo tiempo que ilustrar, corregir a grandes y chicos, cortar abusos junto con introducir reformas saludables. El acto más audaz de su gobierno fue privar a los profesores, muy impuestos de la máxima “*primo vivere e dopo filosofare*”, “*insegnare*”, en su caso de la seguramente parca comida que se les daba de

bóbilis-bóbilis en el establecimiento. Ahora bien, esta sabrosa obvención tenía un origen respetabilísimo, y tradicional, tan antiguo como el mismo Liceo. Ella ha sido siempre considerada como un congruo y legítimo gaje del oficio. Al que reparte sin tasa el pan del espíritu entre sus semejantes, lo menos que se le puede dar en cambio es el nutrimento del cuerpo. En vez de suprimir ese justo y mezquino retorno de una valiosa dádiva, debería el gobierno extenderla de los privilegiados que ahora lo disfrutaban en silenciosa paz, a todo el cuerpo docente. Además, es peligroso inaugurar el desempeño de un oficio público suprimiendo bizcochos en vez de repartirlos.

Los profesores se limitaron a formular una digna y decorosa respuesta. Si el Rector creía el gasto culinario muy gravoso al presupuesto del liceo, ellos se irían contentos a comer habichuelas y ensaladas a sus casas. Pero los alumnos, por un impulso de su propia voluntad, pues suponerlos en connivencia con el cuerpo docente sería un juicio temerario, se alzaron como un solo hombre contra el Rector, y habiéndose éste hecho humo, dirigieron contra las puertas, ventanas y testero del edificio las piedras que le tenían destinadas. El señor Préndez, torcido con los profesores y más que agriado con los alumnos, presentó al gobierno la renuncia indeclinable de su puesto. Así por un malentendido que pudo evitarse perdió el colegio a uno de sus mejores jefes. Todo esto ocurrió poco antes de matricularme en él. Me lo refirieron al preguntar por el origen del impacto de las piedras en las paredes.

MI FAMILIA

Antes de proyectar la luz de mis recuerdos sobre los años de Humanidades, quiero dirigirla hacia la familia, en cuyo seno el destino y la fortuna me habían colocado al venir al mundo. Mi único propósito al escribir sobre un tema privado es no perder esta oportunidad que se me ofrece para salvar del olvido algunos datos valiosos sólo para los miembros jóvenes de mi parentela. Ruego, pues, a los lectores extraños, si la suerte me los proporciona, que desvíen la vista de estos párrafos desprovistos de todo interés para el público. No tendrán ni siquiera el incentivo de una revelación, pues manejaré la linterna sin descubrir las santas intimidades e inocentes secretos del hogar, con el tino que requieren la dignidad y el respeto a los miembros de mi familia, los cuales, esfumados o no en las sombras del no ser, viven aureolados de afecto en el Sancta Sanctorum de mi espíritu.

Mi padre, nacido en 1836, pertenecía a una antigua y honorable familia, inscrita en el Libro de Oro de la nobleza de Génova. Su antigüedad, que sin certidumbre documental remonta al siglo XII por su probable tronco Guiso de Montebruno, nombre de una aldea vecina a Génova, fue certificada por el rey Carlos Félix de Cerdeña, cuando otorgó a uno de sus miembros colaterales, llamado Juan Bautista Montebruno, el rango de Conde. El decreto constitutivo del título, de 10 de marzo de 1826, según deja testimonio en la Gran Cancillería Piamontesa el oficial de la fe Simón Antonio Gertosio, comienza con la siguiente frase:

“A las singulares distinciones que desde hace tanto tiempo goza en la ciudad de Génova la familia Montebruno, como que por su notoria nobleza figura desde 1528 entre los más ilustres linajes de esa ciudad... etc.”.

Son muchos los miembros de la familia Montebruno que desempeñan altos puestos en la historia de Génova. Aun entre los deudos inmediatos de mi padre hay personas de un mérito singular. Paolo Emilio Bensa, senador del Reino y uno de los grandes jurisconsultos de Italia, era pariente suyo. Entre sus sobrinos por línea femenina se cuentan Juan B. Federico Vallega, arzobispo de Esmirna y, después de la toma de esta ciudad por los turcos, arzobispo “in partibus infidelium” de Nicópoli, en Epiro, muerto en diciembre de 1929, y Giuseppe Migone, que asistió en sus últimos momentos a Benedicto XV, hoy arzobispo titular de Nicomedia y Limosnero Secreto de Su Santidad Pío XII.

Pero la gloria contemporánea de mi familia es el hermano mayor de mi padre: el sacerdote Francisco Montebruno Brusco. Émulo de Don Bosco, inferior a él sólo por no haber fundado una orden religiosa, que multiplicara sus esfuerzos, creó con su ingente patrimonio un Instituto de Artesanillos para ambos sexos, donde aprendieron un oficio millares de niños recogidos en las calles de Génova. Llenas están sus biografías con sus rasgos de abnegación y virtud. Murió en 1895 por haber cogido una pulmonía yendo en una noche lluviosa, a pesar de sus 75 años, a confesar moribundos en el hospital Duquesa de Galliera. Pittaluga, en su obra *El Sacerdote Francisco Montebruno*, Génova, 1920, refiere sobre el fin de éste lo siguiente. El arzobispo de Génova, monseñor Reggio, lo visitó en sus últimos momentos. Al despedirse, el enfermo le pide su bendición. El arzobispo, con humildad digna de los mejores tiempos de la Iglesia, se arrodilla a la cabecera del lecho rogándole que antes le diera la suya, y, realizada esta doble y conmovedora ceremonia por dos ancianos egregios en la virtud, le dice el arzobispo: “Arriverderci presto in paradiso!” Pocas veces ha visto Génova funerales más grandiosos, por el real sentimiento de todo el pueblo, que los del sacerdote Montebruno. Ya se ha iniciado o está por iniciarse el proceso de su beatificación, pedida con insistencia por la opinión pública.

Termino este boceto de mi familia italiana copiando la carta que mi primo el arzobispo de Nicópoli, como si presintiera su próximo fin, me dirigió durante mi último viaje a Italia.

(TRADUCCIÓN)

Vicolo Tabacchi, 3 Trastevere
Roma, 30 de noviembre de 1927

Muy querido primo:

Me has dicho que tenías la intención de redactar una genealogía de la familia Montebruno. Apruebo decididamente la idea y me complazco contigo.

Los Montebruno, de los cuales eres directo descendiente, son muy conocidos y estimados en Génova. No tanto el lustre de la antigua nobleza, como las virtudes y tradiciones cristianas siempre practicadas y celosamente defendidas, los hacen beneméritos y dignos de memoria.

Me place recordar nuestros más próximos parientes: nuestra tía, muerta muy joven en concepto de santidad en el monasterio de las Crucificadas de Génova; su hermano, nuestro tío, el sacerdote Francisco Montebruno, fundador de los "Artesanillos y Artesanillas de Génova", de quien todavía se habla como de un santo y que mi padre llamaba "una gloria del siglo XIX". Está para iniciarse en la curia de Génova el proceso informativo para elevarlo a los honores de los altares, con lo cual se consagraría la gloria de nuestra familia.

He leído con interés y cuidado los artículos, que llamaré apologéticos, escritos por tu hermana Laura en diarios y revistas, redactados en estilo noble y simple, propios para hacer comprender, amar y gustar y practicar en cuantos los leen las verdades de nuestra religión.

Bendigo de corazón, en modo especial, a tu venerada madre, mi tía, que a la avanzada edad de 90 años conserva la plenitud de sus facultades.

Te abraza afectuosamente tu primo.

(Firmado) G. B. F. Vallega
Arzobispo de Nicópoli en Epiro

Al profesor Julio Montebruno, Santiago de Chile.

He dado a estos particulares, seleccionándolos entre muchos otros, sobre la nobleza, talento y virtud de varios de mis antepasados y deudos inmediatos, un desarrollo talvez excesivo, porque ellos, tan desacreditados en la teoría como enaltecidos en la práctica de la vida, pueden servir a mis parientes jóvenes en la lucha por la vida, infundiéndoles confianza, independendencia y dominio de sí mismos en el trato con los demás.

Si mi padre tuvo la fortuna de nacer en un hogar, como él mismo, al ser consultado, no hubiera podido elegirlo mejor, esa diosa inconstante no le dio ninguna de las cualidades necesarias para sentirse en él a sus anchas. Todos sus parientes, sin excepción alguna, eran tradicionalistas, metódicos, escrupulosos observantes de las conveniencias sociales y religiosas, y mantenían en una vida tranquila, cómoda, casi ociosa, una perfecta y aburridora paz. En una pequeña capilla, anexa a la casa, se reunían en la mañana para oír misa, en la tarde para rezar el rosario.

Mi padre, robusto, fuerte, amigo de los deportes y ejercicios violentos, dominado por el espíritu aventurero de la raza, se ahogaba en esa atmósfera. El contraste no podía desaparecer, porque ese joven, a pesar del afecto recíproco que lo ligaba a los suyos, introducido por el azar en un convento de Capua, quería libertad, y era por su carácter y fuerzas físicas rebelde a la asimilación por el medio ambiente. Un día, a los 17 años de edad, manifestó el deseo de

venirse a Chile, donde ya estaban algunos miembros de la familia Brusco. En Génova, como en otras partes de Europa, nadie se asombra de que un joven se vaya a rodar tierras. Le dieron el permiso solicitado, creyendo que la ausencia duraría sólo dos o tres años; y, provisto de una pacotilla mercantil, lo embarcaron en un buque a vela con destino a Valparaíso.

La separación no se llevó a efecto sin causar a los suyos una profunda pena. En la última noche, él lo recordó toda su vida, la angustiada madre entró a su dormitorio y, viéndolo al parecer dormido, lo cubrió de caricias y de lágrimas. El hijo pródigo continuó fingiendo un intenso sueño, y dominó al impulso de estrecharla contra su pecho y decirle que no la abandonaría jamás. No era insensibilidad, sino pudor sentimental y entereza viril. La despedida debía ser eterna. En vano los padres en todas sus cartas le pedían volviese y le enviaron en varias ocasiones dinero, que les era devuelto por ser innecesario, y hasta el costoso documento de liberación del no cumplido servicio militar.

El viaje se hizo por el Cabo de Hornos y duró siete interminables meses. En el buque de carga la comida era un suplicio para quien estaba acostumbrado a los guisos genoveses, los más suculentos y sabrosos del mundo. Hacía las veces de pan una galleta desabrida, dura como piedra. Mi padre dispuso el fastidio del ocio aprendiendo prácticamente todo lo que de náutica podía enseñarle ese medio, y llegó a Valparaíso hambriento y convertido en un piloto consumado. En su variadísima y aventurera vida, nunca le fue difícil, llegado el momento, de empuñar el timón de una nave.

La familia materna era de pura cepa española. Don Ramón López y Giménez procedía de un linaje oriundo de la Villa del Padrón, pintoresca aldea situada en el extremo de una ría de Galicia. Tanto su padre, don Manuel López y Hermida, como su abuelo, don Domingo Andrés López y Cobos (m. 1821), habían sido militares e intervenido en la guerra de liberación de su país contra el emperador Napoleón. Don Ramón vino a Chile a defender la bandera de su país, y peleó a las órdenes del general Antonio Quintanilla en las batallas de Pudeto y Bellavista. Comprendido en los beneficios de la capitulación firmada entre ese jefe y don Ramón Freire, Director Supremo de Chile y conquistador de Chiloé, se radicó en Ancud, donde casó dos veces con damas descendientes de españoles venidos a la isla desde Perú: doña Rosa Díaz y doña María Uribe. La última fue mi abuela materna.

Don Ramón López, que había recibido en Santiago de Compostela, entiendo que en la Universidad de ese pueblo, junto con su hermano Eusebio, una buena educación, no tardó en prestar sus servicios a la república cuyo nacimiento había contribuido a estorbar. Fue comandante del Resguardo y capitán del Puerto en Ancud, en reemplazo de don Juan Guillermo (traducción de su apellido en inglés), padre del futuro almirante don Juan Williams Rebolledo y, por último, administrador de Correos de Valparaíso, donde murió en 1851, de una pulmonía, a los 54 años de edad. Dejó varios hijos, de los cuales Carmen casó con Juan Montebruno y Balbina con José Seguel, muy conocido después como jefe del batallón Concepción en la Guerra del Pacífico y comandante de policía de Valparaíso.

La educación que trajo mi padre de su tierra natal, aunque incompleta, era más que suficiente a las necesidades prácticas de la vida. Tenía sólidos rudimentos de latín, cuyos más célebres apotegmas citaba cuando llegaba el caso, y bastante dominio del italiano que hablaba y escribía con claridad y elegancia. Leía admirablemente en voz alta, lo que le agradaba hacer con frecuencia, y, a fuer de un buen hijo de su patria, sabía comprender y expresar la belleza. A cada momento ejercitaba esta admirable aptitud del pueblo itálico. Recuerdo, sólo para poner un ejemplo insignificante, que una vez colocamos en un florero pintado de la China un gran ramo de azucenas blancas, que nos pareció de gran efecto. Mi padre no quedó igualmente satisfecho. Era, sin duda, algo hermoso; pero algo le faltaba. Sentía sin decirlo la noble inquietud de admirador de la belleza. Siempre callado, fue al jardín, cortó una vara de las mismas flores, pero roja, y la insertó con destreza en el ramo, convirtiéndolo por este solo detalle en una verdadera obra de arte. Si hubiera tenido la experiencia actual, me habría parecido estar en un taller del Renacimiento florentino.

Sobresalía como eximio dibujante y si hubiera estudiado la técnica de los colores habría sido un excelente pintor. Llena estaba nuestra casa de cuadros al óleo que hizo para adornarla, casi siempre de gran tamaño y copias de obras célebres, como el Descendimiento de Rubens, la idílica representación de la Paz por Gustavo Doré, y otras sobre asuntos bíblicos, José vendido por sus hermanos, Moisés salvado de las aguas, Judit adornándose para seducir a Holofernes, etc. En colaboración con el pintor don Juan Francisco González, quien hizo su retrato, esbozó una espléndida y luminosa Cita en el Bosque.

Su falta de estudios universitarios lo extraviaban a veces en sus abundantes y desordenadas lecturas, impidiéndole ver, a través de brillantes apariencias, la inanidad de una idea, descubrir el sofisma, el falso raciocinio en el pampanaje de la retórica. Así le sucedió en la elaboración de los planes educativos de su familia. La lectura de *Emilio* lo hizo adepto entusiasta del filósofo de Ginebra. El único medio salvador de la inocencia del niño, de sus genuinas virtudes, era el aislamiento. Hasta los 16 años no pudimos salir solos a la calle, a no ser para ir al colegio, brecha dolorosa del sistema, cuya anchura trataba de disminuir por una vigilante fiscalización de las horas de salida y llegada, de acuerdo con el horario del hogar. Las odaliscas de un harem no eran mejor custodiadas que nosotros, lo que no impidió que desde los 8 años supiéramos en teoría y sin comprenderlo todo lo que tanto celo se oculta al niño.

Aceptamos sin protesta, ni tratar de eludirla el régimen de Rousseau, porque en ninguna parte lo pasábamos mejor que en casa. A este respecto, pocos niños han sido más felices que nosotros. En uno de los grandes patios peculiares a las viviendas serenenses teníamos casi tantos aparatos de gimnasia y diversión como en uno de los jardines públicos de nuestros días. Siendo los tres hermanos mayores más o menos de la misma edad, nos divertíamos solos o con hijos de familias muy amigas. Julio Verne, Mayne Read y 200 autores más de igual, peor o mejor laya, halagaban nuestra imaginación y a veces nos

mantenían despiertos, alumbrados por la débil luz de una vela, hasta avanzadas horas de la noche. Luego se despertaron en la nidada gallego-italica aptitudes artísticas sobresalientes, y el piano, la flauta, el dibujo, la pintura, los primeros y torpes ensayos literarios hacían girar con rapidez las manecillas del tiempo. Esta atmósfera de verdadera cultura, que desapareció para siempre con nuestra adolescencia, estaba animada por el bullicio de los niños, de los perros, gatos, pájaros y animales, más numerosos en la casa que la gente, y la grata y alegre compañía de seres queridos, los cuales, como mi madre en primer término, parecían irradiar en torno suyo el contento y la felicidad.

Todas las festividades del año se celebraban a la usanza italiana, con sus ritos y costumbres tradicionales y el inevitable consumo de alguno de esos guisos, para nosotros maravillas culinarias, confeccionados según viejas recetas, desconocidas o maltratadas en los hoteles y posadas de nuestros tiempos.

La Pascua de Navidad era la más solemne. Entonces mi padre armaba el nacimiento, pesebre o belén, que mis abuelos le habían enviado desde Génova, talvez el más artístico y numeroso que haya llegado a Chile. Sobre un gran tablado o tarimón cubierto de tepe o césped, traído del campo, al cual servía de fondo un semicírculo de montañas fingidas con papel pintado, se diseminaban dos o tres centenares de figuras de madera, cerámica y cartón piedra, representando hombres y animales, aldeanos y pastores, ángeles y reyes magos, dirigiéndose todos hacia la gruta donde el niño Dios y sus padres recibían los homenajes del Cielo y de la Tierra. Sucedió que una noche en que la concurrencia de extraños era muy numerosa, se le ocurrió a una hermana mía, apenas de tres años de edad, por propia iniciativa e imitando, sin duda, lo que había visto en las iglesias, pasearse entre los circunstantes con una bandeja que pronto se llenó de monedas de plata y cobre. Recordé esta escena mucho después, leyendo en una novela de Anatole France la humorística descripción de los orígenes del Cristianismo: "Y los cristianos primitivos acordaron un día con fines de caridad, organizar una colecta. ¡Una colecta! ¡La religión estaba fundada!"

Al salir la familia de La Serena, el nacimiento fue regalado a un convento de frailes, no sé a punto fijo si de San Francisco o de Santo Domingo. Cuando 50 años después quise volver a verlo, había desaparecido. Talvez fue víctima en un desván de la incuria y animales destructores; quizá una comunidad de monjes extranjeros, establecida por el obispo en el primero de los claustros nombrados, conociendo su valor, lo envió fuera del país.

LA SERENA DE MI NIÑEZ

Una de las más acertadas prácticas pedagógicas e higiénicas de mi padre eran los obligados paseos a pie dominicales y festivos. El suave y admirable clima de La Serena, la belleza y variedad de sus alrededores, ofrecen a tales ejercicios un campo ideal, en el cual se combinan y se confunden todos los requisitos de un sano, verdadero y benéfico placer.

Subíamos a veces el suave lomaje del Santa Lucía, la tercera y dominante de las terrazas sucesivas de la ciudad, hasta mucho más allá del cementerio, triste rectángulo colector del lodo que el hombre restituye a la tierra, al morir, e íbamos a respirar el aire del mar lejano, ante un gran horizonte, en la planicie de la cima, cubierta sólo en primavera de finísima hierba, donde se alza su corto tallo la roja y modesta flor de la ñañaña, propia de La Serena, como el copihue lo es de las selvas de Arauco. El camino principal conduce a Algarrobito, aldea típica de la triste estepa chilena. Si nos desviábamos un poco al sur del Santa Lucía, pasando las calles de Colo-Colo, remontábamos una colina gemela de la anterior, en cuya cumbre está la casa de la hacienda del Pino, que luce en uno de sus patios una venerable y añosa araucaria, a la cual debe su nombre todo el barrio. En sus pendientes, en torno de la morada del dueño, abundaban entonces pobrísimas cabañas de barro y totora, habitadas algunas por mendigos que bajaban los sábados a la ciudad a pedir limosna.

¡Trabajar un solo día de la mañana!

Al destino no concedían ventaja esos desgraciados, quienes vivían casi todo el año en el ocio y el sueño, esperando inconscientes a que la muerte les abriera el único recinto feliz y luminoso que dejáralos entrever entre una vaga y confusa esperanza.

Entre esos pordioseros en toda la ciudad había muchos raquíuticos, deformes y estropeados, con el sello congénito de la desgracia y sin otro amigo que la embriaguez.

El más curioso era una enana de poco menos que un metro de alto, rechoncha y feísima, que con un grueso bastón ahuyentaba a perversos mocozueltos que la perseguían con crueles remoquetes o cantando dísticos en los cuales la palabra pigmea rimaba con la peor de sus consonantes. La infeliz liliputiense, que mientras vivió ni siquiera tuvo el consuelo de criar a los hijos que daba a luz cada año seguramente, pues se exhibía en público como emblema inequívoco de la fecundidad, fue barrida con casi todos sus congéneres, altos y bajos, por la terrible epidemia del cólera que asoló La Serena en 1886. Las familias procuraron librarse del flagelo, la mayor parte por medio de estrictas medidas profilácticas, y un corto número por el aislamiento de sus residencias campestres.

Para visitar el establecimiento de fundición de la Compañía, al otro lado del río Coquimbo, elegíamos un día de trabajo, a fin de ver salir de los hornos el chorro de cobre líquido que era dividido y solidificado por moldes de arena o arcilla. Vagábamos en seguida por el extenso y oloroso bosque de eucaliptos, detrás de la fábrica, y por los enconchados senderos del jardín en torno de la espléndida mansión de los Lamberts, afortunados propietarios de esas riquezas. ¿Afortunados? Aguarda un poco. En este apartado recinto, impregnado de tristeza y poesía, al fin de un emparado de enredaderas, en medio de floridas plantas de violetas, había un pequeño monolito de jaspe de Suecia con este parecido epígrafe: "To my beloved son Lionel Lambert, who died tragically...". El fúnebre cipo existe todavía oculto en la maraña del antes glorioso parque, hoy devastado por una racha de barbarie.

Nos ofrecía un excitante campo de excursiones La Pampa, terreno baldío y con escasos habitantes hasta fines del siglo XVIII, situado al sur de La Serena. La municipalidad, a que pertenecía, lo dividió por esas calendas, lo mismo que el barrio de Santa Lucía, también de su desierta contornada, extendido al noroeste de la ciudad, en lotes o parcelas que se entregaron a particulares en arriendo o censo, título que no tardó en convertirse en dominio efectivo.

La Pampa tenía gran importancia estratégica por constituir, junto con la playa la zona de acceso desde el puerto de Coquimbo a La Serena, el camino de los temidos corsarios, filibusteros y bucaneros, ingleses en su gran mayoría. Constituían estos bandoleros del mar, con consentimiento expreso o tácito de sus respectivos gobiernos, un peligro constante y pavoroso, talvez exagerado por el miedo y el odio sectario, amenazante como una espada de Damocles sobre la ciudad.

Después del incendio de esta, primero casi completo por Bartolomé Sharp (1680) y parcial después por Eduardo Davis (1685), estuvieron a punto los aterrorizados moradores de trasladarla al Valle del Limarí.

En la segunda mitad del siglo XVIII se construyeron como defensa en el límite norte de La Pampa unas débiles fortificaciones, consistentes en muros y torreones de adobes, y cañas especie de "quinchas" o cañizos, que bien poco habrían servido para detener a un enemigo de mediano empuje, quien, por lo demás, tendría abierto el camino de la playa. No debieron los habitantes haber tenido mucha confianza en ellas, pues siempre estaban semiderruidas, como si no se hubieran hecho sino para disimular su ignavia e inconciencia.

Y como si les doliera ser actores de obra tan frágil, de la cual alcancé a ver un atronero paño de muralla, los serenenses levantaron como puerta de La Pampa, por el lado de La Serena, una portada de piedra porosa, con un solo arco y modestas dimensiones, conocida desde su origen con el nombre de "La Portada". Aunque de pobre apariencia, en cualquier parte la habrían considerado como un monumento histórico de importancia, digno de conservación y respeto. Sus arquitectos habían observado en él las reglas del arte, dándole al frontispicio vuelto hacia la ciudad carácter dórico y al del otro lado los rasgos del estilo compuesto, mezcla en este caso del dórico y el corintio. Cuando lo observamos distantes de sospechar su próximo abatimiento, se veían en la fachada principal las huellas del cincel que, en un torpe arrebató de exaltación patriótica, habían borrado las armas reales españolas, dejando sólo un escudo incompleto de La Serena, con sus torres llameantes, pero sin los grifos tradicionales de sus soportes.

Un alcalde serenense de nuestros tiempos, persona, ¡quién lo creyera!, muy culta y meritoria, hizo derribar La Portada, porque, según él, estorbaba el tránsito de las carretas. No era posible obligar a hacer un desvío a esos vehículos, más antiguos y venerables todavía que la decorativa e inútil antigualla arqueológica.

A La Pampa pertenecen los mejores recuerdos bucólicos de nuestros vagabundajes. Sus fértiles huellas, saqueadas por las cocinas serenenses, abundaban no sólo de hortalizas, sino también de sabrosas frutas, especialmente peras de las

más finas y selectas variedades. La recorriamos con frecuencia también a caballo para ir a la hacienda de San Martín, de mi tío Samuel Brusco, nuestra deliciosa casa de campo, situada a dos o tres kilómetros de las bahías de Coquimbo y La Herradura. En la vecindad de esta última tranquila y bellísima ensenada tenía su fundo don Urbano Vicuña, muy amigo de Brusco. Cuando aun no se había introducido el teléfono (1876) mantenían los dos entre sus propiedades un curioso y sencillo sistema de comunicaciones telegráficas, consistente en dos postes con manecillas movibles de madera en su parte superior, cuyas diversas posiciones con sus significados estaban descritas en dos grandes cuadros.

La Vega, planicie inferior de La Serena, huérfana de casas, se extiende casi al nivel del mar y con un ancho de dos kilómetros entre el alto barranco que la separa de la terraza del medio, donde se asienta lo mejor de la ciudad, y una franja de dunas y playa frente al océano, como una sábana de verdura, feraz criadero de hortalizas, sandías y melones. La tierra es ahí tan fértil, que un francés de apellido Charpentier tenía en mi tiempo al borde de las dunas una quinta de robustas higueras, cuyas ramas entrelazadas habían formado un techo impenetrable a la luz del sol. De ellas se sacaba por millares la azucarada y pepitosa fruta.

Nuestro paseo favorito era la playa. Nada semejante a ese magnífico escenario de la Naturaleza que hace de La Serena una de las más hermosas y originales ciudades del mundo. Forma desde el tranquilo puerto de Coquimbo hasta la punta de Teatinos una gigantesca valva en cuyos movibles bordes las olas rugen, aturden, sumergen el alma en un mundo diverso del nuestro sugiriéndole ideas y sentimientos nunca sospechados por las rutinarias operaciones del espíritu, fragor terrible que acompaña en las noches a los serenenses como un arrullo y a la vez una constante y severa advertencia: “¡Elevaos, dice, sobre las miserias de la vida! ¡Trocad sus pequeñeces por las supremas aspiraciones del espíritu! ¡Amad y confundíos con la Naturaleza! ¡Oíd su maravilloso lenguaje! ¡Modificad vuestra prosaica e interesada concepción de la divinidad!”

Dos caminos principales conducen a la playa, la Alameda, larga y triste, bordeada de árboles y acequias, como la antigua Cañada de Santiago; y el que parte a los pies de Santo Domingo, la calle Nueva, elegido por nosotros para ir a tomar los muy matinales, a causa de las clases, baños de verano. Se conservaba, por lo menos hasta hace 8 años, intacto, con su “puquio” o “chortal” utilizado por alegres comadres lavanderas, con su desordenada vegetación, sus lentas acequias y aguas estancadas, cubiertas por las limpias hojas de la planta acuática, conocida por sus flores amarillas con el nombre de botones de oro. Junto a ella, la yerbabuena, la menta y otras especies olorosas despiden, al restregarlas con las manos, un penetrante perfume.

Durante las vacaciones íbamos a la playa a las horas de mayor afluencia de bañistas. En varias ocasiones fuimos testigos de dolorosos sucesos. El mar, como los monstruos mitológicos, exigía de vez en cuando un tributo humano. Muchas familias quedaron huérfanas y la nuestra estuvo a punto de sufrir igual suerte. Mi padre, eximio nadador, atravesaba la ola grande para evolucionar

en aguas tranquilas. Un fuerte calambre paralizó una vez sus movimientos. En vano gritó a su compañero, que era sordo, y estaba cerca de él, que le trajese su caballo. Aunque hubiera oído, en nada habría modificado la situación. Cuando el dolor cesó, era esta muy crítica.

Conservo vivo el recuerdo de tales escenas. Al grito de un hombre se está ahogando! transformábase al instante en pánico y desesperación la calma y alegría de la multitud. Algunos emprendían locas carreras en busca de imaginarios socorros. Otros, presa del estupor, creían divisar al infeliz luchando en vano con la muerte, y cada una de sus supuestas o reales apariciones era anunciada con tremenda gritería. Los llamados y búsquedas, gritos, llantos y lamentos, las súplicas al Altísimo de quiénes, ignorando el nombre de la víctima, creían en peligro un ser querido, se perdían en el estruendo de las olas, conturbando el espíritu y haciéndole sentir, como en ningún teatro de los hombres, el horror y majestad de una verdadera tragedia.

MUERTE DE MI ABUELA

Por esos años ocurrió también un luctuoso acontecimiento: la muerte de mi abuela materna, María Uribe. Aunque estaba hacía mucho tiempo delicada de salud, no pensábamos en su fin cuando cayó de súbito a la cama para no levantarse más. Mis recuerdos forman un cuadro de las costumbres de esa época, y por eso me ha parecido interesante reproducirlo. Estudiábamos en la noche crítica, matemáticas con nuestro bondadoso profesor don Bartolomé Blanche, cuando oímos los precipitados pasos del doctor Bartolomé Zelaya, famoso por su ciencia, aspereza y brusquedad, que se retiraba de ver a la enferma. Seguía la anhelo mi madre, deseando sin duda oír una palabra de esperanza. En vez de la clásica respuesta: "Sólo Dios puede salvarla", el doctor le dijo: "No llegará a la medianoche". Mi madre, lanzando un grito de dolor, volvió desolada a la cabecera de la moribunda.

Minutos después se presentó a nosotros la tía Rosa, anegada en llanto, y me dijo con el tono de una profunda angustia: "Ve a traer al presbítero don Juan Ramón Ramírez; pero irápido! porque talvez no lo alcance". Corrí a desempeñar mi mandato y encontré al señor Ramírez, mi profesor de Religión, beatíficamente arrellanado en una poltrona, fumando y saboreando su café en compañía de un amigo. Mi intempestivo mensaje le habría contrariado si no hubiera sido un santo. Como su santidad no alcanzara, sin embargo, el grado de perfección necesaria para inducirlo a levantarse inmediatamente, le cogí de un brazo y sin permitirle siquiera que consumiese el resto del aromático líquido, o saludara a su colega, lo llevé corriendo a casa, distante media cuadra de la suya.

El aspecto de la sala mortuoria era para hacer sentir a los sanos un vivo pesar por no estar ya en el otro mundo. Sobre una mesa frente al enfermo se alzaba entre dos cirios un crucifijo. Las personas presentes coreaban los estertores y quejas de la agonía con preces, oraciones, cortas plegarias que se suponían dirigidas a Dios por el moribundo. Llamaban a esta santa algarabía "ayudar

a bien morir". Mientras el sacerdote leía en su breviario la parte pertinente y se preparaba a administrar la extremaunción, y el enfermo había recibido los sacramentos de la penitencia y eucaristía, mi madre me llamó con una seña y, sorprendida quizá por la palidez de mi cara, me ordenó retirarme. Permanecí en mi dormitorio sin poder conciliar el sueño hasta las 11 y media de la noche, hora en que grandes gritos y lamentos me indicaron que todo estaba terminado.

A la mañana siguiente fui a despedirme de la muerta para siempre. La encontré rígida, tendida en el suelo entre cuatro velas. Levanté una punta de la sábana que la tapaba y vi con estupor que le habían llenado la boca con una sustancia blanquizca desinfectante, de olor desagradable. A su lado, sentada en un piso bajo de totora, una vieja, que tenía por oficio velar y vestir muertos, junto a un brasero, teniendo al alcance de la mano una caja de latón bien provista de yerba del Paraguay, azúcar quemada, cáscaras de naranja y hojas secas de cedrón, sorbía su mate tranquilamente. A esa bruja, émula de Pasteur y Lister, que apoyaba la bombilla en un largo colmillo, único diente de su boca, se le había ocurrido lo del clorato de potasa. Los deudos, atontados por el dolor, habían descuidado el cumplimiento de un sagrado deber, delegando en una vieja ignorante cuidados más necesarios que sus lágrimas inútiles.

Los dolientes de la familia, salvo las hijas de la extinta, que yacían enfermas en sus camas, rodeados de algunos amigos silenciosos por no ocurrírseles un consuelo eficaz y oportuno, lloraban en la sala de recibo, cuyos cuadros y espejos ya estaban cubiertos de paños y velos negros. A los funerales concurrieron todos los que cupieron ni uno más, ni uno menos, en los coches alquilados por la familia de la difunta. Discreta costumbre serenense, talvez abandonada cuando se introdujeron los automóviles, que permitía a cualquier hijo de vecino amar a los muertos como a sí mismo y hacer de momio una visita a sus silenciosos deudos del cementerio.

Se me ocurre narrar aquí, alterando muy poco el orden cronológico, otra muerte no desprovista de detalles interesantes, ocurrida en mi casa dos años más tarde. Nos habían enviado de Concepción, como los médicos mandan a las termas a un enfermo incurable, a un caballero viejo y paralítico, miembro de una familia muy relacionada con la nuestra. Tenía el cacofónico nombre de Fidel Seguel, sirviéndole en el que debía ser para él (continuemos la música) su penúltimo viaje, de malhumorado lazarillo su sobrino Alberto. Cuando éste, al cabo de tres meses de sacrificadas vacaciones, lo abandonó para iniciar en Santiago sus estudios de leyes, mi madre tranquilizó al inválido que, viéndose solo en una casa extraña, estalló en sollozos, haciendo dormir junto a él a mi hermano Domingo. No pudo quejarse del cambio. La nueva Antígona, más dócil y solícita que su predecesora, le ayudaba a darse hasta el baño tempranísimo prescrito por el doctor Zelaya.

Una mañana la tía Rosa, al llevarle como de costumbre el desayuno, encontró a Fidel acurrucado, lívido y frío en su cama. La muerte, con un ligero y tierno ademán, lo había reducido a la inmovilidad eterna. Dirigiéndose Rosita incontinenti al lecho donde Domingo dormía como un lirón, contentísimo de no

haber sido llamado para el baño ese día y, despertándolo con brusca sacudida, le espetó a quemarropa la noticia: “¡Levántate, que Fidel ha muerto!” El niño de la impresión comenzó a revesar y por un momento pareció haber tomado la resolución de irse también al otro mundo a seguir allá practicando su oficio de samaritano. ¡Puro susto! A la media hora estaba listo para marchar al colegio.

Seis años más tarde, procedente de Valparaíso, vino a vernos un hermano del extinto, cuñado de mi madre. Alto y enjuto, natural y distinguido sin pretensiones a la elegancia, sólo daba importancia en su traje a la ropa interior. La camisa con sus cuellos y puños debía ostentar una inmaculada blancura. Sin una experta lavandera, no habría sabido cómo mantener su decoro y dignidad. Ya estaba mordido por la nefritis que pocos años después le permitiría reunirse con su hermano y antepasados.

La expectativa talvez de tan feliz reunión le inspiró la idea de contemplar los restos de Fidel, con el confesado propósito de trasladarlos del frágil ataúd, sin forro de zinc en que estaban, a una caja más resistente a la acción del tiempo. Levantada la tapa de la efectivamente carcomida urna, se vio que estaba llena hasta un tercio de su altura de tierra *—pulvis est et in pulverem reverteris—*, sobre el cual se extendía desarticulado y blanco el esqueleto de Fidel. El traje había desaparecido hasta la última hilacha, y sólo quedaban como chocante mofa los zapatos, unos zapatos sucios, de orejas y hebillas, que, levantados por el panteonero, dejaron salir en tropel los numerosos huesecillos del pie. El coronel, sin fijarse en la melopea osteológica producida por el desperdigamiento de los componentes que formaron en tiempos mejores el armadijo del tarso, metatarso y dedos, dijo a mi padre con voz queda *—nunca se le oyó hablar fuerte—*, lastimera como un reproche: “¿Y esos zapatos usaba mi hermano?” “El pobre, repliqué yo, no ha podido lustrarlos en los últimos seis años”. Se arrojaron al osario las podridas tablas, el par de calamorros y la tierra, pareciéndome lo que a esta se refiere una grave inconsecuencia. Los huesos, ahora guardados en sólido cofre, volvieron a sumergirse en las tinieblas de la cripta. Este episodio reveló que el camposanto serenense tiene el poder, tan precioso en el buen desempeño de su misión, de acelerar la evolución de la materia.

DON RAFAEL MINVIELLE Y EL HONOR CASTELLANO

Cuando ingresé al Liceo de La Serena para cursar el primero de humanidades (1881), el rector felizmente reinante era el literato español don Rafael Minvielle. Como escritor había cultivado con cierto éxito las letras en el periodismo y el teatro. Su drama *Ernesto* le procuró años atrás algunos aplausos y el honor de un comentario en los *Recuerdos* de Lastarria. Era a la sazón un viejito alto y delicado, la quintaesencia de la distinción y la bondad.

El día de mi estreno en el Liceo lo vi salir de la Rectoría en los momentos en que una gran cáscara o cacho de calabaza, certeramente lanzado por un niño terrible, víctima después de sus excesos, lo hizo trastabillar. Otro niño se acercó al aturdido anciano y le dijo: “Señor, fulano de tal ha sido su agresor”.

Enderezóse Minvielle como picado por una víbora y exclamó: “¡Cómo usted se atreve a denunciar a un compañero!”, y llamando a un mozo lo envió al encierro, el castigo más grave del establecimiento. Yo creo hasta ahora que el niño denunciante procedió por el impulso de una legítima indignación, obedeciendo a un sentimiento de justicia y odio al delito siempre latente en el corazón del hombre. Pero el señor Minvielle procedió en este caso más como español que como psicólogo.

Cumplíase esta pena en uno de los cinco o seis cuartuchos de 4 a 6 metros cuadrados de superficie, con forro de fierro, sin más aire y luz que los que escasamente entraban por una diminuta abertura redonda de la puerta. En esos tabucos infernales y pestilentes, desnudos y privados hasta de una piedra para sentarse, permanecían los niños, peor tratados que las fieras y feroces criminales, durante varias horas, a veces días enteros. No se crea que este castigo era excepcional: se le aplicaba a diario y pocos alumnos hubo que no estuvieron expuestos a perder en ellos la salud del cuerpo o del alma. ¡Condenar a un niño al silencio, a las tinieblas, a la inmovilidad, al ocio! No comprendo cómo hombres numerados entre los más cultos y honorables de la ciudad pudieron durante tantos años tolerar esa abominación y someter a la infancia a tan bárbaro y corruptor tratamiento. Don Bernardo Ossandón, que en su artículo sobre el Liceo se expresa en la forma más indignada contra la privación del desayuno o de los postres como penas escolares, diciendo que ellos “no admiten excusa ni justificativo de ninguna clase”, apenas menciona el encierro. Para él, persona bien mantenida y refinado gastrónomo, cualquiera restricción en las comidas era antipática. Los calabozos fueron demolidos por el primer rector educado en el Instituto Pedagógico. Ojalá pudiera también borrarse esa negra página de la cultura serenense.

El rector, que acababa darnos en el episodio de marras una muestra de hidalguía y pundonor castellanos, y que en el enojo producido por el soplo había hasta olvidado la ofensa personal, mantuvo con nosotros durante sus funciones una inalterable amistad. Las circunstancias, fuera de una secreta y mutua simpatía, de haber sido los únicos, mi hermano y yo, de un curso de 40 alumnos en darle las gracias al recibir un boleto de examen, y en dejarle la vereda en la calle, saludándolo respetuosamente, bastaron para conquistarnos su afecto y obtener de él en público elogios superiores a nuestros merecimientos.

Llegaba en su parcialidad hasta disculpar nuestros yerros en las pruebas finales del año. En la de francés, escribí en el pizarrón “veritá” en vez de “verité”. Los examinadores pusieron esa fisonomía típica de los médicos resueltos a desahuciar a un enfermo. El rector les desarrugó el ceño diciéndoles: “El niño no tiene la culpa: esto es la consecuencia obligada de enseñar varios idiomas extranjeros en humanidades”. Tenía mucha razón, aunque en este caso mi ignorancia nada tuviese que ver con los programas. Es muy difícil de resolver el problema del número de lenguas extranjeras que un niño chileno puede medianamente asimilar en los seis años de estudios secundarios. Tal vez bastaría que aprendiese bien en el mayor número de horas posible el inglés, limitándose

a adquirir en francés un sólido núcleo, susceptible de ulterior desarrollo. Pero la cuestión quedará en pie hasta que no se vea lo que se puede obtener, en los ramos lingüísticos, empleando una didáctica conforme a la razón y a las reglas de la pedagogía, cosa que no se ha hecho nunca en Chile. Esta ciencia es muy maltratada por los profesores, especialmente de lenguas, matemáticas y ciencias naturales. Estaría siempre dispuesto a probar la exactitud de la crítica, que en nada aminora el mérito sobresaliente de muchos profesores de esos ramos. ¡Qué éxitos obtendrían si abandonaran la actual y equivocada ruta!

EL LICEO DE LA SERENA

El edificio del primer plantel de educación serenense, con su severo y blanco frontispicio de una cuadra de longitud, es el mejor de la ciudad. Está situado en el alto y salubre barrio de Santa Lucía. Dos inclinadas calles lo unen con el centro del pueblo. Por una se llega a la plazoleta, punto urbano de la mayor importancia, denominada popularmente en mi tiempo de los Yenkins, apellido de unos ingleses dueños ahí de una soberbia ferretería. Forma el fondo de esta incomparable glorieta, donde se alza hoy la merecida estatua de don Gregorio Cordovez (1783-1843), patriota y prócer eminente, lleno de iniciativas progresistas, como la que tuvo en la fundación del Liceo, un barranco de varios metros de alto, lonja natural de la sencilla y antigua casa “de los Naranjos”, desde donde la vista puede espaciarse, a la largo de la calle de la Catedral, hoy Cordobés, hasta el mar y confines del horizonte. Ese sitio privilegiado debiera convertirse cuanto antes en un paseo público. Sería un mirador de lujo, inferior sólo al balcón, también propuesto por mí, que urge abrir en los bordes del Barranco del Mar, hoy calle Pedro Pablo Muñoz.

La segunda de aquellas vías, la calle de Cantournet, más corta, directa y pendiente que la anterior, termina en el antiguo mercado o recova. Era en las horas de salida de clases una especie de horcas caudinas para los transeúntes y especialmente de los niños pequeños o recién ingresados en las aulas. Lo esencial en este caso no era andar sino hacer frente a varios peligros. Una piedra echada a rodar desde lo alto podía quebrar las piernas. Un compañero más fuerte, empujando por detrás al incauto, lo hacía emprender una carrera desenfrenada, casi un vuelo, so pena de sufrir terribles costalazos. Lo peor eran las piedras lanzadas con hondas. Cierta vez uno de esos proyectiles casi mata o le revienta un ojo a mi hermano Domingo.

No digo que tales novatadas o desahogos infantiles ocurriesen a diario. No; más bien podrían calificarse de sucesos raros y extraordinarios. Pero, como los temblores y terremotos, podían ocurrir en los momentos menos pensados. Había que vivir alerta, en constante alarma, ágiles para escapar o guarecerse en un refugio seguro. Era un buen entrenamiento para la lucha por la vida, y ni siquiera se nos ocurría inquietar por eso a nuestros parientes. Al fin y al cabo tenía sus ventajas: ardua tarea habría sido encontrarle alguna a los calabozos del liceo.

El cuerpo docente del Liceo estaba formado por caballeros de la sociedad de La Serena y, salvo uno o dos, tomaban sus clases como un pasatiempo o un correctivo a la rutina de sus ocupaciones habituales. Había entre ellos periodistas, como los señores Ossandón y Blondel, abogados como don Juan Guillermo Zevala, sacerdotes como don Buenaventura González, ingeniero de minas como don Buenaventura Osorio, decano de los profesores y futuro director de la Escuela de Minería, doctor en farmacia como el simpático y culto alemán don Pedro Munich, hasta astrónomos como el sabio máximo de La Serena, don Adolfo Formas.

Según la peregrina práctica, imperante por desgracia hasta hoy y quién sabe hasta cuándo en la enseñanza secundaria, sólo iban al Liceo a hacer clases. Hasta los cirujanos después de esgrimir los bisturíes en clínicas y hospitales se quedan en ellos o vuelven a observar el curso de la dolencia y el efecto de sus operaciones. El profesor no; clase hecha, amistad deshecha. Por una inconsculta disposición administrativa, se les paga por horas de clases. Mientras esto subsista y no se adscriba al profesor a un solo establecimiento, donde enseñe, eduque y permanezca durante el día escolar, todas las reformas de la educación secundaria que se intenten en Chile serán vanas e infructuosas. Esa medida, considerada en cualquier negocio como esencial al éxito, tiene que ser impuesta por un ministro independiente de carácter, pues hay muchos interesados en la conservación del sistema en vigencia. Las continuas reformas, los clamores por la transformación de la enseñanza nunca tocan este punto neurálgico, uno de los cánceres del sistema y fracasan por eso o se pierden en el vacío.

El Instituto Pedagógico no produjo los frutos que eran de esperarse, porque se conservó el antiguo sistema de pago por horas de clases. Tuvo esto dos funestas consecuencias. Los liceos continuaron siendo simples talleres de transmisión de conocimientos, sin que fuera posible realizar en ellos ninguna obra educativa de mediana importancia. Los profesores, hechas las clases a que están obligados, salen a escape, a veces en automóvil o bicicleta, del Liceo para irse a sus casas o negocios particulares y aun a continuar en otro colegio sus precipitadas tareas docentes. El otro mal es que los profesores se recargan en horas de clases. Nadie, por robusto que sea, puede hacer más de 24 horas semanales, y aun este número debe reducirse un poco durante los años de servicio.

Los profesores del "sistema de ramos" tenían en su favor circunstancias que atenuaban estos inconvenientes. Hacían pocas horas de clases y, por lo tanto, estaban siempre de buen humor y, además, su enseñanza descansaba casi por completo sobre los textos de estudio. En ellos, todos generalmente amplios y bien elegidos, el alumno aprendía por sí mismo, fin pedagógico esencial, dilatava siquiera la vista por toda la extensión de las ciencias y satisfacía sus eventuales curiosidades. El alumno daba su lección leyéndola en su libro, pues de memoria le habría sido imposible repetirla. El profesor y los demás alumnos escuchaban inclinados hacia el mismo texto. Aquí salta a la vista el punto débil de ese siste-

ma. El espíritu, adormecido en una maquinal actividad, permanecía inerte. Las lecciones debieron de haberse dado en forma de resúmenes, de epítomes de lo estudiado, corregidos o ampliados por el maestro en animado intercambio de ideas. Pero a esto se oponían la rutina y el “dulce far niente”, tan grato a casi todos nuestros congéneres.

La lectura se interrumpía rara vez, sobre todo en las clases de física, química y ciencias naturales, para observar y describir un objeto, un aparato y, en contadas y solemnes ocasiones, para hacer un experimento. En esto se cometía una grave falta: el profesor se lo hablaba todo, como si no sospechara la existencia del método socrático o de obstetricia intelectual. Debe de tener este algo repulsivo, pues hasta hoy goza de muy poco prestigio en nuestras aulas, siendo como es el tuáutem de la enseñanza. Creo que, fuera de ser muy difícil y exigir gran trabajo, repugna a la egolatría y verbosidad humanas.

Antes de cada examen nos daban varios días libres para que “recalentáramos” lo leído durante el año. El poder mental, sobre todo en la retentiva, adquiría el máximo de su tensión. Entonces vimos con asombro cuánto camino podía recorrer la máquina de nuestra inteligencia lanzada a toda velocidad. Aunque efímera en el tiempo de su recordación, nos parecía abarcar en el espacio los confines de la ciencia o ramo que estudiábamos. Era una ilusión confortante y educativa. Creíamos estar entrenándonos para saltar todas las vallas levantadas en las pistas del saber. Sin sospecharlo nosotros, se realizaba uno de los grandes fines de la pedagogía: encender por sí mismo el entusiasmo ante una meta elevada y la fe en el propio esfuerzo para alcanzarla. ¿Magnificamos nuestros recuerdos? ¿Los confundimos tal vez con la gasa de oro en que los prende y sujeta la memoria?

Para casi todos los alumnos, el examen era un placer, aumentado por la solemnidad del acto. Los examinadores interrogaban sobre las materias esenciales del ramo, las únicas que retiene permanentemente un hombre ilustrado; y como hombres cultos y conocedores del niño no hacían preguntas sibilinas, insignificantes y recónditas. El primer alumno que salía a la palestra era el más afortunado. La materia estaba virgen y sus primeras caricias eran tímidas, brillantes y sustanciales. Sólo obtenía este privilegio, cuando perturbaba el orden de la lista, quien gozaba de especiales simpatías entre los profesores. El niño laureado del Liceo, querido de todos, un fenómeno por su infatigable aplicación al estudio, que por desgracia para él monopolizaba todo su tiempo, era Ildefonso Marcial Rivera, después médico y alcalde de La Serena. Murió prematuramente, no obstante la extraordinaria robustez de su constitución. Tal vez nadie aventajaba por el conjunto y armonía de sus cualidades físicas, intelectuales y morales a mi hermano Domingo, de quien un profesor, el señor Blanche, dijo un día que era para él un embeleso observarlo en clase, serio, atento e inteligente. Obtuvo tanto en humanidades como en el curso de la Medicina las más altas votaciones y poseía el gran arte de perseguir los fines integrales de la vida. Herido en plena juventud por terrible e inexorable enfermedad, dedicó su vida a hacer el bien sin tasa, practicando su profesión,

como un apostolado, en la ciudad de Lautaro, que perpetuó su memoria dándole su nombre a un paseo público.

¿Y usted?, inquirirá un lector. Yo, sabiendo que alguien mucho más digno lucía los colores de su familia, era un jinete sin número en la carrera. No fui en Humanidades un aspirante a la fama; muchas otras cosas más importantes se enseñoreaban en mi espíritu. Recibí, sin embargo, en casi todos los exámenes distinción unánime, y como artística nota dos negras en geometría, ramo que para todos fue siempre un logogrifo y otras dos en el primer año de gramática, en castigo, a los 10 años de edad, por no haber querido asimilar la obra filosófica de don Andrés Bello. Salvamos el escollo matemático por medios mnemotécnicos y otro por el feliz hallazgo de un epítome claro e inteligible de los rudimentos del lenguaje.

PERSONALIDAD DE LOS PROFESORES

Volviendo al profesorado del Liceo, uno de los mejores de la República, me queda por consignar que si sus miembros al instruir eran esclavos del libro, en la educación hacían valer las propias prendas de su rica y noble personalidad. Correctos, cultos, benevolentísimos, se ofrecían ellos mismos a los alumnos como modelos. Quede de una vez por todas de esto testimonio, a fin de que si en el bosquejo de sus siluetas se desliza de mi pluma, a fuer de verídica, alguna nota humorística y humana, no parezca impiedad o irreverencia. Nadie podrá borrar en mi espíritu la aureola de respeto y cariño que circundaba sus cabezas.

Las matemáticas, como siempre, señalaban uno de los puntos más vulnerables de la enseñanza. Esta disciplina, basada en la evidencia, emblema de la lógica, el orden y el desarrollo metódico de la verdad, en la cual todos sus teoremas y proporciones debían ser tan claros como dos y dos hacen cuatro, estaba casi siempre en pugna con la mente infantil. A muchos niños les era imposible asimilarla. ¿Culpa de ellos, deficiencia mental? No; sólo podía aceptarse como causa una relativa o absoluta imbecilidad. No hay otro responsable que el método empleado en su enseñanza. Las matemáticas son como una cadena, cuya existencia y utilidad exigen el engarce de sus eslabones. El principio generador de su didáctica es no enseñar ningún conocimiento sin convencerse antes de que los alumnos conocen todos los antecedentes de los cuales aquel es la obligada consecuencia. Rara vez se observa esta regla. Por falta de cohesión en la mente del alumno, se transforma la claridad misma en un enigma incomprensible. En matemáticas, los eslabones aislados no sirven de nada, si no están unidos en forma de cadena. Esto no se hace, porque es difícil y falta el tiempo para el recargo de los programas: otro cáncer de la enseñanza.

Tenía a su cargo la cátedra de la aritmética en los primeros años de humanidades don Bartolomé Blanche, hombre de clarísimo ingenio y de gran respeto y autoridad. Se acercaba por intuición a los métodos modernos. El texto cedía el paso a la voz instructiva del maestro, quien por desgracia exponía los conocimientos en vez de hacerlos encontrar por los mismos alumnos. Deplorable

error, que hoy, a despecho de la pedagogía, se comete con igual entusiasmo que antes. Como la aritmética es el principio de la cadena, comprendíamos gran parte de ella con suma facilidad. Al llegar a la extracción de la raíz cuadrada, a los logaritmos, etc., cuya definición y significado los profesores guardan como un precioso secreto, creyendo talvez que se comprenden por sí mismos, nos sumergíamos en el caos. No se hizo la menor tentativa de explicarnos qué cosas eran esas, para qué servían, en qué se diferenciaban de los jeroglíficos, como años más tarde a nadie se le ocurrió informarnos que el álgebra era un sistema de abreviación matemática, y como su etimología “reducir” lo indica, alude al arte de representar con letras operaciones que exigirían en aritmética muchas, a veces interminables cifras.

Por lo demás, esas quisicosas no excitaban nuestra curiosidad, acostumbrados como estábamos a admitirlo todo sin preguntar nunca. Las preguntas hacen a todos, sapientes y nescientes, la misma impresión que a un calvo el insidioso ataque de las moscas. Quedó convencido para siempre: las matemáticas eran una ciencia hermética, accesibles sólo a un reducido número de iniciados. Mucho peor nos fue cuando en el tercero y cuarto año estuvimos a las órdenes de don Camilo Iriarte, catedrático de álgebra y geometría, buena persona, pero nerviosa, original, barbullona, con un ligerísimo ribete de extravagante. Nos habríamos encariñado con la segunda de esas ciencias, de figuras artísticas, si don Camilo no hubiera cifrado su orgullo en describirla pronunciando sus letras denotativas de sus partes con tal rapidez y confusión, que toda la clase quedaba aturrullada y exánime. El álgebra, sobre cuyo objeto, naturaleza y utilidad habría sido tan fácil arrojar alguna luz, quedó siempre envuelta en una profunda niebla. A fuerza de memoria, y mediante el dominio de cierta cábala maquinal para barajar números y signos, logramos resolver ecuaciones y salir del atolladero del examen. Procurar entender algo de todo eso habría sido pedir cotufas en el golfo. Años más tarde leíamos libros de ambas ciencias, suponiendo el placer y entretenimiento que, bien enseñadas, pueden procurar a los niños.

En este momento, los recuerdos ansiosos de publicidad, como si fueran escritores o políticos, afluyen a mi mente. Démosles en el gusto. El señor Iriarte padecía, como se ha dicho, de los nervios; ahora agregaremos que nunca pudo dominarlos. Los alborotaba cualquier nadería, más el aspecto, modales y tiquismiquis de las personas que sus cualidades y defectos.

Presidía la biblioteca del establecimiento un grave y ceremonioso caballero del linaje de los Prudhomme, llamado Benito González. Era tan urbano y meticuloso en el trato de la gente, que parecía al abrigo de todo choque o altercado. Entregaba a los pequeños lectores los libros como si se les administrara un sacramento. Alto, avellanado y desvaído, usaba como único traje en todas las horas del día una levita tan negra como su suerte y su floreciente barba, que, tapándole la pechera de la camisa, corroboraba su fúnebre continente. Se me ocurría que, al fin del Paganismo, Aqueronte había saltado de su barca en la laguna Estigia a la biblioteca del Liceo.

Este mesurado personaje, bueno como el pan, tenía para él la no advertida virtud de poner los pelos de punta al señor Iriarte, quien un día por quitarme allá esas pajas lo dejó como chupa de dómine. Quedóse don Benito atónito, como un santo religioso atropellado en el ejercicio de sus sacros misterios. El desagradable asunto fue arreglado, en el carácter de juez y a satisfacción de ambos protagonistas, el ofensor y el paciente, por el jefe del Liceo, don Felipe Herrera, abogado habilísimo en resolver todo género de litigios. Yo le pedía precisamente un libro al señor González cuando lo llamaron a comparecer en la rectoría. “Aguarde, hijito, a que vuelva”, me dijo convulso de emoción y con inusitada dulzura. Don Camilo, arrepentidísimo de su arranque, como hombre justo que era, le dio mil excusas.

Por un fenómeno natural en la infinita variedad del suceder en la vida humana don Felipe Herrera formaba vivo contraste tanto con su antecesor en la jefatura del Liceo como con el sustituto interino de éste, don Buena-ventura Osorio. Joven, robusto, recalvastro y carilleno, optimista por sus éxitos abogadiles, convirtió la oficina de la rectoría en su bufete pedagógico. Atrincherado ahí contra un mundo, el enseñante, que no era el suyo, y con el cual sólo ahora entraba en contacto, rehusó hacer clases y nunca atravesó los umbrales de las aulas o los patios como lo hacía Minvielle, quien en nuestros breves descansos nos daba conferencias en los corredores sobre urbanidad y moral. Era un placer ir por algún asunto disciplinario al despacho del señor Herrera. En vez de pedantes reprimendas, oíanse de su boca consejos anodinos, dados con el aire risueño de un hombre de experiencia. Don Felipe murió muchos años después, rodeado del respeto general, como ministro de la Corte Suprema de Justicia.

Mis relaciones con don Camilo Iriarte fueron amenísimas en el año del Álgebra; pero se tornaron vidriosas y en seguida hostiles en el año de la Geometría, a consecuencia de haberme sobrevenido una tos canina, que tenía la feroz ocurrencia de exacerbarse en la clase de matemáticas. Miróme al principio don Camilo, maravillado de oír emitir tales sonidos a un niño de su predilección. No tardaron las tosaduras, tanto más desapacibles cuanto mayores esfuerzos hacía yo para sofocarlas, en sacarlo de sus casillas. Dio en la tecla de expulsarme de la clase apenas comenzaba la música. Una vez perturbada la armonía sentimental, es difícil restablecerla. El último eco de mi catarro se hizo sentir, después de creerme sano, en el examen. Ya he narrado este descalabro que me produjo un curioso efecto fisiológico: perdí de súbito la noción del tiempo, confundiendo la mañana con la tarde. Mi amnesia y embotamiento entretuvieron mucho a mis condiscípulos. Mi padre en casa me consoló afectuosamente de mi desgracia; no era hombre de dar sobre cuernos palos. Los niños habrían quedado muy sorprendidos si hubieran visto esto, pues atribuyeron mi trastorno nervioso al temor de un restallante castigo. Hasta ahora recuerdo a don Camilo con particular devoción y afecto. La risa me retoza en el cuerpo cuando pienso en los efectos de mi tos en su expresiva fisonomía.

ENSEÑANZA DE LA HISTORIA Y DE LA GEOGRAFÍA

Los ramos de historia y geografía estaban a cargo de dos meritísimos varones, cuya sola vista infundía afecto y respeto: don Mateo Pinto, quien fue el primero que observó en mí aptitudes no comunes para esas disciplinas, y don Francisco Varela Calzada, que calzaba, no obstante lo exiguo de su figura, los más altos puntos en saber; autoridad y virtud prolífica. El sotacura de la Merced, un napolitano, según creo, llamado Andrés Testa, decía que el señor Varela era su parroquiano número uno, pues todos los años le hacía inscribir en sus libros el nacimiento de un pequeño y futuro catecúmeno.

El conocimiento del pasado se iniciaba con la historia sagrada, desde la creación del mundo hasta la toma de Jerusalén por Tito, hijo de Vespasiano, que la borró de la faz de la Tierra. Lo que más me impresionó en ese acontecimiento fue el maniático que, según el historiador Flavio Josefo, recorría las murallas gritando hasta caer herido de muerte: ¡Ay de mí! ¡Ay de Jerusalén!, mereciendo el honor de ser el primero de los derrotistas conocidos. Seguían por su orden todas las demás historias, aprendidas mnemotécnicamente en los textos más elementales de Víctor Duruy, y muy entretenidos los relativos a la antigüedad por las leyendas mitológicas, los relatos de Heródoto y Tito Livio; muy pesados y repletos de datos y fechas los de las épocas media, moderna y contemporánea. Los hechos desfilaban monótonos y uniformes, sin formar nunca series comprensivas, cadenas ideológicas, sin tesis reveladoras de las diversas fases de la evolución humana. Carecían de la disciplina de una idea cardinal, directriz, que nunca descuidaron los tratadistas de esa ciencia, desde que Heródoto los agrupó con tanto arte y acierto para exponer las causas de la superioridad y victoria de la cultura helénica sobre las demás del Oriente. Su aprendizaje habría sido inútil y estéril si la historia no tuviese la virtud, cualesquiera sean los métodos empleados en su enseñanza, de despertar el interés, herir la imaginación y promover la inteligencia.

Un hecho inesperado nos permitió atisbar en la historia algo más que un relato atrayente, pero desprovisto de significado y fuerza educativa: don Adolfo Formas, profesor del curso universitario de matemáticas del Liceo, ajeno al cuadro de humanidades, fue nombrado examinador nuestro en un ramo de esa asignatura. Había sido Formas discípulo del sabio Moesta, y desempeñaba desde 1865 en el curso precitado las cátedras de astronomía y geodesia.

El autor de diversas obras, una de las cuales titulaba *Astronomía Esférica*, fue premiada por la Universidad de Chile. Le gustaba vivir solitario, más abstraído que huraño, consagrado al estudio y a sus sabias meditaciones. Tenía todo preparado para la instalación de un observatorio astronómico, cuando la soldadesca destruyó sus materiales e instrumentos durante la revolución de 1891. Murió pobre, asilado en la logia masónica de La Serena. Pero veámoslo funcionar como examinador. Con asombro nuestro sólo hizo preguntas generales, de las cuales recordamos algunas todavía. ¿En qué sentido geográfico se desarrolló la civilización humana? ¿Cuáles son los principales progresos realizados por cada uno

de los diversos pueblos de la Antigüedad? ¿Qué nuevos ideales introdujeron en el mundo los griegos? ¿Cómo influyeron en el adelanto de las ciencias, letras y artes, Sócrates y demás genios helénicos? La obra de Alejandro, ¿se redujo sólo a una gloriosa campaña militar? ¿En qué consiste el gran valor de César en la historia? Viendo que los examinados quedaban silenciosos, el señor Formas los miró encerrándose en un absoluto mutismo. El sabio astrónomo, sin sospecharlo, nos había mostrado un nuevo mundo en la bóveda intelectual.

Citaremos la historia de América y de Chile sólo para que en tan importante materia no se nos reproche haberla pasado por alto. Bien lo merecería, pues en su enseñanza el detalle oscuro e insignificante ocultaba las grandes perspectivas; la repetición absurda y confusa de cien hechos análogos o iguales impedía vislumbrar siquiera las más sorprendentes escenas de la historia. Del drama único que reunió en una sola las dos grandes ramas de la Humanidad, separadas desde los tiempos geológicos; de la necesaria y obligada comparación entre esos dos mundos que Colón puso en contacto por primera vez, de tan conmovedor y trascendental encuentro, apenas se hacía una referencia en el párrafo con que don Gaspar Toro comienza su *Historia de América y de Chile*, nuestro texto de estudio: “Quince siglos iban a cumplirse desde la venida de Cristo a la Tierra y nadie sabía en el viejo mundo que a más de mil leguas de sus costas se extendía otro continente, casi de polo a polo, cubierto de riquezas naturales y poblado por millones de habitantes”.

El período de los descubrimientos geográficos, en que lo real supera a lo imaginado; proezas efectivas a legendarias hazañas; la evolución del concepto geográfico sobre la forma de la Tierra se esfumaban en un relato quebrado en mil fragmentos casi todos innecesarios o dañosos a su percepción y recta inteligencia. La crítica de la didáctica de este ramo sería interminable. Nos formamos una idea muy imperfecta del origen y desarrollo de la democracia en América. Al estudiar la independencia de las colonias del Nuevo Mundo, las grandes figuras de Washington, Bolívar, San Martín y O’Higgins se perdían en una muchedumbre de personajes secundarios, sus planes tácticos, sus gestas decisivas, Yorktown, Maipo, Ayacucho, y muy pocas más, se mezclaban con miles de escaramuzas, facciones, batallas. Faltaban arte, destreza pedagógica, ciencia de las proporciones, sentido común. La insensata tendencia a decirlo todo, por lo menos, mucho más de lo necesario, deforma, esteriliza, convierte en un caos la enseñanza.

La geografía, a cargo del profesor Varela Calzada, se enseñaba en el primer año de Humanidades, ciñéndose religiosamente al texto de un señor Tornero, el dueño sin duda de la famosa librería del mismo nombre o de algún pariente suyo, pues, delatando el oficio de su dueño, era sólo un escueto catálogo de nombres y datos estadísticos, casi siempre envejecidos. Tras breve y seco glosario de términos geográficos, definidos más que explicados, el libro se lanzaba a enumerar sin especificarlos los grandes detalles de la superficie de nuestro planeta y de sus divisiones políticas. El único rasgo pedagógico, que figura *ab initio* en la didáctica de este ramo como el más peculiar de los preceptos, al

cual el señor Varela no habría sido infiel por motivo alguno, consistía en pedir al niño señalase con un puntero en grandes mapas murales las cosas aprendidas de memoria.

La geografía, convertida desde tantos años en Europa en una ciencia de la mayor importancia y enseñada en sus colegios según una didáctica definitiva por sus reglas esenciales, figuró incompleta y rudimentaria en nuestros planes de estudio hasta la última década del siglo pasado. El profesor don Juan Steffen, del Instituto Pedagógico, nos trajo, si no un cuadro completo y orgánico, muchos conocimientos que en su país eran del dominio de todos y que en Chile bastaron para imprimirle en las escuelas el rumbo científico que le correspondía. Como todos sus colegas de ese establecimiento, no quiso o no pudo introducir aquí el sistema de seminarios de las universidades de su país, es decir, el medio clásico de formar sabios e investigadores. Se limitaba, como sus colegas, a transmitir conocimientos muertos, de mucho valor, pero muertos, que sus alumnos a su vez propagarían en los liceos.

Fue este el pecado original, como otra vez lo dije, del Instituto Pedagógico. Más que transmitir conocimientos vale enseñar a adquirirlos. Los profesores, intérpretes del saber, y los libros, depósitos preciosos del mismo, sirven de poco si no indican el camino y métodos de su constante ensanche y dominio. Además, todo el aprendizaje era teórico y se hacía dentro de la clase, cuyos muros aislaban por completo al alumno de la Naturaleza. Se enseñaba con cierta exactitud científica la materia de los diversos ramos y los mejores métodos para divulgarla; pero se mantenía con celosa inquietud a los jóvenes lejos de las fuentes mismas del saber, donde habrían podido beber sus aguas, sin intermediarios, adquiriendo con ellas vigor propio, originalidad e independencia espiritual.

Tienen la culpa de todos esos males no tanto los profesores alemanes, como los directores de la educación de esa época, que no supieran, ni dirigirlos ni fiscalizarlos, dejándolos en libertad de hacer lo que quisieran. Ellos supieron aprovecharla naturalmente en provecho de su bienestar y trabajos científicos personales, tan valiosos como se quiera, pero que se ejecutaron en detrimento de sus labores docentes. Así, en vez de consagrar, según estipulación sinalagmática, tres y más horas al establecimiento, consiguieron reducirlas a la tercera parte, esto es, a la simple lectura de sus cátedras. Y en este caso la palabra lectura no era un modo de decir, sino algo real, pues al profesor recitaba sus apuntes con tan religiosa constancia como nosotros los cogíamos a vuelo casi taquigráficamente. Desde entonces data mi horror por el sistema de apuntes, que considero, salvo los casos en que es imposible prescindir de su auxilio en raras oportunidades, como lo más antipedagógico que existe.

Podría redargüirse contra esta crítica de fondo al Instituto Pedagógico, diciendo que no fue creado para formar sabios, sino profesores de liceo. Tal argumento sería válido si al maestro le bastara repetir conocimientos adquiridos de un modo mecánico, sin saber de dónde vienen, cómo se forman, cuál es el criterio que sirve para apreciar su verdad e importancia; si no tuviera también la misión de poner al alumno en camino de seguir perfeccionándose por sí mismo,

si lo quiere, en las ciencias que estudia. Toda enseñanza que no lleva en sí el germen de futuros desarrollos es inútil. Nada más lejos de mi pensamiento en este asunto que recomendar se induzca al niño a acometer empresas científicas superiores a su edad e inteligencia. Eso sería absurdo, disparatado e ineficaz. Se trata sólo de que adquiera su instrucción en la misma forma, con iguales métodos, merced al empleo en pequeñísima escala, adecuada a sus fuerzas de los adoptados por las ciencias para descubrir la verdad en sus grandes talleres. Hoy día aprende de memoria muchos resultados y no sabe nada de la manera como han sido adquiridos. Es preciso colmar el abismo que existe entre la inercia pasiva de la escuela y la fecunda actividad de las ciencias.

Todos los defectos de la enseñanza se relacionan con el mayor de todos que impide se corrijan: el carácter enciclopédico de los programas, la enorme extensión de la materia en ellos contenida, cuyo tratamiento se hace al galope, sin observar las reglas pedagógicas, con evidente perjuicio del fin educativo. Urge reducir a un mínimum la ingente masa de conocimientos impartidos, dejando sólo aquellos que puedan tratarse muy bien, despacio, en forma definitiva e indeleble, con el objeto de desarrollar en el alumno todas sus facultades y buenos instintos, y familiarizarlo con los métodos e instrumentos que han de convertirlo en un eficiente y futuro obrero del progreso humano. La sabiduría acumulada en la memoria vale muy poco si no induce y enseña a hacer bien el mayor número de cosas dentro de la normas y según los planes que va elaborando la experiencia colectiva.

LA ENSEÑANZA DE LAS LENGUAS VIVAS

Cuatro profesores constituían el departamento filológico del Liceo. Don Juan Clímaco Álvarez, en otra época profesor de latín, enseñaba castellano; don Enrique Blondel, francés e italiano; don Alejandro Malcom, inglés; don Pedro Münich, alemán. Tenían como títulos para regentar esos cátedras, con la salvedad del italiano, el haber hablado sus respectivas lenguas “desde la más tierna infancia” y ser personas por todos conceptos distinguidas y de óptimas costumbres.

Era el señor Álvarez afable y comprensivo, fácil y condescendiente en su trato diario, y exteriorizaba el sosiego, paz y regocijo íntimo de los sujetos dueños de un cuerpo flácido y opulento. Tenía, ya lo he dicho, como libro de texto la propia e inmortal obra de don Andrés Bello, cuyo aniversario celebramos con un día de asueto el mismo año en que se nos impuso, para que lo bendijéramos en conciencia, el estudio de un libro difícil al hombre, un quebradero de cabeza para un niño de diez atolondradas primaveras. La *Gramática de la Lengua Castellana* nos enseñaba don Clímaco, con ligero acceso debido a su fatigosa respiración, nuestra tarea diaria y mnemotécnica, haciéndonos, es cierto, la caridad de omitir las numerosas notas impresas de lo obra en tipo pequeño. Así y todo, ese deber doméstico nos ponía frente a frente de lo incognoscible, como si se hubiera querido en temprana y debida oportunidad imponernos

de uno de los rasgos esenciales de todo material científico. No tendríamos ya el derecho de quejarnos si en adelante optáramos por la ruta de la sabiduría. En ese libro memorable, preguntábamos la impresión que debe causar al estudioso del examen de un papiro egipcio o de un manuscrito chino. Nadie nos descifraba esos centenares de locuciones y términos, inventos algunos de sapientísimo Bello, y debo decir, aunque se escandalicen los viejos masoretas, que entonces si los explicaran no los comprenderíamos.

Maliciando don Clímaco el total fracaso del texto en la formación lingüística de sus alumnos, después de haber hecho leer en clase la tarea diaria, cosa que le era tan grata como al monje el gorgoteo de las horas canónicas, iniciaba otra ofensiva contra nuestra ignorancia. Salía un niño al pizarrón a escribir una sentencia, casi siempre desconocida en el lenguaje corriente, dictada por el profesor, quien la desmenuzaba implacablemente por medio de los análisis gramatical y lógico. Los fragmentos de la frase eran siempre los mismos, sujeto, atributo y cópula y los tres complementos, de los cuales sólo el ordinario se dejaba identificar a la simple vista. La semántica, clave del dominio del lenguaje; la sintaxis, tan necesaria en el arte de clausular; los giros y peculiaridades del idioma; la lectura, el gran auxiliar del aprendizaje filológico; los ejercicios escritos, tan antipáticos al maestro por la necesidad en que lo ponen de corregirlos, y tantas otras cosas, nunca proporcionaron a los profesores de aquellos tiempos materiales bélicos.

La deficiencia más grave de su armamento era el libro de lectura, hoy nervio de la enseñanza gramatical y filón de oro para los que, a fuerza de tijeretazos, le dan vida y prestigio. Los profesores de mi infancia ignoraban completamente sus ventajas didácticas y económicas.

A fin de que los tres años de aprendizaje del idioma patrio no fuesen un ruidoso fracaso de mamantes y piantes, don Clímaco, hábil táctico y diplomático, como todos los profesores de materias no asimiladas por sus oyentes, gastaba una condescendencia infinita en los exámenes. Por lo demás, en los casos desesperados, nunca una madre intercedió en vano por su hijo. Este solo rasgo de bondad del señor Álvarez, si no tuviera otros tantos títulos, le aseguraría un lugar preferente en la agradecida memoria de sus alumnos.

La persona de don Enrique Blondel, profesor de francés, y aun de contabilidad, italiano, su vida aparecía envuelta en el misterio y la leyenda: no porque se desconociera su procedencia de una noble familia tolosana, su rica cultura basada en el latín, sus servicios prestados a La Serena en el periodismo y otros campos de loable actividad, sino por ciertos particulares de su aspecto físico. Aunque de digna y respetable presencia, su modo lento de andar y mover los pies, tiesos y divergentes, y algunos detalles de su fisonomía, excitaban la imaginación infantil. Se divulgó la especie de que no tenía dedos en sus extremidades inferiores. Tal vez era eso una simple pajarota. Lo que no podía negarse, por ser evidente, era que no dejaba ver ni la perilla de las orejas. El sitio que estas se complacen en ocupar estaba tapado por cadejos de pelos lisos y bandolinizados tan adheridos a la piel, que era imposible suponer detrás de

ellos pabellones auditivos, por delgados y rudimentarios que fuesen. La segura falta de las ternillas que distinguen al hombre de las aves, y la probable ausencia de dedos en los pies, daban pábulo a diversas y románticas conjeturas. Él no conocía estos rumores o los despreciaba. Poco le importaban los decires de alumnos irrespetuosos, hábiles sólo en inventar chufletas; pero incapaces de aprender algo en sus lecciones, contenidas en un texto redactado por él, como otro de teneduría de libros, único caso bien definido de grafomanía en el liceo. Recuerdo de ese libro sólo un aforismo de gran sabiduría práctica: *L'Art de prolonger la vie c'est ne pas l'abreger*".

Los profesores extranjeros conocían perfectamente el castellano y, al hablarlo, sólo por un ligero acento se diferenciaban de los chilenos. Ignaros, sin embargo, de ciertos detalles y reconditeces de la lengua, cometían curiosos malentendidos. Así, como un día el señor Blondel en la clase de italiano me preguntara cuáles eran las partes de la proposición, uno de mis escasos, como se recordará, conocimientos gramaticales, le respondí en el acto: "sujeto, atributo y cópula". Consideró este último vocablo, poco usado en la terminología del ramo, como una desfachatez e insolencia intolerables en un alumno. Fue preciso para desengañarlo traerle el libro de la biblioteca doméstica en que había aprendido la desgraciada palabra.

Nuestro excelente profesor de francés era muy sociable y conversador. Cuando lo encontrábamos, mi padre se entretenía oyéndole hablar con tanta pureza la lengua de Molière. Don Manuel Herreros, que nunca perdía ocasión de divertirse y alegrar a los demás, hacía notar cómo para excitar la elocuencia del señor Blondel bastaba decirle a intervalos: "Mais oui, monsieur, mais oui", así como para cortar la vena de su oratoria no se necesitaba sino pronunciar esta frase: "Mais non, monsieur, non, s'il vous plait".

Tenía en mi tiempo la didáctica de idiomas extranjeros casi los mismos defectos fundamentales de que adolece en la actualidad. Los jóvenes llegan al bachillerato sin el menor dominio sobre ellos. Son incapaces de leerlos y aun de traducirlos; su pronunciación es pésima. La única causa es, como en matemáticas, la perfecta inobservancia de todas las reglas pedagógicas sobre la materia. Los profesores no cumplen el grande y sabio precepto, llave del éxito: imitar el método seguido por la Naturaleza en el aprendizaje de la lengua materna. En vez de formar al principio un reducidísimo núcleo de términos, bien pronunciados, repetidos sin descanso, en frases sencillas, hasta grabarlos indeleblemente en el cerebro del niño, y de ir ensanchándolos poco a poco, sin dejar nunca de repetir las anteriores y sin perder la coherencia y enlace de lo nuevo con lo antiguo, saltan de un conjunto de palabras a otro del todo diverso al anterior; convierten la enseñanza en un patagorrillo infernal, y sólo consiguen hacer perder a los niños su entusiasmo por aprender y la confianza en sí mismos. Todos los textos de lectura –hay que decirlo para que sus ensimismados autores reflexionen y los corrijan– son detestables, porque hechos a la tijera, como simples centones literarios, no consultan en sus trozos esa graduación insensible, ese paulatino engranaje de lo enseñado hoy con lo aprendido antes, en las diversas partes del lenguaje. Para hacer un texto

adecuado se requiere mucha experiencia y sabiduría para amoldarlo con arte a los procedimientos instintivos y naturales.

Aquí, como en todo el plan de estudios, urge simplificar los programas, quitarles el carácter enciclopédico que hoy tienen. Uno de los yerros más tenaces y funestos de sus redactores en todas partes no sólo en Chile, país copista, es creer que el objeto de la enseñanza secundaria consiste en transmitir al niño un resumen completo de cada ciencia. Eso es insensato por ser innecesario, y, sobre todo, por la imposibilidad de su realización. Innecesario, pues todo el mundo sabe que tales estudios no persiguen tanto el conocimiento de las cosas como el desarrollo del individuo; el dominio vano e incómodo del panorama general ofrecido por las ciencias, como la cultura de todas las facultades propias del individuo para darles la mayor destreza y fuerza posibles; la erudición, como el entusiasmo por la sabiduría y la aptitud de estudiar y promover cualquiera de sus manifestaciones. Todo el secreto del poder y eterna juventud de la Naturaleza reside en el germen; de la enseñanza en un núcleo sano, pequeñísimo, pero susceptible de un desarrollo indefinido. Por describir el árbol, los profesores no forman su semilla espiritual. Transportan un bosque al campo de la inteligencia, donde no estando adherido por la raíz se marchita y muere privado de la savia vivificante de la propia vida.

El éxito de la enseñanza de idiomas extranjeros, enferma hoy de total impotencia, sería seguro con este que podríase llamar el “método de los núcleos instructivos”. Con un vocabulario tan restringido como se quiera, talvez unos 500 vocablos, incrustados en la mente del alumno por una incesante repetición oral y escrita, en forma de frases sencillas y usuales, asimiladas como las de su lengua nativa. Se elegirían las palabras y locuciones más usuales en los actos corrientes de la vida, sin dejar nunca, como se ha dicho, de relacionarlas entre sí, según el plan establecido de antemano. El libro de lectura constituiría la guía y el lazo de unión de toda la enseñanza del ramo, y su redacción, hoy día deficiente y absurda, porque se separa del método natural, se inspiraría como este en un principio evolutivo, basado en el reiterado uso de los términos indispensables para expresar las necesidades primordiales de la vida. Este lector, que parece tan fácil de hacer y que convendría fuese uno mismo en todo el país, exige una gran experiencia, destreza pedagógica y filosofía. Nuestro tema nos impide detenernos más en este asunto que es tan sencillo como lo del huevo de Colón.

Debo al señor Blondel una gran enseñanza, correctiva de la crueldad inconsciente de los niños con los animales. “Cuando ando, me dijo, procuro no hacer daño ni matar a ningún ser viviente por dañino que sea”. Sin duda a él era más fácil que a otros, por la meticulosidad y lentitud de su marcha, observar esta piadosa norma de conducta. Yo la acepté como expresión de la sabiduría. Si hay algo que ha ido aumentando en mí con los años, es el amor a los animales y la certeza de que la comunidad de la vida crea un santo vínculo entre todos los seres animados por ella. Ojalá la Naturaleza haya dado su merecido premio al hombre que respetó y quiso hasta a la más ínfima de sus criaturas.

Los ramos hoy llamados técnicos ocupaban muy poco lugar en el horario del Liceo. No existían en él ni la gimnasia, reducida a los juegos libres de los niños, ni los trabajos manuales con que ahora, en forma aún insuficiente, se trata de desarrollar esa habilidad mecánica y fabril tan necesaria en el mundo moderno. Antes del invento de la máquina de escribir se daba mayor importancia a la caligrafía que al dibujo, valiosísimo instrumento de cultura sin el cual es difícil la clara y exacta percepción de las cosas materiales. Como se ve, en estos particulares, salimos del Liceo con un bagaje incompleto, sin núcleos de futuros desarrollos; y esta insuficiencia continuó durante toda nuestra vida con grave detrimento de su comodidad y eficacia.

EVOLUCIÓN RELIGIOSA

Detengámonos aquí en la reseña del Liceo para reconstituir el origen y evolución de nuestras ideas religiosas durante la niñez y la adolescencia. Fui en mis primeros años, como lo supongo será todo niño, arreligioso. En ese periodo, según me contaron después, los rezos me aburrían, cargábanme las prácticas devotas, si se exceptúan las espectaculares fiestas de la Iglesia; y una vez protesté, porque pusieron a la cabeza de mi cama una imagen sacra en lugar de una vistosa oleografía del golfo de Nápoles. El hombre comienza la vida en una absoluta indiferencia por lo abstracto e invisible. Para hacerle aceptar algo de eso, es preciso revestirlo de formas groseras o temerosas que irritan o repugnan su natural y naciente sentido común.

Pronto la atmósfera domestica al librepensador, a lo sumo algo fetichista, en cristiano, haciéndome con un solo paso salvar el largo camino recorrido por nuestra especie en millones de años. El Catolicismo se tenía en casa como una herencia natural e inagotable, transmitida de padres a hijos. Se disfrutaba de sus riquezas sin pensar en absoluto en los que carecían de ellas o tenían otra clase de bienes espirituales. Nunca oí discutir las, ni expresar el menor sentimiento o fastidio por protestantes, paganos, herejes, heterodoxos. Lo principal era salvarse y poco importaban los métodos elegidos por cada creyente para conseguirlo. Las mujeres sin aspavientos practicaban la religión, convencidísimas de su verdad, más firmes en sus creencias que una montaña. Sin sospechar siquiera la existencia de los ilapsos místicos, sin sentir el más mínimo fervor catequista, cumplían con moderación y sin alarde alguno los mandatos de Dios y de la Iglesia, tales como los enuncia el catolicismo. Sólo iban al templo los domingos y días festivos a misa, o en muy señaladas ocasiones.

Como las personas robustas a los médicos, muy rara vez hacía perder su tiempo a los sacerdotes. Los pocos que solían visitarlas, don Manuel Jesús Cárdenas, don Andrés Testa, su vicario o sotacura, un señor Sampó, párroco del Algarrobito, y algunos clérigos italianos transeúntes, les hablaban de todo, menos de religión o asuntos de sacristía. Tengo la impresión que no les inquietaba el infierno, del cual creían poder librarse de un modo u otro; pero sí, y mucho, el purgatorio, antesala casi obligada del cielo. Por eso rendían fervoroso culto

a la Virgen del Carmen, de cuya intercesión esperaban maravillas. Mi padre hacía aún menor ostentación que las señoras de sus sentimientos religiosos. Sostenía la herética proposición de que un hombre no debía abandonar, fuese cual fuere, la fe de sus antepasados y hacía de ella brevísimas manifestaciones, como persignarse antes de dormirse o al despertarse y oír misa los domingos o fiestas de guardar.

Talvez valga la pena hacer breves semblanzas de los precitados religiosos amigos de la familia. Don Manuel Jesús Cárdenas, cura de la Parroquia de la Merced, había nacido en Chiloé con el exclusivo objeto de ser el tipo perfecto de cierto género de sacerdotes. Todo unción y suavidad, los labios húmedos y abiertos en muda plegaria, con su fisonomía seráfica, radiante de contento y paz, parecía ya miembro de los coros angélicos. Sibarita del misticismo, la falta, el pecado, el mal, no lo dejaban dormir, como la hoja de rosa al célebre adepto de los placeres sensuales. Resolvió para conservar su calma no admitir la existencia de las infracciones morales. Por lo menos, a mí me dijo un día en la confesión:

“No es cierto que seas desobediente, embustero, flojo, etc. Tu verdadera falta es desacreditarte a ti mismo, y por este grave pecado te voy a dar una severa penitencia: reza al acostarte un Padrenuestro más durante tres días”.

Y lo mejor del caso es que salí de la parroquia untuoso y sereno también yo, creyéndome un santo. ¡Puro contagio de la virtud! Era el señor Cárdenas un hábil pedagogo.

El señor Testa, el sotacura, venía de algún lugarejo italiano, distante millares de kilómetros de la diócesis en que ahora se hallaba incardinado. En las aldeas y campos de Italia se encuentran a cada paso sacerdotes como él, fuertes, ágiles, bruscos y ásperos en su trato como en el ejercicio de las virtudes cristianas. Se movía, administraba los sacramentos, decía misa con igual rapidez y precipitación. Parecía empeñado en no hacer perder el tiempo a sus feligreses. Barbullaba los domingos, haciéndolas ininteligibles, las amonestaciones previas al matrimonio; y si estas no se publicaran por medio de carteles en un tablero de la parroquia, cualquiera habría podido burlar los impedimentos del derecho canónico. El señor Testa era alto; su cuerpo parecía rebelarse contra su centro de gravedad; y a los 80 años coronaba su cabeza, completamente blanca, una profusa y sublevada cabellera, que le daba el aire de un profeta del bien, desafiando la tempestad de las pasiones humanas. Iba de carrera a casa a gustar algún guiso de su tierra. Había que servírselo a solas, antes que a los demás y apenas consumido, en un abrir y cerrar de ojos, se retiraba veloz, como si huyera del sitio en que había sucumbido al pecado de la gula. Una vez presenciamos, por la puerta abierta de su oficina en la parroquia, una escena que retrata al noble eclesiástico italiano. Un hipócrita, detentador de bienes ajenos, según nos pareció entender, quería quedarse con su presa mediante una pequeña limosna a la Iglesia. Irritado el señor Testa, le gritó sin importarle que otros le oyeran: “Niente da fare. Restituye el dinero sin merma alguna a su

dueño, y lárgate de aquí con mil demonios”. Las intemperancias de su vicario molestaban al señor Cárdenas. Él habría admitido la oblación, seguro de que un hombre tan generoso con el culto no podía haber defraudado a nadie: sin duda se desacreditaba a sí mismo. El señor Testa enteraría el siglo de edad si, ya absuelto de su ministerio, unos desalmados no lo hubieran herido para robarle unos cuantos centavos.

El señor Sampó también procedía de Italia; pero, al revés del señor Testa, tenía un tipo muy fino y delicado, del mismo género que sus ilustres compatriotas, el Dux Loredano, inmortalizado en el lienzo de Juan Bellini, o León XIII. Dedicó su vida en Chile a construir y embellecer la iglesia del Algarrobito, su curato, situado pocos kilómetros al este de La Serena. Sus aristocráticas manos, tendidas siempre para recoger el óbolo de la caridad, se elevaban en su vejez al Señor para darle gracias por haberle permitido terminar ese templo que se alzaba, esbelto y elegante, en medio de un pobre caserío. Solíamos ir a verlo, seguros de pasar con él horas placenteras, ya viéndolo digno, con su figura de Papa, oficiar en su iglesia, ya recorriendo las calles y contornos de la aldea, ya sentados en torno de su limpia mesa, cubierta de sanos y sencillos manjares. El señor Sampó no pudo realizar su sueño de morir junto a su iglesia. El obispo, don Florencio Fontecilla, de la aristocracia santiaguina, creyendo tal vez que un apego tan vehemente a un objeto material, aunque fuese un templo, no convenía a la salud de su alma, lo trasladó a Ovalle, donde falleció poco después, seguramente de nostalgia.

Recibí la primera instrucción bíblica y dogmática, a los 7 años de edad, de un hombre ilustre como ciudadano, sacerdote y pedagogo: don José María Madariaga, por los años 1877 ó 1878. Vestía el futuro y abnegado capellán de nuestro ejército de Tarapacá, en la guerra contra Perú y Bolivia, el hábito del pobrecillo de Asís. Era como su glorioso patrono la encarnación de la pobreza y la humildad. Nadie al verlo sencillo como un donado o mocho habría dicho que en su carácter de guardián del convento de Santiago ocupó el segundo lugar en la jerarquía de su orden, si en su persona no impusiera respeto el fausto de la virtud. Vicuña Mackenna lo califica de Pedro el Ermitaño de Chile en la corta biografía que hace de él en su *Álbum de la Gloria*. Copia el juicio póstumo que mereció el fraile de uno de sus superiores y que constituye un elogio, sin rival: “No podía vérselo en el coro sin devoción, en el claustro sin recogimiento, en el confesionario y en el púlpito sin edificación, en la sociedad y trato de sus hermanos sin alegría, y en el templo sin recordar a los más observantes y virtuosos religiosos de este convento”.

Sentado el padre Madariaga en el coro de la iglesia de San Francisco, cerca de un extremo del comulgatorio, y nosotros en los bancos de madera, colocados en una de las naves laterales, le oíamos explicar con claridad y sencillez algunos puntos esenciales del catecismo y, sobre todo, con suma devoción y efecto la vida y doctrinas de Jesucristo. Muy acertadamente hacía de las parábolas de éste, referidas de memoria por los niños y comentadas después por él, centro de su enseñanza. El Cristianismo es en realidad la persona de su fundador que

se enseñorea del espíritu de sus adeptos y adversarios. Nada hay comparable a los pasos de su vida, a su carácter y altura moral, por su belleza, por su poder emotivo, por sus vinculaciones con cuanto tiene de delicado y sensible el alma humana en la historia de todas las naciones. Y de los labios del mayor filósofo y maestro de la Humanidad brotaron el Sermón de la Montaña y las parábolas, claras, sencillísimas, para que niños y viejos ilustrados ignorantes pudieran dejar de comprenderlas. Si los profesores de Religión utilizaran, como lo hacía el señor Madariaga, sin perder tiempo en disquisiciones apoloéticas, dogmáticas y polémicas, el valioso material bíblico en sus clases, serían estas las más interesantes y educativas del Liceo. La vida de Cristo me producía entonces y causa aún cada vez que la leo, recordando sus milagros, un poderoso efecto.

Quizás sea yo el único testigo existente del gran talento pedagógico del insigne franciscano. Pasó este aspecto de su personalidad inadvertido a Vicuña Mackenna, quien, en cambio, en una sola anécdota manifiesta el ardor patriótico, a veces superior al místico, que impulsó al señor Madariaga hacia los campos de batalla. Héla aquí reproducida literalmente:

“Cuando en la medianoche del sábado 24 de mayo de 1879 llegó a Santiago la chispa eléctrica que anunció la hazaña del fuego de Iquique, el monje sintió desde su tarima el bullicio de la calle y, corriendo despavorido en la lóbreguez del claustro, subió al campanario y, sin acordarse del sacristán, puso a vuelo las campanas. Contaba el padre Madariaga en la intimidad que al pasar aquella noche por el tenebroso coro (camino obligado de la torre de la iglesia) no hizo, por la prisa, la reverencia acostumbrada al Santísimo hincando la rodilla, sino que se contentó con decirle a la carrera: “Perdóname, Señor, y déjame repicar por las glorias de la Patria”.

El padre Madariaga regresó del norte, herido por mortal dolencia, a morir en La Serena. Depositaron provisionalmente su cuerpo en una cripta abierta del cementerio, donde ya alojaban muchos otros muertos de tránsito ahí hasta que se les construyeran sus residencias definitivas. Muchos años después, poco antes de su mudanza al templo de San Francisco, lo divisamos con el sayal y cordón de su orden por entre las desvencijadas tablas de su carcomido ataúd. Hoy día pocos recuerdan al santo sacerdote, al eminente catequista de niños, y apóstol de los mineros de Coquimbo, colector de limosnas para embellecer su templo, al heroico capellán de nuestro ejército, que también cumplió el lema de los monjes chilenos: Religión y Patria.

El periodo teológico abarcó más o menos los tres primeros lustros de mi vida. Cumplía con oculto fervor los deberes religiosos y adoraba más en secreto que en público a Dios, a la Virgen y a uno o a dos santos influyentes en la corte celestial. Mi fe religiosa no era, sin embargo, firme, porque descansaba en el interés y en el miedo, columnas muy sólidas hasta que no se derrumban. No pudieron abreviar esa etapa mística, al parecer obligada de la evolución humana, ni el espíritu laico imperante en el liceo ni las charlas con amigos y camaradas inclinados por excepción a discutir y a disparatar sobre tan espinoso tema. Cuando lo hacían, las opiniones oscilaban en sus gradaciones y extremos, desde la materia origen

de todo hasta Dios Omnipotente; desde la fe del carbonero hasta la negación absoluta del dogma. Citaremos algunos sucesos característicos.

Nunca oí a los profesores del Liceo un ataque velado o franco contra la Religión o a sus representantes. El cargo hecho en ciertos círculos católicos de ser, cuál más, cuál menos, cada uno de ellos propagandistas de la impiedad y aun del ateísmo, estaba desprovisto de fundamento. Sólo había indiferencia religiosa y un vientecillo impregnado al pasar por la foresta de la razón de olores y sustancias muy eficaces para detener o extinguir el catarro místico. A un preguntante sobre materias de fe, le contestó un profesor: "Un sacerdote y hasta una beata saben más que yo en esto; entiéndase con ellos". La Iglesia era para el mayor número, se me ocurre, una máquina formidable y necesaria para fabricar ángeles y santos e impedir el mal, y que por añadidura y de preferencia promovía los intereses temporales, el ansia de poder, dominio y riquezas de sus iniciados y dirigentes. La sociedad pagaba muy caro y hasta con su libertad espiritual el apoyo que le prestaban.

Los alumnos eran más explícitos. Los argumentos del compañero Daniel Fritis, en quien al revés de lo que ocurre generalmente la incredulidad precedió a la fe, me impresionaban sin convencerme; pero la semilla de su escepticismo no caía en terreno fértil. Desarrollóse más tarde, cuando él, influido a su vez por mis ideas o lo que es más probable tocando por la gracia, ingresaba en el Seminario, hacía en él brillantes estudios, perfeccionados después en la Universidad Gregoriana de Roma; y en la carrera del sacerdocio llegaba a ser uno de los miembros más virtuosos y sabios del cabildo de la catedral de La Serena. Ahí lo volví a ver a 60 años más tarde. Se divirtió un mundo cuando entre broma y risa le revelé haber sido él mi primer introductor en el librepensamiento. Al darme el abrazo de despedida, que debía ser eterna, me dijo con un tonito que me recordó el mismo acento irónico de su niñez: "La misericordia de Dios, lo espero firmemente, nos perdonará a ambos nuestros errores, y nos avergonzará de haberlos concebido, reuniéndonos en la morada de la luz y la verdad".

Otros condiscípulos influían en nuestras creencias en sentido opuesto al adoptado al principio de su vida por el señor Fritis. Recuerdo entre todos a Agustín Restat, de talento precoz, quien, no obstante su juventud y ser católico, era el principal colaborador de don Bernardo Ossandón en el manejo del periódico radical *El Coquimbo*. Por un espíritu de contradicción, muy propio del joven, yo defendía en mis conversaciones con él ideas opuestas a las suyas. Para Restat era un juego rebatirlas y cierta vez me dejó confundido con la prueba ontológica de la existencia de Dios. Desprovisto de disciplina filosófica para juzgarla bien, me impresionó profundamente y la tuve por la más convincente de todas.

LA MEDALLA DE ORO DEL LIBRO DE LA SERENA

Restat, muerto en la juventud, sin dar la medida de su ingenio, obtuvo, caso único en mi tiempo, la medalla de oro, premio extraordinario de literatura,

otorgado por el Liceo de La Serena, en recuerdo probablemente del principal carácter que se le dio en su fundación, denominándose Instituto Literario de Coquimbo. Es sensible que el establecimiento haya abandonado la costumbre de conceder este honroso y estimulante premio. En el concurso de mi tiempo, cuyos cuodlibetos eran, entre muchos, “El Periodismo” y “Rasgos esenciales de las escuelas clásica y romántica”, únicos elegidos por los aspirantes al premio, triunfó, tanto en la disertación oral como en la escrita, con el caluroso y justo apoyo de don Bernardo Ossandón, Pablo Restat, contra su competidor Ramón Varela Mery, defendido de don Pacomio Gómez Solar, juez recto, pero que creía que aquel profesor hubiera debido recusarse él mismo en este asunto.

Como yo no era el último en los ejercicios literarios de su clase, don Pacomio me había instado para que me numerase entre los campeones. Rehusé por una razón de peso: no habría podido decir una palabra sobre los varios argumentos entre los cuales debía elegir dos cada candidato. Además, en ese tiempo ignoraba por completo el arte de buscar y elegir las fuentes. Ramón Varela no fue nunca un niño por sus gustos, seriedad y cultura. Sólo con él se podían mantener largas conversaciones, sin darles un enojoso carácter personal o polémico ni degradarlas con mofas y cantaletas. El trato social no era para él un medio de imponer a los demás una supuesta superioridad, sino un simple y tranquilo intercambio de ideas. Tenía en todos sus actos y modales una distinción congénita. Ningún parentesco lo ligaba a esos pedantes que por su vanidad y ensimismamiento concluyen por hacerse aborrecibles a sus mejores amigos. Su acaudalada familia había hecho lo posible por echarlo a perder a fuerza de mimos y favoreciendo sus gustos sibaritas. Cuando iba a verlo, lo encontraba como un pachá tendido sobre almohadones, fumando un buen habano. ¡Apenas terminada la puericia! No perdió nunca el amor a los libros y fue un hombre laborioso, cumplidor de sus deberes, de irreprochable corrección en todos sus actos.

Algo conmovió, sin conseguir derribarlo, el edificio de mis creencias, el trato con mi primo Alberto Seguel, el lazarillo ya mencionado de su tío paralítico. Ocho o diez años mayor que yo, acababa de terminar sus humanidades en el Liceo de Concepción, donde reinaba aún más que en el nuestro un espíritu liberal y novedoso y tenían gran boga, sin ser bien conocidos, los postulados de la escuela biológica europea. Por lo menos mi primo ignoraba como yo la teoría de Pasteur sobre las bacterias. Este imperfecto conocimiento de las cosas explica la fe con que creía en la generación espontánea de los seres orgánicos, considerando como prueba infalible que un poco de harina mezclada con agua puesta en lugar aislado los producía por virtud ínsita de la materia. Tal era la grosera forma con que la teoría del monismo hacía su aparición en Chile. La idea quedó en mi espíritu sólo como un germen destinado a un grande y ulterior desarrollo.

UNA CORRIDA DE EJERCICIOS ESPIRITUALES

Los incidentes relatados previamente en poco alteraron mis creencias religiosas, las cuales, sin constituir un baluarte inexpugnable, sin absorber gran

parte de mi tiempo, eran bastantes para hacer de mí una oveja fácil de apacentar, capaz de digerir cuanto alimento místico se me diera en la Viña del Señor. Teníamos ya quince años cuando mi madre dispuso que hiciéramos nuestra Primera Comunión, eligiendo como ambiente más propicio a la buena preparación de este acto el Seminario La Serena. Ingresamos ahí como internos en la corrida de ejercicios espirituales que ocupaban toda una semana de la Cuaresma. La actividad de los niños asistentes consistía en descansar al lado de sus camas todo el día, de un modo muy intermitente, pues cada media hora debían trasladarse a la iglesia a oír a los padres instructores sobre los más variados temas religiosos, dogmáticos, exegéticos y polémicos. Su elocuencia era convincente, erudita y educadora. Obtenía sus más brillantes éxitos al describir con terribles acentos las penas temporales y eternas impuestas al pecador en la otra vida. Todos para evitarlas deseábamos convertirnos en santos, a lo menos mientras permaneciáramos en la sombría nave contemplando imágenes severas, ya compasivas, cuando eran benignas, de nuestro futuro y muy probable infortunio; ya amenazadoras, si estaban animadas del furor del castigo y la venganza celestes.

Sólo interrumpían las caminatas del dormitorio a la iglesia, con la gimnástica de bajar y subir escalas, la noche, sector del día que estaba dedicado por entero al bienestar y salvación del cuerpo; y las tres refacciones diarias, servidas en un comedor frailer y triste sobre largas mesas, desnudas y sucias, sin más menaje que platos de latón y cubiertos estilo Tebaida. Teníamos el deber, talvez tan antiguo como el primer cenobio, de limpiar estos últimos nosotros mismos, sumergiéndolos en unos baldes de agua caliente que los mozos circulaban con procesional majestad. La comida era tan parca y escasa, que al mismo Lazarillo de Tormes le habría parecido peor que los ayunos de su niñez. Nos prestó el gran servicio de enseñarnos a conocer el hambre, este eximio maestro del hombre y primer instigador de su actividad. Nos predica altruísmo para satisfacerla en los demás; diligencia y trabajo en defensa propia de sus ataques; valor para sufrir los incomodos y privaciones de la vida, y hasta nos descubre sabores exquisitos y antes desconocidos en los alimentos más insípidos. Los ensayos por mejorar nuestro sustento, poniendo de nuestra parte al cocinero, resultaron infructuosos. El rector del establecimiento, don Domingo Ortiz, atento a los menores detalles, viendo traer el primer suplemento culinario, ordenó con razón someternos a la ley común. Lo que no pudo impedir fue algún alijo doméstico de galletas, frutas, dulces, emparedados, que nos descubrieron sabores y delicias ocultas antes sin duda por modestia.

DON DOMINGO ORTIZ

Tenía el señor Ortiz arrestos militares, dotes de mando, condescendencia para sus faltas y observaba con escepticismo de hombre experimentado y astuto los alardes religiosos o los propósitos de perfeccionamiento de sus pupilos, sobre todo si procedían del Liceo. “Sí, sí, parecía decir con sus ojos penetrantes, expresivos de la sabiduría del confesionario, buenos peines son todos ustedes”.

Desconfiaba particularmente de los alumnos que exhibían los moditos suaves, edificantes y modestos de San Luis Gonzaga, signos para él premonitorios de alguna picardía. No esperaba que el caso del sublime niño jesuita del templo de San Ignacio de Roma pudiera repetirse en su seminario. Tales excelencias son rarísimas en los siglos y, por lo tanto, es más seguro tratar a los niños como tales, buenos, simpáticos, traviesos, amigos de hacer de las suyas y con poquísimas inclinaciones a la santidad.

Una vez pudimos apreciar el criterio pedagógico del Rector. Si bien procurábamos amenizar las largas estadas en el dormitorio por alguno de los medios clásicos en dichas ocasiones, nos sentíamos dominados, ¡oh, poder del ascetismo!, por una más convencional y forzada que verdadera devoción. Un día, burlando con un pretexto a mi inspector, salí del dormitorio y me dirigí a la iglesia, dominado por el loable y bien sentido propósito de conversar solo a solo con la Divinidad. Topé en los corredores con el señor Ortiz, quien inquirió las causas de mi intempestiva presencia en esos sitios. “Voy, le dije, a rezar a la iglesia”. Y él a mí: “¿A rezar, eh? ¿Muy devoto te has vuelto, no? Vuelve a tu dormitorio y no reces sin que te lo manden. No serán ocasiones las que te falten para hacerlo sin violar la disciplina, isanturrón!”

Atribuíanse al despierto canónigo –había olvidado decir que lo era– muchos de esos viejísimos cuentos que cada generación remozaba colgándose los a alguno de sus coetáneos. Una vez, se refería, luchaba por entretenimiento con varios amigos sobre quién era capaz de decir en versos mayores disparates. Conviene saber, para saborear lo que sigue, que Ortiz poseía un vehículo desvencijado, en el cual traía a La Serena fruta y hortaliza de una chacra, en La Pampa. Obtuvo el premio, el siguiente cuarteto:

*Cuando el rey Salomón
Partió para París.
El canónigo Ortiz
Le prestó su carretón.*

Reparé que en la lección conocida por mí se decía Solís en vez de Ortiz, indicio de ser la anécdota harina de otro costal. Un entendido en métrica me rebatió observando que Solís le daría un pie más al tercer heptasílabo.

Recibí la comunión compungido y devoto, y regresé a casa exactamente lo mismo que había salido de ella. Sólo puedo decir que mi conciencia no me permite aceptar la menor parte en la responsabilidad de lo ocurrido. Llegó a asaltarme el temor de no figurar en la lista de los favorecidos por la gracia divina. Mi presentimiento resultó fundadísimo en una época posterior a la que estoy pergeñando. Me limitaré a decir, ya que no pienso continuar estas memorias, que atribuyo mi transformación espiritual, entre otras muchas causas, al estudio de la Historia. En ella vi o creí ver el origen humano y lógico de todos los dogmas. Además, el concepto de un Dios antropomorfo me pareció muy limitativo del carácter universal propio del Ser Supremo; y la Tierra, átomo

insignificante en el Cosmos infinito, demasiado estrecha para monopolizarlo y servir de escenario a su maravillosa hipóstasis.

Ahora me quedan del período teológico nobles y gratos recuerdos, útiles y eternas enseñanzas. Amo y admiro a la religión católica y cristiana, cuyo fundador será siempre el mejor piloto en los mares de la vida; veo en sus ministros benéficos y poderosos obreros del bien, muchos de los cuales han sido amigos o parientes míos, queridos por mí como dechados de perfección moral y modelos de verdadera modestia y bondad. Sospecho que los más meritorios y sagaces aceptan en servicio de un ideal elevadísimo cadenas pesadas e inútiles, que, como todo grillo espiritual, impiden el libre y placentero vuelo hacia el infinito. Mis actuales opiniones religiosas son firmes y definitivas, como resultado de una larga evolución ideológica, no influenciada por la vanidad, la soberbia o el ensimismamiento, por lo mismo que se han formado a despecho mío, contrariando recuerdos y afectos, en un anhelo de franqueza e independencia espiritual.

¿Cómo he reemplazado todo lo perdido? Necesitaría un espacio mucho mayor al que corresponde este trabajo entrar en tan complicadas disquisiciones. No perteneceré nunca a la escuela de ciertos pensadores, enamorados del apotegma de Tertuliano, de un Chesterton, por ejemplo, quien en su pesada y embolismática *Autobiografía* dice: "Estoy orgulloso de mi Religión (la católica); estoy espiritualmente orgulloso de aquellas partes que suelen llamarse vulgarmente superstición. Estoy orgulloso de verme cogido por dogmas anticuados y esclavo de credos profundos, pues sé muy bien que son los credos heréticos los que han muerto y que sólo los ortodoxos viven lo bastante para que se les llamen anticuados. Pero no me enorgullezco en creer en el demonio, o más exactamente no estoy orgulloso de conocerlo. Por un momento seguí un camino que bien podría haberme conducido a adorar al demonio, o sólo esta sabe a qué otra cosa. En estas cuestiones un hombre no puede estar intelectualmente en lo cierto, sino a costa de estar equivocado en lo moral. No me infunde respeto un joven que diga que no puede someter su intelecto al dogma, porque dudo que haya usado su intelecto lo suficiente como para definir lo que es el dogma".

Todos estos conceptos, y mucho más, del célebre periodista en su curioso libro, cada vez que se entrega a la *introversión filosófica*, choca furiosamente con los míos. Tampoco sería yo capaz, como lo es él, de escribir varias páginas para probar la inanidad del movimiento espiritista y teosófico conocido con el nombre general de ocultismo. Mi antipatía por tales materias y otras afines, como la reencarnación de las almas, es tan decidida que ni siento siquiera el deseo de hablar sobre ellas.

Creo que la verdad en asuntos espirituales sustraídos a los dominios de la razón es lo que cada cual sinceramente cree con altos fines idealistas, operantes de un continuo perfeccionamiento. Ahora, lo comprensivo y sujeto a las leyes de la lógica no se encuentra en una sola religión o sistema filosófico, sino en el cuadro general del pensamiento humano. El que mejor domine ese panorama; sepa comprenderlo en su heterogénea formación; concentrar en un haz el mayor número de rayos de luz que surcan en todo sentido su oscura trama,

ese se aproximará más a la verdad. Los términos del problema proceden de fuera; su solución sólo puede hallarse dentro de la conciencia. Es uno de los fenómenos más subjetivos que existen en las personas con ideas e iniciativas propias. Si para decir lo que siento me es permitido ser petulante, tengo por la mejor religión del futuro, única que sobrevivirá a las otras, aquella que con tenga el mayor número de normas directivas, sabias y eficaces, para que cada hombre, independientemente de toda teogonía y concepto de la Divinidad, pueda establecer bases libres y propias de las relaciones con Dios. Libres del inútil y terrible peso que hoy las abrumba, de defender sus dogmas, todas las religiones positivas podrían consagrarse por entero al progreso y difusión de la moral. Pero aún hoy día el que se ajusta a esta su conducta, libre de la insólita preocupación del más allá, que lo distrae de su única misión bien clara y definida, cual es cumplir lo mejor posible sus deberes en esta vida, no tiene por qué pensar en sus futuros destinos, que sin duda serán, quiéralo o no, los mejores y más felices dentro del orden del Universo.

LOS LIBROS

He dejado para tratarlo aparte un elemento de mayor importancia en la formación del espíritu: mi amor precoz e invencible por la lectura. Deletreaba a los tres años de edad; leía por puro gusto sin comprender casi nada a los cinco años, y ya a los siete comencé con éxito el desciframiento de los caracteres semitas.

Los libros figuran entre esos nobles placeres que, como la contemplación de la Naturaleza, el afecto a personas y animales, aumentan en vez de disminuir con el tiempo. Son pocos los días de mi ya larga vida en que no haya pasado siete, ocho y más horas en íntimo contacto con ellos. Un instinto natural de defensa y mi desconfianza por las ideas ajenas, más peligrosas cuanto más brillante y célebre es el autor de ellas, me libraron, obligándome a leer despacio y reflexionando siempre, de convertirme en un perfecto y libresco idiota. Recelar tanto de la ajena como de la propia opinión ha sido para mí desde niño la norma de la sabiduría y el baluarte de la independencia espiritual. En mis clases universitarias, puse siempre en guardia a mis alumnos contra la ciega aceptación de lo dicho por el profesor. Consideréme, les decía, como si fuera un sofista peligroso.

Gran fortuna fue para nosotros tener en casa a nuestra libre disposición una pequeña biblioteca de 200 a 300 cuerpos de libros. Había en ella un poco de todos. Las novelas de Pérez Escrich, Fernández y González, Alejandro Dumas, Eugenio Sue, etc., representaban la pacotilla literaria, devoradora del tiempo y gusto de sus lectores, la moneda feble que desaloja la buena del mercado. ¡Con cuánto interés y arrobo leíamos *El Conde de Montecristo*, *El Judío Errante* y tantos otros novelones del mismo jaez, que más tarde no pude abrir sin repulsión y fastidio! Las obras de Julio Verne, Mayne Read y congéneres ofrecían a la imaginación un alimento más sano y nutritivo. El primero predecía en el porvenir

de las ciencias, enardeciendo su fe en ellas, maravillas, que debían convertirse, una o dos generaciones más tarde, en pobres arameos de la realidad. Mayne Read fue el primero en mostrarnos la superficie de la Tierra, con sus pintorescos detalles, sus particulares geográficos, hombres, plantas y animales, en cuadros animados y exactos, que ojalá copiaran los profesores de geografía. No eran pedagogos; pero lo cierto es que sus enseñanzas no se olvidan jamás, al revés de lo que pasa con las recibidas en las aulas escolares. *El viaje a la Luna, La conquista del Polo Norte*, etc., de Verne; *La criolla de Jamaica, Los jóvenes Boers* de Mayne Read, están tan frescos en mi memoria como si acabara de leerlos.

Quizá la primera novela que pasó por mis manos fue el *Gil Blas de Santillana* por Lesage, discípulo de La Rochefoucauld y de la Bruyère, y precursor de Beaumarchais y Maupassant. Mi corta edad no obstó a que permaneciera desde el principio al fin de su locura en un estado de encantamiento. Menos impresión, pero siempre muy grande, me produjo el Quijote, libro aunque claro y entretenidísimo en sus aventuras, de leguaje y detalles muy complicados para un niño, tan difícil que hasta el español culto necesita recurrir a los millares de notas con que lo han acibillado tantos eruditos escoliastas, como don Francisco Rodríguez Marín, en su magnífica y sapiente edición del celeberrimo libro. Si en mi infancia pospuse Cervantes a muchos otros, hoy a nadie leo con mayor placer intelectual y moral. El conocido arranque atribuido a don Juan Valera: “Me carga el Quijote”, es tan irreverente como falso. Me parece como si se negara el encanto de una célebre composición musical, pues Cervantes convirtió el castellano en una insuperable melodía.

La Cartuja de Parma, mi novela favorita entre las muchas de Stendhal (los mejores críticos prefieren *Rojo y Negro*), respondía como ninguna otra a mis instintos literarios y al placer que siempre he sentido de ser transportado por la imaginación ajena a una época histórica diversa de la actual; poética, rica, variada y típica en sus episodios y escenario, sugerente de ideas e impresiones profundas y delicadas. Figuraba a la cabeza de otras del mismo género, que tuve la fortuna de leer en esos tiempos: el ya citado *Gil Blas*, el *Esmond* de Thackeray, los *Recuerdos de un octogenario* de Hipólito Nievo, *Los Malavoglia* de Verga, el *Debe y haber* de Gustavo Freytag, *Sotileza* de Pereda, etc. Creo que estas son las verdaderas novelas históricas, por lo mismo que no tienen el propósito de hacer historia y crean sin pretenderlo paisajes y atmósferas culturales. Los novelistas del género histórico, Walter Scott, Ebers, Wiseman, etc., exhiben muy a la vista el artificio de la reconstrucción del pasado, su esfuerzo por reemplazar lo que nada puede sustituir, la historia misma, que en sus obras produce en el entendido el desagradable efecto de una caricatura. El *Ivanhoe*, por ejemplo, de Walter Scott, fue para mí un pasatiempo y nada más. Esa novela, como todas las del insigne poeta escocés, me ilustraban; pero no me conmovían sumergiéndome en un verdadero ensueño. Las consideraba como una tarea instructiva de la especie de los *Viajes del joven Anacarsis*, del abate Anatolio Barthélemy.

Esas obras difieren de las producciones stendhalianas como los cuadros históricos de Delaroche de la “Fuga a Egipto” de Claudio de Lorena. Natural-

mente, sólo mucho después definí y expliqué lo que entonces era una nébula vaga en mi espíritu. El niño tiene muchos atisbos y vislumbres de sus ideas y gustos futuros.

La *Cartuja de Parma*, como se sabe, describe la vida en una corte italiana a principios del siglo XIX. No creo, como suponen algunos, que se haya inspirado en los Farnesios del Renacimiento, sobre todo en Alejandro Farnesio, el Papa Paulo III. Aunque inexperto, admiraba la destreza, finura y arte con que ahí se retratan príncipes, ministros, políticos, damas y comediantes; figuras populares y aristocráticas. La delicadeza sentimental me conmovía profundamente. Todavía recuerdo la escena en que el héroe de la novela, Fabricio del Dongo, sacerdote joven y apuesto, de las primeras familias de Italia, enamorado sin esperanzas de una doncella, al divisar a ésta resplandeciente de hermosura en una fiesta palatina, ruega al superior de una orden religiosa ahí presente que le permita fingir una conversación con él para poder dar, la espalda vuelta a la concurrencia, libre curso por varios minutos al torrente de sus lágrimas. Henri Beyle, que adoptó como seudónimo el nombre de una pequeña aldea alemana, Stendhal, escribió unas memorias de su infancia, en que pone en solfa a todos sus parientes, y en primer término a su padre, por quien sentía más odio que cariño. Tal vez lo hizo persiguiendo en lo raro y anormal la belleza artística, anhelo muy frecuente en literatura.

Leí el *Werther* de Goethe, único de sus libros, popular en la juventud de mi tiempo, a orillas del río Coquimbo, mientras mi hermano Domingo pescaba camarones. El sitio era ideal para tal lectura, como lo habría elegido el mismo egregio poeta en sus instantes de comunión con la Naturaleza. Bajo el voluptuoso cielo de La Serena, el río corría entre sus márgenes, cubiertas de totorales, juncos, piedrecillas y endurecido lodo, manso, indeciso, como si no deseara ir a confundirse con el próximo y rugiente océano. Con todo, a pesar del cuadro aquel en que Werther, tendido sobre el césped, admira la infinita riqueza y hermosura de la vida aun en sus más pequeñas manifestaciones, me inspiró escaso interés una novela que debe leerse en alemán y cuyo principal mérito consiste en la perfección de los detalles y la elegancia y profundidad ideológica. Sin embargo, muchas escenas quedaron grabadas para siempre. Aquella con que Werther recoge a Carlota para llevarla a un baile en alegre comparsa de invitados, y la encuentra en su casa, imagen del hogar feliz, repartiendo rebanadas de pan negro que aprieta contra su pecho vestido de gala, a sus hermanitos, que después la acompañan hasta el coche para despedir con cariñosa algazara, me pareció deliciosa. Encontré, en cambio, afectada y muy alemana la exclamación Klopstock! de Carlota en la misma fiesta, a raíz de una violenta tempestad de relámpagos y truenos, en un balcón donde contemplaba con Werther la restablecida calma de la Naturaleza. El suicidio por paroxismo pasional del infortunado amante me chocó tanto, como había admirado en la historia de Roma el mismo acto cometido por deber, dignidad y patriotismo.

También resbalaron por mi espíritu, sin dejar duradera huella, todas esas producciones románticas tan leídas en el siglo pasado, en las cuales la inver-

similitud del tema y escenario se disimulaba detrás de una poesía vaga, triste y enervante. Halagan una tendencia morbosa del hombre hacia el seudosen-timentalismo, que por fortuna rara vez se convierte en una seria enfermedad. Aun *Pablo y Virginia*, la mejor de todas ellas, no me deleitaba tanto como *Manon Lescaut* del abate Prévost. Entre las obras de Chateaubriand, prefería sus *Memorias de ultratumba* a *René* y *Atala*; entre las de Lamartine, la *Historia de los Girondinos* a *Rafael* y *Graciela*. Las poesías más en boga, aprendidas muchas de ellas de memoria, eran las de Núñez de Arce y Campoamor. El primero satisfacía la afición del niño, en su despertar poético, por el ritmo, el tono declamatorio y elocuente, que más tarde le son antipáticos como perturbadores de la suavidad y secreta armonía de los versos que excitan y deleitan más que el oído los vagos e indecisos anhelos del corazón y la inteligencia. Hoy reputo a Campoamor como el primer poeta de España, y leo con mayor placer a Manrique, al divino Herrera, a Fray Luis de León, que a Arriaza o Quintana. Los versos de este último, los más sonoros y vehementes que se hayan escrito en ninguna lengua, me parecían a los 15 años la cumbre del lirismo. En fin, ellos revelan siquiera el frenesí de la inspiración en un lenguaje magnífico e insuperable; pero ojalá que los profesores de castellano, para extirpar una de las mayores plagas de la literatura americana, enseñen a sus alumnos que la altisonancia y la afectación hacen huir a la poesía.

A la cabeza de las obras científicas e históricas de nuestra biblioteca, donde no faltaban útiles diccionarios, debemos citar la *Historia Universal* de César Cantú. Más que el texto mismo, algo pedante y desteñida, me instruían sus notas apéndices y excerptas de obras notables. Ahí leí transcripciones, extractos y críticas de los libros teogónicos, filosóficos y literarios más célebres del mundo, y me impuse por el mejor método, el de leer siquiera fragmentos de los mismos autores, en forma, es cierto, muy rudimentaria del movimiento intelectual de todos los tiempos. Al reproducir mis recuerdos, tarea utilísima para el recto conocimiento de sí mismo, que nadie debería omitir, veo que desde niño fui sobre todo autodidacto, como sin duda lo es todo el mundo sin advertirlo, o mejor dicho, que recibí mi educación por medio de arcaduces muy diversos: el liceo, metódico, rutinario, restringido, algo mecánico, y mis lecturas libres y desparramadas, por desgracia dirigidas sólo por el azar y mis gustos. Al Liceo corresponde propender a que sus alumnos paralelamente a su enseñanza tengan otra dada por ellos mismos, mediante observaciones, estudios y libros de su elección y agrado, ofreciéndoles, si quieren, pues la libertad en esto debe ser completa, los consejos de su experiencia. Estos pueden ser muy benéficos en las lecturas libres de los niños. Yo debo decir, aunque contradiga algo dicho antes, que leía muchos libros difíciles, los de Schopenhauer, por ejemplo, seguro de no comprenderlos, sólo por darme la ilusión de que los entendía. Un buen consejo me habría evitado un gran desperdicio de tiempo, señalándome la necesaria gradación y enlace que hay que observar en el curso de los conocimientos. Volvemos a topar con uno de los principios cardinales de la pedagogía: más que impartir el saber, vale enseñar a adquirirlo.

LAS MIL Y UNA NOCHES

Hubo un libro entre los libros, exótico y diverso a todos los demás, que me sumergió en un delicioso ensueño, como el que pudiera crear un opio exquisito y preternatural, mostrando a mi imaginación, sedienta de seres y paisajes mágicos una parte de los ilimitados dominios de la fantasía. Dije antes que volveríamos a encontrar al pastelero Marchand, personaje para mí fabuloso y fantástico de mi infancia, cual si hubiera sido oriundo de Bagdad o Damasco. Me daba libre acceso a su taller, un patio, en donde extraía del horno sabrosas pastas o mace-raba, colgadas de su robusto cuello, tiras de caramelo para desmenuzarlas en mil confites. Tenía gran arte en erigir sobre bases de bizcocho y almendrados castillos o torres de gajos de naranja revestidos de quebradizo almíbar, o para confeccionar tortas de uno o varios pisos, adornados de arabescos, por entre cuyos roleos y tracerías brillaban bolitas plateadas.

Fue este mago del azúcar, que usaba en vez del bonete de su oficio un capirote rojo, quien me puso por primera vez en contacto con ese mundo fantástico creado por los árabes y otros pueblos del Asia Anterior en los dominios de la literatura. Prestóme un libro desencuadrado y roto, sin frontispicio ni portada, al cual faltaban, además, las primeras páginas. ¡Bondad divina! Era *Las mil y una noches*. Tenía en mi poder uno de los más deslumbrantes tesoros descubiertos por la fantasía humana. Ofir y Golconda, Potosí y Guanajuato, California y Bloemfontaine, criaderos perlíferos del golfo Pérsico y Ceylán, bancos de coral, rescate de Atahualpa, esmeraldas de Moctezuma y Colombia, malaquita de los Urales, lapislázuli de Siberia y Chile, todos los veneros de metales y piedras preciosas aparecen ante los retratos de Scheherazada vestidos con los harapos de la realidad.

Leí los cuentos árabes a la edad, 10 años, en que más efectos independientes de la razón pueden producir en el espíritu, cuando el niño prefiere lo absurdo a la lógica, lo imaginario a lo existente, seres fingidos y todopoderosos, dioses, genios y monstruos, a la conocida fauna terrestre. *Las mil y una noches*, depósito de las leyendas y tradiciones de casi todos los pueblos de Asia, con la importante agregación de Egipto, desde la China a la India y Trapobana, desde Arabia y El Cairo hasta Basora y Samarcanda, tiene una extraordinaria variedad de paisajes, ideas y figuras, propios de una obra formada como un centón folclórico.

Más tarde, al leer la mediocre traducción al francés del original, en varios volúmenes hecha por Mardrus, casi todos esos cuentos, privados ya para mí de su carácter inverosímil y maravilloso, me sedujeron también, pero como valiosas alegorías de diversas fases de la vida humana. El humo salido de la destapada copa, con el sello del rey Salomón, extraída del fondo del mar por un pescador, ante el cual se convierte en un gigante, ¿no es una imagen de espíritu puesto en libertad tras un largo cautiverio? El príncipe solitario en una de las salas de su desierto palacio, inmóvil por ser de mármol la parte inferior de su cuerpo, ¿no es un símbolo de la servidumbre? La lámpara de Aladino, ¿no ha pasado a ser la personificación del deseo, el éxito y la fortuna?

Mientras duró la lectura de *Las mil y una noches* quería estar solo; encontraba insípido cualquier otro pasatiempo y muy largas las inevitables interrupciones de tan grata tarea. La fantasía, como todas las facultades, necesita alimento, y conviene proporcionárselo de la mejor calidad existente. La mía, muy favorecida por la suerte, se nutrió con los cuentos árabes, *Robinson Crusoe*, los *Viajes de Gulliver*, y las novelas de Verne, Read y Chatrian. No pasó inadvertido a mis parientes el estado de mi ánimo durante la lectura de *Las mil y una noches*: ese niño tiene algo, decían. Está hipnotizado por la ilusión en el reino de la quimera.

DON PACOMIO GÓMEZ SOLAR

En la segunda parte de las Humanidades, donde seguía, como se ha dicho, el estudio de la historia y matemáticas y se iniciaba el de los idiomas inglés como obligatorio, italiano y alemán como voluntarios, dominaban dos grupos de disciplinas afines, muy diversos entre sí por su naturaleza y didáctica. Constituían el primero la retórica y poética, la filosofía y la historia literaria, y el segundo la física, la química, la historia natural y la geografía física. Cada uno de los grupos estaba a cargo de uno solo profesor, don Pacomio Gómez Solar y don Bernardo Ossandón, respectivamente. Los dos ejercieron en mí, y creo que en todos los alumnos, una benéfica y considerable influencia, muy superior a la de los otros también meritísimos miembros del cuerpo docente del liceo. Cada uno de los dos exige un tratamiento detenido.

El simple aspecto del señor Gómez Solar denunciaba hombre de distinguida prosapia, nativa finura y exquisita educación. En su cátedra parecía, más que un profesor, el presidente de una selecta asamblea. Una antigua enfermedad lo obligaba a moverse y respirar con tino y parsimonia y a expresar en voz queda, cualidad preciosa cuando, como la suya, es percibida por todos los circunstantes. Tuvo la fortuna de disponer como textos de clase uno excelente de filosofía por Jourdain y los maravillosos de Barros Arana, de los cuales no apartaba la vista mientras los alumnos leían su lección. Muy rara vez interrumpía la lectura para hacer un comentario oportuno o emitir una idea de gran alcance. Su claro y recto criterio le imponía una discreta reserva.

Su actuación educativa, muy eficaz y de largos y trascendentales efectos, se hacía sentir con independencia del libro. Formó el gusto literario de los alumnos que tenían aptitudes para escribir, obligando a todos por turno a leer al principio de la clase un trabajo original. Nunca los criticaba o corregía, reputándolos sabia y cómodamente por perfectos. Su experiencia lo inducía a respetar la susceptibilidad, el amor propio, el inefable embeleso de sí mismos, de los futuros literatos. Y en esto estaba el acierto de su didáctica. Cada niño se creía un Pico de la Mirandola al ver la devota y suspensa atención con que le oía el señor Gómez y el ruego que se le entregase el galimatías para conservarlo, suponíamos nosotros, entre los más preciosos manuscritos de su biblioteca. Digan lo que quieran los burladotodo: de esa manera iniciaron muchos sere-nenses su carrera literaria. Algo más tarde, buscábamos en la sala de profesores

un objeto pedido por uno de ellos, cuando al abrir un gran cajón de un viejo armatoste lo encontramos repleto de papeles escritos: eran las obras maestras de la clase de literatura.

El señor Gómez era el único maestro de nuestros maestros que solía de noche reunirnos en el escritorio de su casa, con fines puramente sociales, para departir en un tono de igualdad sobre temas agradables, rara vez relacionados con el Liceo o sucesos escolares. El eximio y culto profesor nos daba sin pedantería útiles lecciones de urbanidad, decoro y trato de gentes, como debe ser, tranquilo y distinguido. Entre los contertulios que figuraron más tarde en el país, recuerdo a Santiago Marín Vicuña. El principal adorno de la estancia donde el señor Gómez nos recibía era una colección completa del diario *El Ferrocarril*, formada número a número por su diligente colector. No debía consultarla nunca, porque sus volúmenes y hojas sueltas no estaban acomodadas en las ménsulas de un armario, sino formando una alta ruma sobre el pavimento. Parece que creía apoderarse de su contenido de emanación, pues solía decir: por ellos conozco en todos sus detalles muchos años de la historia de Chile. Constituyeron cuando murió, en 1890, si mal no recuerdo, lo más vistoso de su herencia. Ponía fin a la velada del señor Gómez un excelente té servido, a la luz de dos velas en candeleros de plata, sobre una mesita desierta de todo aditamento comestible que hubiera podido menoscabar, según una perspicaz observación suya, su sabor y fragancia.

La tercera de las buenas iniciativas pedagógicas del señor Gómez Solar consistía en inducirnos a dar cada año en el teatro de La Serena, con fines de beneficencia, representaciones teatrales. El hospital o la casa de huérfanos recibían más de mil pesos, unos 50.000 de nuestra época, descontados los gastos de trajes, luz, arriendo del local y de una opípara cena al término de la función, servida en un destartalado desván del mismo teatro. Era este un viejo edificio perteneciente al padre de Félix Ventura Marín. El telón de boca, de tela verde, estaba adornado con la figura de un gran ángel, cerniéndose en el aire; en su mano derecha levantada sostenía una máscara, mientras con el índice de la otra caída mostraba a un labrador arando la tierra. En la parte superior, se leía: "¡Honor a la virtud, horror al vicio!" La fecha elegida para la representación era el 18 de Septiembre.

Recuerdo haber tomado parte, mi hermano Domingo y yo, en un drama de José Echegaray y en la comedia *¿Quién es ella?* de Bretón de los Herreros. Ensayábamos nuestros papeles durante tres meses, desde junio, sin perjudicar en nada nuestros estudios; de modo que todos los improvisados artistas aprendían la pieza entera de memoria. Se derivaban de aquí muchas ventajas educativas: empleo del ocio en un noble entrenamiento, aumento de un correcto vocabulario, mayor familiarización con la métrica y el arte de clausular, progreso en la lectura y declamación, contacto íntimo y profundo con una obra maestra de la literatura española; y, por fin, una gran curiosidad por conocer el ambiente histórico en que se desarrollaba la intriga del drama. Los personajes de *¿Quién es ella?*, Felipe IV, Quevedo, el conde-duque de Olivares,

fueron objeto de prolijos estudios que abarcaban buena parte de la Historia de España en el siglo XVII. Es sensible que tan instructivo pasatiempo no esté de moda hoy.

Don Pacomio dirigía todo con sus habituales distinción y tacto. No asistía a los ensayos, prefiriendo que los niños mismos resolvieran las dificultades. Cuando era consultado, pedía la repetición de algunas escenas y daba su juicio. “Muy bien; no puede exigirse más. Si ustedes no rescatan tanto las ideas, y las expresan con menos énfasis y sacudimiento, todo será perfecto. El artista debe olvidarse que está representado; y hasta cuando pide un vaso de agua conviene que emplee la forma ordinaria, ennobleciéndola con una imperceptible dignidad teatral. La furia declamatoria y el abandono del dominio de sí mismo determinan el fracaso de las mejores obras. Solamente el actor que parece estar conteniendo sus pasiones y sentimientos, como si un íntimo pudor le impidiera dejarse arrebatar por ellos, conmueve al público”. Con estas y otras acertadas reflexiones, exponía las reglas esenciales del arte dramático.

El discurso de ofrecimiento de la función estaba a cargo de un alumno de renombre literario en el Liceo, fama fugaz, casi siempre desvanecida después en el tumulto de la vida profesional y práctica. Lo pronunció el primer año de nuestros ensayos teatrales Carlos Marín Vicuña, en la forma de una poesía propia, patético lamento de las desgracias de la orfandad. Si un niño no tiene madre, decía en los dos únicos versos que recuerdo:

¿Quién le enseñará el lugar de los oasis?

¿Quién en lugar de las palabras?

Al año siguiente, le tocó el turno de servirnos de faraute a un joven perteneciente a una familia muy católica y apegada a las tradiciones. Era un niño bien mantenido, regordete y mofletudo, con el aire plácido y satisfecho de quien sólo ha gozado de los cómodos y caricias de la existencia, lo que no impidió que muriese prematuramente. Los dolores y necesidades de los pobres no podían ser suprimidos sino por intermedio de la Iglesia. Los esfuerzos independientes de ella para combatirlos, designados con el antipático nombre de filantrópicos, le parecían, de acuerdo sin duda con las doctrinas de sus deudos, la usurpación de un divino privilegio. Su discurso en el teatro le dio oportunidad de hacer públicos sus sentimientos. Durante veinte minutos, estigmatizó los esfuerzos privados y laicos, hechos fuera del templo, para mitigar los dolores humanos. Alcanzó el pináculo de la elocuencia cuando, piafando como un caballo de raza, alzó la pierna derecha y la dejó caer de nuevo con incontenible cólera cerca de las candilejas, exclamando: “¡La filantropía, esa moneda falsa de la caridad!” El público sonreía, y a los numerosos padres ahí congregados se les caían las lágrimas de orgullo y contento.

Los más aplaudidos artistas eran, sin duda, los hermanos Alfredo y Carlos Illanes Beytía. El primero desempeñaba en el drama de Echegaray –el nombre se me escapa– el papel de un viejo y atrabiliario castellano, llamando don Juan,

y yo el de su escudero, un carcamal tan antiguo como él, con una larga barba de ermitaño. Don Juan imponía al público de nuestras proezas guerreras con estas pocas palabras:

*Si se escribieran mis campañas,
Trocariáanse en bibliotecas
Las tierras de las Españas.*

Mucho temían mis compañeros, conocedores de mi propensión a la risa, que no pudiera contenerla en la representación. Los tranquilicé diciéndoles:

–Si tal me ocurre, ya sé lo que voy a hacer.

–¿Arrancar a esconderse entre los bastidores?

–Ni por pienso; me desplomo en una silla y me pongo a reír sin freno alguno. El público, ignorante del argumento, aplaudirá la buena ejecución de un difícil detalle del arte dramático.

En las tablas, Alfredo se creía realmente don Juan. Al fin del drama, me costaba contenerlo cuando, después de matar en duelo a un sobrino suyo, casi un hijo, moría de dolor en mis brazos, diciéndome:

*Y tú, mi viejo Tristán.
Ya que mi ser se derrumba,
Arroja en aquella tumba.
El cadáver de don Juan.*

Más que un moribundo, parecía un energúmeno.

En la comedia *¿Quién es ella?* me confiaron un papel muy secundario: el de un cortesano que, atraído a una sala del palacio real por el alboroto formado por un amante celoso, irrumpe en el escenario para decir: *¿Quién alza la voz aquí?* Parecióme ridícula la brevedad de la frase y le agregué el siguiente cuarteto:

*¿Quién, quebrantando la ley
Con descaro nunca usado
Se atreve a gritar osado
En el palacio del Rey?*

Mis colegas consideraron una penitencia de mi parte modificar así el texto del insigne poeta español; y el asunto fue llevado al tribunal de don Pacomio. Hízome éste recitar y declaró que el mismo Bretón los habría incorporado con gusto en su obra. “Y talvez, talvez, agregó mirándome con una sonrisa de irónica bondad muy propia de él, se habría sentido orgulloso de haberlos hecho”. Días después publiqué en *El Coquimbo* un artículo descriptivo de la función, alabando sin tasa a todos los artistas. La mayoría de ellos –tan a pecho habían tomado su papel de comediantes– hallaron el incienso insuficiente, ordinario y con algunos gramos de ironía. Uno que había desempeñado el papel de dama muda –no había mujeres en el personal– me invitó a darle reparación en el campo del honor, es decir, en una callejuela solitaria vecina al Liceo, donde se

verificaban estos lances pugilísticos. Varios amigos nos reconciliaron en el camino librándonos de las muy posibles moraduras de ojos y hemorragias nasales.

Tuvimos la desgracia de perder en Santiago, donde se había trasladado en busca de salud, al señor Gómez Solar, poco después de haber salido de sus aulas. Una gran congoja se apoderó de nosotros al ver los estragos que en corto tiempo había hecho en él la enfermedad. Su cara estaba reducida a una mascarilla pálida y angustiada. No creía, sin embargo, próximo su fin, a juzgar por sus planes y proyectos. Pronto sus amigos sacerdotes se encargarán de anunciarle que sus días estaban contados. Le manifestaron gran interés, movidos seguramente desde La Serena por su señora e hija, en salvar su alma, haciéndole renegar su pasada y notoria incredulidad.

Don Ramón Ángel Jara lo visitaba a diario y mantenía con él largas conversaciones sin resultado alguno. En fin, cuando el enfermo parecía iba a morir de un momento a otro, el señor Jara apeló al recurso supremo. Arrodillado junto al lecho, declamó, con su voz tan rica y melodiosa en la expresión del sentimiento, una conmovedora plegaria a la Virgen. Le suplicó tuviera piedad con un hombre que en la niñez la veneró como a su madre celestial y que si en el resto de su vida olvidó la Religión, siempre fue fiel a sus preceptos. Tocando la fibra más sensible del corazón del enfermo, la conjuró que no lo separase para siempre en la otra vida de los seres queridos y católicos, orantes por él en La Serena. Todo esto me lo refirió la enfermera a la vista del cadáver. Don Pacomio tuvo un fin rigurosamente conforme a los cánones de la Iglesia. No seré yo quien atribuya su conversión a la flaqueza fisiológica o al deseo imposible de realizar, en otra forma, dada su cortesía, de morir tranquilo. Mi profunda pena me impidió asistir a sus funerales.

DON BERNARDO OSSANDÓN

No creo existiera entonces en otras escuelas del país un maestro superior a don Bernardo Ossandón en el dominio de las disciplinas científicas, en las dotes pedagógicas naturales, en su feliz, eficaz y dominadora influencia sobre los alumnos. Tranquilo y dueño de sí mismo, como todo hombre de salud perfecta, de trato cortés, bondadoso, quizás demasiado frío y distante, no ofrecía ningún punto vulnerable a los ataques burlescos o satíricos del niño, quien no concebía siquiera la posibilidad de faltarle el respeto. No procuraba fuera de clase alternar con sus alumnos; y esta indiferencia constituía su principal defecto, sobre todo cuando se comparaba su urbano modo de rehuir toda confianza con la generosa y familiar cordialidad del señor Gómez Solar. Debo agregar a lo dicho una ligera rectificación: tenía un punto débil, su amigo Machuca. Si este semifabuloso personaje hacía una de sus raras apariciones en La Serena, don Bernardo se encerraba con él en la casa de su imprenta, donde vivía, y sin duda en sabios coloquios se olvidaba de todo, aun de hacer clase. Un alumno de aptitudes policíacas se encargaba de darnos la noticia con una frase que llegó a hacerse proverbial: "¡Llegó Machuca!" La huelga duraba dos o tres días.

Los textos, es decir, el 95% de la enseñanza de antaño, eran en el grupo de ramos a cargo del señor Ossandón un voluminoso libro de física por el francés Ganot; un mamotreto repulsivo de química, uno de los azotes de la juventud chilena durante 50 años; la *Historia Natural* de Philippi, escueto catálogo de todos los animales y plantas conocidos; y, como diamante entre guijarros, la amenísima *Geografía Física* por don Diego Barros Arana. El señor Ossandón, lo mismo que sus demás colegas, seguía inclinado sobre el texto, con real o simulado arrobó, la lectura hecha por los alumnos. A veces, sea por aburrimiento, sea por la necesidad de cambiar de postura, se alzaba para describir un aparato de los ricos gabinetes, hacer un experimento o hablarnos con suma claridad sobre un objeto o fenómeno de la Naturaleza. Estos paréntesis de verdadera pedagogía eran por desgracia raros y cortos. Pero tenía también aciertos continuos y permanentes. En física y química, debíamos traer dibujados los objetos de las láminas del texto correspondientes a la lección, e iniciada la clase de la primera de esas ciencias pedía a un niño que manejara un largo y complicado barómetro de mercurio para que se familiarizara en la observación de las presiones atmosféricas. Dábale merecida importancia en la historia natural a la anatomía y fisiología humanas, sobre cuyos rasgos esenciales, observados en espléndidas láminas, adquirimos sólidos conocimientos. Los cinco sentidos figuraban entre los temas de su predilección. Él mismo redactó para nuestro uso un breve y clarísimo opúsculo sobre ellos, cuyo mérito pudimos apreciar más tarde cuando en el Instituto Pedagógico se trataba en modo inferior la misma materia. En ese tratadito quiso una vez hacer gala de su fantasía, facultad que como a casi todos los chilenos les faltaba, y dijo, comparando a sus congéneres con una rana: "El hombre imita en sus movimientos a un humilde batracio, el sapo, para nadar y mantenerse a flote sobre las ondas". Un día que en mi recitado de la lección me disponía a leer esa frase con el debido acento, don Bernardo me detuvo diciéndome: "Salte este párrafo y continúe con el siguiente". No cabe duda que se sonrojaba de haberlo escrito.

Un día llegó a La Serena un charlatán, de aspecto muy decente, haciéndose pasar por sabio conocido en Santiago. Alguna recomendación traería, pues el rector Herrera lo exhibió en la clase de física. Con gran aplomo la lumbrera científica tomó la palabra e hizo una larga disertación sobre el choque de las electricidades resinosa y vítrea, y el origen del relámpago y el trueno. Tales enormidades ensartó, que don Bernardo creyó de su deber repetir y corroborar las cosas muy distintas dichas por él en sus lecciones, de conformidad con la verdad científica. No alteró el correctivo en lo más mínimo al caudaloso visitante, quien, por el contrario, lo oyó y despidióse con una sonrisita compasiva, que traducida en palabras significaba: "¡Por Dios, que barbaridades se enseñan en provincia!"

Días después anunció daría una conferencia sobre variados temas en el vasto local a los pies de San Agustín, que había albergado al Liceo durante cerca de medio siglo. La noticia de ser la entrada completamente libre de gastos atrajo una numerosa concurrencia. El primer acto del señor Soto Aguilar –creo que

se llamaba así— fue saltar, resuelto y autoritario, en medio de la asamblea para pedirle contribuyera con un óbolo voluntario a disminuir un poco los ingentes gastos exigidos por su misión de divulgador ambulante de las ciencias. Hizo circular una gran bandeja que, bajo su mirada fija y penetrante de perfecto investigador, se llenó de billetes y monedas. Una vez convencido de que nadie se había quedado sin sufragar, hizo poner la bandeja sobre la cátedra, contó concienzudamente su contenido y, metiéndolo en una bolsa traída con tal propósito, la hizo transportar por el correvedile de su secretario lejos de la sala de conferencias. Tranquilo por este lado, sentóse, se mondó al pecho afectado de una fuerte bronquitis invernal y, convertido de colector de ofrendas en filósofo, se puso a leer uno de sus manuscritos. “Comenzaré, dijo, por la creación del Universo”. El público notó a las primeras palabras la indecente farsa, y no tardó en exteriorizar su descontento. “Si este tema no agrada a mis oyentes, dijo molesto el orador, pasaré a tratar de las propiedades de la materia”. No alcanzó a enumerar sino muy pocas, pues muy luego su voz fue ahogada por los gritos y silbidos de la concurrencia. El señor Soto no ignoraba, a lo que se vio, los gajes de su oficio. Sin aguardar a que las manifestaciones de disgusto, molestas hasta entonces sólo por su oído, revistiesen de carácter hiriente para su cuerpo, prevaleándose de estar por sabia cautela suya su pupitre inmediato a la puerta de salida, tomó con facilidad y desenfado sus papeles y chambergo, y, murmurando un “¡Muy buenas noches, caballeros!” , perdido en el estrépito de la sala, desapareció como gato asustado en la oscuridad.

En la clase de geografía física, don Bernardo Ossandón hacía muy pocas observaciones personales. El libro de don Diego Barros le dejaba muy poco que decir. Una vez se divirtió con nuestra ignorancia sobre ciertos nombres gentilicios de raro uso. ¿Cómo se llaman, decía, los naturales de Amberes, Canterbury, Orleans, Anjou, Guadix, Calahorra, Talavera, Coimbra, Ecija, Madagascar, Cumaná, Paisandú, y de cien otras ciudades? Y nos parecía un diccionario viviente cuando él mismo apuntaba las respuestas, en el mismo orden de la enumeración antedicha: antuerpienses, cantuarienses, aurelianenses, angevinos, accitanos, calagurritanos, talaricenses, coimbricenses, astigitanos, malgaches, cumanagotos, sanduceros, etc. Y así con estos y muchos otros sólo al parecer pueriles rebuscos nos enseñaba algo de su propia cosecha. No hay conocimiento inútil.

El señor Ossandón sobrevivió a casi todos sus colegas. El Consejo de Instrucción Pública no lo propuso, por faltarle el título de profesor de Estado, para rector del liceo, del cual había sido durante tanto tiempo su profesor más eminente. Poco después, el Gobierno lo nombró primer director del Instituto Comercial de Coquimbo, que perpetúa su nombre en la posteridad. Murió, según la comparación bíblica, como cae al suelo la espiga madura doblada al peso de su preciosa simiente. Cada uno de los comprovincianos pudo depositar sobre su tumba la corona de encina debida a los grandes servicios cívicos. La gratitud y el afecto rendirán en el alma de sus alumnos perpetuo culto a su memoria.

LA EDUCACION FÍSICA

En los últimos años de Humanidades, cambiaron por completo los entretenimientos de los alumnos. Los juegos físicos, que nunca fueron en el Liceo ni tan íntensos ni tan saludables como en los colegios particulares, cesaron ahora del todo sin ser reemplazados por nada equivalente. Los deportes, la carrera, las excursiones y paseos, la natación, el pugilato o “boxeo”, el balón o “fútbol”, la raqueta o “tenis”, etc., no se practicaban. El volantín, cometa en español, tan fácil de encumbrar en la playa, ya no nos divertía, y a lo sumo observábamos las famosas “comisiones”, en las cuales las pequeñas birlochas, numerosas como moscas, trataban de echar abajo, enredándose en los vientos, puntas salientes del esqueleto y colas, a poderosos soles y estrellas, levantados a fuerza de máquinas especiales. Nadie ha descrito mejor, con mayor detenimiento y exactitud este juego que don Crescente Errazúriz en sus *Memorias*.

La equitación era lujo de hijos de hacendados. Pudimos practicarla por poseer mi tío Samuel Brusco, y después mi padre, el pintoresco fundo San Martín, cerca de Coquimbo. Los dos primos habían creado ahí una villa a la italiana, con modestas y baratas imitaciones de estanques, baños, monerías y reminiscencias de su patria. Recuerdo divisiones del parque clausuradas por altos cipreses, álamos y otro árboles musicales; cenadores oscuros de madre-selvas y enredaderas; glorietas con aparatos de gimnasia y hasta un puente de los Suspiros, parecido sólo simbólicamente al de Venecia por las cadenas que lo adornaban. En ese, para un niño delicioso sitio, pasábamos las vacaciones y algunos fines de semana. Lo volví a ver 60 años después, tan destruido e inconfundible como el parque de la Compañía.

Las más serias deficiencias de nuestra educación física fueron la ignorancia del pugilato y la natación. ¿De cuántas molestias, algunas muy graves, me habría librado en mi juventud –después no es tan necesario– una bofetada a tiempo. El niño y el joven, desprovistos de la destreza y fuerza física adecuadas para repeler una agresión o castigar una insolencia, está a merced de cualquiera, a veces de un pelagatos, más fuerte que él.

El no saber nadar estuvo a punto de costarme la vida poco antes de la época en que terminará este relato. Nos bañábamos en un remanso del río Coquimbo, cerca de su desembocadura en el mar. Muy cerca de su ribera, un mal paso me sumergió por completo en un foso de escasa profundidad. Mi primo José Seguel, viendo salir de la superficie del agua las burbujas que denunciaban mi agonía, huyó como un loco, talvez con la esperanza de encontrar a alguien en esas soledades que pudiera sacarme del charco. Con mayor dominio de sí mismo e inventiva, mi hermano Domingo le obligó a volver, y apoyándose en él, penetró en el río y pudo libertarme de mi poca comfortable situación. El futuro doctor me puso boca abajo sobre la hierba hasta que hube evacuado dos o tres litros del agua tan involuntariamente bebida y sólo me dejó al verme sano y, sobre todo, más contento que antes de la zambullida.

No puedo callar un episodio cómico, instructivo para el conocimiento de la naturaleza humana. Domingo, después de su proeza, quedó como si nada hubiera hecho y aun comenzó a impacientarse, porque se le había perdido uno de los gemelos de su camisa. Mi primo José lo increpó con dureza por pensar en tales bagatelas cuando un hermano acababa de escapar a tan gran peligro; como si el inteligente niño no hubiera representado en ese caso para mí el papel de la Providencia. Volví a casa presa de gran agitación moral. Había entrevisto por breves minutos un abismo sombrío y silencioso.

UNA VISTA HACIA ATRÁS

En 1887 terminé mis estudios de Humanidades. Ahora, después de haber cristalizado en esta memoria mis recuerdos, veo lo mucho que debo a mis propias lecturas y estudios, el instrumento más eficaz en la cultura individual, al Liceo y a la educación directa o refleja impartida por mis parientes, amigos y profesores. En casi todas las disciplinas del plan de estudios poseía núcleos susceptibles de un gran desarrollo. Faltaban sólo en matemáticas e idiomas extranjeros casi enteramente.

La deficiencia más grave en un niño como yo, deseoso de adquirir una gran cultura literaria, filológica e histórica, era el desconocimiento absoluto de las lenguas clásicas, sobre todo del latín. Por adquirir las principales lenguas modernas, en una forma en que me ha permitido dominarlas casi como la mía propia, no tuve después tiempo de reparar aquel vacío, que debilitó sobremanera mis esfuerzos intelectuales. Creo que nuestra ignorancia del latín fue lo que permitió a los profesores alemanes del Instituto Pedagógico no dar con corazón ligero a este establecimiento el rumbo universitario germánico que debió tener.

Claro está que en el plan de estudios de la enseñanza moderna, para la gran masa de educandos secundarios, ya muy recargado no sólo por el número de ramos, como por la insensata exuberancia de los programas, no hay materialmente sitio para las lenguas muertas. Pero ya que nuestros recursos y preocupaciones no nos permiten tener establecimientos especiales en que ellas, como en Alemania los gimnasios y las escuelas reales superiores, fueran la base de la educación, no debieron faltar en los principales liceos cátedras voluntarias para cultivarlas. Un solo alumno por clase justificaría el gasto que exigieran. Además, podría darse a los conocedores del latín cierta preferencia para ingresar en los cursos universitarios relacionados con la lengua. Su falta constituye una grave solución de continuidad entre la cultura universal y la nuestra y es intolerable en un pueblo, cuyo lenguaje está tan vinculado al de Roma.

MI FAMILIA SALE DE LA SERENA

Nos trasladamos a principios de 1888, con el objeto de bachillerarnos en Humanidades e iniciar los estudios de leyes, a Santiago, que debía ser durante 60 años nuestro grato y querido domicilio. Vacilaba entre la jurisprudencia y

la medicina, así que dejé a la suerte la tarea de orientarme. “Elegiré de las dos, dije a mi hermano, la que tú rehúyas”. “Bien, me contestó, serás abogado”. No anduvo profeta en esto; a los tres años de gratos y amenos estudios jurídicos, me trasladé con camas y petacas a los docentes, atraído a ellos más que por gusto por la novedad del intento. El Instituto Pedagógico se fundaba con profesores alemanes, es decir, venidos del centro mismo de la ciencia europea.

Mi familia abandonó La Serena poco después. Una nota poética embelleció su despedida. Mi padre dijo adiós a don Benjamín Vicuña Solar, regalándole el último de sus cuadros: “Postreros momentos de Cervantes”. El mayor poeta serenense le contestó, dedicándole lo que también fue tal vez la última de sus poesías. La insertamos aquí, junto con su carta, por estar hasta ahora inédita, y haber escapado a la piedad colectora de todas ellas de su hijo Julio Vicuña Cifuentes.

La carta dice:

La Serena, noviembre 16 de 1893

Señor don
Juan Montebruno
Presente

Querido amigo:

Ayer, al volver del campo, me encontré con su bellissimo cuadro, y le juro que más de una lágrima rodó por mis mejillas, asegurándole que él me traerá siempre a mi memoria dos amargas despedidas: la de Cervantes que vuela a Dios, y la del autor del cuadro, que pronto nos dejará para ir a vivir en la tierra de Lautaro y Tucapel. ¡Gracias mil por el obsequio, el que será colocado en un lugar en que lo tenga a toda hora ante mis ojos!

Como en mí todo sentimiento se traduce en un canto, he consignado en los versos que le dedico a usted, los que experimentó mi corazón al recibir su recuerdo! ¡Ojalá haya yo sido tan feliz como lo ha sido usted con su trabajo artístico!

Deseándoles felicidades cumplidas tanto a usted como a su señora e inteligente familia, queda de usted, su consecuente amigo Q. B. S. M.,

BENJAMÍN VICUÑA SOLAR

He aquí la poesía:

A mi querido amigo don Juan Montebruno, autor del hermoso cuadro “Los últimos momentos de Cervantes”:

*Con los colores de Apeles,
Como un recuerdo postrero,*

Arrancaste a tus pinceles
 Un tesoro verdadero:
 La postrer sublime escena
 Del más grande genio ibero,

Allí con calma serena
 Se ve a Cervantes que activo
 Le dice así a su Mecenas:

Puesto ya el pie en el estribo,
 Con las ansias de la muerte,
 Gran señor, ésta te escribo.

Arte divino, iel inerte
 Mármol, que el cincel desgaja,
 Cobra vida y alma fuerte;

Y el lienzo, que usado se aja,
 Si mano experta lo toca,
 Su inmortalidad trabaja.

Tú hábil pincel hoy evoca
 Un poema de ternura
 Que conmueve hasta una roca;

El adiós de una alma pura
 Que fue infeliz en el suelo,
 Y sólo en la sepultura.

¡Columbró, al para su vuelo,
 La luz de la ansiada fama
 Del elegido del cielo!

¡Feliz quien el arte ama
 Y se embriaga en su ambrosía!
 ¡Y, mariposa, en su llama

Quema las alas, que un día
 La alzaron a las regiones
 De la divina poesía!

Feliz quien tiene ilusiones,
 Y muere con todas ellas
 Al romper sus eslabones

La vida ¡Feliz quien huellas
 Deja de su breve paso,
 Cual dejan las flores bellas

*Su aroma, como en ocaso
Deja el sol, después de hundido,
Cual recuerdo de su paso,
Un crepúsculo encendido!*

La Serena, noviembre 16 de 1893.

Epílogo

Como quien ve el término de una gratísima tarea, sintiendo no haber elaborado sino una ínfima parte de la materia a su disposición, concluyo esta memoria, escrita con la rapidez que sólo el placer es capaz de imprimir al trabajo humano. La niñez y la adolescencia, vistas sobre todo desde el otro extremo del curso de la vida, se presentan al espíritu como épocas maravillosas, donde todo es posible y se combinan armoniosamente lo real y lo imaginario; el aspecto riguroso y cierto de la verdad y las lisonjeras fantasmagorías de la imaginación; el milagro más inverosímil y los fenómenos ordinarios y corrientes de la Naturaleza; los sombríos colores del dolor y la tragedia y el áureo tinte del ensueño y la esperanza; donde la desgracia, en fin, se transforma o debe normalmente transformarse en dicha, la dolencia en salud, el desaliento en coraje, el temor al destino en optimismo, contribuyendo todo a levantar en la entrada de la existencia un magnífico pórtico, digno de cualquier palacio, aun el más suntuoso, que durante su curso pueda construirse.

Santiago, 20 de marzo de 1946.

APÉNDICE

DE DON JUAN ERNESTO BOERO LILLO
Publicado en el *Boletín del Instituto Nacional*
Santiago, noviembre, de 1947.

DON JULIO MONTEBRUNO LÓPEZ

Con don Julio Montebruno López se fue, en una mañana del mes de septiembre, uno de los maestros más ilustres con que ha contado la docencia nacional, y, sin hipérbole, uno de los cerebros mejor dotados de todos los tiempos. Nada de las grandes desconquistas del intelecto humano —ciencias, filosofías, artes—, nada, era ajeno en su ingente y exquisito acervo de hombre de estudio, de clara inteligencia y viva imaginación. Recluido voluntariamente en su solariega mansión, rodeado de finas flores, árboles y aves predilectos, de fuentes y mármoles artísticos en cada recodo de su extenso parque, el señor Montebruno vivía entregado a sus hondas meditaciones o

al diálogo cordial con algún viejo amigo. Conversar con él era platicar con Platón bajo la sombra de los sicomoros, o con Leonardo por los caminos de Florencia y Roma, o con Beethoven o Goethe en las márgenes del Rhin. Fue un varón del Renacimiento italiano –todo luz, esplendor y sol–, trasplantado a este siglo nuestro, todo sombra de noche sin vislumbres de amanecer. Quizás por ello que fue tan rica su vida interior y tan cauto en entregarse al mundo exterior.

Nuestro *Boletín* contó con la generosidad de su simpatía, y con orgullo podemos mostrar muchas de las ediciones con artículos debidos a su pluma de escritor de acabado estilo y riquísimo léxico y de una hondura de pensamiento suscitador de las más nobles ideas.

En la apacible ciudad de Quillota, sobre una colina desde donde se observa el panorama verdegueante del valle, está la tumba de don Julio Montebruno López. Manos fraternas, con la solicitud del cariño y de la admiración revestidos de pena, depositaron ahí su cuerpo inanimado mientras su espíritu ya era señor de la eternidad. Ahí está de cara a la luz del sol que nunca quiso que le faltara, ni en la vida ni en la muerte.

El Instituto Nacional lo tuvo también como maestro de sus juventudes, y el Vice-Rector, don Carlos Ramírez Salinas, uno de sus amigos de selección, despidió sus restos con las siguientes emocionadas palabras:

“¡Venimos a enterrar un rayo de sol!, exclamó alguien al borde de la tumba de un gran poeta: estas mismas palabras pudieran ahora repetirse al entregar a la tierra los despojos mortales de don Julio Montebruno López.

Espíritu selecto, su obra literaria y cultural de escritor y artista incomparables lleva toda impresa la llama encendida de su cerebro privilegiado.

Niño aún, sintió decidida inclinación al magisterio, altísimo destino suyo que supo llevar hasta la cumbre suprema del apostolado, como esclarecido maestro de maestros y como director egregio de la juventud de nuestra patria.

Habiendo nacido al arrullo del mar que baña las costas de La Serena, paraíso de las flores, parece que esa atmósfera de perfumes y de paz hubiera moldeado su corazón, abierto siempre a las más excelsas bondades.

Sus discípulos y los que han tenido la suerte de frecuentar su trato lo recuerdan hoy no solo por el bagaje magnífico de su sabiduría, por el acervo maravilloso de sus vastos conocimientos de la Historia Universal –su estudio predilecto–, sino también por la influencia poderosa que ejerciera en ellos la personalidad eminente del maestro que supo en todo momento guiarlos por la senda que conduce al bien colectivo, que es y será la más humana aspiración del hombre.

Y así, queriendo prolongar más allá de sus días aquel su constante anhelo de esparcir el bien entre los que “padecen sed y hambre de justicia”, ha dispuesto que gran parte de su fortuna sirva para que continúe indefinidamente su fecunda obra educadora, haciéndola posible en forma completa a favor del desvalido y, además, llevando anualmente la satisfacción y la alegría a los hogares de los niños pobres.

Ellos, conmovidos, vendrán aquí en los días de más tarde a este apartado último asilo a testimoniar su gratitud al eximio maestro, al generoso benefactor y al padre espiritual de tantas generaciones.

Carísimo amigo, duerme tu sueño en este sitio elegido por ti mismo, guiado por muy noble y superior modestia, para huir, como lo hiciste en vida, de toda vana y vulgar ostentación”.

IVÁN JAKSIC:
“LA CEREMONIA DEL ADIÓS”

EL LANZAMIENTO DE CHILE: LA CONSTRUCCIÓN DE UNA
REPÚBLICA 1830-1865. POLÍTICA E IDEAS ES LA CULMINACIÓN
DE LA PASIÓN INTELECTUAL QUE EL HISTORIADOR INGLÉS
SIMON COLLIER TUVO POR CHILE

Mario Rodríguez Órdenes

Simon Collier pensaba pasar las fiestas de fin de año de 2002 con su entrañable amigo: el historiador Iván Jaksic. “Es algo que solíamos hacer, tanto en esas ocasiones festivas como en otras que permitía su apretada agenda”. Sin embargo, el 28 de diciembre de ese año, Jaksic recibió una llamada telefónica preocupante: Collier se encontraba grave en el Hospital de Nashville. “Para mí fue un golpe muy fuerte, puesto que no había nada que presagara algo tan serio”, recuerda Iván Jaksic durante la conversación que sostuvo con *Mapocho*, en octubre pasado, poco después de llegar de Estados Unidos para participar en el II Seminario Simon Collier y en el lanzamiento de su libro póstumo, *Chile la construcción de la República 1830-1865. Política e Ideas* (Ediciones de la Universidad Católica de Chile, octubre, 2005) del que escribió el prólogo y que se desarrolló en el Campus San Joaquín de la Universidad Católica.

Logré comunicarme con él esa misma noche, pero Simon no podía realmente hablar. En efecto, a Collier se le aceleró un cáncer al páncreas que poco después le provocaría la muerte, sigue recordando Jaksic.

“UN ABRAZO QUE NUNCA OLVIDARÉ”

Iván Jaksic es profesor titular de historia de la Universidad de Notre Dame. Residente en Estados Unidos desde hace cerca de treinta años, se ha especializado en la historia de América Latina y Estados Unidos en el siglo XIX. Uno de sus libros más recientes, *Andrés Bello: la pasión del orden* (Editorial Universitaria, 2001), ha tenido una vasta difusión y recibió el premio “Pensamiento de América” del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. En estos momentos prepara un estudio sobre los hispanistas norteamericanos del siglo XIX.

M. R.: Iván, ¿en qué circunstancias vio a Simon por última vez?

I. J.: Fui expresamente a verlo a mediados de febrero de 2003. Dada la naturaleza de su enfermedad, le resultaba imposible comunicarse, pero entendía todo perfectamente bien. Alcancé a estar con él dos días, en los que pude contarle cosas de Chile y de nuestros respectivos amigos, ya que yo había estado allí precisamente en enero. Fueron momentos muy emocionantes, a solas, mientras él trataba de explicarme que sabía lo que le estaba pasando y cuán preparado se encontraba para enfrentar la muerte. Él era muy parco, pero cuando me fui nos dimos un abrazo de despedida que recordaré toda mi vida.

Simon Collier falleció el 20 de febrero de 2003, rodeado de sus amigos más cercanos y de su hermana Susan, quien también viajó a Chile para participar

en el Seminario. Sus últimos días fueron apacibles y los pasó escuchando sus tangos preferidos. Su hermana llevó sus cenizas a Trinity Hall, Universidad de Cambridge, como Collier lo quería.

PASIÓN POR CHILE

En un manuscrito inédito Simon Collier escribió que, parodiando a Violeta Parra, podía señalar “Gracias a Chile que me ha dado tanto”: Una pasión por la historia de Chile y también uno de sus amigos más entrañables, el inglés vecindado en La Serena, Richard Southern, a quien conoció durante sus primeras visitas a Chile en los años 60. Southern, un erudito y dilecto profesor, pasó sus últimos años en La Serena donde tradujo al inglés el libro de Mario Góngora *Studies in the Colonial History of Spanish America*, editado por Cambridge University Press en el año 1975. Un esfuerzo editorial muy importante que permitió que la obra de Góngora fuese conocida en el mundo anglosajón.

Con delicadeza, buenas maneras y la solidez de su trabajo historiográfico representado en libros, innumerables artículos y visitas periódicas a Chile, Collier supo acceder a lo más granado de la intelectualidad chilena entre los años 1960 y 2000. Tuvo, por ejemplo, una larga conversación con el ex Presidente Frei Montalva, “seguramente uno de los hombres más inteligentes del país”. Su casa en Essex o Cambridge siempre estuvo abierta para los chilenos... Y cada 21 de Mayo hacía una fiesta en Homenaje a las Glorias Navales en las que invitaba a toda la comunidad chilena residente en Cambridge y que “normalmente duraba hasta pasadas las 5 de la mañana”. Eran fiestas en que había empanadas, se tocaban discos de Violeta Parra y se conversaban algunas botellas, expresión de sociabilidad que le encantaba a Simon.

M. R.: Iván, Simon estaba pronto a jubilar y a lo mejor “armaba residencia en Chile”. ¿Le comentó algo de esos planes?

I. J.: Sí, lo hablamos en varias ocasiones. Pero él realmente amaba varios lugares del mundo, y comprensiblemente pensaba en su país natal. Sin embargo, Chile era efectivamente un lugar que estaba considerando seriamente, al menos para vivir por una parte de cada año.

EL OFICIO DE HISTORIADOR

M. R.: ¿Cuándo conoció los primeros borradores de Chile: La Construcción de la República. 1830-1865. Política e ideas (Ediciones de la PUC, 2005)?

I. J.: Con Simon hablamos al respecto de este proyecto por varios años, desde por lo menos 1995. Tenía muchos compromisos, y de pronto le caían obligaciones administrativas inesperadas. Pero no abandonó nunca la idea, hasta que finalmente tuvo un sabático en 2000. Empezó a trabajar en serio en octubre de ese año, y en marzo del 2001 me envió el borrador de su libro. Yo le contesté con mis comentarios apenas lo recibí, y tuve después oportunidad

de conversar más con él al respecto. Lo entregó a la editorial de Cambridge a mediados de 2001.

M. R.: Un trabajo que le llevó muchos años a Simon, pero que no era precisamente la continuación de sus Ideas y Política de la Independencia, escrito en los años 60 y que fue su tesis doctoral...

I. J.: Es muy cierto que no es una mera continuación. De hecho, creo que la clave está en el subtítulo: "Política e ideas", es decir, que en este nuevo libro quería enfatizar mucho más lo cotidiano de la vida política chilena, como lo pudo observar en el debate diario, tanto parlamentario como periodístico. Realmente le fascinaban la riqueza y el humor de la política chilena del momento. Su último libro es en verdad un homenaje al lenguaje y las prácticas políticas de la época.

M. R.: Chile: La Construcción de la República es un libro que felizmente alcanzó a ver publicado en inglés...

I. J.: En realidad, alcanzó solamente a corregirlo antes de entregarlo a la imprenta. En una de sus últimas cartas me dice con alegría que ha entregado la copia final. Pero no alcanzó a verlo impreso, puesto que no apareció hasta después de varios meses de su fallecimiento. Algunos detalles que quedaron pendientes los comentamos con el editor, así como las gestiones para la traducción.

M. R.: ¿Cómo ha sido recibida la obra en Estados Unidos?

I. J.: Muy bien. Han salido varias reseñas muy elogiosas y ya se utiliza como texto en los cursos universitarios. Pero yo creo que su público estaba realmente en Chile. Es allí donde quería tener el juicio principal.

ACERCA DE LA TRADUCCIÓN

M. R.: ¿Qué alcances puede hacer acerca de la traducción al español?

I. J.: La traducción de Fernando Purcell es realmente notable, puesto que no sólo está hecha en una prosa impecable, sino que, además, logra transmitir un rasgo que era muy personal de Simon: frases llenas de contenido, refiriéndose a veces a muchas ideas y autores, con un dejo de humor e ironía. Parte del humor tenía que ver con juegos lingüísticos muy propios del inglés, y traspasarlos al castellano no es fácil. Pero Fernando Purcell lo logró. Yo creo que merece toda nuestra admiración.

M. R.: Iván, ¿en qué escuela historiográfica se puede distinguir a Simon?

I. J.: Nunca quiso ser encasillado en una escuela particular. Su colaboración con académicos de orientaciones tan diversas como William Sater, Thomas Skidmore, John Mayo y María Susana Azzi demuestra que eran los temas los que le interesaban y no una perspectiva única o particular. De todas maneras, podemos vislumbrar lo que pensaba del oficio cuando, citando a Pierre Bayle, precisó que requiere muchos excelentes materiales y el arte de arreglarlos bien y yo creo que ese era precisamente su lema. Hasta la fecha me asombra la cantidad de datos que manejaba, pero esto no valdría gran cosa sin su capacidad para definir un período, un problema historiográfico, y contar una buena historia, para nada exenta de humor y con una prosa muy elegante.

M. R.: ¿Considera que Chile: La Construcción de la República es su obra fundamental?

I. J.: Sí y no. Sus intereses eran muy variados para decir que sí incondicionalmente. Yo creo que en lo que respecta a la historia de Chile, sí, puesto que este último libro es la expresión más elaborada de su pensamiento sobre la tradición política del país. Pero la música era algo muy importante en su vida. Si bien lo manifestó concretamente en su amor por el tango, era un hombre realmente apasionado por la música clásica. Eran muchos los temas que le apasionaban como para decir definitivamente cuál es su obra principal. Depende del contexto.

LA TESIS...

M. R.: Sucintamente, ¿cuál es la tesis de Chile: La Construcción de la República...?

I. J.: Que la tradición política chilena se forja precisamente en aquellos años de 1830-1860. Es decir, una política con mucho debate y con gran capacidad de alianzas que trascienden lo puramente ideológico. Supera de una vez por todas la noción de una "república autocrática" al demostrar cómo se van equilibrando las fuerzas políticas y cómo el consenso va más y más hacia posiciones liberales.

M. R.: En él uno puede encontrar una valoración distinta del gobierno de José Joaquín Pérez.

I. J.: Efectivamente. Siempre se ha mirado a Pérez como un Presidente meramente transicional. Collier revela cómo logró navegar las corrientes políticas más dispares luego de un período muy conflictivo que desemboca en la guerra civil de 1859. El autoritarismo de Montt llevaba al país a un callejón sin salida, y Pérez supo cómo cambiar el rumbo.

M. R.: ¿Le parece válido el paralelo que hace Collier entre los procesos de transición en 1860 y 1990?

I. J.: Collier sería el primero en no exagerar los paralelos, pero el consenso logrado en ambas ocasiones, inspirado por el deseo de dejar atrás una experiencia autoritaria, es muy similar. Como historiador sabía que hay quiebres muy importantes en la historia de Chile (como el de 1973), pero también entendía que hay continuidades que son propias de la tradición política establecida en este país, y a la que Chile vuelve con la elección del Presidente Aylwin. Esta es una visión bastante optimista, por lo demás, en el sentido de que si bien hay conflicto en la historia de Chile, también hay un afán por lograr acuerdos y conducir al país por una vía pacífica.

EL ÚLTIMO VIAJE

M. R.: En lo personal, ¿qué significó para usted la muerte de Simon?

I. J.: Una pérdida irreparable. Simon era un excelente corresponsal, de modo que tengo cientos de sus cartas, que respondían inmediatamente a las

mías. Ya quisiera abrir mi buzón y encontrar esas cartas a las que me había acostumbrado en el espacio de quince años de amistad. Leíamos nuestros manuscritos y compartíamos ideas sobre historia. Pero, además, compartíamos un gusto por la poesía, de la que pocos saben que Simon tenía un conocimiento asombroso. Nos visitábamos con frecuencia y compartíamos largas caminatas y conversaciones que echo tremendamente de menos. Simon era un hombre muy fino, muy serio en cuanto a los deberes de la amistad, pero con una gran capacidad afectiva.

M. R.: ¿No ha pensado en escribir su biografía?

I. J.: Aunque creo que un hombre con su experiencia y trayectoria la merece, es importante que haya primero un trabajo previo, como el que realizamos esta semana en el simposio en el que evaluamos su obra. Yo creo que sólo a largo plazo lograremos entender la naturaleza y magnitud de su aporte historiográfico. Allí se verá.

Simon Collier visitó Chile por última vez en mayo de 2002. Estaba invitado como profesor en el Programa de Doctorado de la PUC. En esa ocasión nos comentó que pensaba escribir sobre el periodo 1932-1964. La última etapa del viejo Chile. La época antes del diluvio, es decir, los difíciles años de Frei, Allende y Pinochet.

En esa ocasión residió en el Hotel Orly, en pleno centro de Providencia, donde lo pasé a buscar el 21 de mayo de ese año. Un Collier cordial compartió una larga conversación con su eventual interlocutor. Una o dos cervezas he-ladas matizaron esa conversación. Collier era como siempre: un conversador incansable y muy ameno.

“Estoy invitado a Valparaíso. Una ciudad que me encanta y en la que me gustaría vivir parte del año”, me dijo mientras se alejaba por Avenida Providencia. Sería nuestro último encuentro. Lo echamos de menos. Es, como precisó Jaksic, “una pérdida irreparable”.

Arturo Gutiérrez Plaza**

Quizás resulte ocioso advertir que una nota introductoria a una larga y placentera conversación con Armando Romero no puede ni debe ser ajena a la naturaleza de su propia concepción de la escritura, de la literatura y de la vida. Esto es, no debe dejar de tener presente a la imaginación lúdica, anclada en lo real, como sustrato de la experiencia con lo verbal. No puede desentenderse de una noción de la realidad como imprevista y sorprendente suerte de combinatorias (debidas o no –y verbales o no–) que fundan el ser. No ha de olvidar la condición viajera, algo vagabunda y errante de toda escritura que quiera ser fiel a la cartografía anímica del escritor. En suma, no basta dar noticias de una ficha biobibliográfica en los siguientes términos: (Cali, 1944) Poeta, narrador y ensayista¹. De lo que se trata es de una obra que ha ido creciendo de manera

* Armando Romero (Cali, Colombia, 1944). Perteneció al grupo inicial del nadaísmo en Cali. Máster y doctor en literatura latinoamericana de la Universidad de Pittsburgh, Estados Unidos. Viajó y residió en varios países de América, Europa y Asia, entre ellos México y Venezuela. En este país fue promotor cultural, editó libros, hizo cine. En Grecia escribió su primera novela, *Un día entre las cruces* (1993), y el libro de poemas *Cuatro Líneas* (2002). Traductor e investigador, ha sido recientemente distinguido con el título de Charles Phelps Taft, profesor de la Universidad de Cincinnati, donde es profesor de literatura latinoamericana. Libros de poesía: *Los móviles del sueño* (1976); *El poeta de vidrio* (Caracas, 1976); *Del aire a la mano* (Bogotá, 1983); *Las combinaciones debidas* (Buenos Aires, 1989) y *A rienda suelta* (Buenos Aires, 1991), *Hagion Oros-El Monte santo* (Caracas, 2001) y *Cuatro Líneas* (México, 2002), *A vista del tiempo* (Medellín, 2005). Sus libros de ensayos: *Las palabras están en situación* (Bogotá, 1985); *El Nadaísmo o la búsqueda de una vanguardia* (Bogotá, 1988); *Gente de pluma* (Madrid, 1989). Los de cuentos: *El demonio y su mano* (Caracas, 1975); *La casa de los vespertilios* (Caracas, 1982); *La esquina del movimiento* (Caracas, 1992); *Una mariposa en la escalera* –selección de los libros publicados– (Cali, 1993); *Lenguas de juego* (Caracas, 1997); *La raíz de las bestias* (Medellín, 2003) y las novelas *Un día entre las cruces* (Bogotá, 1993); *La piel por la piel* (Caracas, 1997) y *La rueda de Chicago* (Bogotá, 2004).

Su obra ha sido traducida al inglés, francés, portugués, griego, italiano, alemán y árabe.

** Arturo Gutiérrez Plaza, Caracas, 1962. Poeta y ensayista. Magíster en Literatura Latinoamericana Contemporánea por la Universidad Simón Bolívar (Venezuela). Fue Director General del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG), entre 1995 y enero de 2000. Actualmente es Director de Extensión Universitaria y profesor del Departamento de Lengua y Literatura en la Universidad Simón Bolívar. Trabajos suyos han aparecido en diversas revistas venezolanas y extranjeras. En 1997 participó en el Programa Internacional de Escritores de la Universidad de Iowa (EE.UU.). Entre sus libros destacan: *Al margen de la hojas* (MonteAvila, 1991), finalista en el Premio Internacional de Poesía Juan Antonio Pérez Bonalde, en 1993. En 1995 obtuvo el Premio de la III Bienal Mariano Picón Salas con el libro *Propósito común*. En 1999 recibió el Premio Hispanoamericano de Poesía Sor Juana Inés de la Cruz, con el libro *Principios de Contabilidad* (México: CONACULTA, 2000).

¹ Asimismo, es profesor de literatura latinoamericana en la Universidad de Cincinnati. Entre sus libros se cuentan: Poesía: *Los móviles del sueño* (1976), *El poeta de vidrio* (1976), *Del aire a la mano* (1983), *Las combinaciones debidas* (1989), *A rienda suelta* (1991) *Hagion Oros-El Monte santo* (2001), *Cuatro Líneas* (2002). Cuentos: *El demonio y su mano* (1975), *La casa de los vespertilios* (1982), *La esquina del movimiento* (1992), *Una mariposa en la escalera* –selección de los libros publicados– (1993), *Lenguas de juego* (1997), *La raíz de las bestias* (2002). Novela: *Un día entre las cruces* (1993), *La piel por la piel*

paciente y paulatina, hasta alcanzar una solvente y singular madurez, que ya empieza a tener eco en el ámbito de otras lenguas y en diversas geografías. Pero, además, junto a todo ello se hace necesario dejar constancia de otro asunto, en mi caso ineludible: el afecto. Pues, por qué no decirlo, allí reposa también la posible vitalidad del diálogo franco, curioso e intuitivo que poco a poco se fue armando entre Armando y yo.

Me valdré del azar o mejor aún del bienintencionado capricho para acercarme a algún punto de encuentro. Fue en julio de 1997 que lo conocí. Aprovechando su estancia en Caracas para la presentación de su novela *La piel por la piel*, organizamos en el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG) un recital de poesía, acompañado de música y fotografías, con los poemas pertenecientes al libro *Hagion Oros (El monte santo)*. Pocos meses después nos volvimos a ver en Cincinnati. En esta ocasión fue él quien me invitó a leer poemas en las cercanías del río Ohio, aprovechando mi participación como becario en el International Writing Program de la Universidad de Iowa. Ya para entonces había empezado a adentrarme en su obra, así como a conocer algunos trazos de su vida. En este punto acudiré al mismo expediente utilizado por él en su texto titulado "El cuento que no vendrá". Es decir, echaré un cuento para explicar un cuento de modo que el nuevo cuento echado y escrito sea un nuevo palimpsesto que nos permita leer y comprender de modo más cabal el texto original. Sólo que en este caso el cuento no es de Armando Romero ni mío, sino de Roberto Bolaño y se llama "Discurso de Caracas"². Texto (¿discurso, cuento, crónica?) que leyó el 2 de agosto de 1999 al recibir el Premio Internacional de novela Rómulo Gallegos, por su libro *Los detectives salvajes*.

Como no son pocas las coincidencias que hallo entre lo dicho por Bolaño y lo que veo en la vida y obra de Armando Romero, apuntaré mis comentarios. Vale recordar que la novela *Los detectives salvajes* es "la transcripción, más o menos fiel, de un segmento de la vida del poeta mexicano Mario Santiago"³, así como el reflejo de "una cierta derrota generacional y también la felicidad de una generación"⁴. Sin duda esto es así, pero es algo más. Ese trozo de la vida del poeta Mario Santiago es también una metáfora de la vida del mismo Bolaño, poeta y narrador errante cuya existencia y escritura fueron siempre consecuencia de la creencia de que ambas eran "un oficio peligroso", pero también una búsqueda insaciable detectivesca y salvaje. Es así como el Bolaño chileno, mexicano o español, cultor del "real visceralismo" se me emparenta con el Romero trashumante que a los 23 años, necesitado de "romper ciertas ataduras" con el Nadaísmo y "armado de unos cuantos poemas y de tanto dinero

(1997), *La rueda de Chicago* (2004). Crítica literaria: *Las palabras están en situación* (1985), *El Nadaísmo o la búsqueda de una vanguardia* (1988), *Gente de pluma* (1989).

² Roberto Bolaño. "Discurso de Caracas", *Actualidades (Celarg)*, 10 (Caracas, octubre 1999) 29-37.

³ Roberto Bolaño. "Acercas de los detectives salvajes", *Actualidades (Celarg)*, 10 (Caracas, octubre 1999) 16.

⁴ *Ibidem*.

como para llegar a la frontera”, se fue “a Ecuador y por allí a Perú y luego a Chile, en un viaje que duró cerca de un año”. Según nos dice:

Eran tiempos de la ‘sinrazón ardiente’. Todos éramos ‘locos, geniales y peligrosos’. Algunos de mis poemas en *A rienda suelta* y *Las combinaciones debidas* tratan de capturar imágenes y momentos de este viaje. Fue un viaje formidable que me llevó desde descubrir el cochayuyo en Chile o el pisco en Perú o los llapingachos de Ecuador, hasta encontrarme una noche tomando vino en el Hotel Crillón de Santiago con Pablo Neruda o preso en Trujillo, Perú, por asociarme con los poetas de la ciudad. Ese viaje realmente marcó mi vida y abrió el camino para que luego me fuera a Venezuela y después deambulara por toda América, desde México a Buenos Aires, pasando por Chicago, como creo que debe ser⁵.

Pero volvamos al texto de Bolaño, al llamado “Discurso de Caracas”, texto construido, como muchos de Romero, bajo los principios de la patafísica de Alfred Jarry. Pero las coincidencias no se detienen aquí. La historia de Bolaño señala otra extraña o imaginaria re(ve)lación. Bolaño inicia su “discurso” afirmando: “Siempre tuve un problema con Venezuela”. Luego aclara que se trata de un problema infantil, de “índole verbal y geográfico”, fruto de su “educación desordenada” o de “una especie de dislexia no diagnosticada”. Nos cuenta que de pequeño jugaba fútbol y usaba el número 11 (el de Pelé y el de Zagalo en el mundial de Suecia). Pero el problema no estaba allí, el asunto era que chuteaba con la izquierda, pero escribía con la derecha. Así nos dice:

“Con el tiempo, por supuesto, aprendí a tener una referencia cada vez que me preguntaban o me informaban de una calle que estaba a la derecha o a la izquierda, y esa referencia no fue la mano con la que escribo, sino el pie con el que le pego a la pelota. Y con Venezuela tuve, más o menos por las mismas fechas, es decir hasta ayer mismo, un problema similar. El problema era su capital. Para mí lo lógico era que la capital de Venezuela fuera Bogotá. Y la capital de Colombia, Caracas. ¿Por qué? Pues por una lógica verbal o una lógica de las letras. La uve o ve baja del nombre Venezuela es similar, por no decir familiar, a la b de Bogotá. Y la ce de Colombia es prima hermana de la ce de Caracas. Esto parece intrascendente, y probablemente lo sea, pero para mí se constituyó en un problema de primer orden, llegando en cierta ocasión, en México, durante una conferencia sobre poetas urbanos de Colombia (acompañado por Mario Santiago), a hablar de la potencia de los poetas de Caracas, y la gente, gente tan amable y educada como ustedes, se quedó callada a la espera de que tras la digresión sobre los poetas caraqueños pasara a hablar de los poetas bogotanos, pero lo que yo hice fue

⁵ Entrevista realizada por Rafael Courtesieu para *Literate World*: www.literateworld.com/spanish/2002/portada/jul/w01/ArmandoRomero.html

seguir hablando de los poetas caraqueños, de su estética de la destrucción, e incluso los comparé con los futuristas italianos”.

Lo que no sabemos es si Bolaño habló de los nadaístas colombianos o de los “balleneros” del “techo de la ballena” venezolanos o de otros poetas. Lo que sí sospechamos es que idéntica dislexia o curiosa confusión puede haber sufrido o todavía sufrir Armando Romero, quien ha visto desde siempre a Colombia en Venezuela y lo contrario⁶. Pero ya que en el caso de Armando la causa no es el fútbol aventurémonos a pensar que todo se debe, más bien, a la profusa suma de afectos compartidos. Testimonio de ello es la cercanía espiritual y estética que ha tenido con poetas venezolanos como Juan Calzadilla o Juan Sánchez, por mencionar sólo a dos de los muchos que se han sentido siempre próximos a él y a Colombia. De modo que, como breve introducción al diálogo fronterizo entre poetas y países hermanos, no resta más que decir que en el caso de Armando la confusión se ha visto agravada, pues su empecinamiento con la ce lo vemos también cuando nos explica su cuento “Versión completa y verídica de la historia de la cacería del Gigante por Croar, Croir, Crouer”, cuyo origen estuvo también regido por el azar fortuito de Bretón, según él mismo lo expresa en el aludido texto “El cuento que no vendrá”:

“Entonces se me vino a la cabeza la palabra ‘croar’. Pero no pensaba en ranas o sapos, sino que lo que me asaltaba era sólo el sonido, eso que tal vez me faltaba de la realidad afuera. Y entonces la palabra ‘croar’, que es muy traviesa, nomás déjala un rato en la boca y ya verás lo que te pasa, trajo enseguida como compañeras a las palabras ‘croir’, ‘crouer’, y de pronto, la habitación estuvo llena de ruidos; es decir, que los muchachos de la calle en bicicleta se metieron por las paredes y empezaron a tratar de capturar al gigante solitario que, como dice el cuento, ‘viene apagando los fuegos de todo el planeta y chupando con sus dientes golosos las plumas de aves y almohadas, que corta las plantas y seca los cactus””.

Como vemos, no es un caso fácil de entender ni explicar. Quizás sea esta una de las obsesiones que persiguen a los poetas, abrumados por la realidad incontestable de las palabras y sus sonidos, las cuales marcan sus rutas y sus destinos. La suerte de su escritura y sus entrañables geografías. Por ahora, tenemos constancia de que tal empecinamiento no ha cesado, al insistir en vivir en la ce de ciudades como Cali, Caracas o Cincinnati. En todo caso, desde aquí y desde allá, hay otro texto que se ha venido tejiendo como resultado de un diálogo entrañable y cordial –“digital” como ha adjetivado alguno de sus poemas– a propósito de otro cuento: la obra poética de Armando Romero.

⁶ Quizás ello explique por qué Armando Romero coordinó los números 128-129 y 166-167 de la *Revista Iberoamericana*, dedicados a la literatura colombiana y venezolana, respectivamente.

A.G.P.: *¿Coincides con la apreciación de Álvaro Mutis de que tus poemas son textos "escritos sólo para poetas?" ¿Por qué? ¿En qué sentido?*

A.R.: Siempre he pensado que el lector de poesía es realmente un poeta, de otra manera no puede existir ese intercambio vital que es la factura del poema y su lectura, ese darle vida de que hablaba Borges. Ahora bien, podría ser un poco más literal con lo que dice Mutis y responderte que sí, que en verdad yo veo que la factura de esos poemas buscaba un diálogo con almas afines en cuanto a escritura, a letra y palabra. Tienes que tener en cuenta que cuando Mutis dice esto se está refiriendo a mis poemas de *El poeta de vidrio*, exclusivamente. Y esos son poemas en que yo veo una serie de proposiciones poéticas que sólo pueden ser entendidas pasando de uno a otro poema y estableciendo una solución de continuidad entre ellos. Yo veo esos poemas como objetos animados que conforman un zoológico muy particular, cada uno de ellos alimentándose a su manera. Su lectura entonces llama a un lector muy especial, que tiene que tener un pie metido de lleno en poesía, o por lo menos así lo veía Mutis. Te digo que esta opinión también la compartía Juan Sánchez Peláez, para quien este libro en especial era lo que más le gustaba de mi poesía.

A.G.P.: *¿A qué responde el orden de los poemas en tus libros? ¿Ves en cada uno de ellos un sentido de unidad o los concibes más bien como colecciones de poemas independientes, escritos en un determinado período?*

A.R.: Mi primer libro de poemas escrito es *El poeta de vidrio*, que se gestó más o menos entre los años 1961 y 1972, cuando escribo el último poema en México. La verdad es que no es un libro pensado orgánicamente, sino una serie de poemas que se fueron desprendiendo de varios libros a medida que desaparecían; uno de estos se llamaba *22 revoluciones por minuto*, recuerdo. Por eso los intentos o las diversas posiciones poéticas que presenta. Mutis ve en ellos una coordinada narrativa, y eso es cierto. Para mí la narración y la poesía, hablando de su forma en versos, siempre han estado muy ligadas. Así, *El poeta de vidrio* es el resumen de varios libros, que van de la experimentación metafórica cercana al surrealismo hasta el coloquialismo típico de los sesenta, que indudablemente tiene su origen en un autor que para mí siempre fue fundamental, Blaise Cendrars. Muy joven traduje del inglés "Prosa del Transiberiano", y más tarde leí en español *El hombre fulminado*, *La mano cortada*, y en francés *Mouravagine* y los *Poemas elásticos*. Era una época de muchas lecturas y de gran avidez cultural para mí esa de los años sesenta, cuando formé parte del Nadaísmo.

A.G.P.: *Como seguramente en cada libro la respuesta difiere, aprovecho para preguntarte por la historia íntima de cada uno de ellos.*

A.R.: *Los móviles del sueño* es mi segundo libro de poemas. Lo escribí en los años que pasé en Mérida, allá en Venezuela. En este libro percibo una mayor unidad, un deseo de buscar una fuente originaria, una luz que ilumine al poema. Fueron años muy bellos para mí, aunque de una pobreza extrema. El libro se fue haciendo al paso de los días, entre ríos, valles y montañas, pero nunca terminé con todo el proyecto que tenía en mente. Es un libro que nunca terminé. Es mi primer libro publicado, porque gané el premio estatal de poesía y editaron

esa edición sencilla, simple, que tú conoces. Años después apareció *El poeta de vidrio*, que en verdad es mi primer libro escrito.

Las combinaciones debidas y *A rienda suelta* son dos libros unidos por un cordón umbilical, porque en ellos prima el poema en prosa, y porque fueron escritos ya en Cincinnati, hacia finales de los años 80 y principio de los noventa. Dos temas los marcan: la memoria y los viajes. En Grecia, en el año 91, escribí *Cuatro líneas*, que consiste en cuarenta poemas en cuartetos, a la manera griega. En ellos prima el amor erótico. Fue un libro que escribí en la que creo es la condición ideal para un poeta, en una isla griega llamada Ikaría, en el Egeo. Allí he pasado largas temporadas escribiendo, viviendo.

Hagion Oros-El Monte Santo surgió de la necesidad de ver de nuevo, gracias a las palabras, esa realidad tan fugaz, vertiginosa e impactante, que fue mi viaje por el Monte Athos, la república ortodoxa griega. Es un libro cuya unidad está dada por el tema religioso. También porque recoge ese viaje a la Edad Media que es visitar estos monasterios.

En resumen, creo que con excepción de *El poeta de vidrio*, todos mis otros libros responden a una escritura más uniforme, aunque de uno a otro haya saltos y búsquedas que los particularizan. Creo que soy una persona de muchas búsquedas, con una necesidad de ver en la palabra siempre tierra desconocida.

A.G.P.: Leyendo el conjunto de tu obra poética consigo tres motivos recurrentes, que se me antojan como posibles coordenadas de tu poética. Comenzaré por el primero: la imagen del monje, la cual aparece por primera vez en el poema "Las dos palabras", perteneciente a El poeta de vidrio, tal como lo explicas en la introducción de Hagion Oros. Pero que de acuerdo a la fortuna que ha regido el orden de publicación de tus libros, la cual impuso que Los móviles del sueño apareciera antes que El poeta de vidrio, halla su primera aparición pública en un breve y hermoso poema de Los móviles del sueño, titulado "Aenigma": "En el pastel de adobe/ Del templo celular y espeso/ Una cigarra dibujó con su canto/ Sobre la pared más sensible/Un siempreinforme dibujo/Que los monjes/Iratan de interpretar". ¿Qué me podrías decir de este personaje tan entrañable de tu universo poético?

A.R.: Sí, es algo extraño en mí, cuya razón no puedo explicar lógicamente. Es como si en una u otras vidas anteriores yo hubiera sido un monje. Esa fascinación por la vida monacal me viene desde pequeño, y no sólo ha salido en mis poemas, sino también en varios de mis cuentos. Hay en ello como una necesidad de desprendimiento, pero también está ligado esto a una idea de libertinaje secreto, de vida dentro del laberinto. Creo que todos obramos en la escritura por obsesiones, por compromisos con los dioses oscuros que nos habitan o visitan. Yo me siento una persona bastante religiosa, aunque no practico ninguna religión especial. Del catolicismo me gusta la liturgia antigua, lo cual me deja de lleno en la iglesia ortodoxa. Pero también me entusiasma la vida monacal zen budista o simplemente budista. Cuando estuve en China tuve la oportunidad de visitar monasterios taoístas. Fue una experiencia única. Me quedaba horas y horas observando una ceremonia bien incomprensible, pero cargada de significados ocultos que no me importaba descifrar. Lo mismo oyendo las

oraciones y cantos en los monasterios del Monte Athos. Es algo en la forma, en el ritual. Tal vez ese poema que tú citas lo dice todo.

A.G.P.: Los otros dos motivos que estimo consustanciales a tu noción del poeta son: el del viajero y el del sueño. La errancia, el vagabundear, el explorar las diferentes geografías físicas y espirituales en que has habitado, me parecen un signo muy propio de tu indagatoria poética.

A.R.: Esa idea del viaje está sembrada en mí desde muy pequeño. Siempre hubo dos cosas que traté de conciliar, de hacer concluyentes: el viaje y la escritura. Creo que son dos formas de una misma realidad significante. El viaje, el desplazamiento físico por la geografía, es una forma de escritura corporal que busca descifrar, al mismo tiempo que componer, un signo que nos pertenece, algo único. Esta idea la han manejado bien los antiguos viajeros, y en nuestra época moderna la resuelve Borges con gran elegancia. El viaje está ligado a la curiosidad, a la necesidad de ver lo que se transparenta detrás y delante de una realidad desconocida. Los indios de Mesoamérica hablaban de la dualidad, de lo que vuela y lo que se arrastra, y también hacían un dios con la idea dual de lo que está junto a nosotros y lo lejano. Esta concepción dual de lo que informa nuestro ser como parte de lo sagrado creo que se refleja bien en la figura del viajero. Nuestro querido y siempre presente poeta Juan Sánchez Peláez hablaba de “lo huidizo y lo permanente”. Viene a ser la misma idea proyectada en un lenguaje que nos es más cercano. Recuerda que el mismo Descartes, tan racional y estático, decía que sólo el viaje, el conocer tierras y gentes, podía darle al hombre el conocimiento. Pero esto no quiere decir la felicidad, me entiendes. Porque el viajar puede ser una forma del gozo, del placer, pero no es sinónimo de felicidad. La felicidad, a mi juicio, está más cerca de lo que niega el viaje, de la permanencia. El hombre feliz, o al menos esa idea que tenemos de lo que es ser feliz, es más bien estático.

Ahora bien, la escritura, ese viaje por la página en blanco, es también otra forma del ir. Para mí el ejemplo más claro de este viajero inmóvil es José Lezama Lima, el “peregrino inmóvil”, como él quería llamarse. Es por eso que, como te dije antes, para mí la escritura, llámese prosa o poesía, es un continuo viaje no sólo por la página, por ese abrirle surcos con la pluma, sino por las palabras mismas, que en su ordenación, e incluso en su desorden, forman islas, archipiélagos, continentes, suben al cielo como volcanes o se extienden como mares, fluyen como ríos o se estancan como lagos. La palabra nos permite construir un paisaje que no por imaginario deja de ser real, y gracias a su doble carácter de sonido y sentido, nos permite vivirlo intensamente, aprehenderlo con nuestros sentidos. Entonces el texto, que depende íntimamente de lo temporal, de la sucesión, deviene espacio, terra incognita, locus amenus. Y allí está el gozo, el placer, como lo entendía bien Roland Barthes.

A.G.P.: En lo que se refiere al sueño, es evidente el peso del mundo onírico en tu obra, la necesidad de envolver de ensoñaciones toda percepción de la realidad; de soñar siempre, dormido o despierto. Yo diría que en tu caso el poema se construye como resultado de una visión de estirpe fantástica, onírica o absurda, a veces también maldita (allí están

Lautremont y Rimbaud). No se trata de revelaciones, sino de visiones y (re)visiones. No se trata de crear, inventar o descifrar la realidad, sino de vivir en ella desde la permanente ensoñación. ¿Coincides con estas apreciaciones?

A.R.: Sí. Cómo negar el sueño, tan presente en toda la poesía desde siempre, y más desde que nos hicimos románticos por naturaleza. Sí, pero no es sólo la transposición del sueño como base de la escritura, es decir, el hacer del poema o la prosa un receptáculo de esas aventuras que recorremos, habitamos por las noches. Es más bien la creación del sueño en la vigilia, el obedecer más que a sus imágenes, a la ordenación de sus símbolos, de sus formas metafóricas. Entonces la idea es crear el sueño, pero al crear el sueño no sólo creamos lo fantástico, lo absurdo, si se puede llamar así a lo que no nos presenta un orden racional, sino crear también lo real, lo que apreciamos con los ojos abiertos, y que también depende del sueño en sus formas propias. Se presentan entonces dos posibilidades en el existir, una es la que tú señalas: vivir lo real a través de las coordenadas del sueño, lo cual crea un mundo ilusorio, mágico, donde podrían aposentarse lo extraño, los otros lados del espejo, piel y carne de los laberintos, del orden dentro del desorden. Y eso yo lo veo en algunos de mis cuentos, así como en algunos de mis poemas. Pero también está la otra posibilidad, la que a partir de lo real crea el sueño, es decir, la que hace de la literatura una máquina que produce realidades oníricas, ya sean éstas fantásticas o reales. ¿Recuerdas las novelas de Raymond Roussel? Y es en este juego de la realidad y lo onírico donde encontramos a veces el ángulo de lo maldito, que yo preferiría llamar lo oscuro, lo que se escapa y se interna en lo desconocido, lo que nos tienta a romper con los moldes de la sociedad, y a veces de nuestra propia humanidad. Como bien sabes, este es un viaje muy peligroso. Yo lo sé de cierto.

A.G.P.: *“Dicen que en los Cielos el asombro ha remplazado la cordura”, así concluye el poema titulado “Poemita dedicado con cariño a la memoria del señor Isidore Ducasse (Q.E.P.D.)”. ¿No ves allí una suerte de poética, de desiderátum, que parte de la desacralización y del juego irónico para descubrir —en el sentido de despojar de cubrimientos— la realidad y contemplar el asombro?*

A.R.: Fíjate que es interesante que el verbo asombrar tenga dos acepciones: la conocida de maravillarse, provocar sorpresa, y la de poner sombra sobre una cosa, cubrirla con una sombra. A mí me interesan mucho estas palabras bicéfalas, no sé cuál sea la razón, a menos que tenga que ver con el hecho estelar de que nací bajo la constelación de Acuario, que no sólo tiene que ver con agua, sino con el dios romano Jano, el que cuidaba las puertas del cielo y de la tierra, y tenía dos caras. Entonces tú tienes razón, una poética del asombro está muy cerca de lo que busco, del ir a ver lo que está debajo de las sombras de la realidad. Pero mis textos son viajes por ese mundo de sombras, así que ellas están presentes muchas veces en el mismo lenguaje. Tal vez por eso la idea de que el asombro reemplace la cordura pero el asombro no es la locura, ni la cordura es la razón. En este sentido yo veo más la cordura como la palabra que designa lo establecido por la norma, por las leyes de la comunidad, de la sociedad. El hombre cuerdo es el que está de ese lado de las apariencias, el que se mimetiza con lo formal. Y

el asombro es descubrimiento, ir más allá de útero materno, nacer. No tenemos una memoria clara de ello, pero esa palabra de seguro define exactamente la situación en que estamos al momento de nacer. Es la reacción primigenia. Y aquí podemos volver al tema del viaje, cuando el viaje es descubrimiento. A todos nos pasa eso. Recuerdo que cuando vi Venecia por primera vez sentí que, a pesar de todos los cuadros renacentistas, de todas las películas, de todas las fotografías, algo se me descubría mayor en este paisaje de duermeyela. Era el asombro. Sin embargo, no todas las veces pasa, e incluso puede suceder lo contrario. Una vez en la China tuve la sensación, en una carretera, de que ya había estado allí, de que todo me era conocido desde un atrás no preciso. Siento entonces que el asombro necesita esa otra cara, la cara del reconocimiento, así como un poema bueno, extraño y único, que nos golpea para siempre, viene acompañado de otros poemas bien predecibles.

A.G.P.: Me parece que otra condición que asocias en tu poesía a la imagen del poeta es la del dolor y la dificultad para habitar en esos espacios normados, cartesianos de los que hablas. Es decir, para comportarse de acuerdo a las reglas de juego de la sociedad. El mismo Mutis, en el prólogo de Poeta de vidrio habla de los poetas como “condenados”, seres que para sobrevivir a las imposiciones sociales “aceptan la penosa carga de este mimetismo humillante”. En tal sentido, resulta especialmente elocuente el poema “El árbol digital”:

Era un hombre al que le habían enterrado su mano
[derecha

Pasaba sus días metido en una pieza vacía
Donde se sentaba
Los pies contra el ángulo superior de la ventana
Y su mano izquierda sosteniendo un ojo de buey
Por el cual los rinocerontes
Ensartaban su cuerno
Y hacían brillar su corteza metálica

Le había dado por ser poeta
Y se pasaba todo el tiempo hablando de la guerra
De tal manera
Que había descuidado su mano derecha
Esta creció lenta y furiosamente
Y sin que él se diera cuenta
Atravesó el mundo de lado a lado

Cuando los niños de la parte norte de Sumatra
Vieron aparecer un árbol sin hojas y sin frutos
Corrieron espantados a llamar a sus padres
Estos vinieron con sus gruesas espadas
Y cortaron el árbol de raíz
Un líquido blanco lechoso salió de la corteza
[tronchada

Desde ese entonces

El hombre como un poeta

Siente un dolor terrible

Agudo

En un sitio del cuerpo que no puede determinar.

¿Tiene esa mano cortada algo que ver con La mano cortada de Blaise Cendrars? Por cierto, el caso de este poema de El poeta de vidrio se corresponde con lo que decías anteriormente cuando afirmabas que los textos de ese libro son poemas en los que ves “una serie de proposiciones poéticas que sólo pueden ser entendidas pasando de uno a otro poema y estableciendo una solución de continuidad entre ellos (...) objetos animados que conforman un zoológico muy particular”. Esto se evidencia al leer en el poema “Carta a E.L.: Monje querido/ puedes pasar a estrechar esa mano que se me salió por Sumatra/ una vez que ya se me olvida en el tiempo”. Pedro Lastra, al hacer referencia a esta característica en la poesía de Eugenio Montejo, la llamada “intertextualidad refleja”.

A.R.: Yo no creo que haya algo más cierto que lo que dice Álvaro Mutis con relación al poeta, a su destino de condenado, a pesar de que esta idea tenga su alta carga romántica, como quiere la crítica. Tú bien lo sabes, poeta como eres, que el ejercicio vital de la poesía requiere de una entrega que va más allá de los límites que la sociedad establece para los seres comunes y corrientes; que la necesidad de transportar el mundo interno y externo a la geografía de las palabras altera todos los mecanismos que nos ayudan a vivir y sobrevivir a diario, dejándonos con la piel al desnudo, transparentes, fácilmente vulnerables por los avatares de la existencia, si así lo puedo decir, ¿me entiendes? Pero hoy en día hay dos clases de poetas, ya que gracias a la moda postmodernista una onda de superficialidad, de cinismo ignorante, se ha convertido en fuente de inspiración para algunos que se dicen poetas, y que de una u otra manera devienen poetas para una sociedad que los acepta sin reparos, ya que ellos no le presentan ningún obstáculo vital o gramatical. Estos poetas, acá en Estados Unidos, caen como peste en los cafés nocturnos, aprovechando este escenario para eyacular rimas rimbombantes como parodias ridículas de los juglares o del poeta cantor. Pero subsiste el otro poeta, el que busca tocar fondo allá donde se corren extremos peligros. Este poeta que carga la tradición, que no se pliega a la sonoridad vacua de estos tiempos, recibe el peso inmenso de una sociedad cada vez más inhóspita para las cosas del espíritu. En nuestra América el problema es la falta de conocimiento del oficio de muchos poetas, y por eso su capacidad para transitar por los mismos caminos ya construidos por otros poetas. Es más allá de la necesidad de escribir, como aconsejaba Rilke, la necesidad de publicar, de poner la cara sobre el periódico, sobre la noticia al día, lo que pervierte la figura del poeta. Afortunadamente no son muchos, eso es verdad, y algunos de los poetas jóvenes nos traen bella poesía, excelentes poemas. Sin embargo, sigue siendo problemática la incapacidad de algunos de saber manejar bien el oficio.

En cuanto a mi poema “El árbol digital”, debo decirte que lo escribí antes de leer el libro de Cendrars, es más bien una idea un poco onírica, y si quieres

un dato de intertexto; creo que la única referencia literaria allí es la de los rinocerontes, que tienen que ver con la obra de Ionesco que leía en esos días. En cuanto a la “intertextualidad refleja”, que tú citas de Pedro Lastra, creo que todo poema está en diálogo con otros poemas, ya sean estos del mismo poeta o de otros poetas. Hace algunos años ideamos con Gonzalo Rojas un libro conjunto con poemas de él y míos que dialogaran, y lo hicimos. Lastimosamente hasta allí llegó todo, el libro nunca se publicó. Fue una lástima, a la verdad. Pero lo bello de esto es que Gonzalo encontró dentro de sus poemas muchos que tocaban no sólo imágenes, sino temas con los míos y viceversa. Por otra parte, la obra de un poeta está siempre en diálogo consigo misma, aunque a veces ese diálogo se torne altercado o gresca. Son los momentos difíciles del poeta, cuando una honda crisis lo invade. El peligro es el monólogo, cuando la voz del poeta deviene eco, repetición, diálogo sin el otro.

A.G.P.: En el poema “Testigos del tiempo” de Las combinaciones debidas, hermoso libro construido como una combinatoria de poemas donde se cruza un cúmulo de imágenes, episodios y remembranzas en torno a la infancia, el hablante poético concluye diciendo: “En aquel entonces, la infancia le daba/ ventaja al tiempo y le ganaba”. Estos dos versos me recuerdan otros de Joseph Brodsky: “Al tropezarse con la memoria/ el tiempo reconoce su impotencia”. ¿Qué me podrías decir de esta tríada: infancia, memoria, tiempo? ¿Son estos elementos partícipes de esas combinaciones debidas? ¿O más bien de esa extraña suerte de “combinaciones de vidas” que propone Eduardo Espina?

A.R.: Mil gracias, mi querido Arturo, por tu generosidad con respecto a mi libro *Las combinaciones debidas*. Es un libro que yo también quiero mucho. Ahora bien, tú sabes que la literatura es esa mezcla radiosa de memoria e imaginación, y ¿qué es la infancia sino el reino de la imaginación? En la infancia empezamos a poblar el mundo, a construirlo, y para lograr esto necesitamos tanto de la realidad como de nuestra fantasía (recuerda que la palabra fantasía quiere decir, en el viejo castellano, imaginación). Luego el suceder tiene que poner en movimiento ese universo particular nuestro, y de ahí surge el tiempo como instrumento de lo que va y viene, de lo que permanece. Creo que esto es fundamental para cualquier ser humano, pero es vital para el poeta cuando tiene que ponerlo en palabras, conjugar esas coordenadas en un plano que torne realidad frente a nuestros ojos el espacio y el tiempo, a la vez que los anula. De ahí surge el poema, y si el poeta tiene suerte, la poesía. En mi caso particular la infancia siempre ha estado presente en mi obra, especialmente en los años en que el exilio se convirtió en hábito para mí. Ese libro *Las combinaciones debidas* busca con un anhelo de permanencia sembrar en la página la idea de la infancia, que para mí, pobre como era, fue un continuo descubrir la calidad metafórica que tienen los objetos, los animales, las personas, es decir, el poder de transformación que podemos darles para que nos ayuden a construir ese universo particular del que te hablaba. Voy a darte dos ejemplos de esto. Con mi hermano, quien es ligeramente mayor que yo, de niños construimos con piedras en el patio trasero de la casa en que vivíamos una especie de edificio plano que para nosotros era una rata, nada menos. Es decir, era la casa de la rata, pero también la rata misma. Y con eso jugábamos como con

un laberinto. ¿No te parece este un juego muy extraño? Una rata. Ese animal que le pone los pelos de punta a cualquier persona. Bueno, nosotros jugábamos con la rata de piedras. Ahora comprendo que era una idea poética, algo subterráneo lo que nos atraía. El otro ejemplo era el de hacer de los insectos juguetes, ya las hormigas se convertían en soldados de una guerra terrestre y marítima, o las avispas eran aviones que amarradas de un hilo rugían por el cielo. Hay allí en ese libro otro poema en prosa, que se llama “Constructor”, y que narra la creación de un pesebre, de un nacimiento, aunque esto no se dice directamente, el poema sólo recoge la acción de poblar ese espacio especial. Es por eso que la infancia siempre estará derrotando el tiempo, porque si el tiempo nos derrota en este hacer de la vida, no logra, creo, derrotar a la imaginación, siempre adherida a lo eterno de la poesía.

Me gusta también mucho la proposición de Espina cuando habla de “las combinaciones de vidas”, al referirse a este libro. Permíteme citar en extenso sus palabras: “Estas, *Las combinaciones debidas*, son en verdad combinaciones de vidas. Encuentros estratégicos de un antes con un después; de infancias postergadas con futuros irrepetibles. Las amenazas de lo idéntico y lo diferente combinadas en su multiplicidad de vidas y serenidades imaginarias que sólo quieren expresar lo imposible”. Creo que Espina ha capturado con alta precisión ese momento de factura del poema al hablar de esos “encuentros estratégicos”. A su manera, apunta hacia lo que tú señalas de Brodsky. Esa es la alta misión de la poesía, sus imposibles.

A.G.P.: *En un texto titulado “Carta de amor” hay una frase que sintetiza ese estado de inocencia y sabiduría propio de la infancia: “Los niños son los únicos que entienden el significado de la lluvia”. ¿Crees que esa situación privilegiada del niño se emparenta con la del poeta? ¿Son ellos los llamados a entender lo que para otros es un enigma?*

A.R.: Tal vez, pero eso para nosotros, ya adultos, es un desafío, como lo es la poesía, su pregunta interna. Esa frase en ese poema en prosa es la voz de un hablante lírico que ya no es un niño, porque obviamente un niño no “entiende” la lluvia, la vive, la crea y recrea con su vida y con su imaginación. El “entender” es la visión de afuera. Por eso esa frase es un cuestionamiento a lo real, a nuestra relación con las cosas. Un llamado a los otros para que se acerquen a la verdad de la poesía. El poeta es un niño grande, así lo entendía Vallejo, lo entiende Gonzalo Rojas. Yo también lo creo. El poeta vive dentro del enigma, se alimenta del magma que brota de esos centros desconocidos para el ser común y corriente. Pero, insisto, no necesariamente el poeta visita estos mundos con la irrazón o lo ilógico, puede ser con todos los mecanismos del conocimiento, de la lucidez, con que ve, con que se acerca a estas fuentes. Volviendo a Vallejo, ese niño mayor, tú puedes ver lo lúcido y racional que es su mundo poético, tan concreto como el de un niño. No hay nada de inspiración del inconsciente en él y, sin embargo, toca ciertos fondos que no soñaron muchos de los surrealistas, buceadores de las profundidades como eran.

A.G.P.: *Al hablar de la lluvia y la infancia me resulta inevitable, por esos extraños juegos de asociaciones que siempre nos persiguen, caer de nuevo en el tema de la memoria.*

En particular recuerdo ahora una estrofa del poema “La lluvia” de Borges: “Bruscamente la tarde se ha aclarado/ porque ya cae la lluvia minuciosa./ Cae o cayó. La lluvia es una cosa/ que sin duda sucede en el pasado”. ¿Crees que esa “lluvia minuciosa” a la que se refiere Borges, esa lluvia que “sucede en el pasado” es la misma cuyo significado entiende el niño de tu poema?

A.R.: Sí, pero hay que dejar claros los dos ángulos de la visión del poeta, que también veo en Borges, como tú lo citas. En mi poema, que se titula “Carta de amor”, el hablante dialoga con su amada, la desafía a entenderlo, a visitar sus mundos, sus alegrías y sufrimientos, pero todos estos sentimientos subyacen debajo de lo real, ya que este hablante quiere que ella sienta su mundo directamente, que lo pueda palpar, triste o desorbitado, alegre o irónico, superficial y profundo. Entonces esa idea de la lluvia, te repito, es una manera de llevarla a ese pasado que es un presente en el poeta. Presente, porque no sólo enfrenta la realidad del adulto, que no “entiende” la lluvia, sino que señala la permanencia de la niñez en el poeta. El poeta está entonces allá y acá en el poema, “sucede en el pasado”, como quiere Borges, pero “la lluvia minuciosa” sigue cayendo en la presencia real del poema que creamos al momento de leerlo.

No es la sabiduría de la niñez, es la niñez de la sabiduría, y así lo entendían los poetas chinos.

A.G.P.: Anteriormente has hecho referencia al tema de los viajes y, en efecto, resulta evidente en tu poesía el registro geográfico y la experiencia anímica asociada a las diversas formas de desplazamiento de ese yo poético que bien nos habla desde ciudades como Chicago, Caracas, Cali o Cincinnati, o de selvas, montañas o viajes en barcos. Todo ello me lleva inevitablemente a pensar—considerando, además, la cercanía que sé tienes con Mutis— en una figura como la de Maqroll el Gaviro. ¿De algún modo identificas al hablante lírico de tus poemas con alguna de las facetas de este personaje, ya legendario en la literatura hispanoamericana?

A.R.: Sí, la presencia de Álvaro Mutis y, por ende, de Maqroll, ha sido fundamental en mi vida. Su obra y su amistad son algo que aprecio infinitamente. Sin embargo, creo que mi deseo por el viaje y la aventura están ya desde mi niñez clavados en el centro de lo que soy. Desde muy niño me encuentro soñando con viajes, inventado aventuras que buscan el mar, la salida. Y hay otros personajes, ligados a mi infancia, que vienen a alimentar estas fantasías. Uno de ellos es mi tío político, Armando Robledo. He hablado muy poco de él, a la verdad, aunque a su memoria dediqué mi libro de poemas *A rienda suelta*. Era un hombre muy especial, que vivió a fondo la vida del mar montando aserríos en la costa del Pacífico, en un sitio mítico para mí que se llama Cajambre. La costa del Pacífico colombiana no tiene nada que ver con el estereotipo del mar azul y bello del Caribe. Por lo contrario, el agua es de color marrón, debido a la cantidad de ríos que descienden turbulenta y majestuosamente de la cordillera occidental de los Andes. Es una zona selvática, insalubre, casi impenetrable. Está poblada principalmente por negros que huyeron de las plantaciones de azúcar o fueron llevados allí por los colonizadores para buscar oro. Con estos negros mi tío levantó aserríos de alta producción. Uno de ellos,

en las bocas del río Cajambre y el Timba, fue construido sobre una isla artificial que ellos hicieron con los desechos de la madera. Allí estuve yo cuando era muy joven, antes de poner en palotes lo que viene a ser mi literatura. Son estos ríos, estas lanchas a motor, estas noches en la selva, estas gentes con sus historias, esa proximidad al peligro, las que poblaron mi imaginación mucho antes de que apareciera Maqroll, que por increíble coincidencia es un habitante de estas zonas también. Así que ahora puedes entender por qué mi afecto por Mutis y por su visión de esta América insalubre, peligrosa y maravillosa a la vez. Recuerdo que cuando le conté estas historias a Mutis, allá a principios de la década del 70 en México, él no lo podía creer y decía alborozado: "¡Esa es mi gente, carajo, esa es mi gente!"

Creo que el paisaje hace al poeta, ya sea éste interior o exterior. En el caso de mi poesía yo encuentro dos tipos de paisaje exterior: un paisaje un tanto desolado, citadino y polvoso, y un paisaje de la aventura, ese como visto por la ventanilla de un tren.

A.G.P.: Por otra parte, aprovechando de nuevo las coincidencias con Mutis: ¿Cómo conviven en ti el poeta y el narrador? ¿Cuáles son los límites y las limitaciones? ¿En qué momento surge cada uno? ¿Cómo se desdoblán?

A.R.: Realmente yo me he identificado toda la vida más con la poesía que con la prosa, es verdad. Pero mi historia de escritor empieza con narraciones. Yo escribí cuentos antes de emprender el camino de la poesía. De allí que el tono lírico, no narrativo del poema, me sea más difícil, y a veces esquivo. Sin embargo, el poeta y el narrador conviven bien en la medida en que ya desde los orígenes la poesía en Occidente fue narrada, la lírica pura es posterior, y la pureza extrema de un Mallarmé o un Valéry es algo moderno, tú lo sabes. He enfrentado siempre el hecho de la poesía y la narrativa como algo vital, relacionado con mi ser y sus necesidades. Los límites en mi caso son muy borrosos, y esa es mi felicidad, pero no lo es tanto para los editores, que ven en mi narrativa demasiado engolosamiento poético y en mi poesía, un prosaísmo manifiesto. Indudablemente en un mundo como el actual, que quiere ver las cosas sólo en blanco y negro, esto no es muy apetecido. Sin embargo, yo no le presto atención, porque creo en la infinita libertad creadora. Para mí lo prioritario son mis necesidades vitales, no los requisitos que implican el comercio o la moda. Ahora bien, la convivencia de estas dos formas se resuelve en la unicidad de la palabra y en sus posibilidades de desdoblarse como signo. Mi último libro de cuentos, *La raíz de las bestias*, que sale en Italia en estos días que hablamos, es tal vez la mejor muestra de este ir y venir de la prosa y la poesía en mi literatura. Contradiciendo el escepticismo de los editores convencionales, ha tenido un gran éxito y este año saldrá una edición en México. Pero no es fácil ser un hombre libre en la literatura de nuestros días. La empresa editorial, ya más una máquina de los conglomerados económicos mundiales, presiona para que el escritor haga de la prosa algo vendible para entretener, no algo bello que pueda dar placer, gusto, y llevar al lector a reflexionar, a pensar. El círculo vicioso del editor y el público se alimenta con lo banal, lo superficial. Los escritores y poetas que

todavía creemos en la belleza convulsiva y sus múltiples manifestaciones, hemos terminado de nuevo en las catacumbas, ya lo presagiaba Breton. Lo bueno de esto es que allá nos encontraremos con todos los que han hecho de la literatura algo vital para el ser humano.

A.G.P.: Creo que precisamente Octavio Paz, en alguna parte, calificaba el ejercicio poético en el mundo contemporáneo como “un rito en las catacumbas”. Ahora bien, apartando por un momento el crudo y a mi modo de ver lúcido juicio que tienes sobre el mundo editorial y el tipo de literatura que privilegia el mercado hoy en día, quisiera que me hablaras del papel que está jugando la crítica académica, aquella que se ejerce desde la universidades, y de la cual formas parte, con respecto al fenómeno poético y literario en general. Me interesa saber sobre todo: ¿cómo ves y comprendes el sistema crítico vigente hoy en las universidades, a la luz de las revisiones y reconceptualizaciones de la literatura como disciplina de estudio, dentro de un marco más amplio que incluye lo que se ha dado en llamar los estudios culturales, poscoloniales, subalternos, de género, etc.?

A.R.: Creo que la crítica literaria en América Latina, así como en la academia universitaria, pasa por diferentes momentos que la llevan de períodos muy altos a otros no tanto, para no decir bajos. Creo que en esto no está fuera del suceder intelectual en cualquier área. El problema mayor, a mi juicio, es que no tenemos suficientes críticos en poesía que sean independientes al acto de escribir, y en este último grupo me incluyo. Nos falta una visión de afuera más amplia. Críticos como José Miguel Oviedo son escasos en nuestra América. Sin embargo, muchos de los críticos de poesía, que también son poetas, han podido desprenderse de las direcciones sectarias que a veces condicionan el análisis, producto de direcciones poéticas particulares, para darnos cuadros muy lúcidos del acontecer poético; valga el caso de Pedro Lastra, el gran poeta chileno y excelente crítico; de Juan Gustavo Cobo Borda, colombiano; Martha Canfield, en Florencia, y entre los más jóvenes, Eduardo Espina, de Uruguay; Miguel Ángel Zapata, de Perú, entre otros.

Sin embargo, creo que el mayor problema va más allá de estas dificultades del oficio. Se trata de las direcciones que tomó y ha tomado la crítica para ver en el transcurso de la poesía latinoamericana tendencias dominantes que apoyen una estética determinada, condicionando los resultados del análisis a estos parámetros. Estoy pensando en el libro *La máscara, la transparencia* de Guillermo Sucre como ejemplo claro de este problema. Sucre es un crítico altamente lúcido, con una capacidad de análisis que admiro y respeto, pero su discurso está condicionado por una necesidad de señalar rutas a la poesía latinoamericana, aunque él, curándose en salud, así lo niegue. Esa ruta que él trata de imponer es válida, si la consideramos producto de su propio ver la poesía, su opinión personal, pero deja de serlo cuando para poder hacerse valedera a un nivel más amplio, tiene que alterar los componentes que lo llevan a sus conclusiones. Fíjate que para poder desembocar en el parámetro Octavio Paz-Lezama Lima como directrices de la poesía latinoamericana, tiene que extraer del cuadro de análisis a Neruda, cuando es bien claro que “Alturas de Macchu-Picchu”, por ejemplo, es un poema que dialoga y discrepa con la poética de “Altazor”, *Trilce*

y "Piedra del sol". Y ese, a mi juicio, es un error muy grande de Sucre, ya que deforma por completo la segunda parte de su libro, donde saca sus conclusiones, y se torna bastante descuidada y arbitraria.

En cuanto a las modas literarias entre nosotros, a ese desagradable subproducto de nuestra dependencia cultural que se llama multiculturalismo, postcolonialismo, etc., creo que lastimosamente agrupa a críticos que deberían haber hecho carpa en la sociología, en la historia social o en la antropología o en las escuelas de negocios. Acá en Estados Unidos estamos realmente copados por estos hijos de la historia que todavía no saben cómo deglutir a Borges, pero que sin ningún empacho te pueden señalar rutas que van de Quevedo a los sandinistas, y de esta gente, maestro, sí es mejor salir huyendo. Lo lastimoso es que el facilismo analítico, crítico, que los caracteriza, se torna atractivo para el estudiante de poesía, ya que no es fácil enseñarles a los jóvenes a utilizar la imaginación para crear sus propios sistemas críticos. Afortunadamente estos críticos y académicos están más del lado de la prosa que de la poesía.

A.G.P.: ¿Cuáles han sido las obras y los autores que sientes más cercanos a tus intereses como escritor, en las distintas etapas de tu quehacer creador? ¿Podrías hacernos un recuento del modo en que esas presencias han actuado en tu obra? ¿Cómo has dialogado con ellas?

A.R.: Por mis respuestas anteriores ya sabes lo importante que han sido Álvaro Mutis desde el ángulo colombiano y Cendrars desde el europeo. Debo agregar aquí a Henry Miller, escritor que sigo considerando vital para entender el siglo XX. Pero también debo mucho a los surrealistas, no sólo los europeos, sino los latinoamericanos. Ya desde joven fui un buen lector de Enrique Molina, de César Moro y de Octavio Paz, aunque frecuenté a Neruda, el de las *Residencias*, y a Huidobro. Y, por supuesto, a Borges, que yo defendía como poeta cuando todo el mundo consideraba que era un magnífico narrador y ensayista, pero no buen poeta. Por otro lado, fue una afortunada circunstancia para mí coincidir en tiempo y lugar con una serie de escritores y poetas colombianos que me enseñaron a leer; algunos de ellos me aconsejaron magníficas lecturas, otros me acompañaron en esos años de aprendizaje. Mis lecturas de joven fueron monstruosas, tanto así que no había cumplido 20 años y ya Gonzalo Arango me acusaba de erudito. Imposible resumir tantos libros en estas líneas. Era toda la literatura universal al alcance. Yo devoraba una por una las bibliotecas de mis amigos y las de la ciudad. La lectura era para mí, siempre lo ha sido, por lo demás, una forma del paraíso. Y desde entonces los libros se convirtieron en mis compañeros de viaje. En mi biblioteca aquí en Cincinnati veo libros que me han acompañado por todos los sitios en que he vivido. Hace poco terminé de releer un librito muy bello de André Gide, *Así sea*, que está fechado por mí en 1962, y en Cali. Esto para mí es muy importante, porque he viajado bastante, como tú sabes.

Cada libro, cada autor, representa un mundo al que me adhiero, al que visito con toda clase de mapas, compases, brújulas, y que luego vivo por mis días. Valga el caso de Proust. Casi no pasa un día de mi vida en que no piense en él.

reflexione sobre algunos de sus pasajes que recuerdo de memoria, lo mismo Kafka, Joyce. Sin embargo, es la poesía mi diario alimento también. Tengo una gran devoción por mis amigos poetas, ya sea que los haya conocido en vida o no, que estén muertos hace miles de años o que apenas estén dando sus primeros pasos. Mi contacto con la poesía latinoamericana no sólo ha sido de lecturas continuas, sino de conocimiento personal de los poetas, de frecuentarlos con mi amistad y devoción. Y en esto me siento muy afortunado. Poder haber sido amigo cercano de poetas tan grandes como Juan Sánchez Peláez, Gonzalo Rojas, Pedro Lastra, Álvaro Mutis, Fernando Charry Lara, Carlos Martínez Rivas, Raúl Gustavo Aguirre, Edgar Bayley, Juan Calzadilla, y paro de contar, porque la lista es muy extensa. Esa es la gran satisfacción de mi vida. Y ahora bien, están esos otros poetas que te acompañan secretamente, como voces escondidas debajo de la alfombra. Para mí Quevedo es uno de esos dioses oscuros.

En una lectura de mis textos en Florencia estuve en el café La Giubbe Rosse, el café que frecuentaban los poetas futuristas y herméticos italianos. No sabes lo maravilloso que fue poder estar allí, viendo que mis palabras volaban por ese espacio respirado por Dino Campana, Eugenio Montale, Ungaretti, Quasimodo, Papini, Saba... Era en la Plaza República, y casi los veía sentados en esos asientos de madera oscura, leyéndose poemas, levantando las copas de vino. Hoy día que leo y releo a Montale y vuelvo con Quasimodo o Ungaretti, no puedo creer que allí estuve. Y lo más increíble es que pronto volveré al Giubbe Rosse, invitado de nuevo por mis amigos italianos con motivo de la edición italiana de mi libro *La raíz de las bestias*. Este libro ha sido traducido por Claudio Cinti, un excelente poeta y traductor de la literatura latinoamericana, y publicado por la naciente editorial Sinopia de Venecia.

A.G.P.: ¿Cómo ves, desde la perspectiva del presente, tu participación en el movimiento nadaísta colombiano? ¿Qué balance haces de aquellos años y de aquella experiencia? ¿Qué significó o significa el Nadaísmo tanto en tu obra como en la poesía latinoamericana? ¿Qué tipos de convivencias, intercambios o relaciones tuvo este movimiento colombiano con lo que sucedía en otros países de nuestro continente? ¿Crees que el Nadaísmo todavía vive?

A.R.: El Nadaísmo fue un movimiento muy importante no sólo para Colombia, sino para América Latina, ya que despertó en Colombia, y por contagio en otros países, una respuesta necesaria para dejar atrás de una y para siempre un pasado literario que nos agobiaba por falta de una vanguardia literaria más incisiva, más beligerante. En muchos países de nuestra América se habían empotrado grandes nombres que oscurecían el panorama general, y era necesario sacarlos de esos nichos sagrados. Y gracias a esta necesidad, surgieron el Nadaísmo, “El techo de la ballena”, los “tzantzicos”, la gente de “Los huevos del plata”, en Uruguay; “El Corno Emplumado”, en México, los “mufados” argentinos, y todos los otros poetas y escritores que sin un grupo particular participaron de este esfuerzo continental de rebelión y poesía en la década del 60. Fue un momento muy especial y, en cierta manera, muy hermoso, a pesar de que se cometieron injusticias, etc. Indudablemente que no se puede hablar de calidad literaria, porque eso es parte de otro análisis. Para

mí el Nadaísmo fue muy importante, siempre lo he dicho, y ahora lo repito. Los poetas nadaístas de Cali, Jotamario, Jaime Jaramillo, Alfredo Sánchez, así como en Bogotá Gonzalo Arango, fueron grandes presencias en mis años de iniciación literaria. Sigo siendo fiel a su amistad, aunque algunos estén ya del otro lado de la existencia. Ahora bien, mi posición dentro del Nadaísmo fue muy particular, porque fui, junto con Jan Arb, de los últimos en formar parte del grupo, y en el año 1967 ya me empecé a distanciar del movimiento cuando me fui en un recorrido por Sudamérica que terminó en Venezuela, donde me quedé por diez años, como tú sabes. Prácticamente desde el año 1969 nunca regresé a Colombia para vivir. Esta circunstancia me distanció del movimiento, y permitió que hoy muchos en Colombia no me vean como integrante de él, más bien como un poeta independiente de todo grupo, solitario. Y en parte tienen razón. Pero, por otro lado, ser nadaísta es lo que era mientras estuve en Colombia. Yo me acerqué al Nadaísmo en el año 1960, cuando tenía 16 años, y en el año 1961 publiqué mis primeros trabajos en la revista nadaísta "Esquirra", que dirigía Alfredo Sánchez. Así que siempre fui nadaísta en Colombia. Hoy en día, amigos y poetas tan maravillosos, como Jotamario y Jaime Jaramillo Escobar, me hacen sentir orgulloso de ser, o haber sido, nadaísta.

A.G.P.: Para terminar. Quisiera que me hablaras de la experiencia que has tenido como antólogo de tu propia poesía. ¿Qué has encontrado en ella que no habías visto antes? ¿Cuál ha sido tu aproximación como lector? Es acaso el título escogido para tu antología, A vista del tiempo, una forma de invitar al lector a recorrer la aventura de tu poesía bajo los signos del viaje, el sueño y el asombro.

A.R.: Antologar la propia poesía no es tarea fácil, y menos cuando uno no es muy dado a reescribir los poemas luego de los años, como han hecho algunos poetas: Borges como el mejor ejemplo. Al cabo de los años uno aprende a distanciarse de su propia poesía, y algunas veces a verla con ojos despiadadamente críticos. Uno nunca es el mejor lector de sus versos, porque cada poema, por humilde que parezca, puede tener un amante secreto. Cernuda aseguraba que los lectores de un poeta nacen después de los poemas, e incluso de la vida terrenal del poeta. En Colombia el caso más presente es el de Aurelio Arturo, poeta que necesitó más de dos generaciones para ser aplaudido por unanimidad. En su vida sólo contó con pocos pero fervorosos lectores. En la antología que está en tus manos, y que es un primer proyecto de la que saldrá publicada por la editorial de la Universidad de Antioquia, en Medellín, todavía pasará por varios cambios antes de publicarse. Trabajo en ella con Luis Fernando Macías, poeta y editor. Hay algo en ella que falta para ver mi obra desde la década del 60 hasta principios de 2000, y esto es el libro *Cuatro líneas*. Este es un pequeño libro publicado en México que contiene 40 cuartetas a la manera griega. Lo escribí completamente en la isla de Ikaría en el mar Egeo. Son poemas del amor erótico que tratan de atrapar esa luz de cuerpo, sol y mar que nos inunda en Grecia. Alvaro Mutis escribió un lindo y generoso prólogo para esta edición. Se completa así esa tríada que tú señalas en la dirección de mi poesía: el viaje, el sueño y el asombro, porque entre el sueño y el asombro viene el amor, no sólo

aquel que nos acerca al cuerpo amado, sino el que nos despiertan los amigos, así como la ternura, la alegría y el dolor que se abren frente a nosotros al contacto de nuestros congéneres, y es esta combinación la que crea el carburante que mueve el viaje, conjunción de tiempo y espacio, de memoria e imaginación.

LIQUIDACIÓN POR CAMBIO DE TEMPORADA
(GALERÍA DE CRISTAL 5 DE OCTUBRE/11 DE NOVIEMBRE DE 2005)

PALABRAS DE LA SUBDIRECTORA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL
EN LA CEREMONIA DE INAUGURACIÓN DE LA MUESTRA

Ximena Cruzat Amunátegui

Agradezco a todos los que en la Biblioteca Nacional nos han brindado esta gran fiesta que inaugura nuestra primavera. Especialmente a Lila, cuya creatividad que engullece, todo nuestro apoyo. Una fiesta donde todo explota y brota.

No soy del mundo de la poesía ni del arte visual. Pero esta fiesta nos remueve a los transeúntes y lectores de esta Biblioteca, a veces ciegos de oscuridad.

Ya hemos recibido varias decenas de personas

abismadas,

revestidas,

choqueadas,

renovadas,

impresionadas,

absortas (no sé si mudas y de rodillas)

pero evocando y haciendo suyo el verso de Lila:

“Inventé mis propias huellas y aquí me las reencuentro”

EL DRAMA DE LA LIQUIDACIÓN POR CAMBIO DE TEMPORADA

*Lila Calderón G.**

Adquirir la conciencia de que la creación está en el proceso de producir espejismos y el resultado en el ensamblaje de las ideas y los cuerpos que lo componen, obliga al desdoblamiento de sí mismo en el espacio-tiempo para invadirlo como en el caso de *Un desnudo bajando la escalera*, de Duchamp. Ese ser está simultáneamente en la escalera y en el cuerpo sorprendido en su desmaterialización para desenmascarar al tiempo y al pintor que lo despliega en abanico.

* Lila Calderón (Chile, 1956). Comunicadora Audiovisual y Escritora, Magíster en Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Chile, ha publicado los libros de poesía *Balance de blanco en el ángel triste de Durer* (1993) y *Piel de maniquí* (1999), entre otros. En 1994 recibió el Fondart, para la realización del cortometraje *Por culpa del pantalón*. En 1995 realizó los video-poemas *Crónica*, *Una bandera en llamas* y *Viaje*. *Liquidación por cambio de temporada* es su primera exposición individual.



Foto: Salomé.

El proceso de apareamiento de los objetos en esa red donde las piezas son fugaces y están en continua deserción, genera un barrido fantasmal provocador, semejante al que produce el drama de la liquidación por cambio de temporada en su rutina de montaje-desmontaje.

El reciclaje como acción permite la vida eterna de las cosas que cobran significado en un nuevo ambiente, porque vienen cargados de experiencia ritual. Están magnetizados por el contacto físico de los ancestros. No pueden discriminarse los materiales ni los temas, sino su falta de presencia para conmemorar la vida, porque “la muerte es una más que espera modelar ropa ajena en una vitrina”.

LA CEBRA

La cebra es un mamífero originario de África. El pelaje rayado que posee lo distingue del caballo, conocido por la utilidad que presta en todo tipo de trabajos domésticos, usos, tareas y competencias lucrativas. La cebra se parece físicamente al caballo, pero es más pequeña que él y se comporta como un asno salvaje. En su cabeza y a lo largo del cuello tiene una crin gruesa de pelos erectos que coronan sus grandes orejas. La cola es corta y termina en un mechón de pelos negros. El diseño que muestra su piel de rayas oscuras sobre fondo blanco tiene una función natural de camuflaje para permitirle disimular su presencia en el hábitat donde se desenvuelve, normalmente casa –y territorio de caza– de sus enemigos más feroces que son los leones, aunque la especie que verdaderamente no cejará en su acoso hasta extinguirla es la de los cazadores, quienes las tienen siempre en la mira para lucrar con su carne y piel, o venderlas para ser expuestas en zoológicos y circos, o utilizarlas en carreras de tiro. La cebra pertenece a la familia de los Équidos, incluida en el orden de los Perisodáctilos. Existen tres especies de cebras, pero se distinguen subespecies que varían mucho, según las diferencias en la disposición de las líneas sobre su pelaje. La cebra montañesa es la más pequeña de las especies. Es fuerte y musculosa, y mide poco más de un metro de altura. Su piel es blanca acerada, con líneas negras que ocupan todo su cuerpo, excepto el estómago y la zona interna de los muslos. La cebra de montaña recibe el nombre de *Equus zebra*. La cebra común se denomina *Equus quagga* y la cebra de Grant, *Equus granti*. La cebra de Chapmann se clasifica como *Equus chapmannae*, la cebra de Böhm como *Equus boehmi*, la cebra de Burchell (exterminada por los boers y otros colonizadores de África del Sur) era conocida como *Equus burchelli*, y la cuaga como *Equus quagga*. La famosa cebra de Grévy, denominada así en honor al presidente francés Jules Grévy, corresponde a la *Equus grevyi*, especie exterminada durante el siglo XIX.

PASO DE CEBRA

No está claro el punto de origen de la entrada triunfal del paso de cebra al Reglamento del Tránsito. Pero allí, la evidencia de la ley demanda en su artículo

167 qué es y cómo debe ser usado el paso de cebra. ¿A quién se le ocurrió diseñar un conjunto de líneas blancas sobre el pavimento para demarcar un terreno seguro en la avanzada de los peatones? Es un asunto que preocupa seriamente a los científicos, quienes han enfrentado el tema como un problema epistemológico, intentando definir en esencia lo que es el paso mismo. Ritmo, calzadas y calzados, trotes, pezuñadas, tacones, herraduras, huellas y sus consecuentes pataletas metafísicas llaman a la confusión. Por eso, el Manual del Tránsito ordena que la demarcación del paso de cebra debe ser claro y visible, especialmente de noche. Y las reglas son las reglas: los peatones tienen prioridad ante un paso de cebra respecto de los vehículos que se aproximan. Entonces, donde la visibilidad se dificulte por factores como lluvia, suciedad y bruma, el paso se reforzará con balizas intermitentes. Y si existe el peligro de que una manada se desbande por donde no corresponde, se colocarán vallas peatonales. Quizá, ¿paralelos y meridianos? ¿Coordenadas situacionales?

¿Reglas del juego, del tránsito, de la moda? Lo cierto es que estas convenciones llevan a creer que ejercemos el derecho a mantenernos con vida si cruzamos por un paso de cebra aquí y en cualquier lugar del mundo. Los automovilistas no exterminarán a los caminantes como si fuesen cebras salvajes. Entonces, ¿por qué ellos representan el 50% de las víctimas de accidentes de tránsito? He ahí una señal de peligro. Algo anda mal en la estrategia para parecer cebra. Alguien opinó que hace falta más coordinación entre los actores que intervienen en el espacio público, ya que la mayoría de los peatones y automovilistas no conocen o no aplican las normas que regulan la dimensión oculta de los pasos de cebra—mal ubicados y señalizados—, lo que aumenta el riesgo de atropellos y choques. T. P. Mulligan ha escrito que la Dirección del Tránsito Mundial publicó unos “criterios operativos comunes aplicables en todos los países para aclarar definitivamente lo que es un paso de cebra”. Con ello demuestro la preocupación generalizada existente en el tema y reproduzco dos puntos iluminadores, tanto como una revelación divina:

“C) El color de las franjas puede ser variable, pero se preferirán el blanco y el amarillo evitando los tonos escandalosos o de mal gusto (el lila y el floreado quedan prohibidos)”.

“E) Queda prohibido pararse a charlar, merendar, traficar con droga o armas, o hacer el amor en los pasos de cebra. Los peatones pasarán rápido y nunca harán gestos despectivos o “toreros” a los conductores de los vehículos al pasar. Los conductores tienen prohibido acelerar en punto muerto o meter miedo con falsas salidas a los peatones que se encuentran cruzando”.

Es doloroso reconocer que avanzamos por las calles como ludópatas que se enrolan en el juego sin oponer resistencia, porque el vicio de ciudadanía es superior al deseo de reflexión. ¿No es mejor esgrimir el humor para enfrentar

un puente resbaladizo, una curva peligrosa, una pasarela con fatiga de material, un túnel, un callejón sin salida? ¿Qué habrá al otro lado? Cada cual decide qué secreto desentrañar, qué obsesión perseguir, si buscar a la muerte o trazar el camino para volver de la muerte. La creación es eso, aunque estemos siempre en temporada de caza, expuestos a la liquidación, la eliminación, el retiro, la conciencia de la transitoriedad y el desecho, como pasajeros de las tumbas no permanentes, que cada cierto tiempo pierden el nicho. Y ganar un nicho en el mercado es crucial para la vida terrena. Pero hay otras.

LIQUIDACIÓN POR CAMBIO DE TEMPORADA

Mauricio Vico

Seda, raso, lentejuelas, plástico, encajes, la moda es pulcra, limpia, es el objeto aséptico. Renovar para botar lo viejo, lo sucio y gastado. Ahora el *objet trouvé*, brilla. Remanentes de la cultura *pop*, desde el exacerbado cromatismo plano, a la síntesis pragmática del blanco y negro *démodé*. La obra de Lila Calderón es síntesis de materialidad en signos urbanos que ahora salen de su lugar común, la vitrina, para instalarse como fragmentos. Cultura del símbolo popular, la cotidianidad del ciudadano se vuelve reflexión y analogía de la calle. *Madame de Cebré*, animal cebrá, paso de cebrá, la piel que cubre la esencia, las líneas que cubren el artificio de la ciudad pagana, mercancía, fetichismo, transfiguración del objeto cotidiano. También el cuerpo es exhibición y ocultamiento, así se ofrece en su “Guardián” o en “Campbells”, una clara cita a Warhol, como también sus chicas “Twiggy”, que brillan entre lentejuelas y lencería.

La obra a veces se nos aparece como el test psicológico de Rorschach, los objetos ensamblados se cargan de tantos significados, que vemos lo que deseamos, totalitarismo de la materia, asociaciones en su infinitud de interpretaciones. Si quisiéramos un hilo conductor de la obra: luz y materia, blanco y negro, día y noche, razón y emoción, ambigüedad de los cuerpos, la ciudad que se prepara nuevamente para renovar el ciclo mítico del *prêt-à-porter* o, mejor dicho, la *liquidación por cambio de temporada*.

LIQUIDACIÓN POR CAMBIO DE TEMPORADA DE LILA CALDERÓN

Verónica Watt

Lila:

Desde el miércoles de tu exposición que he querido escribir este e-mail, pero no había encontrado el momento (...) Cuando llegué no sabía muy bien con qué me iba a encontrar. Recordaba que me habías comentado un par de veces lo que estabas preparando, pero no tenía idea cómo podría ser: aun cuando casi todo en la vida diaria es fragmento, nos cuesta imaginar una composición de

fragmentos. No recuerdo bien el nombre del segundo tipo que habló para presentarte relativamente joven, pelo oscuro. Le tocó a él después de la presentación que hizo la Directora de la Biblioteca y bueno, el tipo se lució. Logró un texto que podía hablar en términos estéticos y de manera pulcra de todo eso que tú presentabas. Y luego tu padre, increíble... pero él merece otro párrafo.

Así que pasa adelante este señor y habla: sabe lo que dice, puede articularse bien sin mayores problemas, va a hablar de su hija, va a hablar de la artista, va a hablar mirando la obra y los bastidores. Le salió alucinante, porque nos hizo (digo “nos”, porque creo que afectó a todos los que lo escucharon) sentirnos más cerca tuyo. Nos trajo de vuelta a la Lila que llevas en la piel, pero que obviamos: esa Lila infantil, de imaginación desbordante, divertida, alegre, inmersa en un mundo de fantasía. Tu padre dio un vuelco en 180°: la emergencia de sentimientos y sensaciones en el público a través de lo dicho/hecho admirable él, en verdad nunca lo había leído –grave error– y un amigo me había hablado de cómo escribía, quién era, y tomé esto desde el punto de vista del público, del lector común y corriente. Esa noche conjugué las dos caras: el padre de Lila y el escritor. También te pude ver a ti con todas las demás dimensiones: amiga-profesora-esposa-hija-tía-artista, todas simultáneas y consecuentes unas con otras. Al final, cuando me iba, detuve a tu papá y le dije que estaba orgullosa de conocerte –y que había dicho cosas preciosas– y él, para rematarla, me dijo que él también, que se sentía orgulloso de que fueras su hija. Tenía los ojos con esa tranquilidad de horizonte tropical, como sabiendo que todo va como debería ir, o al menos que va lo mejor que puede ir. Y pensé: cresta, aquí ya conozco a dos grandes personas. Y luego llegué a mi casa y releí unos poemas tuyos y al otro día compré un libro de tu papá en el paseo de Lastarria: *Toca esa Rumba Don Aspiatzá*. Elegí este libro, porque al leer la contratapa me encontré con: “(...) advertí que todo estaba listo, que esta anátesis (o retirada de mí mismo) era lo que pretendía decir, inserta en el espíritu de lo que un día Schoenberg llamó ‘fragmento como todo’”. Me pareció que la coincidencia de la idea de los fragmentos era suficiente como para conseguir el libro, y me lo llevé.

Pero vuelvo a la exposición.

Termina de hablar tu papá y entramos: es un carnaval de la ciudad, el reinado de lo femenino liberado de las ataduras, pero también de lo femenino que está cosificado y domado por los medios de comunicación, por la norma, por el sentido común; “una patita de...” (no recuerdo el nombre... nunca recuerdo los nombres en verdad) donde estaban el pie y la pantorrilla, y unos zapatos negros y de taco alto, y unas panties con un diseño medio hippie, sicodélico. Recuerdo esa primera impresión. Y luego mirar de nuevo los zapatos y ver que uno se mantenía en estructura, pero que a otro le habían dejado sólo la suela; esos pies que se escapan, que no son posibles de ser contenidos.

Y luego lo de la cebra, y cómo conjugar entonces todas estas nociones y hacer algo coherente, comprensible. Los elementos que encontré en la exposición fueron:

- Lo femenino como refugio natural, como origen, como lugar del cuerpo, libre de los discursos.
- Lo femenino como territorio que se ha intentado domar, apaciguar y convencer de su calidad de cosa, de accesorio.
- Lo femenino que es capaz de asumirse como fetiche, que disfruta de ese fetiche, pero que también se reconoce como superior a ese concepto. Doble conciencia de ser uno.
- Los fragmentos como el modo de poder referirse a una sociedad que se constituye sobre la base de fragmentos, que se elabora por facetas, que nunca acaba de sintetizarse, que es siempre blanco y negro, que es contradicción y belleza y lo triste del fragmento como parte, como resto, pero también lo grandioso del fragmento como tesoro, como lo salvado de lo humano.
- La idea de paso de cebra como lugar que permite dirigir los pasos de los habitantes, que norma, que acarrea, que delimita, que segmenta, que, al fin y al cabo, fragmenta. El paso de cebra como pasarela de la ciudad, de todo tipo de seres con todo tipo de vidas. El paso de cebra como momentáneo desquite del sujeto: caminar la ciudad por poco tiempo, hasta la roja, intentar apropiarse de los bordes, ir más allá y no morir atropellado en el intento. El paso de cebra como lugar ambivalente desde el cual construir la identidad del sujeto urbano.
- La moda como uniforme y a la vez accesorio individualizante y protector. También en su dimensión de disfraz, de careta. La moda como la representación del ser urbano y del ser íntimo, en una polivalencia normada y ajustada a un estereotipo inexistente.

Por último, vi cómo todo esto se articulaba en las tres instancias de la exposición:

La referencia al pie y el paso de cebra, el lugar intermedio de entrada desde ese pasillo: la visión globalizadora y distante de quien no está inmerso en lo que se muestra, y luego el caminar por el pasillo, que a la vez era pasarela. Reconocerse en el desfile cuando se miraba a los maniqués tras el vidrio: veíamos también nuestro reflejo, éramos nosotros los disfrazados, asistiendo a una exposición, donde –y esto fue increíble– las muñecas eran/son más reales que nosotros. Ellas caminan, nosotros tomamos el lugar del espectador: inversión de roles, donde de ser el sujeto activo que observa por su gusto la vitrina, pasamos a encontrarnos en una dimensión enajenante donde no somos mirados por lo que considerábamos irreal. Dimensión donde la estrella es imparable, donde el encuentro entre los sujetos se evita, donde la belleza es inalcanzable, donde lo atractivo es un disfraz: la actitud, el no ver, el hacerse ver como deseado.

Me gustó lo de las cebras, me gustó que nos acercaras a ese recordarnos como animales, que apelaras a la condición de vida, al trato. La cebra como un

animal estéticamente apreciado, pero descuidado en lo cotidiano, deformado, cazado, transformado para que sea lo que otros quieren que sea: cosa.

De los cuerpos, me fascinó uno que era entero negro y con armadura como parte del cuerpo: qué se protege y cómo cuando no hay ropa, con qué armadura vamos, ¿hay algo que podamos salvaguardar?

Me llamó la atención también la novia. No sé, me hizo pensar en qué tan puros nos puede hacer ver un pedazo de tela blanca. En la apariencia, en el disfraz explícito, pero callado.

Uno de mis preferidos fue el que está hecho a base de recortes de diario. Pensé que el cuerpo habla, que tiene un registro que comunica constantemente estos títulos de diario, que gritamos al unísono todos estos mensajes, a veces contradictorios, a veces coherentes, y que el caos de todos ellos somos nosotros. Pensé también en que los medios de comunicación también hacen que el cuerpo hable de cierta manera y no de otra, que lo hacen hablar a su gusto, y que a veces, cuando nos miramos en esa pasarela que es el paso de cebra, nos leemos unos a otros con esos estereotipos mediáticos de por medio y que es eso justamente lo que no permite el encuentro: tal como la maniquí: "oh, se me ha caído el pañuelo", y esperar a que otro lo recoja, esperar la reacción que sabemos que alguien tendrá, y cuando lo hace ese otro, ni siquiera mirarlo, y autogratificarse por esa seducción lograda y comprobada, porque otro se ha agachado, porque seguimos siendo atractivos para alguien. Y después dar la espalda e irnos, sin mucha pena ni gloria, pero haciendo como si fuese pura gloria.

Quisiera recordar más. Tengo pésima memoria. Pero por lo menos me quedo con esta sensación, con saber que estuve ahí, con tener todavía dando vueltas todas estas ideas, con reconocer que fue y es importante.

Mapocho N^o 1 (Órgano de la Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional).

El tamaño y la densidad de este *Mapocho* que echa a andar caudalosamente nos recuerdan de inmediato los muy característicos de los *Anales de la Universidad de Chile*. No es simple casualidad: los creadores de este órgano de cultura recrean el que dejaron. Los dos escritores que dirigieron los últimos tiempos de los *Anales*—Guillermo Feliú Cruz y Juan Uribe Echevarría— dirigen ahora *Mapocho* y no se apartan del espíritu que mantuvieron en la primera de las publicaciones mencionadas. Quieren continuar una labor que, sin equivocarse, juzgan útil para el país. El público que posee curiosidad intelectual no es escaso entre nosotros. Necesita buena lectura. Y esta la encuentra en sus páginas que sirvan de estímulo a su inteligencia, a su sensibilidad, a su afán de conocimiento. De aquí que no creamos desacertado el suponer que *Mapocho* tenga una amplia acogida. La selección de los trabajos que en este número se publican es de veras encomiable y permite pronosticar que, en los venideros, no habrá razón para que desmejore. No es una publicación hecha al azar, dispuesta a satisfacer compromisos. La preside una noción muy clara de cuáles temas son necesarios a nuestra cultura y de cómo deben desarrollarse para que no haya lector que se sienta ajeno, desorientado, aburrido. No es un periódico para especialistas ni para quien, sin preferencia alguna visible, desea revolotear, despreocupado, por páginas escritas que le ayudan a matar el tiempo, talvez para defenderse de cómo le está matando.

Nos es imposible comentar cada uno de los trabajos de este número inicial. Muchos de ellos exigen, separadamente, mayor espacio del que disponemos. Basta indicar el sumario: “Una comedia chilena de Lope de Vega”, por Elena Martínez Chacón; “La repetición creadora en Pascal”, por Mario Ciudad; “El velero en la botella”, pieza en tres partes de Jorge Díaz; “América en la historia universal”, por Carlos Keller; “Existencialismo teológico” por Enrico Castelli; “Raquel”, poemas de Enrique Lihn; “El arte nuevo y la técnica dramática de Lope de Vega”, por Giovanni Sinicropi; “La rebelión de las manos”, por Raimundo Chaigneau; “Vida y obra de Pablo de Rokha”, por Fernando Lamberg; “La formación musical de Debussy”, por Vicente Salas Viú; “La extensión cultural de la Biblioteca Nacional”, por Armando González Rodríguez; “Heine en el mundo hispánico”, por Udo Rukser; “Los ramos del domingo en Conchalí”, por Hugo K. Sievers; “Festival Claude Debussy en la Biblioteca Nacional”, por Ernesto Galliano; “Guía de las noches de Lope”, por Alfredo Lefebvre; “Temas y problemas de dos novelistas: Hesse y Pérez de Ayala”, por Fernando Uriarte; “La dura espina de Saba”, por Armando Uribe Arce; “El presente, tiempo de la acción”, por Héctor E. Herrera Cajas; notas bibliográficas y bibliografía chilena.

Quien recorre con alguna atención este sumario advierte enseguida que la literatura, la filosofía, la historia, la sociología, la música, el folclor están interesantemente representados en este primer número de *Mapocho*. Podemos celebrar, pues, muy cordialmente su aparición.

En primer lugar, debo agradecer a Ana María por incluirme en la celebración de su obra *Sesgos*.

La verdad es que me siento muy honrada, además, por compartir esta mesa con otra autoridad de las letras, Cristián Warken, un catador de literatura como lo han definido por ahí.

Sin embargo, antes de entregarles mi punto de vista sobre esta obra, quiero referirme brevemente a su autora.

Conozco a Ana María hace algunos años y uno de los aspectos que me han hecho coincidir con ella –pese a lo difícil que es coincidir con las amistades a ciertas alturas de la vida– es justamente su aproximación a la literatura. Y ello no sólo debido a su pasión por las letras, sino también por una capacidad difícil de igualar, de transmitir y traspasar sus conocimientos y apreciaciones. Los hallazgos –al menos para mí– de Ana María en el *Quijote*, por citar un ejemplo, son fuente de reflexión, de curiosidad por la obra, y de risas y admiración por el ingenio exhibido por Cervantes.

Y es precisamente este tipo de experiencias vividas con su novela el que me ha llevado a escribir algunas notas en torno a *Sesgos*.

En primer término, abordaré este comentario desde una perspectiva subjetiva, y con ello me refiero a lo que me quedó dando vueltas: aquellos trozos o episodios o reflexiones de la novela que soy capaz de reproducir o incluso de pensar a partir de mi experiencia de vida. En este sentido represento a un lector cualquiera al cual le llega esta obra a sus manos y una vez concluida, y ya en otro momento, recurre mentalmente a ella.

Y en segundo lugar, destacaré ciertas categorías que, a mi modo de ver, atraviesan *Sesgos* y la hacen una obra atractiva.

Hago esta distinción no porque vaya a seguir este orden, sino más bien porque iremos entretejiendo una lectura de la novela desde ambas perspectivas.

Una novela de la pequeña historia ya es un comienzo atractivo. *La petit histoire* que de algún modo los franceses van convirtiendo en la historia de la vida privada, que deambula por historias minúsculas, que se opone a la historia de los acontecimientos mayúsculos, a la historia de las instituciones, que recorre las mentalidades, es una fuente de reflexión personal.

Y ello estriba, en parte, en que la historia –y también la novela histórica grande o pequeña, de personajes o de seres anónimos–, la historia, repito, de la vida privada más allá de consistir en una narración pormenorizada de cambios en las costumbres, formas de comer, de cubrir el cuerpo, temores, epidemias y modos de vida –entre otros– cada aspecto de esas vidas allí tratadas, son

* Presentación de la novela de Ana María Maza: *Sesgos: novela de la pequeña historia*, Santiago, Tajarar editores, 2005, 223 págs. Ceremonia realizada en la Sala Ercilla de la Biblioteca Nacional de Chile el 21 de noviembre de 2005.

productos y contienen profundas transformaciones, cambios que reflejan una sensibilidad, emociones, actitudes éticas, que buscamos para nuestras vidas o nuestra estructura psíquica. Baste citar, por ejemplo, los trabajos de Steven Mintz¹ donde expresa qué parte del valor de las innumerables fuentes como textos familiares, fotos, retratos, diarios, cartas de amor, novelas y otros dan cuenta de que la vida privada es una clave fundamental para entender la felicidad en las personas. ¿Y por qué no la nuestra?

Sesgos también es un repositorio de los pensamientos más íntimos, inconfesables de un grupo de personas, que se ubican en la base y en ocasiones determinan no sólo las conductas de las protagonistas, sino casi imperceptiblemente para nosotros los lectores, van descascarando los convencionalismos para instalarnos con crudeza en los pliegues del espíritu de ellas y de nosotros.

“El sentido del tiempo –consigna una sentencia inicial– es una fuente de placer para cualquier observación”. Y de ello da cuenta con particular dedicación este trabajo. Y es que en *Sesgos* no sólo leemos y vemos a muchas mujeres y también algunos hombres, que nos descubren sus emociones y pensamientos, en un desarrollo que recorre cincuenta años aproximadamente en la vida de sus personajes y en la vida del país en su conjunto, al menos en los hitos fundamentales.

Y esta categoría tan propia de la historia, una vez aplicada a las vidas privadas, nos permite disfrutar, porque de una manera sutil casi desprogramada nos lleva de lo privado a lo público, en una trama que da pie para realizar el mismísimo ejercicio en nosotros. Un ejemplo al pasar: Lucía, la mujer amante incondicional de su marido, destruida por los acontecimientos, la vemos en Suecia viviendo el desarraigo, el desarraigo y no pertenencia, la confusión y remembranza de olores y sabores, navegando como los salmones río arriba a contracorriente, al punto de llegar a una transacción sólo entendible por el transcurso de la vida política y su consiguiente impacto en lo personal: como lo expresa Marité, Lucía insiste: “Mírame a mí, es fácil cambiar un marido por una ciudad... si no encuentras marido tienes que encontrar tu ciudad”.

La novela insinúa e invita, a mi entender y sentir, a detenernos en la tensión entre tiempos pasados, de algún modo precarios, severos, sobrios y tiempos a veces delirantes con una globalización donde reinan una estética impersonal y un orden casi orweliano.

El tiempo también está presente en las reflexiones de las protagonistas, en momentos que la obligatoriedad de brindar consejos las lleva a la torpeza de “aconsejar sobre la levedad intrascendente del presente, como si siempre lo más importante fuera a existir en el futuro”.

Pero también va marcando los puntos de quiebre en la tensión entre los tiempos personales y los tiempos colectivos. Jóvenes que, entre continuidad

¹ Steven Mintz (University of Houston. <http://hfac.uh.edu/mintz/> accesado en febrero octubre de 2005).

y transformaciones, están “encabalgados con dificultad en dos épocas que se mostraban las espaldas”.

A estas alturas se preguntarán las razones del énfasis con que me empeño por este ir y venir entre lo privado, lo público y lo personal. Es que de algún modo esta novela logra lo que muchas veces los historiadores no alcanzan y que la novela histórica, y esta en particular, sí lo logra. Me refiero a ese gran poder de desplazarse por esos meandros que llevan desde las raíces hasta las más altas esferas, es decir, desde los pensamientos e ideas conformados quizás en la infancia hasta instalarse en nuestra adultez y de allí al entorno que nos rodea sea público, semipúblico o privado. En una palabra, logra que pensemos disfrutando historias.

Lo femenino. Gran tema. Pero la gracia, a mi entender, es que *Sesgos* lo trata de manera desenvuelta, con libertad, sin temor a lo correcto o incorrecto, de un modo polivalente, con sus contradicciones dejando en evidencia seres por los cuales pasó una aplanadora, una explosión atómica y donde lo que quedan son cuerpos desollados.

Seres femeninos que actúan a ratos “a lo que te criaste” y en otros momentos signados por el tiempo respondiendo a un deber ser, o siendo coherentes a su ideario o también hundiéndose en pantanos cada vez más profundos de lo impostado, oscuro y tétrico de su ser.

Es que a Emilia y María Teresa uno termina por conocerlas, lo verdadero siempre, aunque tarde, brota y como dice Serrat, lo que no tiene es remedio. Personajes arribistas –prefiero marido mañoso, pero importado había dicho la curicana–, frías, calculadoras, con los afectos ordenados –aunque a poco andar uno va percibiendo las contradicciones que las acompañan y las diferencias que las distancian. Inseguras, terriblemente inseguras, al punto que al igual que sus madres añoran un hombre –o en el caso de Emilia da lo mismo que sea hombre o trabajo, mejor trabajo– que las proteja, que las abrace, las acurruque y termine por meterse en el bolsillo de la chaqueta. Pero no. Hay que ser militantes de lo moderno hasta el fin. María Teresa necesitaba “la búsqueda inmediata de una información que nos ordene los agujijones de la adrenalina, (que) pueda dirigir en un instante todos los movimientos”.

Y dentro de este mundo femenino, la adrenalina y la fuerza del poder. El poder transmitido en el diseño de una oficina llena de cables coaxiales o de movidas con la prensa o simplemente en un juego de saludos y guiños para descolocar a la adversaria.

El lenguaje irónico que graciosamente se desliza constituye con su uso, a nuestro modo de ver, en un vehículo privilegiado para articular los personajes y sus debilidades. Es que, como lectores, nos divertimos con estos toques que van desde los bluejeans, prenda que sin ser mencionada se la define como “los pantalones simbólicos de las próximas igualdades”, o “las tinturas y cirugías democratizadoras”, hasta aquello aplicable a las mujeres a través de la novela, eso de “...ni hablar del apoyo, tipo mármol de Carrara, que le habrían aportado algunas palabras de amor”. Nada más cierto. O aquello de “seres exóticos que

carecen de esa habilidad elemental que aconseja no incluir a la buena memoria como carta de presentación social por ser considerada una de las grandes desgracias del mundo contemporáneo”.

La ironía y el sarcasmo juegan para cumplir su función de decir finamente, pero con lengua afilada, verdades en un registro de conductas y curso de pensamiento de los personajes femeninos, pero también de los masculinos. Nos referimos, por ejemplo, al empleo de la ironía para tratar la capacidad infinita que tenemos para mentirnos y terminar por hacer de esas mentiras hábitos que sólo se desarmen –al menos en la novela– con la decrepitud o la demencia.

Pero eso no es todo. Hay más.

La libertad con que se tratan ciertas emociones, sentimientos y afectos nos permite acercarnos a ellos con menos temores y prejuicios. Afectos que sufren trastornos en su desplazamiento desde lo sentido y experimentado por las personas y su traslado sustitutivo a los espacios y lugares. Las claves y códigos del cariño que deambulan por la realidad y la fantasía, confundiendo los planos y haciendo de los sueños una realidad de carne y hueso. El cinismo, en el sentido clásico del término, goza de momentos triunfales al advertirlos explícitamente en un “...no mantener la condición de dependiente emocional” por oposición a la mujer de Zmonovir, cuando sentencia: “Si Zmonovir no piensa en mí yo casi no existo, porque lo más importante de mi vida me lo daba él”.

En fin, podemos afirmar que la novela apunta a muchas polaridades; sin embargo, quizás la polaridad de la indefensión y protección alcanza niveles interesantes, trasladándose de generación en generación, con diferentes modalidades, pero siempre acaparando un lugar en el alma de los protagonistas de *Sesgos*.

Y por esto finalmente, y con ello no se agota una reflexión en torno a esta obra, pensamos que la novela de Ana María también puede ser leída como la historia de los afectos y sentimientos en dos generaciones, en dos épocas. La historia del sinsentido, la historia de la culpa y del remordimiento, la historia de la envidia y la ambición, la historia del estoicismo llevado a una conducta alimentada por la veneración de la frialdad. La historia del costo de perder lo femenino por terror quizás a ser otro, diferente, complementario, pero igualmente feliz o infeliz. La novela nos deja con sabor de ¿cuál es el sentido de despojarse de lo femenino?

Pero si de sentimientos y emociones se trata, echamos de menos algunas gotas de mayor optimismo. O quizás, esa es la mejor lectura de *Sesgos*, una polaridad que la concluye el lector.

PRESENTACIÓN DE LA *HISTORIA GENERAL DE CHILE*
DE DIEGO BARROS ARANA*

Alfonso Calderón

Sergio Villalobos, a quien debemos el magnífico prólogo de la *Historia general de Chile*, ha hecho, con inteligencia y fervor constantes, de la figura y obra de don Diego Barros Arana una misión que lleva a justipreciar a un paladín y, como lo ha expresado, a ser “el punto más alto de la historiografía chilena del siglo XIX”.

Lo que vale la pena tener presente en esta nueva edición es que ella incluye las correcciones manuscritas hechas por el propio Barros Arana en su ejemplar personal, conservado en la Sala Medina de la Biblioteca Nacional. Y, por ello, se trata de una reedición que permite ver qué aspectos van tomando estas revisiones en el conjunto de los dieciséis tomos (más el índice que aparecerá más adelante).

Yo sentía, a los 16 años, que era un escritor y mi relación con la historia era más bien de segundo grado. Aún más, y permítaseme acudir al yo autobiográfico, en 1947 mi excelente maestro del Liceo de Temuco, Julio César Jobet, hacia el invierno, me reprochó, al corregir mi prueba bimestral, el dedicar sólo veintidós líneas, con letra menuda, a mi respuesta. Apelé a la frase de rigor de Gracián, en defensa de lo breve, y agregué, con el desparpajo que él no tomó por insolencia: “Don Julio, toda la historia de este país cabe en un cuaderno empastado de doscientas páginas”. Sonrió y su respuesta fue: “¿Qué diría don Diego Barros Arana?” Y entonces decidí leerlo, en dos meses, a saltos, postergando al primer Sartre, al primer Kafka, mis ídolos de entonces. No me he arrepentido.

Julio César Jobet expuso que Barros Arana trató de dar a la investigación histórica “un sentido científico con métodos y principios extraídos de las ciencias naturales y con un marcado afán de encontrar leyes causales inmutables en el acontecer histórico nacional, que es producido bajo la idea del evolucionismo y del principio de progreso”. Dieciocho años de trabajos de Hércules, en medio de las convulsiones políticas de su tiempo, de sus tribulaciones personales, de los debates ideológicos entre el laicismo del Estado y la línea que patrocinaba la Iglesia.

Lo expresado en párrafos anteriores es dicho sin ambages: “Casi no he dejado pasar un solo día en que no haya escrito a los menos una página de esta ‘Historia’. Este trabajo incesante, que podría aparecer en exceso monótono y abrumador, ha sido para mí el más grato de los pasatiempos, el alivio de grandes pesares y, casi podría decir, el descanso de muchas y muy penosas fatigas. Al dar fin a mi tarea sentí, más que el contento por ver realizados mis propósitos, una impresión de tristeza que en circunstancias análogas han experimentado

* Palabras de Alfonso Calderón, en la presentación de la *Historia general de Chile*, de Diego Barros Arana, ceremonia realizada en el Salón de Honor de la Universidad de Chile

otros autores al abandonar una ocupación que había llegado a ser una necesidad de la vida”.

Expone, describiéndola, la forja del libro magistral, lo cual nos permite apoyar los juicios: “Al emprender esta historia, he adoptado de propósito deliberado el sistema narrativo. Me he propuesto investigar los hechos con toda prolijidad en los numerosos documentos de que he podido disponer, y referirlos naturalmente con el orden, el método y la claridad que fuera posible, para dejarlos al alcance del mayor número de los lectores”.

En el trabajo que intituló “Mis confesiones” deja constancia de que habrá en el futuro más información de los asuntos, iluminando en plenitud la historia nacional. “Todo hace creer –dice– que investigadores más afortunados que yo descubrirán hechos y accidentes que me quedaron desconocidos, y que si bien estos no modificarán, según creo, el fondo de la historia, agregarán nueva luz y nuevo colorido a alguna de sus partes”. Augura que más tarde su “Historia” habrá de ser consultada “como punto de partida para la futura investigación, y como fuente abundante de noticias de primera mano”.

Don Crescente Errázuriz, el arzobispo-historiador, defendió muy noblemente la obra de quien tenía otra visión con respecto de la suya: “Se podrán –anota– añadir uno y muchos episodios, rectificar errores que no es posible evitar en trabajos de tanto aliento, presentar en diversos aspectos hechos apreciados con distinto criterio, pero el fondo de la narración ya está conocido”. No es un gesto desconocido. Mariano Latorre ha recordado el momento en que, a las puertas de la Catedral de Santiago, un día de misa dominical, se cruzan don Enrique Mac-Iver y don Abdón Cifuentes y, quitándose los sombreros con natural cortesía, dan en consolidar, en el espacio social de su tiempo, una imagen de la coexistencia que no impedía ni el arduo debate en la prensa o en el Parlamento o en los consejos universitarios.

Barros Arana, el gran faro rector se halla en las líneas en donde se cruzan el pasado, el presente y el futuro. Walter Benjamin, ese genio universal, escribió alguna vez acerca de la necesidad de “encender la chispa de la esperanza”. El progreso –pensaba– habrá de nacer del proyecto de una “colosal visión de los hombres”, que debería tomar distancia de las nociones de los utopistas (Fourier, Étienne Cabet, por ejemplo) a fin de hacer de lo desiderativo una suerte de palanca que ayudara a mover los materiales de construcción que se requieren para construir el gran edificio de la Historia.

Malraux, en su libro de conversaciones con el General Charles de Gaulle advertía que el riesgo derivado de la visión de los intelectuales consistía en hacer depender su ideología de sus sentimientos. Y se pregunta, además, si el lenguaje de la economía y de la sociología aportado como *ultima ratio* por la nueva generación (piensa en la que hará posible los hechos de mayo del 68) dura en el tiempo. Por costumbre de buscar fines para sus medios, indaga acerca de qué ocurrirá con voces modales de ese tiempo, en cien años y en quienes las oigan en sus ecos lastrados: alienación, estructura, desmitificación, fuerzas malthusianas, frustración, civilización de consumo.

Y ahora, a los laúdes por la gestación y desarrollo del proyecto que hoy nos reúne. La Editorial Universitaria, que vi en los días de su nacimiento, en 1947-1948, ha hecho posible que la cultura del país se refleje en las publicaciones con su magnífico catálogo. Vanos han sido los días luctuosos en que un pez de aguas abisales casi logra viscerar a la editorial. Por fortuna, el apoyo de la Universidad de Chile, de su Rector, don Luis Riveros, y del Consejo Universitario ayuda de continuo, día a día, a consolidar los trabajos de recuperación. La publicación de esta *Historia general de Chile* es una forma de volver las aguas a su gran cauce natural.

Más agradecimientos públicos. La Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, mediante el trabajo de sus Directores, ha permitido que la cruzada en pro de esta obra magna que hoy presentamos, con la labor ímproba del Centro Barros Arana, con su creador, Sergio Villalobos, y su continuador, Rafael Sagredo, con cada uno de los que, en un trabajo que parece propio de los copistas medievales o de los iluminadores de los vitrales de las iglesias, han hecho posible esta colección. Los empeños, apoyados de manera noble, por el Consejo Nacional del Libro y la Lectura, que ha tenido paciencia de Job, restañando las heridas de la involuntaria demora en la publicación, constándole la buena fe y la palabra empeñada que don Eduardo Castro y el actual Directorio de la Editorial Universitaria han puesto en la línea del cumplimiento de la ley, permiten acoger este fruto en sazón.

No podría terminar esta exposición, en los doce minutos prometidos, sin decir que me consta el interés que ha demostrado desde días lejanos en los que el señor Presidente de la República, don Ricardo Lagos, era el Secretario General de la Universidad, por los libros, por los proyectos de publicación, con el estímulo constante que, sacándolo de asuntos difíciles y más arduos, lo hace pensar en toda biblioteca como un deber del Estado. Días tendrá, en el descanso que le procura Caleu, poniéndose en guardia de los visitantes, para acogerse plenamente al sagrado de los libros, en compañía de su familia. Luis Oyarzún, que amaba esos mismos parajes, leía fragmentos de las obras de Homero, en medio –como lo refirió en su *Diario*– del “olor fijo y fugaz de la flor del espino” y de aquel de las lilas, “de melancólica liviandad”, en tanto, “vergonzoso, con sus pequeñas estrellas cremosas, florece el huingán”.

RESEÑAS

ALEJANDRA CASTILLO, *La república masculina y la promesa igualitaria*, Palinodia, Chile, junio 2005, 99 págs.

“...con qué dificultades tropiezan cuando, deseosas de evadirse de la esfera que les ha sido asignada hasta el presente, pretenden participar del *Mitsein* humano”. Simone de Beauvoir, *El segundo sexo* (1949).

1. De un modo incipiente pero sostenido se han conocido últimamente, en Chile, investigaciones que hacen circular una serie de términos que podríamos reconocer pertenecientes al ideario “republicano”. Como si se buscara probar, en contraste tanto con los excesos del liberalismo como quizá también de los actuales escenarios *massmediáticos*, los rendimientos gnoseológicos y políticos de una mirada que no desea renunciar a una *res publica* entendida como aquel espacio cuya configuración compete a la ciudadanía como tal. Así voces tales como gobierno, soberanía, representación, vida pública, derechos cívicos y políticos, libertad e igualdad, *virtú*, ciudadanía activa, o el *vivere civile* de Maquiavelo, no han dejado de aparecer en distintos trabajos históricos y/o filosóficos.

No se trata sólo de la circulación de unas voces aisladas que, desplazadas por otras perspectivas analíticas, quisiesen en su hora nona demostrar su capacidad de sobrevivencia o de resistencia ante las arremetidas neoliberales. Se trata más bien de unas rearticulaciones conceptuales que suponen distintas reapropiaciones de la tradición republicana y que se proyectan en renovadas lecturas.

A modo de ejemplo se pueden citar las incursiones de Vasco Castillo quien, con la guía de Carlos Ruiz Schneider, se ha planteado el objetivo de leer desde la vertiente republicana el pensamiento político “fundacional”, permitiendo así el encuentro entre dicha vertiente y unos materiales que remiten a autores importantes de dicho período, tales como Camilo Henríquez, Antonio José de Irisarri, José Miguel Infante, Juan y Mariano Egaña. Sin menoscabo de las matizaciones que cabría introducir a una visión a ratos demasiado compacta, la constatación de un componente republicano en la “filosofía pública” chilena tiene el mérito de reorientar o reclasificar materiales dispersos, problematizando categorías tales como “autocratismo legal”, “racionalismo jurídico”, “Constitución moralista”, “anarquía” que, presentes en distintas interpretaciones sobre estas primeras décadas del XIX, no parecen del todo adecuadas para caracterizar aquellos inaugurales pasos de la evolución política e institucional.

Es claro que estas y otras incursiones se nutren del interés que el “republicanismo” viene suscitando desde hace algunas décadas en el mundo anglosajón,

de los esfuerzos no siempre nítidos de vincular y/o diferenciar esta tradición del liberalismo y de la democracia de masas, así como de la voluntad de concentrar la atención en emplazamientos propiamente político-públicos, se podría decir, más ligados a acciones, discursos o prácticas que a “identidades” o a lógicas económico-sociales. En el plano local, estas orientaciones pudiesen contribuir a releer textos que no debieran ser olvidados, como los de Ricardo Donoso o Julio Heise González.

Puestos en esta dirección, una primera cuestión que cabría preguntar es el modo como el texto de Alejandra Castillo, examinando los comienzos del feminismo chileno, dialoga con la matriz “republicana” que aquí estamos resaltando. Partamos diciendo que su ámbito no es ciertamente la subjetividad descontextualizada, sino la sociedad y, sobre todo, la politicidad y “publicidad” que le es propia, en correspondencia precisamente con uno de los componentes que se ha destacado como característico del “republicanismo”.

Su trabajo se asienta en unas acciones político-públicas que competen no sólo a los “derechos cívicos” (libertad de reunión, de prensa, de acceso a la educación, etc.), sino principalmente a la extensión igualitaria de los “derechos políticos” (participación política no diferenciada, voto universal, etc.). Es a este marco de acciones el lugar al cual se reenvía el naciente feminismo chileno. Este reenvío, con la particular atención que Alejandra Castillo presta a los “derechos políticos”, viene a ampliar aquel cerco que había restringido las primeras manifestaciones de mujeres en Europa (y también en Chile si recordamos el trabajo de Ana María Stiven sobre *El Eco de las Señoras de Santiago* de 1865), exclusivamente volcadas a la defensa de “derechos cívicos”.

A la luz de este modo de disponer las cosas, nuestra autora podrá examinar la tiesura de unos discursos y acciones que no logran transitar entre la defensa de la “libertad”, entendida como autonomía y no sólo como mera protección ante extrañas interferencias, y la “igualdad”, entendida como ausencia de diferencias o de discriminaciones políticas o sexuales. En la imposibilidad de este tránsito, bajo la impronta de John Stuart Mill (traducido en Chile por Martina Barros), en la fluctuación de estas dos nociones claves, el naciente feminismo chileno revelará, paradójicamente quizá, toda su consistencia o capacidad de adaptación histórica. Serán, entonces, los tópicos del “cuidado”, del “altruismo” o de la “maternidad”, y no el valor más desafiante o comprometedor de la “igualdad”, por ejemplo, los que facultarán el ejercicio de unos derechos o la constitución de unos espacios de opinión pública femenina no reñidos con el país o la modernidad que se buscaba desarrollar.

El tablero permite unos rendimientos que no se agotan en uno de sus movimientos más visibles. En el seno mismo de la historicidad que lo define, el texto que comentamos reabre unas interrogantes que no parecen ser ajenas a problematizaciones importantes del feminismo contemporáneo. Estamos pensando en la relación o tensión entre las legitimidades propias de la emancipación política, por un lado, y las de “cuarto propio”, por el otro. O mejor dicho, entre la aspiración a la “universalidad” y las expectativas de la “singularidad”,

o incluso de esa “diferencia inasible” que subraya el texto. O, por otra parte, volviendo al ámbito más pertinente, entre el valor de la “igualdad” y el de la “libertad”. ¿En qué momento el valor de la “igualdad” se debilita ante el de la “libertad” o cuando la extensión del primero arrasa con el segundo?

Castillo nos instala, respecto de estas interrogantes, en una *aporía*, que nos es revelada a través de una exploración que combina el viaje genealógico con la problematización, y que no pretende ser superada, sólo desplazada o diferida. Aun cuando –en la línea de Hannah Arendt– el texto no separa la *polis*, la ciudadanía concebida como un espacio plural y distintivo, de una “condición humana” adscrita precisamente a esta dimensión, esta perspectiva no es suficiente para autorizar ninguna “resolución” de los términos implicados en dicha *aporía*.

2. El análisis no concluye, sin embargo, con este rico diálogo con el “republicanismo”. Se inserta también en un espacio muy activo de interpretaciones que se ha venido desarrollando últimamente en Chile, en el ámbito de las(os) historiadoras(es) principalmente, y que toca fines del XIX y las primeras décadas del XX. A pesar de no hacer referencia explícita a este espacio –gesto que habría sido aconsejable–, su autora establece aquí una nítida diferencia, que vale la pena hacer notar como un modo de calibrar mejor su aporte o lugar en este espacio interpretativo. No hay aquí sólo un cambio en el diagnóstico, sino también en los criterios a través de los cuales se levanta una conjetura posible.

Hasta donde alcanza la información que disponemos, tres parecen ser los puntos de vista que, enfocados a un “universo” social relativamente homogéneo aunque a distintas “muestras”, se han venido manifestando respecto de las escrituras de mujeres en el período indicado.

Nos encontramos, por un lado, con una mirada que destaca un tipo de sensibilidad espiritualista, intimista y aristocrática, que ubicándose, según Bernardo Subercaseaux, “en las antípodas del varonil” “partido de la literatura nacional”, del costumbrismo y del criollismo que por esos años se imponía”, da cuenta de la irrupción de unas “mujeres ex-céntricas”, rebeldes con su propio sector social (v.gr. Iris). Azuzando esta perspectiva, Patricia Poblete y Carla Rivera plantean que la literatura producida por este “feminismo aristocrático” de comienzos del XX, con su énfasis en la subjetividad y en un cierto espesor femenino, va a revelar una capacidad de subversión solapada que se manifiesta en la propia construcción como sujetas de escritura, a la vez que evadiendo, y no enfrentando, el orden. Como si bajo la impresión que “la politique est très peu poétique” señalada por *La Revista Azul* de 1916 (Subercaseaux, *Genealogía de la vanguardia en Chile*) se escondiese una trasgresión mayor que la de aquellas(os) que reclaman tan sólo un puesto en el cosmos. Es evidente que no es este el tipo de escritura ni el camino de reconstrucción subjetiva ni tampoco –sospechamos– la “vocación” que Alejandra Castillo desearía expresar en su texto.

Por otro lado, y de un modo más cercano a la línea interpretativa y a la sensibilidad de nuestra autora, nos encontramos con un artículo de Carola Agliati y

Claudia Montero. En este se visibiliza un tipo de escritura, la de la revista *Acción Femenina* fundada en 1922 que, sin romper plenamente con ciertas validaciones que limitan el acceso de las mujeres a los escenarios públicos, la mueve el propósito explícito de revertir la hegemonía o el exclusivismo masculino en el ámbito de los derechos civiles y políticos. Es precisamente este último aspecto el que esta mirada va a recalcar. Si bien el texto que comentamos examina variables o equilibrios parecidos a los de este artículo, su perspectiva es en esta tensión menos “comprensiva” que la de las dos autoras mencionadas.

Hay un tercer punto de vista. Nos topamos ahora con una mirada que, desde una perspectiva marcadamente histórica, y haciendo un uso amplio y matizado de fuentes diversas, concentra principalmente su atención en el modo cómo determinadas escrituras e instituciones de mujeres pertenecientes a la *elite* sobrepasan la distinciones clásicas entre las esferas pública y privada, entre tradición y modernidad. Se resalta así el hecho que, a pesar de las sujeciones ancestrales en lo tocante a identidad femenina, estas escrituras e instituciones van a forzar sus propios umbrales, favoreciendo así tanto la situación de la mujer como las dinámicas modernizadoras en curso (ver *La belle époque chilena* de Manuel Vicuña, quien en este punto se refiere principalmente a La Liga de Damas Chilenas). El contraste con el texto de Alejandra Castillo se hace aquí aun más palmario que en el caso anterior. El texto que comentamos no sólo examina otro *corpus*, es igualmente nítido el distinto registro, más propiamente político y filosófico, que lo singulariza. Una distancia similar se puede observar respecto de los análisis igualmente históricos que han venido efectuando Ana María Stiven y Claudia Araya relativos a publicaciones de mujeres católicas.

No son las formas cómo las acciones o los discursos son transformados o reapropiados por procesos históricos no lineales –un tipo de lectura que no sería prudente desconocer su potencial–, los criterios hermenéuticos que Alejandra Castillo hace valer. Examinando universos ideológicos distintos a los que acabamos de destacar, más bien laicos y liberales (Martina Barros y Amanda Labarca), Castillo nos invita a pensar, como ya se ha insinuado, en términos “aporéticos”. Es esta específica invitación la que he creído ver como lo más novedoso de su texto, y el factor que le permite ocupar un lugar dentro del rico juego de interpretaciones que ha suscitado la irrupción de mujeres en el espacio público nacional. Se trata de ese juego polémico o callejón sin salida que significa un discurso moderno, que promueve la participación pública e incluso la autonomía de la mujer, y un discurso conservador que se apoya en los tópicos de la maternidad o la abnegación. Aquí radican, según nuestra autora, los rasgos distintivos y también los límites tanto de este “feminismo ilustrado” como de esa “república masculina” que lo llama a integrar un dudoso “gobierno familiar de la nación” (pág. 12).

Desde un arrimo menos historicista que los autores recién mencionados, pero sin alfojar respecto de las incomodidades que la filosofía pudiese representar para la historia –dos miradas que no siempre armonizan del todo: bastaría con mencionar la reciente e interesantísima discusión entre Marcos

García de la Huerta, Carlos Ruiz Schneider y Alfredo Jocelyn-Holt, en *Mapocho*, Nº 57, primer semestre 2005, Alejandra Castillo se compromete en dos líneas complementarias: en un diálogo activo entre pasado y presente, como lo haría una historiadora, y en los rendimientos propios de la crítica, que no teme desacralizar orígenes ni desestabilizar “precursoras” o teleologías, como lo haría una filósofa. Esta perspectiva no busca “recuperar” sin más un pasado que le es, por otro lado, ineludible, a la vez que no está dispuesta a renunciar a unos horizontes filosófico-políticos, matizadamente reapropiados. Me ha parecido oportuno destacar esta peculiar y fina “artesanía”, más allá de la absolutización en la cual podría caer cualquier disciplina intelectual.

CARLOS OSSANDÓN B.

CARLOS OSSANDÓN B. / EDUARDO SANTA CRUZ A., con la colaboración de Pabla Ávila F. / Luis E. Santa Cruz Grau, *El estallido de las formas. Chile en los albores de la "cultura de masas"*, Santiago, LOM Ediciones. Universidad Arcis, 2005, 303 págs.

La lectura de un libro supone un ejercicio que reclama no sólo un examen de la textualidad que lo constituye, sino todo aquello que pudiéramos llamar la *no textualidad*, queriendo significar con ello tanto los *silencios*, lo *no dicho*, como una serie de insinuaciones y guiños incrustados en la escritura y que, de algún modo, instalan un horizonte de comprensión en el lector.

El libro *El estallido de las formas. Chile en los albores de la "cultura de masas"*, de los autores Carlos Ossandón B., Eduardo Santa Cruz A., Pabla Ávila F. y Luis E. Santa Cruz Grau, exige, precisamente, un ejercicio que, de algún modo, trascienda la mera textualidad. Esto es así, porque estamos ante un rico acopio de materiales de primera mano y a un conjunto de autores que tornan el escrito en un libro polifónico. Lo sabemos, el desafío de todo coro es evitar a toda costa que el conjunto desaline: en esta obra esa primera tarea se cumple. En efecto, aun cuando detectamos varias voces yuxtapuestas, el decurso escritural encuentra continuidades y diferencias que se juegan en los énfasis y que, no cortan, empero, un fino hilo conductor que anima el libro entero.

Debemos aclarar que *El estallido de las formas* resulta ser un eslabón más de una tarea emprendida por los autores Ossandón y Santa Cruz desde hace ya más de una década y que ha dado lugar a una serie de publicaciones que preceden a esta que nos ocupa. De manera que para hacerle justicia a este libro es bueno y necesario tener en mente el conjunto de la empresa a la que nuestros autores han dedicado buena parte de su vida intelectual. En este sentido, nuestra mirada quiere recuperar más bien ciertos supuestos teóricos, no siempre explícitos, que organizan esta obra y que la ponen en perspectiva.

El libro que nos proponemos comentar se organiza en un primer capítulo que parece presidir lo que será el minucioso análisis de *El magazine* que constituye la primera parte (capítulos 2, 3, 4, 5), *Los diarios*, la segunda parte (capítulos 6, 7, 8, 9) y, finalmente, lo que nuestros autores llaman *Publicaciones especializadas y gremiales* (capítulos 10 al 13). El periodo en estudio puede datarse entre 1900 y 1920 aproximadamente, aunque para el lector atento abundan los alcances que extienden la mirada.

Como ya nos advierte Ossandón en el prólogo del texto, desde fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX asistiríamos a "una importante transformación o reorganización cultural" (pág. 4); dicha transformación resultaría de un alejamiento de los soportes del raciocinio político-ilustrado propio de la segunda mitad del XIX y la emergencia de nuevos soportes comunicacionales. Así, por ejemplo, el *género magazinesco* propio de *Sucesos* (1902), *Selecta* (1909) o *Pacífico Magazine* (1913) darían buena cuenta de esta mutación. En un análisis más fino, el cambio radicaría en ciertos principios formales y lógicas de distri-

bución de la información que están más allá de las *autorías* y de los *estilos*. Esta constatación atraviesa, en efecto, todo el estudio y da pie a una hipótesis de fondo que E. Santa Cruz enuncia de la siguiente manera: "...lo que hace la industria cultural es cotidianizar la modernidad" (pág. 18). En una línea próxima a aquella que expresara Renato Ortiz esta naturalización de la modernidad hace que los presupuestos del mundo nuevo que se avizora se tornen en sentido común para las masas. Esto explicaría, por ejemplo, cómo un orden oligárquico hizo que la vida cotidiana llegara a ser intolerable hacia los años 20. Es interesante advertir cómo el texto enfatiza, justamente, la dimensión cultural de la modernidad, con todo cuanto ella posee de lenguaje. La modernidad no es sólo un proceso de transformación tecno-económica, sino una mutación del *imaginario social* que, como afirma E. Santa Cruz, siguiendo a Ortiz y Berman, se expandió y se complejizó, alterando las categorías de tiempo y espacio, reconfigurando la "experiencia de la modernidad" (pág. 30).

De particular interés es la aproximación que propone Ossandón en *Zig-Zag o la imagen como gozo*. Al revisar la revista *Zig-Zag* (1905) nos previene sobre un desplazamiento desde lo puramente verbal hacia nuevas series visuales; esta preeminencia de la imagen y de la composición hace de esta publicación algo para ser más bien visto que leído (pág. 58). Ossandón nos recuerda que esta revista está en las antípodas de aquel axioma enunciado por Martí en cuanto a que "decirlo es verlo": en *Zig-Zag* es más bien la imagen fotográfica la que establece distancia y diferencia respecto de la serie lingüística. Al decir de Jacques Rancière, en esta nueva relación entre lo decible y lo visible radicaría, justamente, la politicidad de las prácticas artísticas y, por extensión, comunicacionales. Ossandón apunta en esa dirección e insinúa una mirada más amplia y abarcadora cuando señala: "No creemos que sea dicha ubicuidad /de la imagen/ la principal responsable del cambio de las pautas perceptivas contemporáneas, sino antes bien la generación de una condiciones o el despliegue de unas posibilidades histórico culturales que vienen de más atrás y que son, a nuestro juicio, las que han permitido o están en la raíz del atributo divino" (pág. 60).

No obstante una cierta radicalidad teórica en los hallazgos de la investigación, nos parece que estamos frente a una dialéctica inconclusa. En rigor, lo que Ossandón y Santa Cruz han descubierto es una transformación profunda de lo que llaman el *imaginario social* y que en otros contextos pudiera llamarse *conciencia burguesa*, una reconfiguración que se exterioriza como despliegues de superficies. Si en el arte el *collage* y el *ready made* representaron la nueva conciencia de las vanguardias, lo magazinesco es el dispositivo de la comunicación de masas que se hace cargo de la nueva concepción espacio-temporal, fragmentaria, próxima a la experiencia psíquica y social. En pocas palabras, una lectura posible de este libro, insinuada aquí y allá por sus autores, es que el estallido de las formas entraña nuevas formas del imaginario, es decir: el estallido de las formas no es sino el nivel signifiante de un cambio en el régimen de significación, tanto en su dimensión económico-cultural como en el modo de significación tanto a nivel de *conceptos* como de *perceptos*.

Es claro que una caracterización como la que se insinúa en el texto reclama unas operaciones que escapan a las pretensiones del escrito. En este sentido, pareciera que la extensa obra de Ossandón y Santa Cruz ha sido el dificultoso e imprescindible trabajo de campo, para arribar a la pregunta de orden filosófico cultural sobre la mutación de la conciencia burguesa en el Chile de fines del siglo XIX hasta la segunda década del siglo XX.

Para hacerle plena justicia al libro que comentamos, debemos hacernos cargo del aporte de dos nuevas voces que se incorporan a la investigación. En una primera lectura se advierte que tanto Pabla Ávila, como Luis E. Santa Cruz Grau no sólo extienden el análisis propuesto en las partes del estudio, sino que enriquecen la mirada con ciertas inflexiones que encuentran su pertinencia en el conjunto. Destacamos la singularidad de la voz femenina (capítulos 8 y 12), escrito de manera lúcida por Pabla Ávila, y *Los estudiantes de los años 20: la mirada de El Mercurio de Santiago* (capítulo 9), un excelente trabajo de Luis E. Santa Cruz Grau.

En el análisis de Pabla Ávila, hay una mirada muy contemporánea hacia la irrupción y expansión de la publicidad en cuanto "...un proceso de mutación y modernización del cuerpo..." (pág. 172); esta idea en torno a cierta administración del cuerpo femenino en su uso y circulación social nos parece un hallazgo nada desdeñable, pues como afirma la investigadora: "...la forma de presentación de las mujeres y sus cuerpos en esta publicidad de prensa se relaciona con el efecto de cotidianización..." (173). Así, es posible leer la prensa de la época como territorialidades de género y como una reelaboración simbólica de *lo femenino* desde el cuerpo como modelamiento o construcción, aun cuando constata una escasa presencia de temas asociados a mujeres, en particular, en el magazine *Zig-Zag*. De aquí, nuestra autora colige dos hipótesis: la primera, el formato mismo modificaría el tratamiento otorgado a temas relacionados con el género. La segunda afirma que el formato de prensa sigue un registro masculino. Sin pronunciarnos sobre tales hipótesis, reconocemos en ellas una intuición provocativa.

El trabajo de Luis E. Santa Cruz Grau aborda el problema de la construcción identitaria que hace *El Mercurio* durante los años 20 de la categoría "estudiante" y que sedimentará: "...un cierto sentido común sustentada en una ontología del ser joven y universitario" (pág. 186). Es interesante observar cómo Santa Cruz Grau va poniendo en evidencia las operaciones textuales que construyen una mirada política del medio. En efecto, a partir de una descripción de superficies discursivas, es capaz de ofrecernos una matriz que opera entre lo genuino y lo aberrante, fortaleciendo así un cuerpo de principios e instituciones sociales que remiten a la conservación del orden social y cultural.

El espacio periodístico chileno sufre un cambio importante en los primeros años del siglo XX. Ossandón es rotundo a este respecto: "...la prensa cambia su carácter" (pág. 155). Para nuestro autor, la cuestión radica en un nuevo sistema que construye artefactos y "significaciones" propias; en este sentido los lenguajes habrían adquirido una relativa autonomía. Ya no estaríamos ante

superficies en las que se proyectan solamente fuerzas sociales o políticas, sino que estaríamos frente a mutaciones en el orden simbólico: "...las publicaciones periodísticas que marcan este periodo instalan todo un juego de lenguajes y secciones, de saberes y géneros, que las transforman en unas instancias de enunciación cuya articulación tiene que ver más con dimensiones estratégicas o comunicacionales que con autorías, rúbricas individuales o "desvíos subjetivos" (pág. 155). En este punto caben dos advertencias: primero, la tesis implícita de una relativa autonomía de los lenguajes hacia fines del siglo XIX ha sido consignada por varios autores, entre ellos Jameson; segundo, se advierte un distanciamiento de la tesis de Foucault en cuanto a que si bien se reconoce un cambio en el carácter de la prensa, "...no habría que remedar en este punto el esquema de colapso y creación de 'epistemes' de *Las palabras y las cosas* de Michel Foucault" (pág. 155).

Muchos de los hallazgos de Ossandón se inducen del examen de *El Diario Ilustrado*, cuestión que debilita en cierta forma algunas afirmaciones de carácter general. En cambio, Eduardo Santa Cruz procede a una mirada de conjunto del campo periodístico del período que contextualiza muchos de los asertos de Ossandón. Cuando E. Santa Cruz nos narra la emergencia del "modelo informativo" mediante la irrupción de *El Mercurio* de Santiago (1900) y de cómo el crecimiento de un mercado informativo y cultural de tipo moderno determinó la aparición de géneros, estilos y técnicas periodísticas específicas, entendemos cómo una cierta economía cultural, un modo de producir, distribuir y consumir bienes simbólicos, modificó un régimen de significación. Conviene aquí tener presente la expansión capitalista y la subsiguiente división del trabajo, de la cual ni el periodista ni el poeta serán ajenos¹.

Destaquemos que E. Santa Cruz caracteriza el periodo como una transición hacia el periodismo liberal moderno, esto es, el abandono del periodismo ligado a la vocería y difusión de doctrinas a otro más próximo al emergente mercado informativo (pág. 123 y ss.). Nuestro autor establece al pasar una relación que nos parece crucial: "...la relación entre la democratización y masificación de la noticia con la democratización política. El fundamento de esa actividad mediadora es la existencia autónoma y objetiva de la noticia, portadora de su propia verdad" (pág. 121). Detengámonos en este punto. Se ha dicho que uno de los eslabones débiles de los llamados *Estudios Culturales* ha sido el énfasis en *lo cotidiano* en cuanto inmediatez experiencial psíquica y social de los fenómenos culturales. Esta crítica olvida el hecho de que la cotidianidad que se reclama es siempre *experiencia de algo* y que ese *algo* está ligado de manera directa o indirecta con un proceso objetivo, un principio de estructuración si se quiere, de reconfiguración simbólica, como es el caso de la *mediatización*. De tal suerte que los estudios de campo en esta línea constituyen la mediación entre una experiencia cotidiana (perceptual y cognitiva) y un proceso que se inscribe en las transformaciones

¹ Véase a este respecto el interesante texto de Ángel Rama *Rubén Darío y el Modernismo*, España, Alfadil Ediciones, Colección Trópicos, 1995, págs. 5-18; 35-79.

de un régimen de significación; esta mediación es tanto epistemológica como política. Así se entiende en toda su profundidad la tesis que subyace en todos los capítulos de este libro, en el sentido de que la modernidad se naturaliza en la vida cotidiana por la vía de los diversos dispositivos que exhiben los medios de comunicación en una época dada o como afirma E. Santa Cruz: "...lo que hace la industria cultural es cotidianizar la modernidad..." (pág. 18). Esta manera de leer este texto vuelve comprensible la operación que propone Ossandón, el tránsito desde determinados *acontecimientos discursivos* exhibidos en algunos soportes de la prensa periódica y ciertos sujetos enunciativos que modifican sus relaciones con la política, el Estado o el mercado de los bienes simbólicos (pág. 240 y ss.).

En una visión de conjunto, *El estallido de las formas* resulta ser un valioso aporte, tanto descriptivo como teórico, al estudio de la irrupción de la llamada "cultura de masas" en nuestro país. Una investigación que instala no sólo el examen lúcido y minucioso de los discursos de una época, sino que señala un horizonte de sutiles transformaciones en la conciencia de una sociedad burguesa a comienzos del siglo XX: del estallido de las formas a las formas del imaginario.

ÁLVARO CUADRA

FRANCISCO JAVIER VÉJAR P., *Bitácora del Emboscado*, Santiago, Ediciones ALSUR, 2005, 80 págs.*

Hay lugares que inspiran a la poesía, ya sea en alabanza o censura. Tradicionalmente, los poetas tienden a celebrar el campo o la pequeña aldea, oponiéndolos a la ciudad, como hace Gabriela Mistral en su: “Elogio de los pequeños pueblos”, que alaba la falta de materialismo. Jorge Teillier –cuya obra Francisco Véjar admira– también miró con nostalgia a su *small-town*, ubicado en la zona sureña de La Frontera. La Mistral prosigue en “Recado sobre Pablo Neruda”, donde cuenta que el bardo podía ofrendarnos “ciudades modernas en sus muecas de monstruosas criaturas”. Pero tal vez ella en su fase final no se refería únicamente a la ciudad, más bien tendió a presentar ambos lados de la vida urbana, el dolor y la ternura, que es la disposición visible de *Bitácora del Emboscado*.

Véjar describe la playa de Quintay como un escenario idílico, pero también puede ver a la ciudad como “único espacio donde encuentras una parte del cosmos”. Entiende que Santiago es un lugar donde uno entra en el “inmenso oleaje de las cosas” y descubre, como dice en una nota, “la caducidad y el esplendor del ámbito urbano”. De algún modo el océano se transforma en un emblema de la ciudad y hasta parece capaz, como declara Gabriela Mistral, “de tornar todo en una joya”. De regreso de la playa, Véjar asimila el tedio de la ciudad a la muerte que aguarda con sus oscuras multitudes; pero luego se reconcilia con la urbe y la ficción que encarna: “El sueño de alguien que no se reconoce / y se busca incesante en los espejos”.

La ciudad y su identidad son las imágenes que articulan el tema central de *Bitácora del Emboscado*. Hacen de este libro, pese a sus frecuentes alusiones románticas, un retrato realista y actual del hombre en busca de significado. No es casual que hable de “la pesadumbre de puertas y ventanas”, de una “extraña intimidad”. Se da cuenta que en la misma ciudad puede ponerse en contacto con la naturaleza, porque en sus parques “Siempre habrá algo que te guste; / como el vuelo del mirlo / o la compañía muda de los árboles”. Aún encontrando en ella innumerables barreras, con su “enigma de llaves y cerraduras”, ve en lo ciudadano su acceso a la cultura. En la costa, siente que algunos de sus amigos no apreciarían el mar por sí mismo, sino que buscarían en él sus propias imágenes. Ante eso repite su necesidad del océano, donde compara las olas con el fraseo rítmico de Charles Mingus, acompañado de un poemario del escocés Douglas Dunn. Su apego a la ciudad es inevitable.

Puede decir que el mar es “la única piedra filosófica que llegamos a poseer”, pero también la ciudad “nos une y separa de cuartos vacíos y sombras / que por un instante se encuentran / más allá de nosotros”. El poeta siente urgencia de descubrir lo inefable, lo incomprensible. Y es en la ciudad, con sus condiciones

* Traducción del inglés por Claudio Giacconi.

multitudinarias e impersonales, donde captura esa realidad que traspasa lo cotidiano. Este descubrimiento proviene a menudo de la relación con su amada y algunos objetos compartidos, simples ceniceros o libros de lomos quebrados que revelan un valor superior. Incluso desea habitar en un país semejante a los ojos y el cuerpo de su amada, quien llega a ser como extrañas calles que orientan su vida. Muchos de los versos celebran a otros poetas por buscar “ese lugar no cifrado”, irrecuperable.

Músicos como Mingus, Duke Ellington, Stan Getz o Chet Baker, aparecen en sus poemas viviendo en una ciudad ideal, abstracta. El poeta incluso puede contactarse con el arte a través de la calle que habita: Miguel de Cervantes. Y en su poema a Leopoldo María Panero, asocia la niebla de su pasaje citadino, con una estación mítica inspirada en este influyente poeta español.

En suma, la urbanidad nos une a mundos de significados dispares. El libro entero quiere construir puentes entre esos universos, equilibrando múltiples oposiciones: la opresiva y deprimente congestión de la ciudad, con sus puertas que pueden conducirnos al amor, la música y a ese “inmenso oleaje de las cosas”.

DAVE OLIPHANT
Universidad de Austin, Texas.

THOMAS FISCHER/ANNELIESE SITARZ (eds.), *Als Geschäftsmann in Kolumbien (1911-1929). Autobiographische Aufzeichnungen von Hans Sitarz*. Frankfurt am Main: Vervuert Verlag, 2004 (Lateinamerika-Studien Band 46), 313 páginas.

El presente texto corresponde a la publicación de unas notas autobiográficas hasta entonces inéditas de Hans Sitarz (1889-1995), hombre de negocios y banquero de origen austriaco, formado profesionalmente en Alemania, quien pasó gran parte de su vida en América Latina y Estados Unidos. A comienzos de la década del cincuenta del siglo XX escribió sus memorias y recuerdos, de los cuales se han seleccionado aquellos capítulos referidos a su estadía en Colombia entre 1911 y 1929. Tal y como los editores lo destacan en la introducción, estas notas autobiográficas describen los inicios y ascenso de Hans Sitarz, desde sus comienzos como simple empleado de una firma alemana en Colombia hasta su nombramiento como director de banco. Sitarz describe el ámbito laboral colombiano, las empresas, las personas con las cuales trabajó, la situación económica de entonces, como también la sociedad por él percibida y ciertas regiones colombianas.

El presente documento se yergue como algo más que unas *Notas autobiográficas* de un hombre interesado sólo en la economía. Si bien los editores subrayan su importancia como documento para el estudio de las empresas, la dinámica de una firma germana en tierras latinoamericanas o para el conocimiento de casas comerciales alemanas hasta ahora ignoradas —como la *Ernst Pehlke*— resulta notable la intencionalidad narrativo-descriptiva de sus memorias. Sitarz describe lugares, costumbres, formas de sociabilidad, arquitectura, si bien en vinculación con sus actividades económicas, inscribiéndose en tanto narrador en el estilo de los viajeros europeos en el Nuevo Mundo. El banquero compara en concordancia con su posición céntrica, de ahí que aspectos tales como la higiene, la limpieza, el orden, etc., sean elementos a partir de los cuales éste evalúe el territorio latinoamericano. La posibilidad misma del conocimiento de los paisajes tropicales como parte de un sueño que llega a ser realidad lo hace parte de toda una tradición, que lo remonta hasta el mismo Alexander von Humboldt (p. 30).

El potencial de estas notas autobiográficas como fuente histórica se puede analizar desde dos entradas. En un sentido, resulta importante para el estudio de Colombia: los editores ponen de relieve las descripciones que Sitarz realiza de paisajes aún “salvajes”, así como su articulación en tanto cronista de sus progresos técnicos y transformación modernizante. A partir de sus observaciones es posible recoger informaciones sobre la infraestructura vial y las comunicaciones, formas de producción, como también mentalidades. Junto a lo anterior, se destaca la visión de Sitarz respecto de la sociedad colombiana, en especial de su minoría de origen europeo. En otro sentido, el texto otorga una perspectiva de interés a aquellos estudiosos del mundo europeo en una dimensión internacional: Sitarz

se concibe a sí mismo en tanto portador del mundo moderno, “tocado por el progreso económico” (p. 21).

Finalmente, el texto aquí reseñado resulta un notable acceso al conocimiento histórico de los europeos que permanecieron fuera de su país durante las guerras: sus problemas, tomas de posición, así como sus conflictos e inserción en aquellos países no directamente involucrados.

CARLOS SANHUEZA

INÉS ECHEVERRÍA BELLO, *Memorias de Iris: 1899-1925*, Santiago, Aguilar, 2005, 581 págs.

Por el eco misterioso que permanentemente rondó a quienes, prendidos por la originalidad que conlleva conocer una materia que otra persona desconoce, alguna vez quisieron indagar en las manifestaciones del espiritismo chileno, las *Memorias de Iris* adquirirían categoría de mito urbano, que circulaba de boca en boca, y cada vez que se las nombraba, a más de un historiador se le desfiguraba el rostro pensando que algún día pudiesen ser editadas. Y llegó, afortunadamente, aquel día, esperando, eso sí, que después de tanta batahola, este no sea un libro que pase inadvertido para críticos, investigadores, académicos, y que, como ocurre con muchos otros, sea sólo un fetiche de quienes hacen del recuerdo y el secretismo la única de sus defensas posibles ante el ataque inevitable de *best-sellers* de dudosa reputación literaria, tan abundantes hoy día.

La lectura de estas memorias plantea la necesidad de preguntarse sobre cómo y desde qué posición leer y comprenderlas. Si, por un lado, atribuir las a las revelaciones que de una “iluminada”, de alguien que con naturalidad se comunicaba con los muertos, y que supo hacer de su vida un camino de trascendencia espiritual; o si, como aquellos escépticos racionales que desconfían de la capacidad del ser humano para relacionarse con las almas en vilo que “flotan” en el aire, consideran que las *Memorias de Iris* no son más que el registro literario de una escritora de la clase alta acomodada chilena que tuvo el tiempo y los medios económicos para dedicarse a escribir sus “extravagancias”, y que solamente debe ser considerada como tal, es decir, como una escritora sensible y prodigiosa, imperfecta en su estilo, pero por eso mismo atrayente, diferente al resto de los creadores (de ambos sexos) chilenos, y no más que eso. La disyuntiva plantea, como podremos darnos cuenta, más de una complejidad, a la vez que obliga a quien se aboca al trabajo de comentar este texto, a ponderarlo adecuadamente, considerando algunas variables, siendo la más importante, a nuestro entender, la de reconocer la naturaleza testimonial y estilística de esta obra, considerando que fue redactada muchos años después que ocurrieran los hechos descritos, lo que le permitió, si vale la expresión, moldear los sucesos narrados de acuerdo a un estado de ánimo determinado por las circunstancias particulares de su vida. Para corroborar fechas, situaciones confusas o los nombres de algunas personas, Iris recurrió con frecuencia a su *Diario*, que, sin duda alguna, constituye, creemos, su legado testimonial más auténtico y verdadero, puesto que en él se hallan sus impresiones en su condición más pura, expuestas al mismo tiempo a las arbitrariedades que dictaminan los sentimientos, pero, a su vez, a aquel estado de fidedigna expresión que únicamente pueden otorgar quienes se expresan con sinceridad; Iris fue una de ellas, y de las escritoras auténticamente más genuinas y originales.

La misma complejidad que Iris le atribuye al ser humano, tanto en su condición de ente material como ser espiritual, trastocada por una fina sensibilidad

artística y también por arranques místicos, además de intereses mundanos y carnales, conformando de esta manera un temperamento complejo y atractivo a la vez, puede ser aplicada para tratar de comprender la propia personalidad de esta escritora, la misma que, por extraños motivos, tenemos la impresión de que ha vivido en el limbo, en un estado de vaguedad e imprecisión absoluto, por momentos concreto, pero que luego se hace más volátil aún. Esta situación, creemos, no es antojadiza, si consideramos que en Chile es una práctica común que la prensa o la opinión pública, en general, coloquen en una condición de intemperancia a aquellas personas, más aún si son artistas o intelectuales, las más de las veces tildados de “locos” o incomprendidos, que sobresalen por sus cualidades, extravagancias o irreverencias. Responde, más bien, a una práctica generalizada y recurrente en el país, con el sentido de emular sin límites a quienes son diferentes o distintos al resto de los mortales, y pasan a engrosar una categoría del ser humano a la cual es muy fácil entrar, pero prácticamente imposible salir de ella. Representan lo que podríamos llamar, de alguna manera, los mitos nacionales, y que Joaquín Edwards Bello, desde la literatura, y Alfredo Jocelyn-Holt, desde la historia, se han preocupado de indagar.

Ahora bien, una vez advertidos de esta situación, pasaremos a revisar algunos lineamientos generales que consideramos fundamentales para comprender a Iris y el carácter de esta publicación, para posteriormente referirnos a ciertos temas que “rondan” (cual espectro fantasmal evocado por la propia Iris) en estas páginas, las que desde un primer momento atrapan al lector, ya sea por la predisposición que existe hacia ellas, alimentada por ese halo de expectación editorial persistente durante muchos años de espera, o por su magnetismo estilístico dotado de un estilo literario único, que oscila entre la displicencia y la extrema precaución de quien sabe que la escritura es, descontando su capacidad sanativa y la fascinación emocional que provoca, una manera de comunicarse con otros seres humanos, una forma, la única que Iris conoce, de manifestar estéticamente los sentimientos u afectos que tiene aprisionados en su corazón o en su espíritu, y que no sabe expresarlos si no es por escrito. Y quien así lo siente, atizado por la voracidad lectora, podría llamarse a sí mismo, no cabe duda, escritor. Iris lo fue, y no representó a una narradora cualquiera. Ella supo hacer de la escritura la manera de obtener una identidad propia, y esta identidad, desde la publicación de su primer libro, *Hacia el Oriente*, en 1905, a los 37 años de edad, adquiere en ella la propulsión creativa que, si bien antes creía incubarla en su interior, desde ese momento podría expresarla libremente, pues nada ni nadie sería capaz de arrebatarle su nueva fisonomía. Atrás quedaba Inés Echeverría de Larraín, la hija o la señora de tal por cual, y ahora surgía Iris, ese ser alado e incorpóreo que provocaba fascinación y rechazo a la vez tanto en hombres como en las mujeres. Supo manejar magistralmente los atractivos que prodigaba, e hizo de ellos a sus mejores aliados, aunque más de alguna vez tuvo que sufrir bochornos innecesarios. Esta fue su estrategia seductora, la cual, sin embargo, provocaba resquemor en una sociedad —la chilena en este caso—, que hasta ese momento todavía no fue receptiva ante la penetración de

maneras y formas de vida que atentasen contra el estilo señorial y elegante que algunas conspicuas familias capitalinas todavía se jactaban por la elegancia del vestir y el refinamiento de sus gustos.

Iris abominó de esa cultura patricia, y siempre se mofó de aquellos que se vanagloriaron con aparentar más de lo que en realidad eran. Pese a que alguna vez quiso renegar de ella, Iris no pudo jamás desprenderse de las comodidades que le otorgaba la situación económica y social de su marido, el militar y diplomático Joaquín Larraín Gandarillas, quien se transformaría, como insistentemente la propia Iris se encargará de recalcarlo, en su amor verdadero, el único hombre que fue capaz de amar, y el único que, según ella, supo comprenderla y aceptarla tal cual ella era, con sus defectos y virtudes, con achaques psíquicos y su constante carácter irascible provocado por migrañas y dolores de cabeza interminables que la llevaron a tratarse clínicamente en varios recintos europeos. Dichas estadías constituyen otro capítulo inédito y apasionante en la vida de esta escritora que padeció de severos ataques nerviosos. ¿Locura? No, solamente jaquecas que debían ser tratadas adecuadamente. ¿Revelaciones místicas? Posiblemente, en la medida que desde muy temprana edad evidenció un profundo sentido religioso. ¿Santa? Eso sí que no; espiritual y teosófica. Mística, como mucho.

Si bien Iris siempre marcó distancia con las “señoras” de alcurnia, a las cuales consideraba incultas, frívolas y arribistas, no menos cierto es que ella tampoco puso todo su esfuerzo para separarse completamente de ese mundo al que al mismo tiempo amaba y odiaba con la misma intensidad, pues sabía que este le entregaría la comodidad que necesitaba para desarrollarse profesionalmente como escritora. Y es que, pese a sus intentos de dedicarle más horas a la escritura y a que la sociedad todavía no le permitía a fines del siglo XIX y durante las primeras décadas del XX, todavía en Chile ni en América del Sur se instituía el escritor profesional, aquél que era capaz de vivir del trabajo literario desplegado en la prensa y en creaciones literarias como la novela, el relato o el folletín. A lo que apuntamos, en definitiva, es a recalcar que, no obstante su afición por la bohemia y la cultura, Iris difícilmente podría haber dejado el ambiente social que le proporcionaba comodidades materiales, a las cuales estaba habituada, y optar, en cambio, trabajar para sortear problemas de índole económico. Su osadía no llegaba tan lejos, al menos en materia laboral, no así en otros temas, siendo capaz de descuerar a quien se le cruzara por delante, cualquiera fuese su profesión, procedencia, condición social o situación económica. Menos aun cuando, control y sumisión de por medio, la sociedad chilena fue y sigue siendo controlada por los hombres, aunque, a partir de la elección de la primera mujer que asume la presidencia del país, las cosas podrían cambiar, como muchas mujeres aseguran.

Como buena conocedora de las materias extraterrenales, Iris cree en la inspiración que posibilita el acto divino de crear un objeto artístico, y tratará por todos los medios de que en todo momento sea su compañía exclusiva, intuyendo que en cualquier momento esta puede hacer su entrada para, si

es posible, permanecer en Iris el mayor tiempo posible. Pero, como sabemos, esto no fue así. Iris anhelaba, por sobre todo, disponer de mayor tiempo para sus distracciones artísticas y espirituales, con la condición, eso sí, de que no la invadieran sus dolores físicos y, por consiguiente, tuviera la predisposición anímica para recibir la siempre anhelada visita de la inspiración. De nada sirve la inspiración, parece decir Iris, si es que no está acompañada de una carga emocional pura y verdadera, capaz de expresar sus sentimientos y afectos de una manera tal, que estos constituyen parte esencial de la impronta particular que ella misma quiso darle a la escritura. De lo contrario, como tanto temió Iris, podía desarrollar un estilo literario inocuo y vacío, carente de sensibilidad y emoción, elementos indispensables que conforman el sello estético de su propuesta, si es que podemos llamarla de un modo, o si en realidad existió en ella la intención de cultivar un estilo literario visceral, pero al mismo tiempo introvertido y equilibrado.

Aunque no podemos desconocer que en este voluminoso texto emergen con vitalidad muchos otros tópicos que podrían ser analizados con detención, en esta oportunidad sólo nos detendremos en algunos y mencionaremos otros tangencialmente, como la vida de artistas y escritores chilenos en París, muchas veces magnificada por una bullente actividad bohemia estimulante, pero dolorosa al mismo tiempo; aquellos compatriotas que tuvieron la oportunidad de codearse con la nobleza y la aristocracia francesa o el feminismo aristocrático desplegado por el Club de Señoras (conformado, entre otras, por Delia Matte, Elvira Santa Cruz Ossa, Martina Barros y la propia Iris), en contraposición al feminismo político desplegado por la española Belén de Zárraga que en 1913 visitó el país. Como tampoco podemos dejar de mencionar los gustos literarios de la clase acomodada santiaguina y de la propia Iris, por supuesto, admiradora del exotismo de Pierre Loti, de la fuerza arrolladora de Nietzsche, de la soberbia estilística de Dostoiewski y del refinamiento espiritual de D'Annunzio.

El texto está plagado de frases emotivas, finamente pulidas, bellas y retocadas, bellas y profundas, bellas y solemnes, bellas y gráciles, consciente la autora, además, de que, cual trabajo de artesanía, las palabras exigen una labor de urdimbre, a la manera en como sus propias pulsiones espirituales laten en su corazón, de movilidad lenta y apenada, dulce y despiadado, grácil y profundo. Es este, sin lugar a dudas, un testimonio literario y documental único, irrepetible, admirable por la ligereza y la supuesta, aunque no declarada, falta de pretensión estética y literaria, aludiendo a la idea de que fue una escritora provista de una enorme preocupación cultural que rehuyó de la figuración social, las reuniones diplomáticas y la petulancia intelectual para, en cambio, refugiarse en la riqueza de su espíritu y en la escritura, vertiendo desde allí el caudal espiritual y amoroso que emanaba de una personalidad atractiva, inasible, volátil y, al mismo tiempo, concreta, terrenal, seductora.

Amores y amoríos nunca le faltaron a Iris; menos aún admiradores, los cuales no trepidaron en exaltar la belleza y el magnetismo que irradiaba, tal como ocurrió con Luis Orrego Luco, quien, pese a estar casado, le declaró amor

eterno. Y no fue el único. Dicho amor llegó hasta el paroxismo de la obsesión, aunque Iris supiera controlar adecuadamente la persecución de la cual era víctima. Iris, sin duda, gustaba sentirse querida; nada la halagaba más que sentir la seguridad que otorga la protección que un hombre, llámese éste Y., Orrego Luco, Fernando Santiván, Eliodoro Yáñez u otro cualquiera, estará dispuesto a sacrificarse por ella, prometiendo amor eterno si es necesario. Aunque no fuese aquello a lo que aspiraba Iris, sino vanagloriarse del arrastre amoroso que provocaba. Nadie quedaba indiferente a sus encantos, bien sea para destacarla, o bien, para motejarla de mujer atrevida, irresponsable, propagadora de ideas peligrosas. Desde su infancia, marcada por el lujo y la opulencia, Iris siempre fue considerada lo que hoy llamaríamos una “mala junta”, una niña desordenada, atrevida, pero al mismo tiempo inquieta, sensible, diferente a las demás. Y, por lo mismo, excluida o, en su defecto, rechazada por el solo hecho de apartarse de las normas conductuales establecidas, a las cuales Iris se rebeló, al considerarlas que atentaban en contra de la libertad de las mujeres. Dicha diferencia se marcará aún más con los años, al punto de que sus inclinaciones estéticas o artísticas no tendrán ninguna vinculación con los gustos que eran del agrado de las “niñitas bien” de la oligarquía chilena de entonces. Por lo mismo, Iris se sintió siempre una inadaptada y así se lo hicieron saber las personas que regularmente trataban con ella, incluso aquellas a las cuales las separaba una barrera de prejuicios. Astutamente, como una manera de alentar su identidad y de defenderse de los ataques de parientes y gente cercana a ella, supo sacar provecho de esta situación. Nada más alejado de Iris que simular ser otra persona, fingir modos de comportamiento completamente ajenos a su verdadero carácter, guiado, como ya se ha dicho, pero que no está de más recalcarlo, por su honda espiritualidad (ecléctica, heterodoxa, curiosa y extravagante, por decirlo de alguna manera, pero espiritualidad al fin y al cabo) y por sus sentimientos. Pasión, intelecto, necesidad material y placeres carnales se entrelazaron en Iris de una manera simplemente fascinante, e hicieron de ella, por lo mismo, en un referente para muchas otras mujeres que vieron en ella a alguien que, siendo verdadera y fiel a lo que dictaba su corazón, se propuso combatir el pesado manto de autoridad varonil que oprimía a la sociedad chilena tradicional.

Defendió con todas sus garras la opresión de la que fue víctima la mujer, frente a la cual no existía protección que amparara sus derechos a trabajar y a desempeñarse en igualdad de condiciones frente a los abusos constantes cometidos por una sociedad machista y castigadora. Iris, asimismo, condenó el doble discurso del chileno, que, por un lado, no tolera que su mujer mantenga relaciones afectivas con otros hombres, temiendo que ella tenga relaciones sexuales, y por otro lado, el hombre actúa impunemente para vincularse con cuanta mujer se cruce por su camino. Como una manera de ilustrar a las mujeres chilenas de la clase media, un grupo de ellas creó el Club de Señoras, cuya cruzada doméstica abogó para mejorar la educación de las mujeres, enaltecerla, convencerla de que debía trabajar para de esta manera independizarse económicamente de su marido. Al mismo tiempo, Iris fue una férrea defensora del

derecho de sufragio y la participación parlamentaria de las mujeres. De manera constante alentaba a que éstas adquirieran conciencia de su condición de ciudadanas activas y participativas de los procesos culturales, políticos y sociales que se vivían en Europa y en Chile en particular. El Club de la Unión, lugar de esparcimiento social donde solamente se permitía el ingreso de hombres, dice Iris, es un antro de la perdición, una “perversa institución”, que crea hábitos de obediencia y sumisión en la sociedad, pues mientras el dueño de casa disfruta de la embriaguez del licor y la fascinación por las cartas, la mujer debe quedarse en casa como esposa dócil y obediente, leal y sumisa.

Igualmente interesante es la posición implícita, no expresada literalmente, aunque se desprende de sus dichos, que Iris tiene sobre el matrimonio y la fidelidad conyugal, aunque recalcará de forma permanente que el único amor genuino que ha sentido ha sido el que le profesó a su esposo, fue más abierta y tolerante que la mayoría de las mujeres durante fines del siglo XIX y las dos primeras décadas del siguiente. Pese a que no reproduce los nombres de sus supuestos amantes, a los que sólo les da una relativa importancia, en la medida que éstos hayan influenciado de alguna manera en su vida, Iris distingue entre un amor carnal y un amor espiritual. Por momentos ambos se confunden, pero luego ella misma se encargará de poner las cosas en su lugar, aseverando que en su vida sólo ha existido un solo hombre, al cual le debe fidelidad (no necesariamente sexual), y ese es su marido, por el cual tiene, además, una enorme admiración. No oculta la atracción que siente por Y. –a quien nombrará por su inicial, manteniendo la buena educación para no comprometer a familiares que posiblemente aún se encuentren vivos–, aunque ella misma se preocupa de diferenciar: este impulso erótico no es comparable con el profundo amor que le profesa a Joaquín. La honda espiritualidad que Iris profesa no le impide en ocasiones manifestar explícitamente su deseo sexual, inherente a todo ser humano, mitigado por su religiosidad latente, preocupaciones domésticas, trabajo literario y, lo que le resulta más difícil de aceptar, por la falta de apetencia carnal de su esposo hacia ella. El acto sexual entre esta pareja se restringe de esta manera sólo a la procreación, y la sexualidad placentera no existe, al menos que se practique con otra persona, con el consentimiento del esposo en algunos casos, como parece que ocurrió con Joaquín.

Por supuesto, no pretendemos, ni ahora ni en otra oportunidad, exponer ante el escarnio público sus decisiones personales ni menos condenarla moralmente. Nada más lejos en nuestra voluntad que convertirnos en “verdugos”. No es esta labor del historiador. La intención de ahondar en este aspecto responde solamente a nuestro interés de exponer la compleja personalidad de Iris, marcada por un profundo apego a la religiosidad católica; pero, al mismo tiempo, es capaz de enjuiciar severamente a la Iglesia Católica y a los sacerdotes, por cuanto reprime las jerarquías. Pese a ser una mujer profundamente creyente, venerar a la Virgen y profesar un respeto profundo a la sagrada comunión, no tiene reparos en exponer su antipatía hacia quienes, en nombre de Jesucristo, cuidan la fe de los católicos con el convencimiento de que obran resguardando la voluntad de Dios.

No menos importante es la relación afectiva y de amistad que secretamente mantuvieron Iris y Arturo Alessandri Palma, pero de la cual se rumoreaba hasta en los salones de diversión. Por momentos, la delimitación que la propia Iris establece para definir su relación con Alessandri se desvirtúa, adquiriendo un rostro menos ingenuo e inocente, para luego confundirse de si es amistad y veneración lo que ambos se profesan, o si, en cambio, lo que allí es una relación sentimental oculta y secreta, como tantas otras que tuvo Alessandri (no es nada nuevo lo que estamos diciendo) y también Iris. Advertimos aquí, una vez más, tal como ocurrió en otras oportunidades, una actitud desafiante y provocadora de Iris, como queriendo decir que los comentarios que se tejen maliciosamente en relación a su persona muy poco le importan, hasta, por supuesto, si llegan a afectar su entorno familiar más cercano, como su esposo y sus hijas. Iris sí tuvo la valentía de desafiar. Referirse a la también enmarañada personalidad de Alessandri, al cual Iris dedica palabras elogiosas y de franca admiración, es también, qué duda cabe, analizar la política chilena durante sus tres primeras décadas, en especial, el gobierno reformador que impulsó desde 1920, pero que se encontró con la oposición tenaz de un parlamentarismo que todavía no le daba tregua alguna al Primer Mandatario para que éste pudiese gobernar. Iris no escabulle estos temas, y como “hija” de la guerra civil de 1891 sufrirá las profundas secuelas que provocó este doloroso enfrentamiento entre partidarios de José Manuel Balmaceda y la oposición.

Confunde y hasta desconcierta que Iris haya tenido una relación tan cercana a Alessandri, y que al mismo tiempo, una vez ocurridos los estallidos militares de septiembre de 1924 y enero de 1925, una vez que fracciones “revolucionarias” de las Fuerzas Armadas destronaran al Presidente vigente y asumieron la conducción política del país, tuviera las mejores impresiones de Carlos Ibáñez del Campo, miembro del bando conspirativo y actor protagónico de la historia nacional durante los años siguientes, al punto de asumir en 1927, luego de un astuto golpe de poder en contra del Primer Mandatario, Emiliano Figueroa, quien lo había nombrado Ministro de Guerra, el Poder Ejecutivo de una manera dictatorial y excluyente, como muchos historiadores sostienen. No es nuestra intención realizar aquí una comparación para determinar a quién apreció más Iris, si a Alessandri o a Ibáñez del Campo, pero sólo diremos que las palabras que tuvo para el inmigrante italiano (“Alessandri es el símbolo del espíritu nuevo, el hombre providencial de esta tierra”, p. 524, por nombrar sólo una) no se alejan mucho de la mejor de las impresiones que tuvo del militar, férreo represor durante su mandato de escritores e intelectuales. Aquí va un ejemplo de muestra: “Lo único limpio y bienintencionado que hay en el gobierno es el coronel Ibáñez (...) Es el único elemento de cohesión y, además, es hombre de bien”, p. 544). Asombra, por decir lo menos, la capacidad que tiene Iris de describir con la misma capacidad de elogio a quienes fueron diametralmente distintos y, además, enemigos declarados. Solamente Iris se podía permitir este “lujo”; de seguro que si fuera otra persona, más normal, este desliz habría sido imperdonable para partidarios y seguidores de ambos gobernantes.

Por todo lo anterior y por muchos otros aspectos de los cuales no quisimos hacernos cargo en esta oportunidad, pero que seguramente gustará a quienes se sienten atraídos por autores “marginados”, “raros” o simplemente distintos al resto, las *Memorias de Iris* constituyen un documento literario y testimonial de una extraordinaria calidad e importancia sin precedentes en la literatura chilena. Permite penetrar en la mentalidad de una mujer refinada y culta que fue miembro de la clase aristocrática chilena y que tuvo la ocurrencia y el buen tino, en un caso único entre las mujeres con afanes literarios, de legar un testimonio auténtico de situaciones y personajes que describen al mismo tiempo la tensión social que experimentaba la sociedad chilena –capitalina, mejor dicho– desde la Revolución de 1891 y el término del sistema parlamentario, en 1925, que se resistía a ceder su lugar a un nuevo régimen político de tipo presidencialista.

Eso sí, lo anterior no quita para expresar que lamentamos que la edición de estas esperadas memorias, que muchas veces se creyeron perdidas o que no existían, no haya estado acompañada de un estudio preliminar que hubiese profundizado sobre algunos aspectos de gran interés relacionados con la autora, su proceso creativo y el entorno sociocultural en el cual se escribieron, el espiritualismo de vanguardia, el feminismo aristocrático, las pulsiones vanguardistas desplegadas en la música, en la pintura y la poesía, el nacionalismo cultural imperante durante la década de 1910, la actividad académica que Iris desarrolló en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, entre muchos otros aspectos, y que hubiesen agregado un valor adicional a un libro que de por sí es todo un acontecimiento editorial, el cual, esperamos, tenga una adecuada recepción entre público especializado y lector en general. De esta manera podremos, de una vez por todas, despejar dudas y aclarar aspectos sobre las prácticas en Chile del espiritualismo y sus derivaciones místicas, tema del cual el historiador Manuel Vicuña se ha preocupado de trabajar. Más aún si consideramos que los textos existentes sobre el tema escasean, y sólo se ha podido obtener información valiosa, pero incompleta, de los libros de Pilar Subercaseaux Morla (*Las Morlas. Huellas sobre la arena*, 1999), Mónica Echeverría Yáñez (*Agonía de una irreverente*, 1996) y de Bernardo Subercaseaux (*Historia de las ideas y la cultura en Chile*, Tomo III, 2004), quien recientemente, además, editó una selección de artículos periodísticos de Iris, de la cual muy poco se ha escrito sobre él. Y no es el único caso, lamentablemente, como ocurre con muchas otras investigaciones que prácticamente pasan inadvertidas para el estudioso y el estudiante universitario.

SANTIAGO ARÁNGUIZ PINTO
Universidad Diego Portales

EDICIONES DE LA
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

TÍTULOS PUBLICADOS
1990-2006

- A 90 años de los sucesos de la escuela Santa María de Iquique* (Santiago, 1998, 351 págs.).
Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 347 págs.),
tomo I.
Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 371 págs.),
tomo II.
Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 387 págs.),
tomo III.
Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 377 págs.),
tomo IV.
Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 412 págs.),
tomo V.
Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2001, 346 págs.),
tomo VI.
Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2001,
416 págs.), tomo VII.
Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002,
453 págs.), tomo VIII.
Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002, 446 págs.),
tomo IX.
Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2002, 462 págs.),
tomo X.
Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2003, 501 págs.),
tomo XI.
Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005,
479 págs.), tomo XII.
Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005,
605 págs.), tomo XIII.
Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005,
462 págs.), tomo XIV.
Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2005,
448 págs.), tomo XV.
Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000,
271 págs.), tomo XVI.
Bascuñán E., Carlos, Magdalena Eichholz C. y Fernando Hartwig I., *Naufragios
en el Océano Pacífico sur* (Santiago, 2003, 866 págs.).
Bauer, Arnold, *Chile y algo más. Estudios de historia latinoamericana* (Santiago,
Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia, 2004,
228 págs.).

- Bianchi, Soledad, *La memoria: modelo para armar* (Santiago, 1995, 275 págs.).
- Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, *La época de Balmaceda. Conferencias* (Santiago, 1992, 123 págs.).
- Contreras, Lidia, *Historia de las ideas ortográficas en Chile* (Santiago, 1993, 416 págs.).
- Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad. Del Ariel de Rodó a la Cepal (1900-1950)* (Santiago y Buenos Aires, 2000, 336 págs.), tomo I.
- Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)* (Santiago y Buenos Aires, 2003, 331 págs.), tomo II.
- Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad.* (Santiago y Buenos Aires, 2004, 242 págs.), tomo III.
- Diccionario de uso del español de Chile (DUECh). Una muestra lexicográfica* (Santiago, Academia Chilena de la Lengua, Comisión de Lexicografía, 2001, 166 págs.).
- Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, *Catálogo de publicaciones, 1999*, edición del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana (Santiago, 1999, 72 págs.).
- Ehrmann, Hans, *Retratos* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. 1891-1924. Chile visto a través de Agustín Ross*, 2ª edición (Santiago, 2000, 172 págs.), vol. I.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. Durante la república*, 2ª edición (Santiago, 2000, 201 págs.), vol. II.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. En torno de Ricardo Palma*, 2ª edición (Santiago, 2000, 143 págs.), vol. III.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Obras escogidas. La primera misión de los Estados Unidos de América en Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 213 págs.), vol. IV.
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1992, *Informes*, N° 1 (Santiago, julio, 1993).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, *Informes*, N° 2 (Santiago, agosto, 1994).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1994, *Informes*, N° 3 (Santiago, diciembre, 1995).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1994, *Informes*, N° 4 (Santiago, diciembre, 1996).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 1998, *Informes*, N° 1 (Santiago, diciembre, 1999).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 1999, *Informes*, N° 2 (Santiago, diciembre, 2000).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2000, *Informes*, N° 3 (Santiago, diciembre, 2001).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2001, *Informes*, N° 4 (Santiago, diciembre, 2002).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 2002, *Informes*, N° 5 (Santiago, diciembre, 2003).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 2003, *Informes*, N° 6 (Santiago, diciembre, 2004).

- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 2004, *Informes*, N° 7 (Santiago, diciembre, 2005).
- Gazmuri, Cristián, *La persistencia de la memoria. Reflexiones de un civil sobre la dictadura* (Santiago, 2000, 156 págs.).
- Gazmuri, Cristián, *Tres hombres, tres obras. Vicuña Mackenna, Barros Arana y Edwards Vives* (Santiago, 2004, 163 págs.).
- Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile* (Santiago, 2004, 250 págs.), tomo primero.
- Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile* (Santiago, 2004, 154 págs.), tomo segundo.
- González Miranda, Sergio, *Hombres y mujeres de la pampa. Tarapacá en el ciclo de expansión del salitre*, 2ª edición (Santiago, 2002, 474 págs.).
- González V., Carlos, Hugo Rosati A. y Francisco Sánchez C., *Guaman Poma. Testigo del mundo andino* (Santiago, 2003, 619 págs.).
- Guerrero Jiménez, Bernardo (editor), *Retrato hablado de las ciudades chilenas* (Santiago, 2002, 309 págs.).
- Herrera Rodríguez, Susana, *El aborto inducido. ¿Víctimas o victimarias?* (Santiago, Catalonia, Centro Interdisciplinario de Estudios de Género y Cátedra UNESCO Género, 2004, 154 págs.).
- Hutchison, Elizabeth Q., *Labores propias de su sexo. Género, políticas y trabajo en Chile urbano 1990-1930*, traducción de Jacqueline Garreaud Spencer (Santiago, LOM Ediciones, Colección Historia, 2006, 322 págs.).
- León, Leonardo, *Los señores de la cordillera y las pampas: los pehuenches de Malalhue, 1770-1800*, 2ª edición (Santiago, 2005, 355 págs.).
- Lizama, Patricio, *Notas de artes de Jean Emar* (Santiago, 2003).
- Lizama Silva, Gladys (coordinadora), *Modernidad y modernización en América Latina. México y Chile, siglos XVIII al XX* (Santiago-Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2002, 349 págs.).
- Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *Las suaves cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1814-1932* (Santiago, 1999, 338 págs.).
- Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *Las ardientes cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1932-1994* (Santiago, 2000, 601 págs.).
- Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *El espejismo de la reconciliación política. Chile 1990-2002* (Santiago, 2002, 482 págs.).
- Matus, Alfredo y Mario Andrés Salazar, editores, *La lengua, un patrimonio cultural plural* (Santiago, 1998, 106 págs.).
- Mazzei de Grazia, Leonardo, *La red familiar de los Urrejola de Concepción en el siglo XIX* (Santiago, 2004, 193 págs.).
- Mistral, Gabriela, *Lagar II* (Santiago, 1991, 172 págs.).
- Mistral, Gabriela, *Lagar II*, primera reimpresión (Santiago, 1992, 172 págs.).
- Mitre, Antonio, *El dilema del centauro. Ensayos de teoría de la historia y pensamiento latinoamericano* (Santiago, 2002, 141 págs.).
- Montealegre Iturra, Jorge, *Prehistorieta de Chile* (Santiago, 2003, 146 págs.).
- Moraga, Pablo, *Estaciones ferroviarias de Chile. Imágenes y recuerdos* (Santiago 2001, 180 págs.).

- Morales, José Ricardo, *Estilo y paleografía de los documentos chilenos siglos XVI y XVII* (Santiago, 1994, 117 págs.).
- Muratori, Ludovico Antonio, *El cristianismo feliz en las misiones de los padres de la Compañía de Jesús en Paraguay*, traducción, introducción y notas Francisco Borghesi S. (Santiago, 1999, 469 págs.).
- Mussy, Luis de, *Cáceres* (Santiago, 2005, 589 págs.).
- Oña, Pedro de, *El Ignacio de Cantabria*, edición crítica de Mario Ferreccio P. y Mario Rodríguez (Santiago, 1992, 441 págs.).
- Pinto Rodríguez, Jorge, *La formación del Estado, la nación y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión*, 2ª edición (Santiago 2003, 320 págs.).
- Piwonka Figueroa, Gonzalo, *Orígenes de la libertad de prensa en Chile: 1823-1830* (Santiago, 2000, 178 págs.).
- Plath, Oreste, *Olografías. Libro para ver y creer* (Santiago, 1994, 156 págs.).
- Retamal Ávila, Julio y Sergio Villalobos R., *Bibliografía histórica chilena. Revistas chilenas 1843-1978* (Santiago, 1993, 363 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 29, primer semestre (Santiago, 1991, 150 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 30, segundo semestre (Santiago, 1991, 302 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 31, primer semestre (Santiago, 1992, 289 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 32, segundo semestre (Santiago, 1992, 394 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 33, primer semestre (Santiago, 1993, 346 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 34, segundo semestre (Santiago, 1993, 318 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 35, primer semestre (Santiago, 1994, 407 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 36, segundo semestre (Santiago, 1994, 321 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 37, primer semestre (Santiago, 1995, 271 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 38, segundo semestre (Santiago, 1995, 339 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 39, primer semestre (Santiago, 1996, 271 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 40, segundo semestre (Santiago, 1996, 339 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 41, primer semestre (Santiago, 1997, 253 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 42, segundo semestre (Santiago, 1997, 255 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 43, primer semestre (Santiago, 1998, 295 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 44, segundo semestre (Santiago, 1998, 309 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 45, primer semestre (Santiago, 1999, 264 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 46, segundo semestre (Santiago, 1999, 318 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 47, primer semestre (Santiago, 2000, 465 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 48, segundo semestre (Santiago, 2000, 378 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 49, primer semestre (Santiago, 2001, 458 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 50, segundo semestre (Santiago, 2001, 424 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 51, primer semestre (Santiago, 2002, 372 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 52, segundo semestre (Santiago, 2002, 456 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 53, primer semestre (Santiago, 2003, 351 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 54, segundo semestre (Santiago, 2003, 364 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 55, primer semestre (Santiago, 2004, 359 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 56, segundo semestre (Santiago, 2004, 508 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 57, primer semestre (Santiago, 2005, 492 págs.).

- Revista *Mapocho*, N^o 58, segundo semestre (Santiago, 2005, 478 págs.).
- Rinke, Stefan, *Cultura de masas, reforma y nacionalismo en Chile, 1930-1931* (Santiago, 2002, 174 págs.).
- Rubio, Patricia, *Gabriela Mistral ante la crítica: bibliografía anotada* (Santiago, 1995, 437 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael, *La gira del Presidente Balmaceda al norte. El inicio del "crudo y riguroso invierno de un quinquenio (verano de 1889)"* (Santiago, 2001, 206 págs.).
- Salazar, Mario Andrés y Patricia Videgain, editores, *De patrias, territorios, identidades y naturaleza* (Santiago 1998, 147 págs.).
- Sagredo Baeza, Rafael y José Ignacio González Leiva, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español* (Santiago, 2004, 944 págs.).
- Salinas, Maximiliano, Daniel Palma, Christian Baeza y Marina Donoso, *El que ríe último... Caricaturas y poesías en la prensa humorística chilena del siglo XIX* (Santiago, 2001, 292 págs.).
- Salinas, Maximiliano, Tomás Cornejo y Catalina Saldaña, *¿Quiénes fueron los vencedores? Elite, pueblo y prensa humorística de la Guerra Civil de 1891* (Santiago, 2005, 240 págs.).
- Scarpa, Roque Esteban, *Las cenizas de las sombras*, estudio preliminar y selección de Juan Antonio Massone (Santiago, 1992, 179 págs.).
- Stabili María Rosaria, *El sentimiento aristocrático. Elites chilenas frente al espejo (1860-1960)* (Santiago, 2003, 571 págs.).
- Tesis Bicentenario 2004*, Santiago, Comisión Bicentenario, Presidencia de la República y Ediciones de la Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana (Santiago, 2005, vol. 1, 443 págs.).
- Toro, Graciela, *Bajo el signo de los aromas. Apuntes de viaje a India y Paquistán* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- Uribe, Verónica (editora), *Imágenes de Santiago del nuevo extremo* (Santiago, 2002, 95 págs.).
- Valdés Chadwick, Consuelo, *Términología museológica. Diccionario básico, español-inglés, inglés-español* (Santiago, 1999, 188 págs.).
- Valle, Juvencio, *Pajarería chilena* (Santiago, 1995, 75 págs.).
- Vamos gozando del mundo. La picaresca chilena. Textos del folklore*, compilación Patricia Chavarría (Santiago, 1998, 100 págs.).
- Vicuña, Manuel, *Hombres de palabras. Oradores, tribunos y predicadores* (Santiago, 2003, 162 págs.).
- Villalobos, Sergio y Rafael Sagredo, *Los Estancos en Chile* (Santiago, 2004, 163 págs.).
- Virgilio Maron, Publio, *Eneida*, traducción castellana de Egidio Poblete (Santiago, 1994, 425 págs.).

COLECCIÓN FUENTES PARA EL ESTUDIO DE LA COLONIA

- Vol. 1 *Fray Francisco Xavier Ramírez, Coronicón sacro-imperial de Chile*, transcripción y estudio preliminar de Jaime Valenzuela Márquez (Santiago, 1994, 280 págs.).

- Vol. II *Epistolario de don Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Primer conde de Maule*, prólogo, revisión y notas de Sergio Martínez Baeza (Santiago, 1994, 300 págs.).
- Vol. III *Archivo de protocolos notariales de Santiago de Chile. 1559 y 1564-1566*, compilación y transcripción paleográfica de Álvaro Jara H. y Rolando Mellafe R., introducción de Álvaro Jara H. (Santiago, 1995-1996, 800 págs.) dos tomos.

COLECCIÓN FUENTES PARA LA HISTORIA DE LA REPÚBLICA

- Vol. I *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 351 págs.).
- Vol. II *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 385 págs.).
- Vol. III *Discursos de José Manuel Balmaceda. Iconografía*, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1992, 250 págs.).
- Vol. IV *Cartas de Ignacio Santa María a su hija Elisa*, recopilación de Ximena Cruzat A. y Ana Tironi (Santiago, 1991, 156 págs.).
- Vol. V *Escritos del padre Fernando Vives*, recopilación de Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 524 págs.).
- Vol. VI *Ensayistas proteccionistas del siglo XIX*, recopilación de Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 315 págs.).
- Vol. VII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, 1995, 577 págs.).
- Vol. VIII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, primera reimpresión, 1997, 577 págs.).
- Vol. VIII *Sistema carcelario en Chile. Visiones, realidades y proyectos (1816-1916)*, compilación y estudio preliminar de Marco Antonio León L. (Santiago, 1996, 303 págs.).
- Vol. IX *"...I el silencio comenzó a reinar". Documentos para la historia de la instrucción primaria*, investigador Mario Monsalve Bórquez (Santiago, 1998, 290 págs.).
- Vol. X *Poemario popular de Tarapacá 1889-1910*, recopilación e introducción, Sergio González, M. Angélica Illanes y Luis Moulian (Santiago, 1998, 458 págs.).
- Vol. XI *Crónicas políticas de Wilfredo Mayorga. Del "Cielito Lindo" a la Patria Joven*, recopilación de Rafael Sagredo Baeza (Santiago, 1998, 684 págs.).
- Vol. XII *Francisco de Miranda, Diario de viaje a Estados Unidos, 1783-1784*, estudio preliminar y edición crítica de Sara Almarza Costa (Santiago, 1998, 185 págs.).
- Vol. XIII *Etnografía mapuche del siglo XIX*, Iván Inostroza Córdova (Santiago, 1998, 139 págs.).
- Vol. XIV *Manuel Montt y Domingo F. Sarmiento. Epistolario 1833-1888*, estudio, selección y notas Sergio Vergara Quiroz (Santiago, 1999, 227 págs.).
- Vol. XV *Viajeros rusos al sur del mundo*, compilación, estudios introductorios y notas de Carmen Norambuena y Olga Uliánova (Santiago, 2000, 742 págs.).

- Vol. xvi *Epistolario de Pedro Aguirre Cerda (1938-1941)*, recopilación y notas Leonidas Aguirre Silva (Santiago, 2001, 198 págs.).
- Vol. xvii *Leyes de reconciliación en Chile: Amnistías, indultos y reparaciones 1819-1999*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2001, 332 págs.).
- Vol. xviii *Cartas a Manuel Montt: un registro para la historia social y política de Chile. (1836-1869)*, estudio preliminar Marco Antonio León León y Horacio Aránguiz Donoso (Santiago, 2001, 466 págs.).
- Vol. xix *Arquitectura política y seguridad interior del Estado. Chile 1811-1990*, recopilación e interpretación Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2002, 528 págs.).
- Vol. xx *Una flor que renace: autobiografía de una dirigente mapuche, Rosa Isolde Reuque Paillalef*, edición y presentación de Florencia E. Mallon (Santiago, 2003, 320 págs.).
- Vol. xxi *Cartas desde la Casa de Orates*, Angélica Lavín, editora, prólogo Manuel Vicuña (Santiago, 2003, 105 págs.).
- Vol. xxii *Acusación constitucional contra el último ministerio del presidente de la República don José Manuel Balmaceda. 1891-1893*, recopilación de Brian Loveman y Elizabeth Lira (Santiago, 2003, 536 págs.).
- Vol. xxiii *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, editores Olga Uliánova y Alfredo Riquelme (Santiago, 2005, 463 págs.), tomo 1: Komintern y Chile 1922-1931.
- Vol. xxiv *Memorias de Jorge Beauchef*, biografía y estudio preliminar Patrick Puigmal (Santiago, 2005, 278 págs.).
- Vol. xxv *Epistolario de Rolando Mellafe Rojas*, selección y notas María Teresa González F. (Santiago, 2005, 409 págs.).
- Vol. xxvi *Pampa escrita. Cartas y fragmentos del desierto salitrero*, selección y estudio preliminar Sergio González Miranda (Santiago, 2006, 1.162 págs.).

COLECCIÓN SOCIEDAD Y CULTURA

- Vol. I Jaime Valenzuela Márquez, *Bandidaje rural en Chile central, Curicó, 1850-1900* (Santiago, 1991, 160 págs.).
- Vol. II Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *La Milicia Republicana. Los civiles en armas. 1932-1936* (Santiago, 1992, 132 págs.).
- Vol. III Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896* (Santiago, 1993, 126 págs.).
- Vol. IV Andrea Ruiz-Esquide F., *Los indios amigos en la frontera araucana* (Santiago, 1993, 116 págs.).
- Vol. V Paula de Dios Crispi, *Inmigrar en Chile: estudio de una cadena migratoria hispana* (Santiago, 1993, 172 págs.).
- Vol. VI Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago, 1993, 190 págs.).
- Vol. VII Ricardo Nazer Ahumada, *José Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX* (Santiago, 1994, 289 págs.).

- Vol. VIII Álvaro Góngora Escobedo, *La prostitución en Santiago (1813-1930). Visión de las elites* (Santiago, 1994, 259 págs.).
- Vol. IX Luis Carlos Parentini Gayani, *Introducción a la etnohistoria mapuche* (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. X Jorge Rojas Flores, *Los niños cristaleros: trabajo infantil en la industria. Chile, 1880-1950* (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. XI Josefina Rossetti Gallardo, *Sexualidad adolescente: Un desafío para la sociedad chilena* (Santiago, 1997, 301 págs.).
- Vol. XII Marco Antonio León León, *Sepultura sagrada, tumba profana. Los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932* (Santiago, 1997, 282 págs.).
- Vol. XIII Sergio Grez Toso, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)* (Santiago, 1998, 831 págs.).
- Vol. XIV Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile* (Santiago, 1997, 279 págs.).
- Vol. XIV Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 312 págs.).
- Vol. XV Larissa Adler Lomnitz y Ana Melnick, *Neoliberalismo y clase media. El caso de los profesores de Chile* (Santiago, 1998, 165 págs.).
- Vol. XVI Marcello Carmagnani, *Desarrollo industrial y subdesarrollo económico. El caso chileno (1860-1920)*, traducción de Silvia Hernández. (Santiago, 1998, 241 págs.).
- Vol. XVII Alejandra Araya Espinoza, *Ociosos, vagabundos y malentretidos en Chile colonial* (Santiago, 1999, 174 págs.).
- Vol. XVIII Leonardo León, *Apogeo y ocaso del toqui Francisco Ayllapangui de Malleco, Chile* (Santiago, 1999, 282 págs.).
- Vol. XIX Gonzalo Piwonka Figueroa, *Las aguas de Santiago de Chile 1541-1999. Desafío y respuesta. Sino e imprevisión* (Santiago, 1999, 480 págs.), tomo I: "Los primeros doscientos años. 1541-1741".
- Vol. XX Pablo Lacoste, *El Ferrocarril Trasandino. Un siglo de transporte, ideas y política en el sur de América* (Santiago, 2000, 459 págs.).
- Vol. XXI Fernando Purcell Torretti, *Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social Colchagua, 1850-1880* (Santiago, 2000, 148 págs.).
- Vol. XXII María Loreto Egaña Baraona, *La educación primaria popular en el siglo XIX en Chile. Una práctica de política estatal* (Santiago, 2000, 256 págs.).
- Vol. XXIII Carmen Gloria Bravo Quezada, *La flor del desierto. El mineral de Caracoles y su impacto en la economía chilena* (Santiago, 2000, 150 págs.).
- Vol. XXIV Marcello Carmagnani, *Los mecanismos de la vida económica en una sociedad colonial: Chile 1860-1830*, traducción de Sergio Grez T., Leonora Reyes J. y Jaime Riera (Santiago, 2001, 416 págs.).
- Vol. XXV Claudia Darrigrandi Navarro, *Dramaturgia y género en el Chile de los sesenta* (Santiago, 2001, 191 págs.).
- Vol. XXVI Rafael Sagredo Baeza, *Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo XIX* (Santiago y México D.F., 2001, 564 págs.).

- Vol. xxvii Jaime Valenzuela Márquez, *Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)* (Santiago, 2001, 492 págs.).
- Vol. xxviii Cristián Guerrero Lira, *La contrarrevolución de la Independencia* (Santiago, 2002, 330 págs.).
- Vol. xxix José Carlos Rovira, *José Toribio Medina y su fundación literaria y bibliográfica del mundo colonial americano* (Santiago, 2002, 145 págs.).
- Vol. xxx Emma de Ramón, *Obra y fe. La catedral de Santiago. 1541-1769* (Santiago, 2002, 202 págs.).
- Vol. xxxi Sergio González Miranda, *Chilenizando a Tunupa. La escuela pública en el Tarapacá andino, 1880-1990* (Santiago, 2002, 292 págs.).
- Vol. xxxii Nicolás Cruz, *El surgimiento de la educación secundaria pública en Chile (El Plan de Estudios Humanista, 1843-1876)* (Santiago, 2002, 238 págs.).
- Vol. xxxiii Marcos Fernández Labbé, *Prisión común, imaginario social e identidad. Chile, 1870-1920* (Santiago, 2003, 245 págs.).
- Vol. xxxiv Juan Carlos Yáñez Andrade, *Estado, consenso y crisis social. El espacio público en Chile 1900-1920* (Santiago, 2003, 236 págs.).
- Vol. xxxv Diego Lin Chou, *Chile y China: inmigración y relaciones bilaterales (1845-1970)* (Santiago, 2003, 569 págs.).
- Vol. xxxvi Rodrigo Hidalgo Dattwyler, *La vivienda social en Chile y la construcción del espacio urbano en el Santiago del siglo xx* (Santiago, 2004, 492 págs.).
- Vol. xxxvii René Millar, *La inquisición en Lima. Signos de su decadencia 1726-1750* (Santiago, 2005, 183 págs.).
- Vol. xxxviii Luis Ortega Martínez, *Chile en ruta al capitalismo. Cambio, euforia y depresión 1850-1880* (Santiago, 2005, 496 págs.).
- Vol. xxxix Asunción Lavrin, *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*, traducción de María Teresa Escobar Budge (Santiago, 2005, 528 págs.).
- Vol. xl Pablo Camus Gayán, *Ambiente, bosques y gestión forestal en Chile 1541-2005* (Santiago, 2006, págs.).

COLECCIÓN ESCRITORES DE CHILE

- Vol. i *Alone y los Premios Nacionales de Literatura*, recopilación y selección de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1992, 338 págs.).
- Vol. ii *Jean Emar. Escritos de arte. 1923-1925*, recopilación e introducción de Patricio Lizama (Santiago, 1992, 170 págs.).
- Vol. iii *Vicente Huidobro. Textos inéditos y dispersos*, recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente (Santiago, 1993, 254 págs.).
- Vol. iv *Domínguez Melfi. Páginas escogidas* (Santiago, 1993, 128 págs.).
- Vol. v *Alone y la crítica de cine*, recopilación y prólogo de Alfonso Calderón (Santiago, 1993, 204 págs.).
- Vol. vi *Martín Cerda. Ideas sobre el ensayo*, recopilación y selección de Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1993, 268 págs.).

- Vol. VII *Alberto Rojas Jiménez. Se paseaba por el alba*, recopilación y selección de Oreste Plath, coinvestigadores Juan Camilo Lorca y Pedro Pablo Zegers (Santiago, 1994, 284 págs.).
- Vol. VIII *Juan Emar, Umbral*, nota preliminar, Pedro Lastra; biografía para una obra, Pablo Brodsky (Santiago, 1995-1996, c + 4.134 págs.) cinco tomos.
- Vol. IX *Martín Cerda. Palabras sobre palabras*, recopilación de Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers, prólogo de Alfonso Calderón (Santiago, 1997, 143 págs.).
- Vol. X *Eduardo Anguita. Páginas de la memoria*, prólogo de Alfonso Calderón y recopilación de Pedro Pablo Zegers (Santiago, 2000, 98 págs.).
- Vol. XI *Ricardo Latham. Varia lección*, selección y nota preliminar de Pedro Lastra y Alfonso Calderón, recopilación de Pedro Pablo Zegers (Santiago, 2000, 326 págs.).
- Vol. XII *Cristián Huneus. Artículos de prensa (1969-1985)*, recopilación y edición Daniela Huneus y Manuel Vicuña, prólogo de Roberto Merino (Santiago, 2001, 151 págs.).
- Vol. XIII *Rosamel del Valle. Crónicas de New York*, recopilación de Pedro Pablo Zegers B., prólogo de Leonardo Sanhueza (Santiago, 2002, 212 págs.).
- Vol. XIV *Romeo Murga. Obra reunida*, recopilación, prólogo y notas de Santiago Aránguiz Pinto (Santiago, 2003, 280 págs.).

COLECCIÓN DE ANTROPOLOGÍA

- Vol. I *Mauricio Massone, Donald Jackson y Alfredo Prieto, Perspectivas arqueológicas de los Selk'nam* (Santiago, 1993, 170 págs.).
- Vol. II *Rubén Stehberg, Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile* (Santiago, 1995, 225 págs.).
- Vol. III *Mauricio Massone y Roxana Seguel (compiladores), Patrimonio arqueológico en áreas silvestres protegidas* (Santiago, 1994, 176 págs.).
- Vol. IV *Daniel Quiroz y Marco Sánchez (compiladores), La isla de las palabras rotas* (Santiago, 1997, 257 págs.).
- Vol. V *José Luis Martínez, Pueblos del chañar y el algarrobo* (Santiago, 1998, 220 págs.).
- Vol. VI *Rubén Stehberg, Arqueología histórica antártica. Participación de aborígenes sudamericanos en las actividades de cacería en los mares subantárticos durante el siglo XIX* (Santiago, 2003, 202 págs.).
- Vol. VII *Mauricio Massone, Los cazadores después del hielo* (Santiago, 2004, 174 págs.).

COLECCIÓN IMÁGENES DEL PATRIMONIO

- Vol. I. *Rodrigo Sánchez R. y Mauricio Massone M., La Cultura Aconcagua* (Santiago, 1995, 64 págs.).

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS DEL FOLKLORE

- Vol. I *Aunque no soy literaria. Rosa Araneda en la poesía popular del siglo XIX*, compilación y estudio Micaela Navarrete A. (Santiago, 1998, 302 págs.).
- Vol. II *Por historia y travesura. La Lira Popular del poeta Juan Bautista Peralta*, compilación y estudio Micaela Navarrete A. y Tomás Cornejo C. (Santiago, 2006, 302 págs.).

COLECCIÓN ENSAYOS Y ESTUDIOS

- Vol. I Bárbara de Vos Eyzaguirre, *El surgimiento del paradigma industrializador en Chile (1875-1900)* (Santiago, 1999, 107 págs.).
- Vol. II Marco Antonio León León, *La cultura de la muerte en Chiloé* (Santiago, 1999, 122 págs.).
- Vol. III Clara Zapata Tarrés, *Las voces del desierto: la reformulación de las identidades de los aymaras en el norte de Chile* (Santiago, 2001, 168 págs.).
- Vol. IV Donald Jackson S., *Los instrumentos líticos de los primeros cazadores de Tierra del Fuego 1875-1900* (Santiago, 2002, 100 págs.).
- Vol. V Bernard Lavalle y Francine Agard-Lavalle, *Del Garona al Mapocho: emigrantes, comerciantes y viajeros de Burdeos a Chile. (1830-1870)* (Santiago, 2005, 125 págs.).
- Vol. VI Jorge Rojas Flores, *Los boy scouts en Chile: 1909-1953* (Santiago, 2006, 188 págs.).